



SPQR

UNA HISTORIA
DE LA ANTIGUA
ROMA

MARY
BEARD

de

La antigua Roma importa. La historia de su imperio, sus conquistas, crueldades y excesos es algo contra lo que todavía nos comparamos hoy. Sus mitos e historias —de Rómulo y Remo a la violación de Lucrecia— todavía resuenan como un eco en nosotros. Y sus debates sobre la ciudadanía, la seguridad y los derechos de las personas aún influyen en nuestros propios debates sobre las libertades civiles de hoy. *SPQR* es una nueva mirada a la historia de Roma de la mano de una de las expertas en el mundo clásico más importantes del mundo. No solo explora cómo Roma pasó de ser un pueblo insignificante en el centro de Italia a un poder que llegó a controlar el territorio que abarca de España a Siria, sino también qué concepto tenían los romanos de sí mismos y sus logros, y por qué siguen siendo importantes para nosotros. Cubriendo 1000 años de historia, y arrojando luz sobre los fundamentos de la cultura romana de la esclavitud a agua corriente, así como explorar la democracia, la migración, la controversia religiosa, la movilidad social y la explotación en el contexto más amplio del imperio, esta es una historia definitiva de la antigua Roma.



Mary Beard

SPQR

Una historia de la antigua Roma

ePub r1.3

Titivillus 12.03.2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *SPQR: A History of Ancient Rome*

Mary Beard, 2015

Traducción: Silvia Furió Castellví

Diseño de cubierta: Peter Dyer

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Edición digital: epublibre, 2018

Conversión a pdf: FS, 2018



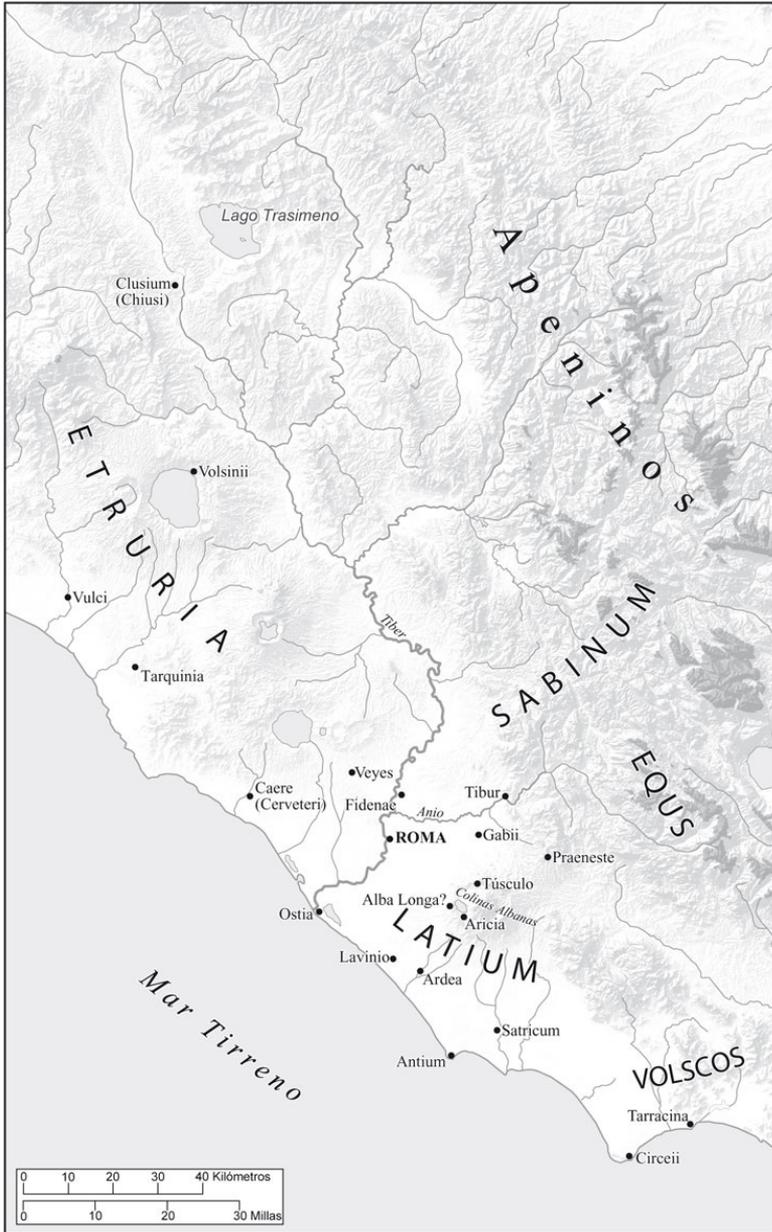
Bienvenido, navegante. Debes saber que has en-
tra en la web de la Biblioteca Digital del Proyecto Scrip-
ta. Este proyecto nace del deseo de lectores anónim-
os de compartir sus libros favoritos con todo aquel que
tenga ansias de lectura, ya que la cultura debe ser un
bien universal accesible a todo el mundo. En nuestra
biblioteca encontraras desde grandes clásicos de la literatura hasta best sellers, pasando por
todas las clases de volúmenes: descatalogados unos, y
prácticamente desconocidos los otros. Nuestra comu-
nidad se caracteriza por la búsqueda de la mayor calidad
y compatibilidad posible en los libros, de forma que
puedan disfrutarse en prácticamente todos los
dispositivos. Además, los editores realizamos todo
este trabajo sin pedir nada a cambio, y sin más deseo
de recompensa que tu disfrute. Jamás con ánimo de
ganancia, si quieres, puedes formar parte de la comunidad.
Empezando como usuario, puedes ayudarnos a mejorar
reportando las erratas que encuentres. Y, con el
tiempo, quizás te animes a colaborar maquetando
o haciendo propios aportes. En cualquier caso, si eres un amante
de los libros, como suponemos, siempre serás
bienvenido entre nosotros. Si te gusta algún libro
no te olvides de apoyar a su autor, bien comprando
obras o regalándoselas a tus seres queridos, para que
también ellos puedan disfrutar con ellas. Buena
lectura y que Titivillus no haga de las suyas...


epublibre

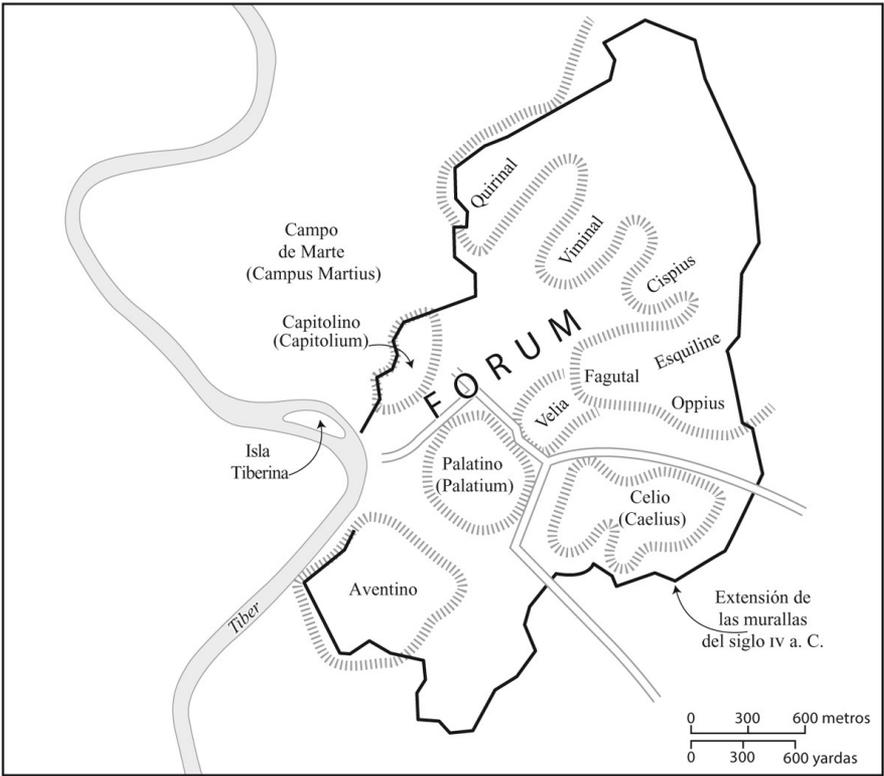
**más libros
más libres**



MAPAS



1. La Roma arcaica y sus vecinos



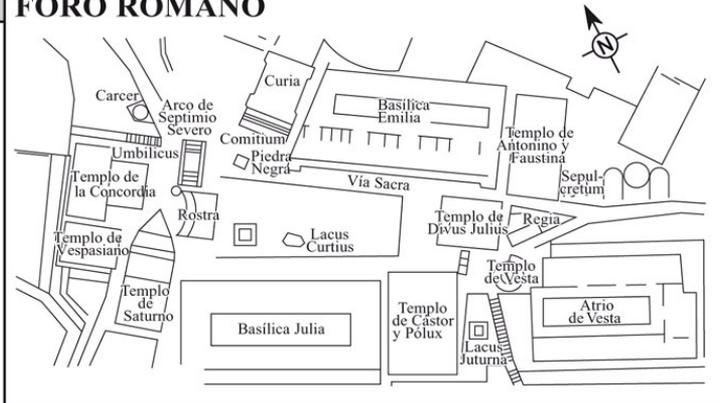
2. El emplazamiento de Roma



3. La Italia romana



FORO ROMANO



4. La ciudad de Roma en la era imperial



5. El mundo romano

PRÓLOGO

LA HISTORIA DE ROMA

La antigua Roma es sumamente importante, por lo que ignorar a los romanos no es solo dar la espalda al pasado remoto, ya que Roma todavía contribuye a definir la forma en que entendemos nuestro mundo y pensamos en nosotros, desde la teoría más elevada hasta la comedia más vulgar. Después de 2000 años, sigue siendo la base de la cultura y la política occidental, de lo que escribimos y de cómo vemos el mundo y nuestro lugar en él.

El asesinato de Julio César, en lo que los romanos denominaban los idus de marzo de 44 a. C., se ha erigido desde entonces en modelo, y a veces incluso en peligrosa justificación, para la matanza de tiranos. La distribución del territorio imperial romano sustenta la geografía política de la Europa moderna y de territorios más alejados. El motivo principal de que Londres sea la capital de Reino Unido es que los romanos la convirtieron en capital de la provincia de Britania, un lugar peligroso, tal como ellos lo veían, situado más allá del gran océano que rodeaba al mundo civilizado. Roma nos ha legado en la misma medida ideas de libertad, ciudadanía y explotación imperial, combinadas con un vocabulario de política moderna como «senadores» y «dictadores». También nos ha prestado sus locuciones: desde «temer a los griegos que portan regalos» hasta «pan y circo», «tocar el violín mientras arde Roma» o incluso «mientras hay vida hay esperanza». Ha provocado asimismo, y en igual medida, risa, asombro y horror. Los gladiadores son hoy en día tan taquilleros como lo fueron entonces. El gran poema épico de Virgilio sobre la fundación de Roma, la *Eneida*, sin

duda ha tenido más lectores en el siglo XX que los que tuvo en el siglo I d. C.

No obstante, la historia de la antigua Roma ha cambiado sobremanera a lo largo de los últimos cincuenta años, y todavía más durante los casi doscientos cincuenta años transcurridos desde que Edward Gibbon escribiera *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, su idiosincrásico experimento histórico que promovió el estudio moderno de la historia de Roma en el mundo angloparlante. Esto se debe en parte a las nuevas formas de abordar las viejas evidencias y a las distintas cuestiones que les planteamos. El mito de que somos mejores historiadores que nuestros antecesores es peligroso, puesto que no lo somos. Sin embargo, acometemos la historia romana con prioridades diferentes, desde la identidad de género hasta el abastecimiento de alimentos, que hacen que el pasado antiguo nos hable con un idioma nuevo.

También ha habido una extraordinaria variedad de descubrimientos, tanto en la tierra como bajo el agua e incluso algunos se han perdido en bibliotecas, que presentan novedades de la Antigüedad y nos proporcionan más información sobre la antigua Roma de lo que cualquier historiador moderno hubiera podido averiguar. Estamos en posesión del manuscrito de un emotivo documento redactado por un médico romano cuyas posesiones más preciadas fueron pasto de las llamas, y que apareció en un monasterio griego en 2005. Poseemos restos de cargueros naufragados en el Mediterráneo que nunca llegaron a Roma, con sus esculturas, muebles y cristal procedentes del extranjero destinados a las casas de los ricos, y el vino y el aceite de oliva que constituían los alimentos básicos de todo el mundo. Mientras escribo, científicos arqueólogos examinan minuciosamente muestras extraídas del casquete

glaciar de Groenlandia para encontrar, incluso allí, huellas de la polución causada por la industria romana. Otros someten al microscopio los excrementos humanos hallados en una fosa séptica de Herculano, en el sur de Italia, para describir la dieta del romano medio tal como entraba y salía de su tracto digestivo; y lo que incluye esta descripción es una gran cantidad de huevos y erizos de mar.

La historia de Roma se reescribe constantemente, y siempre ha sido así; en cierto modo, sabemos hoy más sobre la antigua Roma que los propios romanos. Dicho de otro modo, la historia de Roma está aún en desarrollo. Este libro es mi contribución a este inmenso proyecto y ofrece mi versión de por qué es importante. *SPQR* toma por título otra frase romana famosa, *Senatus PopulusQue Romanus*, «El senado y el pueblo de Roma». Está motivado por una curiosidad personal acerca de la historia de Roma, por la convicción de que todavía vale la pena entablar un diálogo con la antigua Roma y por la cuestión de cómo pudo una diminuta e insignificante aldea del centro de Italia convertirse en una potencia que dominó un territorio tan extenso en tres continentes.

Esta obra trata de cómo creció y mantuvo Roma su posición durante tanto tiempo, no sobre cómo declinó y cayó, si es que verdaderamente sucedió en el sentido en que lo imaginó Gibbon. Las historias de Roma disponen de muchas posibilidades a la hora de elaborar un final adecuado; algunas han elegido la conversión de Constantino al cristianismo en su lecho de muerte en el año de 337 d. C. o el saqueo de la ciudad en el año 410 d. C. por parte de Alarico y sus visigodos. La mía termina en un momento culminante, en 212 d. C., cuando el emperador Caracalla adoptó la medida de convertir a todos los habitantes libres del Imperio Romano en ciudadanos romanos de pleno

derecho, erosionando así la diferencia entre conquistador y conquistado y completando el proceso de expansión de los derechos y privilegios de la ciudadanía romana que había comenzado casi mil años antes.

No obstante, *SPQR* no es una obra de simple admiración. Hay muchas cosas en el mundo clásico, tanto romano como griego, que atraen nuestro interés y exigen nuestra atención. Nuestro mundo sería muchísimo más pobre si no continuásemos interaccionando con el suyo, pero la admiración es otra cosa. Hija, por fortuna, de mi tiempo, me indigno cuando oigo hablar a la gente de los «grandes» conquistadores romanos, o incluso del «gran» Imperio Romano; he tratado de aprender a ver las cosas también desde el otro lado.

De hecho, *SPQR* se enfrenta a algunos de los mitos y medias verdades acerca de Roma con los que yo, como muchos otros, me crié. Los romanos no empezaron con un grandioso plan de conquista del mundo. A pesar de que al final exhibían su imperio en términos de algún destino manifiesto, los motivos que originalmente subyacían tras su expansión militar por el mundo mediterráneo y más allá son todavía uno de los grandes enigmas de la historia. Para conseguir su imperio, los romanos no aplastaron brutalmente a pueblos inocentes que se ocupaban de sus propios asuntos en pacífica armonía hasta que las legiones aparecieron en el horizonte. La victoria romana fue, sin duda, despiadada. La conquista de Julio César de la Galia ha sido comparada, no sin justicia, a un genocidio y en su momento fue criticada por los romanos en estos mismos términos. No obstante, Roma se expandió no en un mundo de comunidades que vivían en paz las unas con las otras, sino de violencia endémica, de potencias rivales respaldadas por fuerzas militares (no había ninguna otra alternativa de

respaldo) y de miniimperios. La mayoría de los enemigos de Roma eran tan militaristas como los romanos, pero, por razones que trataré de explicar, no vencieron.

Roma no fue simplemente el hermano pequeño matón de la Grecia clásica, dedicado a la ingeniería, la eficiencia militar y el absolutismo, mientras que los griegos preferían la indagación intelectual, el teatro y la democracia. A algunos romanos les convenía fingir que era así, y a muchos historiadores modernos les ha convenido presentar el mundo clásico desde el punto de vista de una simple dicotomía entre dos culturas muy diferentes. Como veremos, esto resulta engañoso desde ambos lados, pues las ciudades-Estado griegas eran tan aficionadas a ganar batallas como los romanos, y la mayoría tenía muy poco que ver con el breve experimento democrático ateniense. Lejos de ser partidarios irreflexivos del poder imperial, varios escritores romanos fueron los críticos más implacables del imperialismo que ha habido jamás. «Crean desolación y lo llaman paz» es un lema que a menudo suele resumir las consecuencias de la conquista militar, escrito en el siglo II d. C. por el historiador romano Tácito en referencia al poder romano en Britania.

La historia de Roma es un gran desafío. No hay una sola historia de Roma, especialmente cuando el mundo romano se había extendido fuera de Italia. La historia de Roma no es la misma que la de la Britania romana ni del África romana, por lo que centraré buena parte de mi atención en la ciudad de Roma y en la Italia romana, pero también tendré la precaución de mirar hacia Roma desde fuera, desde el punto de vista de los que vivían en los lejanos territorios del imperio, como soldados, rebeldes o colaboradores ambiciosos. Y para los diferentes períodos hay que escribir diferentes tipos de historias. No hay relatos escritos de

contemporáneos romanos sobre la historia más temprana de Roma ni de cuando empezó a expandirse en el siglo IV a. C. para dejar de ser una pequeña aldea y convertirse en el principal protagonista de la península Itálica. La historia ha de ser una atrevida obra de reconstrucción que tiene que encajar lo mejor posible cada una de las piezas que conforman las evidencias: un único fragmento de cerámica o unas pocas letras inscritas en una piedra. Solo tres siglos más tarde el problema se invierte por completo: cómo dar sentido a ingentes masas de evidencias contemporáneas contrapuestas que amenazan con inundar la claridad narrativa.

La historia romana exige también un particular tipo de imaginación. En cierto modo, explorar la antigua Roma desde el siglo XXI es como caminar por la cuerda floja, un escrupuloso malabarismo. Si uno mira hacia abajo por un lado, todo parece tranquilizadamente familiar: hay conversaciones en las que casi podemos participar, sobre la naturaleza de la libertad o sobre problemas sexuales; hay edificios y monumentos que reconocemos y la vida de familia transcurre de una manera que podemos comprender, con sus adolescentes rebeldes; y hay chistes que «pillamos». Por el otro lado, se nos antoja un territorio completamente extraño. No solo por la esclavitud, la porquería (no existía nada semejante a la recogida de desechos en la antigua Roma), las matanzas humanas en los anfiteatros y la muerte por enfermedades cuya curación damos hoy por sentada, sino también por el hecho de arrojar a los recién nacidos a vertederos de basura, por las novias niñas y por los extravagantes sacerdotes eunucos.

Exploraremos este mundo a partir de un determinado momento de la historia romana, que desconcertó a los propios romanos y sobre el cual los escritores modernos,

desde historiadores hasta dramaturgos, nunca han dejado de debatir. Un momento histórico que, además, ofrece la mejor descripción de algunos de los personajes clave de la antigua Roma, de la riqueza del debate que mantenían los romanos acerca de su propio pasado, del modo en que tratamos de recuperarlo y comprenderlo y de por qué la historia de Roma, su Senado y su pueblo todavía importan.

CAPÍTULO I

EL MEJOR MOMENTO DE CICERÓN

SPQR: 63 A. C.

Nuestra historia de la antigua Roma empieza a mediados del siglo I a. C., más de 600 años después de la fundación de la ciudad. Empieza con promesas de revolución, con una conspiración terrorista para destruir la ciudad, con operaciones encubiertas y arengas públicas, con una batalla de romanos contra romanos, y con ciudadanos (inocentes o no) acorralados y ejecutados sumariamente en aras de la seguridad nacional. Es el año 63 a. C. Por una parte, está Lucio Sergio Catilina, un aristócrata descontento y arruinado y artífice de una conjura, eso es lo que se creía, para asesinar a los cargos electos de Roma y quemar esta hasta los cimientos, borrando de paso todas las deudas, tanto de los ricos como de los pobres. Del otro lado, está Marco Tulio Cicerón (en adelante solo «Cicerón»), el famoso orador, filósofo, sacerdote, poeta, político, ingenioso y buen narrador, uno de los señalados para ser asesinado; un hombre que nunca dejó de utilizar sus talentos retóricos para alardear de cómo había descubierto la terrible conspiración de Catilina y salvado al Estado. Aquel fue su mejor momento.

En 63 a. C., la ciudad de Roma era una vasta metrópolis de más de un millón de habitantes, más grande que cualquier otra ciudad europea anterior al siglo XIX y, aunque todavía no tenía emperadores, gobernaba un imperio que se

extendía desde Hispania hasta Siria, desde el sur de Francia hasta el Sahara. Era una creciente mezcla de lujo y basura, libertad y explotación, orgullo cívico y guerra civil homicida. En los capítulos siguientes nos remontaremos mucho más atrás, a los inicios de la era romana y a los primeros logros, beligerantes o no, del pueblo romano. Reflexionaremos acerca de lo que subyace tras algunas de aquellas historias de la Roma arcaica que todavía hoy conmueven, desde «Rómulo y Remo» hasta «la violación de Lucrecia». Y nos haremos las mismas preguntas que los historiadores se han planteado desde la Antigüedad. ¿Cómo, y por qué, una pequeña villa corriente del centro de Italia llegó a crecer más que cualquier otra ciudad del Mediterráneo antiguo y acabó controlando un imperio tan inmenso? ¿Qué tenían los romanos de especial? No obstante, con la historia de Roma no tiene demasiado sentido empezar el relato desde el principio.

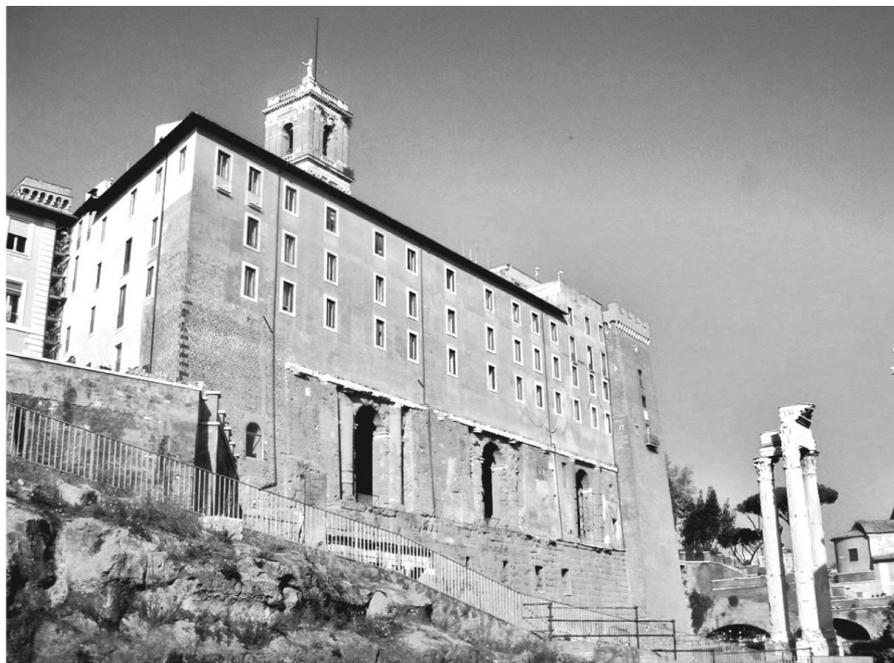
Hasta el siglo I a. C. no podemos empezar a explorar Roma de cerca y detalladamente con ojos contemporáneos. De este período se ha conservado una gran abundancia de textos: desde cartas privadas hasta discursos públicos, desde filosofía hasta poesía épica y erótica, culta y sacada directamente de la calle. Gracias a todo ello, podemos seguir los tejemanejes cotidianos de los grandes personajes políticos de Roma, fisgonear en sus trapicheos y negociaciones y atisbar sus puñaladas traperas, metafóricas y literales. Podemos incluso degustar sus vidas privadas: sus riñas matrimoniales, sus problemas económicos, su dolor por la muerte de sus queridos hijos o en ocasiones de sus queridos esclavos. No hay ningún período anterior en la historia de Occidente que se pueda conocer tan bien o tan íntimamente (de la Atenas clásica no tenemos nada parecido a estos ricos y variados testimonios). Tendrá que transcurrir más de un

milenio, en el mundo de la Florencia del Renacimiento, para encontrar de nuevo otro lugar que podamos conocer con tanto detalle.

Es más, fue precisamente durante el siglo I a. C. cuando los escritores romanos empezaron sistemáticamente a estudiar los primeros siglos de su ciudad y de su imperio. La curiosidad por el pasado de Roma se remonta sin duda a tiempos anteriores a este: por ejemplo, podemos leer un análisis del auge del poder de la ciudad escrito por un residente griego de mediados del siglo II a. C. Pero es a partir del siglo I a. C. que los estudiosos y críticos romanos empezaron a plantearse muchas de las preguntas históricas que todavía nos planteamos hoy. Mediante un proceso que combinaba la erudita investigación con una buena dosis de invención constructiva, elaboraron una versión de la Roma arcaica en la que todavía nos basamos en la actualidad. Todavía vemos la historia de Roma, por lo menos en parte, a través de los ojos del siglo I a. C. O, dicho de otro modo, la *historia* de Roma, tal como la conocemos, empezó aquí.

El 63 a. C. es un año significativo en aquel siglo crucial. Para la ciudad fue una época cercana al desastre. A lo largo de los mil años que examinaremos en este libro, Roma se enfrentó al peligro y a la derrota muchas veces. En torno a 390 a. C., por ejemplo, una banda de galos saqueadores ocupó la ciudad. En 218 a. C., como es bien sabido, el guerrero cartaginés Aníbal cruzó los Alpes con sus treinta y siete elefantes e infligió terribles pérdidas en las filas romanas antes de que finalmente consiguieran repelerlo. Las bajas romanas estimadas en la batalla de Cannas, en 216 a. C., hasta 70 000 muertos en una sola tarde, la convierten en un baño de sangre tan inmenso como Gettysburg o el primer día de la batalla del Somme, o quizá incluso más. Y, casi igual de terrible en la imaginación romana, en la década

de los años 70 a. C., una fuerza improvisada de ex gladiadores y fugitivos, bajo el mando de Espartaco, se reveló superior a algunas legiones mal adiestradas. Los romanos nunca fueron tan invencibles en la batalla como se tiende a pensar, ni como a ellos les gustaba aparentar. Sin embargo, en 63 a. C. se enfrentaron al enemigo interno, a un complot terrorista en el corazón mismo de la institución romana.



1. Los pesados arcos y columnas del «*Tabularium*», incrustados en el Palazzo de Miguel Ángel que se yergue encima, aún son hoy en día una importante referencia de un extremo del foro romano. Construido solo dos décadas antes del consulado de Cicerón en el año 63 a. C., debió de ser en aquel entonces uno de los más espléndidos avances arquitectónicos recientes. Su función está menos clara. Sin duda, era algún tipo de edificio público, pero no necesariamente el «*Archivo*» (*tabularium*), como a menudo se ha supuesto.

El «*Tabularium*», Roma. Foto copyright © Rome4all

El relato de esta crisis todavía puede rastrearse con todo lujo de detalles, día a día, a veces hora a hora, pues sabemos exactamente dónde sucedieron gran parte de los hechos, y

en unos cuantos lugares aún podemos contemplar los monumentos que dominaban la escena en 63 a. C. Podemos seguir las operaciones encubiertas que proporcionaron a Cicerón la información sobre la conjura y ver cómo obligaron a Catilina a abandonar la ciudad en busca de su improvisado ejército al norte de Roma y a combatir contra las legiones oficiales de Roma, perdiendo la vida. También podemos escudriñar algunos de los argumentos, polémicas y cuestiones que planteó y sigue planteando aquella crisis. La dura respuesta de Cicerón —incluyendo las ejecuciones sumarias— presentada en forma de soluciones rigurosas nos inquieta incluso hoy en día. ¿Es legítimo eliminar a los «terroristas» al margen del debido procedimiento legal? ¿Hasta qué punto deben sacrificarse los derechos civiles en el interés de la seguridad nacional? Los romanos nunca dejaron de debatir «la conjura de Catilina», como se la acabó denominando. ¿Era Catilina absolutamente malvado o había algo que pudiera servir de atenuante por lo que hizo? ¿A qué precio se evitó la revolución? Los sucesos de 63 a. C. y las muletillas que crearon resuenan a lo largo de la historia de Occidente. Algunas de las palabras exactas que se pronunciaron en los tensos debates que siguieron al descubrimiento de la conjura todavía tienen un lugar en nuestra retórica política y, como veremos, todavía se exhiben en carteles y pancartas, incluso en los *tweets*, de protesta política moderna.

Dejando de lado los aciertos y los errores, «la conjura» nos lleva al centro de la vida política romana del siglo I a. C., a sus convenciones, controversias y conflictos. Nos permite observar en acción al «Senado» y al «pueblo romano», las dos instituciones cuyos nombres están integrados en el título *SPQR* (*Senatus PopulusQue Romanus*). Individualmente, y a veces en franca oposición, estas eran las dos fuentes

principales de autoridad política en la Roma del siglo I a. C. Unidas formaban un eslogan abreviado que representaba el poder legítimo del Estado romano, un eslogan que perduró a lo largo de la historia de Roma y que sigue utilizándose en Italia en el siglo XXI d. C. De forma más general, el Senado (menos el *PopulusQue Romanus*) ha prestado su nombre a las asambleas legislativas modernas de todo el mundo, desde Estados Unidos hasta Ruanda.

El reparto de actores de la crisis incluye a los personajes más famosos de la historia de Roma. Cayo Julio César, que entonces estaba en la treintena, llevó a cabo una contribución radical al debate de cómo castigar a los conspiradores. Marco Licinio Craso, el plutócrata romano que declaró que nadie podía considerarse rico si no tenía el efectivo suficiente para reclutar a su propio ejército, desempeñó un misterioso papel entre bambalinas. Pero en el centro del escenario, como principal adversario de Catilina, encontramos a la única persona que podemos conocer mejor que a cualquier otra en todo el mundo antiguo. Los discursos, ensayos, cartas, bromas y poesías de Cicerón llenan docenas de volúmenes de texto impreso moderno. No hay nadie más en la Antigüedad hasta Agustín —santo cristiano, teólogo prolífico y ávido conocedor de sí mismo—, cuatrocientos cincuenta años más tarde, cuya vida pública y privada esté lo suficientemente documentada como para poder reconstruir una biografía plausible en términos modernos. En buena medida, vemos a través de los escritos de Cicerón, de sus ojos y de sus prejuicios, el mundo romano del siglo I a. C. y gran parte de la historia de la ciudad hasta sus días. El año 63 a. C. fue el punto de inflexión de su carrera: las cosas nunca volvieron a irle tan bien a Cicerón. Su carrera terminó veinte años después con un fracaso. Todavía seguro de su propia importancia, a veces

un nombre para evocar pero ya no de primera línea, fue asesinado en las guerras civiles que siguieron al asesinato de Julio César en el año 44 a. C., y su cabeza y mano derecha clavadas en el centro de Roma para que todo el mundo las viera, y para ser desfigurado y mutilado.



2. SPQR se encuentra todavía grabado por toda la ciudad de Roma, en todas partes, desde en las tapas de la alcantarilla hasta en las papeleras. Se remonta a la época de Cicerón, y se ha convertido en uno de los acrónimos más duraderos de la historia. Como era de esperar, ha provocado parodias. Una de las favoritas de los italianos es «*Sono Pazzi Questi Romani*»: «Están locos estos romanos».

SPQR en una tapa de alcantarilla (© rgbdave / Stockimo/Alamy) y papeleras de la calle (fotografía de la autora)

La espeluznante muerte de Cicerón presagiaba una revolución todavía más cruenta en el siglo I a. C., que comenzó con una forma de poder político popular, aunque no exactamente una «democracia», y terminó con un autócrata sentado en el trono y con el imperio romano bajo el gobierno de un solo hombre. Por más que Cicerón hubiese «salvado al Estado», la verdad es que el Estado en la forma que él lo conoció no duraría demasiado. Había otra revolución en ciernes, que tendría más éxito que la de Catilina. Al «Senado y pueblo romano» pronto se le añadió

la arrogante figura del «emperador», encarnada en una serie de autócratas que fueron parte de la historia de Occidente, adulados y agredidos, obedecidos e ignorados, durante siglos. Pero este relato viene más adelante en *SPQR*, porque ahora pondremos los pies en uno de los momentos más memorables, jugosos y reveladores de toda la historia de Roma.

CICERÓN VERSUS CATILINA

El conflicto entre Cicerón y Catilina fue en parte un choque de ideologías políticas y ambición, pero también fue una disputa entre hombres de orígenes muy diferentes. Ambos estaban en la cúspide de la política romana, o muy cerca de ella, pero ahí es donde terminan las similitudes. De hecho, sus trayectorias opuestas ofrecen un vívido ejemplo de lo variada que podía ser la vida política en la Roma del siglo I a. C.

Catilina, el futuro revolucionario, tuvo un comienzo más convencional, más privilegiado y al parecer más seguro en la vida, y también en la política. Procedía de una rancia y distinguida familia cuyo linaje se remontaba siglos atrás hasta los míticos padres fundadores de Roma. Se decía que su antepasado Sergesto había huido de Oriente hacia Italia con Eneas después de la guerra de Troya, antes incluso de que existiese la ciudad de Roma. Entre sus ancestros de sangre azul estaba su bisabuelo, un héroe de la guerra contra Aníbal, con un derecho añadido a la fama por ser el primer hombre conocido que había entrado en combate con una mano ortopédica: probablemente no era más que un garfio de metal que reemplazaba la mano derecha, perdida en una batalla anterior. El propio Catilina tuvo éxito en los comienzos de su carrera y fue elegido para una serie de cargos políticos menores, pero en el año 63 a. C. estuvo muy

cerca de la ruina. Su nombre se vio involucrado en una serie de delitos, desde el asesinato de su primera esposa y de su propio hijo hasta prácticas sexuales con una sacerdotisa virgen. Pero, fuesen cuales fuesen sus gravosos vicios, sus problemas financieros procedían en parte de sus repetidos intentos por asegurar su elección a uno de los dos consulados, el cargo político más poderoso de la ciudad.

En Roma, la campaña electoral podía ser un asunto muy costoso. En el siglo I a. C. requería la clase de pródiga generosidad que no siempre es fácil de distinguir del soborno. Había mucho en juego, pues los hombres que salían victoriosos en las elecciones tenían la oportunidad de recuperar su desembolso, legal o ilegalmente, con algunas de las ventajas del cargo. Los que fracasaban —y, como las derrotas militares, había muchos más de estos en Roma de lo que normalmente se reconoce— se endeudaban todavía más.

Esta era la situación de Catilina después de haber sido derrotado en las elecciones anuales para el Consulado en 64 y 63 a. C. Aunque la historia tradicional asegura que ya antes había mostrado inclinaciones en esta dirección, ahora no tenía más opción que recurrir a la «revolución» o a la «acción directa» o al «terrorismo», o como queramos llamarlo. Tras unir fuerzas con las de otros desesperados de la clase alta que se encontraban en apuros similares, apeló al apoyo de los pobres descontentos de la ciudad mientras reunía a su improvisado ejército fuera de ella. No cesaban sus temerarias promesas de cancelar las deudas (una de las formas más despreciables de radicalismo a ojos de las clases terratenientes romanas) ni sus osadas amenazas de eliminar a los políticos dirigentes e incendiar la ciudad entera.

O así fue como Cicerón, convencido de que había sido

señalado para ser destruido, resumió los motivos y los objetivos de su adversario. Él tenía un linaje muy distinto al de Catilina. Provenía de una familia adinerada, de origen terrateniente, como todos los políticos romanos que tenían un nivel elevado. No obstante, sus orígenes estaban fuera de la capital, en el pequeño pueblo de Arpino, a unos 112 kilómetros de Roma, o como mínimo a un día de distancia a la velocidad de viaje de aquella época. A pesar de que debieron ser protagonistas importantes en su localidad, ningún miembro de su familia había destacado en la escena política romana antes que él. Al carecer de todas las ventajas de Catilina, Cicerón confió en sus talentos innatos, en las relaciones de alto nivel que cultivaba asiduamente, para abrirse camino hacia la cúspide con la palabra. Es decir, su principal argumento para la fama era el de abogado estrella en los tribunales romanos; y el estatus de celebridad y los partidarios prominentes que esto le proporcionaba, facilitaron su elección a todos los puestos menores requeridos uno tras otro, lo mismo que Catilina. En el año 64 a. C., donde Catilina fracasó, Cicerón consiguió ganar la carrera para el Consulado del año siguiente.

Aquel momento cumbre no había sido un desenlace totalmente previsible. A pesar de toda su celebridad, Cicerón se enfrentaba a la desventaja de ser un «hombre nuevo», como denominaban los romanos a aquellos que carecían de linaje político, y en cierto momento parece que incluso sopesó la posibilidad de establecer un pacto electoral con Catilina, independientemente de su buena o mala reputación. Sin embargo, los votantes influyentes decantaron la balanza. El sistema electoral romano daba abierta y descaradamente un peso adicional a los votos de los ricos, y muchos de ellos debieron de llegar a la conclusión de que Cicerón era mejor opción que Catilina, a pesar del

elitista desdén por su «novedad». Algunos de sus rivales decían que no era más que un «huésped» de Roma, un «ciudadano de media jornada», pero obtuvo el mayor número de votos. Catilina terminó en un fallido tercer puesto. En segundo lugar, el otro cónsul elegido fue Cayo Antonio Híbrida, tío de un Antonio aún más famoso (Marco Antonio), cuya reputación resultó no ser mejor que la de Catilina.

En el verano de 63 a. C., parece que llegó a oídos de Cicerón el peligro real que suponía Catilina, quien volvía a probar suerte como candidato. Sirviéndose de su autoridad como cónsul, Cicerón pospuso la siguiente ronda de elecciones, y cuando finalmente permitió que siguieran adelante, apareció ante las urnas acompañado de una guardia armada y con la coraza militar claramente visible bajo la toga. Fue una exhibición histriónica, y la combinación del aparato civil y militar alarmantemente incongruente, como si un político moderno entrase en la asamblea legislativa ataviado con traje formal y una ametralladora colgada del hombro. Pero funcionó. Las tácticas basadas en el miedo, combinadas con el vociferante programa populista de Catilina, aseguraron una vez más su derrota. Su declaración de ser un indigente que representaba a otros indigentes difícilmente podía granjearle los votos de la élite.

Poco después de las elecciones, en algún momento de comienzos de otoño, Cicerón empezó a recibir pruebas fehacientes de un complot violento. Desde hacía mucho le llegaba un goteo constante de información a través de la novia de uno de los «cómplices» de Catilina, una mujer llamada Fulvia, que se había convertido en una agente doble. Gracias a un nuevo acto de traición del otro bando, y a través del adinerado Marco Craso como intermediario, tenía en sus manos un fajo de cartas que incriminaban a Catilina y

hacían referencia al terrible derramamiento de sangre que se planeaba. Esta información que no tardó en ser complementada con informes precisos de que fuerzas armadas empezaban a congregarse en el norte de la ciudad en apoyo a la insurrección. Finalmente, tras esquivar un intento de asesinato planificado para el 7 de noviembre, gracias a un soplo de Fulvia, Cicerón convocó al Senado para el día siguiente con el fin de denunciar formalmente a Catilina y provocar su huida de Roma.

En octubre, los senadores ya habían promulgado un decreto instando (o permitiendo) a Cicerón a que, en calidad de cónsul, «se asegurase de que el Estado no sufriera daño alguno», a grandes rasgos el equivalente antiguo de la moderna ley de «poderes extraordinarios» o «prevención de terrorismo», no menos polémica. El 8 de noviembre escuchaban con atención mientras Cicerón desgranaba toda su argumentación contra Catilina en un ataque virulento y bien informado. Fue una maravillosa mezcla de furia, indignación, autocrítica y, al parecer, datos sólidos. Tan pronto recordaba a la compañía reunida el tristemente célebre pasado de Catilina, como lamentaba falsamente no haber reaccionado él mismo lo bastante rápido ante el peligro. Acto seguido revelaba los detalles exactos de la conjura: en casa de quién se habían reunido los conspiradores, en qué fechas, quién estaba implicado y cuáles eran exactamente sus planes. Catilina se había presentado para hacer frente a la denuncia en persona, y pidió a los senadores que no creyesen todo lo que se les decía e hizo mofa de los modestos orígenes de Cicerón al compararlos con sus distinguidos antepasados y sus espléndidos logros. No obstante, debió de darse cuenta de que su posición era desesperada, pues abandonó la ciudad a lo largo de la noche.

EN EL SENADO

El enfrentamiento entre Cicerón y Catilina ante el Senado es el momento culminante de toda la historia: los dos adversarios aparecen cara a cara en una institución que constituía el eje central de la política romana. Pero ¿cómo hemos de imaginárnoslo? El intento moderno más conocido por representar ante nuestros ojos lo que sucedió aquel 8 de noviembre es una pintura del artista italiano del siglo XIX Cesare Maccari (detallada más adelante y en la lámina 1). Se trata de una imagen que encaja perfectamente con muchas de nuestras ideas preconcebidas de la antigua Roma y de su vida pública, majestuosa, espaciosa, formal y elegante.



3. En la pintura de la escena del Senado de Maccari, Cicerón está en pleno discurso, al parecer hablando sin recurrir a anotaciones. Capta a la perfección una de las aspiraciones definitorias de la élite romana: ser un «hombre honrado diestro en el arte de hablar» (*vir bonus dicendi peritus*).

Detalle de *Cicerón denuncia a Catilina* (1889) de Cesare Maccari, Palazzo Madama, Roma. Foto © akg-images/Album / Oronoz

Es también una imagen con la que Cicerón estaría encantado. Catilina se sienta aislado, con la cabeza gacha, como si nadie quisiera correr el riesgo de estar cerca de él, y mucho menos de hablar con él. Mientras tanto, Cicerón es

la estrella de la escena, de pie junto a lo que parece un humeante brasero frente a un altar, arengando al atento público de senadores ataviados con toga. El atuendo diario de los romanos —túnicas, capas e incluso en algunas ocasiones pantalones— era mucho más variado y colorido que este. Sin embargo, la toga era la vestimenta formal nacional: los romanos se definían a sí mismos como la *gens togata*, «la raza que lleva toga», mientras que algunos contemporáneos forasteros se reían de esta extraña y engorrosa prenda. Las togas eran blancas con una cenefa púrpura añadida para aquellos que ostentaban cargos públicos. De hecho, la palabra moderna de «candidato» deriva del latín *candidatus*, que significa «blanqueado» y hace referencia a las togas blanqueadas que llevaban los romanos durante las campañas electorales para impresionar a los votantes. En un mundo en el que el estatus tenía que exhibirse, las sutilezas en el vestir iban incluso más lejos: había también una ancha franja púrpura en las túnicas que los senadores llevaban debajo de la toga, y otra ligeramente más estrecha si uno pertenecía al rango inferior de la sociedad romana, el de «ecuestre» o «caballero», y un calzado especial para ambos rangos.

Maccari ha plasmado las llamativas togas de los senadores, aunque parece haber olvidado las importantes cenefas. No obstante, en todo lo demás, la pintura no es más que una fantasía seductora de la ocasión y del escenario. Para empezar, Cicerón está representado como un anciano estadista de pelo cano y Catilina como un joven villano malhumorado, cuando en realidad ambos estaban en la cuarentena, y Catilina era dos años mayor que Cicerón. Además, se trata de una reunión muy poco concurrida: a menos que imaginemos que todos los demás están fuera de escena, apenas hay cincuenta senadores escuchando el

trascendental discurso.

A mediados del siglo I a. C., el Senado era un órgano de unos seiscientos miembros, todos ellos hombres elegidos para cargos políticos (y digo «todos ellos hombres» porque ninguna mujer ostentó jamás cargo político alguno en la antigua Roma). Cualquiera que hubiese ocupado el puesto inferior de cuestor, para el que cada año se elegía a veinte hombres, accedía automáticamente al Senado con un escaño vitalicio. Se reunían con regularidad, debatían, aconsejaban a los cónsules y promulgaban decretos, que en la práctica solían obedecerse, aunque, como no tenían fuerza de ley, siempre existía la incómoda cuestión de qué sucedería si un decreto del Senado se incumplía o se ignoraba. Sin duda, la asistencia fluctuaba, pero con toda seguridad esta reunión en particular debió de estar bastante concurrida.

En cuanto al escenario, parece bastante romano, pero con la enorme columna que se extiende fuera de la vista y el magnífico mármol de brillantes colores que cubre las paredes, resulta demasiado ostentoso para la Roma de este período. La imagen moderna que tenemos de la ciudad antigua como un espectáculo de reluciente mármol a gran escala no es del todo errónea. No obstante, se trata de una evolución posterior en la historia de Roma, que empezó con la llegada del gobierno de un solo hombre bajo los emperadores y con la primera explotación sistemática de las canteras de mármol de Carrara en el norte de Italia, más de treinta años después de la crisis de Catilina.

La Roma de tiempos de Cicerón, con un millón de habitantes, estaba construida en gran parte con ladrillo o piedra local y era un laberinto de calles tortuosas y oscuras avenidas. Un visitante procedente de Atenas o de la Alejandría de Egipto, donde había numerosos edificios al

estilo de la pintura de Maccari, habría encontrado el lugar mediocre, por no decir sórdido. Era tal semillero de enfermedades que un médico romano escribió que uno no necesitaba leer los libros de texto para investigar la malaria: en la ciudad de Roma se convivía con ella. El mercado del alquiler en los suburbios proporcionaba un mísero alojamiento a los pobres, pero con lucrativos beneficios para los caseros sin escrúpulos. El propio Cicerón había invertido cuantiosas sumas de dinero en propiedades de baja calidad y una vez bromeó diciendo, más por superioridad que por vergüenza, que incluso las ratas habían hecho las maletas y se habían marchado de uno de sus ruinosos bloques de alquiler.

Algunos de los romanos más ricos habían empezado a sorprender a los mirones con sus lujosas casas particulares, equipadas con elaboradas pinturas, elegantes estatuas griegas, muebles sofisticados (las mesas de una sola pata causaban una especial envidia y entusiasmo), e incluso columnas de mármol importado. Había también unos cuantos edificios públicos dispersos diseñados con magnificencia, contruidos (o revestidos) de mármol, que ofrecían un atisbo del lujoso rostro de la ciudad que estaba por venir. Pero la ubicación de la reunión del 8 de noviembre no guardaba ningún parecido con todo esto.

Cicerón había convocado a los senadores para reunirse, como solían hacer a menudo, en un templo: en esta ocasión un viejo y modesto edificio dedicado al dios Júpiter, cerca del foro, en el corazón de la ciudad, construido siguiendo el patrón de planta rectangular, no la estructura semicircular de la fantasía de Maccari. Probablemente era pequeño y mal iluminado, con lámparas y antorchas que compensaban la falta de ventanas. Hemos de imaginar a varios centenares de senadores apretujados en un espacio sofocante y abarrotado,

algunos sentados en improvisadas sillas o bancos, otros, de pie y empujándose, bajo alguna antigua y venerable estatua de Júpiter. Era sin duda una ocasión trascendental en la historia de Roma, pero también con toda certeza, como en muchas cosas de Roma, mucho menos elegante de lo que nos gusta imaginar.

TRIUNFO Y HUMILLACIÓN

La escena posterior a todo aquello no ha sido recreada por pintores embelesados. Catilina abandonó la ciudad para unirse a sus partidarios que habían concentrado un improvisado ejército fuera de Roma. Entretanto, Cicerón urdió una astuta operación encubierta para desenmascarar a los conspiradores que todavía quedaban en la ciudad. Imprudentemente, como se vio después, habían intentado implicar en el complot a una delegación de hombres procedentes de la Galia que habían acudido a Roma para quejarse de la explotación que estaban sufriendo a manos de los gobernadores provinciales romanos. Sea cual fuere la razón —quizá no fue más que el instinto de apoyar al vencedor—, esos galos decidieron trabajar en secreto con Cicerón y pudieron proporcionar pruebas definitivas de nombres, lugares, planes y algunas cartas adicionales con información incriminatoria. Se produjeron los consiguientes arrestos y también las típicas excusas poco convincentes. Cuando encontraron la casa de uno de los conspiradores llena de armas, el hombre reivindicó su inocencia diciendo que su afición era coleccionarlas.

El 5 de diciembre, Cicerón volvió a convocar al Senado para debatir lo que había que hacer con los hombres que estaban bajo arresto. Esta vez los senadores se congregaron en el templo de la diosa Concordia, o Armonía, una señal inequívoca de que los asuntos de Estado eran de todo menos

armoniosos. Julio César hizo la osada propuesta de que los conspiradores apresados fueran encarcelados: bien, según una versión, hasta que pudieran ser debidamente juzgados, una vez terminada la crisis o, según otra, para toda la vida. Las penas de cárcel no eran las sentencias favoritas en el mundo antiguo; las prisiones eran poco más que lugares en los que se retenía a los criminales antes de su ejecución. Las multas, el exilio y la muerte constituían el repertorio habitual de los castigos en Roma. Si César realmente abogó por la cadena perpetua en 63 a. C., entonces fue probablemente la primera vez en la historia de Occidente que se propuso como alternativa a la pena de muerte, sin éxito. Escudándose en el decreto de poderes extraordinarios y en el vociferante apoyo de muchos senadores, Cicerón hizo ejecutar a los hombres sumariamente, sin ni siquiera un juicio de farsa. Con triunfalismo, anunció sus muertes a la entusiasmada multitud con un famoso eufemismo de una sola palabra: *vixere*, «han vivido»; es decir, «están muertos».

Al cabo de pocas semanas, las legiones romanas derrotaron al ejército de Catilina formado por los descontentos en el norte de Italia. El propio Catilina cayó luchando con valentía al frente de sus hombres. El comandante romano, el colega consular de Cicerón, Antonio Híbrida, alegó dolor de pies el día de la batalla final y entregó el mando a su número dos, levantando así sospechas en algunos sectores sobre cuáles eran exactamente sus simpatías. Y no fue el único cuyos motivos se cuestionaron. En el mundo antiguo ha habido toda clase de especulaciones, descabelladas y no concluyentes, acerca de qué hombres de éxito pudieron haber respaldado en secreto a Catilina. ¿Fue en realidad el agente del taimado Marco Craso? ¿Y cuál era la verdadera postura de César?

La derrota de Catilina supuso indudablemente una

notable victoria para Cicerón, y sus partidarios lo apodaron *pater patriae*, o «padre de la patria», uno de los títulos más espléndidos y satisfactorios que uno podía ostentar en una sociedad altamente patriarcal como Roma. Pero su éxito no tardó en enturbiarse. El último día en su cargo de cónsul, dos rivales políticos impidieron que pronunciase el habitual discurso de despedida en una reunión del pueblo romano: «Aquellos que han castigado a otros sin ser escuchados en una audiencia —insistieron— no deberían tener el derecho de ser escuchados». Unos años después, en 58 a. C., el pueblo romano votó, como norma general, expulsar a cualquiera que hubiera ejecutado a un ciudadano romano sin juicio previo. Cicerón abandonó Roma antes de que se aprobase una ley que lo condenaba al exilio.

En esta historia, el *Populus(que) Romanus* (el PQR del *SPQR*) no ha desempeñado ningún papel prominente. El «pueblo» era un órgano mucho más grande y amorfo que el Senado, formado, en términos políticos, por todos los ciudadanos romanos varones. Las mujeres no tenían ningún derecho político formal. En el año 63 a. C. había en torno a un millón de hombres dispersos en la capital y en toda Italia, e incluso más lejos. En la práctica, normalmente estaba compuesto por los pocos miles o centenares que, por un determinado motivo, decidían acudir a la ciudad de Roma para elecciones, votaciones o reuniones. Una de las grandes polémicas sobre la historia de Roma, incluso en el mundo antiguo, ha sido siempre la de determinar hasta qué punto podía influir el pueblo. Dos cosas son ciertas: en este período, solo el pueblo podía elegir a los cargos políticos del Estado romano, e independientemente de lo azul que fuera tu sangre, solo podías ostentar un cargo, como el de cónsul, si el pueblo romano te elegía. A diferencia del Senado, solamente el pueblo podía ejercer la ley. En 58 a. C., los

enemigos de Cicerón esgrimieron que, por más autoridad que reclamase bajo la cobertura del decreto de prevención del terrorismo aprobado por el Senado, las ejecuciones de los partidarios de Catilina habían incumplido el derecho fundamental de todo ciudadano romano a un juicio justo, por lo que correspondía al pueblo la decisión de exiliarlo.

El antaño «padre de la patria» pasó un desdichado año en el norte de Grecia (su despreciable autocompasión no resulta agradable), hasta que el pueblo votó su regreso. Sus partidarios lo recibieron con aclamaciones, pero su casa de la ciudad había sido demolida y, para poner la cuestión política en su sitio, en su lugar se había erigido un santuario a Libertas; así pues, su carrera nunca llegó a recuperarse del todo.

PUESTO TODO POR ESCRITO

Los motivos por los cuales podemos contar esta historia con tanto detalle son muy simples: los propios romanos escribieron abundantemente sobre este suceso, y mucho de lo que escribieron se ha conservado. Los historiadores modernos a menudo se lamentan de lo poco que podemos saber de ciertos aspectos del mundo antiguo. «Piensa solo lo que no sabemos acerca de las vidas de los pobres —se lamentan—, o del punto de vista de las mujeres.» Esto resulta tan anacrónico como engañoso. Los escritores de la literatura romana *eran* casi exclusivamente hombres, o, por lo menos, muy pocas obras de mujeres han llegado hasta nosotros (la autobiografía de la madre del emperador Nerón, Agripina, es una de las pérdidas más lamentables de la literatura clásica). Estos hombres pertenecían en su gran mayoría a la clase acomodada, aunque a algunos poetas romanos les gustaba fingir, como todavía lo hacen en algunas ocasiones, que morían de inanición en buhardillas.

Sin embargo, las quejas esquivan una cuestión mucho más importante.

El hecho más simple y extraordinario sobre el mundo romano es que mucho de lo que los romanos escribieron se ha conservado a lo largo de más de dos milenios. Tenemos su poesía, sus cartas, sus ensayos, sus discursos y sus historias, a los que ya me he referido, pero también poseemos novelas, geografías, sátiras y resmas y más resmas de textos técnicos sobre todos los temas, desde ingeniería del agua hasta medicina y enfermedades. Esta supervivencia se debe en gran medida a la diligencia de los monjes medievales que transcribieron a mano, una y otra vez, las que en su opinión eran las obras más importantes y útiles de la literatura clásica, con una contribución significativa, aunque a menudo olvidada, de los eruditos islámicos medievales que tradujeron al árabe materiales filosóficos y científicos. Gracias a los arqueólogos que han rescatado papiros de las arenas y montículos de basura de Egipto, tablillas de escritura de madera de bases militares romanas en el norte de Inglaterra y elocuentes lápidas por todo el imperio, tenemos destellos de la vida y cartas de algunos de los habitantes más corrientes del mundo romano. Tenemos notas enviadas a casa, listas de la compra, libros de cuentas y últimos mensajes grabados en las tumbas. A pesar de que todo esto no es más que una pequeña parte de lo que antaño existió, tenemos acceso a más literatura romana, y más escritos romanos en general, de lo que cualquier persona podría llegar a dominar a fondo en el transcurso de una vida.

Por lo tanto, ¿qué es exactamente lo que sabemos del conflicto entre Catilina y Cicerón? La historia nos ha llegado por diversos cauces, y es en parte la variedad lo que la hace tan rica y fecunda. Hay breves relatos en las obras de algunos antiguos historiadores romanos, entre ellos una

antigua biografía del propio Cicerón: todo ello escrito unos cien años o más después de los mencionados acontecimientos. El más importante y revelador es un extenso ensayo de unas cincuenta páginas en una traducción convencional inglesa, que ofrece una detallada descripción, y análisis, de la *Guerra de Catilina*, o *Bellum Catilinae*, para utilizar lo que sin duda fue su antiguo título. Fue escrita tan solo veinte años después de la «guerra», en la década de los años 40 a. C., por Cayo Salustio Crispo, o «Salustio», como normalmente se le conoce. Era amigo y aliado de Julio César y, como Cicerón, un «hombre nuevo», pero con una reputación política contradictoria: su período como gobernador romano en el norte de África fue infame, incluso para los parámetros romanos, por su corrupción y extorsión. No obstante, a pesar de su carrera no del todo respetable, o quizá debido a ello, el ensayo de Salustio es uno de los textos más agudos de análisis político que nos ha llegado del mundo antiguo.

Salustio no narró simplemente el desarrollo de la historia del intento de insurrección, sus causas y su desenlace. Utilizó la figura de Catilina como emblema de los grandes fracasos de la Roma del siglo I a. C. En opinión de Salustio, la fibra moral de la cultura romana había sido aniquilada por el éxito de la ciudad y por la riqueza, la avaricia y las ansias de poder que siguieron a la conquista del Mediterráneo y a la derrota de todos sus rivales importantes. El momento crucial llegó ochenta y tres años antes de la guerra contra Catilina, cuando en 146 a. C. los ejércitos romanos destruyeron Cartago, base militar de Aníbal en el norte de África. Después de estos acontecimientos, pensaba Salustio, no quedaban amenazas significativas frente al dominio romano. Es posible que Catilina tuviera cualidades positivas, como aceptaba Salustio, desde el coraje en primera línea de batalla

hasta extraordinarios poderes de resistencia: «Su capacidad de soportar el hambre, el frío o la privación de sueño era increíble». Pero también simbolizaba mucho de lo que estaba mal en la Roma de su época.

Tras el ensayo de Salustio subyacen otros documentos elocuentes, que en última instancia remiten a la mano del propio Cicerón y dan su versión de los hechos. Algunas de las cartas que escribió a su íntimo amigo Tito Pomponio Ático, un hombre acaudalado que nunca entró en la política formal pero que a menudo movía los hilos desde las bandas, mencionan sus, al principio cordiales, relaciones con Catilina. Entremezclado con las noticias domésticas sobre el nacimiento de su hijo («Deja que te lo diga, me he convertido en padre...») y la llegada de nuevas estatuas procedentes de Grecia para decorar su casa, Cicerón explica en el año 65 a. C. que estaba considerando llevar la defensa de Catilina en los tribunales, con la esperanza de que más adelante pudieran trabajar juntos.

Cómo terminaron estas cartas siendo de dominio público es un verdadero misterio. Es muy probable que un miembro de la casa de Cicerón hiciera copias de las mismas, disponibles tras su muerte, y rápidamente circularon entre lectores curiosos, partidarios y enemigos. Nunca se publicó nada, tal como lo entendemos hoy, en el mundo antiguo. En total sobreviven casi unas mil cartas, escritas a y por el gran hombre a lo largo de los últimos veinte años de su vida. Las misivas revelan su autocompasión en el exilio («¡Todo cuanto puedo hacer es llorar!») y su aflicción por la muerte de su hija tras dar a luz, pero al mismo tiempo cubren temas sobre representantes dedicados al latrocinio, sobre divorcios en la sociedad, y hasta hablan de las ambiciones de Julio César; constituyen algunos de los documentos más fascinantes que tenemos de la antigua Roma.

Igualmente fascinante, y quizá todavía más sorprendente, es la conservación de parte de un largo poema que escribió Cicerón para celebrar los logros de su Consulado; no está completo, pero fue lo suficientemente famoso, o infame, para que otros escritores de la Antigüedad y el propio Cicerón citasen setenta versos o más de dicho poema en obras posteriores. Incluye uno de los versos más tristemente célebres de mala poesía latina que se ha abierto camino hasta nosotros a través de la Alta Edad Media: «*O fortunatam natam me consule Romam*»: una cantinela que sonaba algo así como «Roma fue un estado afortunado / nacida en mi gran consulado». Es más, con lo que se ha considerado una importante, si bien ligeramente divertida, falta de modestia, representaba al parecer a una «asamblea de los dioses» en la que un cónsul sobrehumano debate con el Senado divino en el monte Olimpo la manera de manejar la conjura de Catilina.

En el siglo I a. C., en Roma la reputación y la fama dependían no solo del boca a boca sino también de la publicidad, a veces minuciosa e incluso torpemente orquestada. Sabemos que Cicerón trató de convencer a uno de sus amigos historiadores, Lucio Luceyo, para que escribiera un relato celebrando la derrota infligida a Catilina y su secuela («Me encantaría sobremanera que mi nombre apareciera bajo el foco de tu escritura», le dijo en una carta), y también esperaba que un poeta griego de moda, cuyo complicado caso de inmigración había defendido en los tribunales de Roma, compusiera un meritorio poema épico sobre este mismo tema. Al final tuvo que escribirse su poema conmemorativo a sí mismo. Algunos críticos modernos han intentado defender, sin demasiada convicción, la calidad literaria de su obra, e incluso de lo que se ha convertido en su verso identificativo («*O fortunatam*

natam...»). La mayoría de críticos romanos cuyo criterio sobre el tema ha sobrevivido satirizaron tanto la vanidad de la empresa como su lenguaje. Incluso uno de los mayores admiradores de Cicerón, un aplicado estudiante de sus técnicas de oratoria, lamentaba que «se hubiera pasado tanto de la raya». Otros ridiculizaron o parodiaron con regocijo el poema.

No obstante, el acceso más directo que tenemos de los acontecimientos del año 63 a. C. procede de los guiones de algunos de los discursos que Cicerón pronunció en el momento de la insurrección. Dos se pronunciaron en reuniones públicas del pueblo romano, actualizados de acuerdo con el desarrollo de las investigaciones de la conjura de Catilina, en que se anuncia la victoria sobre los disidentes. Uno de ellos fue la contribución de Cicerón al debate en el Senado el 5 de diciembre, que determinó la pena adecuada para los arrestados. El más famoso de todos fue el discurso pronunciado el 8 de noviembre en el Senado, denunciando a Catilina con las palabras que imaginamos que fluirían de su boca en la pintura de Maccari.

Es probable que el propio Cicerón hiciese circular copias de todos ellos poco después de haberlos pronunciado, laboriosamente transcritos por un pequeño ejército de esclavos. Estos, a diferencia de sus esfuerzos en poesía, se convirtieron enseguida en clásicos de la literatura latina admirados y profusamente citados, en excelentes ejemplos de alta oratoria para ser aprendidos e imitados por los escolares romanos y futuros oradores públicos a lo largo de la Antigüedad. Incluso los leían y estudiaban aquellos que no hablaban el latín con total fluidez. Esto es lo que sucedió en el Egipto romano cuatrocientos años más tarde. Las primeras copias de estos documentos que sobrevivieron se han encontrado en papiros fechados en el siglo IV o V d. C.,

de los que hoy en día solo quedan pequeños fragmentos de lo que originalmente fueron textos mucho más largos. Incluyen el original latino y una traducción al griego palabra por palabra. Hemos de imaginarnos a un nativo de habla griega en Egipto batallando y requiriendo ayuda para llegar a comprender el lenguaje original de Cicerón.

Muchos estudiantes posteriores han batallado también con estos textos. Este grupo de cuatro discursos, *Contra Catilina (In Catilinam)* o las *Catilinarias*, como se los conoce a menudo, se abrió paso hasta entrar en las tradiciones culturales y educativas de Occidente. Copiados y diseminados a través de los monasterios medievales, sirvieron para que generaciones de alumnos se ejercitasen en la lengua latina, y fueron minuciosamente analizados como obras de arte literarias por intelectuales y teóricos de la retórica del Renacimiento. Incluso hoy en día, en ediciones impresas mecánicamente, conservan su lugar en el programa de los que estudian latín, y siguen siendo modelos de oratoria persuasiva, cuyas técnicas subyacen tras algunos de los discursos modernos más famosos, entre ellos los de Tony Blair y Barack Obama.

Las palabras de apertura del discurso de Cicerón pronunciado el 8 de noviembre (la *Primera Catilinaria*) no tardaron en convertirse en una de las citas más conocidas e inmediatamente reconocibles del mundo romano: «*Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*» («¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?»); fueron seguidas de cerca, unas líneas más abajo en el texto escrito, por el enérgico y todavía repetido eslogan «*O tempora, o mores*» («¡Oh, en qué mundo vivimos!», o, literalmente, «¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!»). De hecho, la frase «*Quo usque tandem...*» ya debía de estar firmemente arraigada en la conciencia literaria romana en el momento en que

Salustio escribía su relato de la «guerra» veinte años después. Tal era su arraigo que, con aguda o jocosa ironía, Salustio la puso en boca de Catilina. «*Quae quo usque tandem patiemini, o fortissimi viri?*» («¿Hasta cuándo seguiréis tolerando esto, mis valientes?»), son las palabras con las que el revolucionario de Salustio agita a sus seguidores, recordándoles las injusticias que sufrían a manos de la élite. Las palabras son puramente imaginarias. Los escritores antiguos solían redactar discursos para sus protagonistas, lo mismo que hoy en día los historiadores adjudican sentimientos o motivaciones a sus personajes. Aquí la gracia consiste en que el autor hace que Catilina, el gran enemigo de Cicerón, pronuncie el eslogan más famoso de su antagonista.

Esta es tan solo una de las paradójicas y cáusticas «citas erróneas» y retorcidas ironías de la historia de esta inconfundible frase. A menudo vagaba por la literatura romana cuando había proyectos revolucionarios en juego. Pocos años después de Salustio, Tito Livio, o «Livio», como mejor se le conoce, escribía su propia historia de Roma desde los comienzos, originariamente en 142 «libros»: un vasto proyecto, a pesar de que en la Antigüedad un libro abarcaba lo que cabía en un rollo de papiro y se asemeja más a la extensión de un capítulo moderno. Lo que Livio quiso decir sobre Catilina se ha perdido. Pero cuando quería plasmar los conflictos civiles de cientos de años antes, en particular la «conspiración» de un tal Marco Manlio, que en el siglo IV a. C. fue acusado de haber incitado a los pobres de Roma a la rebelión contra el opresivo dominio de la élite, recuperó una versión de las clásicas palabras. Imaginó a Manlio preguntando a sus seguidores: «*Quo usque tandem ignorabitis vires vestras?*» («¿Hasta cuándo seguiréis ignorando vuestra fuerza?»), para que se dieran cuenta de

que, aun siendo pobres, tenían la fuerza suficiente para triunfar.

Aquí la cuestión no es simplemente la reverberación del lenguaje. Ni tampoco la figura de Catilina como sinónimo del villano, aunque sin duda desempeña a menudo este papel en la literatura romana. Su nombre acabó utilizándose como apodo para los emperadores impopulares, y medio siglo después Publio Virgilio Marón (o «Virgilio», como hoy se le conoce) le concedió un breve papel en la *Eneida*, donde el malo aparece torturado en el inframundo, «temblando, ante la faz de las Furias». Todavía más importante es la forma en que el conflicto entre Catilina y Cicerón llegó a convertirse en un poderoso modelo para comprender la desobediencia civil y la insurrección a lo largo de la historia de Roma e incluso después. Cuando los historiadores romanos escribían sobre revolución, la imagen de Catilina estaba presente en algún lugar de sus relatos, a costa incluso de extrañas inversiones cronológicas. Como demuestran sus palabras minuciosamente elegidas, el Marco Manlio de Livio, un noble comprometido en una revolución abocada al fracaso, apoyado por una chusma empobrecida, era en gran medida una proyección retrospectiva de Catilina en la historia temprana de Roma.

LA OTRA CARA DE LA HISTORIA

¿No podría haber otra cara de la historia? El hecho de que las detalladas evidencias que tenemos provengan de la pluma de Cicerón, o de su punto de vista, significa que su perspectiva será siempre dominante. Pero no significa necesariamente que sea verdad en todos los sentidos ni que sea la única manera de ver las cosas. Durante siglos, la gente se ha preguntado hasta qué punto está cargado el relato que nos ofrece Cicerón, y se han detectado interpretaciones y

puntos de vista alternativos bajo la superficie de su versión de los hechos. El propio Salustio también lo insinúa, pues a pesar de que su historia se basa totalmente en los escritos de Cicerón, al transferir la famosa frase «*Quo usque tandem*» de boca de Cicerón a la de Catilina, puede que recuerde a sus lectores que los hechos y su interpretación eran, como mínimo, variables.

Una pregunta obvia es la de si el discurso que conocemos como la *Primera Catilinaria* es realmente el que pronunció Cicerón ante los senadores reunidos en el templo de Júpiter el 8 de noviembre. Es difícil imaginar que fuera una completa invención. ¿Cómo podría haber salido impune haciendo circular una versión que no tenía relación alguna con lo que había dicho? Pero es casi seguro que no coincide palabra por palabra, ya que si hablaba a partir de anotaciones y del equivalente antiguo de los epígrafes, entonces el texto que tenemos está presumiblemente entre lo que recordaba haber dicho y lo que le hubiera gustado decir. Aunque lo hubiera leído de un texto casi completo, al hacer circular el discurso entre los amigos, socios y aquellos a los que quisiera impresionar, casi sin lugar a dudas lo habría mejorado, atando los cabos sueltos e insertando algunas frases sarcásticas más incisivas, que hubiera podido omitir o que se le hubieran escapado aquel día.

También depende mucho de cuándo se puso en circulación y por qué. Sabemos por una de sus cartas a Ático que Cicerón estaba organizando la copia de la *Primera Catilinaria* en junio de 60 a. C., cuando debía de ser consciente de que la polémica sobre su ejecución de los «conspiradores» no se apaciguaría. Debió de ser muy tentador y oportuno para Cicerón utilizar el texto escrito del discurso en defensa propia, aunque esto significase llevar a cabo algunos ajustes estratégicos y añadidos. De hecho, en la

versión que tenemos, las repetidas referencias a Catilina como si fuera un enemigo extranjero (en latín *hostis*) bien podrían ser una de las formas en que Cicerón respondía a sus oponentes: al referirse a los conspiradores como enemigos del Estado, insinuaba que no merecían la protección de la ley romana, que habían perdido sus derechos civiles (inclusive el derecho a juicio). Por supuesto, es posible que aquello fuera ya el *leitmotiv* de la versión oral del discurso pronunciado el 8 de noviembre. Sencillamente no lo sabemos, pero sin duda el término adquirió mayor relevancia, y estoy convencida de que se le dio mucho más énfasis en la versión escrita y permanente.

Estas preguntas nos incitan a buscar con mayor ahínco versiones diferentes de la historia. Independientemente del punto de vista de Cicerón, ¿es posible tener alguna idea de cómo lo veían Catilina y sus partidarios? Las palabras y las opiniones de Cicerón dominan ahora las evidencias contemporáneas de la mitad del siglo I a. C. No obstante, siempre vale la pena leer su versión, o cualquier otra versión de la historia de Roma, «a contracorriente», abrir los pequeños resquicios de la historia utilizando los fragmentos de otros testimonios independientes que tengamos y preguntar si otros observadores vieron las cosas de modo diferente. ¿Eran aquellos a los que Cicerón tachó de monstruos malvados realmente tan malos como él los pintó? En este caso, ya hay suficiente para sembrar dudas acerca de lo que pasaba en realidad.

Cicerón pinta a Catilina como un malhechor con terribles deudas de juego a causa de sus defectos morales. Pero la situación no debió de ser tan simple. En el año 63 a. C. había en Roma una especie de restricción crediticia y más problemas económicos y sociales de los que Cicerón estaba dispuesto a reconocer. Otro logro de su «gran consulado»

fue el de paralizar una propuesta de distribución de tierras en Italia para algunos de los pobres de la ciudad. Dicho de otro modo, si Catilina se comportaba como un malhechor, posiblemente tuviera buenas razones y contase con el apoyo de mucha gente corriente arrastrada a adoptar medidas desesperadas por sufrimientos similares.

¿Cómo podemos saberlo? Es mucho más difícil reconstruir la economía a lo largo de 2000 años que la política, pero tenemos algunos atisbos inesperados. La evidencia de las monedas del período que han sobrevivido es particularmente reveladora, tanto de las condiciones de la época como de la capacidad de los historiadores y arqueólogos modernos de exprimir el material de que disponen de forma ingeniosa. En general, las monedas romanas pueden fecharse con bastante precisión, porque en este período se diseñaban de nuevo cada año y los funcionarios anuales responsables de emitir las «firmaban». Se acuñaban utilizando una serie de «matrices» (o sellos) cortadas a mano individualmente, cuyas mínimas diferencias en los detalles todavía son visibles en las monedas acabadas. Podemos calcular aproximadamente cuántas monedas podía estampar cada matriz (antes de que quedase demasiado desgastada para poder dar una imagen nítida), y si tenemos una muestra de monedas lo bastante grande, podemos calcular a grandes rasgos cuántas matrices se usaron en total para acuñar una sola emisión. A partir de esto podemos obtener una idea aproximada pero efectiva de cuántas monedas se emitían cada año: cuantas más matrices, más monedas, y viceversa.



4. Esta moneda de plata se acuñó en el año 63 a. C. El diseño muestra a un romano votando una ley y depositando su tablilla de votación en una vasija para el recuento. Las diferencias en los detalles entre las dos versiones ilustran las diferencias en las matrices de estampado. El nombre del funcionario encargado de la acuñación aquel año, Longinus, aparece también estampado en la moneda.

Moneda romana de plata de 63 a. C. que muestra una votación: (Izquierda © The Trustees of British Museum; Derecha © Goldberg Coins & Collectibles Inc.)

Según estos cálculos, el número de monedas acuñadas a finales de los años 60 a. C. cayó de forma tan acusada que había en total menos monedas en circulación que en los años precedentes. No podemos reconstruir los motivos. Como la mayoría de países antes del siglo XVIII o incluso más tarde, Roma no tenía ninguna política monetaria propiamente dicha, ni instituciones financieras en las que se pudiera desarrollar este tipo de política. Sin embargo, las consecuencias probables son obvias. Tanto si apostó imprudentemente su fortuna como si no, Catilina, y muchos otros, debían de tener poco dinero en efectivo; y aquellos que estaban endeudados tenían que hacer frente a los acreedores que, también escasos de efectivo, reclamaban sus préstamos.

Aparte de otros factores permanentes que pudieron proporcionar a los humildes y desposeídos de Roma el incentivo de protestar o de unirse a aquellos que les

prometían un cambio radical. Había una enorme disparidad de riqueza entre ricos y pobres, escuálidas condiciones de vida para la mayor parte de la población, y probablemente durante gran parte del tiempo, y si no hambruna, sí hambre persistente. A pesar de las despectivas descripciones que hace Cicerón de los partidarios de Catilina calificándolos de depravados, bandidos e indigentes, la lógica de algunos de sus informes, y de los de Salustio, sugiere otra cosa. Estos afirman o insinúan que el apoyo de Catilina se evaporó cuando se informó de que tenía la intención de quemar la ciudad. Si es así, no estamos tratando con indigentes ni con auténticos pordioseros con nada que perder, y con todo que ganar, en un incendio total. Con toda probabilidad, entre sus partidarios había pobres humildes y míseros, que todavía se aferraban a la supervivencia de la ciudad.



5. Esta lápida romana del siglo IV d. C. ilustra una forma sencilla de acuñar una moneda. La moneda en blanco se coloca entre dos matrices que descansan sobre un yunque. El hombre de la izquierda le propina a este «bocadillo» un fuerte golpe

con un martillo para estampar el diseño en la pieza. Como sugieren las tenazas que sostiene el ayudante de la derecha en la mano, la moneda en blanco se ha calentado para facilitar la impresión.

Lápida romana que muestra la acuñación de monedas, siglo IV d. C. Museo Archeologico Nazionale d'Abruzzo, Chieti. Reproducción cortesía del Ministero per i Beni e le Attività Culturali / Alinari Archives, Florencia

Indudablemente, Cicerón tenía gran interés en aprovecharse al máximo del peligro que suponía Catilina. A pesar de su éxito político, ocupaba una posición precaria en la cúspide de la sociedad romana entre las familias aristocráticas que, como Catilina, decían tener un linaje que se remontaba directamente a los fundadores de la ciudad, o incluso a los dioses. La familia de Julio César, por ejemplo, se enorgullecía de poder trazar sus orígenes hasta la diosa Venus; otra familia, curiosamente, aseguraba descender de la igualmente mítica Pasífae, esposa del rey Minos, cuya extraordinaria cópula con un toro engendró al monstruoso Minotauro. Para asegurar su posición en estos círculos, Cicerón buscaba sin duda causar sensación durante su año de cónsul. Una impresionante victoria militar contra un ejército bárbaro hubiera sido ideal, lo que la mayoría de romanos hubiera soñado. Roma fue siempre un estado guerrero, y una victoria en la guerra era el camino más seguro hacia la gloria. Sin embargo, Cicerón no era soldado: debía su prominencia a los tribunales, no a haber conducido a su ejército en batalla contra peligrosos o desgraciados extranjeros. Necesitaba «salvar al Estado» de alguna otra manera.

Algunos comentaristas romanos observaron que la crisis proporcionó una gran ventaja a Cicerón. Un panfleto anónimo que atacaba la carrera de Cicerón, y que se conservó porque se creía erróneamente que había salido de la pluma de Salustio, declara explícitamente que «utilizó los problemas del Estado para su propia gloria», y llega incluso

a afirmar que su Consulado fue «la causa de la conspiración» más que la solución. Dicho sin rodeos, para nosotros la pregunta básica no debería ser *si* Cicerón exageró los peligros de la conspiración, sino *hasta qué punto*.

Los escépticos modernos más decididos consideran que toda la conspiración no fue más que producto de la imaginación de Cicerón; en este caso, el hombre que declaró ser un «entusiasta de las armas» era exactamente eso, las cartas inculpativas eran falsificaciones, la delegación de galos un completo engaño del cónsul y los rumores de intentos de asesinato invenciones paranoicas. Estas opiniones tan radicales no parecen plausibles. Después de todo, hubo un combate cuerpo a cuerpo entre los hombres de Catilina y las legiones romanas, que difícilmente puede considerarse una fantasía. Es mucho más probable que, cualesquiera que fueran sus motivos iniciales, Catilina —un radical sagaz y terrorista sin principios— se viera en parte arrastrado a medidas extremas por un cónsul pidiendo pelea y preocupado por su propia gloria. Incluso es posible que Cicerón se convenciera a sí mismo, fueran cuales fueran las pruebas, de que Catilina era una seria amenaza para la seguridad de Roma. Sabemos por ejemplos mucho más recientes que así es como suele funcionar la paranoia política y el egoísmo. Nunca podremos estar seguros del todo. La «conspiración» será siempre el ejemplo perfecto del clásico dilema de interpretación: ¿había realmente «rojos debajo de la cama» o fue la crisis, por lo menos en parte, un invento conservador? También debería servir como recordatorio de que en la historia de Roma, como en cualquier otra, hemos de estar siempre atentos a la otra cara de la historia, que es parte del tema de este *SPQR*.

¿NUESTRO CATILINA?

El enfrentamiento entre Cicerón y Catilina ha sido un modelo de conflicto político desde entonces. No puede ser coincidencia que la pintura de Maccari de los acontecimientos del 8 de noviembre fuese un encargo, junto con otras escenas de la historia de Roma, para la sala del Palazzo Madama que acababa de convertirse en la sede del moderno Senado italiano: presumiblemente con la intención de ser una lección para los senadores modernos. A lo largo de los siglos se han debatido con vehemencia, y no solo por parte de los historiadores, los errores y los aciertos de la «conspiración», los respectivos defectos y virtudes de Catilina y Cicerón y los conflictos entre la seguridad de la patria y las libertades civiles.

En ocasiones, la historia se ha reescrito drásticamente. Según una tradición medieval de la Toscana, Catilina sobrevivió a la batalla contra las legiones romanas y tuvo, en calidad de héroe local, una complicada relación romántica con una mujer llamada Belisea. Otra versión le atribuye un hijo, Uberto, convirtiéndolo así en el antepasado de la dinastía de los Uberti en Florencia. Todavía más imaginativa es la obra de Prosper de Crébillon, *Catilina*, representada por primera vez a mediados del siglo XVIII, que se saca de la manga una aventura entre Catilina y Tulia, la hija de Cicerón, con algunas citas secretas eróticas en un templo romano.

Cada vez que se ha representado la conspiración en la ficción y en el escenario, se ha ajustado de acuerdo con la inclinación política del autor y el clima político de la época. La primera obra teatral de Ibsen, escrita tras las revoluciones europeas de la década de 1840, toma por tema los acontecimientos de 63 a. C. Aquí, un Catilina revolucionario se enfrenta a la corrupción del mundo en el que vive, mientras que Cicerón, que no podía haber

imaginado nada peor, es casi eliminado por completo de los acontecimientos y nunca aparece en escena, siendo apenas mencionado. En cambio, para Ben Jonson, quien escribió poco después del Complot de la Pólvora, Catilina fue un sádico antihéroe, cuyas víctimas fueron tan numerosas que, en la fértil imaginación de Jonson, fue necesaria una flota entera para transportarlas al otro lado del río Estigia hasta el Inframundo. Su Cicerón tampoco es demasiado agradable, sino más bien un auténtico peñazo; tan aburrido que en la primera representación de la obra, en 1611, muchos miembros del público se marcharon durante su interminable denuncia de Catilina.

Jonson no era justo con las dotes de persuasión de la oratoria de Cicerón, por lo menos a juzgar por el continuado uso de sus palabras, citadas y estratégicamente adaptadas. Su discurso de la *Primera Catilinaria*, y especialmente su famosa línea introductoria («¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?»), todavía está presente en la retórica política del siglo XXI, aparece cubriendo las pancartas políticas modernas y se ajusta perfectamente a los 140 caracteres de un *tweet*. Todo lo que hay que hacer es insertar tu objetivo moderno particular. Efectivamente, una avalancha de *tweets* y otros titulares enviados durante el tiempo que estuve escribiendo este libro intercambiaron el nombre de Catilina por el de, entre otros, los presidentes de Estados Unidos, Francia y Siria, el alcalde de Milán y el Estado de Israel: «*Quo usque tandem abutere, François Hollande, patientia nostra?*». Es imposible saber cuántos de los que ahora adoptan este eslogan podrían explicar exactamente de dónde proviene o de qué iba el enfrentamiento entre Cicerón y Catilina. Algunos podrían ser clasicistas con una causa política, pero esto es harto improbable que se pueda aplicar a todos los objetores y

manifestantes. El uso de la frase apunta a algo distinto del conocimiento del especialista clásico, y probablemente más importante. Es un indicio significativo el hecho de que, bajo la superficie de la política occidental, el vagamente recordado conflicto entre Cicerón y Catilina actúe todavía como modelo para nuestros conflictos y argumentos políticos. La elocuencia de Cicerón, aunque solo comprendida a medias, todavía conforma el lenguaje de la política moderna.



6. En 2012, manifestantes húngaros en contra de los intentos del partido Fidesz de reescribir la Constitución exhibieron la famosa frase de Cicerón en latín. No obstante, no se ha reutilizado solamente en contextos políticos. En una famosa discusión intelectual, Camille Paglia empleó el nombre del filósofo francés Michel Foucault en lugar del de Catilina: «¿Hasta cuándo, oh Foucault...?».

Manifestantes húngaros, 2012. Foto © Peter Kohalmi / AFP / Getty Images

Cicerón estaría encantado. Cuando escribió a su amigo Luceyo, pidiendo al historiador que conmemorase los logros de su Consulado, deseaba la fama eterna: «la idea de que se hable de mí en la posteridad me impulsa a una especie de anhelo de inmortalidad», escribió con un toque de artificiosa timidez. Luceyo, como ya hemos visto, no se prestó a ello.

Puede que le sentase mal la descarada petición de Cicerón de que «olvidase las reglas de la historia» para narrar los hechos de forma más bien exagerada en vez de hacerlo con exactitud. Pero al final resultó que Cicerón consiguió más inmortalidad por sus éxitos en 63 a. C. que la que Luceyo pudo haberle dado jamás, siendo citado una y otra vez a lo largo de 2000 años.

En los capítulos siguientes encontraremos muchos más conflictos políticos como estos, interpretaciones encontradas y a veces inquietantes ecos de nuestros tiempos. Pero ahora ha llegado el momento de abandonar el terreno relativamente firme del siglo I a. C. y retroceder hacia la historia más profunda de Roma. ¿Cómo reconstruyeron Cicerón y sus contemporáneos los primeros años de su ciudad? ¿Por qué eran tan importantes para ellos los orígenes? ¿Qué significa preguntar «Dónde empezó Roma»? ¿Cuánto podemos saber, o cuánto podían saber ellos, de la Roma arcaica?

CAPÍTULO II

AL PRINCIPIO

CICERÓN Y RÓMULO

Según una tradición romana, Rómulo, el fundador de Roma, fue quien había erigido siete siglos antes el templo de Júpiter donde Cicerón arengó a Catilina el 8 de noviembre de 63 a. C. Rómulo y los nuevos ciudadanos de su diminuta comunidad luchaban contra sus vecinos, un pueblo conocido como los sabinos, en el emplazamiento que más tarde se convertiría en el foro, el centro político de la Roma de Cicerón. Las cosas iban mal para los romanos, que se vieron obligados a retirarse. En un último intento por alcanzar la victoria, Rómulo rezó al dios Júpiter; de hecho, no solo a Júpiter, sino a Júpiter *Stator*, «Júpiter que *mantiene firmes a los hombres*». Rómulo le prometió al dios que si los romanos resistían la tentación de huir para salvar la vida y defendían su posición contra el enemigo, como agradecimiento le construiría un templo. Así ocurrió, y el templo de Júpiter *Stator* fue erigido en aquel mismo lugar, el primero de una larga serie de santuarios y templos de la ciudad construidos para conmemorar la ayuda divina que garantizó la victoria militar de Roma.

Esta es la historia que cuentan Livio y otros escritores romanos. Los arqueólogos no han conseguido identificar de forma fehaciente ningún resto de este templo, que en cualquier caso, en tiempos de Cicerón, debió de estar muy reconstruido, sobre todo si sus orígenes se remontaban a los comienzos de Roma. Pero no cabe la menor duda de que cuando decidió convocar al Senado en aquel lugar, Cicerón

sabía exactamente lo que hacía. Tenía en mente el precedente de Rómulo y utilizaba aquella ubicación como alusión. Quería que los romanos permanecieran inquebrantables («se mantuvieran firmes») frente a su nuevo enemigo, Catilina. De hecho, dijo casi exactamente estas mismas palabras al final de su discurso, cuando —sin duda señalando la estatua del dios— apeló a Júpiter Stator y recordó a su audiencia la fundación del templo:

Y tú, Júpiter, que fuiste consagrado por Rómulo el mismo año que esta ciudad, el dios de quien, con razón, decimos que mantiene firme la ciudad y el imperio; tú mantendrás a este hombre y a sus secuaces lejos de tu templo y de los templos de los otros dioses, de las casas de los hombres de esta ciudad y de sus murallas, de las vidas y del destino de todos los ciudadanos de Roma...

El papel que Cicerón se adjudicaba como nuevo Rómulo no cayó en saco roto entre los romanos de su tiempo, y la conexión podía rebotar: algunos la utilizaron como una excusa más para burlarse de sus orígenes en una pequeña población llamándolo «el Rómulo de Arpino».

Era un clásico llamamiento romano a los padres fundadores, a los emotivos relatos de la Roma arcaica y al momento en que nació la ciudad. Incluso ahora, la imagen de una loba amamantando a Rómulo y a su hermano gemelo Remo señala los orígenes de Roma. La famosa estatua de bronce de esta escena es una de las obras de arte romano más copiada y reconocible al instante, decora miles de postales de recuerdo, mantelitos, ceniceros e imanes para la nevera, y aparece por toda la ciudad moderna como emblema del club de fútbol de Roma.



7. Fuera cual fuere la fecha exacta de la loba, los gemelos son sin duda añadidos posteriores, realizados en el siglo XV para plasmar de forma explícita el mito fundacional. Hay copias por todo el mundo, en parte gracias a Benito Mussolini, que las repartió a lo largo y ancho como símbolo de *Romanità*.

Escultura de la loba y los gemelos, Musei Capitolini, Roma. Foto © Musei Capitolini, Roma, Italia / Bridgeman Image

Debido a la familiaridad de esta imagen, es fácil dar a la historia de Rómulo y Remo —o Remo y Rómulo para darles el orden romano habitual— demasiada credibilidad y olvidar que es una de las «leyendas históricas» más antiguas de la fundación de una ciudad en cualquier período y de cualquier lugar del mundo. E indudablemente se trata de un mito o leyenda, aunque los romanos la asumieran, a grandes rasgos, como historia. La loba alimentando a los gemelos es un episodio sumamente extraño en un relato tan peculiar que incluso los autores antiguos mostraban a veces un sano escepticismo ante la oportuna aparición de un animal lactante para amamantar a la pareja de bebés abandonada. El resto del relato es una extraordinaria mezcla de detalles

desconcertantes: no solo la insólita idea de tener dos fundadores (Rómulo y Remo), sino también de elementos decididamente poco heroicos, desde el asesinato, pasando por la violación y el rapto, hasta el hecho de que el grueso de los primeros ciudadanos de Roma fueran criminales y fugitivos.

Estos desagradables aspectos han sorprendido tanto a algunos historiadores modernos que han sugerido que toda esta historia debió de ser urdida en forma de antipropaganda por los enemigos y víctimas de Roma, amenazados por la agresiva expansión de Roma. No obstante, esta explicación no deja de ser un intento harto ingenioso, por no decir desesperado, de explicar las rarezas del relato, pero elude el aspecto más importante. Dondequiera y cuandoquiera que se originase, los escritores romanos nunca dejaron de contar una y otra vez la historia de Rómulo y Remo ni de debatirla. Había mucho más en juego que la simple cuestión de cómo se formó la ciudad. Mientras se agolpaban en el viejo templo de Rómulo para escuchar al nuevo «Rómulo de Arpino», los senadores sin duda eran conscientes de que la historia de la fundación suscitaba preguntas todavía más acuciantes: qué significaba ser romano, qué características especiales definían al pueblo romano y, no menos apremiante, qué defectos y fallos habían heredado de sus antepasados.

Para comprender a los antiguos romanos, es necesario comprender de dónde creían ellos que venían y analizar detalladamente la importancia de la historia de Rómulo y Remo y de los principales temas, sutilezas y ambigüedades en otros relatos fundacionales. Los gemelos no fueron los únicos candidatos para ser los primeros romanos. A lo largo de gran parte de la historia de Roma, la figura del héroe troyano Eneas, que huyó a Italia para fundar Roma y hacer de ella la nueva Troya, ocupó también un lugar prominente.

Y no es baladí tratar de ver qué subyace detrás de estas historias. «¿Dónde empezó Roma?» es una pregunta que se ha revelado casi tan seductora y sugerente para los estudiosos modernos como para sus antiguos predecesores. La arqueología ofrece un esbozo de la antigua Roma muy diferente de la que presentan los mitos romanos. Una Roma sorprendente y a menudo enigmática y polémica. Incluso la famosa loba de bronce es sometida a intenso debate. ¿Es, como se suele creer, una de las primeras obras de arte romano que se ha conservado? ¿O es en realidad, como sugiere un reciente análisis científico, una obra de arte medieval? En cualquier caso, las excavaciones realizadas bajo el suelo de la ciudad moderna a lo largo de los últimos cien años más o menos han desenterrado unos pocos restos, que se remontan aproximadamente a 1000 a. C., de la diminuta aldea junto al río Tíber que finalmente se convertiría en la Roma de Cicerón.

ASESINATO

No hay una única historia de Rómulo. Hay docenas de versiones diferentes del relato, a veces incompatibles. Una década después del enfrentamiento con Catilina, Cicerón escribió una versión en su tratado *Sobre el estado*. Como muchos políticos después de él, se refugió en la teoría política (pontificando pomposamente) cuando su propio poder empezó a declinar. Aquí, en el contexto de un debate filosófico mucho más extenso acerca de la naturaleza del buen gobierno, abordó el tema de la historia de la «constitución» romana desde sus comienzos. Pero tras una sucinta introducción al relato —en el que evitó el embarazoso asunto de si Rómulo era realmente hijo del dios Marte mientras sembraba dudas sobre otros elementos fabulosos de la historia—, se enfrascó en una discusión

acerca de las ventajas geográficas del emplazamiento elegido por Rómulo para su nuevo asentamiento.

«¿Cómo pudo Rómulo —escribe Cicerón— haber explotado más espléndidamente las ventajas de estar cerca del mar evitando al mismo tiempo sus desventajas que ubicando la ciudad en las márgenes de un río inagotable que fluye incesantemente hacia el mar por su ancho cauce?» El Tíber, explica, facilitaba la importación de provisiones desde el exterior y la exportación de los excedentes locales; y las colinas sobre las que se construyó la ciudad no solo proporcionaban una defensa ideal contra ataques enemigos, sino también un entorno sano en el que vivir en medio de una «región pestilente». Era como si Rómulo hubiera sabido que un día su fundación llegaría a ser el centro de un gran imperio. Cicerón hace gala aquí de un buen sentido geográfico, y muchos otros han señalado después la posición estratégica del emplazamiento, que ofrecía una ventaja sobre los rivales locales. No obstante, corre patrióticamente un tupido velo sobre el hecho de que a lo largo de la Antigüedad el «río inagotable» también convirtió a Roma en víctima propiciatoria de sus devastadoras inundaciones y que, a pesar de las colinas, «la peste» (o malaria) fue una de las plagas más mortíferas para los habitantes de la antigua ciudad (y siguió siéndolo hasta finales del siglo XIX).

La de Cicerón no es la versión más conocida de la historia de la fundación. La que sustenta la mayoría de relatos modernos se remonta en lo esencial a Livio. Es sorprendente, para un escritor cuya obra sigue siendo tan importante para nuestra comprensión de la Roma arcaica, lo poco que se sabe de «Livio el hombre»: era originario de Patavium (Padua), en el norte de Italia, empezó a escribir su compendio de la historia de Roma en la década de los años 20 a. C. y tenía relaciones lo bastante estrechas con la

familia romana imperial como para animar al futuro emperador Claudio a dedicarse a escribir historia. Es inevitable que la historia de Rómulo y Remo ocupe un lugar prominente en su primer libro, con más bien poca geografía y una narración bastante más colorida que la que nos ofrece Cicerón. Livio empieza con los gemelos, después prosigue rápidamente con el relato hasta los posteriores éxitos de Rómulo en solitario, como fundador y primer rey de Roma.

Los niños, explica Livio, habían nacido de una sacerdotisa virgen de nombre Rea Silvia en la ciudad italiana de Alba Longa, en las colinas Albanas, justo al sur del posterior emplazamiento de Roma. La sacerdotisa no había accedido al cargo virginal libremente, sino que había sido obligada a ello tras una lucha intestina por el poder que convirtió a su tío Amulio en rey de Alba Longa después de expulsar a su hermano, Numitor, padre de Rea Silvia. Amulio utilizó entonces la tapadera del sacerdocio, un aparente honor, para evitar la incómoda aparición de cualquier heredero y rival descendiente del linaje de su hermano. No obstante, esta precaución falló, porque Rea Silvia no tardó en quedar embarazada. Según Livio, ella aseguraba que el dios Marte la había violado. Livio se muestra al respecto tan escéptico como Cicerón; Marte, sugiere, pudo haber sido un cómodo pretexto para ocultar una aventura enteramente humana. Otros, sin embargo, escribieron con total seguridad acerca de un falo incorpóreo que surgió de las llamas del fuego sagrado que Rea Silvia tenía la misión de cuidar.

Tan pronto como dio a luz a los dos gemelos, Amulio ordenó a sus sirvientes que arrojasen a los bebés al cercano río Tíber para que se ahogasen. Pero sobrevivieron. Porque, como a menudo ocurre en historias como esta en muchas culturas, los hombres a quienes se había encargado esta

desagradable tarea no siguieron las instrucciones al pie de la letra (o no se sintieron capaces de ejecutarla). En lugar de ello, dejaron a los gemelos en un cesto no directamente en el río, que se había desbordado, sino cerca del agua que había invadido las márgenes. Antes de que los gemelos fueran arrastrados a una muerte segura, la famosa loba lactante acudió en su rescate. Livio era uno de los escépticos que trataron de racionalizar este aspecto del relato especialmente inverosímil. La palabra latina para «loba» (*lupa*) se utilizaba también coloquialmente como término para «prostituta» (*lupanare* era el término habitual para «burdel»). ¿Es posible que fuera una puta local en vez de una bestia salvaje local la que encontrase y cuidase de los gemelos?

Fuera cual fuese la identidad de la *lupa*, un bondadoso vaquero o pastor no tardó en hallar a los niños y los acogió. ¿Era su esposa una prostituta?, se preguntaba Livio. Rómulo y Remo vivieron como miembros de su familia campesina pasando desapercibidos hasta años más tarde, cuando, siendo ya unos jóvenes muchachos, se reunieron accidentalmente con su abuelo, el depuesto rey Numitor. Tras haberlo restaurado en el trono como rey de Alba Longa, partieron para fundar su propia ciudad. Sin embargo, enseguida se pelearon con desastrosas consecuencias. Livio sugiere que la misma rivalidad y ambición que habían deteriorado las relaciones entre Numitor y Amulio se habían transmitido de generación en generación hasta Rómulo y Remo.

Los gemelos discrepaban en cuanto al lugar exacto en el que ubicar su nueva fundación, en particular cuál de las distintas colinas que después formarían la ciudad (de hecho, hay más que las famosas siete) había de constituir el centro del primer asentamiento. Rómulo eligió la colina conocida como el Palatino, donde más tarde se erigiría la lujosa

residencia de los emperadores y que nos ha dado la palabra «palacio». En la disputa que siguió a las desavenencias, Remo, que había optado por el Aventino, saltó de forma ofensiva por encima de las defensas que Rómulo construía en torno a su ubicación preferida. Había varias versiones de lo que sucedió después, pero la más común (según Livio) decía que Rómulo respondió matando a su hermano y convirtiéndose en gobernante único del lugar que adoptó su nombre. Mientras descargaba el terrible golpe fratricida, gritó (en palabras de Livio): «Así perezca todo el que salte estos muros», un adecuado eslogan para una ciudad que se describía a sí misma como un Estado beligerante, pero cuyas guerras siempre respondían a la agresión de otros, puesto que siempre eran «justas».

VIOLACIÓN

Remo estaba muerto y la ciudad que había ayudado a fundar estaba formada solo por un puñado de amigos y compañeros de Rómulo. Necesitaba más ciudadanos. Por lo tanto, Rómulo declaró Roma una ciudad «asilo» y animó a la chusma y a los desposeídos del resto de Italia a unirse a ellos: esclavos fugitivos, criminales convictos, exiliados y refugiados. Esto atrajo a un buen número de hombres. Pero para conseguir mujeres, así prosigue la historia de Livio, Rómulo tuvo que recurrir a una treta, y a la violación. Invitó a los pueblos vecinos, a los sabinos y a los latinos, de la zona que rodea Roma conocida como el Lacio, a acudir a una fiesta religiosa y a disfrutar de las diversiones con sus familias. En plenos actos, dio una señal para que sus hombres raptasen a las mujeres jóvenes que había entre los visitantes y se las llevasen para convertirlas en sus esposas.

Nicolas Poussin, famoso por sus recreaciones de la antigua Roma, plasmó la escena en el siglo XVII: Rómulo

aparece de pie en un estrado controlando tranquilamente la violencia desatada a sus pies, sobre un fondo de arquitectura monumental todavía en construcción. Es una imagen de la ciudad primitiva que los romanos del siglo I a. C. habrían reconocido. Aunque ellos a veces representaban la Roma de Rómulo como un cenagal de cabañas de barro y ovejas, a menudo solían engrandecer el lugar convirtiéndolo en una espléndida ciudad clásica. Se trata de una escena que ha sido representada e imaginada de maneras muy diversas, y en distintos medios, a lo largo de la historia. El musical de 1954 *Siete novias para siete hermanos* es una parodia del rapto. En 1962, como respuesta directa al terror de la crisis de los misiles cubanos, Pablo Picasso recreó la versión de Poussin en una serie de pinturas sobre el tema con sesgo todavía más violento y crudo (véase lámina 3).

Los autores romanos siempre han debatido esta parte de la historia. Un dramaturgo escribió una tragedia entera sobre el tema, de la que por desgracia tan solo se conserva una única cita. Estaban desconcertados con los detalles, y se preguntaban, por ejemplo, cuántas mujeres jóvenes fueron raptadas. Livio no se compromete, pero los cálculos oscilaban desde tan solo unas treinta hasta la espuriamente precisa e inverosímilmente abultada cifra de 683, al parecer de acuerdo con el criterio del príncipe africano Juba, quien Julio César trajo a Roma. Allí se pasó muchos años estudiando toda clase de materias eruditas, desde historia romana hasta gramática latina. Más que otra cosa, lo que realmente les preocupaba era la evidente criminalidad y violencia del incidente. Después de todo, aquel suceso fue el primer matrimonio romano, y era ahí donde miraban los eruditos romanos cuando querían explicar las desconcertantes peculiaridades y enigmáticas frases de las tradicionales ceremonias matrimoniales: se decía que el grito

de celebración «*O Talassio*», por ejemplo, provenía del nombre de uno de los jóvenes romanos presentes en el acontecimiento. ¿Era inevitable la conclusión de que su institución matrimonial derivase de una violación? ¿Dónde se encontraba la línea divisoria entre raptó y violación? ¿Qué proclamaba el acontecimiento, a nivel más general, sobre la beligerancia de Roma?



8. Esta moneda romana de plata, de 89 a. C., muestra a dos de los primeros ciudadanos de Roma llevando a cuestas a dos mujeres sabinas. El nombre del responsable de su acuñación, casi legible debajo de la escena, fue Lucius Titurius Sabinus, lo que presumiblemente explicaría su elección del diseño. En la otra cara de la moneda aparece la cabeza del rey sabino, Tito Tacio.

Moneda romana de plata, 89 a. C., que muestra al rey Tito Tacio y el raptó de dos mujeres sabinas. Foto © The Trustees of the British Museum

Livio defiende a los primeros romanos. Insiste en que solo se apoderaron de mujeres solteras: aquel fue el origen del matrimonio, no del adulterio. Y ahondando en la idea de que los romanos no *eligieron* a las mujeres sino que las cogieron al azar, argumenta que se sirvieron de un recurso necesario para el futuro de su comunidad, que fue seguido de charla amorosa y promesas de afecto de los hombres hacia sus nuevas novias. Presenta también la acción de los romanos como una respuesta a un comportamiento inadmisibles por parte de los vecinos de la ciudad. Los romanos, explica, hicieron lo correcto al pedir a los pueblos

circundantes un tratado que les diese derecho a casarse los unos con las hijas de los otros. Livio hace referencia explícita, y harto anacrónica, al derecho legal de *conubium*, o «matrimonio mixto», que mucho después fue un componente habitual de las alianzas de Roma con otros Estados. Los romanos solo utilizaron la violencia cuando la petición les fue denegada sin razón. Es decir, otro caso de «guerra justa».

Otros lo presentaban de forma diferente. Algunos detectaron ya en el origen de la ciudad todos los indicios reveladores de la posterior beligerancia de los romanos. El conflicto, argumentaban, no fue provocado, y el hecho de que los romanos solo se llevasen a treinta mujeres (si es que fueron treinta) demuestra que lo que tenían en mente era sobre todo la guerra, no el matrimonio. Salustio alude también a esta idea. En un momento dado de su *Historia de Roma* (un enfoque más general que su *Guerra de Catilina*, que se ha conservado solamente en citas dispersas de otros autores), imagina una carta —y es solo *imaginada*— escrita supuestamente por uno de los más feroces enemigos de Roma. En ella se lamenta del comportamiento depredador de los romanos a lo largo de toda su historia: «Desde el principio mismo, no han poseído nada excepto lo que han robado: su hogar, *sus esposas*, sus tierras, su imperio». Quizá la única salida era culpar de todo a los dioses. ¿Qué otra cosa cabía esperar, sugería otro escritor romano, si el padre de Rómulo era Marte, el dios de la guerra?

El poeta «Ovidio» —Publio Ovidio Naso, para dar su nombre romano— adoptó una línea diferente. Más o menos contemporáneo de Livio, era tan subversivo como convencional era Livio, y acabó por ser desterrado en el año 8 d. C., en parte por la ofensa provocada por su ingenioso poema *El arte de amar*, sobre cómo conseguir pareja. En él le

da la vuelta por completo a la historia de Livio del rapto de las sabinas y presenta el incidente como un modelo primitivo de cortejo: erótico, no expeditivo. Los romanos de Ovidio empiezan tratando de «localizar cada uno a la muchacha que más le gusta» y van a por ella con «manos lujuriosas» una vez dada la señal. No tardan en susurrar palabras dulces en los oídos de sus presas, cuyo evidente terror no hace sino aumentar su atracción sexual. Desde los primeros días de Roma, las fiestas y la diversión, como reflexiona el poeta con malicia, han sido siempre buenos lugares para encontrar chica. O dicho de otro modo, qué buena idea tuvo Rómulo para recompensar a sus leales soldados. «Yo me alistaré —bromea Ovidio—, si me das esta clase de paga.»

Los padres de las muchachas, según cuenta la historia tradicional, no encontraron que el secuestro fuera ni divertido ni un cortejo. Entraron en guerra contra los romanos para que les devolviesen a sus hijas. Los romanos derrotaron fácilmente a los latinos, pero no a los sabinos, y el conflicto se alargó. Fue entonces cuando los hombres de Rómulo sufrieron un violento ataque en su nueva ciudad y él se vio forzado a apelar a Júpiter Stator para evitar que los romanos huyeran para salvar sus vidas, tal como Cicerón recordó a su audiencia, pero sin recordarles que aquella guerra era por unas mujeres robadas. Al final, las hostilidades cesaron gracias a las propias mujeres, que ahora se conformaban con su suerte como esposas y madres romanas. Entraron con arrojo en el campo de batalla y rogaron a sus esposos de una parte y a sus padres de la otra que dejaran de luchar. «Preferimos morir —explicaron— que vivir sin uno de vosotros, como viudas o como huérfanas.»

Su intervención funcionó. No solo aportó la paz, sino

que Roma se convirtió en una ciudad conjunta sabino-romana, en una comunidad bajo el gobierno compartido de Rómulo y del rey sabino Tito Tacio. Es decir, compartida hasta unos pocos años después, cuando, con la clase de muerte violenta que se convirtió en uno de los distintivos del poder político romano, Tacio fue asesinado en una ciudad cercana durante una revuelta que en parte fue obra suya. Rómulo quedó como líder único, el primer rey de Roma, con un reinado de más de treinta años.

HERMANO VERSUS HERMANO, FORASTEROS VERSUS AUTÓCTONOS

No muy lejos de la superficie de estas historias se encuentran algunos de los temas más importantes de la posterior historia de Roma, así como algunas de las ansiedades culturales más profundas de Roma. No dicen mucho acerca de los valores y las preocupaciones romanas, o por lo menos sobre las preocupaciones de aquellos romanos que tenían tiempo, dinero y libertad de sobra; las ansiedades culturales son a menudo un privilegio de los ricos. Uno de los temas, como acabamos de ver, era la naturaleza del matrimonio romano. ¿De lo brutal que tenía que ser, dados sus orígenes? Otro, percibido ya en las palabras de las mujeres sabinas que trataban de reconciliar a sus padres y maridos combatientes, era la guerra civil.

Uno de los grandes enigmas acerca de esta leyenda de fundación es la afirmación de que hubo dos fundadores implicados, Rómulo y Remo. Los historiadores modernos han propuesto todo tipo de soluciones para explicar el gemelo a todas luces superfluo. Quizá apunte a alguna dualidad básica de la cultura romana, entre diferentes clases de ciudadanos o diferentes grupos étnicos. O puede que refleje el hecho de que después siempre hubo dos cónsules

en Roma. O quizá haya estructuras míticas más profundas implicadas, y Rómulo y Remo sean una versión de los gemelos divinos que aparecen en los distintos rincones de la mitología universal, desde Alemania hasta la India védica, incluyendo la historia bíblica de Caín y Abel. Pero elijamos la solución que elijamos (y la especulación moderna no es demasiado convincente), un enigma todavía mayor es el hecho de que uno de los gemelos fundadores estaba realmente de más, puesto que Remo murió a manos de Rómulo, o en otras versiones a manos de sus secuaces, justo el primer día de existencia de la ciudad.

Para muchos romanos, que no saneaban la historia bajo la etiqueta de «mito» o «leyenda», este era el aspecto de la fundación más difícil de digerir. Parece que incomodaba tanto a Cicerón que, en su propio relato acerca del origen de Roma en *Sobre el estado*, no lo menciona: Remo aparece al inicio, para ser expuesto con Rómulo, pero luego simplemente desaparece de la historia. Otro escritor, el historiador Dionisio de Halicarnaso, un habitante de Roma del siglo I a. C., pero normalmente designado por el nombre de su ciudad de origen en la costa de la moderna Turquía, decidió describir a Rómulo desconsolado por la muerte de Remo («perdió las ganas de vivir»). Sin embargo, otro autor, conocido solo como Egnacio, sorteó el problema de manera más audaz. Lo único que nos consta de este tal Egnacio es que le dio la vuelta por completo a la historia del asesinato y afirmaba que Remo había sobrevivido hasta llegar a una edad avanzada, viviendo más que su gemelo.

Era un intento desesperado, y sin duda poco convincente, de escapar al sombrío mensaje de la historia: que el fratricidio estaba incrustado en la política romana y que los temibles períodos de conflicto civil que repetidamente mancharon la historia de Roma a partir del

siglo VI a. C. en adelante (el asesinato de Julio César en el año 44 a. C. no es más que un ejemplo) estaban en cierto modo predestinados. Porque ¿qué ciudad, fundada con el asesinato de un hermano a manos de su hermano, podría escapar al asesinato de un ciudadano a manos de otro ciudadano? El poeta Quinto Horacio Flaco («Horacio») fue tan solo uno de los muchos escritores que respondieron a esta pregunta de la forma más evidente. Escribió en torno al año 30 a. C., después de la década de luchas que siguió a la muerte de César, lamentándose: «Un amargo destino persigue a los romanos, y el crimen de dar muerte a un hermano, desde que la sangre del inocente Remo fue derramada en la tierra, una maldición que recayó sobre sus descendientes». Podríamos decir que la guerra civil estaba en los genes de los romanos.



9. Rómulo y Remo llegaron a los rincones más lejanos del Imperio Romano. Este mosaico del siglo IV d. C. fue hallado en Aldborough, en el norte de Inglaterra. La loba es una criatura cautivadora y alegre. Los gemelos, flotando peligrosamente en el aire, parecen más bien una ocurrencia posterior, como los añadidos del Renacimiento al grupo capitolino.

Mosaico que muestra a Rómulo y Remo con la loba, Aldborough. Foto © Leeds Museums and Art Galleries (City Museum) UK / Bridgeman Images

Sin lugar a dudas, Rómulo podía ser reconocido, y de hecho lo fue, como un heroico padre fundador. Su malestar acerca del destino de Remo no impidió que Cicerón tratase de apropiarse del manto de Rómulo en su enfrentamiento con Catilina. Y, a pesar de la sombra del asesinato, todo el antiguo mundo romano estaba plagado de imágenes de los gemelos amamantados: desde la misma capital —donde hubo un grupo de estatuas representándolos en el foro y otro

en la colina Capitolina— hasta los lugares más recónditos del imperio. De hecho, cuando el pueblo de la isla griega de Quíos quiso demostrar su lealtad a Roma en el siglo II a. C., una de las cosas que decidieron hacer fue erigir un monumento que simbolizase, como ellos mismos expresaron, «el nacimiento de Rómulo, fundador de Roma, y de su hermano Remo». El monumento no se ha conservado, pero sabemos de él porque los habitantes de Quíos grabaron su decisión en una placa de mármol, que sí ha perdurado. A pesar de todo, en la figura de Rómulo permaneció siempre un evidente malestar moral y político.

También producía malestar, aunque de forma distinta, la idea del asilo y bienvenida dados por Rómulo a todos los que llegaban —extranjeros, criminales y fugitivos— porque encontraba ciudadanos para su nueva ciudad. Había aspectos positivos al reflejar la extraordinaria apertura y disposición de la cultura política romana a incorporar a los forasteros, que la situaba aparte de las demás sociedades occidentales antiguas que conocemos. Ninguna ciudad griega antigua fue ni remotamente tan integradora: Atenas, en particular, restringía rígidamente el acceso a la ciudadanía. Esto no es ningún tributo a un temperamento «liberal» de los romanos en el sentido moderno de la palabra. Conquistaron vastas franjas de territorio en Europa y fuera de ella, a veces con una brutalidad terrible; a menudo se mostraban xenófobos y despectivos con los pueblos a los que llamaban «bárbaros». Sin embargo, en un proceso único en cualquier imperio preindustrial, los habitantes de los territorios conquistados, «provincias» como las denominaban los romanos, recibieron gradualmente la plena ciudadanía romana con los derechos legales y protección que comportaba. Este proceso culminó en 212 d. C. (donde termina mi *SPQR*), cuando el emperador Caracalla otorgó la ciudadanía romana a todos

los habitantes libres del imperio.

Incluso antes de que esto sucediese, numerosos miembros de la élite de las provincias habían ingresado en la jerarquía política de la capital. El Senado romano se convirtió gradualmente en lo que hoy podríamos calificar de órgano multicultural, y la lista completa de emperadores romanos incluye a muchos cuyos orígenes estaban fuera de Italia: el padre de Caracalla, Septimio Severo, fue el primer emperador originario del territorio romano en África; Trajano y Adriano, que reinaron medio siglo antes, eran oriundos de la provincia romana de Hispania. Cuando en 48 d. C. el emperador Claudio, cuya imagen paternalista le debe más a la novela de Robert Graves *Yo, Claudio* que a la vida real, argumentaba a un Senado más bien reticente que habría que permitir que ciudadanos de la Galia pudieran llegar a senadores, se pasó un buen rato recordando a los allí reunidos que Roma había estado abierta a los extranjeros desde sus comienzos. El texto de su discurso, incluyendo algunas de las interrupciones que al parecer incluso un emperador tenía que soportar, fue inscrito en bronce y expuesto en la provincia, en la que hoy es la ciudad de Lyon, donde todavía se conserva. Por lo que parece, Claudio no tuvo la oportunidad, que sí tuvo Cicerón, de hacer algunos ajustes para la publicación.

En cuanto a la esclavitud, el proceso fue muy similar. La esclavitud romana fue en algunos aspectos tan brutal como los métodos romanos de conquista militar. No obstante, para muchos esclavos romanos, especialmente para aquellos que trabajaban en contextos domésticos urbanos en vez de afanarse en los campos o en las minas, su condición no era necesariamente una cadena perpetua. Con cierta regularidad se les concedía la libertad, o se la procuraban ellos mismos con el efectivo que habían conseguido ahorrar; y si su

propietario era un ciudadano romano, entonces también obtenían la plena ciudadanía romana, casi sin ninguna desventaja respecto de aquellos que habían nacido libres. El contraste con la Atenas clásica es de nuevo sorprendente: allí se liberaba a muy pocos esclavos, y aquellos que se liberaban no adquirirían en absoluto la ciudadanía ateniense en el proceso, sino que quedaban en una especie de limbo apátrida. Esta práctica de emancipación —o manumisión, para utilizar el término latino— era un rasgo tan distintivo de la cultura romana que los forasteros de la época lo destacaban y lo veían como un poderoso factor del éxito de Roma. Tal como observó un rey de Macedonia del siglo III a. C., fue así como «agrandaron los romanos su territorio». La escala era tan enorme que algunos historiadores consideran que, en el siglo II a. C., la mayoría de la población de ciudadanos libres de la ciudad de Roma tenía esclavos en su ascendencia.

La historia del asilo de Rómulo apunta claramente a esta apertura e indica que la composición heterogénea de Roma era una característica que se remontaba a sus orígenes. Había autóctonos que se hacían eco de la opinión del rey de Macedonia de que la política inclusiva de Rómulo fue una parte importante del éxito de la ciudad y, para ellos, el asilo era algo de lo que debían sentirse orgullosos. Pero también había voces disidentes que insistían en un aspecto mucho menos halagador de la historia. No eran solamente los enemigos de Roma los que veían la ironía de un imperio que situaba los orígenes de su descendencia en los criminales y la chusma de Italia. También algunos romanos pensaban así. A finales del siglo I d. C. o a comienzos del siglo II, el poeta satírico «Juvenal», Décimo Junio Juvenal, al que le encantaba derramar desprecio sobre las pretensiones romanas, arremetió contra el esnobismo que constituía la otra cara de

la vida en Roma y ridiculizó a aquellos aristócratas que alardeaban de un árbol genealógico que se remontaba varios siglos atrás. Termina uno de sus poemas con una crítica indirecta a los orígenes de Roma. ¿En qué se basan todas estas pretensiones? Roma fue desde un buen principio una ciudad formada por esclavos y fugitivos («Quienquiera que fuere tu antepasado más antiguo, o bien era pastor o algo que prefiero no mencionar»). Es muy posible que Cicerón estuviese aludiendo a un argumento similar cuando en una carta a su amigo Ático bromeaba sobre «la basura» o «la escoria» de Rómulo. Se estaba mofando de uno de sus contemporáneos, que, según decía, se dirigía al Senado como si estuviera viviendo «en la *República* de Platón», en referencia al estado ideal del filósofo, «cuando en realidad está en la *faex* (las heces) de Rómulo».

En pocas palabras, los romanos podían verse siempre siguiendo los pasos de Rómulo, para bien o para mal. Cuando Cicerón aludió a Rómulo en su discurso contra Catilina, pretendía algo más que una mención ennoblecedora al padre fundador de Roma (aunque también había algo de ello). Era también la invocación a una historia que provocaba todo tipo de discusiones y debates entre sus contemporáneos acerca de quiénes eran en realidad los romanos, qué representaba Roma y dónde estaban sus divisiones.

HISTORIA Y MITO

Los pasos de Rómulo dejaron huella en el paisaje romano. En tiempos de Cicerón, se podía hacer algo más que visitar el templo de Júpiter Stator erigido por Rómulo: se podía entrar en la cueva donde se suponía que la loba había cuidado de los gemelos y se podía ver el árbol, replantado en el foro, del que se decía que había detenido a los niños

arrastrados por del río. Se podía incluso admirar la propia casa de Rómulo, una pequeña choza de madera y paja donde se suponía que había vivido el fundador, en la colina del Palatino: un pedazo visible de la Roma arcaica en lo que se había convertido en una metrópolis en constante crecimiento. Por supuesto, no era más que una invención, como dio a entender un visitante de finales del siglo I a. C.: «No le añaden nada para hacerla más venerada —explicó—, pero si cualquier fragmento se deteriora, por el mal tiempo o por viejo, se apresuran a restaurarlo para dejarlo en la medida de lo posible como estaba antes». No es de sorprender que no se hayan hallado rastros arqueológicos de la choza, dada su frágil construcción. Pero de alguna manera se conservó, como recordatorio de los orígenes de la ciudad, hasta por lo menos el siglo IV d. C., cuando se mencionó en una lista de los monumentos destacados de Roma.

Estos «restos» físicos —el templo, la higuera y la cabaña minuciosamente recompuesta— eran parte integrante del estatus de Rómulo como personaje histórico. Como ya hemos visto, los escritores romanos no eran unos crédulos ingenuos, e indagaban sobre muchos detalles de las historias tradicionales incluso cuando ellos mismos las relataban (el papel de la loba, la ascendencia divina y demás). Sin embargo, no tenían duda alguna de que Rómulo había existido, de que había tomado decisiones cruciales que influyeron en el futuro desarrollo de Roma, como la elección del emplazamiento de la ciudad, y de que había inventado más o menos sin ayuda algunas de sus instituciones más definitorias. El propio Senado, según algunos relatos, fue creación de Rómulo, como también lo fue la ceremonia del «triumfo»: el desfile romano de la victoria que habitualmente seguía a los mayores éxitos (y más sangrientos) de la ciudad en la guerra. Cuando, a finales del siglo I a. C., se inscribió

en una serie de paneles de mármol en el foro una monumental lista de todos los generales romanos que habían celebrado alguna vez un triunfo, Rómulo encabezaba el elenco. «Rómulo, el rey, hijo de Marte —rezaba aquella primera entrada—, año uno, el 1 de marzo, por una victoria sobre el pueblo de Caenina», en conmemoración a su rápida derrota de una cercana ciudad latina cuyas mujeres jóvenes habían sido robadas, sin admitir el menor destello de escepticismo público acerca de su paternidad divina.

Los eruditos romanos trabajaron con ahínco para determinar los logros de Rómulo y elaborar una cronología precisa de las primeras fases de Roma. Una de las polémicas más enérgicas de tiempos de Cicerón era la cuestión de cuándo se fundó la ciudad. ¿Cuántos años tenía Roma? Las mentes eruditas empezaron a contar hacia atrás, de manera ingeniosa, desde las fechas romanas que sí conocían hasta las más remotas que no conocían y trataron de sincronizar los acontecimientos de Roma con la cronología de la historia de Grecia. En particular, trataron de hacer coincidir su historia con los ciclos cuatrienales de los Juegos Olímpicos, que al parecer ofrecían un marco cronológico fijo y auténtico; aunque, como se reconoce hoy en día, todo esto fue en parte producto de una ingeniosa especulación anterior. Fue un debate complicado y altamente especializado. Pero gradualmente las distintas opiniones confluyeron y la situaron en torno a la mitad de lo que llamamos el siglo VIII a. C., ya que el criterio académico llegó a la conclusión de que la historia de Grecia y la de Roma «habían empezado» más o menos al mismo tiempo. La fecha que se convirtió en canónica, y que todavía se cita en muchos libros de texto modernos, se remonta en parte a un tratado académico, el *Libro de la cronología*, escrito nada menos que por Ático, el amigo y corresponsal de Cicerón. No se ha conservado, pero

se supone que situaba la fundación de la ciudad por parte de Rómulo en el tercer año del sexto ciclo de los Juegos Olímpicos; es decir, en 753 a. C. Otros cálculos acotaron todavía más, al 21 de abril, fecha en que los romanos modernos, hasta el día de hoy, todavía celebran el nacimiento de su ciudad con desfiles más bien chabacanos y espectáculos burlescos de gladiadores.

Entre mito e historia suele haber una frontera borrosa (pensemos en el rey Arturo o en Pocahontas), y, como veremos, Roma es una de las culturas en las que esta línea limítrofe queda especialmente difusa. No obstante, a pesar de toda la perspicacia histórica de la que hicieron gala los romanos en este relato, todo indica que debemos considerarlo, desde nuestro punto de vista, como puramente mítico. Para empezar, casi con toda seguridad no hubo nada parecido a un momento fundacional de la ciudad de Roma. Muy pocas ciudades han sido fundadas de golpe y por un solo individuo. Acostumbran a ser producto de cambios graduales en la población, en los modelos de asentamiento, organización social y sentido de identidad. La mayoría de «fundaciones» son invenciones retrospectivas que proyectan al pasado lejano un microcosmos, o una versión arcaica imaginada, de la ciudad posterior. El nombre de «Rómulo» es en sí mismo un regalo. Aunque, en general, los romanos creían que él había dado nombre a su recién establecida ciudad, hoy estamos bastante seguros de que fue al revés: «Rómulo» fue una invención imaginativa derivada de «Roma». «Rómulo» fue simplemente el arquetípico «Sr. Roma».

Por otro lado, los autores y eruditos del siglo I a. C. que nos han transmitido su versión de los orígenes de Roma no tenían muchas más evidencias directas de las primeras fases de la historia de Roma que las que tienen los escritores

modernos, y en cierto modo quizá menos. No había documentos conservados ni archivos. Las pocas inscripciones primitivas sobre piedra, por más valiosas que sean, no eran tan antiguas como los eruditos romanos imaginaban, y, como descubriremos al final de este capítulo, a veces interpretaban irremediabilmente mal el latín antiguo. Es cierto que tenían acceso a unos cuantos relatos históricos primitivos que no se han conservado. Pero los más antiguos de todos se redactaron en torno a 200 a. C., por lo que aún había un gran abismo entre aquella fecha y los orígenes de la ciudad, que solo podía salvarse con la ayuda de una bolsa muy variada de relatos, canciones, representaciones teatrales populares y la vacilante y a veces contradictoria amalgama que constituye la tradición oral, que al ser narrada una y otra vez se ajusta constantemente a las circunstancias cambiantes y al público. Hay algunos destellos huidizos de la historia de Rómulo que se remontan al siglo IV a. C., pero después, a menos que saquemos de nuevo a escena a la loba de bronce, el rastro se pierde.



10. Este espejo grabado (la cara reflectante estaba al otro lado), hallado en territorio etrusco, parece mostrar una versión de la lactancia de Rómulo y Remo por parte de la loba. Si es así, fechada en el siglo IV a. C., sería una de las evidencias más antiguas de la historia. Sin embargo, algunos estudiosos modernos, quizá demasiado escépticos, prefieren ver aquí una escena de un mito etrusco, o una pareja de deidades romanas infinitamente más oscuras y misteriosas, los gemelos «Lares Praestites».

Espejo de Bolsena, Museo Nazionale Romano. Según *Roma, Romolo, Remo* (catálogo de la exposición Roma, 2000), p. 233

Dicho de otro modo, la historia de Rómulo condensa algunas de las cuestiones culturales esenciales de la antigua Roma y es tan importante para comprender la historia de Roma en su definición más amplia, precisamente porque es mítica, más que histórica, en sentido estricto. Los romanos no habían simplemente heredado, como ellos suponían, las prioridades y las preocupaciones de su fundador. Todo lo contrario: a lo largo de siglos de narrar una y otra vez la historia y después reescribirla, ellos mismos habían

construido y reconstruido la figura fundadora de Rómulo como símbolo poderoso de sus preferencias, debates, ideologías y ansiedades. En otras palabras, no es, para volver a Horacio, que la guerra civil fuera la maldición y el destino de Roma desde su nacimiento: Roma había proyectado sus obsesiones con, al parecer, un interminable ciclo de conflictos civiles en su fundador.

Existía la posibilidad de ajustar o de volver a configurar la narración, incluso después de haber alcanzado una forma literaria relativamente fija. Ya hemos visto, por ejemplo, cómo Cicerón decidió correr un tupido velo sobre el asesinato de Remo, y Egnacio negarlo por completo. Sin embargo, el relato de Livio de la muerte de Rómulo ofrece un vívido destello de cómo hacer que la historia de los orígenes de Roma afectase directamente a acontecimientos recientes. El rey, explica, había gobernado durante treinta años cuando de repente en una tormenta violenta quedó cubierto por una nube y desapareció. Los apenados romanos no tardaron en concluir que les había sido arrebatado para convertirse en dios, cruzando la frontera entre lo humano y lo divino de una manera a veces permitida por el sistema religioso politeísta de Roma (aunque a nosotros nos parezca un poco tonto). Pero algunas personas de la época, admite Livio, contaban una historia diferente: que los senadores habían asesinado al rey, muerto a cuchillazos. Livio no se inventó totalmente estas partes de su argumento: Cicerón, por ejemplo, había relatado antes la apoteosis de Rómulo, aunque con cierto escepticismo, y un político excesivamente ambicioso de la década de los años 60 a. C. fue amenazado con «el destino de Rómulo», y aquello, es de suponer, no significaba convertirse en un dios. No obstante, al escribir solo unas pocas décadas después del asesinato de Julio César, que fue apuñalado hasta la muerte por los senadores y al que

después se le concedió el estatus de dios (para terminar con su propio templo en el foro), Livio ofrece un relato especialmente enfático y cargado de intenciones. Eludir aquí los ecos de César sería eludir el meollo del asunto.

ENEAS Y MÁS

La historia de Rómulo y Remo es alternativamente fascinante, desconcertante y reveladora de las principales preocupaciones de los romanos, por lo menos entre la élite. Y, a juzgar por los diseños de las monedas o los temas del arte popular, el conocimiento de estas historias estaba muy extendido, si bien los campesinos hambrientos no tenían mucho tiempo para preocuparse por las minucias del rapto de las sabinas. No obstante, la complicación adicional que hay que añadir a este cuadro ya de por sí complejo de la leyenda de los orígenes de Roma es que el relato de Rómulo y Remo no era la única historia de fundación de la ciudad. Había muchas otras que existían paralelamente. Entre ellas había variantes menores sobre los temas tradicionales, así como alternativas que nos parecen francamente idiosincrásicas. Por ejemplo, una concepción griega incluyó en la historia al famoso Ulises y aportó ecos de la *Odisea* de Homero sugiriendo que el verdadero padre fundador había sido un hombre llamado Romus, resultado de la unión de Ulises con la hechicera Circe, cuya isla mágica a veces se ubicaba imaginariamente frente a la costa de Italia. Esto era un claro, aunque inverosímil, ejemplo de imperialismo cultural que emparentaba a Roma con Grecia.

La otra leyenda que estaba también firmemente enraizada en la historia y literatura romanas es el relato del héroe troyano Eneas, que escapó de la ciudad de Troya tras la mítica guerra entre griegos y troyanos que constituye el telón de fondo de la *Iliada* de Homero. Después de

abandonar las ruinas en llamas con su hijo de la mano y llevando a su anciano padre a cuestas, llegó por fin a Italia, donde su destino era el de refundar su ciudad natal en suelo italiano. Llevó consigo las tradiciones de su tierra e incluso algunos valiosos talismanes rescatados de la destrucción.

En este relato hay tantos enigmas, problemas y ambigüedades como en el cuento de Rómulo, y cuestiones sin resolver acerca de dónde, cuándo y por qué se originó. Estos interrogantes se han complicado y enriquecido enormemente gracias a la *Eneida*, el gran poema de Virgilio en doce libros sobre el tema, escrito durante el reinado del primer emperador romano, Augusto, y una de las obras literarias más leídas de todos los tiempos. Esta obra se ha convertido en *la* historia de Eneas. Y ha legado al mundo occidental algunos de los broches literarios y artísticos más potentes, entre ellos la historia de amor entre Eneas y Dido, la reina de Cartago, donde Eneas tocó tierra en su largo viaje desde Troya (en la costa de la moderna Turquía) a Italia. Cuando Eneas decide seguir su destino y partir hacia Italia, tras abandonar a Dido, ella se suicida arrojándose a una pira ardiente. «Recuérdame, recuérdame», suena su persistente aria en la versión operística del siglo XVII de Henry Purcell sobre el tema. El problema es que a menudo es difícil saber qué elementos de la historia le debemos a Virgilio (incluyendo, casi con toda certeza, gran parte del encuentro con Dido) y cuáles son parte de un relato más tradicional.



11. Un mosaico del siglo IV d. C., procedente del suelo del baño de una villa de Low Ham, en el sur de Inglaterra, estaba decorado con una serie de escenas de la *Eneida* de Virgilio: Eneas llegando a Cartago, Dido y Eneas cazando y aquí la pasión de la reina cartaginesa y del héroe troyano representada de la forma más sucinta posible.

Mosaico que representa a Dido y a Eneas abrazados, de la villa romana de Low Ham. Foto © Somerset County Museum, Taunton Castle, UK / Bridgeman Images

No cabe duda de que la figura de Eneas como fundador de Roma representada en la literatura, y que dejó huella en el paisaje, es bastante anterior al siglo I a. C. Hay referencias pasajeras a Eneas asumiendo este papel en los escritores griegos del siglo V a. C.; y en el siglo II a. C., embajadores procedentes de la isla griega de Delos que solicitaban una alianza con Roma parece que se permitieron recordar a los romanos, como parte de su argumentación, que Eneas se había detenido en Delos en su viaje hacia el oeste. En Italia, Dionisio de Halicarnaso estaba convencido de que había

visto la tumba de Eneas, o por lo menos un antiguo monumento conmemorativo dedicado a él, en la ciudad de Lavinio, no lejos de Roma: «digno de ser visto», observó. También había una historia popular que aseguraba que entre los valiosos objetos guardados en el templo de la diosa Vesta en el foro romano —donde las sacerdotisas vírgenes, como Rea Silvia de la leyenda de Rómulo, custodiaban la llama sagrada que nunca debía de extinguirse— estaba la mismísima estatua de la diosa Palas Atenea que Eneas había traído de Troya. O por lo menos eso decía un relato romano. Había varios candidatos rivales que se apuntaban el rescate de esta famosa imagen e infinidad de ciudades por todo el mundo griego aseguraban poseer la verdadera.

Huelga decir que la historia de Eneas es tan mítica como la de Rómulo. Pero los eruditos romanos le daban vueltas a la relación entre estas dos leyendas fundacionales y gastaron gran cantidad de energía tratando de hacerlas converger dentro de la alineación histórica. ¿Era Rómulo el hijo, o quizá el nieto, de Eneas? Y si Rómulo había fundado Roma, ¿cómo podía Eneas haber hecho lo mismo? La mayor dificultad era que existía un incómodo salto entre la fecha del siglo VIII a. C. que los romanos habían asignado a los orígenes de su ciudad y la del siglo XII a. C. que ellos normalmente adjudicaban a la caída de Troya (considerada también como hecho histórico). En el siglo I a. C. se alcanzó una cierta coherencia mediante la elaboración de un complicado árbol genealógico, que unía a Eneas y Rómulo, y con las fechas «correctas»: Eneas se convirtió en el fundador no de Roma sino de Lavinio; su hijo Ascanio pasó a ser el fundador de Alba Longa, la ciudad de la que más tarde serían expulsados Rómulo y Remo antes de fundar Roma; y se elaboró una dinastía oscura y flagrantemente ficticia, incluso para los parámetros romanos, de reyes

albanos para salvar la distancia entre Ascanio y la fecha mágica de 753 a. C. Esta es la versión que suscribe Livio.

La reivindicación central de la historia de Eneas se hace eco del tema subyacente del asilo de Rómulo, o más bien lo exagera. Allí donde Rómulo recibe con agrado a todos los que acuden a su ciudad, la historia de Eneas va más lejos y asegura que en realidad los «romanos» eran originalmente «extranjeros». Es una paradoja de identidad nacional, que constituye un notorio contraste con los mitos fundacionales de muchas ciudades griegas, como Atenas, cuya población original surgió milagrosamente del suelo de su tierra natal. Otros relatos diferentes sobre los orígenes de Roma hacen hincapié una y otra vez en este aspecto de extranjería. De hecho, en un episodio de la *Eneida*, el héroe visita la ubicación de la futura ciudad de Roma y encuentra que ya está ocupada por los primitivos predecesores de los romanos. ¿Y quiénes son? Son un grupo de colonos bajo el mandato de un tal rey Evandro, exiliado de las tierras de Arcadia, en el Peloponeso griego. El mensaje es claro: por más lejos que vayamos, los habitantes de Roma eran ya de algún otro lugar.

Este mensaje queda todavía más nítidamente resumido en una extraña etimología recogida por Dionisio, entre otros. Los intelectuales griegos y romanos estaban fascinados con las derivaciones léxicas, que, según ellos, proporcionaban la clave no solo del origen de la palabra sino también de su significado esencial. Unas veces sus análisis eran correctos, pero otras eran extravagantemente erróneos. Sus equivocaciones son a menudo reveladoras, como en este caso. Dionisio, al comienzo de su historia, reflexiona sobre otro grupo de habitantes todavía más primitivos del emplazamiento que después se convirtió en Roma: los aborígenes. La derivación de esta palabra debió de ser más

que obvia: aquel era el pueblo que había estado allí «desde el principio» (*ab origine*). Para ser justos, Dionisio plantea esta explicación como una posibilidad, pero, como otros, le da un peso igual o mayor a la altamente improbable idea de que la palabra derivase no de *origo* sino del latín *errare* («errar») y que originariamente se escribiese *Aberrigines*. En otras palabras, este pueblo, escribe, eran «vagabundos sin morada fija».

La idea de que los eruditos antiguos serios pudiesen ignorar la obviamente correcta etimología que les saltaba a la cara en favor de la idea tonta de que *Aborigines* derivaba de «errar» a través de una tendenciosa escritura alternativa no es reflejo de su torpeza. Muestra solo hasta qué punto estaba arraigada la idea de que «Roma» había sido siempre un concepto étnicamente fluido, de que los «romanos» siempre habían estado en movimiento.

EN BUSCA DE LA ROMA ARCAICA

Las numerosas historias de Rómulo y de los otros fundadores nos dicen mucho sobre cómo veían los romanos su ciudad, sus valores y sus defectos. Muestran también cómo debatían el pasado los eruditos romanos y cómo estudiaban su historia. Pero no nos dicen nada, o a lo sumo muy poco, acerca de lo que ellos afirman: es decir, de cómo era la Roma arcaica, de los procesos mediante los cuales se convirtió en una comunidad urbana y cuándo. Un hecho es obvio. Roma ya era una ciudad muy vieja cuando Cicerón era cónsul en el año 63 a. C. Pero si no se ha conservado literatura del período fundacional y no podemos fiarnos de las leyendas, ¿cómo podemos acceder a algún tipo de información sobre los orígenes de Roma? ¿Hay alguna manera de arrojar luz sobre los primeros años de la pequeña aldea junto al Tíber que creció hasta convertirse en un

imperio mundial?

Por más que lo intentemos, resulta imposible construir una narración coherente que pueda reemplazar a las leyendas de Rómulo o de Eneas. Es también muy difícil, a pesar de las muchas y confiadas afirmaciones en sentido contrario, fijar fechas exactas para estas primeras fases de la historia romana. Pero sí podemos empezar a hacernos una idea mucho más precisa del contexto general en el que se desarrolló la ciudad y gozar de ciertos destellos sorprendentemente vívidos (algunos incluso aterradoramente escurridizos) de aquel mundo.

Una forma de conseguirlo es dejar de lado las historias de fundación y buscar pistas ocultas en la lengua latina o en las posteriores instituciones romanas que podrían apuntar a la Roma arcaica. La clave aquí es lo que a menudo se califica, sencilla y erróneamente, de «conservadurismo» de la cultura romana. Roma no era más conservadora que la Gran Bretaña del siglo XIX. En ambos lugares, la innovación radical se desarrolló en diálogo con todo tipo de tradiciones y retórica ostensiblemente conservadoras. Sin embargo, la cultura romana *estaba* marcada por una reticencia a descartar por completo sus prácticas del pasado y tendía, por el contrario, a conservar todo tipo de «fósiles», ya fuera en los rituales religiosos o políticos, o en cualquier otra cosa, incluso después de que se hubiera perdido su significado original. Tal como bien lo ha expresado un escritor moderno, los romanos eran como aquellas personas que se compran toda clase de equipamiento nuevo para la cocina, pero no son capaces de tirar sus viejos cacharros, que continúan abarrotando el lugar a pesar de que nunca se usan. Los eruditos, tanto los modernos como los antiguos, a menudo han sospechado que algunos de estos fósiles, o cacharros viejos, pueden ser importantes evidencias de las

condiciones de la Roma arcaica.

Un perfecto ejemplo es un ritual que se llevaba a cabo en la ciudad en diciembre de cada año, conocido como el Septimontium («Siete colinas»). Lo que ocurría en aquella celebración no está nada claro, pero un romano culto observó que «Septimontium» era el nombre de Roma antes de que se convirtiera en «Roma», y otro dio una lista de las «colinas» (*montes*) que participaban en la fiesta: Palatium, Velia, Fagutal, Subura, Cermalus, Opio, Celio y Cispio (Mapa 2). El hecho de que haya ocho nombres sugiere que algo se confundió en algún momento. Pero yendo más al grano, la rareza de esta lista (Palatium y Cermalus son ambas partes de la colina conocida generalmente como el Palatino), combinada con la idea de que «Septimontium» era la predecesora de «Roma», ha planteado la posibilidad de que estos nombres pudiesen reflejar los emplazamientos de pueblos independientes que precedieron a la ciudad ya completamente desarrollada. Y la ausencia en esta lista de dos de las colinas más obvias, Quirinal y Viminal, ha tentado a algunos historiadores a ir todavía más lejos. Normalmente, los escritores romanos se referían a estas dos colinas como *colles* en lugar de *montes*, el nombre latino más habitual (el significado de las dos palabras es más o menos idéntico). ¿Acaso esta distinción apunta a dos comunidades lingüísticas diferentes en algún momento de la primitiva historia de Roma? ¿Es posible que tengamos entre manos — para tensar la argumentación todavía más— una versión de los dos grupos reflejada en la historia de Rómulo, los sabinos asociados a los *colles* y los romanos a los *montes*?

Es posible que sí. No cabe duda de que el Septimontium está en cierto modo relacionado con el pasado lejano de Roma, pero es muy difícil saber exactamente de qué modo y cuán lejano era ese pasado. Los argumentos no son más

firmes de lo que los he presentado, probablemente incluso menos. Después de todo, ¿por qué deberíamos confiar en la afirmación de aquel romano culto de que Septimontium era el nombre primitivo de la ciudad? Es muy probable que no fuera más que un desesperado intento de explicar una ceremonia arcaica que le desconcertaba casi tanto como a nosotros. Y la insistencia en dos comunidades parece sospechosamente provocada por un deseo de rescatar al menos alguna parte de la leyenda de Rómulo para la «historia».

Mucho más tangibles son las evidencias arqueológicas. Cavemos en las profundidades de la ciudad de Roma, por debajo de los antiguos monumentos visibles, y aparecerán unos cuantos restos de un anterior asentamiento primitivo, o asentamientos. Justo debajo del foro yacen los restos de un temprano cementerio, que causaron un tremendo revuelo cuando fueron descubiertos a comienzos del siglo XX. Algunos de los muertos habían sido incinerados y sus cenizas depositadas en sencillas urnas junto a jarras y vasos que originalmente contenían comida y bebida (junto a un hombre había pequeñas cantidades de pescado, cordero y cerdo, y posiblemente gachas). Otros estaban enterrados, a veces en simples ataúdes de roble fabricados a partir de un tronco abierto y vacío. Una niña de unos dos años había sido depositada en la tumba con un vestido de cuentas y una pulsera de marfil. En otros lugares repartidos por toda la ciudad antigua se realizaron hallazgos similares. Por ejemplo, debajo y a gran profundidad de las posteriores mansiones de la colina Palatina yacían las cenizas de un hombre joven, enterrado con una lanza en miniatura, quizá un símbolo de cómo había vivido.

Los muertos y enterrados son a menudo más importantes que los vivos en los registros arqueológicos. No

obstante, los cementerios implican la existencia de una comunidad, y presumiblemente puedan encontrarse restos de la misma en los grupos de cabañas cuyo débil trazado se ha detectado bajo diversas partes de la ciudad posterior, inclusive en el Palatino. Apenas tenemos idea de su naturaleza (más allá de su construcción en madera, barro y paja), y mucho menos del estilo de vida que albergaban. No obstante, podemos rellenar algunas lagunas si miramos fuera de Roma. Una de las estructuras arcaicas mejor conservada y más cuidadosamente excavada se encontró en Fidenae, a unos cuantos kilómetros al norte de la ciudad, en la década de 1980. Se trata de una construcción rectangular, de seis por cinco metros, hecha de madera (roble y olmo) y tapial (construcción de tierra compactada, todavía en uso en la actualidad) con un pórtico rudimentario pero útil alrededor de la misma, formado por un tejado voladizo. En el interior había un hogar en el centro, algunas grandes vasijas de cerámica para almacenamiento (y otra más pequeña, que parece haber sido un contenedor de arcilla de alfarero) y restos de algunos alimentos bastante predecibles (cereales y judías) y de animales domésticos (ovejas, cabras, vacas y cerdos). El descubrimiento más sorprendente de todos los desechos hallados fueron los restos de un gato, que murió (quizá estuviera atado) en un devastador incendio que acabó destruyendo la construcción. Ahora es famoso por ser el primer gato doméstico conocido de Italia.

Estos hallazgos son potentes destellos de la vida humana y de otros seres, desde la niña depositada en su tumba con su mejor vestido hasta el pobre «cazarratones» al que nadie soltó de la correa cuando se inició el incendio. La cuestión es adónde conducen estos destellos. Los restos arqueológicos sin duda demuestran que hay una larga y abundante prehistoria debajo de la Roma que vemos, pero establecer

cuán larga ya es otra cosa.

Parte del problema son las condiciones de excavación en la propia ciudad. En el emplazamiento de Roma se ha construido con tanta intensidad durante siglos que tan solo encontramos huellas de esta primera ocupación en lugares que casualmente no han sido alterados. Los fundamentos excavados en los siglos I y II a. C. para los inmensos templos de mármol del foro destruyeron gran parte de lo que entonces había bajo la superficie; los sótanos de los *palazzi* del Renacimiento arrasaron todavía más en otras zonas de Roma. Por lo tanto, solo tenemos minúsculas instantáneas, nunca la foto completa. Esto es la arqueología en su faceta más difícil, aunque constantemente aparecen nuevos fragmentos de evidencias, y su interpretación y reinterpretación siempre es discutida y a menudo polémica. Por ejemplo, en la actualidad existe un constante debate sobre si los diminutos pedazos de caña y barro encontrados en las excavaciones del foro a mediados del siglo XX indican que había también allí un primitivo asentamiento de chozas o si se introdujeron sin querer como parte de los cascotes utilizados siglos después para obtener una nueva superficie elevada en la zona. Hay que decir, no obstante, que aunque apto para un cementerio, aquel sector debió de ser un lugar más bien húmedo y pantanoso para ubicar un poblado.



12. Una típica urna cineraria procedente de los cementerios de Roma y de la zona circundante. En forma de sencilla cabaña, estas casas para los muertos son uno de los mejores indicadores que tenemos del aspecto que tenían las viviendas de los vivos.

Urna cineraria procedente de Etruria, Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia, Roma. Foto © Foto Scala, Florencia; cortesía del Ministero per i Beni e le Attività Culturali

La datación exacta es un aspecto todavía más polémico: de ahí mi uso intencionadamente vago del término «primitivo» en las últimas páginas. Hay que recalcar una y otra vez que no hay ninguna fecha independiente segura para ningún material arqueológico de la Roma arcaica ni de la zona en torno a ella, y las discusiones acerca de la edad de casi cada hallazgo importante todavía son encendidas. Para llegar a elaborar un esquema cronológico aproximado que cubra el período que va más o menos desde el año 1000 al 600 a. C. se han precisado décadas de trabajo a lo largo del siglo pasado, utilizando métodos diagnósticos como la cerámica

de torno (supuestamente posterior a la manual), la presencia ocasional de cerámica griega en las tumbas (cuya datación se comprende mejor, aunque no a la perfección) y la minuciosa comparación entre un yacimiento y otro.

Basándonos en estos datos, los primeros enterramientos en el foro se remontarían en torno al año 1000 a. C., las cabañas del Palatino en torno a 750-700 a. C. (fecha llamativamente cercana a 753 a. C., como muchos han observado). Pero incluso estas dataciones están lejos de ser seguras. Recientes métodos científicos, entre ellos la «datación por radiocarbono», que calcula la edad de cualquier material orgánico midiendo la cantidad residual de su isótopo radiactivo de carbono, sugieren que son todas ellas un centenar de años demasiado «jóvenes». La cabaña de Fidenae, por ejemplo, se fechó en torno a mediados del siglo VIII a. C. según los criterios arqueológicos tradicionales, pero esta datación hay que retrasarla hacia finales del siglo IX a. C. si nos basamos en el radiocarbono. Hoy en día, las fechas fluyen incluso más de lo habitual; en cualquier caso, Roma parece estar envejeciendo.

Lo que sí es cierto es que en el siglo VI a. C. Roma era una comunidad urbana, con un centro y algunos edificios públicos. Antes de esto, en cuanto a las primeras fases, tenemos suficientes hallazgos dispersos de lo que se conoce como Edad del Bronce Medio (entre más o menos 1700 y 1300 a. C.) para pensar que había personas viviendo en aquel emplazamiento, más que «de paso». Durante el período intermedio, podemos estar bastante seguros de que se desarrollaron pueblos más grandes, probablemente (a juzgar por lo hallado en las tumbas) con un grupo de familias de élite cada vez más rico y de que en un determinado momento se unieron formando una única comunidad cuyo carácter urbano era evidente en el siglo VI

a. C. No podemos saber con seguridad cuándo se sintieron por primera vez los habitantes de aquellos asentamientos separados como una única comunidad. Y no tenemos la menor idea de cuándo pensaron, o se refirieron por primera vez a aquella comunidad con el nombre de Roma.

Sin embargo, la arqueología no solo estudia fechas y orígenes. El material encontrado en las excavaciones de la ciudad, en la zona circundante e incluso más lejos nos dice cosas importantes sobre el carácter del primitivo asentamiento de Roma. En primer lugar, tenía amplios contactos con el mundo exterior. Ya he mencionado de paso la pulsera de marfil de la pequeña del cementerio y la cerámica griega (hecha en Corinto o Atenas) que apareció en las excavaciones romanas. También hay indicios de vínculos con el norte, en forma de joyas y decoraciones con ámbar importado. No tenemos pista alguna de cómo llegaron a la Italia central, pero sin duda apuntan a algún contacto directo o indirecto con el Báltico. La Roma arcaica, contemplada desde la fecha más lejana que podemos concebir, estaba bien conectada, como insinuó Cicerón cuando destacó su ubicación estratégica.

En segundo lugar, había similitudes, y algunas diferencias importantes, entre Roma y sus vecinos. La península Italiana entre aproximadamente 1000 y 600 a. C. estaba sumamente mezclada. Había muchos pueblos distintos e independientes, con muchas tradiciones culturales, orígenes y lenguas diferentes. Los mejor documentados son los asentamientos griegos en el sur, ciudades como Cumas, Tarento y Nápoles (Neapolis), fundadas a partir del siglo VIII a. C. por inmigrantes de algunas de las ciudades más importantes de Grecia, conocidas convencionalmente como «colonias», pero no «coloniales» en el sentido moderno del término. A todos los

efectos, una extensa porción de la zona sur de la península, y Sicilia, era parte del mundo griego, con una tradición literaria y artística vinculada a aquel. No es ninguna casualidad que algunas de las muestras más primitivas de la escritura griega que se han conservado, quizá la más antigua, se hayan descubierto allí. Mucho más difícil es reconstruir la historia de algunos de los otros habitantes de la península: desde los etruscos al norte, pasando por los latinos y los sabinos en las puertas de Roma, hasta el sur, hasta los oscos, que constituían la población originaria de Pompeya, y los samnitas, aún más alejados. No se ha conservado su literatura, si es que la tenían, y para conseguir testimonios de estos pueblos dependemos por completo de la arqueología, de los textos inscritos en piedra y bronce —a veces comprensibles, otras no— y de los relatos romanos escritos mucho más tarde, a menudo teñidos de supremacía romana; de ahí la imagen estandarizada de los samnitas como pueblo rudo, bárbaro, sin urbanizar y peligrosamente primitivo.

No obstante, lo que sí muestran los hallazgos arqueológicos es que, en sus primeros tiempos, Roma era bastante corriente. El desarrollo de asentamientos dispersos a una comunidad urbana, que más o menos podemos detectar en Roma, parece haberse producido aproximadamente en el mismo período en toda la región próxima al sur de Roma. Los restos materiales de los cementerios, la cerámica local y los broches de bronce, así como importaciones más exóticas, son allí también bastante consistentes. En todo caso, lo que se ha descubierto en Roma es menos impresionante y menos indicativo de riqueza que los descubrimientos realizados en otros lugares. No se ha encontrado nada en la ciudad comparable, por ejemplo, con los hallazgos en algunas tumbas extraordinarias de la cercana Praeneste, aunque esto también podría ser

mala suerte o, como muchos arqueólogos sospechan, un caso de robo enviado directamente al mercado de antigüedades de uno de los mejores descubrimientos realizados en las excavaciones del siglo XIX en Roma. Una de las preguntas que tendremos que hacernos a lo largo de los dos capítulos siguientes es: ¿cuándo dejó Roma de ser corriente?

EL ESLABÓN PERDIDO

La última cuestión de este capítulo es si el material arqueológico tiene que permanecer tan al margen de la tradición mítica de Rómulo y Remo como lo he presentado yo. ¿Es posible relacionar nuestras investigaciones sobre la historia arcaica de Roma con las narraciones que los propios romanos relataban, o con sus elaboradas especulaciones acerca de los orígenes de la ciudad? ¿Acaso podríamos encontrar un poco más de historia en el mito?

Esta seductora tentación ha influido en muchos trabajos sobre la Roma arcaica realizados tanto por historiadores como por arqueólogos. Ya hemos visto el intento de hacer que el relato de Septimontium refleje la naturaleza dual de la ciudad —romana y sabina— que subrayaba el mito de Rómulo. Recientemente, el descubrimiento de unas defensas primitivas de tapial al pie de la colina del Palatino provocó toda clase de disparatadas especulaciones afirmando que se trataba de las mismas defensas que saltó Remo para encontrar la muerte el día de la fundación de la ciudad. Esto es fantasía arqueológica. No hay duda de que se han descubierto algunas construcciones primitivas de tapial, ni de que esto es importante en sí mismo; no obstante, su relación con los primitivos asentamientos de chozas en la cima del Palatino resulta desconcertante. No tienen en absoluto nada que ver con los inexistentes personajes de Rómulo y Remo. Y los intentos de «acomodar» la datación

de la estructura, y de los hallazgos asociados a ella, para llegar al 21 de abril de 753 a. C. (solo exagero un poco) son argucias.

Hay solamente un único lugar en toda la ciudad de Roma donde es posible relacionar los restos materiales primitivos directamente con la tradición literaria. Al hacerlo, no encontramos acuerdo y armonía entre ambos sino un ancho y enigmático abismo. Esta ubicación se halla en un extremo del foro, cercano a las laderas de la colina del Capitolino, a unos pocos minutos a pie del lugar desde donde Cicerón atacó a Catilina en el templo de Júpiter Stator, y justo al lado de la plataforma principal (o *rostra*) desde la que los oradores se dirigían al pueblo. Allí, antes de finales del siglo I a. C., en el pavimento del foro se había colocado una serie de losas de piedra negra formando un rectángulo de aproximadamente 4 metros por 3,5, delimitado por un borde bajo de piedra.

A finales del siglo XIX y principios del XX, el arqueólogo Giacomo Boni —una celebridad de la época que rivalizaba con Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya, pero sin la dudosa reputación de este por fraude— excavó por debajo de la piedra negra, donde encontró los restos de estructuras mucho más antiguas. Entre ellas había un altar, parte de una gran columna exenta y un pilar bajo de piedra cubierto con una inscripción en latín arcaico prácticamente ininteligible, probablemente uno de los primeros textos que tenemos en esta lengua. El lugar se hallaba enterrado de forma intencionada y el relleno incluía todo tipo de hallazgos extraordinarios y también cotidianos, desde tazas en miniatura, cuentas y nudillos hasta elegantes piezas de cerámica ateniense decorada del siglo VI a. C. La explicación más obvia, a juzgar por los hallazgos, entre los que parece haber inscripciones religiosas, es que se tratase de un

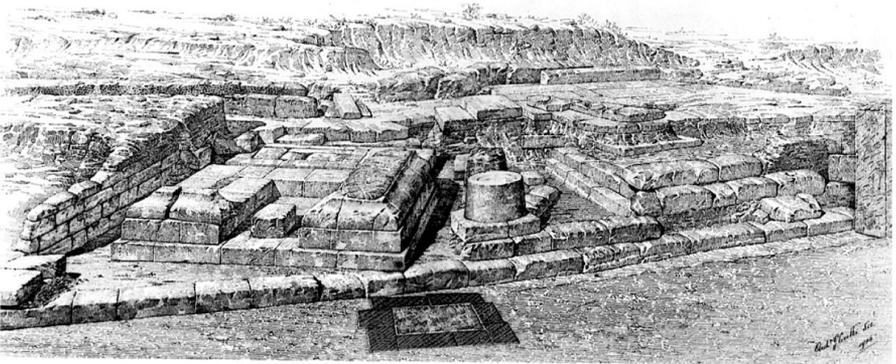
santuario primitivo, posiblemente del dios Vulcano. Fue cubierto cuando se reparó el foro en el siglo I a. C., pero para preservar el recuerdo del lugar sagrado que había debajo, se pavimentó con aquella distintiva piedra negra.

Los escritores romanos posteriores eran muy conscientes de la piedra negra y tenían distintas ideas acerca de lo que significaba. «La piedra negra —escribió uno— señala un lugar de mala suerte.» Y se sabía que había algo debajo que se remontaba a varios siglos atrás: no un santuario religioso, como creen hoy los arqueólogos con bastante certeza, sino un monumento relacionado con Rómulo y su familia. Algunos estaban convencidos de que era la tumba de Rómulo; otros, quizá preocupados por el hecho de que, si Rómulo se había convertido en un dios, no debería tener ninguna tumba, pensaban que se trataba de la tumba de Fáustulo, el padrastro de Rómulo y Remo; mientras que otros decían que era la de uno de los camaradas de Rómulo, Hostilio, el abuelo de uno de los posteriores reyes de Roma.

Sabían también, bien porque la habían visto antes de que quedara cubierta, bien por haberlo oído, que allí abajo había una inscripción. Dionisio recoge dos versiones de lo que era: el epitafio de Hostilio, «que documentaba su valor», o una inscripción «que registraba sus hazañas» erigida tras una de las victorias de Rómulo. Pero evidentemente no era ninguna de las dos cosas. Ni tampoco estaba «escrita en letras griegas», como afirma Dionisio: es auténtico latín arcaico. Sin embargo, constituye un maravilloso ejemplo de lo mucho y de lo poco que los historiadores romanos sabían acerca del pasado enterrado; de cómo les gustaba imaginar las huellas de Rómulo todavía presentes en la superficie, o justo debajo, de su ciudad.

Lo que dice el texto en realidad, hasta donde le podemos

encontrar sentido, nos lleva a la siguiente fase de la historia de Roma y a la serie de reyes casi igualmente míticos que se supone que sucedieron a Rómulo.



13. Diagrama de los restos del primitivo santuario excavado por Giacomo Boni bajo la piedra negra del foro. A la izquierda hay un altar (una estructura cuadrada en forma de U encontrada en otros lugares de Italia en este período). A la derecha se yergue lo que queda de la columna, y justo visible detrás de ella está el pilar inscrito.

Reconstrucción de los restos que hay bajo de la piedra negra del foro romano.
Según C. Hülsen, *The Roman Forum* (Loescher, 1906)

CAPÍTULO III

LOS REYES DE ROMA

ESCRITO EN LA PIEDRA

La inscripción descubierta en 1899 bajo la piedra negra del foro incluye la palabra «rey», o en latín *rex*: *RECEI*, tal como aparece en la forma arcaica de la lengua aquí utilizada. Esta palabra por sí sola justifica la fama de la inscripción y ha cambiado desde entonces la manera de comprender la historia de la Roma arcaica.

En muchos aspectos el texto es extremadamente frustrante. Está incompleto, el tercio superior del pilar no se ha conservado. Es casi incomprensible. En cualquier caso, el latín es bastante difícil, pero el fragmento perdido hace casi imposible captar el significado por completo. Aunque podemos estar seguros de que no señala la tumba de Rómulo, ni la de nadie, la mayoría de interpretaciones consisten en poco más que arrojados intentos por encadenar las pocas palabras sueltas de la piedra que resultan reconocibles para dotarlas de algún vago sentido. Una destacada teoría moderna afirma que se trataba de una advertencia para que los animales uncidos no soltasen excrementos cerca del santuario, cosa que al parecer habría sido de mal agüero. También es muy difícil conocer su antigüedad. La única manera de fechar el texto es comparando su lengua y escritura con los otros muchos ejemplos de latín arcaico, en su mayoría de datación igualmente incierta. Las propuestas abarcan trescientos años: desde aproximadamente 700 a. C. hasta más o menos 400 a. C. El actual y frágil consenso sitúa la inscripción en la

segunda mitad del siglo VI a. C.



14. La primitiva inscripción del pilar excavado bajo la piedra negra podía confundirse fácilmente con el griego y, de hecho, para algunos escritores antiguos posteriores lo *era*. En realidad está escrita en latín arcaico y organizada en el denominado estilo *boustrophedon* («giro de buey»), es decir, las líneas se leen alternativamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Cipo inscrito procedente del foro romano. Foto © DEA / A. Dagli Orti / De Agostini / Getty Images



15. En esta pintura, *El juramento de los Horacios* (1784), Jacques-Louis David plasma una leyenda del reinado de Tulio Hostilio, cuando Roma estaba en guerra con la vecina Alba Longa. Dos grupos de tres, uno por cada bando, aceptaron luchar en nombre de sus comunidades. Aquí David imagina a los Horacios romanos cogiendo las espadas de manos de su padre. Uno de ellos regresó a casa victorioso y mató a su hermana (aquí se la ve llorando) que estaba comprometida con uno de los enemigos. Era una historia, para los romanos no menos que para los franceses del siglo XVIII, que al mismo tiempo celebraba el patriotismo y cuestionaba su coste.

El juramento de los Horacios (1784) de Jacques-Louis David, Musée du Louvre, París. Foto © akg-images / De Agostini Picture Lib. / G. Dagli Orti

A pesar de todas estas incógnitas, los arqueólogos se percataron al instante de que el reconocible *RECEI* (en dativo, «al o para el rey») confirma lo que los propios escritores romanos habían sostenido: que durante dos siglos y medio, hasta finales del siglo VI a. C., la ciudad de Roma estuvo bajo el control de «reyes». Livio, entre otros, habla de una secuencia convencional de seis monarcas que siguieron a Rómulo, cada uno con un paquete distintivo de logros vinculados a su nombre.

Sus coloridas historias, con el apoyo de un elenco de heroicos guerreros romanos, rivales homicidas y reinas

conspiradoras, ocupan la segunda mitad del primer libro de *Historia* de Livio. Después de Rómulo subió Numa Pompilio, un personaje pacífico que inventó la mayoría de las instituciones de Roma; luego, Tulio Hostilio, un reconocido instigador de la guerra; tras él, Anco Marcio, el fundador del puerto marítimo de Roma en Ostia, «desembocadura»; a continuación, Tarquinio Prisco, o «Tarquinio el Viejo», que desarrolló el foro romano y los juegos en el circo; después, Servio Tulio, un reformista político e inventor del censo romano; y por último, Tarquinio el Soberbio, o quizá mejor «el Arrogante». Fue la conducta tiránica de este segundo Tarquinio, y de su familia, lo que condujo a la revolución, al fin de la monarquía y al establecimiento de la «libertad» y de la «República libre de Roma». Era un autócrata paranoico que eliminaba sin compasión a sus rivales, y un cruel explotador del pueblo romano, al que obligaba a trabajar en sus fanáticos proyectos constructivos. Pero el terrible punto de ruptura, que se repitió más de una vez en la historia de Roma, se produjo con una violación: esta vez la violación de la virtuosa Lucrecia por parte de uno de los hijos del rey.

Los precavidos eruditos del siglo XIX se plantearon muchas dudas acerca del valor histórico de estas historias de los reyes romanos. Argumentaban que no había evidencias más sólidas de estos gobernantes que del legendario Rómulo: toda la tradición se basaba en confusas habladurías y mitos mal entendidos, por no mencionar las fantasías propagandistas de muchas de las posteriores familias romanas dirigentes, que a menudo manipulaban o inventaban la «historia» de la ciudad primitiva para otorgar a sus antepasados un papel glorioso. De ahí no faltaba más que un pequeño paso, un paso que muchos destacados historiadores de la época dieron, para afirmar que el

«período monárquico» romano, como a menudo se le denomina, nunca existió; que aquellos famosos reyes eran producto de la imaginación romana; que la verdadera historia de la Roma arcaica se había perdido por completo.

El *RECEI* de la inscripción de Boni consiguió poner en entredicho aquel escepticismo radical. Ninguna clase de argucia (por ejemplo, que *rex* hace referencia aquí a un cargo religioso con este mismo nombre pero no a un rey en sentido técnico) podía obviar lo que ahora parecía innegable: que Roma tuvo antaño algún tipo de monarquía. El descubrimiento cambió la naturaleza del debate acerca de la historia arcaica romana, aunque, por supuesto, suscitó otras preguntas.

Incluso ahora, esta inscripción sitúa la idea de los reyes romanos en el centro del escenario y plantea la cuestión de qué podía significar la realeza en el contexto de una pequeña comunidad arcaica de unos pocos miles de habitantes que vivían en chozas de paredes de caña y barro en la cima de un grupo de colinas cerca del río Tíber. La palabra «rey» implica, casi con toda certeza, algo mucho más formal, y más majestuoso, de lo que deberíamos imaginar. Pero los romanos posteriores veían, o imaginaban, a sus primeros gobernantes de formas muy distintas. Por un lado, tras la dramática caída de Tarquinio el Soberbio, los reyes fueron objeto de odio durante el resto de la historia de Roma. Ser acusado de querer ser *rex* era una sentencia de muerte política para cualquier romano; y ningún emperador consintió jamás ser llamado rey, aunque algunos cínicos observadores se preguntasen dónde estaba la diferencia. Por otro lado, los escritores romanos atribuían los orígenes de muchas de sus instituciones políticas y religiosas más importantes al período monárquico: si, según la narración legendaria, la ciudad fue concebida por Rómulo, su

gestación se produjo bajo el mandato de los reyes, desde Numa hasta el segundo Tarquinio. Por más que abominasen de ellos, a los reyes se les atribuía la creación de Roma.

Este período monárquico está atrapado en el enigmático territorio que recorre la línea fronteriza que separa el mito de la historia. Estos reyes sucesores sin duda parecen más reales que el fundador. Como mínimo, tienen nombres aparentemente reales, como «Numa Pompilio», a diferencia del ficticio «Rómulo» o «Sr. Roma». No obstante, a lo largo de sus historias nos encontramos con toda clase de elementos flagrantemente míticos. Algunos decían que Servio Tulio, al igual que Rómulo, había sido concebido de un falo que surgió del fuego. Casi siempre es difícil identificar qué hechos podrían estar presentes en la narración ficticia que ha llegado hasta nosotros. Eliminar sencillamente los elementos fantásticos evidentes y suponer que lo que queda representa el núcleo histórico es exactamente la clase de enfoque simplista al que se resistieron, y con razón, los escépticos decimonónicos. Mito e historia resultan estar mucho más inextricablemente unidos de lo que todo esto supone. Entre los dos extremos existe un amplio espectro de posibilidades y enigmas. ¿Existió alguna vez alguien llamado Anco Marcio, pero que no hizo ninguna de las cosas que se le atribuyen? ¿Fueron estas cosas obra de otra persona o personas distintas, pero de nombre desconocido? Y así sucesivamente.

Sin embargo, está claro que hacia el final del período monárquico, digamos en el siglo VI a. C., a pesar de que la datación sigue siendo tan difícil como siempre, empezamos a pisar un terreno ligeramente más firme. Tal como apuntan los espectaculares descubrimientos de Boni, resulta plausible, por primera vez, establecer algunos vínculos entre las historias que contaban los romanos sobre su pasado, los

restos arqueológicos sobre el terreno y la narración histórica, en el sentido moderno del término. Es más, podemos incluso vislumbrar parte de esta historia desde el punto de vista de los vecinos y enemigos de Roma. Las hazañas de Servio Tulio, casi con toda seguridad, aparecen en una serie de pinturas descubiertas en una tumba de la ciudad etrusca de Vulci, a unos cien kilómetros al norte de Roma. Fechadas aproximadamente a mediados del siglo IV a. C. son en varios cientos de años la evidencia más antigua que tenemos de este rey. La comprensión de la historia de Roma de este período depende en parte de la utilización, en lo que valen, de estas pocas pero valiosas evidencias; y en breve examinaremos esta última más de cerca.

¿REYES O CAUDILLOS?

Los escépticos del siglo XIX tenían buenas razones para dudar de los relatos romanos del período monárquico que han llegado hasta nosotros. Hay todo tipo de elementos sobre los reyes que no son congruentes, el más evidente es la cronología. Aunque imaginemos lapsos de vida insólitamente saludables, es imposible concebir que siete reyes, Rómulo entre ellos, vivan a lo largo de los doscientos cincuenta años —desde mediados del siglo VIII hasta finales del siglo VI a. C.— que los escritores romanos les asignaron. Esto significaría que cada uno reinó, de media, durante más de tres décadas. Ninguna monarquía moderna ha igualado jamás ese nivel de longevidad.

La solución más económica de este problema consiste en asumir que el período monárquico fue en realidad mucho más breve de lo que los romanos calcularon, o proponer que hubiera más reyes de los que aparecen en el registro (como descubriremos, hay un par de candidatos potenciales para ocupar el lugar de estos «monarcas perdidos»). No obstante,

también es posible que la tradición escrita que tenemos para este período sea fundamentalmente más engañosa de lo que sugieren estas simples soluciones y que, cualquiera que sea la cronología, el carácter de la realeza romana fuera en realidad radicalmente distinto de lo que Livio y otros escritores romanos insinúan.

El mayor problema es que los antiguos historiadores de Roma tendían sistemáticamente a modernizar el período monárquico y a engrandecer sus hazañas, como si lo contemplasen a través de una especie de lupa patriótica. Según sus relatos, los primitivos romanos ya contaban con instituciones como el Senado y las asambleas del pueblo, que eran parte del mobiliario institucional político de la ciudad medio milenio atrás; y al organizar la sucesión de reyes (que no era hereditaria) siguieron complejos procedimientos legales que implicaban el nombramiento de un *interrex* (un «interrey»), un voto popular para el nuevo monarca y la ratificación senatorial. Es más, las rivalidades y luchas de poder que imaginan en los momentos de transición no debían parecer fuera de contexto en la corte de un emperador romano del siglo I d. C. De hecho, el relato de Livio acerca de los tejemanejes posteriores al asesinato de Tarquinio Prisco —en los que su conspiradora esposa Tanaquil ocultó celosamente su muerte hasta que hubo asegurado firmemente el trono para su favorito, Servio Tulio — son similares a los tejemanejes de Livia tras la muerte del emperador Augusto en el año 14 d. C. (p. 408). Son tan similares que algunos críticos conjeturan que Livio, que escribió en la década de los años 20 a. C., posiblemente no completase esta sección de su *Historia* hasta después de 14 d. C. y que debió de basar su descripción en los hechos de aquel año.

Las relaciones de los romanos con los pueblos vecinos se

describen con similar grandiosidad en tratados, con embajadores y en declaraciones formales de guerra. Sus combates también se presentan como si implicasen grandes enfrentamientos entre las poderosas legiones romanas y los igualmente poderosos enemigos: leemos que la caballería carga contra los flancos enemigos, que la infantería se ve forzada a ceder, que el oponente es presa de la confusión... y otros muchos clichés (o verdades) de las antiguas contiendas. En efecto, esta clase de lenguaje se filtra en las narraciones modernas del período, muchas de las cuales hacen referencia con total convencimiento a cosas tales como la «política exterior» de Roma en los siglos VII y VI a. C.

Llegados a este punto se impone un análisis de la realidad. Elijamos la forma que elijamos para describir la comunidad urbana de los primitivos romanos, esta quedará siempre dentro del espectro que va de lo diminuto a lo pequeño. El tamaño de la población en lo que indudablemente es prehistoria resulta muy difícil de calcular, pero la mejor estimación es que la población «original» de Roma, en el momento en que el conglomerado de pequeños asentamientos empezó a pensar en sí mismo como «Roma», ascendía como mucho a unos pocos miles. En la época en que fue expulsado el último rey, hacia finales del siglo VI a. C., según los parámetros de cálculo modernos, estamos hablando de una cifra entre los 20 000 y los 30 000 habitantes. Esto es únicamente una estimación basada en el tamaño del lugar, en la cantidad de territorio que probablemente controlaba Roma en aquel momento y en la población que supuesta y razonablemente podía sustentar. No obstante, es mucho más verosímil que las cifras totales que ofrecen los autores antiguos. Livio, por ejemplo, cita al primer historiador romano, Quinto Fabio Píctor, que escribió en torno al año 200 a. C. y que afirmaba que hacia

finales del período monárquico el número de ciudadanos varones adultos era de 80 000, constituyendo una población total de más de 200 000. Es una cifra disparatada para una comunidad nueva en la Italia arcaica (poco menos que la población total de los territorios de Atenas o Esparta en su momento álgido, a mediados del siglo V a. C.), y no hay evidencias arqueológicas de una ciudad de semejante tamaño en aquella época, aunque la cifra tiene por lo menos la virtud de encajar con la visión grandiosa que encontramos en todos los escritores antiguos.



16. Esta inscripción de finales del siglo VI o de principios del V descubierta en 1977 a unos 65 kilómetros al sur de Roma es una de las mejores evidencias sobre la milicia privada en la ciudad primitiva. Se trata de una dedicatoria al dios Marte (aquí, en el latín de la época, la última palabra, «MAMARTEI») de los «SUODALES» de Publio Valerio (aquí, «POPLIOSIO VALESIOSIO» en la primera línea), quizá el mismo hombre que fue uno de los semilegendarios cónsules del primer año de la República (p. 134), Publio Valerio Publícola. Sus SUODALES (*sodales* en latín clásico) pueden ser, dicho de manera educada, sus «compañeros»; pero siendo más realistas, pueden ser su «banda».

Inscripción arcaica de Satricum. Foto cortesía de Soprintendenza Speciale per i Beni Archeologici di Roma

Huelga decir que es imposible saber mucho más de las instituciones de este pequeño asentamiento protourbano. Pero a menos que Roma fuera diferente de todas las demás poblaciones arcaicas del antiguo Mediterráneo (o de cualquier otro lugar), debió de estar mucho menos estructurada formalmente de lo que las historias indican. Los complejos procedimientos que implican un *interrex*, el voto popular y la ratificación senatorial son totalmente inverosímiles en este contexto; como mucho, son una reescritura radical de la historia arcaica en un lenguaje muy

posterior. La actividad militar es otro buen ejemplo. Aquí la geografía por sí sola debería hacernos reflexionar. Tan solo tenemos que mirar la ubicación de estas batallas heroicas: todas ellas se libraron dentro de un radio de unos 19 kilómetros de la ciudad de Roma. A pesar del estilo en que están narradas, como si fueran miniversiones de Roma contra Aníbal, probablemente se parecían más a lo que entendemos por saqueos de ganado. Es posible que ni siquiera fueran combates «romanos» en el sentido estricto de la palabra. En la mayoría de comunidades primitivas, tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que las distintas formas de violencia privada, desde la burda justicia y venganza hasta la guerra de guerrillas, quedasen por completo bajo el control público. Los conflictos de cualquier índole estaban normalmente en manos de individuos con sus propios secuaces, el equivalente antiguo de lo que podríamos denominar señores de la guerra privados; y había una distinción muy borrosa entre lo que se llevaba a cabo en nombre del «Estado» y lo que se emprendía en nombre de algún caudillo poderoso. Y esto era lo que sucedía, casi con toda seguridad, en la Roma arcaica.

¿Dónde deja esto a los reyes y a la palabra *rex* de la inscripción del foro? *Rex* sin duda puede significar «rey» en el sentido moderno del término, un sentido que compartimos ampliamente con los romanos del siglo I a. C. Estos, al igual que nosotros, debían de tener en mente no solo una imagen de poder autocrático con sus símbolos, sino también un concepto teórico de monarquía como forma de gobierno, en oposición, por ejemplo, a la democracia o a la oligarquía. Es sumamente improbable que los hombres que siglos antes tallaron la piedra del foro tuvieran en mente nada de esto. Para ellos, *rex* debía de indicar poder o prominencia de un individuo, pero de una forma mucho

menos estructurada y «constitucional». Al debatir las realidades, más que los mitos, de este período primitivo de la historia de Roma, sería mejor pensar en términos de jefes o caudillos en lugar de reyes, y pensar en un período «de caudillajes» en vez del período «monárquico».

HISTORIAS DE FUNDACIÓN: RELIGIÓN, TIEMPO Y POLÍTICA

Para los escritores romanos, los reyes que sucedieron a Rómulo eran parte del extenso período de fundación de la ciudad de Roma. Como él, estos gobernantes se consideraban personajes históricos (a pesar de que los escritores más escépticos dudasen de algunos de los relatos fantásticos que se contaban de ellos); pero, una vez más, es evidente que gran parte de la tradición que nos ha llegado, lejos de ser real, es una fascinante proyección mítica hacia el pasado de las prioridades y desvelos posteriores de los romanos. No es difícil localizar muchos de los temas y preocupaciones que encontramos en la historia de Rómulo. Por ejemplo, se decía que estos reyes sucesores tenían orígenes muy diferentes: Numa, como Tito Tacio, era sabino; Tarquinio Prisco era originario de Etruria e hijo de un refugiado de la ciudad griega de Corinto; Servio Tulio era, según los que rechazaban la historia del falo milagroso, hijo de un esclavo o como mínimo de un prisionero de guerra (tal era la disputa acerca de su parentesco, que de todos los generales victoriosos inscritos en la lista del foro Servio es el único del que se ha omitido el nombre de su padre). A pesar de que leemos que algunos romanos, normalmente los «malos» de estas historias, se quejaban de que los extranjeros o los de baja cuna les privaban de su derecho natural, el mensaje general es inconfundible: incluso en la mismísima cúspide del orden político romano, «los

romanos» podían venir de cualquier otra parte; y los de baja extracción social, incluso los ex esclavos, podían prosperar hasta lo más alto.

La Roma bajo el mandato de los reyes también estaba continuamente sumida en cruentas guerras civiles y conflictos familiares. Los momentos de la sucesión resultaban especialmente peligrosos y sangrientos. Se suponía que de los siete reyes, tres fueron asesinados; un rayo divino fulminó a otro como castigo por haber cometido un error religioso; y Tarquinio el Soberbio fue expulsado. Solo dos murieron en la cama. Fueron los hijos de Anco Marcio quienes, por resentimiento al haber sido ignorados para acceder al trono, contrataron a los asesinos de Tarquinio Prisco. Servio Tulio fue asesinado por razones similares por Tarquinio el Soberbio, quien estaba confabulado con la hija de su víctima. En un giro especialmente truculento, se dice que la hija pasó deliberadamente por encima del cadáver con su carruaje llevándose a casa la sangre de su padre pegada en las ruedas. Este tema sin duda recoge la idea de que el conflicto civil estaba incrustado en la política romana, pero también apunta a otra falla en la cultura política romana: es decir, a cómo se transmitía el poder de persona a persona o de generación en generación. Cabe destacar que, medio milenio después, la primera dinastía de autócratas, los emperadores desde Augusto hasta Nerón, tuvo un registro similar, o incluso peor, de muertes brutales, en su mayoría asesinatos o supuestos asesinatos, en el seno de la familia.

Sin embargo, el período monárquico hizo más que simplemente repetir las cuestiones suscitadas por Rómulo. Para seguir la lógica de la historia, al final del gobierno de Rómulo, Roma todavía estaba a medio formar. Cada uno de los sucesores llevó a cabo su propia y peculiar contribución,

asegurando así que cuando finalmente se produjese la caída de la monarquía, Roma estuviera equipada con la mayoría de las instituciones características que la hacían romana. A Numa Pompilio y Servio Tulio se les atribuyen las más importantes de todas. Se supone que Servio Tulio inventó el método de contar y organizar en clases al pueblo romano, conocido como censo. Esto constituyó durante siglos el núcleo del proceso político de la antigua Roma, consagrando un principio jerárquico fundamental: que los ricos tenían por derecho más poder que los pobres. Pero antes que él, se dice que Numa estableció, más o menos en solitario, la estructura de la religión oficial romana, y las instituciones religiosas que dejaron su impronta, y sus nombres, mucho más allá de los límites de este libro. En efecto, incluso hoy en día, el título oficial de los papas católicos —*pontifex*, o «pontífice»— deriva o se tomó prestado del título de uno de los sacerdocios supuestamente fundado por Numa.

Mirando hacia atrás y contemplando el auge de su ciudad que llegó a dominar el Mediterráneo y más lejos, los posteriores romanos atribuyeron aquel éxito tan extraordinario no solo a sus hazañas militares. Habían triunfado, argumentaban, porque tenían a los dioses de su parte: su piadosa devoción religiosa garantizaba sus éxitos. Y si invertimos el axioma, cualquier fracaso que encontrasen se debía a algún fallo en sus relaciones con los dioses: quizá habían ignorado los malos presagios, realizado de forma errónea algún ritual fundamental o desobedecido alguna norma religiosa. Se vanagloriaban de su devoción en sus tratos con el mundo exterior. A comienzos del siglo II a. C., por ejemplo, cuando un funcionario romano escribió a la ciudad griega de Teos, en la costa occidental de la actual Turquía, garantizando a sus habitantes la independencia política (por lo menos a corto plazo), les recalcó este

mensaje. Todavía podemos leer sus pomposas palabras, inscritas en un bloque de mármol expuesto en la ciudad: «El hecho de que los romanos hayamos considerado siempre, absoluta e incondicionalmente, que la devoción hacia los dioses es un asunto de suma importancia, queda demostrado por el favor que recibimos de ellos por este motivo. Además, estamos totalmente seguros por muchas razones que nuestro gran respeto por la divinidad es evidente para todo el mundo». En otras palabras, la religión respaldaba al poder romano.

Tenemos unos cuantos indicios de esto en la historia de Rómulo. Además de erigir el templo de Júpiter Stator, consultó a los dioses para decidir dónde fundar la nueva ciudad; en parte, lo que llevó a la fatal pelea entre Rómulo y Remo fue el desacuerdo acerca de cómo interpretar las señales divinas, observadas en el vuelo de algunas aves. Pero fue su sucesor, el pacífico Numa, quien asumió el papel de «fundador de la religión romana».

No obstante, eso no convirtió a Numa en una figura sagrada en la línea de Moisés, Buda o Mahoma. La religión tradicional de Roma era muy diferente de la religión tal como la entendemos hoy. Hay tanto vocabulario religioso moderno tomado del latín —incluyendo la palabra «religión», además de «pontífice»— que tiende a oscurecer algunas de las principales diferencias entre la religión romana y la nuestra. En Roma no había doctrina como tal, ni libro sagrado ni tampoco lo que llamaríamos un sistema de creencias. Los romanos *sabían* que los dioses existían; no *creían en* ellos en el sentido internalizado que comparten la mayoría de religiones modernas del mundo. Tampoco había en Roma ninguna religión especialmente preocupada por la salvación personal o la moralidad. Se centraba básicamente en la realización de rituales destinados a mantener en buena

armonía la relación entre Roma y los dioses, asegurando así el éxito y prosperidad de los romanos. El sacrificio de animales era un elemento central en la mayoría de estos rituales, que, por otro lado, eran extraordinariamente variados. Algunos eran tan extravagantes que socavan, mejor que cualquier otra cosa, el moderno estereotipo de que los romanos eran tranquilos y sosegados: en la fiesta de las Lupercales en el mes de febrero, por ejemplo, jóvenes desnudos corrían por la ciudad azotando todas las mujeres que encontraban (es la fiesta que recrea la escena inicial de la obra de Shakespeare, *Julio César*). En general, era una religión de hacer, no de creer.



17. Cabeza de una estatua de una virgen vestal del siglo II d. C. reconocible por su característico tocado. Las vestales eran uno de los pocos grupos de sacerdotisas de la religión pública romana. Eran también uno de los reducidos grupos de oficiantes religiosos a tiempo completo, que vivían «en el trabajo», en una casa

junto al templo de la diosa Vesta, con su fuego sagrado, en el foro. Estaban obligadas al voto de castidad bajo pena de muerte.

Cabeza de una estatua de una virgen vestal procedente del foro romano. Foto © Lanmas / Alamy

En relación con todo esto, la fundación de Numa tenía dos aspectos diferentes pero conectados. Por un lado, estableció una serie de sacerdocios para ejecutar o supervisar los principales rituales, incluyendo, entre un reparto abrumadoramente masculino, las vírgenes vestales, con su deber de mantener encendida la llama del fuego sagrado de la ciudad en el foro. Por otro lado, inventó un calendario de doce meses, que proporcionó el marco para la asignación de fiestas anuales, días sagrados y festividades religiosas. Un aspecto fundamental de cualquier comunidad organizada es su capacidad de estructurar el tiempo, y en Roma fue Numa a quien se le atribuyó la invención de dicha estructura. Es más, a pesar de todas las posteriores innovaciones y ajustes, el calendario occidental moderno es descendiente directo de esta primera versión romana, tal como muestran los nombres que les damos a los meses: todos y cada uno de ellos son romanos. Entre todas las cosas que imaginamos haber heredado de la antigua Roma, desde las cloacas hasta los nombres de lugares, o los cargos de la Iglesia católica, el calendario es probablemente el más importante y a menudo el más ignorado. Es un vínculo sorprendente entre el período monárquico primitivo y nuestro mundo.



18. El mes de abril del calendario romano más antiguo que se ha conservado, pintado en una pared en Antium (la actual Anzio), al sur de Roma. Es un documento altamente codificado que se distribuye a lo largo de veintinueve días de arriba abajo. En la columna de la izquierda, una secuencia de letras (A-H) designa una pauta regular de días de mercado. En la segunda columna, otras letras (C, F, N, etc.) especifican la vertiente pública del día en cuestión (por ejemplo, C de *comitialis* indica que aquel día podría celebrarse una asamblea). Las palabras de la derecha señalan las fiestas individuales, que en su mayoría tienen que ver de algún modo con la agricultura. La ROBIG(ALIA), por ejemplo, estaba relacionada con la protección del crecimiento de las cosechas contra la plaga de los cereales, la VINAL(IA) tenía que ver con el vino nuevo. Aunque esta versión se remonte solo al siglo I a. C., sus principios básicos son mucho más antiguos.

El calendario romano más antiguo que se ha conservado, siglo I a. C., procedente de Antium, ahora en el Museo Nazionale Romano, Palazzo Massimo alle Terme. Según A. Degrassi, *Inscriptiones Italiae* XIII. 2 (Libreria dello Stato, 1963), pp. 8-9

Es imposible saber si alguna vez existió alguien llamado Numa Pompilio, y todavía más difícil saber si llevó a cabo algunas de las cosas que se le atribuyen. Los eruditos romanos debatieron su trayectoria con vehemencia, aceptando algunos aspectos que la tradición afirma de él, pero rechazando otros con firmeza. Por ejemplo, es imposible que fuera discípulo del filósofo griego Pitágoras, como aseguraba una tenaz historia popular, porque, según esgrimían, en cualquier cronología verosímil Pitágoras vivió más de un siglo después de Numa (o, como hoy calculamos, en el siglo VI más que en el VII a. C.). Pero prescindiendo de lo legendario o, en el mejor de los casos, indefinido que fuera Numa, hay algo que sí parece una certeza: cierta forma del calendario adscrito a él es producto de un período arcaico de la historia de Roma.

De hecho, la versión escrita más antigua que tenemos de un calendario romano, aunque no anterior al siglo I a. C., apunta insistentemente en esta dirección. Es un extraordinario hallazgo pintado en una pared en la ciudad de Antium (la moderna Anzio), a unos 56 kilómetros al sur de

Roma, y ofrece un destello impresionante, aunque ligeramente sorprendente, de cómo imaginaban el año los romanos de la época de Cicerón. En la Roma primitiva no pudo haber nada tan complejo como esto. Hay indicaciones de toda clase de acontecimientos a lo largo de los siglos, incluyendo algunos cambios radicales en el ordenamiento de los meses y en el punto de inicio del año, porque ¿cómo si no podían noviembre y diciembre, que significan literalmente «noveno mes» y «décimo mes», respectivamente, haber terminado en este calendario, y en el nuestro, siendo los meses undécimo y duodécimo de la secuencia? Pero también hay indicios de una antigua ascendencia en esta versión del siglo I a. C.

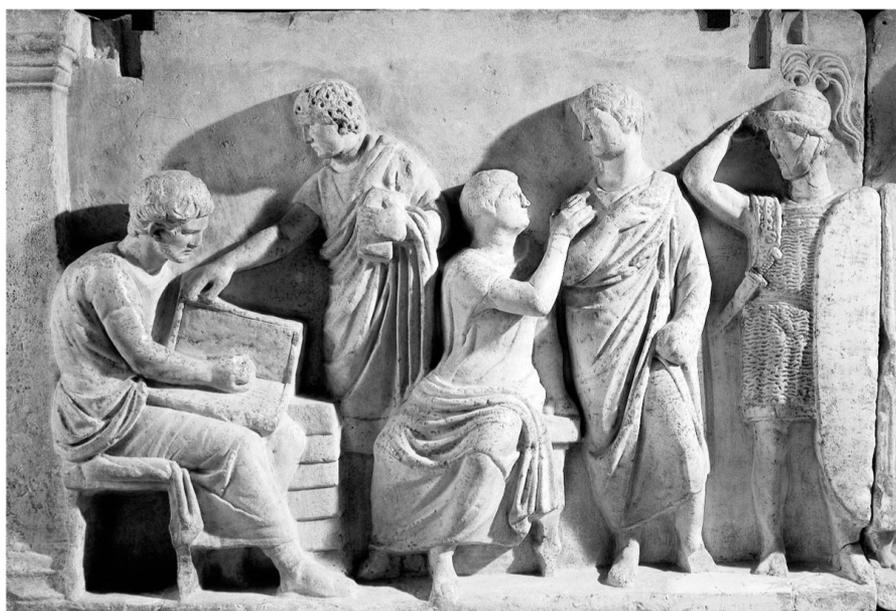
El sistema es básicamente de doce meses lunares con un mes de más (el lejano precursor de nuestro día de más en el año bisiesto) insertado de vez en cuando para mantener el calendario en adecuada alineación con el año solar. El mayor desafío al que se enfrentaban los calendarios primitivos de todas partes era el hecho de que los dos sistemas naturales más obvios de precisión son incompatibles: es decir, doce meses lunares, de la luna nueva a luna nueva, suman un máximo de 354 días; y esto no se puede hacer coincidir de ninguna manera con los 365 días y cuarto del año solar, que es el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta completa alrededor del Sol, de equinoccio de primavera a equinoccio de primavera. La inserción completa de un mes extra cada pocos años es la clase de método burdo pero efectivo típico de los primeros intentos por resolver el problema.

No deja de ser revelador el ciclo de festividades religiosas que aparecen registradas en el calendario. El núcleo de estas fiestas bien puede haberse originado en el período monárquico. Sin duda, la mayoría de ellas, hasta donde podemos reconstruirlas, centran su atención en el apoyo de

los dioses en relación con las preocupaciones estacionales de la cría de animales y la agricultura: siembra, recolección, vendimia, almacenamiento y así sucesivamente; las mismas preocupaciones que cabría encontrar en una pequeña comunidad mediterránea arcaica. Cualquiera que fuese el significado de estas fiestas en la metrópolis urbana del siglo I a. C., cuya mayoría de habitantes poco tenía que ver con rebaños, manadas o cosechas, probablemente represente una instantánea de las prioridades de los primitivos romanos.

Un conjunto distinto de prioridades queda reflejado en las instituciones políticas atribuidas a Servio Tulio, a las que hoy en día se les otorga a veces el inapropiado y pomposo título de «Constitución serviana», en parte porque fueron tan fundamentales para el posterior funcionamiento de la política romana. Se supone que fue el primero en organizar un censo de los ciudadanos romanos, inscribiéndolos formalmente en el cuerpo ciudadano y organizándolos en diferentes clases de acuerdo con su riqueza. Pero hizo todavía más, vinculó esta clasificación a otras dos instituciones más: el ejército romano y la organización del pueblo para la votación y las elecciones. Los detalles exactos son incomprensiblemente complicados y se han debatido desde la Antigüedad. La infructuosa investigación de las exactas disposiciones que supuestamente puso en marcha Servio Tulio, y su posterior historia, ha contribuido a labrar y arruinar carreras académicas. Pero la idea básica está bastante clara. El ejército tenía que estar compuesto por 193 «centurias», diferenciadas según el tipo de equipamiento utilizado por los soldados; dicho equipamiento estaba en relación con la clasificación del censo, de acuerdo con el principio de que «cuanto más rico seas, de mejor y más costoso equipamiento podrás proveerte». Empezando por la cúspide, había ochenta centurias de los hombres más ricos,

la primera clase, que combatían con un equipo completo de pesada armadura de bronce; por debajo de esta clase había cuatro más, que llevaban progresivamente armaduras más ligeras hasta la quinta clase, de treinta centurias, que combatía solo con hondas y piedras. Además, por encima de estos había otras dieciocho centurias adicionales de caballería de élite, junto con algunos grupos especiales de ingenieros y músicos. En el último escalón del orden jerárquico había una única centuria de los más pobres, que estaban exentos del servicio militar.



19. El censo romano. Este detalle de una escultura de finales del siglo II a. C. representa el registro de ciudadanos. A la izquierda, un funcionario sentado anota la información sobre la riqueza del hombre que está de pie frente a él. A pesar de que no está del todo claro el procedimiento exacto, la conexión con la organización militar se manifiesta por la presencia del soldado de la derecha.

Censo romano procedente de la «base militar de Domicio Enobarbo», finales del siglo II a. C., Musée du Louvre, París. Foto © akg-images / De Agostini

Picture Lib. / G. Dagli Orti

Al parecer, Servio Tulio utilizó estas mismas estructuras como base de una importante asamblea electiva del pueblo

romano: la Asamblea Centuriada (llamada así por las centurias), que en tiempos de Cicerón se reunía para elegir a los cargos superiores, entre ellos a los cónsules, y para votar leyes y decidir si se iba a la guerra. Cada centuria tenía un solo voto conjunto, y el resultado (o intención) era que se entregaba a las centurias de los ricos una ventaja política intrínseca abrumadora. Si se unían, las ochenta centurias de los más ricos, la primera clase más las dieciocho centurias de la caballería de élite podían obtener mayor número de votos que todas las demás clases juntas. Dicho de otro modo, el votante individual rico tenía un poder de elección mucho mayor que el de sus conciudadanos más pobres. Esto sucedía porque las centurias, a pesar de su nombre, que en apariencia debería significar que estaban formadas por cien (*centum*) hombres cada una, eran en realidad de diferente tamaño. Los ciudadanos más ricos eran muchos menos en número que los pobres, pero estaban repartidos en ochenta centurias, a diferencia de las veinte o treinta de las clases bajas más populosas, o de la única centuria para los muy pobres. El poder quedaba en manos de los ricos, tanto en comunidad como individualmente.

Visto en detalle, no solo resulta terriblemente complicado, sino también anacrónico. Mientras que algunas de las innovaciones atribuidas a Numa puede que no estuvieran fuera de lugar, como hemos visto, en la Roma arcaica, esta es una flagrante proyección al pasado de prácticas e instituciones romanas posteriores, con Servio Tulio como padre fundador. El complejo sistema de tasación de bienes implícito en el censo es inconcebible en la ciudad primitiva; y las elaboradas estructuras de la organización centuriada tanto en el ejército como en la asamblea están totalmente fuera de proporción con el cuerpo de ciudadanos del período monárquico y con el probable

carácter de sus guerras (no es así como se lleva a cabo una incursión al pueblo vecino). Sean cuales fueren los cambios en el combate y en las elecciones que se instituyeran bajo un tal «Servio Tulio», no podían parecerse en nada a lo que la tradición romana afirmaba.

Sin embargo, al remontar todo esto al período formativo de su ciudad, los escritores romanos subrayaban la importancia de algunas instituciones y conexiones claves en la cultura política romana, tal como ellos la veían. En el censo, hacían hincapié en el poder del Estado por encima del ciudadano individual, así como en el característico empeño del funcionariado romano por documentar, contar y clasificar. Apuntaban también a una tradicional conexión entre el papel político y militar del ciudadano, al hecho de que durante muchos siglos los ciudadanos romanos fueron también, por definición, soldados romanos, y a uno de los atesorados supuestos de gran parte de la élite romana: a saber, que la riqueza aportaba responsabilidad política y privilegio político. Cicerón reflexiona precisamente sobre esto cuando resume los objetivos políticos de Servio Tulio en tono aprobatorio: «Dividió al pueblo de esta manera para asegurar que el poder del voto no estuviera bajo el control de la chusma sino de los ricos, procurando así que el mayor número no tuviera el mayor poder, un principio al que siempre deberíamos adherirnos en política». De hecho, este principio acabó siendo vehementemente discutido en la política de Roma.

¿REYES ETRUSCOS?

Servio Tulio fue uno de los tres últimos reyes de Roma, emparedado entre Tarquinio Prisco y Tarquinio el Soberbio. Los eruditos romanos creían que habían gobernado la ciudad a lo largo del siglo VI a. C., hasta que el Soberbio fue

finalmente depuesto (según la mayoría de los relatos) en 509 a. C. Como acabamos de ver, hay partes de la narración de este período que estaban tan mitificadas como la historia de Rómulo. También hay en el relato tradicional algunas imposibilidades cronológicas, o, por lo menos, las habituales longevidades inverosímiles. Incluso algunos escritores antiguos se sentían incómodos con la idea de que pudiera haber unos ciento cincuenta años entre el nacimiento de Prisco y la muerte de su hijo el Soberbio, un problema que a veces trataban de resolver insinuando que el segundo Tarquinio era el nieto, no el hijo, del primero. Sin embargo, a partir de esta fecha resulta más fácil encajar algunos aspectos de lo que leemos en Livio y en otros escritores con lo que se ha encontrado en el terreno. Por ejemplo, se han descubierto restos de un templo (o templos) que parecen remontarse al siglo VI a. C. más o menos en el lugar donde los eruditos romanos posteriores aseguraban que Servio Tulio había erigido dos importantes santuarios. De ahí todavía queda un largo trecho para poder decir: «Hemos encontrado los templos de Servio Tulio» (signifique lo que signifique). Pero por lo menos hay una creciente convergencia en los diversos aspectos de los hallazgos.

Sin embargo, para los romanos había dos cosas que distinguían a este grupo de reyes de sus predecesores. La primera era su historia especialmente sangrienta: Prisco fue asesinado por los hijos de su predecesor; Servio Tulio fue llevado al trono en un golpe palaciego urdido por Tanaquil y finalmente asesinado por el Soberbio. La segunda era su vínculo etrusco. En lo que concierne a los dos Tarquinos se trataba de una ascendencia directa. Prisco se supone que había emigrado a Roma desde la ciudad etrusca de Tarquinia, junto con su esposa etrusca, Tanaquil, en busca de fortuna porque temía que, así reza el relato, su sangre

extranjera, de su padre griego, fuese un freno para su carrera en su ciudad natal. En cuanto a Servio Tulio, era más bien el protegido favorito de los etruscos Prisco y Tanaquil. Entre todas las demás versiones del relato sobre los orígenes de este rey, la insinuación de Cicerón de que era hijo ilegítimo de Prisco resulta inusual.

La cuestión que a menudo ha desconcertado a los historiadores modernos es cómo explicar este vínculo etrusco. ¿Por qué se les atribuye un linaje etrusco a estos reyes de Roma? ¿Hubo acaso un período en que los reyes etruscos controlaron la ciudad?

Hasta ahora nos hemos centrado en los vecinos del sur de Roma, aquellos que desempeñaron un papel en las historias de fundación de Rómulo y Eneas: los sabinos, por ejemplo, o la pequeña ciudad de Alba Longa, fundada por el hijo de Eneas y lugar de nacimiento de Rómulo y Remo. Pero justo al norte de Roma, extendiéndose hasta la moderna Toscana, se encontraba el corazón de las tierras de los etruscos, el pueblo más rico y poderoso de Italia durante el período en el que se estaba conformando la primera comunidad urbana de Roma. El plural (*etruscos*) es importante porque este pueblo no formaba un estado único, sino que eran un grupo de aldeas y ciudades independientes que compartían una lengua y una característica cultura artística. La extensión de su poder varió a lo largo del tiempo, pero en el momento de mayor expansión podían encontrarse asentamientos e influencia etrusca tan al sur de Italia como Pompeya y todavía más lejos.



20. Fragmentos de estatuas de terracota de tamaño natural procedentes del templo del siglo VI a. C. a menudo asociado a Servio Tulio, que representan a Minerva con su protegido Heracles (reconocible por la piel de león en torno a los hombros). Los etruscos eran conocidos por su habilidad en la estatuaria de terracota, en la que también es evidente la influencia del arte griego, e indica contactos de Roma con el mundo exterior.

Fragmentos de escultura de terracota procedentes del templo de Roma, siglo VI a. C. Musei Capitolini, Roma. Foto © The Art Archive / Museo Capitolino Roma / Araldo De Luca

Los visitantes modernos de los yacimientos arqueológicos de Etruria a menudo quedan embelesados por el romanticismo del lugar. Los escalofriantes cementerios de las ciudades etruscas, con sus tumbas profusamente pintadas, han cautivado la imaginación de generaciones de escritores, artistas y turistas, desde D. H. Lawrence hasta el escultor Alberto Giacometti. De hecho, también los eruditos romanos de períodos posteriores, después de que las ciudades etruscas cayeran una tras otra en manos de Roma, veían a Etruria al mismo tiempo como objeto de estudio enigmático y exótico y como fuente de su propio atuendo ceremonial y prácticas religiosas. Sin duda, durante el

período arcaico de la historia de Roma, estos «lugares etruscos», para utilizar el título de Lawrence, eran ricos e influyentes, y estaban bien conectados de manera que aventajaban con mucho a Roma. Tenían lazos comerciales activos con el otro lado del Mediterráneo y más lejos, como podemos comprobar por los hallazgos arqueológicos de ámbar, marfil e incluso un huevo de avestruz en un yacimiento, y también por todos los vasos clásicos atenienses bellamente decorados procedentes de tumbas etruscas; se han encontrado muchos más en Etruria que en la propia Grecia. Esta riqueza e influencia venían determinadas por los recursos minerales naturales. Había tanto bronce en las ciudades etruscas que incluso en 1546, solo en el yacimiento de Tarquinia, se descubrió el suficiente bronce para producir casi 3000 kilos, una vez fundido, para decorar la iglesia de San Juan de Letrán en Roma. A más pequeña escala, aunque no menos importante, un análisis reciente ha revelado que una pieza de mineral de hierro descubierta en la isla de Pithecusa (Isquia), en la bahía de Nápoles, procedía originariamente de la isla etrusca de Elba. Recurriendo al lenguaje moderno, era presumiblemente parte de su comercio de «exportación».

La posición de Roma en la puerta trasera de Etruria contribuyó a su riqueza y preponderancia. Pero ¿había acaso algo más siniestro acerca de estos reyes etruscos? Un criterio receloso apunta a que la historia de las conexiones etruscas de los dos Tarquinos y de Servio Tulio oculta una invasión y toma de poder de Roma por parte de los etruscos, probablemente en su ruta hacia el sur, cuando se expandieron y penetraron en Campania. Es decir, la tradición patriótica en Roma reescribió este período ignominioso de la historia romana como si girase no en torno a una conquista sino en torno a la emigración

individual de Tarquinio Prisco y su posterior acceso al trono. La incómoda verdad era que Roma se había convertido en una posesión etrusca.



21. Una especial habilidad de los etruscos era la lectura de los signos enviados por los dioses en las entrañas de los animales sacrificados. Este hígado de bronce (del siglo II al III a. C.) era una guía para la interpretación de los órganos de la víctima. El hígado está minuciosamente dividido y referenciado, con una clara identificación de los dioses implicados en cada parte, para ayudar a comprender las particulares características o manchas que pudiera haber.

Hígado de bronce de Piacenza, siglo III a. C., Museo Civico, Piacenza. Foto © akg-images / De Agostini Picture Lib. / A. De Gregorio

Es una idea astuta, pero hartamente improbable. Para empezar, no hay registro arqueológico alguno que sugiera una importante toma de poder: vínculos entre las dos culturas, sí; conquista, no. Sin embargo, ajustándose quizá más al tema, aquel modelo de «toma de poder estatal» no es apropiado para la clase de relaciones que deberíamos imaginar entre estas comunidades vecinas, o por lo menos no es el único modelo. Como ya he insinuado, aquel era un mundo de hombres importantes y de señores de la guerra: individuos poderosos relativamente móviles entre las distintas ciudades de la región, a veces era una forma amistosa de movilidad, otras presumiblemente no. Junto con ellos debía de haber miembros igualmente móviles de sus bandas de la milicia, comerciantes, artesanos viajeros y emigrantes de toda clase.

Es imposible saber con exactitud quién fue el romano «Fabius», cuyo nombre está inscrito en la tumba etrusca de la ciudad de Caere; y tampoco podemos estar seguros del «Titus Latinus» de Veyes ni del híbrido «Rutilus Hippokrates» de Tarquinia, con el primer nombre latino y el segundo griego. No obstante, todos ellos indican con claridad que aquellos lugares eran comunidades relativamente abiertas.

Sin embargo, es precisamente la historia de Servio Tulio la que nos ofrece la evidencia más realista de los señores de la guerra, de las milicias privadas y de las diferentes formas de migración, hostil o no, que debieron de caracterizar a esta primitiva sociedad de Roma y a sus vecinos. No tiene casi nada que ver con la historia del Servio Tulio reformador constitucional romano e inventor del censo. Al contrario, parece ofrecer un punto de vista etrusco, y proviene de los labios del emperador Claudio, en su discurso al Senado en el año 48 d. C. cuando instó a sus miembros a que permitiesen que los dirigentes de la Galia pudieran convertirse en senadores. Uno de los argumentos que esgrimió en apoyo a su demanda era que incluso los primeros reyes fueron un singular «grupo de extranjeros». Cuando llegó a Servio Tulio, las cosas se pusieron aún más interesantes.

Claudio conocía a fondo la historia etrusca. Entre sus muchas investigaciones eruditas, había escrito un estudio de veinte volúmenes sobre los etruscos, en griego, y compilado también un diccionario etrusco. En esta ocasión no pudo resistirse a explicar a los senadores reunidos, que posiblemente ya habían empezado a sospechar que eran los destinatarios de una conferencia, que fuera de Roma corría una versión diferente de la historia de Servio Tulio. No era la historia de un hombre que había accedido al trono gracias al favor, o a las maquinaciones, de su predecesor, Tarquinio

Prisco, y de la esposa de este, Tanaquil. Para Claudio, Servio Tulio fue un aventurero armado:

Si aceptamos la versión etrusca, fue un fiel partidario de Celio Vivenna y compañero de aventuras; más tarde, al ser expulsado por un revés de la fortuna, abandonó Etruria con todo lo que quedaba de la milicia de Celio y se apoderó del monte Celio [en Roma], que entonces pasó a llamarse como su líder Celio. Tras cambiarse el nombre (porque su nombre etrusco era Mastarna), recibió el que ya he mencionado [Servio Tulio] y se adueñó del reino, para gran beneficio del Estado.

Los detalles proporcionados por Claudio plantean toda clase de enigmas. Uno es el nombre de Mastarna. ¿Es un verdadero nombre o es el equivalente etrusco del latín *magister*, que en este contexto significaría algo así como «jefe»? ¿Y quién es el Celio Vivenna que se supone que dio nombre al monte Celio de Roma? Él y su hermano Aulo Vivenna, de quienes se dice que provenían de la ciudad etrusca de Vulci, aparecen varias veces en antiguos relatos de la historia romana arcaica, aunque en formas frustrantemente incompatibles y típicamente míticas: a veces Celio es un amigo de Rómulo; a veces los dos Vivenna aparecen fechados en tiempos de los Tarquinos; un escritor romano posterior imaginó a Aulo invistiéndose a sí mismo rey de Roma (así pues, ¿sería uno de los gobernantes perdidos de la ciudad?); en la versión de Claudio parece como si Celio nunca hubiese ido a Roma. Pero lo que sí está claro es el carácter general de lo que Claudio describe: milicias rivales, señores de la guerra más o menos itinerantes, lealtad personal, cambio de identidades. Lo más alejado que se pueda imaginar de las organizaciones constitucionales formales que la mayoría de escritores

romanos atribuía a Servio Tulio.

Recibimos una impresión similar al contemplar el conjunto de pinturas que antaño decoraron una enorme tumba fuera de Vulci. Conocida hoy como Tumba François (por el nombre del arqueólogo decimonónico que la excavó, véase lámina 7), debió de ser la cripta de una familia local adinerada, a juzgar por su tamaño, con diez cámaras funerarias subsidiarias que se abren al corredor de entrada y a la sala central, y por la importante cantidad de oro allí encontrado. Pero para los que estén interesados en la Roma arcaica, lo que la hace tan especial es el ciclo de pinturas del vestíbulo central, que probablemente daten de mediados del siglo IV a. C. Hay escenas inspiradas en las guerras de la mitología griega, especialmente la guerra de Troya, representadas de forma destacada. Compensando estas escenas, hay otras de combates mucho más locales. Cada personaje está cuidadosamente identificado, la mitad también con el nombre de su ciudad natal, la otra mitad no, presumiblemente porque eran hombres de Vulci y no necesitaban más identificación. Entre ellos están los hermanos Vivenna, Mastarna (la otra única referencia cierta de él que se ha conservado) y un tal Gneo Tarquinio «de Roma».

Nadie ha conseguido averiguar qué ocurre exactamente en estas escenas, pero no es difícil deducir la idea general. Hay cinco parejas de combatientes implicadas. En cuatro de ellas, un lugareño, entre ellos Aulo Vivenna, atraviesa a un «forastero» con su espada; las víctimas incluyen a un tal Lares Papatnas de Volsinii y al Tarquinio de Roma. Este hombre, sin duda, debía de tener algo que ver con los Tarquinos de la realeza, a pesar de que en la tradición literaria romana el primer nombre de aquellos dos reyes es Lucio, no Gneo. En la última pareja, Mastarna utiliza su

espada para cortar las cuerdas que atan las muñecas de Celio Vivenna. Un rasgo extraño (y presumiblemente clave para la historia) es que todos excepto uno de los hombres victoriosos del lugar están desnudos, sus enemigos vestidos. La explicación más popular es que las pinturas representan alguna famosa correría en la que los hermanos Vivenna y sus amigos fueron hechos prisioneros, despojados de sus ropas y atados por sus enemigos, pero consiguieron escapar y lanzaron sus espadas contra los captores.

Esta es, con mucho, la evidencia directa más antigua que ha sobrevivido de algunos de los personajes de la historia de la Roma arcaica y de sus hazañas. También viene de fuera, o por lo menos de los márgenes, de la corriente principal de la tradición literaria romana. Obviamente, esto no la hace necesariamente verdadera, pues la tradición mítica de Vulci debió de ser tan mítica como la de Roma. Sin embargo, lo que aquí vemos nos da una perspectiva mucho más verosímil del mundo guerrero de estas comunidades urbanas primitivas que las ennobecedoras versiones ofrecidas por los escritores romanos y por algunos de sus modernos partidarios. Era un mundo de caudillajes y de bandas de guerreros, no de ejércitos organizados ni de política exterior.

ARQUEOLOGÍA, TIRANÍA Y VIOLACIÓN

En el siglo VI a. C., Roma era sin duda una pequeña comunidad urbana. A menudo resulta complicado decidir cuándo se convierte una simple aglomeración de cabañas y casas en una ciudad consciente de ser una comunidad, con una identidad y aspiraciones compartidas. Sin embargo, la idea de un calendario romano estructurado, y con él una cultura religiosa y un ritmo de vida compartidos, muy probablemente se remonte al período monárquico. Los restos arqueológicos dejan pocas dudas de que en el siglo VI

a. C. Roma tenía edificios públicos, templos y un «centro de la ciudad», claros indicios de una vida urbana, aunque a pequeña escala, según nuestros parámetros. La cronología de estos restos es objeto de polémica: no hay una sola evidencia sobre cuya datación estén de acuerdo todos los arqueólogos; y los nuevos descubrimientos alteran constantemente el panorama (¡aunque a menudo no tan significativamente como querrían los descubridores!). No obstante, haría falta un escéptico muy tenaz y estrecho de miras para negar el carácter urbano de Roma en este período.

Los restos en cuestión han sido hallados en varios lugares debajo de la ciudad posterior, pero la imagen más clara de esta ciudad primitiva se ha encontrado en la zona del foro. En el siglo VI a. C. se elevó artificialmente el nivel del suelo y se llevaron a cabo algunos trabajos de drenaje, en ambos casos para proteger la zona de inundaciones, y se depositaron por lo menos una o dos capas de grava para que pudiera servir de espacio central compartido para la comunidad. La inscripción con la que iniciamos este capítulo se encontró en un extremo del foro, justo debajo de las laderas de la colina Capitolina, en lo que había sido un primitivo santuario, con un altar exterior. Cualquiera que sea el significado del texto, se trata sin duda de algún tipo de aviso público, que en sí mismo constituye el marco de una comunidad estructurada y de una autoridad reconocida. En el otro extremo del foro, las excavaciones de los niveles más primitivos bajo un grupo de edificios religiosos posteriores, entre ellos los asociados con las vírgenes vestales, indican que se remontan al siglo VI a. C. o incluso antes. No lejos de allí, se han descubierto unos cuantos restos dispersos de una serie de importantes casas privadas de aproximadamente la misma fecha. Los restos son *muy* escasos, pero proporcionan una tímida imagen de algunos poderosos ricachones

viviendo con clase cerca del centro cívico.

Es difícil saber hasta qué punto encajan estos restos arqueológicos con la tradición literaria sobre los últimos reyes de Roma. Sin duda es ir demasiado lejos sugerir, como les gustaría a los arqueólogos que creyéramos, que una de aquellas casas del siglo VI cercanas al foro fue realmente la «Casa de los Tarquinos», en el supuesto de que hubiera existido alguna vez. No obstante, tampoco es probable que haya una total coincidencia en cuanto a las actividades constructivas patrocinadas por los reyes y destacadas en las narraciones romanas de la última fase del período monárquico. Se atribuye a los dos Tarquinos la inauguración del gran templo de Júpiter en la colina Capitolina (los escritores romanos posteriores confundían fácilmente a estos dos reyes) y se decía que habían construido el Circo Máximo y que habían encargado las tiendas y pórticos en torno al foro. A Servio Tulio, además de tener a su nombre varias fundaciones de templos, a menudo se le adjudicaba haber rodeado la ciudad con una muralla defensiva. Este sería otro indicio clave del sentido de comunidad compartida, aunque gran parte de la fortificación conservada, conocida hoy como la muralla serviana, no sea anterior al siglo IV a. C.

La expresión italiana acuñada en la década de 1930 para describir este período, «La Grande Roma dei Tarquini» («La gran Roma de los Tarquinos»), puede que no sea tan engañosa, aunque, por supuesto, depende de lo que se entienda exactamente por «Grande». Roma, en términos absolutos y relativos, estaba todavía muy lejos de ser «grande». No obstante, era una comunidad más amplia y más urbana de lo que había sido cien años antes, tras haber sacado provecho de su excelente posición para el comercio y de su proximidad con la rica Etruria. Hasta donde podemos juzgar la extensión de la ciudad a mediados del siglo VI a. C.

(parte de este juicio se basa inevitablemente en conjeturas), vemos que era sustancialmente más grande que los asentamientos latinos del sur y por lo menos tan grande como las ciudades etruscas más vastas del norte, con una población de quizá 20 000 a 30 000 personas, aunque no se acercaba ni por asomo a la grandeza de algunos de los asentamientos griegos contemporáneos de Sicilia y del sur de Italia. Era considerablemente más pequeña. Es decir, puede que Roma fuera una pieza clave en la región, pero no era nada extraordinario.

No todos los avances urbanos que los romanos atribuyeron a los Tarquinos fueron espléndidos en el sentido obvio de la palabra. La preocupación típicamente romana por las infraestructuras de la vida urbana hizo que los escritores posteriores alabasen sus logros en la construcción de un desagüe: la *Cloaca Maxima*, o la «Gran Cloaca». No está nada claro cuánto de lo que hoy se conserva de esta famosa estructura se remonta al siglo VI a. C.: las secciones principales de mampostería que todavía se pueden explorar, y que aún llevan parte del desagüe de la ciudad moderna y de los detritos de los modernos cuartos de baño, son varios siglos posteriores, pero ahora parece probable que los primeros intentos de construir algún sistema de drenaje sean anteriores y se remonten al siglo VII a. C. No obstante, en la imaginación de los romanos, la *Cloaca* fue siempre una maravilla de Roma que se debía a sus últimos reyes: «una obra asombrosa, más de lo que pueden describir las palabras», se entusiasmaba Dionisio, que seguramente tenía en la cabeza lo que era visible en su tiempo, en el siglo I a. C. Sin embargo, tenía también un lado oscuro: no solo era una maravilla sino también un recordatorio de la cruel tiranía que para los romanos marcó el fin del período monárquico. En un relato especialmente escabroso y

gloriosamente fantástico, Plinio el Viejo (es decir, Gayo Plinio Segundo, el extraordinario polímata hoy célebre por haber sido una de las víctimas conocidas de la erupción del Vesubio en 79 d. C.) explica que la población de la ciudad estaba tan agotada a causa de la construcción de la cloaca que muchos se suicidaron. El rey, en respuesta, clavó los cuerpos de los suicidas en cruces, con la esperanza de que la vergüenza de la crucifixión tuviera un efecto disuasorio en los demás.



22. Una sección de la *Cloaca Maxima* subterránea conservada hoy en día. El desagüe original no pudo haber sido nada tan grandioso como esta construcción posterior, pero esta es la imagen que tenían los autores romanos cuando escribían sobre el proyecto constructivo de los Tarquinos. Algunos romanos presumían de haberla recorrido en barca.

Cloaca Máxima, Roma. Foto cortesía de Soprintendenza Archeologica del Comune di Roma

Sin embargo, no fue la explotación de los pobres trabajadores lo que finalmente acabó con la monarquía, sino la violencia sexual: la violación de Lucrecia por parte de uno de los hijos del rey. Esta violación es casi con toda seguridad tan mítica como el rapto de las sabinas: los ataques a las

mujeres marcan simbólicamente el inicio y el fin del período monárquico. Es más, los autores romanos que más tarde contaron la historia probablemente estaban influenciados por las tradiciones griegas, que a menudo vinculaban la culminación, y el fin, de la tiranía con delitos sexuales. Por ejemplo, en la Atenas del siglo VI a. C., se decía que las insinuaciones sexuales del hermano menor del gobernante a la pareja de otro hombre habían conducido al derrocamiento de la dinastía pisistrátida. Pero, mítica o no, para el resto de la época romana, la violación de Lucrecia supuso un punto de inflexión en la política, y empezó a debatirse su moralidad. Este tema se ha representado e imaginado repetidas veces en la cultura occidental desde entonces, desde Botticelli, pasando por Tiziano y Shakespeare, hasta Benjamin Britten; Lucrecia tiene también su pequeño papel en la exposición feminista de Judy Chicago, *The Dinner Party*, entre otras mil heroínas de la historia universal.

Livio cuenta un relato muy colorido de estos últimos momentos de la monarquía. Empieza con un grupo de jóvenes romanos que buscaban la manera de pasar el tiempo mientras asediaban a la vecina ciudad de Ardea. Una noche, mientras apostaban borrachos sobre cuál de sus esposas era mejor, uno de ellos, Lucio Tarquinio Colatino, propuso cabalgar de vuelta a casa (estaba tan solo a unos pocos kilómetros) y examinar a sus mujeres; esto, afirmó, demostraría la superioridad de su Lucrecia. Y así fue: porque mientras que todas las otras esposas fueron descubiertas de fiesta en ausencia de sus hombres, Lucrecia estaba haciendo exactamente lo que se esperaba de una mujer romana virtuosa: trabajar en el telar junto con sus criadas. Entonces, obedientemente, dio de cenar a su marido y a sus invitados.

No obstante, hubo una terrible secuela. Durante la visita, dice el relato, Sexto Tarquinio concibió una pasión fatal por

Lucrecia, y poco tiempo después cabalgó de noche hasta su casa. Tras ser de nuevo atendido cortésmente, entró en su habitación y exigió tener sexo con ella a punta de cuchillo. Cuando vio que la simple amenaza de muerte no la afectaba, Tarquinio explotó su miedo al deshonor: amenazó con matarla a ella y a un esclavo (como se ve en el cuadro de Tiziano [véase lámina 4]) para que pareciese que había sido descubierta en el más ignominioso acto de adulterio. Ante esto, Lucrecia accedió, pero cuando Tarquinio hubo regresado a Ardea, ella mandó llamar a su marido y a su padre, les contó lo sucedido y se suicidó.



23. La *pudicitia*, como virtud fundamental en una mujer, era destacada en muchos contextos. Esta moneda de plata del emperador Adriano, acuñada en la década de los años 120 d. C., muestra la personificación de la *pudicitia* modestamente sentada como debería hacerlo una buena esposa romana. A su alrededor, las palabras «COS III» conmemoran el acceso de Adriano al Consulado por tercera vez, y aluden a la relación entre el prestigio público masculino y la apropiada conducta de las mujeres.

Moneda romana de plata, década de los años 120 d. C., en la que aparecen Adriano y Pudicitia. Foto © The Trustees of the British Museum

La historia de Lucrecia se convirtió desde entonces en una imagen de extraordinaria fuerza en la cultura moral romana. Para muchos romanos, aquello representaba un momento decisivo de la virtud femenina. Lucrecia pagó voluntariamente con su vida haber perdido, como lo expresa

Livio, su *pudicitia*: su «castidad», o mejor dicho la «fidelidad», por parte de la mujer por lo menos, que definía la relación entre una esposa romana y su marido. No obstante, otros escritores antiguos encontraron la historia mucho más difícil. Había poetas y autores satíricos que cuestionaron si era verdaderamente *pudicitia* lo que un hombre esperaba de su esposa. En un epigrama obsceno, Marco Valerio Marcial («Marcial» para abreviar), que escribió una serie de poemas astutos, vivaces y toscos a finales del siglo I d. C., bromea diciendo que si su esposa quiere puede ser de día una Lucrecia, siempre que de noche sea una puta. En otra ocurrencia, se pregunta si las Lucrecias son de verdad lo que parecen, pues incluso la famosa Lucrecia, fantasea, disfrutaba con poemas picantes cuando su esposo no estaba mirando. Más serio era el tema de la culpabilidad de Lucrecia y los motivos de su suicidio. Para algunos romanos, parecía que estaba más preocupada por su reputación que por su verdadera *pudicitia*, que sin duda residía en la culpa o inocencia de su mente, no de su cuerpo, y no se habría visto ni remotamente afectada por las falsas alegaciones de haber practicado sexo con un esclavo. A comienzos del siglo V d. C., san Agustín, muy versado en los clásicos paganos, se preguntaba si Lucrecia había sido violada: porque, al final, ¿no había consentido? No es difícil detectar aquí versiones de algunos de nuestros propios argumentos sobre la violación y las cuestiones de responsabilidad que suscita.

Al mismo tiempo, este se consideraba un momento fundamentalmente político, porque en la historia nos conduce directamente a la expulsión de los reyes y al comienzo de la República libre. Tan pronto como Lucrecia se hubo apuñalado, Lucio Junio Bruto, que había acompañado a su esposo a la escena del drama, sacó el puñal

del cuerpo de Lucrecia y, mientras la familia estaba tan acongojada que no podía hablar, juró liberar a Roma de los reyes para siempre. Evidentemente, se trata en parte de una profecía retrospectiva, porque el Bruto que en el año 44 a. C. lideró el golpe contra Julio César por sus ambiciones de realeza afirmaba ser descendiente de este Bruto. Tras asegurarse el apoyo del ejército y del pueblo, que estaban horrorizados por la violación y hartos de trabajar sin descanso en la cloaca, Lucio Junio Bruto obligó a Tarquinio y a sus hijos a exiliarse.



24. Las tres columnas que se conservan de una reconstrucción tardía del templo de Cástor y Pólux todavía marcan un hito en el foro romano. El resto del templo está prácticamente destruido, pero la base inclinada de los escalones, donde a menudo se situaban los oradores para dirigirse al pueblo, todavía es visible (abajo a la izquierda). La puertecita es un recordatorio de que a los sótanos de los templos se les daba todo tipo de usos. Las excavaciones muestran que en este caso hubo antaño el establecimiento de un barbero/dentista.

Templo de Cástor y Pólux, foro romano. Foto © Gaertner / Alamy

Los Tarquinos no se rindieron sin luchar. Según el inverosímil relato de Livio repleto de acción, Tarquinio el

Soberbio llevó a cabo un fallido intento de contrarrevolución en la ciudad y, al fracasar, unió sus fuerzas con el rey Lars Porsena de la ciudad etrusca de Clusium, quien puso sitio a Roma con el objetivo de restaurar la monarquía, solo para ser derrotado por el heroísmo de sus recién liberados habitantes. Se nos habla, por ejemplo, del arrojado Horacio Cocles, que defendió él solo el puente que atravesaba el Tíber para detener el avance del ejército etrusco (algunos decían que había perdido la vida en el proceso, otros que había regresado a casa siendo recibido como un héroe); y de la valentía de Clelia, una muchacha del grupo de rehenes apresados por Porsena, que se atrevió a regresar a casa cruzando el río a nado. Livio sugiere que, al final, los etruscos quedaron tan impresionados por el carácter de los romanos que simplemente abandonaron a Tarquinio. No obstante, había versiones menos patrióticas. Plinio el Viejo no fue el único erudito antiguo que creía que Lars Porsena acabó siendo rey de Roma durante un tiempo; si es así, debió de ser uno de aquellos reyes perdidos, y la monarquía debió de terminar de forma diferente.

Abandonado por Porsena, como reza la historia habitual, Tarquinio buscó apoyo en otro lado. Fue finalmente derrotado en la década de 490 a. C. (las fechas exactas difieren) junto con algunos aliados de las ciudades vecinas, en la batalla del lago Regilo, no lejos de Roma. Fue un momento triunfal y en parte mítico de la historia de Roma, porque los dioses Cástor y Pólux fueron vistos luchando del lado de los romanos y después abrevando a sus caballos en el foro romano. En este lugar se erigió un templo en agradecimiento a su ayuda. Aunque reconstruido varias veces, este templo sigue siendo uno de los puntos emblemáticos del foro, un monumento romano perpetuo al derrocamiento de los reyes.

EL NACIMIENTO DE LA LIBERTAD

El fin de la monarquía fue también el nacimiento de la libertad y de la República romana libre. Durante el resto de la historia de Roma, «rey», o *rex*, fue un término de abominación en la política romana, a pesar de que supuestamente muchas de las instituciones que son definitorias de Roma tuvieran sus orígenes en el período monárquico. Hubo numerosos casos a lo largo de los siglos posteriores en que la acusación de que alguien aspirara a la realeza acababa rápidamente con la carrera política de un hombre. Incluso el nombre regio del desafortunado viudo de Lucrecia resultó desastroso, porque al ser pariente de los Tarquinos, fue al poco tiempo enviado al exilio. También en los conflictos externos, los reyes eran los enemigos más deseables. A lo largo de los siglos siguientes, corría siempre un escalofrío cuando una procesión triunfal desfilaba por las calles de la ciudad mostrando a algún rey enemigo con toda su parafernalia regia para que el populacho romano se mofase y lo abuchease. Huelga decir que también se hizo sátira de aquellos romanos de épocas posteriores que cargaban con el apellido (*cognomen*) «Rey».

La caída de los Tarquinos (en algún momento de finales del siglo VI a. C., como creían los romanos) supuso un nuevo comienzo para Roma: la ciudad empezó de nuevo, ahora como «la República» (o en latín *res publica*, que literalmente significa «cosa pública» o «asuntos públicos») y con una serie completa de nuevos mitos de fundación. Una arraigada tradición, por ejemplo, insistía en que el gran templo de Júpiter en la colina Capitolina, un edificio que se convirtió en un importante símbolo del poder romano y del que más tarde se construyeron réplicas en muchas ciudades romanas del extranjero, fue consagrado el primer año del nuevo

régimen. Es cierto que los reyes etruscos lo habían prometido y, como a menudo se decía, se había construido en gran parte bajo su gobierno, pero el nombre de quien formalmente lo consagró expuesto en la fachada era el de uno de los líderes de la nueva República. Con independencia de la exacta cronología de su construcción, que, para ser sinceros, es irrecuperable, se consideró un edificio que compartía su nacimiento con el de la República y se convirtió en símbolo de la historia de la República. En efecto, durante siglos cundió la costumbre romana de clavar cada año un clavo en la jamba del templo para indicar no solo el paso del tiempo republicano sino también para unir físicamente este tiempo al de la estructura del templo.

Se pensaba incluso que las características aparentemente naturales del paisaje urbano de Roma se habían originado en el primer año de la República. Muchos romanos sabían, como también lo saben los geólogos modernos, que la isla situada en medio del río Tíber a su paso por Roma era, en términos geológicos, de formación relativamente reciente. Pero ¿cómo y cuándo emergió? Ni siquiera hoy en día hay una respuesta definitiva al respecto; sin embargo, los romanos fecharon su origen al comienzo del gobierno de la República, cuando arrojaron al río el grano que había crecido en las tierras privadas de los Tarquinos. Como el nivel del agua estaba bajo, el grano se amontonó en el lecho del río y, gradualmente, a medida que se acumulaba el limo y otros desechos, se formó una isla. Es como si la forma de la ciudad hubiera nacido con la eliminación de la monarquía.

También nació una nueva forma de gobierno. La historia cuenta que a la huida de Tarquinio el Soberbio, Bruto y, antes de su inminente exilio, el marido de Lucrecia, Colatino, se convirtieron inmediatamente en los primeros

cónsules de Roma. Estos serían los cargos más importantes y definitorios de la nueva República. Tras asumir muchos de los deberes de los reyes, presidieron la política doméstica de la ciudad y dirigieron a sus soldados en la guerra: nunca hubo ninguna separación formal en Roma entre el papel militar y el civil. En este sentido, a pesar de proclamarse como la antítesis de los reyes, representaban la continuación de su poder: un teórico griego de la política romana del siglo II a. C. consideraba a los cónsules como un elemento «monárquico» del sistema político romano, y Livio insiste en que las insignias y los distintivos de su cargo eran muy similares a las de sus predecesores reales. Sin embargo, encarnaban varios principios clave, y definitivamente no monárquicos, del nuevo régimen político. En primer lugar, eran elegidos íntegramente por voto popular, no por el sistema de implicación popular a partes iguales que supuestamente caracterizaba la elección del rey. En segundo lugar, ostentaban el cargo solo durante un año seguido, y uno de sus deberes era el de presidir (como le vimos hacer a Cicerón en 63 a. C.) la elección de sus sucesores. Tercero, desempeñaban el cargo juntos, en pareja. Dos principios básicos del gobierno republicano eran que el ejercicio del cargo había de ser siempre temporal y que, excepto en caso de emergencia cuando un hombre podía tomar el control durante un breve período, el poder había de ser siempre compartido. Como veremos, a lo largo de los siglos que siguieron estos principios se reiteraron cada vez más, y se hicieron más difíciles de mantener.

Los cónsules daban también su nombre al año en el que habían ejercido el cargo. Huelga decir que los romanos no utilizaban el moderno sistema de datación occidental que he adoptado en este libro y que, en aras de la claridad, los lectores se sentirán aliviados, continuaré utilizando. «El

siglo VI a. C.» no habría significado nada para ellos. En ocasiones calculaban las fechas «desde la fundación de la ciudad», cuando llegaban a algún tipo de acuerdo sobre cuándo se había producido. No obstante, normalmente se referían a los años por los nombres de los cónsules que ostentaban el cargo. Por ejemplo, lo que nosotros llamamos año 63 a. C., para ellos era «el consulado de Marco Tulio Cicerón y Cayo Antonio Híbrida»; y el vino hecho «cuando Opimio era cónsul» (121 a. C.) fue una cosecha especialmente famosa. En tiempos de Cicerón, los romanos habían elaborado una lista de cónsules más o menos complicada que se remontaba a los inicios de la República, y que se expuso públicamente en el foro junto con la lista de generales triunfales. Esta lista posibilitó en gran medida fijar la fecha exacta del final de la monarquía, puesto que por definición tenía que estar en correlación con la fecha del primer cónsul.

En otras palabras, la República no era solo un sistema político. Era un conjunto complejo de interrelaciones entre la política, el tiempo, la geografía y el paisaje urbano de Roma. Las fechas estaban en correlación directa con los cónsules electos; los años se señalaban con clavos clavados a golpe de martillo en el templo cuya consagración se remontaba al primer año del nuevo régimen; incluso la isla del Tíber era, literalmente, producto de la expulsión de los reyes. Un principio único y predominante subyacía detrás de todo aquello: a saber, la libertad, o *libertas*.

La Atenas del siglo V a. C. legó la idea de democracia al mundo moderno después de que fueran depuestos los «tiranos» atenienses y establecidas las instituciones democráticas a finales del siglo VI a. C.: una coincidencia cronológica con la expulsión de los reyes romanos que no pasó desapercibida por los antiguos observadores,

interesados en presentar un paralelismo en la historia de los dos lugares. La Roma republicana legó la idea igualmente importante de libertad. La primera palabra del segundo libro de la *Historia* de Livio, que inicia la historia de Roma después de la monarquía, es «libre»; y las palabras «libre» y «libertad» se repiten ocho veces en las primeras líneas. La idea de que la República se fundó basándose en la *libertas* retumba con fuerza a lo largo de la literatura romana, y ha resonado a través de los movimientos radicales de siglos posteriores, en Europa y América. No es ninguna casualidad que el eslogan de la Revolución Francesa —*liberté, égalité, fraternité*— coloque la palabra «libertad» en el puesto de honor; ni que George Washington hablase de restaurar «el fuego sagrado de la libertad»; ni que los redactores de la Constitución de Estados Unidos la defendieran bajo el pseudónimo de «Publio», tomado del nombre de Publio Valerio Publícola, otro de los primeros cónsules de la República. Pero ¿cómo podía definirse la libertad romana?

Esta fue una cuestión polémica en la cultura política romana durante los siguientes ochocientos años, a lo largo de la República y bajo el gobierno de un solo hombre durante el Imperio Romano, cuando el debate político a menudo giraba en torno a cuál era el límite hasta el que *libertas* podía seguir siendo compatible con la autocracia. ¿De quién era la libertad que estaba en juego? ¿Cuál era la forma de defensa más efectiva? ¿Cómo podían resolverse las versiones opuestas de la libertad del ciudadano romano? Todos, o casi todos, los romanos se habrían considerado defensores de la *libertas*, como hoy en día nos erigimos todos en defensores de la «democracia». No obstante, había repetidos e intensos conflictos acerca de lo que aquello significaba. Ya hemos visto que, cuando Cicerón fue enviado al exilio, demolieron su casa y en su lugar se levantó un

santuario de Libertas. No todo el mundo lo habría aprobado. El propio Cicerón cuenta cómo durante la representación de una obra teatral acerca del tema de Bruto, el primer cónsul de la República, la muchedumbre estalló en aplausos ante un verso pronunciado por uno de los personajes: «Tulio, que apuntaló la libertad de los ciudadanos». En realidad, la obra hacía referencia a Servio Tulio y sugería que la libertad podía haber tenido una prehistoria en Roma antes de la República, bajo un «buen rey», pero Marco Tulio Cicerón, para dar su nombre completo, estaba convencido —quizá con razón— de que el aplauso era para él.

Conflictos de esta índole constituyen un tema importante en los capítulos siguientes. Pero antes de explorar la historia de Roma durante los primeros siglos de la República —la guerra civil, las victorias por la «libertad» y las victorias militares sobre los vecinos de Roma en Italia—, hemos de examinar más de cerca la historia del nacimiento de la República y la invención del Consulado. Como era de esperar, no fue un proceso tan apacible como nos lo muestra la historia tradicional que hasta ahora he presentado.

CAPÍTULO IV

EL GRAN SALTO HACIA DELANTE DE ROMA

DOS SIGLOS DE CAMBIO: DESDE LOS TARQUINOS HASTA ESCIPIÓN BARBATO

¿Cómo empezó en realidad la República? Los antiguos historiadores romanos eran expertos en convertir el caos histórico en una narración ordenada, y siempre estaban dispuestos a imaginar que sus instituciones se remontaban a una época mucho más antigua de lo que en realidad les pertenecía. Para ellos, la transición de la monarquía a la República fue tan sosegada como lo puede ser cualquier revolución: los Tarquinos huyeron; la nueva forma de gobierno emergió formada; el Consulado se estableció de inmediato, proporcionando al nuevo orden su cronología desde el año uno. En realidad, todo el proceso debió de ser mucho más gradual de lo que la historia indica, y más conflictivo. La «República» nació despacio, a lo largo de un período de décadas, si no de siglos. Se reinventó una y otra vez.

Ni siquiera los cónsules se remontaban a los comienzos del nuevo régimen. Livio apunta a que el cargo más alto del Estado, y aquel cuyo cometido era el de hincar el clavo en el templo de Júpiter cada año, tuvo en un principio el nombre de pretor general, aunque la palabra «praetor» se utilizó después para el funcionario que estaba por debajo de los

cónsules. Hay otros títulos arcaicos registrados para los que estaban en la cima de la jerarquía política, que no hacen más que complicar el asunto. Entre ellos el de «dictador», descrito normalmente como un puesto temporal para resolver alguna emergencia militar y, por supuesto, sin la connotación negativa moderna de la palabra, y el de «tribunos militares con poder consular», un nombre kilométrico traducido con acierto por un historiador moderno por la palabra «coroneles».

Todavía hay un gran interrogante respecto a cuándo exactamente se inventó el cargo definitorio de la República, y cuándo y por qué otro cargo recibió el nombre de «cónsul», o incluso sobre cuándo se definió por primera vez el principio republicano fundamental de que el poder había de ser siempre compartido. «Pretor general» huele a jerarquía, no a igualdad. Sin embargo, independientemente de la fecha o fechas clave, la lista de cónsules en que se basaba la cronología de la República —que se remontaba ininterrumpidamente hasta Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino en 509 a. C.— era, en el tramo más primitivo, producto de muchos ajustes, conclusiones imaginativas, ingeniosas conjeturas y muy probablemente de descarada invención. Livio admitía, desde su perspectiva de finales del siglo I a. C., que era casi imposible elaborar con seguridad la cronología de los titulares de cargos en este período primitivo. Sencillamente, escribió, hacía demasiado tiempo.

También hay un interrogante acerca de cuán violenta fue la caída de la monarquía. Los romanos imaginaron un cambio de régimen sin apenas derramamiento de sangre. Lucrecia fue la víctima más importante y trágica, pero, aunque después se desató una guerra, a Tarquinio se le permitió escapar indemne. Los restos arqueológicos indican

que el proceso de cambio en el interior de la ciudad no fue tan pacífico. Por lo menos, en el foro y en otros lugares se han excavado capas de escombros quemados con una datación verosímil en torno a 500 a. C. Podrían no ser más que huellas de una serie desafortunada de incendios accidentales. No obstante, son suficientes como para sugerir que el derrocamiento de Tarquinio debió de ser un golpe más sangriento que otra cosa, y que gran parte de la violencia interna fue patrióticamente eliminada de la narración convencional.

El uso más antiguo que se conoce de la palabra «cónsul» se remonta a doscientos años después. Aparece en el primer ejemplo conservado de aquellos miles y miles de locuaces epitafios romanos minuciosamente tallados en las tumbas de todo el imperio, en las extravagantes y en las humildes, que tanto nos cuentan sobre las vidas de los difuntos: los cargos que ostentaron, los oficios que desempeñaron, sus metas, sus aspiraciones y sus preocupaciones. Éste conmemora a un hombre llamado Lucio Cornelio Escipión Barbato (este último nombre significa «barbado») y se desplegaba en la parte frontal de su enorme sarcófago, que estaba depositado en la tumba familiar de los Escipiones, justo en las afueras de Roma, porque normalmente no se permitían los enterramientos dentro de la ciudad. Barbato fue cónsul en 298 a. C., murió en torno a 280 a. C. y casi con toda certeza fundó este ostentoso mausoleo, una audaz promoción del poder y prestigio de su familia, una de las más prominentes de la República. Al parecer fue el primero de los más de treinta enterramientos hallados allí, y su ataúd con homenaje se colocó en el lugar más destacado, frente a la puerta.



25. El imponente sarcófago de Barbato dominaba la inmensa tumba de los Escipiones. La tosca piedra local (o toba) y su aspecto simple y ligeramente rústico contrastan fuertemente con los sarcófagos de mármol finamente esculpidos de los ricos de los siglos posteriores. No obstante, en el siglo III a. C. esto era lo mejor y más sofisticado que podía comprarse con dinero.

Sarcófago de Escipión Barbato, siglo III a. C., Musei Vaticani. Foto © ak-images / De Agostini Picture Library

El epitafio se redactó poco después de su muerte. Tiene cuatro líneas y se considera el texto histórico y biográfico más antiguo que se ha conservado de la antigua Roma. A pesar de su brevedad, es uno de los principales puntos de inflexión en nuestra comprensión de la historia de Roma. Nos proporciona una información escueta, más o menos contemporánea, sobre la trayectoria de Barbato. Muy diferente de las imaginativas reconstrucciones, vagos indicios enterrados en el suelo o modernas deducciones sobre «lo que debió de haber sido» que rodean a la caída de la monarquía. Es elocuente en cuanto a la ideología y visión del mundo que tenía la élite romana de aquel período: «Cornelio Lucio Escipión Barbato, hijo de su padre Cneo, hombre valiente y sabio, cuyo aspecto se equiparaba a su *virtus*. Fue cónsul y censor y edil entre vosotros. Tomó Taurasia y Cisauna del Samnio. Sometió a toda la Lucania y capturó rehenes».

Quienquiera que lo escribiese, presumiblemente alguno

de sus herederos, extrajo lo que parecían los hechos más destacados de la carrera de Barbato. En casa («entre vosotros») había sido elegido cónsul y censor, uno de los dos funcionarios responsables de inscribir a los ciudadanos y de valorar su riqueza; y también había ejercido el cargo inferior de edil, que en el siglo I a. C., y probablemente antes, consistía en gran medida en el mantenimiento y abastecimiento de la ciudad y en organizar espectáculos y juegos públicos. En países más lejanos, los méritos eran sus éxitos militares en el sur de Italia, a unos trescientos kilómetros al sur de Roma: había conquistado dos ciudades de los samnitas, un pueblo con el que los romanos estuvieron varias veces en conflicto durante la vida de Barbato, y había sometido a la región de Lucania, tomando rehenes del enemigo, un método habitual en los romanos para garantizar la «buena conducta».

Estas hazañas subrayan la importancia de la guerra en la imagen pública de los dirigentes romanos, pero también apuntan a la expansión militar de Roma a comienzos del siglo III a. C., que se extendió a buena distancia de la puerta trasera de la ciudad. En una batalla en 295 a. C. en la que Barbato sirvió tres años después de ser cónsul, las fuerzas romanas derrotaron a un ejército itálico samnita en Sentino, no lejos de la moderna Ancona. Aquella fue la batalla más importante y sangrienta librada en la península hasta entonces y estuvo tan lejos de ser un asunto meramente local que la noticia se extendió amplia y rápidamente, a pesar de los métodos rudimentarios de comunicación antiguos (mensajeros, de boca en boca y en contadas ocasiones sistemas de señales). Sentado en su estudio de la isla griega de Samos, a cientos de kilómetros de allí, el historiador del siglo III a. C. Duris decidió que aquel era un acontecimiento digno de ser anotado: todavía se conserva un breve

fragmento de su relato.

Tan reveladoras son las otras características que elogia el epitafio: la valentía y la sabiduría de Barbato y el hecho de que su aspecto exterior sea igual a su *virtus*. Este término puede significar «virtud» en el sentido moderno, pero solía utilizarse más literalmente para referirse al conjunto de cualidades que definían a un hombre (*vir*), que en términos romanos era el equivalente a «virilidad». En cualquier caso, Barbato fue un hombre cuyo rostro exhibía sus cualidades. Aunque la imagen popular del hombre romano no es precisamente la de alguien preocupado por su aspecto, en esta sociedad «cara a cara», abierta y competitiva, se esperaba que la figura pública se ajustase al papel que desempeñaba. Cuando cruzaba el foro o se levantaba para dirigirse al pueblo, sus cualidades interiores se ponían de manifiesto a través de su aspecto. En su caso, Barbato, a menos que hubiese heredado este nombre de su padre, lucía una espléndida barba, que en aquella época debía de ser cada vez más inusual. Según relata una historia, los barberos empezaron a trabajar en Roma por primera vez en 300 a. C., y durante varios siglos la mayoría de los romanos fueron bien afeitados.

La Roma de Barbato era muy distinta de la Roma de comienzos de la República, doscientos años antes, y había dejado de ser corriente. Era extensa según los parámetros de la época, y es razonable conjeturar que la ciudad albergase entre 60 000 y 90 000 personas. Esto la situaba aproximadamente dentro de la misma horquilla que algunos de los mayores centros urbanos del mundo mediterráneo: en aquel momento Atenas tenía una población de bastante menos de la mitad de esta cifra, y nunca a lo largo de su historia hubo más de 40 000 habitantes en la ciudad propiamente dicha. Es más, Roma controlaba directamente

una amplia franja de tierra que se extendía de costa a costa, con una población total de bastante más de medio millón, e indirectamente, mediante una serie de acuerdos y alianzas todavía más, presagiando el futuro imperio. Era un lugar cuya organización habrían reconocido Cicerón y sus contemporáneos, más de dos siglos después. Además de los dos cónsules anuales, había una serie de puestos subalternos por debajo de estos: los pretores y los cuestores (estos funcionarios solían recibir el nombre de «magistrados», aunque su función no era principalmente legal). El Senado, compuesto en gran medida por aquellos que con anterioridad habían ostentado un cargo público, funcionaba como un consejo permanente, y la organización jerárquica de los ciudadanos y la Asamblea Centuriada, atribuida erróneamente al rey Servio Tulio y vehementemente aprobada por Cicerón, apuntalaban el funcionamiento de la política romana.

Había también otros aspectos conocidos: un ejército organizado en legiones, los comienzos de un sistema oficial de acuñación e indicios de una infraestructura a la altura del tamaño e influencia de la ciudad. El primer acueducto que aportó agua a la creciente conurbación se construyó en 312 a. C., un cauce de agua que discurría bajo tierra la mayor parte de su recorrido de unos 16 kilómetros desde las colinas de las inmediaciones, no una de aquellas extraordinarias construcciones aéreas a las que hoy nos referimos cuando hablamos de «acueducto». Fue la creación de un contemporáneo de Barbato, el activo y enérgico Apio Claudio Ceco, quien aquel mismo año impulsó también la primera carretera romana importante, la Vía Apia (llamada así por su impulsor), que conducía hacia el sur desde Roma a Capua. En casi toda su longitud, la superficie era, en el mejor de los casos, gravilla, no el impresionante pavimento

de losas que todavía podemos pisar. No obstante, era una carretera útil para los ejércitos romanos, un práctico medio de comunicación más pacífico y en términos simbólicos un sello del poder y control romanos sobre el paisaje itálico. No es, pues, casualidad, que Barbato eligiera para su gran tumba familiar una posición privilegiada justo al lado de la carretera, en los límites de la ciudad, para que los viajeros que entraban y salían de Roma pudiesen admirarla.

Muchas de las instituciones características de Roma se conformaron en algún momento de este período crucial entre los años 500 a. C. y 300 a. C., entre el final de los Tarquinos y la vida de Escipión «Barbado». Los romanos no solo definieron los principios básicos de la política y libertades republicanas, sino que también empezaron a desarrollar las estructuras, los supuestos y (para decirlo de forma grandilocuente) una «manera de hacer las cosas» que sustentaron su posterior expansión imperial. Esto implicaba una formulación revolucionaria de lo que significaba ser romano, que definió sus ideas de ciudadanía durante siglos, diferenció a Roma de todas las demás ciudades-Estado clásicas y finalmente conformó la visión moderna de los derechos y responsabilidades del ciudadano. Por algo sería que tanto lord Palmerston como John F. Kennedy difundieron con orgullo la frase latina *Civis Romanus sum* («Soy ciudadano romano») como eslogan de su tiempo. En pocas palabras, por primera vez Roma empezó a ser «romana» tal como lo entendemos nosotros, y como ellos lo entendían. La gran pregunta es: ¿cómo, cuándo y por qué ocurrió? ¿Y qué pruebas tenemos que ayuden a explicar, o incluso a describir, el «gran salto hacia delante» de Roma? La cronología sigue siendo brumosa, y es totalmente imposible reconstruir una narración histórica fiable. No obstante, sí es posible vislumbrar algunos cambios

fundamentales tanto domésticos como en las relaciones de Roma con el mundo exterior.

Los escritores romanos posteriores presentaron un relato claro y espectacular de los siglos V y IV a. C. Por un lado, relataron una serie de violentos conflictos sociales en el seno de la misma Roma: entre un grupo hereditario de familias «patricias», que monopolizaban todo el poder político y religioso de la ciudad, y la masa de ciudadanos, o «plebeyos», que estaban completamente excluidos. Gradualmente —en un dramático relato que comporta huelgas, amotinamientos y otra (tentativa de) violación—, los plebeyos consiguieron el derecho o, como ellos lo hubieran expresado, la *libertad* de compartir el poder en términos, más o menos, de igualdad con los patricios. Por otro lado, destacaron una serie de importantes victorias en combate que sometieron gran parte de la península Itálica bajo control romano. Estos triunfos comenzaron en 396 a. C., cuando el gran rival local de Roma, la ciudad etrusca de Veyes, cayó tras décadas de guerra, y terminaron aproximadamente cien años después, cuando la victoria contra los samnitas convirtió a Roma en la mayor base de poder de Italia, y atrajo la atención de Duris en Samos. No se trata de una historia de expansión indiscutida. Poco después de la derrota de Veyes, en 390 a. C. una banda de «galos» merodeadores saqueó Roma. Ahora es difícil saber con precisión quiénes eran estos pueblos: los autores romanos no eran buenos distinguiendo entre aquellos a quienes resultaba cómodo empaquetar juntos con la etiqueta de «tribus bárbaras» del norte, ni estaban demasiado interesados en analizar sus motivos. Sin embargo, según Livio, los efectos fueron tan devastadores que la ciudad tuvo que ser refundada (una vez más), bajo el liderazgo de Marco Furio Camilo: líder militar, dictador, «coronel», en algún momento exiliado y en otro un

«segundo Rómulo».

Esta narración está basada en cimientos más sólidos que otros relatos anteriores. Efectivamente, incluso en 300 a. C. la literatura romana más antigua estaba todavía muy lejos, y las historias posteriores que se remontan a este período contienen mucho mito, embellecimiento y fantasía. Es probable que Camilo no sea menos ficticio que el primer Rómulo, y ya hemos visto cómo se pusieron en boca de Catilina las palabras del discurso de un primitivo revolucionario republicano, aunque ninguna de estas palabras podría haber sobrevivido. Sin embargo, el final de este período está al filo de la historia y de la escritura de la historia tal como la conocemos, va mucho más allá que un simple epitafio de cuatro líneas. Es decir, cuando el bien relacionado senador Fabio Píctor, nacido en torno a 270 a. C., se sentó para redactar el primer relato extenso sobre el pasado de Roma, debió de recordar haber hablado en su juventud con personas que habían sido testigos de los acontecimientos de finales del siglo IV a. C. o que habían conversado con hombres de la generación de Barbatos que sí lo fueron. De la *Historia* de Píctor no se han conservado más que unas pocas citas en autores posteriores, pero fue famosa en el mundo antiguo. Se ha encontrado su nombre y una breve sinopsis de su obra pintados en las paredes de una de las pocas bibliotecas antiguas descubiertas, en Taormina, Sicilia, una combinación de anuncio y catálogo de biblioteca. Dos mil años después, podemos leer a Livio, que leyó a Píctor, que habló con personas que recordaban cómo era el mundo en torno al año 300 a. C.; una frágil cadena de conexiones que se hunde en la Antigüedad.

Tenemos cada vez más fragmentos conservados de evidencias contemporáneas para contrastar con los relatos históricos posteriores de los romanos o que apuntan a una

narración alternativa. El resumen de su carrera en el epitafio de Barbato es uno de ellos. Cuando Livio trata de estos años en su *Historia*, escribe que los romanos, más que someter a Lucania, firmaron una alianza con este pueblo, y describe el combate de Barbato en el norte de Italia de forma bastante diferente, y no tan triunfal. Es verdad que cabe la posibilidad de que el epitafio de Barbato magnificase los acontecimientos, y que «sometió» fuera la forma en que la élite romana prefiriese presentar una «alianza»; pero la inscripción probablemente ayude a corregir el posterior relato de Livio, ligeramente embrollado. Hay muchos otros fragmentos, incluyendo algunas asombrosas pinturas de la misma época, que representan escenas de las guerras en las que combatió Barbato. Sin embargo, entre las más notables y reveladoras de todas se encuentran las ochenta cláusulas breves, más o menos, del primer compendio escrito de normas y regulaciones romanas (o «leyes», para utilizar el término más bien ampuloso que la mayoría de escritores antiguos adoptaron), agrupadas a mediados del siglo V a. C. y laboriosamente recopiladas gracias a siglos de trabajo detectivesco de los eruditos modernos. Esta recopilación se conoce con el nombre de las Doce Tablas, por las doce tablillas de bronce en las que estaba inscrita y expuesta originalmente. Abre una ventana a algunas de las inquietudes de los primeros romanos de la República, desde preocupaciones sobre magia o ataques hasta cuestiones tan enrevesadas como si estaba permitido enterrar un cadáver con sus dientes de oro; un atisbo inesperado de la habilidad de los antiguos dentistas confirmada por la arqueología.

Así pues, en primer lugar centraremos nuestra atención en las Doce Tablas, antes de explorar los cambios radicales, tanto internos como externos, que se produjeron a continuación. Reconstruir la historia de este período es un

proceso fascinante y a veces tentador, y parte de la diversión consiste en preguntarse cómo encajar las piezas del rompecabezas incompleto y cómo distinguir entre el hecho y la fantasía. No obstante, hay bastantes piezas en su sitio para estar seguros de que el cambio decisivo de Roma se produjo en el siglo IV a. C., en la generación de Barbato y Apio Claudio Ceco y en la de sus predecesores inmediatos, y que lo que sucedió entonces, por más difícil que sea determinar los detalles, estableció un modelo de política romana, interior y exterior, que duraría siglos.

EL MUNDO DE LAS DOCE TABLAS

El régimen republicano empezó con un gemido más que con un estallido. Hay toda clase de relatos emocionantes narrados por los historiadores romanos sobre el nuevo orden político, sobre guerra a gran escala durante las primeras décadas del siglo V a. C. y sobre héroes y villanos de proporciones épicas, que se han convertido en material de leyendas modernas. Lucio Quincio Cincinato, por ejemplo, que más de dos milenios después daría su nombre a la ciudad americana de Cincinnati, regresó supuestamente de su medio exilio en la década de 450 a. C. para convertirse en dictador y dirigir a los ejércitos romanos a la victoria contra sus enemigos antes de retirarse con nobleza a su granja sin buscar gloria política. En cambio, Cayo Marcio Coriolano, que inspiró a *Coriolano* de Shakespeare, fue, según dicen, un héroe de guerra convertido en traidor en torno a 490 a. C., que unió sus fuerzas con el enemigo y que habría invadido su ciudad natal de no ser por la intervención de su madre y de su esposa para disuadirlo. Pero la realidad fue muy distinta y de dimensiones mucho más modestas.



26. El granjero que salvó al Estado. Esta estatua del siglo XX en la actual ciudad de Cincinnati muestra a Cincinnato devolviendo los símbolos del cargo político y regresando a su arado. Muchas historias romanas lo presentaban de esta manera, como un patriota sensato, pero Cincinnato tenía otra cara como adversario intransigente de los derechos de los plebeyos y de los pobres de la ciudad.

Estatua de Cincinnato de E. Karkadoulis (1982), Cincinnati. Foto © Thomas G. Fritsch

Cualquiera que fuese la organización política de la ciudad cuando la expulsión de los Tarquinos, la arqueología deja claro que durante gran parte del siglo V a. C. Roma no era en absoluto floreciente. Un templo del siglo VI a. C. que a menudo se relaciona con el nombre de Servio Tulio, fue uno de los edificios que ardieron en los incendios acaecidos en torno al año 500 a. C., y que quedó sin reconstruir durante décadas. Hubo en la misma época un evidente declive en las importaciones de cerámica griega, que es un buen indicador de los niveles de prosperidad. Dicho con simplicidad, si el fin del período monárquico podía denominarse, dentro de lo razonable, «La Grande Roma dei Tarquini», los primeros

años de la República estuvieron muy lejos de ser grandes. En cuanto a todas las guerras heroicas que tanto abundan en los relatos romanos, y que debieron de desempeñar un importante papel en el imaginario romano, no fueron más que combates locales, librados en un radio de unos pocos kilómetros de distancia de la ciudad. Lo más probable es que se tratase de las tradicionales incursiones entre comunidades vecinas o ataques de guerrillas, descritos más tarde, anacrónicamente, como algo semejante a enfrentamientos militares formales. Sin duda, muchos de estos conflictos se encontraban todavía en el ámbito semiprivado, fomentados por señores de la guerra independientes. Esto es, por lo menos, a lo que apunta un incidente inventado de comienzos de la década de 470 a. C., cuando 306 romanos perecieron en una emboscada. Según el relato, todos ellos procedían de la misma familia, los Fabios, además de sus subordinados, parásitos y clientes: más bien una gran cuadrilla que un ejército.

Las Doce Tablas son el mejor antídoto contra aquellas narraciones heroicas. Las tablillas de bronce originales no se han conservado. Pero parte de su contenido sí que ha sobrevivido porque los romanos posteriores consideraron que esta heterogénea recopilación de regulaciones era el inicio de su destacada tradición legal. Lo que se había inscrito en bronce no tardó en copiarse en forma de panfleto y, como nos dice Cicerón, los escolares del siglo I a. C. todavía lo aprendían de memoria. Mucho después de que aquellas normas dejasen de tener fuerza práctica alguna, seguían siendo publicadas y reeditadas, y se recopilaron varios comentarios eruditos antiguos acerca del significado de cada una de las cláusulas, su importancia legal y su lenguaje, para irritación de algunos abogados del siglo II d. C., que consideraban que sus colegas condicionados por los

libros estaban demasiado interesados en los rompecabezas lingüísticos de los viejos preceptos romanos. Nada de toda esta voluminosa literatura se ha conservado intacta. No obstante, algunos fragmentos aparecen citados o parafraseados en escritos que sí han sobrevivido, y rastreando a través de ellos, explorando algunos de los más recónditos senderos de la literatura romana, los eruditos han podido seguir la pista de las ochenta cláusulas inscritas en aquellas tablillas del siglo V a. C.

Todo el proceso ha sido rabiosamente técnico, y todavía rugen los intrincados debates sobre el enunciado exacto de las cláusulas, sobre su extensión y hasta qué punto son una selección representativa del original y sobre lo rigurosos que fueron los eruditos romanos posteriores al citarlas. Se ha llevado a cabo cierta actualización: el latín parece arcaico, pero no tan arcaico como para ser del siglo V a. C., y de vez en cuando las paráfrasis intentan ajustar el sentido original a posteriores procedimientos del derecho romano. En algunos casos, incluso los cultos abogados romanos interpretaban mal lo que leían en las Doce Tablas. La idea de que un deudor moroso que tuviera varios acreedores pudiera ser condenado a muerte y su cuerpo repartido en trozos del tamaño apropiado, según la suma adeudada, entre los demandantes, parece ser uno de estos malentendidos (o eso es lo que creen muchos críticos modernos). De todas formas, estas citas ofrecen la ruta más directa hacia la sociedad de mediados del siglo V a. C., nos muestran sus casas y sus familias, sus preocupaciones y sus horizontes intelectuales.

Es una sociedad mucho más simple y sus horizontes son mucho más restringidos de lo que insinúa el relato de Livio. Esta evidencia se pone de manifiesto tanto a través del lenguaje y las formas de expresión como por el contenido.

Aunque las traducciones modernas hacen lo imposible para que suene coherente, la redacción latina original está muy lejos de serlo. En particular, la ausencia de sustantivos y de pronombres diferenciados hace casi imposible saber quién está haciendo qué a alguien. «Si él convoca a juicio, él ha de ir. Si él no va, él ha de llamar a un testigo, luego ha de sujetarlo» presumiblemente significa, tal como se traduce habitualmente: «Si un *demandante* convoca a un *acusado* a juicio, *el acusado* ha de ir. Si no va, *el demandante* ha de llamar a *alguien* para atestiguar, luego ha de sujetar *al acusado*», pero no dice exactamente esto. Todo indica que el que redactó esta y otras cláusulas todavía tenía dificultades con el uso de la lengua escrita para estructurar reglamentaciones precisas, y que las convenciones de la argumentación lógica y de la expresión racional estaban en su etapa inicial.

No obstante, el simple intento de crear un registro formal de esta índole fue una etapa importante en lo que hoy se denomina formación de un Estado. Uno de los puntos de inflexión claves en muchas sociedades primitivas es la rudimentaria, y a menudo parcial, codificación de la ley. En la antigua Atenas, por ejemplo, la obra de Draco en el siglo VII a. C., aunque hoy sea sinónimo de dureza («draconiano»), fue destacable como primer intento de poner por escrito lo que hasta entonces habían sido normas orales; mil años antes, en Babilonia, el código de Hammurabi supuso algo similar. Las Doce Tablas siguen esta tónica. Están lejos de ser un código legal exhaustivo y puede que nunca pretendieran serlo. A menos que la serie de citas que se han conservado nos lleven a engaño, apenas incluían nada relativo al derecho público constitucional. Lo que sí comportan es un compromiso en cuanto a los procedimientos acordados, compartidos y públicamente

reconocidos para resolver disputas y algunas reflexiones concernientes a los posibles obstáculos prácticos y teóricos. ¿Qué se podía hacer si el acusado era demasiado anciano para acudir ante el demandante? El demandante tenía que proporcionarle un animal para transportarlo. ¿Qué pasaba si la parte demandada era un niño? La pena en este caso podría ser una paliza en vez del ahorcamiento: una distinción que anticipa nuestras ideas acerca de la edad de responsabilidad penal.

Los temas de regulaciones apuntan a un mundo de múltiples desigualdades. Había esclavos de varias clases, desde morosos en el pago de sus préstamos que habían caído en alguna forma de esclavitud por adeudo hasta los esclavos completos, presumiblemente (aunque esto es solo una suposición) capturados en incursiones o en combate. Su desventaja quedaba plasmada con todo detalle: la pena por agresión a un esclavo es la mitad de la de agresión a un hombre libre, mientras que un esclavo podía ser castigado con su vida por un delito por el que los ciudadanos libres tan solo recibían unos azotes. No obstante, algunos esclavos eran finalmente liberados, como pone de manifiesto una referencia a un ex esclavo, o *libertus*.

También había jerarquías entre la población de ciudadanos libres. Una cláusula traza una distinción entre patricios y plebeyos, otra entre *assidui* (hombres con propiedad) y *proletarii* (los que no tenían propiedad, cuya contribución a la ciudad era la producción de descendencia, *proles*). Otra se refiere a «patrones» y «clientes» y a la relación de dependencia y obligación mutua entre los ciudadanos ricos y pobres, relación cuya importancia perduró a lo largo de la historia de Roma. El principio básico era que el cliente dependía de su patrón en cuanto a protección y asistencia, financiera o de cualquier otro tipo, a

cambio de una serie de servicios prestados, incluyendo el voto en las elecciones. En escritos posteriores romanos abunda la retórica altisonante por parte de la clase de los patrones acerca de las virtudes de la relación, y las quejas miserables por parte de los clientes acerca de las humillaciones que tienen que sufrir, todo por una comida de segunda. En las Doce Tablas, la norma simplemente declara: «Si un patrón ha perjudicado a su cliente, será maldecido»; significase lo que significase.

En gran parte, las Doce Tablas afrontan problemas domésticos, con especial hincapié en la vida familiar, vecinos molestos, propiedad privada y muerte. Establecen procedimientos para el abandono o matanza de bebés deformes (una práctica corriente en toda la Antigüedad, conocida eufemísticamente por los eruditos modernos como «exposición»), para las herencias y para la correcta realización de los funerales. Cláusulas especiales prohíben a las mujeres arañarse las mejillas en señal de duelo, levantar piras funerarias demasiado cerca de la vivienda de otras personas y enterrar oro, a excepción del oro dental, con el cuerpo. Los daños delictivos y accidentales constituían otra preocupación evidente. Aquel era un mundo en el que la gente se preocupaba por cómo lidiar con el árbol del vecino que colgaba sobre su propiedad (solución: tenía que cortarse hasta una determinada altura) o con los animales del vecino que corrían sin control (solución: tenía que repararse el daño o entregar el animal). Se preocupaban por los ladrones que entraban en las casas por la noche, delito que se castigaba con mayor dureza que el robo de día, por los vándalos que destruían las cosechas o por armas incontroladas que accidentalmente herían a un inocente. No obstante, en caso de que todo esto resulte demasiado familiar, era también un mundo en el que la gente se preocupaba por la magia. ¿Qué

había que hacer si algún enemigo embrujaba tu cosecha o te lanzaba un hechizo? Por desgracia, el remedio se ha perdido.

A juzgar por las Doce Tablas, a mediados del siglo V a. C. Roma era una ciudad agrícola, lo suficientemente compleja como para reconocer las divisiones básicas entre esclavo y libre y entre diferentes clases de ciudadanos, y lo suficientemente sofisticada como para haber desarrollado procedimientos cívicos formales para lidiar de forma coherente con las disputas, para regular las relaciones sociales y familiares y para imponer algunas normas básicas en actividades humanas como el enterramiento de los muertos. Pero no hay evidencias de que fuera más que esto. La formulación asombrosamente vacilante de las regulaciones, en algunos puntos torpe o incluso confusa, debería poner en duda algunas de las referencias de Livio y de otros autores antiguos a complicadas leyes y tratados de este período. Y la ausencia, por lo menos a partir de la selección de cláusulas conservada, de referencias a funcionarios públicos específicos, aparte de la virgen vestal (que como sacerdotisa estaba libre del control de su padre), no sugiere en absoluto un aparato de Estado dominante. Es más, apenas se menciona el mundo fuera de Roma, más allá de un par de referencias sobre cómo aplicar determinadas normas a un *hostis* («extranjero» o «enemigo»: significativamente en latín la misma palabra significa ambas cosas) y una posible referencia a la venta en calidad de esclavo «en un país extranjero al otro lado del Tíber», como castigo de último recurso por deudas. Es posible que esta compilación pusiera deliberadamente el acento en los asuntos internos más que en los externos. Aun así, no hay indicio en las Doce Tablas de que aquella fuera una comunidad que priorizase las relaciones fuera de su localidad, ni de dominio ni de explotación ni de amistad.

En general parece un mundo bastante alejado de la era de Cicerón, e incluso de la era de Barbato y Apio Claudio Ceco, unos cien años más tarde, con su exhibición de cargos públicos, aquella nueva carretera en dirección sur que llegaba hasta Capua y el alarde de rehenes procedentes de Lucania (véase lámina 5). Así pues, ¿qué es lo que cambió y cuándo?

EL CONFLICTO DE LOS ÓRDENES

En primer lugar, ¿qué ocurrió en la política doméstica? Las Doce Tablas fueron uno de los resultados de lo que a menudo se denomina el Conflicto de los Órdenes (la palabra latina *ordo* significa, entre otras cosas, «rango social»), que según los autores romanos dominó la política doméstica en aquellos doscientos años cruciales después del fin de la monarquía. Fue la lucha de los ciudadanos plebeyos por alcanzar plenos derechos políticos y por la paridad con la élite, los ciudadanos patricios, que generalmente se resistían a ceder su monopolio hereditario de poder. Desde entonces, en Roma se consideró como una defensa heroica de la libertad política del ciudadano corriente, y ha dejado huella en la política, y en el vocabulario político, del mundo moderno. La palabra «plebeyo» sigue siendo un término cargado de significado en nuestros conflictos de clases; incluso en 2012, la acusación de que un político británico conservador había insultado a un policía llamándolo «plebeyo» provocó su dimisión del gobierno.

De acuerdo con el desarrollo de la historia de este conflicto, pocos años después del establecimiento de la República, a comienzos del siglo V a. C., los plebeyos empezaron a oponerse a su exclusión del poder y a su explotación por parte de los patricios. ¿Por qué combatir en las guerras de Roma, preguntaban una y otra vez, cuando todos los beneficios de su servicio engrosaban los bolsillos de

los patricios? ¿Cómo podían considerarse ciudadanos plenos cuando estaban sometidos a castigos arbitrarios y aleatorios, incluso a la esclavitud si contraían deudas? ¿Qué derecho tenían los patricios a someter a los plebeyos como si fueran una clase inferior? O, en las irónicas palabras de un reformista plebeyo, transcritas por Livio, que constituyen una asombrosa reminiscencia de la oposición del siglo XX al *apartheid*: «¿Por qué no aprobáis una ley que impida a un plebeyo vivir al lado de un patricio, o caminar por la misma calle, o ir a la misma fiesta, o estar el uno junto al otro en el mismo foro?».

En 494 a. C., acosados por problemas de deudas, los plebeyos organizaron la primera de una serie de protestas masivas de la ciudad, una combinación de motín y huelga, para forzar una reforma a los patricios. Funcionó. Impulsó una larga serie de concesiones que gradualmente erosionaron todas las diferencias significativas entre patricios y plebeyos y reescribieron de forma efectiva la estructura del poder político de la ciudad. Doscientos años después, poco quedaba del privilegio de los patricios más allá del derecho a ostentar algún antiguo sacerdocio y a llevar un determinado calzado sofisticado.

La primera reforma de 494 a. C. fue el nombramiento de representantes oficiales, conocidos como tribunos de la plebe (*tribuni plebis*), para defender los intereses de los plebeyos. A continuación se creó una asamblea especial solo para plebeyos. Estaba organizada, como la Asamblea Centuriada, mediante un sistema de voto en bloque, pero los detalles técnicos eran totalmente distintos. No se basaba en una jerarquía de riqueza; al contrario, los grupos de votantes se definían geográficamente, con los votantes inscritos en tribus o subdivisiones regionales del territorio romano. Nada que ver con las agrupaciones étnicas que implica el sentido

moderno de «tribu». Finalmente, tras la última protesta, en una reforma que Escipión Barbato debió de haber presenciado en 287 a. C., las decisiones de dicha asamblea obtuvieron automáticamente la categoría de fuerza de ley vinculante para todos los ciudadanos romanos. En otras palabras, una institución plebeya recibió el derecho de legislar sobre y en nombre del Estado en su conjunto.

Entre 494 y 287 a. C., en medio de la retórica más agitada, huelgas y amenazas de violencia, todos los cargos y sacerdocios importantes se abrieron paso a paso a los plebeyos y su estatus de segunda clase quedó desmantelado. Una de las victorias plebeyas más famosas se produjo en 326 a. C., cuando el sistema de esclavización por deudas fue abolido, declarándose el principio de que la libertad de un ciudadano romano era un derecho inalienable. Otro hito igualmente significativo, aunque más estrictamente político, se había aprobado cuarenta años antes, en 367 a. C. Tras décadas de obstinado rechazo y alegaciones por parte de los patricios más intransigentes de que «sería un crimen contra los dioses dejar que un plebeyo fuera cónsul», se decidió abrir uno de los Consulados a los plebeyos. A partir de 342 a. C., se acordó que ambos cónsules podían ser plebeyos, si así se elegían.



27. Uno de los cargos que siempre estuvo restringido a los patricios fue el de «flaminado»: un antiguo sacerdocio de algunos de los principales dioses. En el Altar de la Paz del siglo I a. C. (Fig. 65) vemos a un grupo de estos sacerdotes, reconocibles por su extraño tocado.

Flamines del Ara Pacis, Roma. Foto © De Agostini Picture Library / G. Dagli Orti / Bridgeman Images

Con mucho, los acontecimientos más dramáticos del conflicto tuvieron que ver con la redacción de las Doce Tabas, a mediados del siglo V a. C. Las cláusulas que se han conservado puede que sean breves, alusivas e incluso ligeramente ásperas, pero, tal como relataron la historia los romanos, se compilaron en un ambiente que entrañaba una trágica y variopinta mezcla de engaño, acusaciones de tiranía e intento de violación y asesinato. La historia cuenta que durante varios años, los plebeyos habían reclamado que se hiciesen públicas las «leyes» de la ciudad en vez de ser simplemente un recurso secreto de los patricios, y como concesión, en 451 a. C. se suspendieron los cargos políticos normales y se nombró a diez hombres (*decemviri*) para que las recopilasen, redactasen y publicasen. El primer año, los *decemviri* completaron con éxito diez tablas de leyes, pero el trabajo no estaba terminado. Así pues, para el año siguiente

se nombró a otro equipo, que resultó ser muy distinto y de carácter mucho más conservador. Este segundo equipo elaboró las dos tablas restantes, introduciendo una cláusula infame que prohibía el matrimonio entre patricios y plebeyos. A pesar de que en un principio la iniciativa de la redacción había sido reformista, al final se convirtió en el intento más radical por mantener totalmente separados a los dos grupos: «la ley más inhumana» la calificó Cicerón, enteramente en contra del espíritu de apertura de los romanos.

Lo peor estaba por llegar. Este segundo equipo de *decemviri* —los Diez Tarquinos, como a menudo se les denomina— empezó a imitar el comportamiento de los tiranos llegando incluso a la violencia sexual. En lo que fue casi una repetición de la violación de Lucrecia, que condujo a la fundación de la República, uno de los miembros del equipo, el patricio Apio Claudio (tatarabuelo del constructor de carreteras) exigió relaciones sexuales con una joven plebeya, convenientemente llamada Virginia, soltera pero prometida. A esto le siguió el engaño y la corrupción. Apio sobornó a uno de sus clientes para que declarase que era una de sus esclavas, que había sido robada por su pretendido padre. El juez del caso fue el propio Apio, quien evidentemente falló en favor de su cómplice y atravesó a grandes zancadas el foro para apoderarse de Virginia. En la pelea que se desató, su padre, Lucio Virginio, cogió un cuchillo de un puesto de carnicero que había cerca y apuñaló a su hija hasta matarla: «Te libero, hija mía, del único modo que puedo hacerlo», gritó.

La historia de Virginia ha sido siempre más conmovedora que la de Lucrecia. No solo combina el asesinato doméstico con la brutalidad del conflicto de clases, sino que inevitablemente suscita la cuestión del precio a

pagar por la castidad. ¿Qué clase de modelo de padre es este? ¿Quién tuvo más culpa? ¿Es este el terrible coste que hay que pagar por los elevados principios? Sin embargo, una vez más, el «intento» de violación se convirtió en catalizador del cambio político. La exhibición del cuerpo de Virginia y el apasionado discurso que Virgino pronunció al ejército provocó disturbios, insurrección y la abolición del tiránico equipo de *decemviri* y, como lo expresa Livio, la recuperación de la libertad. A pesar del tinte de tiranía, las Doce Tablas permanecieron. No tardaron en considerarse las honorables antecesoras del derecho romano, excluyendo la prohibición del matrimonio mixto, que fue revocada al instante.

Esta historia del Conflicto de los Órdenes se añade a uno de los manifiestos más radicales y coherentes del poder popular y de la libertad que han sobrevivido del mundo antiguo: mucho más radical que cualquier otra cosa que haya podido conservarse de la democrática Atenas clásica, cuya mayoría de escritores, cuando tenían que decir algo de manera explícita al respecto, se oponían a la democracia y al poder popular. Tomadas en su conjunto, las exigencias puestas en boca de los plebeyos ofrecían un programa sistemático de reformas políticas basado en diferentes aspectos de la libertad del ciudadano, desde la libertad de participar en el gobierno del Estado y la libertad de beneficiarse de sus retribuciones hasta la libertad de explotación y la libertad de información. No es de extrañar que en el siglo XIX y a comienzos del XX los movimientos de la clase obrera en muchos países encontrasen en la historia antigua un precedente memorable, y cierta retórica triunfalista, de cómo la acción conjunta del pueblo romano arrancó concesiones a la aristocracia patricia hereditaria y consiguió plenos derechos políticos para los plebeyos.

Tampoco es de sorprender que los primeros sindicatos tomaran como modelo para una huelga triunfal las protestas plebeyas.

Pero ¿hasta qué punto es rigurosa la historia que contaban los romanos de este conflicto? Y ¿qué luz arroja sobre el «gran salto hacia delante» de Roma? Aquí las piezas del rompecabezas se hacen más difíciles de encajar. No obstante, el trazado del dibujo, y probablemente algunas fechas cruciales, sí sobresalen.

Muchos aspectos de la historia que nos ha llegado sin duda son erróneos, han sido concienzudamente actualizados por escritores posteriores o, sobre todo hacia comienzos del período del conflicto, son mucho más míticos que históricos. Probablemente Virginia no sea una invención menos ficticia que Lucrecia. Hay un incómodo desajuste entre las cláusulas de las Doce Tablas y la elaborada historia de los *decemviri*. ¿Por qué, si la recopilación surgió directamente de los enfrentamientos entre patricios y plebeyos, solo hay una referencia a esta distinción (en la prohibición del matrimonio) en las cláusulas conservadas? Más que un producto del mundo de las Doce Tablas, gran parte de la argumentación, y todavía más de la retórica, de los primeros reformistas plebeyos es casi con toda seguridad una reconstrucción imaginativa realizada por escritores del siglo I a. C., inspirados por los sofisticados debates de su propia época. Y es sin duda mejor testimonio de la ideología política popular de aquel período posterior que del Conflicto de los Órdenes. Es más, a pesar de la certeza de los romanos de que la exclusión de los plebeyos del poder se remontaba a la caída de la monarquía, hay indicios de que solo se desarrolló en el curso del siglo V a. C. La lista convencional de cónsules, por ejemplo, por más ficticia que sea, incluye a comienzos del siglo V a. C. abundantes nombres claramente

plebeyos (entre ellos el del primer cónsul, Lucio Junio Bruto), que desaparecen por completo en la segunda mitad de siglo.

Dicho esto, no hay duda de que hubo largos períodos de los siglos V y IV a. C. fracturados por luchas sociales y políticas entre una minoría hereditaria privilegiada y el resto. Más de medio milenio después, la distinción formal entre familias patricias y plebeyas todavía se conservaba, como uno de los «fósiles» que ya hemos explicado antes (p. 83), con un cierto tufo a esnobismo añadido, pero no mucho más. Sería difícil explicar por qué existía tal distinción si la diferencia entre ambos grupos no hubiera sido antaño un importante indicador de poder político, social y económico. Hay también razones de peso para pensar que el año 367 a. C. fue un punto de inflexión fundamental, aunque no de la manera en que los historiadores romanos lo imaginaron.

Para ellos, el momento revolucionario fue cuando se decidió no solo que el Consulado debía estar abierto a los plebeyos, sino que uno de los dos cónsules tenía que ser siempre plebeyo. Si es así, la ley se incumplió tan pronto como se creó, porque en varias ocasiones a lo largo de los años siguientes aparecen dos nombres patricios registrados como cónsules. Livio se percató del problema y sugiere de forma poco convincente que los plebeyos se contentaron con el derecho a postularse como candidatos sin preocuparse tanto por ser elegidos. Mucho más verosímil es que no existiera la obligatoriedad de un cónsul plebeyo, y que aquel fuera el año en que el Consulado como principal cargo anual del Estado se estableciera de forma permanente, presumiblemente abierto tanto a patricios como a plebeyos.

Esto sin duda encajaría con otras dos pistas fundamentales. En primer lugar, incluso en el archivo

romano tradicional, las entradas de la mayoría de los años entre las décadas de 420 y 360 a. C. nombran a los misteriosos «coroneles» como jefes del Estado. Esto cambia de una vez por todas en 367 a. C., cuando los cónsules se convierten en la norma para el resto de la historia de Roma. En segundo lugar, puede que en aquel momento el Senado adoptara su forma definitiva. Los escritores romanos tendían a dar por sentado que los orígenes del Senado se remontaban a Rómulo, como un consejo de «ancianos» (*senes*), y que en el siglo V a. C. ya era una institución totalmente desarrollada funcionando del mismo modo que en el año 63 a. C. Una entrada altamente técnica de un diccionario romano antiguo ofrece una versión muy diferente, sugiriendo que el Senado se estableció como órgano permanente con miembros vitalicios aproximadamente a mediados del siglo IV a. C., dejando de ser solo un grupo de amigos y consejeros *ad hoc* para los funcionarios responsables, sin continuidad de un año, o incluso de un día, al otro. Si esto es correcto (y, por supuesto, no todas las informaciones técnicas arcanas lo son necesariamente), entonces corrobora la idea de que el sistema político romano adoptó su forma característica a mediados del siglo IV a. C. Fueran cuales fuesen los precursores y los elementos, como asambleas o censos, que ya estuviesen en funcionamiento, Roma no fue claramente «romana» hasta más de un siglo después de 509 a. C.

Por consiguiente, lo que encontramos destacado en la tumba de Barbato no es la carrera tradicional de un miembro tradicional de la élite romana, aunque se haya visto así posteriormente. Enterrado en algún momento de comienzos del siglo III a. C., Barbato fue en realidad un representante del relativamente nuevo orden republicano en casa y, como ahora veremos, fuera de ella.

EL MUNDO EXTERIOR: VEYES Y ROMA

La expansión del poder de Roma por Italia fue espectacular. Es fácil sentirse deslumbrado, u horrorizado, ante el imperio ultramarino posterior de Roma, que al final alcanzó más de cinco millones de kilómetros cuadrados, mientras se da por sentada la idea de que Italia era romana. Pero es casi más asombrosa la transformación de la pequeña ciudad junto al Tíber del año 509 a. C. en un sistema gubernamental de más de 13 000 kilómetros cuadrados en la década de 290 a. C., con un control efectivo sobre, por lo menos, la mitad de la península Itálica, y más que estaba por venir. ¿Cómo sucedió? Y ¿cuándo?

Las relaciones de Roma con el mundo exterior fueron totalmente insignificantes, por lo que sabemos, hasta aproximadamente el año 400 a. C. Sus relaciones comerciales con el ancho Mediterráneo habían sido las típicas de cualquier ciudad itálica. Sus interacciones directas eran principalmente locales, sobre todo con las comunidades latinas del sur, que compartían una misma lengua, un sentido de ascendencia común y varias fiestas y lugares sagrados comunes con Roma. Lo máximo que puede decirse es que a finales del siglo VI a. C. los romanos probablemente tenían algún tipo de control sobre algunos de los otros latinos. Tanto Cicerón como el historiador Polibio (un agudo observador griego de Roma, que tendrá un papel destacado en el siguiente capítulo) aseguran haber visto documentos, o «tratados», de aquel período que indicarían que Roma era entonces un importante protagonista en este mundo latino pequeño y local. Como ya hemos visto, la historia del siglo V a. C. alude a combates más o menos anuales pero de alcance limitado, por más que después se enalteciesen en términos grandilocuentes. Muy sencillo, si

hubiera habido bajas importantes cada año durante décadas, la pequeña ciudad de Roma no habría sobrevivido.

El momento del cambio se produjo casi al comienzo del siglo IV a. C., con dos acontecimientos que desempeñan un papel destacado, y enormemente mitificado, en todos los relatos antiguos de la expansión de Roma: la destrucción de la cercana ciudad de Veyes por parte de los romanos bajo el heroico Camilo en 396 a. C. y la destrucción de Roma por parte de los galos en 390 a. C. Se desconoce por completo lo que había detrás del enfrentamiento de Roma con Veyes, pero se redactó como si se tratase del equivalente de la guerra de Troya en Italia: el asedio de diez años para capturar la ciudad equivalía a los diez años de asedio de Troya y, después, los romanos victoriosos apareciendo de repente en el interior de la ciudad por medio de un túnel excavado debajo del templo de Juno era el equivalente del Caballo de Troya. La realidad de la «conquista» (término sin duda demasiado pomposo) debió de ser mucho más modesta. No fue un enfrentamiento entre potencias. Veyes era una ciudad próspera, un poco más pequeña que Roma, y solo a 16 kilómetros al otro lado del Tíber.

No obstante, las consecuencias de la victoria de los romanos fueron importantes, aunque no de la manera en que lo sugieren los escritores romanos, que hicieron hincapié en la esclavización de la población, la toma de sus bienes y propiedades como botín y la total destrucción de la ciudad. Trescientos cincuenta años después el poeta Propertio evocó una desolada imagen de Veyes en sus días, describiéndola como refugio de unas pocas ovejas y unos pocos «pastores holgazanes». Se trata más bien de una lección moral sobre los peligros de la derrota que de una descripción exacta (es muy posible que Propertio nunca pisase aquel lugar), puesto que la arqueología del yacimiento apunta a una verdad muy

diferente. A pesar de que hubiera habido violentos saqueos, esclavitud en el momento de la victoria de los romanos y una afluencia de nuevos colonos, la mayoría de santuarios locales siguieron operativos como lo habían estado antes, la ciudad siguió estando ocupada, aunque a menor escala, y la evidencia que tenemos de las granjas rurales apunta más a una continuidad que a una ruptura.

El cambio importante es de otra índole. Roma se anexionó Veyes y sus tierras, aumentando al instante el tamaño del territorio romano en un 60%. Poco después, se crearon cuatro nuevas tribus geográficas de ciudadanos romanos, para incluir a Veyes, a sus habitantes indígenas y a los nuevos colonos. Hay indicios de otros importantes acontecimientos aproximadamente en la misma época, posiblemente relacionados. Livio asegura que en vísperas del asedio de Veyes se pagó por primera vez a los soldados romanos de los impuestos de Roma. Si es literalmente cierto o no (cualquiera que fuera la forma de pago, no era en moneda), bien puede ser indicio de un movimiento hacia una organización más centralizada de los ejércitos romanos y el declive de las guerras privadas.

La derrota no tardó en suceder a la victoria. La historia narra que en 390 a. C. una horda de galos, puede que una tribu migratoria en busca de tierras o, más probablemente, una banda bien entrenada de mercenarios buscando trabajo más al sur, derrotaron a un ejército romano en el río Alia, no lejos de la ciudad. Al parecer, los romanos hicieron poco más que huir y los galos prosiguieron la marcha hasta tomar Roma. Un relato apócrifo describe cómo un plebeyo virtuoso, cuyo acertado nombre era Marco *Caedicius* («narrador de desastres»), escuchó la voz de un dios desconocido advirtiéndole de que los galos se acercaban, pero su informe se ignoró debido a su humilde posición. El

que los dioses también se comunicasen con los plebeyos fue una lección, aprendida por las malas, para los patricios.

Los relatos romanos dieron una extravagante cobertura a la captura de la ciudad, con varios actos de heroísmo que mitigaron la destrucción generalizada. Otro pobre hombre dio muestras de devoción plebeya cuando arrojó de su carro a su mujer y a sus hijos e hizo sitio a las vírgenes vestales, que estaban evacuando sus emblemas y talismanes sagrados para ponerlos a salvo en la cercana ciudad de Caere. Muchos aristócratas ancianos decidieron hacer frente a lo inevitable y se quedaron sentados pacientemente en casa esperando a los galos, quienes por un momento confundieron a los ancianos con estatuas antes de masacrarlos. Entretanto, Camilo, quien había estado en el exilio por supuesta malversación de caudales, regresó justo a tiempo para evitar que los romanos pagasen un cuantioso rescate a los galos, impedir que sus compatriotas abandonasen la ciudad y se trasladasen a Veyes y encargarse de la refundación de la ciudad. Esta es, por lo menos, una de las versiones. Otra narración menos honorable afirma que los galos se llevaron triunfalmente el rescate.

Estamos ante otro caso de exageración romana. Las diversas historias, que se convirtieron en lugares comunes de la memoria cultural romana, ofrecían importantes lecciones patrióticas: la de situar las exigencias del país por encima de la familia, la de la valentía frente a la derrota segura, y la de los peligros de medir el valor de una ciudad en relación con el oro. La catástrofe se convirtió en parte integrante de la imaginación popular de los romanos hasta el punto que algunos intransigentes la utilizaron en 48 d. C. como argumento (o estrategia desesperada) contra las propuestas del emperador Claudio de admitir a los galos en el Senado. No obstante, no hay testimonios arqueológicos de la clase de

destrucción masiva que los romanos posteriores imaginaron, a menos que aquellos vestigios de incendio hoy fechados en torno a 500 a. C. sean de hecho, como ya pensaron los arqueólogos, los restos de una devastación gala cien años después.



28. Dibujo de comienzos del siglo XX (a partir de una fotografía anterior) de los restos de la muralla serviana cerca de la estación central de ferrocarril de Roma. Secciones de esta fortificación todavía saludan a los viajeros que salen de Roma Termini, aunque hoy en día están irremisiblemente encerrados tras unas rejas.

Fragmento de la muralla serviana, Roma, extraída de H. F. Helmolt, *The World's History*, Vol. IV (Heinemann, 1902). Foto © The Print Collector / Print Collector / Getty Images

La única huella clara que se conserva del «saqueo» en el paisaje romano es la vasta muralla defensiva de la ciudad, de la que aún se ven algunas secciones impresionantes, erigida tras la partida de los galos y construida con una piedra especialmente duradera que era uno de los productos del nuevo territorio de Roma alrededor de Veyes. Había poderosas razones por las que esta derrota resultaba un

episodio útil para que los historiadores romanos insistiesen en él. Preparaba el escenario para las inquietudes de los romanos sobre los invasores del otro lado de los Alpes, de los cuales Aníbal había sido el más peligroso, aunque no el único. Ayudaba a explicar por qué se había conservado tan poca información de la Roma primitiva (se había desvanecido envuelta en llamas), y señalaba el inicio, en términos antiguos, de la «historia moderna». Respondía a la pregunta de por qué en la República la ciudad de Roma, a pesar de su prestigio mundial, seguía siendo aquella madriguera de conejos tan mal planificada: los romanos habían tenido que reconstruirla a toda prisa después de la marcha de los galos. Y por último abría un nuevo capítulo en las relaciones de Roma con el mundo exterior.

LOS ROMANOS VERSUS ALEJANDRO MAGNO

Lo que siguió fue una revolución del tamaño, escala, ubicación y consecuencia del conflicto romano. Es verdad que continuó el modelo básico de guerra continuada más o menos anual. Los antiguos escritores se emocionaban ante una larga lista de batallas romanas libradas en el siglo IV a. C., que conmemoraban, sin duda exagerando, victorias heroicas mientras lamentaban un puñado de derrotas vergonzosas e incursiones humillantes. La batalla de las Horcas Caudinas, en 321 a. C., en la que los samnitas del sur aplastaron a los romanos, fue casi tan sonora como la batalla de Alia o el saqueo de Roma setenta años antes, aunque en realidad no fue en absoluto una batalla. Los romanos quedaron atrapados, sin agua, en un estrecho desfiladero, las Horcas, y simplemente se rindieron.

Sin embargo, entre el saqueo de Roma en el año 390 a. C. y la batalla de Sentino en 295 a. C., los efectivos implicados en estos conflictos aumentaron

considerablemente. Las campañas se combatían cada vez más lejos de Roma. Veyes estaba a 16 kilómetros por la carretera, mientras que Sentino se encontraba a unos 320 kilómetros de distancia, al otro lado de los Apeninos. También los acuerdos alcanzados entre Roma y los derrotados tenían consecuencias de amplio alcance en el futuro. El impacto militar de Roma a finales del siglo IV a. C. era tan grande que Livio sintió que merecía la pena comparar las hazañas romanas con la conquista del mundo de Alejandro Magno, que entre 334 y 323 a. C. condujo a su ejército macedonio a una desenfrenada conquista desde Grecia hasta la India. Livio se preguntaba quién habría ganado, los romanos o los macedonios, si se hubieran enfrentado cara a cara, un interrogante militar sobre el que todavía especulan los generales de sillón.

Hubo dos conflictos particularmente importantes en Italia en este período. Primero se produjo la llamada guerra latina, librada contra los vecinos latinos de Roma entre 341 y 338 a. C. Poco después le siguieron las «guerras samnitas», el momento de las victorias de Barbato. Se combatieron en fases entre 343 y 290 a. C. contra un grupo de comunidades ubicadas en las zonas montañosas del sur de Italia: los samnitas, que no eran tan rudos ni tan primitivos como a los romanos les gustaba retratarlos, pero sí menos urbanizados que los pueblos de otras partes de la península. Estas dos «guerras» son más bien construcciones artificiales consistentes en aislar a dos enemigos y aplicar su nombre a las luchas endémicas mucho más extendidas de este período, desde un punto de vista absolutamente romano-céntrico (ningún samnita libró jamás una «guerra samnita»). Dicho esto, estos conflictos arrojan luz sobre algunos cambios importantes.

Según la historia tradicional, la primera fue provocada

por una revuelta de los latinos contra la posición dominante de los romanos en la región. No dejó de ser una contienda local, pero fue destacable, incluso revolucionaria, por los posteriores acuerdos alcanzados entre los romanos y las distintas comunidades latinas, que concedieron la ciudadanía romana a un ingente número de derrotados en numerosas ciudades de toda la Italia central, a una escala mucho mayor que el precedente establecido en Veyes. Tanto si fue un gesto de generosidad, como muchos escritores romanos lo interpretaron, como si fue un mecanismo de opresión, como debió de parecerles a aquellos a quienes se impuso la ciudadanía romana, esta concesión supuso una etapa crucial en la cambiante definición de lo que significaba ser «romano». Y, como pronto veremos, aportó enormes cambios a la estructura del poder romano.

Casi cincuenta años después terminaron las décadas de guerras samnitas, con más de la mitad de la península bajo el yugo de Roma de distintas formas: desde tratados de «amistad» hasta el control directo. Los escritores romanos presentaron estas guerras como si se tratase de luchas entre dos Estados por la supremacía itálica. Evidentemente no fueron nada de esto, pero el alcance del conflicto fue algo nuevo y preparó el escenario para el futuro. En la batalla de Sentino, los romanos se enfrentaron a un enorme grupo de enemigos («alianza» sería una palabra demasiado formal): los samnitas, los etruscos y los galos del lejano norte de la península. El simple número de combatientes debió de llamar la atención de Duris de Samos, que documentó una cifra colosal, pero inverosímil, de 100 000 bajas entre los samnitas y los aliados. Los escritores romanos la consideraron una victoria especialmente heroica. Se convirtió incluso en tema de una tragedia romana patrioterica doscientos años después, rematada con un coro trágico de

soldados romanos y presentando a uno de los comandantes romanos que dio su vida para asegurar el éxito de su ejército. Pero también discutían, como lo siguen haciendo los estudiosos modernos, sobre cuán grande fue esta batalla que era la más grande de todas las batallas. Livio no dio crédito a los cálculos proporcionados por Duris ni tampoco a las más infladas cifras que se encontró en sus investigaciones. Si sus estimaciones de las fuerzas romanas en torno a 16 000 hombres (además de otros tantos aliados) son correctas o no, resulta imposible de averiguar. No obstante, una cosa sí es cierta: aquel era un mundo militar diferente al de las escaramuzas de baja intensidad del siglo V a. C.

Es un mundo que todavía podemos vislumbrar gracias a un extraordinario descubrimiento realizado en las excavaciones de la década de 1870 en lo que debió de ser el límite de la antigua ciudad de Roma: un pequeño y tentador fragmento de pintura procedente de una tumba fechada, con probabilidad, a comienzos del siglo III a. C. Originalmente era mucho más extensa y abarcaba toda una pared: está organizada en una serie de registros, uno encima del otro, que se supone que representan escenas de estos conflictos entre Roma y los samnitas. Si es así, se trata de la primera pintura conservada en Occidente que muestra una campaña militar real e identificable: a menos que sea una escena genérica de combate pintada en una tumba en el sur de Italia, en realidad representa, como algunos arqueólogos optimistas imaginan, una orgullosa descripción de la victoria samnita en las Horcas Caudinas (véase lámina 6).

La interpretación de la pintura ha suscitado grandes controversias, pero, aunque esté hoy muy erosionada, el trazado general está bastante claro. El registro inferior representa un combate cuerpo a cuerpo, dominado por un hombre cuyo elaborado casco se extiende hasta la escena

superior; más arriba todavía sobresalen algunas imponentes almenas. Las dos escenas mejor conservadas muestran a un hombre con una toga corta portando una lanza. Uno de ellos, y posiblemente ambos, lleva el nombre de «Q Fabio», probablemente el Quinto Fabio Máximo Ruliano, que era el oficial al mando en Sentino y que dio a Barbato su único cameo conocido en la batalla, indicándole que «sacase las reservas de la retaguardia». Aquí se muestra —con un séquito de clientes detrás de él a una escala claramente más pequeña— al parecer negociando con «Fanio», un guerrero sin armas, vestido con el equipamiento militar que incluye pesadas grebas y un casco con penacho, que extiende la mano derecha desnuda. ¿Es Fanio un samnita rindiéndose ante un representante de «la raza que lleva la toga», pintado aquí, ya en el siglo III a. C., exactamente como tal?

Vistos en estas imágenes estilizadas y sencillas, los romanos no parecen rival para Alejandro Magno. Pero si lo hubieran sido o no es precisamente el tema que plantea Livio en el largo paréntesis de su *Historia*, justo después de la descripción de la impresionante recuperación de los romanos tras la humillación en las Horcas Caudinas. No se le escapaba que las guerras samnitas habían tenido lugar en Italia a finales del siglo IV a. C., más o menos en la época en que el rey macedonio llevaba a cabo su devastadora campaña en Oriente. En tiempos de Livio, los generales romanos hacía tiempo que se dedicaban a emular a Alejandro. Habían imitado su característico peinado, se habían calificado a sí mismos de «Magno» y tanto Julio César como el primer emperador, Augusto, habían peregrinado a la tumba de Alejandro en Egipto; el mismo Augusto, según dijeron, que rompió accidentalmente la nariz del cadáver cuando le rendía homenaje. Así pues, quizá no sea tan sorprendente que Livio plantease la clásica pregunta virtual:

¿quién habría ganado si Alejandro hubiera dirigido su ejército hacia el oeste y se hubiera enfrentado a los romanos en vez de a los persas?

Alejandro, admite, fue un gran general, aunque no sin defectos, entre otros la embriaguez. Pero los romanos tenían la ventaja de no depender de un único líder carismático. Tenían profundidad en el mando, sustentado por una extraordinaria disciplina militar. También podían recurrir, insistía, a un número mucho mayor de tropas bien adiestradas y, gracias a las alianzas romanas por toda Italia, reunir refuerzos más o menos a discreción. En pocas palabras, su respuesta fue que, si se hubiera dado el caso, los romanos habrían derrotado a Alejandro.

EXPANSIÓN, SOLDADOS Y CIUDADANOS

De manera indirecta y con rodeos, Livio, que a veces parece lento y pesado en su análisis, ofrece una respuesta perspicaz a las preguntas de qué era lo que hacía tan buenos a los ejércitos romanos de este período obteniendo victorias y de cómo pudo Roma extender su control tan rápidamente sobre gran parte de Italia. Esta es una de las pocas ocasiones en que mira por debajo de la superficie de la narración y menciona los factores estructurales y sociales subyacentes, desde la organización del mando romano hasta los recursos de Roma en cuanto a efectivos. Vale la pena insistir un poco más en el argumento de Livio, reflexionar sobre lo que fue, retrospectivamente, el inicio del Imperio Romano.

Dos cosas están claras y socavan un par de engañosos mitos modernos acerca del poder y el «carácter» romano. En primer lugar, los romanos no eran por naturaleza más beligerantes que sus vecinos y contemporáneos, como tampoco eran por naturaleza mejores constructores de carreteras y puentes. Es cierto que la cultura romana

valoraba sobremanera —para nosotros, de forma incómoda— el éxito en el combate. Celebraban reiteradamente el coraje, la valentía y la violencia mortal en batalla, desde el general victorioso desfilando por las calles con la muchedumbre vitoreando la procesión triunfal hasta los soldados rasos exhibiendo sus cicatrices de guerra en medio de debates políticos con la esperanza de añadir peso a sus argumentos. A mediados del siglo IV a. C. la base de la plataforma principal para los oradores en el foro estaba decorada con espolones de bronce de naves de guerra enemigas capturadas en la ciudad de Antium durante la guerra latina, como símbolo de la fundación militar del poder político romano. La palabra latina para «espolones», *rostra*, se convirtió en el nombre de la plataforma y dio lugar al término inglés moderno *rostrum* (tribuna).

No obstante, sería ingenuo imaginar que los demás pueblos de Italia eran diferentes. Eran grupos muy dispares, mucho más variados en cuanto a lengua, cultura y organización política, de lo que implica la palabra simplificada «italicos». Pero a juzgar por lo relativamente poco que sabemos sobre la mayoría de ellos, por el equipamiento militar encontrado en sus tumbas o por las pasajeras referencias literarias a sus botines, guerra y atrocidades, estaban tan comprometidos con el militarismo como los romanos y probablemente tan sedientos de ganancias. Aquel era un mundo en el que la violencia era endémica, las escaramuzas con los vecinos eran acontecimientos anuales, el saqueo era una importante fuente de ingresos para todo el mundo y la mayoría de disputas se resolvían por la fuerza. La ambivalencia de la palabra latina *hostis* capta a la perfección la confusa frontera entre «el forastero» y «el enemigo». Lo mismo ocurre con la expresión latina para indicar «en casa y en el extranjero»

—*domi militiaeque*— en la que «en el extranjero» (*militiae*) no se distingue de «en campaña militar». La mayoría de pueblos de la península sin duda compartía esta confusión. Estar fuera de la tierra natal era siempre (potencialmente) estar en guerra.

En segundo lugar, los romanos no planearon conquistar y controlar Italia. No hubo ninguna camarilla romana en el siglo IV a. C. que se sentase con un mapa tramando apoderarse de extensiones territoriales tal como asociamos hoy a los Estados-nación imperialistas de los siglos XIX y XX. Para empezar, tan simple como suena, no tenían mapas. Lo que esto supone en cuanto a su manera, o a la de cualquier otro pueblo «precartográfico», de concebir el mundo que les rodeaba, o solo más allá de sus horizontes, es uno de los grandes misterios de la historia. Soy propensa a escribir sobre la expansión del poder romano por la *península* Itálica, pero nadie sabe cuántos, o para ser más realistas cuán pocos, romanos de aquella época pensaban en su patria como parte de una península de la manera en que nosotros la imaginamos. Una versión rudimentaria de esta idea quizá esté implícita en las referencias que la literatura del siglo II a. C. hace del Adriático como Mar Superior y del Tirreno como Mar Inferior, pero esto indica sobre todo una orientación diferente de la nuestra: este-oeste en vez de norte-sur.

Estos romanos veían su expansión más como un cambio de relaciones con otros pueblos que como control de territorio. Evidentemente, el creciente poder de Roma transformó drásticamente el paisaje de Italia. Pocas cosas había más obviamente transformadoras que la recién construida carretera romana que atravesaba campos vacíos, o la tierra anexionada y repartida entre los nuevos colonos. Resulta práctico medir el poder romano en Italia en

términos de zonas geográficas. Sin embargo, el dominio romano se ejercía básicamente sobre las personas, no sobre los lugares. Como Livio comprendió, las relaciones que los romanos establecieron con aquellos pueblos fueron la clave de la dinámica de la expansión romana primitiva.

Los romanos impusieron una obligación a todos aquellos que estaban bajo su control: a saber, proporcionar tropas para los ejércitos romanos. De hecho, para la mayoría de los derrotados por Roma y forzados, o invitados, a formar algún tipo de «alianza», la única obligación a largo plazo parece que fue la provisión y manutención de soldados. Roma no tomó estos pueblos de ninguna otra manera, no tenían fuerzas de ocupación romanas ni gobierno impuesto por los romanos. Es imposible saber por qué se eligió esta forma de control, pero es improbable que implicase ningún cálculo estratégico especialmente sofisticado. Fue una imposición cómoda que afianzó el dominio romano sin requerir demasiadas estructuras administrativas romanas y sin personal extra que gestionar. Las tropas que aportaban los aliados las formaban, equipaban y en parte comandaban los hombres del lugar. Cualquier otra forma de tributación habría sido mucho más ardua y trabajosa para los romanos; el control directo de los derrotados habría sido aún más costoso.

Es muy posible que los resultados no fueran intencionados, pero fueron arrolladores y revolucionarios. Este sistema de alianzas se convirtió en un mecanismo efectivo para transformar a los enemigos derrotados por Roma en parte de su creciente máquina militar, dando al mismo tiempo a aquellos aliados una participación en la empresa romana, gracias al botín y la gloria compartida en caso de victoria. Una vez iniciado el éxito militar, los romanos consiguieron que se sustentase a sí mismo, de un

modo que ninguna otra ciudad antigua había hecho jamás de forma sistemática. El factor más singular y relevante que había detrás de la victoria en este período no era la táctica, ni el equipamiento, ni la habilidad, ni siquiera la motivación, sino la cantidad de hombres que uno podía desplegar. A finales del siglo IV a. C., los romanos tenían probablemente poco menos de medio millón de tropas disponibles (comparados con los aproximadamente 50 000 soldados de Alejandro en sus campañas orientales, o quizá los 100 000 cuando los persas invadieron Grecia en 481 a. C.). Esto les hizo casi invencibles en Italia: podían perder una batalla, pero no una guerra. O como lo expresó un poeta romano en la década de 130 a. C.: «El pueblo romano ha sido derrotado a menudo por la fuerza y vencido en muchas batallas, pero nunca en una guerra real de la que todo depende».

Sin embargo, había otras implicaciones de gran alcance en la manera en que los romanos definían sus relaciones con otros pueblos de Italia. Los «aliados», que no tenían más compromiso que el de proporcionar efectivos, eran los más numerosos, pero eran solo una de las categorías implicadas. A algunas comunidades de las amplias zonas del centro de Italia, los romanos extendieron la ciudadanía romana. A veces esto suponía plenos derechos y privilegios, entre ellos el derecho a votar o a presentarse a las elecciones romanas sin dejar de ser al mismo tiempo ciudadano de una ciudad local. En otros casos, se ofrecía una forma de derechos más limitada conocida como «ciudadanía sin voto», o *civitas sine suffragio* (expresión que habla por sí misma). También había gente que vivía en territorios conquistados en asentamientos conocidos como colonias (*coloniae*), que no tenían nada que ver con las colonias entendidas en el sentido moderno de la palabra, sino que eran ciudades nuevas (o expandidas) compuestas normalmente por una mezcla de población local

y de colonos de Roma. Había unos pocos que tenían el pleno estatus de ciudadanía romana. La mayoría tenía lo que se conocía como derechos latinos. No era ciudadanía como tal, sino un paquete de derechos que, según se creía, compartían las ciudades latinas desde tiempos inmemoriales, posteriormente definidos como matrimonio mixto con los romanos, derecho mutuo de establecer contratos, libre movimiento, etc. Era una posición intermedia entre tener la plena ciudadanía y ser un extranjero, u *hostis*.

También es difícil saber cómo se originó este complicado mosaico de diferentes estatus. Los autores romanos del siglo I a. C., seguidos de los juristas modernos, solían considerarlos como parte de un sistema altamente técnico y cuidadosamente calibrado de derechos y responsabilidades civiles. Pero sin duda es producto de una posterior racionalización legal. Es inconcebible que hombres del siglo IV a. C. se sentasen a debatir las implicaciones exactas de la *civitas sine suffragio* o los privilegios concretos que iban emparejados a la pertenencia a una colonia «latina». Es mucho más verosímil que improvisasen sus nuevas relaciones con diferentes pueblos del mundo exterior utilizando y ajustando sus ya existentes y rudimentarias categorías de ciudadanía y etnicidad.

Sin embargo, las implicaciones fueron, una vez más, revolucionarias. Al extender la ciudadanía a pueblos que no tenían conexiones territoriales directas con la ciudad de Roma, rompieron el vínculo, que la mayoría de personas del mundo antiguo daba por sentado, entre ciudadanía y una sola ciudad. De una forma sistemática, entonces sin parangón, hicieron posible no solo *convertirse en romano* sino también ser ciudadano de dos lugares a la vez: la ciudad natal y Roma. Y al crear nuevas colonias latinas por toda Italia, redefinieron la palabra «latino» de manera que ya no

representaba una identidad étnica sino un estatus político sin relación alguna con la raza ni con la geografía. Esto preparó el escenario para un modelo de ciudadanía y «pertenencia» que tuvo enorme importancia para las ideas de gobierno, derechos políticos, etnicidad y «nacionalidad» romanos. Este modelo se extendió poco después a territorios de ultramar y finalmente apuntaló al Imperio Romano.

CAUSAS Y EXPLICACIONES

No hay otro símbolo más gráfico del cambio de las relaciones de Roma con el mundo exterior a comienzos del siglo IV a. C. que la vasta muralla erigida en torno a la ciudad en los años posteriores a la salida de los galos, con un perímetro de 11 kilómetros y en algunos puntos con una anchura de 4 metros. Fue al mismo tiempo un proyecto constructivo gigantesco (más de cinco millones de horas de trabajo en la construcción, según un cálculo) y un símbolo presuntuoso de la prominencia de Roma y de su puesto en el mundo. No hay duda, y en ello coinciden los historiadores antiguos y modernos, de que la expansión militar de Roma fuera de su vecindario inmediato empezó en torno a esta época. Tampoco hay duda alguna de que la expansión, una vez iniciada, se sustentaba más que de otra cosa de los recursos de los efectivos que se incorporaban con las alianzas que seguían a las victorias.

No obstante, la cuestión de qué fue lo primero que provocó el cambio es un tema peliagudo. ¿Qué ocurrió a comienzos del siglo IV a. C. que provocase el inicio de esta nueva fase de actividad militar romana? Ningún escritor antiguo se aventura a dar una respuesta, más allá de la idea inverosímil de que se había plantado la semilla del dominio del mundo. Quizá la invasión de los galos creó en los romanos la determinación de no volver a ser sorprendidos de

aquella manera, de lanzarse a la ofensiva en lugar de verse forzados a actuar a la defensiva. Quizá solo se necesitaron un par de victorias afortunadas en las luchas endémicas de la región, seguidas de un par de alianzas y de los efectivos aportados, para encender el proceso de expansión. En cualquier caso, parece probable que los drásticos cambios en la política doméstica tuvieran algo que ver.

Hasta el momento, al examinar este período, he mantenido la historia interior de Roma separada de la historia de su expansión. Ayuda a que la historia sea más comprensible, pero tiende a oscurecer el impacto de la política doméstica en las relaciones más distantes, y viceversa. En 367 a. C., el Conflicto de los Órdenes había hecho algo mucho más importante y de mayor alcance que simplemente acabar con la discriminación política contra los plebeyos. Había sustituido de forma efectiva una clase dirigente definida por el nacimiento por otra definida por la riqueza y el éxito. Este es en parte el argumento del epitafio de Barbato: por más patricia que fuera la familia Escipión, lo que cuenta aquí son los cargos que ejerció, las cualidades personales que mostró y las batallas que ganó. No había logro más demostrable y más celebrado que la victoria en batalla, y el deseo de victoria entre la nueva élite era casi con toda seguridad un factor importante para la intensificación de la actividad militar y el fomento de la guerra.

Asimismo, el poder sobre pueblos cada vez más remotos y las exigencias de un ejército conquistador impulsaron muchas de las innovaciones que revolucionaron la vida en la propia Roma. Un ejemplo importante de ello es la acuñación. Desde comienzos de su historia, la ciudad tenía un sistema estándar para determinar el valor monetario mediante el peso de metal, como se pone de manifiesto en las Doce Tablas, que aplican multas en unidades de bronce.

Sin embargo, no hubo estampación como tal hasta finales del siglo IV a. C., cuando se acuñaron las primeras monedas romanas, en el sur de Italia, probablemente para sufragar la guerra o la construcción de carreteras.

En términos generales, si tuviéramos que preguntar qué fue lo que transformó el mundo relativamente simple de las Doce Tablas en el mundo relativamente complejo del año 300 a. C., el factor más influyente seguramente sería la extensión del dominio de Roma y las exigencias organizativas de la guerra a gran escala. Sencillamente, la logística del transporte, abastecimiento y equipamiento que comportaba montar una campaña de 16 000 romanos (para utilizar los cálculos de Livio), además de los aliados, exigía una infraestructura impensable a mediados del siglo V a. C. Aunque he intentado evitar términos tan modernos como «alianza» y «tratado» al referirme a la actividad romana del siglo V a. C., la red de conexiones romanas a través de toda la península y las diferentes definiciones de las relaciones de Roma con las distintas comunidades a finales del siglo siguiente hacen que dichos términos sean mucho menos inadecuados. La expansión militar de los romanos llevó a la sofisticación romana.

La tumba familiar de Escipión Barbato ofrece ahora un aspecto majestuosamente arcaico, y —con su burda piedra local, su decoración toscamente tallada y la ortografía ligeramente anticuada (*consol* en lugar de *consul*, por ejemplo)— debió de parecer pintoresca y pasada de moda a cualquier romano del siglo I a. C. que entrase en ella. No obstante, en sus días, Barbato formó parte de una nueva generación que definió una nueva forma de ser romano y que adjudicó a Roma un nuevo lugar en el mundo. Sus descendientes la llevaron aún más lejos, y es a ellos a quienes ahora nos dirigimos.

CAPÍTULO V

UN MUNDO MÁS GRANDE

LOS DESCENDIENTES DE BARBATO

Escipión Barbato se construyó una tumba de gran envergadura, y a lo largo de los siguientes ciento cincuenta años se unieron a él unos treinta descendientes suyos. En la familia Escipión había algunos de los nombres más famosos de la historia de Roma además de su cuota de fracasados e irresponsables. Se conservan más o menos completos ocho de sus epitafios, y varios de ellos conmemoran a la clase de romanos que normalmente no aparecen en la historia: los que no dieron la talla o que murieron jóvenes, y las mujeres. «El que aquí está enterrado nunca fue superado en *virtus*. Con solo veinte años fue confiado a la tumba: por si acaso preguntas por qué no se le confió ningún cargo político», explica el texto de un sarcófago de mediados del siglo II a. C. un poco a la defensiva. Otro tiene que recurrir a los logros del padre del joven («su padre aplastó al rey Antíoco»). Pero otros tenían de qué enorgullecerse. El epitafio del hijo de Barbato proclama: «Capturó Córcega y la ciudad de Aleria, y en agradecimiento consagró un templo a los Dioses de las Tormentas». Una tormenta casi hizo naufragar a su flota, y esta fue su ofrenda de agradecimiento a los dioses adecuados por el final feliz.

Otros miembros de la familia tendrían mayores empresas de que presumir. Publio Cornelio Escipión el Africano, bisnieto de Barbato, fue el hombre que en 202 a.

C. propició la derrota final de Aníbal: invadió la tierra natal del cartaginés en el norte de África y en la batalla de Zama, cerca de Cartago, aplastó a su ejército, con ayuda de los elefantes de Aníbal, que corrieron a la desbandada y pisotearon a su propio bando. La tumba del Africano estaba en su finca en el sur de Italia y se convirtió en una especie de lugar de peregrinaje para los romanos. Pero es casi seguro que entre los recordatorios de la tumba familiar estuvieron antaño el de su hermano Lucio Cornelio Escipión Asiático, el hombre «que aplastó al rey Antíoco» de Siria en 190 a. C.; el de su primo Gneo Cornelio Escipión Hispalo, cónsul en 176 a. C.; y el de su nieto Publio Cornelio Escipión Emiliano. Un miembro adoptado de la familia, Emiliano invadió el norte de África y terminó el trabajo del Africano: en 146 a. C. redujo a escombros la antigua ciudad de Cartago y vendió en esclavitud a la mayoría de los habitantes que habían sobrevivido.

Las trayectorias de estos hombres apuntan a un nuevo mundo de la política y expansión romanas a lo largo de los siglos III y II a. C. Estos son algunos de los protagonistas clave, famosos o infames, de la serie de campañas militares que facilitaron a la República de Roma el control de todo el Mediterráneo e incluso más allá. Sus engorrosos nombres resumen a la perfección aquel nuevo mundo. *Barbato* alude presumiblemente al aspecto del personaje, y *Emiliano* es una referencia al padre natural del hombre, Lucio *Emilio* Paulo, pero *Africano*, *Asiático* e *Hispalo* (que remite al servicio de su padre en *Hispania*) reflejan los nuevos horizontes del poder romano. Una forma razonable de traducir «Escipión el Africano» sería «Escipión el martillo de África».

A pesar de que todos eran hombres militares, los Escipiones eran mucho más. Como sin duda sabría todo aquel que contemplara la estatua del poeta romano Quinto

Ennio expuesta con orgullo junto a las del Africano y del Asiático en la elegante fachada de la tumba familiar, en plena revolución literaria romana, los Escipiones también fueron patrocinadores y valedores de la primera generación de la literatura romana. Y no es ninguna casualidad, porque el origen de la literatura en Roma estaba íntimamente relacionado con la expansión romana al otro lado del mar: «La Musa se impuso *de forma belicosa* a los violentos habitantes de Roma», como bien lo describió un escritor del siglo II a. C. El inicio del imperio y el de la literatura fueron dos caras de la misma moneda.

Durante siglos, los romanos habían utilizado la escritura con distintos fines: avisos públicos, normas y regulaciones, marcas de propiedad garabateadas en un recipiente. Sin embargo, el creciente contacto con las tradiciones del mundo griego, desde mediados del siglo III a. C., actuó de catalizador en la producción y conservación de la literatura como tal. Nació imitando a sus predecesores griegos, en diálogo, competencia y rivalidad, en un momento que habla por sí mismo. En 241 a. C., justo cuando los soldados y marinos romanos estaban finalmente ganando la primera guerra de Roma al otro lado del mar, en la isla de Sicilia, predominantemente griega, en algún lugar de Italia un hombre llamado Livio Andrónico estaba enfrascado en la tarea de adaptar al latín, del original griego, la primera tragedia que se representaría en Roma: fue puesta en escena al año siguiente, en 240 a. C.

Los antecedentes y la producción de Livio Andrónico son típicos de la mezcla cultural de esta primera literatura y de sus escritores. Llevó a cabo versiones latinas no solo de las tragedias griegas sino también de la *Odisea* de Homero. Había caído en la esclavitud como prisionero de guerra, probablemente de la ciudad griega de Tarento en el sur de

Italia, siendo después liberado. Una mezcla diferente es la de Fabio Píctor, el senador romano que escribió la primera historia de Roma: nacido y criado en Roma, compuso su obra en griego, que más tarde se tradujo al latín. En realidad, la literatura más antigua que se conserva en mayor número, escrita aproximadamente a caballo de los siglos III y II a. C. —las veintiséis comedias de Tito Maccio Plauto y Publio Terencio Afer («Plauto» y «Terencio» a partir de ahora)— son versiones cuidadosamente romanizadas de predecesores griegos, que presentan desventuradas historias de amor y cuentos absurdos de identidades equivocadas a menudo situadas en Atenas, aunque también salpicadas de bromas sobre togas, baños públicos y desfiles triunfales. Se decía que Terencio, que vivió a comienzos del siglo II a. C., era otro ex esclavo, originario de Cartago.



29. Plato romano del siglo III a. C. en el que aparece un elefante con una torre de combate en el lomo y su cría detrás. Por muy dudosa que fuera la ventaja militar que ofrecían, los elefantes pronto se convirtieron en una poderosa presencia en la imaginación popular romana.

Plato romano del siglo III a. C. en el que aparecen elefantes, Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia, Roma. Foto © DEA / G. Nimatallah / De Agostini / Getty Images

Como bien sugiere la estatua del exterior de la tumba, Escipión el Africano fue uno de los valedores de Ennio, famoso por su poema épico latino de varios volúmenes sobre la historia de Roma desde la guerra de Troya hasta sus días, a comienzos del siglo II a. C.: otro oriundo del sur de Italia, que hablaba con fluidez latín, griego y su osco nativo (un recordatorio de la variedad lingüística de la península). Emiliano alardeaba de tener aún más intereses literarios, tanto en latín como en griego. Tenía tan estrechas relaciones con Terencio que algunos rumores maliciosos se preguntaban si no habría escrito él algunas obras en su nombre. ¿No era el latín demasiado elegante para alguien con los antecedentes de Terencio? Además, Emiliano era famoso porque tenía a los clásicos griegos en la punta de la lengua. Mientras Cartago ardía en llamas en 146 a. C., un testigo presencial le vio derramar una lágrima y le oyó citar de memoria un oportuno verso sobre la caída de Troya de la *Ilíada* de Homero. Estaba reflexionando que un día aquel mismo destino podía afligir a Roma. Fueran o no lágrimas de cocodrilo, surtieron efecto.

Este testigo presencial era el más íntimo de los amigos literarios y conocidos de Emiliano, un historiador griego, residente en Roma, y de nombre Polibio. Agudo observador de la política romana interior y exterior, con una perspectiva única sobre Roma desde dentro y desde fuera, planea sobre el resto del presente capítulo por ser el primer escritor en plantear algunas de las grandes preguntas que trataremos de

responder. ¿Por qué y cómo llegaron los romanos a dominar gran parte del Mediterráneo en tan poco tiempo? ¿Qué había de peculiar en el sistema político romano? O como lo planteó severamente Polibio: «¿Quién podría ser tan indiferente o tan frívolo como para no querer averiguar *cómo y bajo qué clase de organización política* fue conquistada casi la mitad del mundo habitado cayendo bajo el exclusivo poder de los romanos en menos de cincuenta y tres años, algo que no tenía precedentes? ¿Quién en realidad?».

CONQUISTA Y CONSECUENCIAS

Los «cincuenta y tres años» de Polibio cubrían el final del siglo III a. C. y el comienzo del siglo II a. C., pero hacía unos sesenta años que los romanos se habían enfrentado por primera vez a un enemigo de ultramar. Fue Pirro, el gobernante de un reino del norte de Grecia, quien en 280 a. C. navegó hacia Italia para apoyar a la ciudad de Tarento contra los romanos. Su autodespectiva broma, de que sus victorias contra los romanos le costaban tantos hombres que no podía permitirse ninguna más, está detrás de la moderna expresión «victoria pírrica», cuyo significado es que uno paga un precio tan elevado que equivale a una derrota. La expresión es más bien amable con el lado romano de la historia, porque Pirro fue un serio rival para ellos. Dicen que Aníbal lo consideraba el líder militar más grande después de Alejandro Magno y, según varias anécdotas afectuosas, era una especie de simpático comediante. Fue el primero en recurrir a la treta de llevar elefantes a Italia y en una ocasión se le atribuye haber intentado, sin éxito, desconcertar a un visitante romano sacando una de sus bestias de detrás de una cortina. Es también el primer personaje de la historia de Roma al que verosímilmente podemos poner rostro.



30. Este retrato de Pirro realizado más de doscientos años después de su muerte, hallado en una espléndida villa en las afueras de Herculano, es muy probable que se remonte a una imagen suya hecha mientras vivía. Hay varios «retratos» primitivos de romanos, o de sus enemigos, pero ninguno de ellos puede ser atribuido con fiabilidad a ningún personaje histórico. En este vemos por primera vez el rostro real de un protagonista de la historia de Roma.

Retrato de Pirro, siglo I a. C. ?, procedente de la Villa de los Papiros, Herculano, Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. Foto © DEA / A. Dagli Orti / De Agostini / Getty Images

Desde la invasión de Pirro hasta 146 a. C. —cuando los ejércitos romanos destruyeron Cartago, al final de la llamada tercera guerra púnica (del latín *Punicus*, «cartaginés»), y casi simultáneamente, la rica ciudad griega de Corinto— hubo guerras más o menos continuadas entre Roma y sus enemigos de la península y al otro lado del mar. Un antiguo erudito destacó el año «en que Gayo Atilio y Tito Manlio fueron cónsules» (235 a. C.) como el único momento de aquel período en que no hubo hostilidades.

Los conflictos más celebrados, y más devastadores, fueron las dos primeras guerras púnicas contra Cartago. La primera duró más de veinte años (desde 264 hasta 241 a. C.), y se libró en gran parte en Sicilia y en el mar alrededor

de la isla, a excepción de una desastrosa expedición a tierras cartaginesas, en el norte de África. Terminó con Sicilia bajo dominio romano, y pocos años después también cayeron Cerdeña y Córcega. El epitafio del hijo de Barbato sin duda exagera sus logros al decir que «capturó» la isla. En un extraordinario hallazgo reciente, se han sacado del fondo del mar Mediterráneo algunos detritos de la última batalla naval entre romanos y cartagineses. Justo a la altura de la costa siciliana, cerca del lugar donde se supone que se enfrentaron las dos flotas, arqueólogos submarinos que exploran la zona desde 2004 han recuperado varios espolones de bronce de naves de guerra hundidas (en su mayoría romanas, aunque también hay un barco cartaginés), junto con ocho cascos de bronce por lo menos, uno de ellos con huellas de grafitos púnicos, probablemente rascados por su propietario ahogado, y ánforas de cerámica que debían de llevar las provisiones de los barcos (véase lámina 8).



31. La historia de Marco Atilio Régulo dio un sesgo heroico a la desastrosa expedición romana al norte de África en la primera guerra púnica. Tras una

derrota de los romanos en 255 a. C., los cartagineses lo liberaron para que regresase a casa a negociar una tregua, con la condición de que volviera. En Roma, Régulo presionó para que se firmase un tratado de paz y después, fiel a su palabra romana, regresó a Cartago para afrontar la muerte. Esta pintura decimonónica recrea su última partida de Roma, a pesar de las súplicas de su familia.

Atilio Régulo despidiéndose de su familia antes de emprender su viaje a Cartago para enfrentarse a una muerte segura, de Sigismund Nappi (1826), Pinacoteca di Brera, Milán. Foto © akg-images / De Agostini Picture Library

La segunda guerra púnica, que se libró entre 218 y 201 a. C., tuvo lugar en un ámbito geográfico muy diferente. Hoy se recuerda por el heroico fracaso de Aníbal, que cruzó los Alpes con sus elefantes (más bien un golpe de propaganda que un recurso práctico militar) e infligió numerosas bajas a los romanos en Italia, especialmente en 216 a. C. en la batalla de Cannas en el sur. Tras más de una década de guerra inconclusa, el gobierno de Aníbal, cada vez más inquieto por toda aquella aventura y ahora con el ejército invasor del Africano al que hacer frente, reclamó su regreso a Cartago. Pero no fue solamente una guerra de Italia y del norte de África. Había empezado con un enfrentamiento entre romanos y cartagineses en Hispania, de ahí que los romanos estuviesen combatiendo allí durante gran parte del siglo II a. C. La posibilidad de que Aníbal lograra el apoyo de Macedonia empujó a los romanos a una serie de guerras en el norte de Grecia que terminaron con la derrota del rey macedonio Perseo en 168 a. C. por parte de Emilio Paulo, padre natural de Escipión Emiliano, y poco después con el control romano sobre todo lo que hoy llamamos Grecia continental.

Es más, los romanos estaban también involucrados en importantes conflictos con los galos en el lejano norte de Italia en la década de 220 a. C. Asimismo, llevaban a cabo periódicas intervenciones al otro lado del Adriático, en parte para ocuparse de los llamados piratas (un término comodín que englobaba a los «enemigos en barco») que recibían

apoyo de las tribus y reinos de la costa de enfrente; o eso decían. Por otro lado, en 190 a. C., bajo el mando de Escipión Asiático, derrotaron definitivamente a Antíoco «el Grande» de Siria. Este no solo estaba ocupado tratando de asemejarse a Alejandro Magno y, en consecuencia, extender su poder territorial, sino que también había dado refugio a Aníbal, ahora exiliado de Cartago, que, según decían, ofrecía lecciones magistrales al rey de cómo hacer frente a los romanos.

Un rasgo definitorio de la vida de los romanos eran las campañas militares, y los escritores romanos organizaron la historia de este período, como ya he explicado, en torno a la sucesión de guerras, dándoles títulos abreviados que han perdurado hasta nuestros días. Cuando Salustio tituló su ensayo sobre la conjura de Catilina *La guerra de Catilina*, o *Bellum Catilinae*, no hacía más que reflejar, aunque quizá en clave de parodia, la tradición romana de contemplar la guerra como *el* principio estructurador de la historia. Se ha conservado un fragmento de un poema épico de Ennio sobre la historia de Roma que hace referencia explícita a «la segunda guerra púnica», en la que él mismo combatió como aliado romano. Lo escribió antes de que comenzase la tercera.

En la práctica, los romanos invertían ingentes recursos a la guerra y, aun saliendo victoriosos, pagaban un precio enorme en vidas humanas. A lo largo de este período, entre el 10 y el 25% de la población masculina adulta tenía que servir en las legiones cada año, una proporción mucho mayor que en cualquier otro Estado preindustrial y, según las estimaciones más altas, comparable al índice de reclutamiento de la primera guerra mundial. En Cannas combatieron el doble de legiones que las que habían luchando en Sentino unos ochenta años antes: un elocuente

indicador del creciente tamaño de estos conflictos y de la cada vez más compleja y exigente logística de equipamiento, abastecimiento y transporte animal. Un ejército del tamaño del que los romanos y sus aliados desplegaron en Cannas habría necesitado, por ejemplo, alrededor de cien toneladas de trigo diarias. Los acuerdos con las comunidades locales que esto implicaba, la columna de centenares de animales de carga, que se añadían a las demandas consumiendo necesariamente parte de lo que transportaban, y las redes de recogida y distribución habrían sido inconcebibles a comienzos de siglo.

Todavía es más difícil poner una cifra a las bajas: no había un cálculo sistemático de muertos en un campo de batalla de la Antigüedad, por consiguiente, hay que tratar con cautela todos los números que ofrecen los textos antiguos, víctimas de la exageración, de la mala interpretación y, a lo largo de los años, de terribles errores de copia por parte de los monjes medievales. Sin embargo, el monto total de bajas romanas que proporciona Livio para todas las batallas que él mismo documenta de los treinta primeros años del siglo II a. C., sin incluir las pérdidas masivas padecidas contra Aníbal, asciende a poco más de 55 000 muertos. Esta cifra es demasiado baja. Es posible que hubiera una tendencia patriótica a minimizar las pérdidas de los romanos; no queda claro si se incluye también a los aliados y a los ciudadanos romanos; debió de haber batallas y escaramuzas que no aparecen en la lista de Livio; y aquellos que murieron a consecuencia de sus heridas sin duda debieron de ser muchos (en la mayoría de los casos, las armas antiguas servían más para herir que para matar directamente: la muerte sobrevinía después, por infección). No obstante, nos da una pista del coste humano de esta guerra solo en el bando romano. El número de muertos del

bando de los derrotados es aún más difícil de calcular, pero indudablemente debió de ser peor.

Sin embargo, es necesario ir más allá de la carnicería, por terrible que fuera, fijarse mejor en la realidad y la organización del combate e investigar la política doméstica que subyacía detrás de la expansión romana, así como las ambiciones de los romanos y la amplia geopolítica del antiguo Mediterráneo que pudo haberla alentado. Polibio es el guía más importante, pero hay otro testimonio contemporáneo harto elocuente (a menudo documentos inscritos en piedra) que permite rastrear algunas de las interacciones entre los romanos y el mundo exterior. Todavía se conservan relatos que retratan de primera mano las desconcertantes experiencias en Roma de enviados procedentes de pequeñas poblaciones griegas, y todavía podemos leer los textos de tratados detallados entre los romanos y estados extranjeros. El fragmento más viejo, de 212 a. C., es parte de un acuerdo mucho más extenso entre Roma y un grupo de ciudades griegas, y establece reglas precisas sobre cómo ha de repartirse el botín de guerra entre Roma y los demás: básicamente, ciudades y casas para los griegos y los bienes muebles para los romanos.

También hubo consecuencias para la propia Roma del éxito militar al otro lado del mar. La revolución literaria solo fue una parte. A mediados el siglo II a. C., los beneficios de la guerra habían convertido a la población romana, con mucho, en la más rica del mundo conocido. Miles y miles de cautivos se convirtieron en mano de obra esclava que trabajaba en los campos, minas y molinos romanos, que explotaban los recursos a una escala mucho más intensiva que antes, incrementando la producción y el crecimiento económico romano. Carretas cargadas de lingotes, cogidos (o robados) de las ricas ciudades y reinos orientales,

abarrotaban el bien custodiado sótano del templo de Saturno en el foro, que hacía las veces de «tesoro» del Estado. Y todavía quedaba suficiente para llenar los bolsillos de los soldados, desde el general más imponente hasta el recluta más bruto.

Los romanos tenían mucho que celebrar. Parte del efectivo se invertía en nuevas instalaciones cívicas, desde la construcción de nuevas instalaciones portuarias e inmensos almacenes junto al Tíber hasta nuevos templos que se alineaban en las calles, conmemorando la ayuda de los dioses que procuraban las victorias portadoras de toda aquella riqueza. Es fácil imaginar el contento general cuando en 167 a. C. Roma se convirtió en un estado libre de impuestos: el tesoro era tan desbordante, gracias, en particular, al botín de la reciente victoria sobre Macedonia, que se suspendieron los impuestos directos de los ciudadanos romanos, excepto emergencias, aunque siguieron sujetos a otro tipo de recaudaciones, como tasas arancelarias o un impuesto especial por la liberación de esclavos.

No obstante, estos cambios también fueron desestabilizadores. No era solamente que algunos moralistas cascarrabias se preocupasen por los peligrosos efectos de toda aquella riqueza y «lujo» (como ellos decían). La expansión del poder romano suscitó grandes debates y paradojas sobre el lugar que ocupaba Roma en el mundo, sobre lo que se consideraba «romano» cuando la mayor parte del Mediterráneo estaba bajo control de los romanos y sobre dónde estaba la frontera entre la barbarie y la civilización, y en qué lado de la frontera estaba Roma. Cuando, por ejemplo, al final del siglo III a. C. las autoridades romanas recibieron a la diosa Gran Madre procedente de las montañas de lo que hoy es Turquía y la instalaron solemnemente en un templo del Palatino, con todo su

séquito de sacerdotes autocastrados de pelo largo que se autoflagelaban: ¿hasta qué punto era todo aquello romano?

En otras palabras, vencer conllevó sus propios problemas y paradojas. Pero incluso la definición de «vencer» y «perder» puede resultar incierta. Aquellas incertidumbres se ponen de manifiesto en la historia de la batalla de Cannas, en la segunda guerra púnica. Esta contienda nos proporciona un atisbo de la estrategia, de la táctica y del verdadero rostro de los antiguos combates, pero para Polibio, y quizá también para Aníbal, suscitó la cuestión de si la derrota más flagrante de Roma no era en cierto modo el mayor indicador de su poder.

CANNAS Y EL ESQUIVO ROSTRO DE LA BATALLA

En 216 a. C. las autoridades de Roma llevaron a cabo lo que Livio llama «un ritual muy poco romano». Enterraron vivas en el centro de la ciudad a dos pares de víctimas humanas, galos y griegos. Es lo más cerca que jamás llegaron los romanos de los sacrificios humanos, y el bochorno de Livio al relatar la historia es evidente. Sin embargo, no era la primera vez que lo hacían: el mismo ritual se había oficiado en 228 a. C. frente a una invasión gala procedente del norte, y de nuevo en 113 a. C. cuando se cernía otra invasión semejante. En 216 a. C. el sacrificio fue provocado por la victoria previa de Aníbal aquel mismo año en Cannas, a 320 kilómetros de distancia en dirección sureste, que había dejado un ingente número de romanos muertos tras una sola tarde de combate (los cálculos varían desde 40 000 a 70 000; dicho de otro modo, a un ritmo de cien muertes por minuto). Hay todo tipo de enigmas respecto a este cruel ritual. ¿Por qué la elección de estas nacionalidades? ¿Qué relación tenía con el enterramiento similar de vírgenes

vestales vivas acusadas de haber roto el voto de castidad (que también se produjo en 216 a. C. y en 113 a. C.)? Sin duda apunta al temor y al pánico que se apoderó de Roma, para considerarlo desde su punto de vista, tras la sorprendente victoria de Aníbal.

La batalla de Cannas y la historia completa de la segunda guerra púnica han fascinado desde entonces a generales, expertos e historiadores. Probablemente ninguna guerra se haya librado tantas veces en tantos estudios y salas de conferencias o examinado con tanta atención por militares del mundo moderno, desde Napoleón Bonaparte hasta el mariscal de campo Montgomery y Norman Schwarzkopf. Las causas siguen siendo tan confusas en cuanto a especulación y conjeturas como siempre lo han sido. Retrospectivamente, para los romanos se convirtió en otro enfrentamiento de superpotencias y en tema de poesía épica. La *Eneida* de Virgilio le da incluso un origen mítico en la prehistoria romana, cuando la reina cartaginesa Dido, abandonada por su amante Eneas (que había partido para fundar Roma), se arroja a una pira funeraria maldiciéndole a él y a toda su raza. En realidad, es difícil desentrañar los motivos romanos o los cartagineses. Cartago, con su privilegiada ubicación en la costa del norte de África, con impresionantes puertos y con un paisaje urbano más espectacular que el de la Roma contemporánea, tenía grandes intereses comerciales en el Mediterráneo occidental y posiblemente tenía razones para desconfiar del creciente poder de su rival en Italia. Los escritores antiguos y modernos han señalado, en mayor o menor medida, a la provocación que Aníbal lanzó a Roma en Hispania y al resentimiento de Aníbal contra Roma por su victoria en la primera guerra púnica. En el último recuento, hay más de treinta versiones de lo que realmente subyacía tras el

conflicto.

Para muchos analistas, las elecciones estratégicas de los romanos y de los cartagineses son verdaderamente fascinantes y reveladoras. En el bando de Aníbal, dicha elección va mucho más lejos que los rompecabezas predilectos sobre qué ruta debió de haber tomado con los elefantes para atravesar los Alpes o si su famoso truco de partir los peñascos alpinos vertiendo vinagre por encima pudo haber funcionado (probablemente no). La cuestión principal ha sido siempre por qué demonios, tras la aplastante victoria de Cannas, no siguió adelante y tomó la ciudad de Roma mientras tuvo la oportunidad, en vez de dar tiempo a los romanos para que se recuperasen. Livio imagina a uno de los oficiales de Aníbal, llamado Maharbal, diciéndole: «Sabéis cómo obtener una victoria, Aníbal; no sabéis cómo sacar provecho de ella». Montgomery es solo uno de los muchos generales que están de acuerdo con Maharbal. Aníbal era un extraordinario soldado y un osado aventurero que tuvo el premio final al alcance de sus manos, pero que por alguna inescrutable razón (falta de coraje o algún defecto de carácter) no fue capaz de hacerse con él. De ahí su encanto trágico.

La victoria final de los romanos pone de relieve un enfrentamiento mucho más realista de estrategia y estilo militar entre, por un lado, Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator —los tres últimos nombres, «el más grande, verrugoso, el que retrasa», son una característica combinación romana de alarde y de realismo— y, por el otro, Escipión el Africano. Fabio asumió el mando justo antes de Cannas, trató de evitar batallas campales con Aníbal y jugó a dejar pasar el tiempo, combinando las tácticas de guerrilla con la política de tierra quemada, para desgastar al enemigo (de ahí «el que retrasa»). Para algunos

observadores, esta astuta estrategia acabó triunfando. A pesar de su estrecha relación con el Africano, Ennio atribuyó a Fabio haber asegurado la supervivencia de Roma: «Un solo hombre nos devolvió el Estado a base de esperar [*cunctando*]», escribió. George Washington, el «Fabio americano», como a veces se le ha llamado, optó por una táctica similar al comienzo de la guerra de Independencia americana, hostigando en vez de enfrentarse directamente al enemigo, e incluso la Sociedad Fabiana de la izquierda británica adoptó su nombre y su ejemplo; el mensaje era: «Si queréis que la revolución triunfe, tenéis que tomaros vuestro tiempo, como Fabio». Pero siempre han existido aquellos que consideraban que Fabio era más bien un remolón o un indeciso que un astuto estratega, comparado con el más atrevido Escipión el Africano, que finalmente tomó el mando y convenció al Senado para que le permitiera trasladar la guerra a África y acabar allí con Aníbal. En su descripción de aquella reunión del Senado, Livio escribe un debate en gran medida imaginario entre el cauto Fabio, ya entrado en años, y el Africano, la enérgica estrella emergente. En él polariza no solo sus diferentes formas de abordar la guerra sino también las diferentes formas de entender la *virtus* romana. ¿Acaso «virilidad» significa necesariamente rapidez y vigor? ¿Podía ser heroico el hecho de ser lento?

No obstante, el generalato retrospectivo puede llevar a engaño, especialmente cuando se trata de recrear lo que sucedió en una determinada batalla. Hablar de táctica, con todos los espléndidos diagramas militares que suelen acompañarla, proporciona una versión altamente esterilizada de la guerra romana y da a entender que sabemos más del rostro de la batalla romana de lo que en realidad sabemos; incluso sobre un enfrentamiento tan trascendental como el

de Cannas. Es verdad que hay extensos relatos en Polibio (que debió de haber consultado a testigos presenciales), Livio y otros historiadores, pero son incompatibles en los detalles, difíciles de seguir y en algunos lugares casi carentes de sentido. Ni siquiera sabemos dónde tuvo lugar exactamente la batalla, y las distintas ubicaciones que se han propuesto son el resultado de intentar encajar versiones contradictorias de escritores antiguos con el trazado del terreno, tal como debió de ser entonces, sin olvidar el cambio de curso del río cercano. Es más, a pesar de la casi mítica admiración moderna por los planes de combate de Aníbal en Cannas, que todavía aparecen en el temario de las academias militares, estos no fueron más que una versión astuta de rodear al enemigo por la espalda. Esta era precisamente la treta que los antiguos generales siempre intentaban si podían, pues ofrecía la mejor oportunidad de rodear al adversario y la única forma fiable de matar o de capturar gran número de enemigos.

En efecto, resulta difícil imaginar qué otras tácticas más sofisticadas podían haberse desplegado en una batalla antigua con más de 100 000 hombres en el campo. Es un completo misterio desentrañar cómo podían haber transmitido instrucciones efectivas a sus ejércitos o cómo podían haber sabido lo que estaba ocurriendo en los distintos puntos del combate. Añadamos a todo esto las fuerzas políglotas, tanto los mercenarios multinacionales como los aliados no latinoparlantes de los romanos, los extraños momentos estelares (al parecer algunos galos combatían desnudos), la caballería tratando de maniobrar y luchar sin ayuda de los estribos (un invento posterior) y, en algunos enfrentamientos (aunque no en Cannas, porque para entonces los de Aníbal ya habían muerto todos), elefantes heridos corriendo a la desbandada y cargando

contra sus propias líneas, y el resultado es el caos. Emilio Paulo quizá estuviera pensando en todo esto cuando observó: «Un hombre que sabe cómo vencer en batalla sabe también cómo dar un banquete y cómo organizar juegos». Normalmente se interpretan sus palabras en relación con la conexión entre la victoria militar y el espectáculo; pero puede que también estuviera aludiendo a que el talento de un general de éxito no iba mucho más lejos de la pericia organizativa básica.

Sin embargo, Cannas fue efectivamente un punto de inflexión crucial en la segunda guerra púnica, y en la larga historia de la expansión militar romana, precisamente porque los romanos perdieron allí a tantos hombres y casi se quedaron sin dinero. En el curso de la guerra se redujo el peso de la moneda básica de bronce, el *as*, de casi 300 gramos hasta poco más de 50. Y Livio nos cuenta que en 214 a. C. se pidió a los romanos que pagasen para equipar la flota con tripulación; claro indicativo del patriotismo que rodeaba al esfuerzo de guerra, de la falta de liquidez del tesoro público, pero también de la cantidad de dinero efectivo que todavía estaba en manos privadas, a pesar de la crisis. Cualquier otro Estado antiguo en aquellas condiciones se habría visto obligado a rendirse. Nada subraya mejor la importancia de las enormes reservas de efectivos de ciudadanos y aliados de Roma que el simple hecho de continuar combatiendo en aquella guerra. A juzgar por los actos de Aníbal después de Cannas, es posible que también él se percatase de esto. Puede que no fuera la falta de arrojo lo que le disuadió de entrar en Roma. Al darse cuenta de que la fuerza de combate aliada alimentaba la resistencia de Roma, se decantó por el lento proceso de derrotar a los aliados itálicos: con cierto éxito, pero nunca en número suficiente como para socavar la perdurabilidad de

Roma.

Polibio debía de tener esto en mente cuando decidió insertar en sus *Historias* una larga digresión sobre la fuerza del sistema político romano, como el que había en la época de Cannas. Su objetivo general era explicar por qué los romanos habían conquistado el mundo, y parte de aquella explicación se basaba en la fuerza y estabilidad de las estructuras políticas internas. Su relato constituye la primera descripción más o menos contemporánea de la vida política romana que se ha conservado (Polibio se remontaba a unos cincuenta años atrás, pero mezclaba también observaciones de su propio tiempo), y a la vez el primer intento de análisis teórico de cómo funcionaba la política romana, algo que todavía marca el orden del día.

POLIBIO SOBRE LA POLÍTICA DE ROMA

Polibio, que conoció Roma como amigo y como enemigo, gozaba de una posición única para reflexionar acerca del auge de la ciudad y de sus instituciones. Nacido en la aristocracia política de una ciudad del Peloponeso, estaba en la treintena cuando, en 168 a. C., Emilio Paulo derrotó al rey Perseo, y se encontró formando parte de los mil griegos detenidos y llevados a Roma como parte de la purga política, o medida preventiva, que siguió a la derrota. La mayoría fueron puestos bajo un régimen laxo de arresto domiciliario y dispersados por las distintas ciudades de Italia. Polibio, que ya se había ganado una reputación como escritor, tuvo más suerte. Pronto entabló relación con Emiliano y su familia (al parecer se conocieron con ocasión del préstamo de unos libros) y se le permitió quedarse en Roma, donde se convirtió en tutor *de facto* del joven estableciendo un vínculo tan estrecho como el de «padre e hijo». Más de doscientos años después todavía se citaban, o se citaban erróneamente,

fragmentos de los consejos de Polibio a Emiliano. «Nunca regreses del foro —se supone que le instó— hasta que no hayas hecho por lo menos un nuevo amigo.»

Los rehenes supervivientes fueron liberados en torno a 150 a. C. Solo trescientos seguían vivos, y un romano honesto se lamentó de que el Senado malgastara el tiempo «debatiendo si los griegos ancianos habían de ser inhumados por enterradores aquí o en Grecia». Polibio regresó enseguida con sus asociados romanos, viajó con el ejército a Cartago y actuó de intermediario en las negociaciones que siguieron a la destrucción de Corinto en 146 a. C. Todavía estaba escribiendo sus *Historias*, que ocuparon cuarenta libros, centrados principalmente en los años que van desde 220 hasta 167 a. C., con breves escenas retrospectivas de la primera guerra púnica y un epílogo que cierra la historia en 146 a. C. Fueran quienes fueran los lectores, griegos o romanos, a los que se dirigía Polibio, su obra se convirtió en un importante punto de referencia para los posteriores romanos que trataban de comprender el auge de su ciudad. Sin duda estaba sobre el escritorio de Livio mientras escribía su *Historia*.



32. Esta imagen de Polibio fue erigida en el siglo II a. C. en una pequeña ciudad de Grecia por un hombre que aseguraba ser uno de los descendientes del historiador. El único «retrato» suyo que se ha conservado carece de parecido realista. De hecho, se le representa con el atuendo de un guerrero de la Grecia clásica del siglo V a. C., trescientos años antes de su época. Para complicar aún más las cosas, la escultura original se ha perdido y tan solo ha sobrevivido el molde de yeso que se muestra aquí.

Retrato de Polibio a partir de un molde de yeso del Museo Nazionale della Civiltà Romana, Roma. Foto © akg-images / De Agostini Picture Library

Como era de esperar, a los historiadores modernos les resulta difícil saber dónde situar la frontera entre el Polibio rehén de los romanos y crítico del gobierno romano y el Polibio colaborador romano. Sin duda, más de una vez llevó a cabo hábiles malabarismos entre sus diferentes lealtades, dando consejos entre bambalinas a un distinguido rehén sirio sobre cómo escabullirse de su arresto, mientras insistía en sus *Historias* en que el día de la gran huida él estaba en casa, «enfermo en cama». Pero fuera cual fuese la posición política de Polibio, tenía la ventaja de conocer las dos caras de la historia romana, y tuvo la oportunidad de interrogar a algunas de las figuras romanas más destacadas. Diseccionó la

organización interna de Roma, que según él apuntalaba su éxito en el extranjero, desde la ventajosa perspectiva que constituían dos décadas de experiencia de primera mano con toda la sofisticación de la teoría política griega en la que había sido educado en su tierra natal. De hecho, su obra es uno de los primeros intentos de antropología política comparativa que se ha conservado.

No es de extrañar que su relato sea una maravillosa combinación de aguda observación, desconcierto y en ocasiones desesperados intentos de teorizar la política romana en sus propios términos. Examinó su entorno romano y a sus nuevos amigos con minuciosidad. Destacó, por ejemplo, la importancia de la religión, o «el temor de los dioses», para controlar el comportamiento romano, y estaba impresionado con la eficiencia sistemática de la organización romana; de ahí su importante, pero a menudo obviada, argumentación acerca de las disposiciones militares, con sus normas de aprende tú mismo a la hora de levantar un campamento, sobre dónde debería montarse la tienda del cónsul, cómo planificar un transporte de equipaje de legionarios, y sobre el brutal sistema de disciplina. Fue lo suficientemente agudo como para penetrar bajo la superficie de las distintas costumbres y pasatiempos favoritos de los romanos hasta hallar la importancia social subyacente. Todas aquellas historias del valor romano, del heroísmo y autosacrificio que debió de haber oído, contadas una y otra vez alrededor de las hogueras de los campamentos militares y de las mesas de cena, no eran simplemente para divertir, concluyó. Su función era la de alentar a los jóvenes a imitar las hazañas bizarras de sus antepasados: eran un aspecto del espíritu de emulación, ambición y competición que corría por la élite de la sociedad romana.

Otro aspecto de esto, que él transforma en un extenso

aunque ligeramente macabro caso práctico, se manifestaba en los funerales de los «hombres distinguidos». Una vez más, Polibio debió de haber presenciado un buen número de ellos como para extraer su significado más profundo. El cuerpo, explica, se trasladaba al foro y se depositaba en la *rostra*, normalmente apoyado hasta quedar en una posición vertical, para que todo el público pudiera verlo. En la procesión que se realizaba a continuación, los miembros de la familia llevaban máscaras hechas a semejanza de los antepasados del difunto e iban vestidos con la indumentaria correspondiente a los cargos que habían ejercido (togas con la franja púrpura, etc.), como si todos estuvieran presentes «vivos y coleando». El discurso del funeral, pronunciado por un miembro de la familia, empezaba con la enumeración de los logros alcanzados por el cadáver depositado sobre la *rostra*, pero luego proseguía con las trayectorias de todos los demás personajes, que en aquel momento estaban sentados en sillas de marfil, o por lo menos revestidas de marfil, alineadas junto al difunto. «La consecuencia principal de todo esto —concluye Polibio— es inspirar a la generación de los jóvenes a soportar toda clase de sufrimientos por el bien común, con la esperanza de alcanzar la gloria que pertenece a los valientes.»

Quizá sea esta una visión de color de rosa del aspecto competitivo de la cultura romana. Al final, la competitividad desenfundada contribuyó más a destruir que a sostener la República. No es descabellado conjeturar que por cada joven romano inspirado para alcanzar los logros de sus ancestros, había otro oprimido por el peso de la tradición y las expectativas que habían sido depositadas en él, como el propio Polibio podría haber constatado si hubiera decidido reflexionar sobre todas aquellas historias de la cultura romana en las que los hijos mataban a sus padres. Es un

punto de vista perfectamente resumido en las palabras de otro epitafio de la tumba de los Escipiones, que resulta tentador pensar que Polibio pudo haber visto: «Tuve descendencia. Traté de igualar las gestas de mi padre. Me gané el elogio de mis ancestros para que estuvieran satisfechos de que yo hubiera nacido de ellos. Mi carrera ha ennoblecido mi linaje».

Sin embargo, en el centro de la argumentación de Polibio hay cuestiones fundamentales. ¿Cómo se podía describir el sistema político romano en su conjunto? ¿Cómo funcionaba? Nunca hubo una constitución romana escrita, pero Polibio vio en Roma el perfecto ejemplo de un viejo ideal filosófico griego puesto en práctica: la «constitución mixta», que combinaba los mejores aspectos de la monarquía, la aristocracia y la democracia. Los cónsules — que tenían el mando militar absoluto, podían convocar asambleas del pueblo y podían dar órdenes a todos los funcionarios (a excepción de los tribunos de la plebe)— representaban el elemento monárquico. El Senado, que por aquel entonces estaba al frente de las finanzas de Roma, era responsable de las delegaciones enviadas a y desde otras ciudades y de la supervisión *de facto* de la ley y la seguridad en todo el territorio romano y aliado, representaba el elemento aristocrático. El pueblo representaba el elemento democrático. Aquello no era democracia ni era «el pueblo» en el sentido moderno; no existía nada parecido al sufragio universal en el mundo antiguo: las mujeres y los esclavos nunca tuvieron derechos políticos formales en ningún lugar. Polibio se refería al grupo de ciudadanos masculinos en su conjunto. Como en la Atenas clásica, ellos, y solo ellos, elegían a los funcionarios del Estado, aprobaban o rechazaban leyes, tomaban la decisión final de ir a la guerra y ejercían como tribunal judicial para delitos graves.

El secreto, sugería Polibio, residía en una delicada relación de equilibrio de poderes entre cónsules, el Senado y el pueblo, para que ni la monarquía, ni la aristocracia, ni la democracia prevalecieran por completo. Los cónsules, por ejemplo, podían tener pleno mando monárquico en campaña, pero primero tenían que ser elegidos por el pueblo, y dependían del Senado para financiarse. El Senado era el que decidía si un general de éxito debía ser premiado con un triunfo al final de su campaña, y se precisaba el voto del pueblo para ratificar cualquier tratado que se quisiese firmar. Y así sucesivamente. Polibio argumentaba que eran estos equilibrios en el sistema político los que favorecían la estabilidad interna sobre la que se construía el éxito exterior de Roma.

Se trata de un análisis inteligente y sensible a las pequeñas diferencias y sutiles matices que distinguen a un sistema político de otro. Sin lugar a dudas, en algunos aspectos Polibio intenta meter con calzador la vida política que presencié en Roma en un modelo analítico griego que no encaja. Aderezar su argumentación con términos como «democracia» es profundamente engañoso. La «democracia» (*demokratia*) estaba arraigada política y lingüísticamente al mundo griego. Nunca fue un grito de guerra en Roma, ni siquiera en el sentido antiguo limitado ni tampoco para los políticos populares romanos más radicales. En gran parte de los textos conservados que se han conservado, la palabra significa algo así como «gobierno del populacho». No tiene demasiado sentido preguntarse cuán «democráticas» eran las políticas de la Roma republicana: los romanos luchaban por, y para, la libertad, no la democracia. No obstante, en cierto modo, al impulsar a sus lectores a no perder de vista al pueblo en su imagen de la política romana y a mirar más allá del poder de los funcionarios elegidos y del Senado

aristocrático, Polibio inició un importante debate que aún hoy perdura. ¿Hasta qué punto influía la voz popular en la política romana de la República? ¿Quién controlaba Roma? ¿Cómo podríamos definir *nosotros* el sistema político romano?

Es bastante fácil pintar el panorama de los procesos políticos republicanos como algo totalmente dominado por la minoría adinerada. El resultado del Conflicto de los Órdenes no fue una revolución popular, sino la creación de una nueva clase de gobernantes, que incluía a plebeyos y patricios ricos. La primera condición para la mayoría de cargos políticos era la riqueza en cantidad considerable. Nadie podía presentarse a las elecciones sin pasar un test financiero que excluía a la mayoría de ciudadanos. Se desconoce la cantidad exacta requerida para superarlo, pero se supone que el listón se situaba en el nivel más alto de la jerarquía del censo, la llamada caballería o clase ecuestre. Cuando la gente se reunía para votar, el sistema de votaciones se decantaba a favor de los ricos. Ya hemos visto cómo funcionaba en la Asamblea Centuriada, que elegía a los cargos inferiores: si se unían las centurias de los ricos, estas podían determinar el resultado sin que las centurias de los más pobres hubiesen tenido ocasión de votar siquiera. La otra asamblea principal basada en divisiones geográficas «tribales» era más equitativa en teoría, pero con el tiempo, no necesariamente en la práctica. De las treinta y cinco divisiones geográficas que quedaron finalmente establecidas en el año 214 a. C. (el número de tribus había aumentado hasta este punto cuando se extendió la ciudadanía por Italia), solo cuatro cubrían la ciudad propiamente dicha. Las treinta y una restantes cubrían el territorio rural de Roma ahora extenso y alejado. Como los votos solo podían depositarse en persona en la ciudad, la influencia de aquellos

que podían permitirse el tiempo y el transporte para realizar el viaje era abrumadora; los votos de la población residente en la ciudad tenían impacto solo sobre aquella insignificante minoría de tribus urbanas. Además, estrictamente hablando, las asambleas tenían la única misión de votar una lista de candidatos o una propuesta planteada por un cargo principal. No había discusiones generales, ninguna propuesta ni siquiera las enmiendas podían venir del público asistente, y en cuanto a casi todas las propuestas legislativas que conocemos, el pueblo votaba a favor de lo que le ponían delante. Esto no era poder popular tal como nosotros lo entendemos.

No obstante, había otra cara de la moneda. Además de las prerrogativas formales del pueblo que señala Polibio, hay claros indicios de una cultura política más amplia en la que la voz popular era un elemento clave. Los votos de los pobres importaban mucho y se solicitaban con entusiasmo. Los ricos normalmente no estaban unidos, y las elecciones eran muy competitivas. Los que ejercían, o anhelaban, un cargo político dedicaban un gran esfuerzo a convencer a la gente para que les votara a ellos o a sus proposiciones de ley y ponían mucho empeño en perfeccionar las técnicas retóricas que les permitirían conseguir su objetivo. Ignoraban o humillaban a los pobres bajo su responsabilidad. Uno de los rasgos distintivos de la escena política republicana eran las reuniones semiformales (o *contiones*), a menudo celebradas inmediatamente antes de las asambleas de votación, en las que funcionarios rivales trataban de convencer a la gente de su punto de vista (Cicerón pronunció su segundo y cuarto discursos contra Catilina, por ejemplo, en *contiones*). No sabemos con certeza con qué frecuencia se celebraban ni cuál era la asistencia, pero tenemos varios indicios de que suscitaban pasión

política, entusiasmo vociferante y mucho ruido. Según contaban, en una ocasión, en el siglo I a. C., el griterío fue tan atronador que un cuervo, que tuvo la mala suerte de pasar volando por allí, cayó al suelo aturdido.

Hay todo tipo de anécdotas sobre la importancia e intensidad de las campañas, y de cómo podía ganarse o perderse el voto del pueblo. Polibio cuenta una historia curiosa sobre el rey sirio Antíoco IV (*Epífanés*, «famoso» o incluso «dios manifiesto»), hijo de Antíoco Megas, que fue «aplastado» por Escipión Asiático. De joven había vivido más de una década como rehén en Roma antes de ser intercambiado por un pariente más joven, aquel al que Polibio aconsejó después acerca de sus planes de huida. A su regreso a Oriente, se llevó consigo una serie de hábitos romanos que había adoptado durante su estancia. En su mayoría se resumían básicamente en exhibir una vertiente popular: hablaba con todo aquel que encontraba, hacía regalos a la gente corriente y recorría las tiendas de los artesanos. Sin embargo, lo más sorprendente de todo, se vestía con la toga, paseaba por el mercado como si fuera un candidato a las elecciones, estrechando la mano de la gente y pidiéndoles el voto. Este comportamiento desconcertaba a la gente de la ostentosa capital de Antioquía, que no estaba acostumbrada a esta clase de cosas proviniendo de un monarca y lo apodó *Epímanes* («chalado» o, conservando el juego de palabras, «fatu»). Pero queda claro que una de las lecciones que Antíoco había aprendido de Roma era que el pueblo corriente y su voto eran importantes.

Igualmente reveladora es una anécdota de otro miembro de la familia Escipión en el siglo II a. C., Publio Cornelio Escipión Nasica. Había salido un día a solicitar el voto para ser elegido para el cargo de edil y estaba ocupado estrechando las manos de los votantes (procedimiento

habitual, entonces y ahora) cuando se tropezó con uno cuyas manos estaban endurecidas por el trabajo en el campo. «¡Por Dios! —exclamó el joven aristócrata—, ¿acaso camináis con las manos?» Le oyeron, y la gente del pueblo llano concluyó que se estaba mofando de su pobreza y de su trabajo. El resultado, huelga decirlo, fue que perdió las elecciones.

Por lo tanto, ¿qué clase de sistema político era aquel? Evidentemente, el equilibrio entre los distintos intereses no era tan equitativo como Polibio da a entender. Los pobres nunca podrían ascender a la cima de la política romana; la gente corriente nunca podría alcanzar la iniciativa política; y era un axioma que cuanto más rico fuera un ciudadano, más peso político podría tener. Sin embargo, esta forma de desequilibrio es habitual en muchas de las llamadas democracias de hoy en día: en Roma también los ricos y los privilegiados competían por cargos y poder políticos que solo podían conseguirse mediante votación popular y a través del favor de la gente corriente que nunca tendría los medios económicos para presentarse ella misma. Como bien aprendió el joven Escipión Nasica a su costa, el éxito de los ricos era un regalo otorgado por los pobres. Los ricos tenían que aprender la lección de que dependían del pueblo en su conjunto.

UN IMPERIO DE OBEDIENCIA

Polibio no tenía dudas de que la «constitución» estable de Roma constituía un importante fundamento de su éxito en el extranjero. Pero él había experimentado la parte más espinosa de la guerra romana y veía a Roma como una potencia agresiva, con objetivos imperialistas de apoderarse del mundo entero. «Hicieron una apuesta arriesgada —insiste al final de su relato de la primera guerra púnica— para el dominio y el control universal, y consiguieron su

propósito.» No todo el mundo estaba de acuerdo. Había incluso algunos griegos, reconocía, que insinuaban que las conquistas de Roma habían ocurrido «por casualidad o involuntariamente». Muchos romanos insistían en que su expansión al otro lado del mar había sido producto de una serie de guerras justas, puesto que eran contiendas emprendidas con el necesario apoyo de los dioses, en defensa propia o en defensa de aliados, que a menudo solicitaban ayuda a Roma. No era en absoluto una agresión.

Si Polibio hubiera vivido para ver, menos de cien años después de su muerte, las estatuas de generales romanos más grandes que de tamaño natural sosteniendo un globo en las manos, sin duda se habría sentido justificado. Detrás de muchas expresiones del poder romano en el siglo I a. C. y posteriormente había, sin duda, una visión de dominio del mundo («un imperio sin límites», como profetiza Júpiter en la *Eneida* de Virgilio). Sin embargo, Polibio estaba equivocado, como bien muestra su relato de los hechos, al imaginar que en este temprano período los romanos estuvieran inspirados por aquella ávida ideología imperialista o por algún sentido de destino manifiesto. Había sed de gloria, anhelo de conquista, y pura avaricia por los beneficios económicos de la victoria a todos los niveles de la sociedad romana. No sin motivo se tentó al pueblo con la perspectiva de un rico botín cuando se le pidió que votara la entrada en la primera guerra púnica. No obstante, por muchas fantasías que se intercambiasen en el círculo de los Escipiones, ninguna de ellas incluía un plan de dominio del mundo.

Igual que la extensión del control romano dentro de Italia, esta expansión al otro lado del mar en los siglos III y II a. C. fue más complicada que el mito tradicional de las legiones romanas avanzando, conquistando y apoderándose de territorio extranjero. En primer lugar, los romanos no

fueron los únicos agentes del proceso. No invadieron un mundo de pueblos amantes de la paz que se ocupaban de sus asuntos hasta que llegaron aquellos voraces rufianes. Por más cínicos que queramos ser respecto a las alegaciones de los romanos de que solo emprendían acciones de guerra en respuesta a peticiones de ayuda de amigos y aliados (esta ha sido la excusa de algunas de las guerras más violentas de la historia), parte de la presión para que Roma interviniese procedía del exterior.

El mundo del Mediterráneo oriental, desde Grecia hasta la moderna Turquía y aún más lejos, fue el contexto de gran parte de la actividad militar romana de este período. Era un mundo de conflicto político, de alianzas cambiantes y continuas, de brutal violencia entre Estados, no muy distinto del de la Italia primitiva, pero a una escala mucho mayor. Era el legado de las conquistas de destrucción y saqueo de Alejandro Magno, que murió en 323 a. C., antes de que tuviera que enfrentarse a la disyuntiva de qué hacer con los derrotados. Sus sucesores formaron dinastías rivales, que se enzarzaron en una serie de guerras y disputas más o menos ininterrumpidas unas contra las otras y contra los Estados y coaliciones más pequeñas situadas en fronteras. Pirro fue uno de estos dinastas. Antíoco Epífanos fue otro: tras su detención en Roma y sus intentos de llevar a cabo una política popular de su tierra, durante su reinado de diez años entre 175 y 164 a. C. consiguió invadir Egipto (dos veces), Chipre, Judea (provocando la revuelta de los Macabeos), Partia y Armenia.

Cuanto más poderosa percibían a Roma estos bandos contendientes, tanto más útiles les resultaban los romanos como aliados en sus luchas locales por el poder y solicitaban su influencia. Representantes procedentes de Oriente acudían constantemente a Roma con la esperanza de

conseguir apoyo moral o una intervención militar. Este es un tema recurrente en los relatos históricos del período: por ejemplo, se han documentado numerosos enviados en la fase previa a la campaña de Emilio Paulo contra Perseo, tratando de convencer a los romanos para que hiciesen algo con las ambiciones de Macedonia. Sin embargo, el retrato más realista de cómo funcionaba en la práctica este «cortejo» procede de Teos, una ciudad de la costa occidental de la moderna Turquía. Se trata de una inscripción de mediados del siglo II a. C. que documenta los intentos llevados a cabo para involucrar a Roma en una disputa menor, sobre la que no se sabe nada más, sobre ciertos derechos territoriales entre la ciudad de Abdera en el norte de Grecia y un rey local, Cotis.

El texto es una «carta de agradecimiento» tallada en piedra, dirigida a la ciudad de Teos por el pueblo de Abdera. Al parecer los teanos habían aceptado enviar a dos hombres a Roma, casi un grupo de presión en el sentido moderno de la expresión, para conseguir el apoyo de los romanos en el caso de Abdera contra el rey. Los abderanos describen exactamente cómo operaron dichos enviados, llegando incluso a realizar asiduas visitas domiciliarias a miembros clave del Senado. Parece que los delegados trabajaron con tanto ahínco que «acabaron agotados física y mentalmente, se reunieron con los dirigentes romanos y les convencieron rindiéndoles tributo cada día»; y cuando algunas personas a las que visitaban estaban de parte del rey Cotis (porque también él había enviado delegados a Roma), «se ganaban su amistad exponiendo los hechos y visitándolos cada día en sus atrios», es decir, en la sala principal en el centro de sus casas romanas.

El silencio de nuestro texto acerca del resultado de estos acercamientos apunta a que las cosas no salieron como

querían los abderanos. No obstante, la estampa de representantes rivales no solo acudiendo al Senado sino presionando cada día en favor de su causa a los senadores da una idea de cómo se buscaba activa y pertinazmente el apoyo de los romanos. Y los literalmente centenares de estatuas de personajes romanos (en calidad de «salvadores y benefactores») erigidas en las ciudades del mundo griego muestran cómo se conmemoraba esta intervención, si se conseguía. Hoy en día no podemos identificar todos los pensamientos contradictorios ocultos tras estas palabras: sin duda había tanto temor y adulación implícitos como sincera gratitud. Pero son un recordatorio útil de que la simple abreviación de «conquista romana» puede enmascarar un amplio abanico de perspectivas, motivaciones y aspiraciones en ambos bandos del enfrentamiento.

Además, los romanos no intentaron anexionarse territorios al otro lado del mar de manera sistemática ni imponer los tradicionales mecanismos de control. Esto explica en parte por qué el proceso de expansión pudo ser tan rápido: no establecían ninguna infraestructura de gobierno. Evidentemente obtenían recompensas materiales de aquellos a quienes derrotaban, pero de diferentes maneras y *ad hoc*. Imponían ingentes sumas de dinero como indemnización a algunos estados: un total de más de seiscientas toneladas de lingotes de plata solo en la primera mitad del siglo II a. C. En otros casos se adueñaban del ya constituido régimen tributario habitual establecido por los anteriores gobernantes. En ocasiones inventaban nuevas formas de sacar tajada y conseguir enormes beneficios. Las minas de plata de Hispania, por ejemplo, antes parte del dominio de Aníbal, no tardaron en producir tanto mineral que la contaminación ambiental provocada al procesarlo todavía puede detectarse en muestras fechables extraídas de

las profundidades del casquete glaciar de Groenlandia. Y Polibio, que visitó Hispania a mediados del siglo II a. C., escribió que había 40 000 mineros, en su mayoría esclavos evidentemente, trabajando solo en una región minera del territorio (no literalmente, quizá «40 000» fuera una abreviatura antigua corriente para referirse a «un número muy elevado», como nuestro «millones»). Las formas de control político de los romanos también variaban, desde tratados de «amistad» de no intervención, pasando por la toma de rehenes como garantía de buena conducta, hasta la presencia más o menos permanente de tropas romanas y de funcionarios romanos. Lo que ocurrió después de que Emilio Paulo derrotase al rey Perseo es solo un ejemplo de cómo podían ser estos paquetes de acuerdos. Macedonia quedó dividida en cuatro estados independientes con autogobierno; pagaban impuestos a Roma, la mitad de la tasa recaudada por Perseo; y, en este caso, las minas macedonias se cerraron para evitar que sus recursos fueran utilizados para levantar una nueva base de poder en la región.

Sí era un imperio coercitivo en el sentido de que los romanos se llevaban los beneficios allanándose el camino para cuando lo necesitasen, con la amenaza de la fuerza siempre planeando. No era un imperio de anexiones en el sentido en que los romanos posteriores lo entendían. No había ningún marco legal detallado de control, normas o regulaciones; ni siquiera de aspiraciones visionarias. En este período, incluso la palabra latina *imperium*, que a finales del siglo I a. C. podía significar «imperio», con relación a toda la zona bajo gobierno directo de los romanos, significaba algo mucho más próximo al «poder de emitir órdenes que son obedecidas». Y *provincia*, que se convirtió en el término habitual para una subdivisión del imperio cuidadosamente

definida bajo el control de un gobernador, no era un término geográfico sino que significaba una responsabilidad asignada a funcionarios romanos. Podía ser, y a menudo lo era, un nombramiento de actividad militar o de administración de un lugar determinado. Desde finales del siglo III a. C., Sicilia y Cerdeña eran normalmente denominadas *provinciae*, y desde comienzos del siglo II a. C. había dos *provinciae* militares en Hispania que eran elementos fijos, aunque sus fronteras fueran fluidas. Pero también podía ser una responsabilidad, digamos, del tesoro romano; y, aproximadamente al término del siglo III a. C. y comienzos del II, Plauto en sus comedias utiliza la palabra «provincia» como una broma para referirse a los deberes de los esclavos. En aquellos momentos, ningún romano era enviado para ser «gobernador de una provincia», como más tarde se haría.

Lo que estaba en juego para los romanos era si podían ganar en batalla y después si podían, por persuasión, intimidación o por la fuerza, imponer su voluntad allí donde quisieran, cuando quisieran y si así lo decidían. Esta clase de *imperium* está resumido de manera harto realista en la historia del último enfrentamiento entre Antíoco Epífanés y los romanos. El rey estaba invadiendo Egipto por segunda vez y los egipcios habían pedido auxilio a los romanos. Estos enviaron a un delegado, Cayo Popilio Lenas, que se reunió con Antíoco fuera de Alejandría. Dado que hacía mucho tiempo que conocía a los romanos, el rey sin duda esperaba un encuentro cordial y civilizado. Al contrario, Lenas le entregó un decreto del Senado instándole a abandonar Egipto inmediatamente. Cuando Antíoco pidió tiempo para consultar con sus consejeros, Lenas cogió un palo y trazó un círculo en el suelo en torno al rey. No podría salir del círculo antes de haber dado una respuesta. Estupefacto, Antíoco aceptó mansamente las exigencias del Senado. Esto era un

imperio de obediencia.

EL IMPACTO DEL IMPERIO

Era también un imperio de comunicación, movilidad, malentendidos y perspectivas cambiantes, tal como revela un examen más atento de la historia de la delegación de Teos. Resulta fácil simpatizar con el apuro del indefenso. Los dos hombres habían navegado a través de medio Mediterráneo en un viaje que debió de durar entre dos y cinco semanas, dependiendo de la estación del año, la calidad del barco y de si estaban dispuestos a navegar después del anochecer (la navegación nocturna podía restar una semana de viaje, pero estaba plagada de peligros). Cuando llegaron a Roma, se encontraron con una ciudad que era más grande, pero bastante menos elegante, que algunas por las que habían pasado durante su viaje. Un desafortunado embajador griego, más o menos en la misma época, cayó en una alcantarilla abierta y se rompió la pierna; no obstante, aprovechó su convalecencia para impartir clases introductorias de teoría literaria a una audiencia curiosa.

Roma también tenía costumbres extrañas. Curiosamente, el que compuso el texto inscrito en piedra en Abdera ni siquiera intentó traducir algunos términos característicos romanos (como *atria* y *patronus*, «patrón») sino que simplemente los transcribió a la grafía griega. Cuando se aventuraban a traducir, el resultado podía ser definitivamente extraño. Por ejemplo, los enviados dijeron que habían rendido «tributo» diario a los romanos. La palabra griega aquí, *prokynesis*, significa literalmente «inclinarse y arañarse» o «besar los pies». Evidentemente, el término se refiere a la costumbre romana de la *salutatio*, que consistía en que clientes y dependientes visitaban cada mañana a sus patrones, pero no les besaban en absoluto los

pies, aunque es posible que los visitantes extranjeros consideraran humillante aquella práctica. Tan solo podemos conjeturar cómo se relacionaron o cómo plantearon su petición. Muchos romanos ricos hablaban algo de griego, mejor que el latín que podían saber los teanos, pero no siempre demasiado bien. Se sabía que los griegos de verdad se burlaban despiadadamente del terrible acento romano.

Sin embargo, cuando los dos teanos aparecieron en la ciudad, algunos romanos debieron de sentir cierta inquietud, porque aunque la atención y el reconocimiento del poder romano eran algo halagador, este era un mundo nuevo, quizá tan sorprendente para ellos como para sus visitantes. ¿Qué impresión debieron de experimentar al ver a un torrente de extranjeros procedentes de países tan lejanos como pudiera imaginarse, hablando demasiado deprisa en una lengua que apenas entendían, al parecer extremadamente preocupados por una pequeña franja de territorio de la que no sabían nada, y peligrosamente propensos a hacer reverencias y a besarles los pies? Si, como dice Polibio, los romanos habían conquistado casi todo el mundo conocido en los cincuenta y tres años anteriores a 168 a. C., entonces, durante este mismo período Roma, y la cultura romana, se habían transformado también debido a aquella vasta expansión de sus horizontes.

Esta transformación implicaba movimientos de gente entrando y saliendo de Roma, a un nivel nunca antes visto en el mundo antiguo. Cuando empezaron a llegar a raudales a Italia y a la propia Roma esclavos procedentes de todo el Mediterráneo, se trataba sin duda de una cuestión de explotación, pero también de emigración masiva forzada. Las cifras que nos aportan los antiguos escritores respecto a los prisioneros apresados por los romanos en guerras concretas puede que sean exageraciones (100 000 en la

primera guerra púnica, por ejemplo, o 150 000 apresados por Emilio Paulo solo de una parte del territorio de Perseo); de todos modos muchos de ellos no debieron de ser transportados directamente a Roma sino que debieron de ser vendidos a intermediarios mucho más cercanos al lugar de captura. No obstante, un cálculo bastante equitativo establece que a comienzos del siglo II a. C. el número de esclavos nuevos que llegaron a la península como resultado directo de las victorias en ultramar alcanzaba un promedio de más de 8000 al año, en un momento en que el número total de ciudadanos romanos varones adultos, dentro y fuera de la ciudad, era del orden de 300 000. A su debido tiempo, una proporción significativa de estos debió de ser liberada, convirtiéndose en nuevos ciudadanos romanos. El impacto, no solo en la economía romana sino también en la diversidad cultural y étnica del cuerpo de ciudadanos, fue enorme; la división entre romanos y forasteros se diluyó gradualmente.

Al mismo tiempo, los romanos se trasladaron en masa a ultramar. Durante siglos hubo siempre viajeros, comerciantes y aventureros romanos explorando el Mediterráneo. «Lucio hijo de Gayo», el mercenario que dejó su nombre en una inscripción en Creta a finales del siglo III a. C., no era el primer romano que se ganaba la vida en una de las profesiones más antiguas del mundo. Pero a partir del siglo II a. C., miles de romanos pasaban largos períodos fuera de la península Itálica. El Mediterráneo oriental era un hervidero de comerciantes romanos sacando tajada de las oportunidades comerciales que seguían a la conquista, desde el comercio de esclavos y de especias hasta contratos más prosaicos de suministro de armas. Antíoco Epífanes incluso contrató a un arquitecto romano, Décimo Cosutio, para obras de construcción en Atenas, y podemos seguir el rastro

de sus descendientes y ex esclavos, todavía activos en el negocio de la construcción en Italia y en Oriente décadas después. No obstante, la mayor parte de romanos corrientes en el extranjero la constituían los soldados, que ahora servían durante años en ultramar en lugar de participar en las tradicionales campañas de verano al lado de casa. Después de la segunda guerra púnica, había normalmente más de 30 000 ciudadanos romanos en el ejército fuera de Italia, en cualquier parte desde Hispania hasta el Mediterráneo oriental.

Esto planteó una serie de dilemas nuevos. En 171 a. C., por ejemplo, el Senado tuvo que hacer frente a una delegación procedente de Hispania que representaba a más de cuatro mil hombres que eran hijos de soldados romanos y mujeres hispanas. Como no existía ningún derecho formal de matrimonio entre romanos y nativos hispanos, aquellos hombres eran, dicho con nuestras palabras, apátridas. Es evidente que no eran los únicos que tenían este problema. Cuando tiempo después fue enviado Emiliano como revulsivo para hacerse cargo del mando del ejército en Hispania, dicen que expulsó a dos mil «prostitutas» del campamento de los romanos (sospecho que las mujeres se habrían definido a sí mismas de manera distinta). Sin embargo, en cuanto al asunto presentado al Senado, los descendientes implicados tuvieron el valor de pedir a los romanos una ciudad que pudieran considerar suya, y presumiblemente cierta clarificación sobre su posición legal. Fueron asentados en la ciudad de Carteia, en el extremo sur de Hispania, que —con el habitual don de la improvisación de los romanos— recibió el estatus de colonia latina y fue definida como «colonia de ex esclavos». Ignoramos por completo cuántas horas de debate necesitaron los senadores para decidir que la disparatada combinación de «ex esclavo»

y «latino» era la mejor alternativa disponible para el estatus civil de aquellos hijos de soldados romanos técnicamente ilegítimos. Pero esto, sin duda, nos los muestra dirimiendo asuntos relativos a lo que significaba (en parte) ser romano fuera de Italia.

A mediados del siglo II a. C., más de la mitad de ciudadanos varones adultos de Roma habían visto algo del mundo exterior y dejado un número desconocido de hijos allá donde iban. Dicho de otro modo, la población romana se había convertido repentinamente en la más viajada de cualquier otro estado del antiguo Mediterráneo, rivalizando solo con los macedonios de Alejandro Magno o los comerciantes de Cartago. Incluso para quienes nunca salieron al extranjero, había nuevos horizontes imaginarios, nuevas imágenes de lugares al otro lado del mar y nuevas formas de entender su puesto en el mundo.

Las procesiones triunfales de los generales victoriosos ofrecían una de las ventanas más impresionantes al mundo exterior. Cuando la muchedumbre romana se alineaba en las calles para recibir a sus ejércitos victoriosos, que desfilaban por la ciudad exhibiendo sus ganancias y su botín, no era solo la espectacular riqueza lo que les impresionaba; aunque buena parte de ella habría sorprendido a cualquiera en cualquier período. Cuando Emilio Paulo regresó en el año 167 a. C. tras su victoria sobre el rey Perseo, se necesitaron tres días para pasear por la ciudad todo el botín, que incluía doscientos cincuenta cargamentos solo de esculturas y pinturas, y tantas monedas de plata que se necesitaron tres mil hombres para transportarlas en setecientos cincuenta vasijas. No es de extrañar que Roma pudiera permitirse la suspensión de todos los impuestos directos. No obstante, lo que cautivaba la imaginación popular era también el deslumbrante despliegue de tierras y costumbres extranjeras.

Los generales encargaban detalladas pinturas y modelos para que se exhibieran durante la procesión, que representaban las famosas batallas y ciudades que habían capturado, para que así la gente pudiera ver en casa lo que sus ejércitos habían hecho en el extranjero. Las cabezas de la muchedumbre se volvían hacia los reyes orientales derrotados vestidos con su «atuendo nacional» e insignias reales, hacia curiosidades tales como el par de globos terráqueos realizados por el científico griego Arquímedes, que murió en la segunda guerra púnica, y por los animales exóticos que a veces se convertían en las estrellas del espectáculo. El primer elefante que pisó las calles de Roma apareció en el desfile por la victoria sobre Pirro en 275 a. C. Como observó un escritor posterior, nada que ver con «el ganado de los volscos ni los rebaños de los sabinos», que fueron el único botín obtenido un siglo antes más o menos.

Las comedias de Plauto y Terencio abrían otro tipo de ventanas, con algunas reflexiones sutiles y quizá inquietantes. Es cierto que el argumento de «chico consigue chica» de casi todas estas obras, adaptadas de sus predecesores griegos, no se conoce hoy precisamente por su sutileza. El «final feliz» de algunas de sus historias de violación puede horrorizar a los lectores modernos: «Buenas noticias: el violador era su prometido», para resumir el desenlace de una de ellas. Por otro lado, es también evidente que las representaciones originales, en celebraciones públicas de todo tipo, desde fiestas religiosas hasta las «fiestas de después» de los triunfos, eran actos ruidosos y de mucho alboroto, que atraían a un amplio abanico de todas las capas de población de la ciudad, incluyendo a mujeres y a esclavos. Esto presenta un acusado contraste con la Atenas clásica, donde el público del teatro, aun siendo más numeroso que el de Roma, estaba limitado a los ciudadanos varones, ruidosos

alborotadores o no. Sin embargo, hay una cosa que todas estas obras romanas exigían de aquellos que iban a verlas: que se enfrentasen a la complejidad cultural del mundo en el que vivían.

Esto era así en parte porque las obras están ambientadas en Grecia. Se suponía que el público tenía cierta noción de los lugares de fuera de Italia, o por lo menos los reconocía. Los argumentos a menudo giraban en torno a diversos temas. Una comedia de Plauto saca a escena a un cartaginés, que balbucea una especie de púnico, posiblemente atinado, pero incomprensible. Otra presenta a un par de personajes disfrazados de persas; y reírse de actores que se supone que van mal *disfrazados de persas* es una respuesta más cómplice que reírse de actores que se supone que *son* persas. No obstante, con una sofisticación que sorprende en este estadio temprano de la historia de la literatura romana, Plauto explota aún más el carácter híbrido de su obra y de su mundo.

Uno de sus chistes favoritos, que repite en el prólogo de varias de sus obras, es algo así como «Demófilo escribió esto, Plauto lo *barbarizó*», aludiendo a su traducción latina («bárbara») de una comedia del dramaturgo griego Demófilo. Este verso aparentemente desechable era, de hecho, un astuto desafío para el público. Para los espectadores de origen griego, aquello les brindaba la oportunidad de esbozar una risita disimulada a expensas de los nuevos y bárbaros dueños del mundo. Para los demás, aquello exigía el salto conceptual de imaginar cómo se les veía desde fuera. Para disfrutar del chiste tenían que entender, aunque solo fuera de broma, que a los ojos de un griego, los romanos podían parecer unos bárbaros.

En otras palabras, los horizontes cada vez más anchos

del imperio alteraron la simple jerarquía de «nosotros por encima de ellos», «los civilizados por encima de los bárbaros», que había sustentado la cultura griega clásica. Sin duda, los romanos eran capaces de rechazar con desprecio a los bárbaros conquistados, de comparar sus civilizados y sofisticados yoes con los galos primitivos, melencidos y pintados de añil, u otras especies supuestamente inferiores. Efectivamente, esto es lo que a menudo solían hacer. Sin embargo, a partir de este momento, hubo otra faceta en los escritos romanos, que reflexionaba subversivamente acerca de la posición relativa de los romanos en el ancho mundo y en cómo el equilibrio de la virtud tenía que situarse entre nativos y foráneos. Cuando, tres siglos después, el historiador Tácito insinuó que la verdadera virtud «romana» había que buscarla en los «bárbaros» de Escocia y no en la propia Roma, estaba desarrollando una tradición argumental que se remontaba directamente a estos primeros días del imperio y también una tradición literaria.

CÓMO SER ROMANO

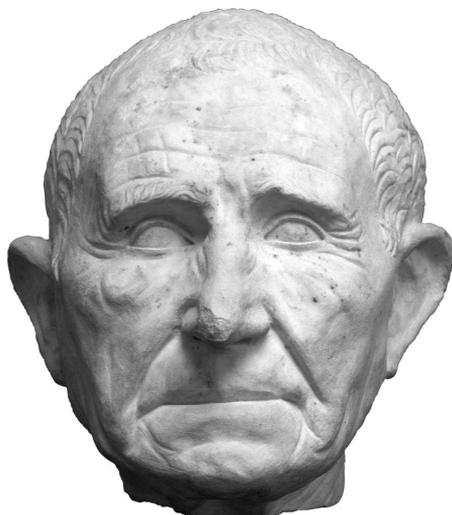
Los nuevos horizontes del imperio ayudaron también a crear, o por lo menos a definir con más precisión y significado ideológico, la imagen del «romano pasado de moda». Aquel personaje con los pies en el suelo, sensato, robusto y con todos sus defectos ocupa todavía un lugar en nuestro estereotipo de la cultura romana. Pero lo más probable es que fuera en gran medida una creación también de este período.

Algunas de las voces más francas de los siglos III y II a. C. se hicieron famosas por atacar la influencia corruptora en la conducta y la moral romana tradicional de la cultura extranjera en general, y de la griega en particular; sus objetivos abarcaban desde la literatura y la filosofía hasta

hacer ejercicio desnudos, la comida sofisticada y la depilación. A la cabeza de los críticos estaba Marco Porcio Catón («Catón el Viejo»), contemporáneo y rival de Escipión el Africano, al que Catón censuraba, entre otras cosas, por brincar en gimnasios griegos y frecuentar teatros en Sicilia. También se le atribuye haber calificado a Sócrates de «terrible charlatán», haber recomendado un régimen medicinal romano de verduras, pato y pichón (antes que tener que tratar con médicos griegos, que podían matarte) y haber advertido que el poder romano podía ser aniquilado por la pasión por la literatura griega. Según Polibio, Catón señaló en una ocasión que un signo de deterioro de la República era que los muchachos hermosos costaban más que los campos, las jarras de pescado en escabeche más que los labradores. No era el único que pensaba de este modo. A mediados del siglo II a. C. otra figura prominente esgrimió con éxito que un teatro de estilo griego que se estaba construyendo en Roma había de demolerse, pues era mejor para los romanos y forjaba carácter ver las obras de pie, como tradicionalmente se había hecho, en vez de hacerlo sentados a la manera oriental decadente. En pocas palabras, estos argumentos se sucedían, y lo que pasaba por «sofisticación» griega no era más que la insidiosa «debilidad» (o *mollitia* en la jerga romana), que acabaría minando la fuerza del carácter romano.

¿Fue aquello una simple reacción negativa conservadora contra ideas ultramodernas traídas a Roma desde el exterior, un episodio de «guerras de cultura» entre tradicionalistas y modernizadores? En parte quizá sí lo fue. Pero también fue algo mucho más complicado e interesante. A pesar de sus gruñidos y resoplidos, Catón enseñó griego a su hijo, y en sus escritos conservados —especialmente un ensayo técnico sobre agricultura y gestión agraria, e importantes citas de sus

discursos y de su historia de Italia— muestra que estaba muy versado en los artificios de la retórica griega que él mismo aseguraba deplorar. Además, algunas de sus afirmaciones sobre la «tradición romana» eran poco menos que fantasía imaginativa. No hay ninguna razón en absoluto para suponer que los venerables ancianos romanos hubieran asistido a representaciones teatrales de pie. Las evidencias que tenemos sugieren más bien lo contrario.



33. Muchos retratos romanos de los siglos II y I a. C. presentan a personajes ancianos, llenos de arrugas y surcos. El estilo a menudo conocido como «verista» (o hiperrealista), es en realidad una forma profundamente «idealizante» de representación, que celebra una determinada versión del aspecto que había de tener un romano en contraste con la perfección juvenil de la escultura griega.

Retrato verista del siglo I a. C., Museo Archaeologico Nazionale di Altino.

Foto © akg-images / Cameraphoto

La verdad es que la versión de Catón de los valores antiguos y sensatos de los romanos era tanto una invención de su propia época como una defensa de las tradiciones romanas de toda la vida. El concepto de identidad cultural es siempre un terreno resbaladizo, no tenemos la menor idea de cómo se veían los primitivos romanos en cuanto a carácter ni de qué les distinguía de sus vecinos. Pero el

inconfundible y agudo sentido de dura austeridad romana, que los romanos proyectaron con entusiasmo a sus padres fundadores y que aún constituye una poderosa imagen de romanidad en el mundo moderno, fue producto de un potente enfrentamiento cultural, en este período de expansión hacia el exterior, sobre lo que significaba ser romano en este nuevo y ancho mundo imperial, y en el contexto de semejante despliegue de alternativas. Dicho de otro modo, los conceptos de «grecidad» y «romanidad», siendo polos opuestos, estaban inseparablemente unidos.

Esto es exactamente lo que vemos, de forma especialmente vertiginosa, en la historia que nos cuenta Livio, entre otros, sobre cómo fue llevada a Roma con gran fanfarria la diosa Gran Madre desde Asia Menor en 204 a. C., hacia el final de la segunda guerra púnica. Fue un momento muy romano. Un libro de oráculos que supuestamente se remontaba al reinado de los Tarquinos recomendaba que la diosa Cibeles, como también se la conocía, fuera incorporada al panteón romano. La variedad de deidades veneradas en Roma era muy elástica, y la Gran Madre era la divinidad patrona del hogar ancestral de los romanos, la Troya de Eneas; por consiguiente, en cierto sentido, pertenecía a Italia. Enviaron una delegación de altos cargos a recoger la imagen de la diosa y transportarla a Roma, y eligieron, tal como había insistido el oráculo, «al mejor hombre del Estado», que resultó ser otro Escipión, para recibirla a su llegada a la ciudad. Fue acompañado en el séquito de bienvenida por una mujer de la nobleza romana, en algunos relatos una virgen vestal, y la imagen se descargó del barco y pasó de la costa a la ciudad circulando de mano en mano por una larga fila de mujeres. La diosa fue provisionalmente alojada en el santuario de la diosa Victoria hasta que finalizó la construcción de su propio templo. Sería

el primer edificio de Roma, por lo que sabemos, construido utilizando el más romano de los materiales, aquel en el que confiaron tantos arquitectos romanos posteriores para sus obras maestras: el cemento.



34. Monumento del siglo II d. C. a un sacerdote de la Gran Madre. Su imagen es sorprendentemente distinta de la habitual representación togada de los sacerdotes de Roma (Fig. 61), con el cabello largo, pesada joyería, instrumentos musicales «extranjeros», e indicios de autoflagelación por la presencia del flagelo y la agujada.

Retrato de la tumba de un sacerdote de la Gran Madre, Musei Capitolini, Roma. Foto © DEA / A. Dagli Orti / De Agostini / Getty Images

Nada hubiera complacido más a Catón, excepto que no todo era exactamente lo que parecía. La imagen de la diosa no era lo que los romanos posiblemente habían esperado. Era un gran meteorito negro, no una estatua convencional con forma humana. Y el meteorito llegó acompañado de un séquito de sacerdotes. Eran eunucos autocastrados, de cabellos largos, panderetas y una gran afición a la autoflagelación. Fue todo lo menos romano que uno pueda imaginar. Y partir de aquel momento surgieron incómodas preguntas acerca de «lo romano» y «lo extranjero», y dónde se situaba la frontera entre ambas cosas. Si aquello era lo que

llegaba del hogar ancestral de Roma, ¿cuál era su implicación sobre lo que significaba ser romano?

CAPÍTULO VI

NUEVA POLÍTICA

DESTRUCCIÓN

El largo asedio y final destrucción de Cartago en 146 a. C. fue truculento incluso para los parámetros antiguos, con atrocidades documentadas en ambos bandos. Los perdedores podían ser tan extremadamente crueles como los vencedores. Se cuenta que, en una ocasión, los cartagineses hicieron desfilar a prisioneros romanos sobre las murallas de la ciudad, los desollaron vivos y los desmembraron a la vista de sus camaradas.

Cartago estaba situada en la costa mediterránea, cerca de la moderna Túnez, y defendida por una enorme muralla circundante de casi 33 kilómetros de perímetro (las murallas de Roma construidas después de la invasión de los galos tenían bastante menos de la mitad de aquella longitud). Solo en el momento en que Escipión Emiliano cortó la comunicación de la ciudad con el mar, y por consiguiente su acceso al aprovisionamiento, tras dos años de operaciones de asedio, consiguieron los romanos someter por inanición al enemigo y arrasar el lugar. La única descripción antigua de aquellos momentos finales que se ha conservado incluye muchas y escabrosas exageraciones, pero también un agudo sentido de lo difícil que debió de ser destruir una ciudad tan sólidamente edificada como Cartago, y algunas imágenes probablemente realistas de la carnicería que acompañó a la derrota. En el asalto, los soldados romanos se abrieron paso luchando por las calles en las que se alineaban edificios de varios pisos; saltaron de tejado en tejado, arrojando a los

ocupantes al vacío y derribando y prendiendo fuego a las estructuras a medida que avanzaban, hasta que los escombros que ellos mismos habían provocado les interceptaron el paso. A continuación aparecieron los encargados de desescombrar, que abrieron un espacio para la siguiente oleada de asalto despejando con fuego el camino a través de una mezcla de material de construcción y restos humanos, en la que podían verse las piernas de los moribundos retorciéndose sobre los escombros, con la cabeza y el cuerpo enterrados. Los huesos que han encontrado los arqueólogos en estas capas de destrucción, por no mencionar las miles de piedras y balas de arcilla de las hondas que se han desenterrado, indican que esta descripción puede que no esté tan alejada de la realidad como nos gustaría.

Luego se produjo la acostumbrada carrera por el saqueo, y no solo del codiciado oro y de la plata. Emiliano se aseguró de que la famosa enciclopedia agrícola del cartaginés Magón fuera rescatada de las llamas; una vez en Roma, el Senado confió a un comité de lingüistas romanos la nada envidiable tarea de traducir al latín sus veintiocho volúmenes que trataban de todo, desde cómo conservar las granadas hasta cómo elegir a los novillos. Hubo también resonancias míticas. La triste cita de Homero por parte de Emiliano mientras contemplaba la destrucción tenía su lado conmovedor. Pero también fue un alarde. Ahora Roma reclamaba su puesto en el ciclo de las grandes potencias y los grandes conflictos que comenzaron con la guerra de Troya. Entretanto, Cartago terminaba como había empezado: con un hombre abandonando a su amante en favor de Roma. Había una historia que relataba que, igual que el héroe de Virgilio, Eneas, abandonó a Dido mientras se estaba construyendo la ciudad, también en plena destrucción,

Asdrúbal, el comandante cartaginés, se pasó a los romanos, abandonando allí a su esposa. Supuestamente, ella lo había denunciado cuando, como Dido, se arrojó a una pira funeraria.

Casi tan devastador fue, pocos meses después, el saqueo de Corinto, a unos 1600 kilómetros de Cartago, y la ciudad más rica de Grecia. Había amasado una gran fortuna debido a su privilegiada posición comercial, con puertos a ambos lados de la estrecha franja de tierra que separaba el Peloponeso del resto de Grecia. Bajo el mando de Lucio Mumio Acaico, como se le conoció después por su victoria sobre aquellos «aqueos», las legiones romanas destriparon el lugar, saquearon sus fabulosas obras de arte, esclavizaron al pueblo y le prendieron fuego. Fue tal el incendio que la mezcla de metal fundido que produjo se consideró el origen de un material muy apreciado y extremadamente caro, conocido como bronce corintio. Los antiguos expertos no se creyeron ni una sola palabra de esta peculiar historia, pero la imagen del intenso calor de la destrucción derritiendo primero el valioso bronce, después la plata y finalmente el oro hasta que se fundieron juntos, es una poderosa visión, y un ejemplo real del estrecho vínculo que había en la imaginación romana entre arte y conquista.

Mumio era un tipo muy diferente del Emiliano amante de Homero, y ha pasado a la historia casi como una caricatura del romano filisteo e inculto. Polibio, que llegó a Corinto poco después de la derrota griega, quedó horrorizado al ver a los soldados romanos utilizando el reverso de valiosas pinturas como tableros de juego, es de suponer que con el consentimiento de su oficial al mando. Había un chiste que todavía circulaba casi siete siglos después sobre Mumio, quien, mientras supervisaba el envío a Roma de valiosas antigüedades, les dijo a los capitanes que

si se estropeaba alguna pieza tendrían que reemplazarla por una de nueva. En otras palabras, era tan ridículamente palurdo que no era consciente de que un «trato de nuevo por viejo» era inapropiado para aquellas valiosas antigüedades.

No obstante, esta historia tenía, como tantas otras, doble filo. Como mínimo, un comentarista romano serio adoptó una posición que recordaba a Catón al sugerir que habría sido mejor para Roma si más personas hubieran imitado a Mumio y se hubieran mantenido alejadas del lujo griego. Quizá en la familia de Mumio había una tradición de austeridad, porque su tataranieta fue el tristemente parco y circunspecto emperador Galba, que gobernó durante unos meses en 68-69 d. C. tras la caída del extravagante Nerón. Aun así, fueran cuales fueran sus opiniones, Mumio dispuso del botín de los corintios con sumo cuidado. Parte del botín se consagró a otros templos de Grecia, combinando una muestra de devoción con una sutil advertencia a los demás griegos. Otros tesoros se exhibieron en Roma o se regalaron a ciudades de Italia. Todavía siguen apareciendo evidencias de ello. En Pompeya, en el recinto del templo de Apolo, saliendo del foro, se desenterró el plinto de una estatua en 2002, y bajo una capa de yeso posterior se descubrió una inscripción en osco, la lengua local, proclamando que lo que antaño hubiera encima había sido un regalo de «L Mummis L kusul», o «Lucio Mumio, hijo de Lucio, cónsul». Debía de ser algún objeto selecto de Corinto.

Se ha debatido desde entonces la razón por la que, en el espacio de unos pocos meses, los romanos adoptaron aquellas brutales medidas contra aquellas dos famosas y espléndidas ciudades. Tras la victoria del Africano en la batalla de Zama en 202 a. C., al final de la guerra contra Aníbal, Cartago había aceptado las exigencias de Roma. Cincuenta años después, había acabado de satisfacer el

último plazo de la ingente indemnización en metálico que los romanos le habían impuesto. ¿Fue aquella campaña final de destrucción simplemente un acto de venganza de los romanos llevado a cabo con alguna excusa inventada? ¿Acaso tenían miedo los romanos de una potencia cartaginesa emergente, tanto militar como económica? Catón fue el enemigo de Cartago más vociferante, terminando todos sus discursos tediosa, pero convincentemente, con las conocidas palabras: «Cartago ha de ser destruida» («*Carthago delenda est*», la todavía famosa frase latina). Una de sus artimañas en el Senado fue la de dejar caer un montón de higos cartagineses deliciosamente maduros de su toga. A continuación explicó que había llegado de una ciudad que estaba a tan solo tres días de viaje. Aquella fue una deliberada infravaloración de la distancia entre Cartago y Roma (el viaje más rápido no habría durado menos de cinco días), pero resultó ser un poderoso símbolo de la peligrosa proximidad, la riqueza agrícola, de un potencial adversario; y pretendía levantar las sospechas del viejo enemigo.

Corinto debió de desempeñar un papel diferente en los cálculos romanos. Había sido una de las varias ciudades griegas que ignoró las tibias y poco claras instrucciones que Roma había dado en la década de 140 a. C. con el fin de restringir las alianzas en el mundo griego, y había proseguido su propia línea en la política regional. Peor aún, los corintios habían mandado de vuelta con cajas destempladas y malos modos a una delegación de enviados romanos. Ninguna otra población de Grecia sufrió el mismo trato. ¿Fue Corinto castigada de forma ejemplar por un acto público de desobediencia, aunque se hubiera producido a un nivel relativamente insignificante? ¿O acaso había una sospecha real de que pudiera convertirse en una potencia alternativa en el Mediterráneo oriental? O, como insinúa

Polibio al final de sus *Historias*, ¿estaban los romanos empezando a recurrir al exterminio por su propio bien?

Cualesquiera que fueran las motivaciones que subyacían tras la violencia de 146 a. C., los acontecimientos de aquel año pronto se consideraron como un punto de inflexión. En cierto modo, marcaron el cénit del éxito militar romano. Ahora Roma había aniquilado a sus rivales más antiguos, ricos y poderosos del mundo Mediterráneo. Tal como lo presentó Virgilio más de cien años después en la *Eneida*, al conquistar Corinto Mumio había vengado finalmente la derrota de los troyanos de Eneas a manos de los griegos en la guerra de Troya. No obstante, por otro lado, los sucesos de 146 a. C. se consideraron el inicio del colapso de la República y el anuncio de un siglo de guerras civiles, asesinatos en masa y magnicidios que condujeron al retorno de un gobierno autocrático. Este argumento seguía con la afirmación de que el temor al enemigo había sido bueno para Roma; sin ninguna amenaza externa significativa, «el sendero de la virtud fue abandonado por el de la corrupción». Salustio fue especialmente elocuente en este tema. En su otro ensayo que se ha conservado, sobre una guerra contra el rey Yugurta del norte de África a finales del siglo II a. C., reflexiona acerca de las nefastas consecuencias de la destrucción de Cartago: desde la avaricia de todos los sectores de la sociedad romana («sálvese quien pueda»), pasando por la ruptura del consenso entre ricos y pobres, hasta la concentración del poder en manos de unos pocos hombres. Todo esto apuntaba al fin del sistema republicano. Salustio fue un agudo observador del poder romano, pero el colapso de la República, como veremos, no tenía una explicación tan sencilla.

¿EL LEGADO DE RÓMULO Y REMO?

El período transcurrido entre 146 a. C. y el asesinato de Julio César en el año 44 a. C., en especial los últimos treinta años, marcó el punto álgido de la literatura, la cultura y el arte romanos. El poeta Catulo escribía lo que todavía se considera parte de la poesía amorosa más memorable del mundo, dirigida a la esposa de un senador romano cuya identidad, sin duda sabiamente, ocultó bajo el pseudónimo de «Lesbia». Cicerón redactaba los discursos que se han convertido desde entonces en el referente de la oratoria y teorizaba sobre principios de retórica, buen gobierno e incluso teología. Julio César componía una elegante e interesada descripción de sus campañas en la Galia, uno de los pocos relatos de un general —o de cualquier otro— sobre sus propias operaciones militares que se ha conservado del mundo antiguo. La ciudad de Roma estaba a punto de dejar de ser una madriguera de conejos sin planificación alguna para transformarse en la impresionante capital que todos tenemos en mente. El primer teatro de piedra permanente se inauguró en 55 a. C., con un escenario de 95 metros de ancho, anexo a un nuevo y vasto complejo de paseos, jardines con esculturas y pórticos sustentados por columnas de mármol (véase Fig. 44). Hoy en día enterrado bajo tierra cerca del moderno Campo de'Fiori, cubría antaño una extensión significativamente más grande que el posterior Coliseo.

No obstante, muchos comentaristas romanos no se centraron en estos deslumbrantes logros, sino en el progresivo declive político y moral. Los ejércitos romanos todavía obtenían victorias muy lucrativas, y a veces muy sangrientas, en el extranjero. En el año 61 a. C., Gneo Pompeyo Magno, «Pompeyo el Grande» como se calificó a sí mismo, emulando a Alejandro, celebró un triunfo por su victoria sobre el rey Mitrídates VI del Ponto, que antes

había ocupado extensos territorios de la costa alrededor del mar Negro y que tenía puestos sus ojos en expandir su ocupación. Aquella fue una ocasión mucho más espectacular que el triunfo de Emilio Paulo un siglo antes. Los «75 100 000 dracmas en monedas de plata» transportados en el desfile eran el equivalente al total de los ingresos anuales provenientes de los impuestos del imperio. Habrían bastado para alimentar a dos millones de personas durante un año, y una buena parte del dinero sirvió para la construcción de aquel primer y suntuoso teatro. En la década de los años 50 a. C., las campañas de la Galia, en el norte, dirigidas y relatadas por César, sometieron a varios millones de personas bajo el control de los romanos, sin contar el millón que se cree que murieron en el proceso. Paulatinamente, sin embargo, las armas romanas se volvieron no contra enemigos extranjeros sino contra los propios romanos. Olvidando a los troyanos de Eneas, aquel era el legado de Rómulo y Remo, los gemelos fraticidas. La «sangre del inocente Remo», como lo expresó Horacio en la década de los años 30 a. C., empezaba a vengarse.

Al examinar este período, los historiadores romanos lamentaban la gradual destrucción de la política pacífica. La violencia era un instrumento político que se daba por sentado. Las restricciones y convenciones tradicionales se descompusieron una a una, hasta que las espadas, los garrotes y los disturbios reemplazaron a las urnas. Al mismo tiempo, siguiendo a Salustio, unos cuantos individuos de enorme poder, riqueza y respaldo militar acabaron dominando el Estado, hasta que Julio César fue oficialmente nombrado «dictador perpetuo» y al cabo de unas pocas semanas lo asesinaron en nombre de la libertad. Cuando se destripa la historia hasta sus fundamentos más básicos y brutales, vemos que consiste en una serie de momentos y

conflictos clave que condujeron a la disolución del Estado libre, en una secuencia de momentos críticos que marcaron las etapas de una progresiva degeneración del proceso político y en una sucesión de atrocidades que durante siglos poblaron la imaginación de los romanos.



35. Estatua colosal, hoy en el Palazzo Spada de Roma, normalmente considerada un retrato de Pompeyo: el globo terráqueo que sostiene en la mano representa el símbolo de Pompeyo como conquistador del mundo. En los siglos XVIII y XIX fue una obra especialmente celebrada e incluso se llegó a creer, erróneamente, que era la misma estatua de Pompeyo a cuyos pies fue asesinado Julio César. Algunas manchas del mármol fueron identificadas, con demasiado optimismo, como restos de la sangre de César.

Retrato de Pompeyo, Palazzo Spada, Roma. Foto © Galleria Spada, Roma, Italia/Mondadori Portfolio / Electa / Andrea Jemolo / Bridgeman Images

El primero se produjo en 133 a. C., cuando Tiberio Sempronio Graco, un tribuno de la plebe con planes radicales de distribuir tierras a los romanos pobres, decidió prolongar su mandato un segundo año. Para poner freno a

esto, un grupo extraoficial de senadores y sus dependientes interrumpieron las elecciones, apalearon a Graco y a centenares de partidarios suyos hasta la muerte y lanzaron sus cuerpos al Tíber. Olvidando oportunamente la violencia que había acompañado al Conflicto de los Órdenes, muchos romanos consideraron que aquella era «la primera disputa política desde la caída de la monarquía que se zanjaba con un baño de sangre y la muerte de ciudadanos». Pronto hubo otra. Justo una década después, Cayo, el hermano de Tiberio Graco, corrió la misma suerte. Había introducido un programa de reformas todavía más radical, que incluía una prestación subvencionada de trigo para los ciudadanos romanos, y fue elegido tribuno por segunda vez. Sin embargo, en 121 a. C., cuando trataba de evitar que su legislación fuera desmantelada, sucumbió víctima de otro grupo, esta vez más oficial, de senadores. En esta ocasión, los cuerpos de miles de seguidores suyos desbordaron el río. Volvió a suceder en 100 a. C.; cuando otros reformistas fueron golpeados hasta morir en la propia sede del Senado, los asaltantes utilizaron las tejas del tejado del edificio como armas.

Otras tres guerras civiles sostenidas, o insurrecciones revolucionarias (a menudo la frontera entre ambas es demasiado brumosa), tuvieron lugar en una rápida sucesión y en cierto modo se sumaron a un único conflicto intermitente que duró más de veinte años. En primer lugar, en el año 91 a. C. una coalición de aliados itálicos, o *socii* (de ahí el evocador y engañosamente armónico título moderno de guerra social), declaró la guerra a Roma. Al cabo de un par de años, los romanos habían derrotado más o menos a los aliados, y durante el proceso les concedieron la plena ciudadanía romana a la mayoría de ellos. A pesar de todo, la cifra de muertos —entre hombres que antes habían servido

codos con codos en las guerras de expansión de Roma— alcanzó, según estimaciones romanas, los 300 000. Por más exagerada que pueda ser esta cifra, no deja de indicar un número de bajas no muy alejado del de la guerra contra Aníbal. Antes de que finalizase la guerra social, uno de sus comandantes, Lucio Cornelio Sila, que fue cónsul en 88 a. C., se convirtió en el primer romano desde el mítico Coriolano en dirigir a su ejército contra la ciudad de Roma. Sila forzó al Senado para que le diese el mando de una guerra en Oriente, y cuando regresó de ella victorioso cuatro años después entró nuevamente en su ciudad natal y se hizo nombrar dictador. Antes de dimitir en 79 a. C. introdujo un programa completo de reformas conservadoras y presidió un reinado del terror y la primera purga organizada de enemigos políticos de la historia de Roma. En estas «proscripciones» (es decir, «avisos», que era el escalofriante eufemismo con el que se los conocía), que se enviaron por toda la península, figuraban los nombres de miles de hombres, incluyendo a un tercio de los senadores, con un generoso precio por sus cabezas para el que tuviera la suficiente crueldad, avaricia o estuviera lo bastante desesperado como para matarlos. Finalmente, los efectos colaterales de estos dos conflictos avivaron la famosa «guerra» de esclavos de Espartaco, que empezó en el año 73 a. C. y todavía es uno de los conflictos más adornados de toda la historia de Roma. Por más valientes que pudieran ser, este puñado de esclavos gladiadores fugitivos seguramente estuvo reforzado por muchos de los ciudadanos romanos desafectos de Italia; de lo contrario es difícil que hubieran podido hacer frente a las legiones durante casi dos años. Fue sin duda una combinación de rebelión de esclavos y guerra civil.

En la década de los años 60 a. C., el orden político fue

repetidamente desmantelado y sustituido por la violencia callejera que se convirtió en parte de la vida cotidiana. La «conjura» de Catilina no fue más que un incidente entre otros muchos. Hubo numerosas ocasiones en que los disturbios impidieron que se celebraran las elecciones, o en que los sobornos masivos cambiaron la decisión del electorado o de los jurados en los tribunales, o en las que el asesinato fue el arma preferida contra un adversario político. Publio Clodio Pulcro, hermano de la «Lesbia» de Catulo y el hombre que maquinó el exilio de Cicerón en el año 58 a. C., fue asesinado por una banda de esclavos paramilitares al servicio de uno de los amigos de Cicerón en una sórdida pelea en un suburbio de la ciudad («la batalla de Bovillae», nombre grandilocuente con el que irónicamente se la conoce). Nunca se supo dónde residía la responsabilidad de su muerte, pero se le concedió una improvisada cremación en la sede del Senado, que ardió con él. En comparación con estos hechos, en 59 a. C. un polémico cónsul salió bastante bien parado: fue bombardeado con excrementos y se pasó el resto del año de su mandato atrincherado en su casa.

Con este panorama, tres hombres —Pompeyo, Julio César y Marco Licinio Craso— cerraron un acuerdo informal para hacer un uso combinado de sus influencias, relaciones y dinero y encaminar el proceso político en su propio interés. Esta «Banda de Tres», «Monstruo de Tres Cabezas», como un satírico contemporáneo lo expresó, puso por primera vez y eficazmente las decisiones públicas en manos privadas. A través de una serie de acuerdos entre bastidores, sobornos y amenazas, consiguieron que los Consulados y los mandos militares recayeran en las personas de su elección y que las decisiones fundamentales les fueran favorables. Este acuerdo duró aproximadamente una década, empezado en torno al año 60 a. C. (es difícil fechar con

precisión los pactos privados). Después, para asegurarse su posición personal, Julio César decidió seguir el precedente de Sila y tomó Roma por la fuerza.

Los puntos esenciales de lo que ocurrió a continuación están claros, a pesar de que los detalles sean casi impenetrablemente complicados. A comienzos de 49 a. C. César abandonó la Galia y como es sabido cruzó el río Rubicón, que constituía la frontera de Italia, y avanzó hacia Roma. Cuarenta años habían marcado la diferencia. Cuando Sila dirigió su ejército hacia la ciudad, todos sus oficiales superiores menos uno se negaron a seguirlo. Cuando César hizo lo mismo, todos menos uno permanecieron con él. Es un símbolo harto elocuente de hasta qué punto se habían erosionado los escrúpulos en tan poco tiempo. La guerra civil que estalló a continuación, en la que César y Pompeyo, los aliados de antaño, eran ahora los comandantes rivales, se extendió por el mundo mediterráneo. Los conflictos internos de Roma ya no quedaban limitados a Italia. La batalla decisiva se libró en la Grecia central, y Pompeyo acabó asesinado en la costa de Egipto, decapitado por unos egipcios traidores a los que consideraba sus aliados.

Se trata de una poderosa historia de crisis política y sangrienta desintegración, aunque se cuente solo su esqueleto. Algunos de los problemas subyacentes son evidentes. Las instituciones políticas de Roma de relativamente corto alcance, poco modificadas desde el siglo IV a. C., apenas eran capaces de gobernar la península Itálica, y mucho menos aún de controlar y vigilar un vasto imperio. Como veremos, Roma dependía cada vez más de los esfuerzos y talento de individuos cuyo poder, beneficios y rivalidades amenazaban los principios mismos en los que se sustentaba la República. Y no había barrera de contención, ni siquiera una fuerza policial básica, que impidiera que el

conflicto político se desbordase convirtiéndose en violencia política homicida en una enorme metrópolis de un millón de habitantes a mediados del siglo I a. C., donde el hambre, la explotación y las brutales desigualdades de riqueza eran catalizadores adicionales de protestas, disturbios y delitos.

Es un relato que los historiadores, tanto antiguos como modernos, narran con todas las ventajas y desventajas de la retrospectiva. Conociendo el resultado, es fácil presentar este período como una serie de pasos brutales e irrevocables en dirección a la crisis o como una lenta cuenta atrás hacia el fin del Estado libre y el retorno al gobierno de un solo hombre. Sin embargo, el último siglo de la República fue más que un simple baño de sangre. Como bien indica el florecimiento de la poesía, de la teoría y del arte, también fue un período en el que los romanos trataron de resolver los problemas que socavaban su proceso político y concibieron algunos de sus mayores inventos, entre ellos el principio radical de que el Estado tenía la responsabilidad de asegurarse de que sus ciudadanos tuvieran qué comer. Por primera vez, se enfrentaron a la cuestión de cómo había que administrar y gobernar un imperio, en vez de simplemente adquirirlo, y elaboraron complicados códigos de actuación para el gobierno romano. En otras palabras, aquel fue también un período extraordinario de análisis político e innovación. Los senadores romanos no se quedaron de brazos cruzados mientras sus instituciones políticas degeneraban en el caos, ni tampoco avivaron las llamas de la crisis en beneficio propio y a corto plazo (aunque sin duda también hubo algo de esto). Muchos, desde diferentes polos del espectro político, intentaron encontrar remedios efectivos. No deberíamos permitir que *nuestra* mirada retrospectiva, *su* fracaso final o la sucesión de guerras civiles y asesinatos nos impidan ver sus esfuerzos, que son el tema

principal de este capítulo y del siguiente.

Examinaremos más de cerca algunos de los conflictos y personajes más famosos del período para preguntar sobre qué discutían o peleaban los romanos. Algunas de las respuestas nos conducirán de nuevo al manifiesto popular de libertad implícito en los relatos y reconstrucciones del Conflicto de los Órdenes. Pero también hay nuevas cuestiones, desde el efecto de la concesión masiva de plena ciudadanía a los aliados itálicos hasta la cuestión de cómo deberían repartirse las ganancias del imperio. Estos temas están inextricablemente entrelazados: el éxito (o fracaso) de los ejércitos que servían al otro lado del mar tenían consecuencias directas en el frente doméstico; las ambiciones políticas de hombres como Pompeyo y César subyacían tras algunas de las guerras de conquista; nunca hubo una clara división entre los papeles militar y político en la élite romana. Sin embargo, en aras de una narración clarificadora de estos acontecimientos cruciales pero complicados, el capítulo 7 se centra en la Roma del extranjero y en el auge de dinastías todopoderosas, concretamente de Pompeyo y César, en la última fase del período. Por ahora, nos concentraremos principalmente en cuestiones relacionadas con Roma e Italia y con la primera parte de dicho período, a grandes rasgos, y para expresarlo con los nombres famosos que todavía dominan la narración, desde Tiberio Graco hasta Sila y Espartaco.

TIBERIO GRACO

En el año 137 a. C. Tiberio Graco, nieto de Escipión el Africano, cuñado de Emiliano y héroe de guerra en el sitio de Cartago, donde fue el primero en escalar la muralla enemiga, viajaba desde Roma en dirección norte para unirse a las legiones de Hispania. Mientras atravesaba Etruria,

quedó impactado por el estado de la campiña, porque las tierras eran cultivadas y los rebaños atendidos por esclavos extranjeros en propiedades a escala industrial; los pequeños campesinos, la tradicional columna vertebral de la agricultura itálica, habían desaparecido. Según un panfleto escrito por su hermano menor Cayo, citado en una biografía posterior, fue en aquel momento cuando Tiberio se sintió comprometido con la reforma. Como más tarde expresó al pueblo romano, a muchos de los hombres que combatieron en las guerras de Roma «les llaman dueños del universo pero no tienen ni un pedazo de tierra propia». Para él, aquello no era justo.

Hasta qué punto habían desaparecido de las tierras los pequeños agricultores es algo que intriga a los historiadores modernos tanto como intrigó a sus homólogos antiguos. No resulta difícil ver cómo semejante revolución agrícola pudo ser una consecuencia lógica de los conflictos bélicos y de la expansión de Roma. Durante la guerra contra Aníbal, a finales del siglo III a. C., ejércitos rivales habían recorrido de arriba abajo la península Itálica con todos sus pertrechos durante dos décadas, con efectos devastadores en las tierras de cultivo. Las exigencias de servir al ejército de ultramar eliminaron mano de obra de los campos de labranza durante años, dejando a las granjas familiares sin los recursos humanos imprescindibles. Estos dos factores debieron de debilitar a los pequeños agricultores haciéndolos especialmente vulnerables al fracaso, a la bancarrota o a la compra total por parte de los ricos, que utilizaron la riqueza obtenida de las conquistas de ultramar para acumular inmensas extensiones de tierras, trabajadas como haciendas agrícolas por el exceso de mano de obra esclava. Un historiador moderno se hizo eco de los sentimientos de Tiberio cuando resumió severamente: a pesar del botín que

pudieran llevarse a casa, muchos soldados normales efectivamente «habían estado luchando por su propio desplazamiento». Muchos de ellos regresaron a Roma y a otras ciudades sin medios y en busca de una forma de ganarse la vida, engrosando así las clases marginales urbanas.

Es un escenario plausible. No obstante, no hay demasiadas evidencias que puedan respaldarlo. Prescindiendo del tono propagandista del revelador viaje de Tiberio por Etruria (¿acaso no había viajado antes 60 kilómetros al norte?), hay pocas huellas arqueológicas del nuevo tipo de haciendas que aseguró haber visto y múltiples evidencias de lo contrario: de una generalizada supervivencia de granjas de pequeño tamaño. Ni siquiera es seguro de que los daños de la guerra o la ausencia de los jóvenes solteros enviados al extranjero hubiera tenido a largo plazo el efecto tan devastador que a menudo se imagina. La mayor parte del terreno agrícola se recupera rápidamente de esta clase de traumas, y además debió de haber otros muchos miembros de la familia para reclutar como mano de obra; y si no, unos cuantos obreros esclavos habrían estado al alcance de los medios de granjeros relativamente humildes. De hecho, muchos historiadores piensan que, si sus motivos eran sinceros, Tiberio debió de haber interpretado de forma errónea la situación.

Sin embargo, fuera cual fuere la verdad económica, él sin duda vio el problema en términos del desplazamiento de los pobres de las tierras de labranza. También los pobres lo veían así, si la historia de su campaña de grafitos en Roma instándole a devolver «las tierras a los pobres» es cierta. Y este era el problema que Tiberio decidió resolver cuando lo eligieron tribuno de la plebe en 133 a. C. Inmediatamente presentó una ley en la Asamblea Plebeya para reinstalar a los pequeños agricultores distribuyendo parcelas de «tierra

pública» romana a los pobres. Se trataba del territorio del que los romanos se habían apoderado en su toma de Italia. En teoría estaba abierto a un amplio abanico de usuarios, pero en la práctica los romanos ricos y los itálicos ricos se habían quedado con gran parte del mismo y lo habían convertido, a todos los efectos, en propiedad privada. Tiberio propuso restringir sus haciendas a un máximo de 500 *iugera* (aproximadamente 120 hectáreas) cada una, declarando que aquel era el viejo límite legal, y parcelar el resto en pequeñas unidades para los desposeídos. Era la clase de reforma típicamente romana, justificar una acción radical como un retorno a prácticas del pasado.

La propuesta generó una serie de polémicas cada vez más agrias. En primer lugar, cuando uno de sus colegas tribunos, Marco Octavio, trató repetidamente de vetarla (siglos antes se había concedido un derecho a veto a estos «representantes del pueblo»), Tiberio pisoteó la objeción e hizo que el pueblo votara destituir a su adversario del cargo. Esto le permitió aprobar la ley y se creó una comisión de tres delegados, un grupo más bien confortable formado por el propio Tiberio, su hermano y su suegro, para supervisar la reasignación de tierras. Después, cuando el Senado, cuyos intereses estaban generalmente del lado de los ricos, se negó, limitándose a conceder una insignificante subvención económica para financiar la operación (un mecanismo de bloqueo harto conocido en las modernas disputas políticas), Tiberio volvió a dirigirse al pueblo y lo convenció para que votase la desviación de un dinero del Estado recientemente caído del cielo para financiar la comisión.

Oportunamente, en 133 a. C. había muerto el rey Átalo III de Pérgamo, que —combinando una valoración realista del poder de Roma en el Mediterráneo oriental con una astuta defensa contra el asesinato por parte de rivales

domésticos— había hecho heredero de su propiedad y extenso reino en la actual Turquía al «pueblo romano». Esta herencia proporcionó todo el dinero necesario para la compleja tarea de la comisión de investigar, medir, tasar, seleccionar a nuevos arrendatarios e instalarlos con las herramientas esenciales para la labranza. Finalmente, cuando Tiberio se vio cada vez más atacado, e incluso acusado de tener aspiraciones monárquicas (un desagradable rumor insinuaba que había estado revisando con detenimiento la diadema real y la vestimenta púrpura de Átalo), decidió defender su posición presentándose de nuevo a las elecciones de tribuno al año siguiente: al ostentar un cargo tendría inmunidad ante las acusaciones. Aquello ya fue demasiado para algunos de sus inquietos adversarios, que, formando una camarilla de senadores y matones varios, con armas improvisadas y sin ninguna autoridad oficial, interrumpieron las elecciones.

Las elecciones romanas eran asuntos que requerían mucho tiempo. En la Asamblea Plebeya, que elegía a los tribunos, el electorado se reunía en un solo sitio, y los grupos tribales votaban por turnos, cada hombre (de muchos miles) depositaba su voto individualmente, uno tras otro. A veces se necesitaba más de un día para completar el proceso. En 133 a. C., los votos para elegir a los tribunos del año siguiente se iban entregando lentamente en la colina Capitolina cuando la banda invadió el lugar. Se desencadenó una pelea, en la que Tiberio fue apaleado hasta morir con la pata de una silla. El hombre que estaba detrás de aquella turba de linchamiento era su primo Publio Cornelio Escipión Nasica Serapio, ex cónsul y jefe de uno de los principales grupos de sacerdotes romanos, los pontífices. Se dice que participó en aquella refriega mortal con la toga cubriéndole la cabeza, como normalmente hacían los

sacerdotes romanos cuando sacrificaban animales a los dioses. Es posible que con ello intentase que el asesinato pareciese un acto religioso.



36. Esta moneda de plata romana de finales del siglo II a. C. muestra el procedimiento a la hora de votar en las asambleas, mediante voto secreto. El hombre de la derecha está depositando su tablilla de votación en la urna, desde una plataforma elevada, o «puente» (*pons*). A la izquierda, otro hombre está subiendo al puente y coge la tablilla del ayudante que está debajo. Sobre la escena está escrito «Nerva», que es el nombre del hombre responsable de la acuñación de la moneda.

Moneda romana de plata, 113 a. C., que muestra el procedimiento de votación mediante voto secreto. Foto © akg-images / De Agostini Picture Lib. / A. Rizzi

La muerte de Tiberio no detuvo la tarea de redistribución de tierras. Encontraron un sustituto para él en la comisión, y la actividad que esta realizó a lo largo de los años siguientes todavía puede verse en una serie de mojones que marcaban las intersecciones de las nuevas unidades de propiedad, cada una con el nombre del delegado responsable. Pero hubo más bajas en ambos bandos. Algunos de los partidarios de los Gracos se sometieron a juicio en un tribunal especial creado por el Senado (no queda claro cuál era la acusación), y por lo menos uno fue condenado a muerte: lo metieron bien atado

en un saco repleto de serpientes venenosas. Muy probablemente una ingeniosa tradición inventada, enmascarada como un horrible castigo arcaico de los romanos. Escipión Nasica fue inmediatamente enviado en una oportuna delegación a Pérgamo, donde murió al cabo de un año. Escipión Emiliano, cuya reacción ante la noticia de la muerte de Tiberio fue la de citar otro verso de Homero, insinuando que él mismo la había provocado, abandonó el combate en Hispania para regresar a Italia y liderar la causa de los aliados itálicos ricos que estaban siendo expulsados de las tierras públicas. Fue hallado muerto en la cama en 219 a. C. la misma mañana en que había de pronunciar un discurso en nombre de aquellos. Las muertes inexplicables, y hubo muchas, provocaron sospechas en los romanos. En ambos casos hubo rumores de juego sucio. Algunos romanos, como solían hacer cuando no había pruebas palpables, alegaron una maligna influencia femenina entre bastidores: el triunfal conquistador de Cartago, aseguraban, había sido víctima de un sórdido asesinato doméstico perpetrado por su esposa y su suegra, decididas a evitar que deshiciera la labor de Tiberio Graco, su hermano e hijo, respectivamente.

¿Por qué fue tan vehementemente rechazada la reforma agraria de Tiberio? Sin duda había todo tipo de intereses partidistas en juego. Algunos observadores de la época, y desde entonces, afirman que lejos de estar genuinamente implicado en la causa de los pobres, Tiberio estaba movido por un resentimiento contra el Senado, que se había negado de forma humillante a ratificar un tratado que él había negociado cuando servía en Hispania. Muchos de los poderosos debieron de sentirse molestos al perder tierras que desde hacía tiempo trataban como parte de su hacienda privada, mientras que aquellos que habían de beneficiarse de

la distribución apoyaban con entusiasmo la reforma. De hecho, muchos acudieron en tropel a la ciudad procedentes de zonas periféricas del territorio romano especialmente para votarla. Pero todavía había más elementos que contribuyeron al conflicto.

El enfrentamiento de 133 a. C. puso en evidencia visiones radicalmente diferentes respecto al poder del pueblo. Cuando Tiberio convenció al pueblo para que votara la destitución del tribuno que se oponía a él, su argumento decía algo así como «si el tribuno de la plebe ya no hace lo que quiere la plebe, entonces debería ser depuesto». Esto suscitó un tema que todavía resulta familiar en los sistemas electorales modernos. ¿Los miembros del Parlamento, por ejemplo, han de considerarse *delegados* de los votantes, están obligados a seguir la voluntad de su electorado? ¿O son *representantes*, elegidos para ejercer su propio criterio en las circunstancias cambiantes de gobierno? Fue la primera vez, por lo que sabemos, que surgió explícitamente esta cuestión en Roma, y la respuesta no era más fácil de lo que lo es ahora. Para algunos, las acciones de Tiberio vengaban los derechos del pueblo, para otros socavaban los derechos de un cargo debidamente elegido.

Un dilema similar subyacía en la disputa sobre si Tiberio debería ser reelegido tribuno. Ostentar un cargo durante dos años consecutivos, uno tras otro, era algo que ya tenía precedentes, pero sin duda algunos pensaron que constituía un peligroso aumento de poder individual y otro indicio de ambiciones monárquicas. Otros aseguraban que el pueblo romano tenía derecho a elegir a quien quisiera, independientemente de las convenciones electorales. Es más, si Átalo había legado su reino al «pueblo romano» (*populus Romanus*), ¿no les correspondía a ellos, en lugar de al Senado, decidir cómo había de utilizarse la herencia?

¿Acaso no deberían beneficiar las ganancias del imperio a ricos y pobres por igual?

Escipión Nasica, con sus matones, porras y patas de silla, no se presenta como un personaje simpático, y el apodo Vespillo (o «Sepulturero») adjudicado al senador que se ocupó de deshacerse de los cuerpos en el Tíber no deja de ser una broma incómoda desde cualquier punto de vista, antiguo o moderno. No obstante, su enfrentamiento con Tiberio fue fundamental, puesto que enmarcó el debate político romano durante el resto de la República. Cicerón, echando la mirada atrás desde mediados del siglo siguiente, pudo presentar el año 133 a. C. como decisivo porque abrió una importante brecha en la política y sociedad romanas que no se cerró siquiera durante su período de vida: «La muerte de Tiberio Graco —escribió— e incluso antes de que esta se produjese, toda la lógica subyacente tras su tribunado, dividió a un pueblo unido en dos grupos distintos [*partes*]».

Esto no es más que una simplificación retórica exagerada. La idea de que había habido un consenso pacífico en Roma entre ricos y pobres hasta que Tiberio Graco lo sacudió es como poco una ficción nostálgica. Parece muy probable, por lo que sabemos sobre los debates políticos de la década anterior a 133 a. C. (que no es mucho), que otros hubieran reivindicado ya los derechos del pueblo con los mismos argumentos. En 139 a. C., por ejemplo, un tribuno radical había presentado una ley para garantizar que las elecciones romanas se llevaran a cabo mediante voto secreto. Hay pocas evidencias que ayuden a perfilar al hombre que estaba detrás de esto o que arrojen luz respecto a la oposición que debió de haber suscitado; no obstante, Cicerón da una pista cuando dice que «todo el mundo sabe que la ley electoral robó a los aristócratas toda su influencia» y califica al proponente de «asqueroso don nadie». Aun así,

fue una reforma trascendente y una garantía fundamental de libertad política para todos los ciudadanos, algo desconocido en las elecciones del mundo griego clásico, democrático o no.

Sin embargo, fue en los acontecimientos de 133 a. C. cuando cristalizó la oposición entre aquellos que defendían los derechos, la libertad y los beneficios del pueblo y aquellos que, para decirlo con sus propias palabras, pensaban que era prudente que el Estado estuviera regido por la experiencia y sabiduría de los «mejores hombres» (*optimi*), que en la práctica eran más o menos sinónimos de ricos. Cicerón utiliza la palabra *partes* para estos dos grupos (*populares* y *optimates*, como a menudo se les llamaba), pero no eran partidos en el sentido moderno del término: no tenían miembros, líderes oficiales ni manifiestos acordados. Representaban dos puntos de vista completamente divergentes en cuanto a los objetivos y métodos de gobierno, que chocarían de forma repetida durante casi cien años.

CAYO GRACO

En una de las mofas más citadas del mundo romano, el satírico Juvenal, que escribía a finales del siglo I d. C., canalizó su desprecio por la «chusma de Remo», que, según afirmaba, solo quería dos cosas: «pan y circos» (*panem et circenses*). Fue una brillante forma de menospreciar los limitados horizontes del populacho urbano, como bien muestra la vigencia de esta expresión incluso hoy en día, presentado aquí como si fueran los descendientes del gemelo asesinado: a la chusma no le importaba nada excepto las carreras de cuadrigas y las donaciones de comida con las que los emperadores la habían sobornado y, por supuesto, despolitizado. Fue también una cínica y errónea interpretación de la tradición romana de proporcionar

alimentos básicos al pueblo a expensas del Estado, que se originó con el hermano pequeño de Tiberio, Cayo Sempronio Graco, tribuno de la plebe durante dos años consecutivos, en 123 y 122 a. C.

Cayo no introdujo un «subsidio de grano». Para ser exactos, él propuso, con éxito, una ley a la Asamblea Plebeya estableciendo que el Estado vendiera una cierta cantidad de grano al mes a un precio fijo subvencionado para cada ciudadano de la ciudad. Aun así, el alcance y ambición de esta iniciativa eran enormes. Al parecer Cayo planeó la considerable infraestructura necesaria para sostenerla: la compra pública, las instalaciones de distribución y una forma de controlar la identidad (¿cómo se restringía si no a los ciudadanos solamente?), así como el almacenamiento en nuevos depósitos públicos construidos junto al Tíber y en espacios cerrados alquilados. Se desconoce con exactitud cómo se dotó de personal y cómo se organizaba toda la operación día a día. Los funcionarios públicos de Roma recibieron el insignificante apoyo de unos pocos escribas, mensajeros y guardaespaldas. Así, como en la mayoría de las responsabilidades del Estado —hasta los oficios especializados más minúsculos como reparar el rostro de la estatua del dios Júpiter en su templo que presidía la ciudad desde la colina Capitolina— gran parte del trabajo de administración y distribución del grano estaba presumiblemente en manos de contratistas privados, que ganaban dinero repartiendo servicios públicos.

La iniciativa de Cayo provenía en parte de la preocupación por los pobres de la ciudad. En años buenos, las cosechas de Sicilia y Cerdeña debían de ser suficientes para alimentar a un cuarto de millón de personas, un cálculo razonable aunque ligeramente conservador de la población de Roma a finales del siglo II a. C. Sin embargo, las cosechas

mediterráneas fluctuaban drásticamente, y a veces los precios iban mucho más allá de lo que los romanos corrientes, tenderos, artesanos y peones, podían permitirse. Antes incluso que Cayo, el Estado había tomado a veces medidas preventivas para evitar hambrunas en la ciudad. Una reveladora inscripción hallada en Tesalia, en el norte de Grecia, documenta la visita de un funcionario romano en 129 a. C. Había llegado, gorra en mano, «porque la situación en su país en estos momentos es de carestía», y se marchó con la promesa de más de 3000 toneladas de trigo y complicados acuerdos de transporte al lugar.

Sin embargo, Cayo no tenía en mente solo propósitos caritativos, ni siquiera la tozuda lógica, a veces evidente en Roma, de que un populacho hambriento era peligroso. Su plan tenía también un programa político subyacente en cuanto a la distribución de los recursos del Estado. Esta sin duda era la razón del supuesto intercambio entre Cayo y uno de sus adversarios más implacables, el acaudalado ex cónsul Lucio Calpurnio Pisón Frugi (su último nombre, muy apropiado, significa «tacaño»). Después de que se hubiera aprobado la ley, Cayo descubrió a Frugi haciendo cola para obtener su asignación de grano y le preguntó qué estaba haciendo allí, puesto que no estaba de acuerdo con la medida. «No me entusiasma tu idea, Graco —respondió— de repartir mi propiedad a todos los hombres, pero si esto es lo que vas a hacer, cogeré mi parte.» Presumiblemente le estaba devolviendo a Cayo su propia retórica. El debate giraba en torno a quién tenía derecho a la propiedad del Estado y dónde estaba el límite entre riqueza privada y pública.

La distribución de grano barato fue la reforma más influyente de Cayo. Aunque fue enmendada y en ocasiones suspendida a lo largo de las décadas siguientes, su principio

básico duró siglos: Roma era el único lugar del Mediterráneo antiguo en el que el Estado se hacía responsable del aprovisionamiento regular de alimentos básicos a sus ciudadanos. En cambio, el mundo griego dependía normalmente de donaciones en tiempos de escasez, o de esporádicas muestras de generosidad por parte de los ricos. No obstante, el reparto de alimentos fue solo una de las muchas innovaciones llevadas a cabo por Cayo.

A diferencia de todos los anteriores reformistas romanos, Cayo no promovió solo una iniciativa, sino una docena más o menos. Fue el primer político de la ciudad, prescindiendo de los míticos padres fundadores, que tenía un *programa* extenso y coherente, con medidas que cubrían asuntos como el derecho de apelación contra la pena de muerte, la proscripción del soborno y un proyecto de distribución de tierras mucho más ambicioso que el que Tiberio había propuesto. Este implicaba la exportación en masa de excedentes de ciudadanos a las «colonias», no solo en Italia sino también, y por primera vez, a ultramar. Solo dos décadas después de que fuera arrasada y maldecida, Cartago fue señalada como destino para refundar una nueva ciudad. Sin embargo, la memoria de los romanos no era tan limitada, y este proyecto en particular se canceló enseguida, a pesar de que algunos colonos ya habían emigrado allí. Es imposible ahora enumerar todas las leyes que propuso Cayo en solo dos años, y todavía menos determinar con exactitud cuáles eran los términos y los objetivos. Aparte de una importante sección del texto de una ley que regulaba el comportamiento de los funcionarios romanos en el extranjero y proporcionaba los medios de resarcir a aquellos de quienes hubieran abusado (tema que examinaremos en el capítulo siguiente), las evidencias que se han conservado aparecen en gran medida en forma de acotaciones

transitorias o reconstrucciones tardías. No obstante, la clave está en el alcance de aquellas medidas. Para los adversarios de Cayo, aquello tenía pinta de entrar peligrosamente en pugna con el poder personal. El programa general sin duda parece que constituía un sistemático intento de reconfigurar la relación entre el pueblo y el Senado.

Así es como su biógrafo griego Plutarco (nombre completo, Lucio Mestrio Plutarco) lo entendió más de doscientos años después cuando destacó lo que debió de ser un gesto extravagante por parte de Cayo cuando se dirigía a su público en el foro. Los oradores anteriores se situaban de cara al edificio del Senado, con el público apretujado en la pequeña zona conocida como el *comitium* justo delante. Cayo se saltaba estratégicamente las convenciones dando la espalda al Senado cuando hablaba al pueblo, que ahora escuchaba en la espaciosa plaza del foro. Plutarco admite que no era más que una «ligera desviación» de la práctica, pero constituía un elemento revolucionario. No solo permitía la participación de una muchedumbre mucho más amplia, sino que liberaba al pueblo de la mirada controladora del Senado. De hecho, los escritores antiguos atribuían a Cayo un sentido especialmente agudo de la política del emplazamiento. Otra historia cuenta que cuando tenía lugar una exhibición de gladiadores en el foro (la ubicación favorita antes de que se construyese el Coliseo, doscientos años más tarde), una serie de romanos de alto rango colocaban asientos provisionales para alquilarlos y obtener beneficios. Durante la noche anterior al espectáculo, Cayo los hizo dismantelar por completo para que gente corriente tuviera más espacio para mirar, sin tener que pagar.



37. Pintura de Angelica Kauffmann de *Cornelia, madre de los Gracos*, con sus hijos aún pequeños (1785). Cornelia es una de las pocas madres de Roma a la que se le atribuía una gran influencia en la carrera política de sus hijos. Vestía, al parecer, de manera menos llamativa que muchas otras mujeres de su época. «Mis hijos son mis joyas», solía decir. Aquí Kauffmann la imagina presentando a Tiberio y a Cayo (a la izquierda) a una amiga.

Cornelia, madre de los Gracos (1785) de Angelica Kauffman, Virginia Museum of Fine Arts. Foto © akg-images

A diferencia de su hermano mayor, de algún modo Cayo consiguió que lo eligieran tribuno dos veces. Sin embargo, debido a circunstancias turbias, no logró que lo eligieran de nuevo en 121 a. C. Durante aquel año se resistió a los esfuerzos del cónsul Lucio Opimio, un reaccionario que se convirtió en una especie de héroe para los conservadores, por anular gran parte de su legislación. Durante el proceso fue asesinado, o se suicidó para frustrar el homicidio, por una banda armada bajo el mando de Opimio. La violencia no era unilateral. Había estallado después de que uno de los acompañantes del cónsul, al parecer yendo de un lado a otro

con las entrañas de unos animales que acababan de ser sacrificados, que añadieron un toque macabro a la escena, gritara un insulto distraído a los partidarios de Cayo («Dejad pasar a los tíos decentes, capullos») e hiciera un gesto aún más grosero. Estos se abalanzaron sobre él y lo apuñalaron hasta la muerte con sus estiletes de escritura, clara señal de que no iban armados, de que eran un grupo instruido, pero que no eran víctimas inocentes. En respuesta, el Senado aprobó un decreto instando a los cónsules a que «se asegurasen de que el Estado no sufriera daño alguno», la misma ley de poderes extraordinarios que se aprobó durante el enfrentamiento entre Cicerón y Catilina en 63 a. C. Opimio aprovechó la ocasión, reunió una milicia no profesional de partidarios suyos e hizo matar a unos 3000 graquianos, ya fuera inmediatamente o más tarde en tribunales improvisados. Se estableció así un dudoso y mortal precedente.

Aquella fue la primera ocasión de otras muchas a lo largo de los siguientes cien años en la que dicho decreto se utilizó para hacer frente a varias crisis, desde desórdenes civiles hasta presunta traición. Puede que se crease como un intento por poner cierto marco regulatorio al uso de la fuerza oficial. En este período, Roma no tenía ningún tipo de policía y casi ningún recurso para controlar la violencia más allá de lo que un puñado de hombres poderosos pudiera reunir. La instrucción de «asegurarse de que el Estado no sufriera daño alguno» podía interpretarse como la voluntad de trazar una línea divisoria entre las acciones no autorizadas de un Escipión Nasica y aquellas sancionadas por el Senado. En la práctica era una carta de consentimiento a los linchamientos de la turba, una excusa partidista para suspender las libertades civiles y una tapadera legal para la violencia premeditada contra reformistas radicales. Resulta

difícil de creer, por ejemplo, que los «arqueros cretenses» que se unieron a los partidarios locales de Opimio estuvieran allí a mano por pura casualidad. Pero el decreto fue siempre polémico y propenso a repuntar, como descubrió Cicerón. Opimio fue debidamente juzgado, y aunque fue exculpado, su reputación nunca se recuperó del todo. Cuando tuvo el coraje, o ingenuidad, suficiente para celebrar la eliminación de los Gracos restaurando con generosidad el templo de la diosa Concordia («Armonía») en el foro, alguien realista con un cincel resumió la terrible matanza tallando en la fachada las palabras «Un acto de insensata Discordia crea un templo de Concordia».

CIUDADANOS Y ALIADOS EN GUERRA

Poco antes de las reformas revolucionarias de Cayo, a mediados de la década de 120 a. C., un cónsul romano viajaba por Italia con su mujer y llegó a la pequeña ciudad de Teanum (la moderna Teano, a unos 160 kilómetros al sur de Roma). La dama decidió que quería utilizar los baños de aquel lugar, normalmente reservados para los hombres, y el alcalde tuvo que preparárselos para ella echando a los bañistas habituales. A pesar de ello, la mujer se quejó de que no había dispuesto de las instalaciones a tiempo y de que no estaban lo bastante limpias. «Así pues, se clavó una estaca en el foro y el alcalde de Teanum, el hombre más distinguido de la ciudad, fue prendido y atado al poste. Se le despojó de sus vestimentas y fue azotado con palos.»

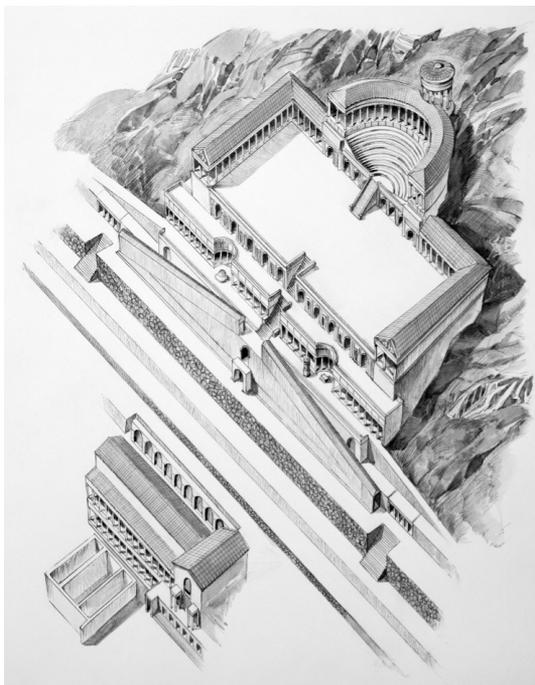
Esta historia ha llegado hasta nosotros porque Cayo Graco la contó en un discurso que a su vez fue citado textualmente por un erudito literario del siglo II d. C. interesado en analizar su estilo retórico. Era un escandaloso ejemplo de abuso de poder romano, citado en apoyo de otra de las campañas de Cayo: extender la ciudadanía de manera

extensiva a Italia. No fue el primero en sugerirlo. Su propuesta era parte de la creciente polémica acerca del estatus de los aliados de Roma y de las comunidades latinas de Italia. Terminó con la entrada de muchos de los aliados en la guerra social contra Roma, uno de los conflictos más mortíferos y desconcertantes de la historia de Roma. El enigma gira en torno a los objetivos de los aliados. ¿Recurrieron a la violencia para forzar a Roma a concederles la plena ciudadanía romana? ¿O trataban de liberarse de Roma? ¿Querían estar *dentro* o *fuera*?



38. Los enormes avances arquitectónicos del Praeneste de finales del siglo II a. C. quedaron incorporados al posterior palacio renacentista, que aún conserva la forma básica del antiguo santuario. Las rampas inferiores y las terrazas son todavía claramente visibles.

Palazzo Barberini, Praeneste. Foto © Hemis / Alamy



39. Reconstrucción del antiguo santuario de Praeneste. La imagen pone de manifiesto que la forma semicircular del palacio en el nivel superior es un reflejo de la del templo de la diosa Fortuna que se encuentra debajo. Hay que destacar que fue construido más de medio siglo antes que el teatro de Pompeyo (Fig. 44), cuando no había nada de semejante tamaño en Roma.

Reconstrucción de un santuario antiguo en Praeneste (según H. Kähler). Foto © De Agostini / Getty Images

Las relaciones entre Roma y los otros pueblos itálicos habían avanzado en distintas direcciones desde el siglo III a. C. Sin duda, los aliados habían recogido hermosas recompensas de sus campañas conjuntas con Roma, en forma del botín que acompañaba a la victoria y de las oportunidades comerciales que se les abrían. Una familia de la pequeña ciudad de Fregellae, técnicamente una colonia latina a unos 100 kilómetros al sur de Roma, se sentía tan orgullosa de estas campañas que decoró su casa con frisos de terracota que representaban las lejanas batallas en las que algunos de sus miembros habían servido. A una mayor escala, el

espectacular desarrollo arquitectónico de muchas ciudades italianas proporciona evidencias concretas de los beneficios obtenidos por los aliados. En Praeneste, por ejemplo, a solo 32 kilómetros de Roma, se construyó un nuevo e inmenso santuario de la diosa Fortuna, una obra de arte de alarde arquitectónico, con un teatro, terrazas, pórticos y columnatas, capaz de rivalizar con cualquier otro edificio en cualquier parte del Mediterráneo. No es casual que los nombres de varias familias de esta ciudad figuren entre los de los comerciantes romanos e itálicos de la isla egea de Delos, uno de los mayores centros comerciales de la época, y núcleo del comercio de esclavos.

Para los forasteros de lugares como Delos, no había apenas diferencia entre «romanos» e «itálicos», y ambos términos se utilizaban más o menos indistintamente para referirse a cualquiera de los dos. Incluso en Italia las fronteras eran cada vez más borrosas e imprecisas. A comienzos del siglo II a. C., todos aquellos que habían sido «ciudadanos sin voto» habían obtenido ya el voto. Es posible que en algún momento anterior a la guerra social, los romanos aceptaran que cualquiera que hubiera ostentado un cargo público en una comunidad de estatus latino cumplía los requisitos para la plena ciudadanía romana. En la práctica, a menudo se hacía caso omiso de los itálicos que simplemente reclamaban la ciudadanía o bien se les contentaba inscribiéndolos formalmente en un censo romano.

Sin embargo, este tipo de estrecha integración era solo una cara de la moneda. La historia de Cayo sobre el alcalde itálico no es más que una de una serie de causas célebres en las que los romanos, en una escala que va de la insensibilidad a la crueldad, eran acusados de haber herido o humillado a miembros prominentes de las comunidades aliadas. Otro

cónsul, según decían, hizo desnudar y apalear a un grupo de dignatarios locales debido a un fallo en los acuerdos de abastecimiento. Verdaderas o no (y todas ellas proceden en última instancia de ataques no corroborados de romanos contra otros romanos), estas anécdotas ponen de manifiesto un ambiente de resentimiento, rencor y chismes envenenados, alentado por algunas acciones despóticas por parte del Estado romano y un sentido de exclusión política y estatus de segunda clase por parte de los principales aliados. El Senado empezó a dar por sentado que podía imponer la ley en toda Italia. La reforma agraria de Tiberio Graco, por más popular que fuera entre los romanos pobres, fue una provocación para los itálicos ricos cuyas «tierras públicas» fueron confiscadas, mientras que los itálicos pobres eran excluidos del reparto. Las estrechas relaciones personales que algunos miembros de la élite italiana mantenían con dirigentes romanos (¿cómo lograron captar si no el apoyo de Escipión Emiliano en contra de la reforma agraria de Tiberio?) no compensaban el hecho de que no tuvieran participación formal en la política romana ni en la toma de decisiones.

En la década de 120 a. C., la «cuestión itálica» fue causa de desencuentros cada vez mayores y provocó episodios de violentos conflictos. En 125 a. C., el pueblo de Fregellae trató de romper con Roma, pero fue aplastado por un ejército romano bajo el mando del mismo Lucio Opimio que unos años después eliminaría a Cayo Graco. Los restos de los frisos que antaño celebraron con orgullo aquellas campañas conjuntas fueron desenterrados dos mil años más tarde de entre las ruinas de la destrucción de Fregellae. Al mismo tiempo, en Roma, los temores suscitados por el flujo constante de extranjeros que llegaban a la ciudad se enardecieron adoptando la conocida forma de xenofobia

presente en muchas campañas modernas. Uno de los adversarios de Cayo, dirigiéndose a una *contio*, o reunión pública, evocó visiones de romanos acosados e inundados. «Una vez concedida la ciudadanía a los latinos —espetó al público—, ¿creéis que habrá espacio para vosotros, como el que tenéis ahora, en una *contio* o en los juegos o en las fiestas? ¿No os dais cuenta de que se apoderarán de todo?» También hubo, en ocasiones, intentos formales de repatriar inmigrantes o de evitar que los itálicos se hiciesen pasar por romanos. Podía resultar peligroso ser un partidario demasiado prominente de la causa itálica. En otoño del año 91 a. C., la propuesta de un tal Marco Livio Druso de extender los derechos de ciudadanía a Italia terminó con su asesinato en su propia casa, apuñalado mientras se despedía de una multitud de visitantes.

Aquel homicidio anunciaba una auténtica guerra de terribles proporciones. El momento crítico estalló a finales de 91 a. C., cuando un enviado romano insultó al pueblo de Ásculo, en el centro de Italia. La población respondió dándole muerte junto a todos los otros romanos que había en la ciudad. Este brutal episodio de limpieza étnica estableció la pauta de lo que seguiría, que no estaba lejos de la guerra civil: «Se la puede llamar guerra contra *socii*, para atenuar el odio; la verdad es que fue una guerra civil, contra ciudadanos», apostilló un historiador romano posterior. El combate se extendió por gran parte de la península, incluyendo Pompeya, donde todavía hoy pueden verse las marcas de los embates de la artillería romana en 89 a. C. en las murallas de la ciudad. Los romanos dedicaron ingentes fuerzas para derrotar a los itálicos y obtuvieron la victoria a costa de cuantiosas pérdidas y considerable pánico. Tras la muerte en combate de un cónsul, hubo tanto desconsuelo en Roma cuando trajeron su cuerpo que el Senado decretó que,

en el futuro, los muertos tenían que enterrarse en el lugar donde hubieran caído, una medida que algunos Estados modernos también han adoptado. No obstante, gran parte del conflicto terminó relativamente rápido, al cabo de dos años. Al parecer, la paz se aceleró del siguiente modo: los romanos ofrecieron la plena ciudadanía a aquellos itálicos que no se hubieran levantado en armas contra Roma o que estuvieran dispuestos a deponerlas.

Este desenlace hace que parezca que el propósito por el que muchos aliados fueron a la guerra consistiera en la obtención de la plena ciudadanía romana, acabando con ello su exclusión política y su estatus inferior. Así es como la mayoría de escritores antiguos explica el conflicto. «Buscaban la ciudadanía del Estado cuyo poder estaban acostumbrados a defender con las armas», insiste uno, cuyo tatarabuelo era un itálico que combatió en el bando romano. Una de las historias favoritas sobre el éxito de la transformación de los itálicos en romanos pone de relieve la carrera de un hombre de la región de Picenum en el norte de Italia: siendo un niño de pecho había sido exhibido entre los prisioneros en uno de los triunfos celebrados en Roma por las victorias sobre los aliados-convertidos-en-enemigos; cincuenta años después, y por aquel entonces general romano, celebró su propio triunfo por la victoria ante los partos. Es el único hombre conocido que estuvo en ambos bandos en una procesión triunfal, una víctima convertida en vencedor. No obstante, los escritores romanos puede que se precipitaran al equiparar el resultado de la guerra con sus objetivos o al adjudicar a los itálicos un propósito que encajaba mejor en la posterior unidad de Roma e Italia.

Sin embargo, la propaganda contemporánea y la organización del bando itálico sugieren que en realidad había un movimiento de ruptura que tenía como meta la

total independencia de Roma. Parece que los aliados habían iniciado el camino hacia el establecimiento de un estado rival, con el nombre de «Italia», con capital en una ciudad a la que le cambiaron el nombre por el de «Itálica» y la palabra *itali* («italianos») estampada en sus balas de plomo. Acuñaron monedas exhibiendo una memorable imagen de un toro, símbolo de Italia, corneando a un lobo, símbolo de Roma. Y uno de los dirigentes itálicos le dio la vuelta eficazmente a la historia de Rómulo y Remo apodando a los romanos «lobos que han violado la libertad de los itálicos». Esto no parece ninguna petición de integración.

La solución más fácil a este rompecabezas es imaginar que los aliados eran una coalición poco definida con objetivos muy diferentes, algunos decididos a resistir a los romanos hasta la muerte, otros más dispuestos a pactar. Sin duda esta es la verdad. No obstante, hay también consideraciones más sutiles, e indicios de que, nos guste o no, era demasiado tarde para que los itálicos pudieran independizarse de Roma. La acuñación muestra sin duda imagería antirromana, pero se basaba en los patrones de peso de la acuñación romana, y muchos de los diseños eran temas tomados directamente de los romanos. Es como si el único lenguaje cultural con el que los itálicos podían atacar a los romanos fuera el romano: una evidente señal de hasta qué punto había avanzado ya la integración o el dominio romano de Italia.

Cualesquiera que fueran las causas de la guerra social, los efectos de la legislación de 90 y 89 a. C. que extendió la plena ciudadanía a casi toda la península fueron espectaculares. Italia era ahora lo más parecido a un Estado-nación jamás conocido en el mundo clásico, y el principio que vislumbramos siglos antes, de que «los romanos» podían tener doble ciudadanía y dos identidades civiles, la de Roma

y la de su ciudad natal, se convirtió en norma. Si las cifras que nos ofrecen los escritores antiguos son exactas, el número de ciudadanos romanos se incrementó de repente el triple, sumando algo más de un millón. El potencial impacto de todo ello, y los problemas, fueron obvios. Hubo, por ejemplo, enconados debates acerca de cómo integrar a los nuevos ciudadanos en las tribus votantes, y también una propuesta, que no prosperó, de restringir la influencia de los itálicos en las asambleas inscribiéndolos en un reducido número de tribus adicionales, que siempre votarían las últimas. Sin embargo, los romanos nunca ajustaron de forma efectiva sus tradicionales instituciones políticas ni administrativas para gestionar el nuevo panorama político. Nunca hubo ningún sistema para registrar votos fuera de Roma, por lo tanto, en la práctica solo podían aprovecharse de su nueva influencia política los itálicos con dinero y tiempo para viajar. El peso de inscribir formalmente a todo aquel número de ciudadanos parece que casi acabó con ellos, a pesar de que hubo algún intento de transferir parte del trabajo a funcionarios locales. En el año 70 a. C. se llevó a cabo un censo completo (y de estas cifras surge el cálculo de «algo más de un millón»), pero esta fue la última inscripción hasta 28 a. C., a comienzos del reinado del emperador Augusto. Este intervalo suele atribuirse a la inestabilidad política, pero la dificultad y la magnitud de la tarea sin duda tuvieron también algo que ver.



40. La moneda más antirromana y agresiva acuñada por los aliados itálicos durante la guerra social. El lobo romano está totalmente sometido por el toro itálico, y debajo del dibujo aparece el nombre del acuñador responsable escrito en osco, la lengua itálica. La otra cara de la moneda de plata muestra la cabeza del dios Baco y el nombre, también en osco, de uno de los más destacados generales itálicos.

Moneda de plata acuñada por los aliados itálicos en la guerra social. Foto © The Trustees of the British Museum

Podemos observar una imagen harto realista de algunos de los complicados problemas que todavía persistían treinta años después de la guerra social en un discurso que pronunció Cicerón en el año 62 a. C. en defensa del poeta Arquias, un hombre que había celebrado en verso los éxitos de una serie de romanos prominentes (por desgracia, o no, no se ha conservado ninguno) y al que Cicerón esperaba sacar un poema elogiando su victoria sobre Catilina. Arquias había nacido en Antioquía, en la antigua Siria, pero aseguraba ser ciudadano romano, con el nombre de Aulo Licinio Arquias, basándose en que había emigrado a Italia, se había convertido en ciudadano de la ciudad de Heraclea y, por consiguiente, después de la guerra social, tenía derecho a la ciudadanía romana. Y precisamente este estatus era lo que se estaba debatiendo en los tribunales. No obstante, la defensa se encontró con dificultades. No había prueba escrita de que Arquias fuera ciudadano de Heraclea, porque el archivo de la ciudad había ardido durante la guerra social.

Tampoco había documentos escritos de su ciudadanía romana, puesto que no aparecía en ninguna lista del censo. Podríamos pensar que, sospechosamente, había estado ausente del país cuando se realizaron los dos últimos censos. Por lo tanto, Cicerón tuvo que confiar en que unos testigos respondiesen por él y en los archivos privados del pretor, ahora muerto, que había sido el primero en admitir su reclamación.

Se desconoce cuál fue la decisión del jurado. ¿Encontró que las excusas de los documentos extraviados eran insuficientes? ¿O acaso comprendió que aquel tipo de accidentes, y la pérdida de identidad, eran a menudo una consecuencia de la guerra civil? En cualquier caso, la defensa de Cicerón es una muestra valiosa de algunas de las controversias y pesadillas administrativas que subyacían tras el simple epítome de «se concedió la ciudadanía a los aliados». Fue un paso extraordinariamente audaz por parte de los romanos, aunque se hubieran visto obligados a ello. Sin embargo, hubo probablemente otros muchos Arquias atrapados en la red legal resultante sin los recursos o influencia para acudir a Cicerón y presentar su caso.

SILA Y ESPARTACO

El comandante romano en el asedio a Pompeya en el año 89 a. C., donde el adolescente Cicerón sirvió como oficial subalterno, fue Lucio Cornelio Sila *Félix*, que significa «afortunado» o, más imponente, «el favorito de la diosa Venus». Se enfrentó a una oposición bien organizada dentro de la ciudad, a juzgar por una serie de avisos, descubiertos bajo una capa de yeso posterior que cubría las fachadas de las calles, al parecer dando instrucciones a la milicia local sobre dónde reunirse. Los pompeyanos parece que resistieron durante algún tiempo después de que Sila se desplazase a

objetivos más importantes, pero causó un impacto lo bastante fuerte como para que algún artista grafitero local garabateara su nombre en una de las torres de la muralla de la ciudad.

Sila sería una figura fundamental y polémica durante casi una década de guerra abierta dentro y en torno a la ciudad de Roma y por un período breve y sanguinario de gobierno en solitario. Nacido en el seno de una familia patricia venida a menos, fue elegido cónsul en 88 a. C., a los cincuenta años más o menos. Los conflictos empezaron aquel mismo año cuando invadió Roma con las tropas que había dirigido en las últimas etapas de la guerra social, para reclamar el mando potencialmente lucrativo y glorioso de la guerra contra el rey Mitrídates, que le había sido adjudicado a él y después transferido repentinamente a un rival. Continuaron después de que regresara victorioso a Italia en el año 83 a. C., cuando tuvo que combatir durante casi dos años para recuperar Roma de manos de los enemigos que habían conseguido controlarla durante su ausencia. Mientras estuvo fuera, los desacuerdos en la ciudad se resolvían mediante la violencia, el asesinato y la guerrilla. Y los generales rivales, adversarios unos de otros tanto como del enemigo extranjero, habían sido enviados para hacerse cargo del mando contra Mitrídates: era una situación que habría resultado bastante ridícula sino hubiera sido tan mortífera.

Los autores antiguos pintaron un cuadro escabroso, sanguinario y confuso de todo este período de mediados de la década de los años 80 a. C. Encarnizados combates en el corazón de la ciudad marcaron las dos invasiones de Roma por parte de Sila. Durante la segunda, el templo de Júpiter en la colina Capitolina, símbolo fundacional de la Roma republicana, ardió por completo, y los senadores ni siquiera estaban a salvo en la sede del Senado. Cuatro de ellos,

incluyendo a un antepasado del emperador Nerón, fueron masacrados a manos de los enemigos de Sila mientras estaban allí. Entretanto, en las campañas contra Mitrídates, el comandante de un ejército fue asesinado por su segundo al mando, que después se suicidó tras la desertión de gran parte de sus tropas. La mayoría de desertores decidió unir sus fuerzas a las de Sila, aunque hubo un par de oficiales que prefirieron probar suerte con Mitrídates, el enemigo contra el que se suponía que luchaban.



41. Moneda de plata de Sila, acuñada en 84-83 a. C., que hace alarde de la protección divina de que gozaba. En una cara aparece la cabeza de Venus con su hijo Cupido, apenas visible a la derecha, sosteniendo una palmera, símbolo de la victoria. En el reverso hay referencias a los éxitos militares que propició dicha protección: IMPER(ATOR) ITERUM documenta que fue aclamado públicamente dos veces (*iterum*) como poderoso vencedor (*imperator*) por sus tropas. Entre los símbolos que se encuentran en el centro hay dos conjuntos de armadura que se utilizaban como trofeos de victoria.

Moneda de Sila, 84-83 a. C., que muestra la cabeza de Venus y los símbolos de la victoria. Foto © The Trustees of the British Museum

Sin embargo, las anécdotas más lúgubres rodean las órdenes homicidas y el terror provocado por las frías listas burocráticas de aquellos que habían de ser exterminados. El sadismo de Sila es parte de la historia. Si unos años antes sus enemigos habían iniciado la sanguinaria práctica de clavar las cabezas de sus víctimas en la *rostra* del foro, se rumoreaba que Sila había ido más lejos, instalándolas como trofeos en

el atrio (o vestíbulo) de su casa: una repugnante parodia de la tradición romana de exponer allí las cabezas retratos de sus antepasados. También rebajó las citas de la literatura griega a las peores cotas cuando, al ofrecérsele la cabeza de una víctima particularmente joven, salió con un verso del dramaturgo cómico Aristófanes diciendo que el muchacho trataba de correr antes de aprender a caminar. «Nadie me causó daño sin que yo se lo devolviera con creces» fueron las palabras que escribió para su tumba, nada que ver con los epitafios de los Escipiones. Pero aquello no era todo. Otra cara de la historia es el ansia de tanta gente por participar en la masacre, por saldar viejas cuentas o simplemente reclamar recompensas económicas por los asesinatos. Catilina fue un reo tristemente famoso, que convenció a Sila para que incluyese en las listas a sus enemigos personales y, una vez hecho el trabajo sucio, se lavó las huellas de la carnicería humana de sus manos en una fuente sagrada.

¿Cómo podemos explicar semejante violencia? No basta con esgrimir que fue menos terrible de lo que se pinta. Es verdad, hasta cierto punto. Gran parte de la narrativa que nos ha llegado se basa en relatos partidistas de quienes tendían a exagerar la brutalidad de sus enemigos. Por ejemplo, la mala fama de Catilina es muy probable que se remonte a la propaganda de Cicerón. Pero solo hasta cierto punto: las dos invasiones de Roma por parte de Sila, el incendio del templo de Júpiter, las legiones contendientes y las listas de proscritos no pueden descartarse como simples productos de una propaganda de guerra. Ni tampoco basta con preguntarse qué llevó a Sila a hacer lo que hizo. Desde entonces se han debatido sus motivos. ¿Era un autócrata brutal y calculador? ¿O acaso hacía un último y desesperado intento por restaurar el orden en Roma? La cuestión es que, fuera lo que fuese lo que había detrás de las acciones de Sila

(y esto es hoy tan irrecuperable como lo fue siempre), la violencia estaba mucho más extendida de lo que cabía esperar de la influencia de un hombre.

Los conflictos de este período eran en muchos aspectos una continuación de la guerra social: una guerra civil entre antiguos aliados y amigos que desembocó en una guerra civil entre ciudadanos. Lo que quedó erosionado en este proceso fue la distinción fundamental entre romanos y enemigos extranjeros, u *hostes*. En el año 88 a. C. Sila declaró *hostes* a sus rivales de la ciudad, la primera vez que sabemos que se utilizó públicamente este término, como tiempo después lo hizo Cicerón, contra un conciudadano romano. Tan pronto como salió de la ciudad, Sila fue declarado inmediatamente *hostis* en justa correspondencia. Las debacles militares en el Mediterráneo oriental muestran perfectamente estas fronteras borrosas: las viejas certidumbres dieron un vuelco tan radical que los soldados que desertaban de un comandante romano podían considerar que tanto Sila como Mitrídates eran opciones válidas donde depositar su nueva lealtad. De hecho, una facción de las fuerzas romanas destruyó la ciudad de Troya, la antepasada de Roma. Fue el equivalente mítico de un parricidio.

La guerra social también propició que hubiera muchas fuerzas militares fácilmente disponibles cerca de Roma, soldados con una práctica considerable en la lucha contra sus parientes y amigos itálicos. Hasta entonces, los precedentes de violencia en la ciudad, por más polémicos y brutales que fueran, se habían producido a una escala pequeña y a corto plazo. Sin embargo, cuando legiones completamente armadas sustituyeron a los matones que habían asesinado a los partidarios de los Gracos, la ciudad se convirtió rápidamente en el emplazamiento de la guerra a gran escala y a largo plazo que definió el período de Sila. Fue casi un

retorno a los ejércitos privados de la Roma primitiva, cuando a título individual los comandantes, respaldados por los diferentes votos del pueblo o por decretos del Senado, utilizaban sus legiones para continuar sus propias luchas regionales donde les conviniera.

No obstante, de todo ello surgió un extraordinario intento radicalmente conservador de reescribir la política romana: un cambio total disfrazado de ejercicio para retroceder en el tiempo. Una vez instalado de nuevo en la ciudad, Sila maquinó su propia elección como «dictador para legislar y restaurar el orden en la *res publica*». La dictadura era un viejo cargo de emergencia que dotaba de poder exclusivo a un individuo durante un tiempo para lidiar con una crisis, a veces, pero no siempre, militar. La última persona que había ostentado este puesto había sido nombrada hacía más de un siglo, para celebrar elecciones en 202 a. C., al final de la segunda guerra púnica, cuando los dos cónsules estaban ausentes de Roma. La dictadura de Sila fue diferente en dos aspectos: primero, no se le había impuesto ningún límite de tiempo; segundo, entrañaba vastos e ilimitados poderes para promulgar o rechazar leyes, con garantía de inmunidad ante las acusaciones. Esto fue exactamente lo que hizo durante tres años, antes de dimitir del cargo, retirarse a su villa campestre de la bahía de Nápoles y morir en la cama en el año 78 a. C. Fue un final sorprendentemente tranquilo dada su trayectoria de vida, aunque algunos autores antiguos se complacieron describiendo lo espantoso que fue: la carne se le descomponía en gusanos, que se multiplicaban tan deprisa que no se podían eliminar. Sila fue el primer dictador en el sentido moderno del término. Julio César sería el segundo. Esta particular versión del poder político es uno de los legados más corrosivos de Roma.

Sila introdujo un programa de reformas a una escala mayor que la de Cayo Graco. Derogó algunas de las recientes medidas populares, entre ellas la ración de grano subvencionada. Incorporó una serie de procedimientos, normas y regulaciones legales para el ejercicio de un cargo, muchas de las cuales reafirmaban la posición central del Senado como institución del Estado. Incluyó a centenares de miembros hasta duplicar su tamaño desde unos trescientos hasta seiscientos más o menos (nunca hubo un número fijo), y cambió astutamente el método de reclutamiento para asegurarse de que en el futuro se mantuviese aquel nuevo tamaño. A partir de aquel momento, cualquiera que ostentase el cargo subalterno de cuestor entraría automáticamente en el Senado, en vez de ser inscrito individualmente por los censores. Al mismo tiempo, el número de cuestores se incrementó de ocho a veinte: lo que significaba que habría suficientes inscritos para poder reemplazar a los que muriesen cada año. Sila insistió también en que los cargos políticos se ejerciesen en un orden determinado y a una edad mínima (por ejemplo, nadie podía ser cuestor antes de los treinta años), y tampoco se podía ostentar un cargo dos veces en el plazo de diez años. Todo esto pretendía evitar la acumulación de poder personal de la que él mismo disfrutaba.

Estas reformas se disfrazaron como un retorno a la práctica romana tradicional. De hecho, muchas no lo eran en absoluto. Había habido uno o dos intentos previos de regularizar el ejercicio de los cargos, pero en líneas generales cuanto más se retrocede en la historia de Roma, tanto más laxas son las normas. También hubo algunas consecuencias inesperadas. El creciente número de cuestores resolvió un problema (el reclutamiento senatorial), pero con ello se creó otro. Mientras que el número de cónsules se mantenía en

dos, en la base de la carrera política había cada vez más y más hombres que nunca podrían alcanzar el puesto más alto. Evidentemente, no todos lo querían, y algunos morían antes de alcanzar la edad mínima, normalmente cuarenta y dos, para el Consulado. No obstante, el sistema suponía la intensificación de la competencia y la existencia de decepcionantes fracasos, como el de Catilina un par de décadas más tarde.

Una de las reformas más tristemente célebres de Sila ofrece una muestra de su razonamiento. Los hombres que ostentaban el cargo de tribuno de la plebe habían introducido casi todas las reformas radicales de los Gracos. Por consiguiente, Sila, que debió de ser consciente de ello, se dispuso a restringir drásticamente el poder de los tribunos. Este era otro cargo que, como el de dictador, había sido ampliamente reinventado, probablemente en las décadas anteriores a Sila. Se había creado en el siglo V a. C. para representar los intereses de los plebeyos, pero algunos de los derechos y privilegios que comportaba lo hacían especialmente atractivo para cualquiera que buscase poder político en períodos mucho más tardíos. En concreto, conllevaba el derecho a proponer leyes en la Asamblea Plebeya, así como el derecho a interponer el veto en asuntos públicos. En los comienzos este veto debió de ser muy limitado. Es impensable que en tiempos del Conflicto de los Órdenes los patricios permitieran que los representantes de los plebeyos bloqueasen cualquier decisión que ellos hubieran tomado. Sin embargo, en la época en que Octavio vetó repetidamente las leyes de Tiberio Graco en 133 a. C., debía de estar establecido, o ratificado, el principio de que el derecho del tribuno a intervenir era casi ilimitado.

Había tribunos de todos los colores políticos: Octavio y el justiciero que mató a Tiberio Graco con la pata de una

silla eran tribunos colegas de Tiberio. En este período eran todos ricos por igual y, desde luego, no una voz de la política surgida desde la base. Aun así, el cargo conservaba su imagen popular. Seguía estando abierto solo para los plebeyos, pero los patricios interesados siempre podían sortear esta dificultad siendo adoptados por una familia plebeya. Se utilizó de forma reiterada para introducir reformas populares. Así pues, Sila se propuso astutamente eliminar de este cargo todo atractivo para aquel que tuviera ambiciones políticas. Suspensión del derecho de los tribunos a presentar leyes, limitó su derecho a veto y declaró que nadie que hubiera ejercido el Tribunado podría ser elegido en el futuro para ningún cargo electo; una forma segura de convertirlo en un callejón sin salida. La supresión de estas restricciones se convirtió en el principal grito de guerra de la oposición a Sila, y diez años después de su retiro se derogaron todas, allanando el camino para otra generación de poderosos y prominentes tribunos. Incluso después, los emperadores alardeaban de que tenían «el poder de los tribunos» (*tribunicia potestas*), manifestando así su preocupación por la gente corriente de Roma.

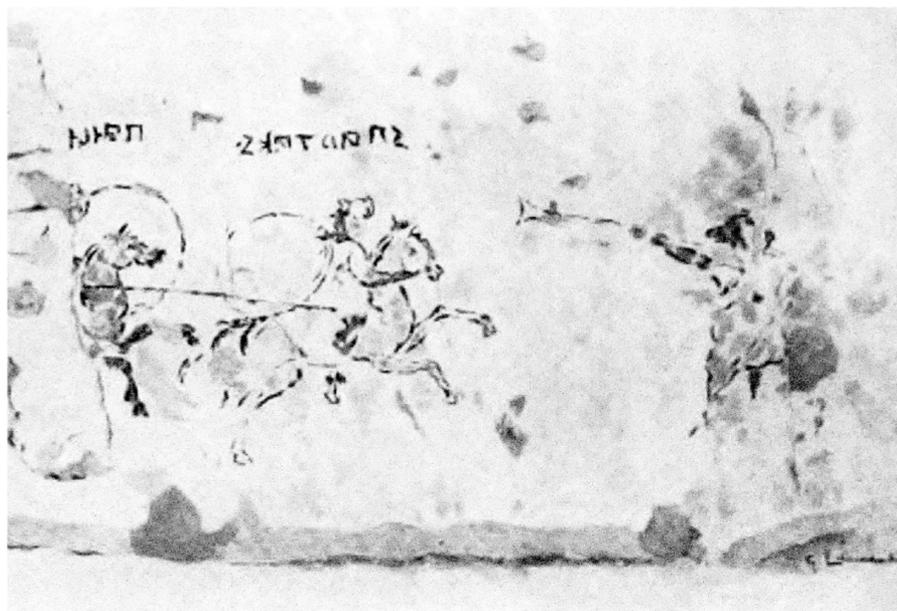
Sin embargo, retrospectivamente el Tribunado parece más bien una distracción. Lo que dividía la política romana era el desacuerdo acerca de la naturaleza del poder político, no las prerrogativas de un cargo en particular. Mucho más importantes a medio plazo, aunque menos visibles y abiertamente polémicas, fueron algunas de las decisiones prácticas de Sila sobre la disolución de sus legiones que habían servido durante tanto tiempo. Estableció a muchos ex soldados en ciudades de Italia que habían combatido contra Roma en la guerra social, y confiscó las tierras de los alrededores para proporcionarles un medio de vida. Parecía una manera sencilla de castigar a los rebeldes, pero con

frecuencia ambas partes acabaron perdiendo: algunos lugareños fueron desposeídos, mientras que los veteranos eran mejores luchadores que granjeros y obviamente no consiguieron vivir de la tierra. En el año 63 a. C. se decía que estos ex soldados convertidos en pequeños terratenientes fracasados engrosaban las filas de los partidarios de Catilina. Antes de esto, incluso, las víctimas de los asentamientos de Sila desempeñaron un importante papel en la que se ha convertido, gracias en parte a Stanley Kubrick y Kirk Douglas, en una de las guerras más conocidas de la Antigüedad.

En 73 a. C., bajo el liderazgo de Espartaco, unos cincuenta gladiadores esclavos, con armas improvisadas a partir de utensilios de cocina, escaparon de una escuela de adiestramiento de gladiadores de Capua en el sur de Italia y pusieron pies en polvorosa. Pasaron los dos años siguientes reuniendo apoyos y resistiendo a varios ejércitos romanos hasta que fueron finalmente aplastados en el año 71 a. C. Los supervivientes fueron crucificados en una macabra procesión a lo largo de la Vía Apia.

Hoy es difícil distinguir a través de tanta publicidad y exageración, tanto moderna como antigua, lo que en realidad estaba sucediendo. Los escritores romanos, para quienes la insurrección de los esclavos era probablemente la señal más alarmante de un mundo puesto bocabajo, exageran el número de partidarios que atrajo Espartaco: los cálculos llegan hasta los 120 000 insurgentes. Los relatos modernos a menudo tratan de convertir a Espartaco en un héroe ideológico, en alguien que luchaba contra la institución de la esclavitud. Esto es poco menos que imposible. Muchos esclavos querían la libertad para sí mismos, pero todas las evidencias de la antigua Roma indican que la esclavitud como institución era algo que se

daba por sentado, incluso por parte de los esclavos. Si tenían algún objetivo claramente formulado, lo más probable es que Espartaco y sus compañeros fugitivos quisieran regresar a sus distintos hogares: en el caso de Espartaco a Tracia, en el norte de Grecia; para otros, la Galia. Una cosa sí era cierta: consiguieron resistir a las fuerzas romanas durante un tiempo vergonzosamente largo.



42. Esta pintura esquemática de Pompeya muestra a un hombre combatiendo a caballo, con el nombre, en lengua osca, escrito de derecha a izquierda, «Spartaks», es decir, Espartaco. Probablemente los eruditos cautelosos estén en lo cierto al imaginar que se trata de una escena de combate de gladiadores más que de un enfrentamiento acontecido durante la rebelión de Espartaco. Aun así, esta puede que sea la única representación contemporánea que se ha conservado del famoso gladiador esclavo.

Pintura pompeyana en la que aparece «Spartaks», Espartaco, principios del siglo I a. C. Foto © Jackie y Bob Dunn www.pompeiiinpictures.com.

Reproducción cortesía del Ministero del Beni e delle Attività Culturali, Soprintendenza Speciale per i Beni Archeologici di Pompei, Ercolano e Stabia

¿Qué puede explicar este éxito? No era simplemente que los ejércitos romanos enviados a hacerles frente no estuvieran bien entrenados, ni que los gladiadores tuvieran disciplina y

habilidades de combate desarrolladas en la arena además de alimentar un anhelo de libertad. Casi con toda seguridad, las fuerzas rebeldes se vieron reforzadas por una población de ciudadanos libres descontentos y desposeídos, entre ellos algunos de los ex soldados de Sila, que sin duda se sentían más a gusto en una campaña militar, aunque fuera contra las legiones en las que ellos habían servido, que en una granja. Visto desde esta perspectiva, el levantamiento de Espartaco no fue solo una rebelión de esclavos con final trágico, sino también el último asalto de una serie de guerras civiles que había comenzado veinte años antes con la masacre de romanos en Ásculo, que marcó el inicio de la guerra social.

VIDAS CORRIENTES

La historia de los conflictos políticos de este período tiende a ser la historia del enfrentamiento de principios políticos y de criterios totalmente divergentes sobre cómo debería gobernarse Roma. Es la historia de grandes ideas, y casi inevitablemente se convierte en la historia de grandes hombres, desde Escipión Emiliano hasta Sila, porque así la contaron los escritores romanos, de cuyos relatos dependemos ahora. En sus narraciones se basaron en los héroes y en los antihéroes, en las personalidades de proporciones épicas que parecen haber determinado el curso de la guerra y de la política. También se inspiraron en material, hoy en gran parte perdido, procedente de las plumas de aquellos mismos hombres: los discursos de Cayo Graco o, una de las pérdidas más lamentables de toda la literatura clásica, la descaradamente autoexculpatoria autobiografía de Sila, escrita en veintidós volúmenes durante su retiro, que escritores posteriores mencionaron y consultaron.

Lo que falta es la perspectiva de aquellos que estaban

fuera de este grupo exclusivo: la visión de los soldados o votantes corrientes, de las mujeres o, a excepción de las numerosas ficciones sobre Espartaco, de los esclavos. Los hombres que saltaban de tejado en tejado en Cartago, la gente que garabateaba grafitos instando a Tiberio a llevar a cabo la reforma agraria, el deslenguado sirviente que insultó a los partidarios de Cayo y las cinco esposas de Sila, todos permanecen entre bambalinas o como mucho son actores de poca monta. Incluso cuando la gente corriente habla por sí misma, las palabras que quedan suelen ser breves y poco comprometidas: «A Lucio Cornelio Sila Félix, dictador, hijo de Lucio, de sus ex esclavos», como reza una inscripción en un pedestal de piedra. Pero nadie sabe quiénes eran, qué había encima del pedestal ni por qué se lo dedicaban a él. Igualmente incierto es saber hasta qué punto fue más o menos normal la vida de muchos hombres y mujeres de la calle a lo largo de este período durante el cual aquellos que estaban en la cúspide resolvían los problemas con sus legiones. ¿O acaso la violencia y la desintegración del orden civil acosó a gran parte de la población gran parte del tiempo?

En ocasiones se puede ver cómo se filtran los efectos de estos conflictos en la vida cotidiana. Pompeya era una de aquellas pequeñas ciudades rebeldes que obtuvieron la ciudadanía romana después de la guerra social, pero pronto se vio forzada a recibir a unos dos mil ex soldados, a quienes se les dieron tierras que pertenecían a los lugareños. No fue una mezcla afortunada. Aunque eran muchos menos que los ciudadanos nativos, los veteranos no tardaron en hacer sentir su presencia de forma agresiva. Un par de los más ricos patrocinaron un inmenso anfiteatro nuevo, aunque esta debió de ser una diversión bien recibida tanto por los habitantes oriundos del lugar como por los matones de Sila,

que sin duda eran aficionados a los espectáculos de gladiadores. Los archivos del ejercicio de cargos en la ciudad durante este período muestran que los nuevos colonos se las arreglaron para excluir a las viejas familias de la ciudad. En la década de los años 60 a. C., Cicerón hizo referencia a disputas enquistadas y crónicas en Pompeya sobre los derechos de voto, entre otras cosas. Los efectos colaterales del asedio de Sila todavía se dejaban sentir en las calles de Pompeya décadas después.

Sin embargo, el testimonio más impactante de los riesgos y dilemas de la gente corriente atrapada en aquellas guerras proviene de una historia sobre el estallido de la guerra social en Ásculo en 91 a. C. Un público ansioso, una mezcla de romanos y lugareños, estaba disfrutando de un espectáculo en el teatro de la ciudad cuando el drama se trasladó fuera del escenario. A la parte romana de la multitud no le había gustado la postura antirromana de un actor cómico y lo atacó con tanta violencia que acabó por matar al desgraciado comediante. El siguiente en la lista era un actor ambulante de origen latino y gran favorito del público romano por sus chistes y su mímica. Aterrorizado ante la posibilidad de que la otra mitad del público se volviera contra él, no tuvo más opción que subir al escenario donde acababan de matar al otro hombre y hablar y hacer bromas como solía hacer para salir del aprieto. «Yo tampoco soy romano —les dijo a los espectadores—. Yo viajo por toda Italia en busca de favores haciendo reír a la gente y proporcionando placer. Así pues, ¡perdonad a la golondrina, a la que los dioses permiten anidar a salvo en todas vuestras casas!» Estas palabras les emocionaron y volvieron a sentarse para acabar de ver el resto del espectáculo. Pero aquello no fue más que un breve interludio cómico: poco después, todos los romanos de la ciudad fueron masacrados.

Es una historia conmovedora y a la vez reveladora, que plasma el punto de vista de un comediante corriente haciendo frente a un público corriente, que en esta ocasión no solo era hostil, sino potencialmente homicida. Es un poderoso recordatorio de la delgada línea que durante este período separaba la vida civil normal (ir al teatro, disfrutar de una o dos bromas divertidas) y la terrible masacre. A veces ni siquiera se perdonaba a las golondrinas.

CAPÍTULO VII

DEL IMPERIO A LOS EMPERADORES

CICERÓN CONTRA VERRES

Mientras las lúgubres cruces todavía flanqueaban la Vía Apia en 70 a. C., al año siguiente de la derrota final del ejército de Espartaco, Cicerón se levantó en un tribunal romano para acusar a Cayo Verres en nombre de una serie de sicilianos adinerados. Su objetivo era conseguirles una compensación por los robos y actos de depredación de Verres mientras fue gobernador romano de la isla. El caso disparó la carrera de Cicerón, porque derrotó de forma espectacular a los consolidados abogados y oradores alineados en defensa de Verres. De hecho, el éxito de Cicerón fue tan espectacular que tras dos semanas de lo que se suponía que iba a ser un juicio largo, Verres decidió que el resultado sería desfavorable y, antes de que el tribunal se reuniese de nuevo después de una semana de descanso, se exilió de forma voluntaria a Marsella con muchas de sus sucias ganancias. Vivió allí hasta el año 43 a. C., en que fue ejecutado en otro pogromo de proscripciones que siguió al asesinato de Julio César. Al parecer, el motivo fue que se había negado a dejar que Marco Antonio se quedase con parte de su valioso bronce corintio.

Terminado el caso, y dispuesto a no desperdiciar su duro trabajo, Cicerón hizo circular por escrito lo que había dicho al comienzo del juicio, junto con el resto de discursos que habría pronunciado contra Verres si hubiera continuado el

proceso. Todavía se conserva el texto completo de los discursos, copiados y vueltos a copiar durante el mundo antiguo y la Edad Media como modelo de cómo denunciar a un enemigo. Varios cientos de páginas en total conforman una letanía de escabrosos ejemplos de la cruel explotación de los habitantes de Sicilia por parte de Verres, con evocaciones de fechorías anteriores a su llegada a la isla en 73 a. C. Es la narración más completa que ha llegado a nuestros días de los delitos que los romanos podían cometer en el extranjero, bajo la capa protectora de su estatus oficial. Para Cicerón, el sello distintivo de la conducta de Verres, en Sicilia y en sus anteriores cargos en ultramar, era una grotesca combinación de crueldad, avaricia y lujuria, tanto con las mujeres como con el dinero o las obras de arte.

Cicerón detalla, largo y tendido, el acoso de Verres a vírgenes inocentes, su fraude con los impuestos, su especulación con el suministro de grano y su robo sistemático de algunas de las famosas obras de arte de Sicilia, intercalado con estremecedores relatos de las víctimas. Se detiene, por ejemplo, en el aprieto de un tal Heio, antaño orgulloso propietario de estatuas de algunos de los escultores más famosos de la Grecia clásica, entre ellos Praxíteles y Polícleto, reliquias de familia guardadas en un «santuario» en su casa. Otros romanos las habían admirado e incluso las habían tomado prestadas. Verres se presentó y le obligó a venderlas por un precio ridículamente bajo. Todavía peor, según la anécdota culminante de esta antología de delitos, fue el destino de Publio Gavio, un ciudadano romano que vivía en Sicilia. Verres había encarcelado, torturado y crucificado a Gavio alegando falsamente que era un espía de Espartaco. La ciudadanía romana debería haberlo protegido de este degradante castigo. Así, mientras era azotado, el pobre hombre gritaba una y otra vez, en

vano: «*Civis Romanus sum*» («Soy ciudadano romano»). Es de suponer que cuando decidieron repetir esta frase, tanto Palmerston como Kennedy (véase p. 143) seguramente habían olvidado que su uso más famoso en la Antigüedad fue la infructuosa súplica de una víctima inocente bajo la pena de muerte impuesta por un gobernador romano corrupto.

Pronunciarse sobre un proceso judicial de hace dos mil años, cuando solo se conservan los argumentos de un litigante, y en gran parte escritos con posteridad, es una tarea imposible. Como casi siempre suelen hacer los fiscales, Cicerón sin duda exageró la maldad de Verres en una memorable pero a veces engañosa combinación de indignación moral, medias verdades, autopromoción y chistes (en especial sobre el nombre de «Verres», que significa literalmente «cerdo» o quizá «hocico hincado en el comedero»). Hay también todo tipo de grietas en su argumentación, y cualquier defensa decente habría podido desmontarla. Por ejemplo, por más horrible que fuera el castigo de Gavio, en aquella época ningún funcionario romano responsable en Sicilia habría dejado de estar atento ni de buscar agentes de Espartaco. De hecho, era de dominio público que Espartaco planeaba cruzar a la isla. Por más que Heio lamentase separarse de sus estatuas, y por un precio tan bajo, Cicerón admite que se vendieron, no se robaron (y, en cualquier caso, ¿eran en realidad las obras maestras que se suponía que eran?). No obstante, la prisa del acusado por partir indica que era lo suficientemente culpable de los delitos que se le imputaban como para que una retirada táctica a un exilio cómodo le pareciese una opción sensata.

Este tristemente célebre caso no es más que uno de los muchos dilemas y controversias sobre el gobierno romano en

ultramar que surgieron durante el último siglo de la República. En la década de los años 70 a. C., con inmensos territorios bajo la influencia romana como consecuencia de dos siglos de luchas, negociaciones, agresiones y buena suerte, la naturaleza del poder romano y las suposiciones de los romanos acerca de su relación con el mundo que ahora dominaban estaban cambiando. A grandes rasgos, el imperio rudimentario de obediencia se había transformado, por lo menos en parte, en un imperio de anexión. *Provincia* acabó significando «provincia» en el sentido de una región determinada bajo control directo de los romanos en lugar de «responsabilidad» o «tarea», y la palabra *imperium* se utilizaba a veces en el sentido de «imperio». Estos cambios de terminología apuntan a nuevos conceptos de territorio romano y a un nuevo marco de organización, que suscitaba nuevas cuestiones sobre lo que significaba un gobierno en el extranjero. ¿Cómo se supone que debía comportarse un gobernador romano en las provincias? ¿Cómo se definía su trabajo? ¿Qué voz debería tener la población de las provincias, especialmente a la hora de enmendar un mal gobierno? ¿Qué se consideraba un mal gobierno? Las cuestiones relativas al gobierno provincial se introdujeron en el corazón mismo de los debates políticos domésticos. Una valiosa muestra de ello es el texto de la ley por la que Verres fue procesado. No tiene la fama de la llamativa retórica de Cicerón, pero nos conduce entre bastidores a los intentos romanos por crear un marco legal, y acuerdos prácticos, para los derechos de los habitantes de provincias.

Todavía más polémicos, y fundamentales para el desmoronamiento final del gobierno de la República, fueron los debates acerca de la persona sobre la que debería recaer el mando, control y administración del imperio. ¿Quién había de gobernar las provincias, recaudar los impuestos, ejercer el

mando, o servir, en los ejércitos de Roma? ¿Era la tradicional clase dirigente, con sus principios de poder compartido y de breve recorrido, capaz de lidiar con los enormes problemas, administrativos y militares, que originaba ahora el imperio? Al final del siglo II a. C., Cayo Mario, un «hombre nuevo», atribuyó a gritos la culpa de una retahíla de derrotas militares romanas a la corrupción de los comandantes de Roma, siempre dispuestos a recibir un buen soborno. Prosiguió diciendo que la base de su carrera política consistía en su capacidad de apuntarse notables victorias donde ellos habían fracasado estrepitosamente, y en ser elegido cónsul no menos que siete veces, cinco de ellas seguidas.

Este era el modelo de ejercicio de un cargo que Sila prohibiría más tarde, en sus reformas de finales de la década de los años 80 a. C. No obstante, el problema subyacente no desapareció. Las exigencias de defensa, vigilancia y a veces de ampliación del imperio alentaron, o impulsaron, a los romanos a entregar enormes recursos económicos y militares a comandantes durante años, desafiando de este modo las tradicionales estructuras del Estado más contundentemente de lo que jamás hicieron las disputas domésticas entre *optimates* y *populares*. A mediados del siglo I a. C., aprovechando la conquista de ultramar, Pompeyo Magno y Julio César se convirtieron en rivales en su pugna por alcanzar el poder autocrático: estaban al mando de lo que efectivamente eran sus ejércitos privados; habían desobedecido los principios republicanos de forma aún más incomprensible que Sila o Mario; y habían allanado el camino hacia el gobierno de un solo hombre, que el asesinato de César no impidió.

En pocas palabras, como revela la última parte de este capítulo, el imperio creó a los emperadores, no al revés.

GOBERNADORES Y GOBERNADOS

A menudo se considera a Verres sintomático del gobierno romano en el extranjero de este período, admitiendo incluso la burda exageración por parte de Cicerón: puede que fuera una manzana podrida, pero de una cosecha en general pobre. La aceptación tradicional de que la victoria militar debería redundar en botín para el conquistador o que el derrotado debería pagar por su derrota (como hizo Cartago cuando Roma exigió cuantiosas indemnizaciones tras la segunda guerra púnica) persistió. Los gobernadores consideraban que optar a un puesto en ultramar podía ser una oportunidad fácil para recuperar algunos de los gastos invertidos en conseguir ser elegidos para un cargo político en Roma, por no mencionar los placeres de todo tipo, lejos del ojo vigilante de sus pares en Roma.

En un enardecido discurso pronunciado a su regreso de un puesto menor en Cerdeña, Cayo Graco dirigió agrias palabras a sus colegas que partían hacia allí con «ánforas llenas de vino y las traían de vuelta a casa rebosantes de plata»: una evidente crítica de sus especulaciones, así como un indicio de su escasa consideración de la uva local. El gobierno romano tenía una actitud permisiva e intervenía poco en comparación con los parámetros de los regímenes imperiales más recientes: la población del lugar mantenía su propio calendario, su propia moneda, sus propios dioses, sus distintos sistemas legales y gobierno civil. Sin embargo, en los casos en que la intervención era más directa, parece que se situaba entre la explotación despiadada en un extremo y la explotación negligente, ineficaz y por debajo de sus recursos en el otro.

Las experiencias de Cicerón como gobernador de Cilicia a finales de la década de los años 50 a. C., descritas con todo

detalle en sus cartas enviadas a casa, ofrecen un flagrante contraste con las depredaciones de Verres, pero ponen de manifiesto la realidad del desorganizado gobierno provincial, con su explotación endémica, crónica y de bajo nivel. Cilicia era una extensa zona de unos 100 000 kilómetros cuadrados en territorio agreste en lo que hoy es el sur de Turquía, con la isla de Chipre incorporada. Las comunicaciones en el interior de la provincia eran tan poco fiables que cuando llegó Cicerón no pudo averiguar dónde estaba su predecesor, y al parecer «habían desaparecido» tres destacamentos de las dos legiones romanas, faltas de hombres, mal pagadas y con tendencia a los motines, allí estacionadas. ¿Estaban acaso con el anterior gobernador? Nadie lo sabía.

Ante esta situación, Cicerón, que no tenía experiencia previa en el ejército a excepción de una breve temporada cuando era adolescente en la guerra social, aprovechó la ocasión para apuntarse una gloria militar. Tras una satisfactoria escaramuza contra algunos de los lugareños más recalcitrantes en las montañas, llegó incluso a pavonearse de haber acampado en el mismo lugar que lo hiciera Alejandro casi doscientos años antes. «Un general no insignificamente mejor que tú o que yo», le escribió a Ático, bien con sarcástica ironía, bien afirmando lo obvio. No obstante, gran parte del resto de su tiempo se repartía entre audiencias judiciales de casos que implicaban a ciudadanos romanos, juzgando disputas entre la población de la provincia, controlando el comportamiento de su reducido personal, que parecía haberse especializado en insultar a los residentes locales, y lidiando con las exigencias de varios amigos y conocidos.

Un joven colega de Roma lo atosigaba pidiéndole que atrapase a algunas panteras y se las enviase a la ciudad para ser utilizadas y masacradas en los espectáculos que estaba

montando allí. Cicerón se mostraba evasivo, asegurándole que había escasez de animales: puede que hayan decidido emigrar a la provincia vecina para escapar de las trampas, bromeó. Menos jocoso resultó el problema sobre los préstamos que había hecho Marco Junio Bruto. El hombre que seis años más tarde dirigiría a los asesinos de Julio César estaba en aquel momento hasta el cuello de usura, ocupado prestando dinero a la gente de Salamina, en Chipre, al interés ilegal del 48%. Sin lugar a dudas Cicerón simpatizaba con los salaminenses y retiró el destacamento de soldados romanos que su predecesor había «prestado» a los agentes de Bruto para ayudarles a cobrar lo que se les debía. Decían que estos soldados habían asediado la sala consistorial de Salamina y habían dejado morir de hambre a cinco concejales del lugar. Sin embargo, en vez de ofender al bien relacionado acreedor, hizo la vista gorda en todo aquel asunto. En cualquier caso, su principal prioridad era la de abandonar la provincia y el empleo de gobernador tan pronto como legítimamente pudiera («el trabajo me aburre»). Al término del año de servicio, se marchó dejando la inmensa región a cargo de uno de sus subordinados, que según él era «solo un muchacho, probablemente estúpido, sin autoridad ni autocontrol»: fin del gobierno responsable.

No obstante, este lúgubre retrato es solo una cara de la administración provincial romana. La explotación no era desenfundada por más brutales que parecieran las exigencias que los romanos imponían a la población de las provincias: probablemente aplicadas de forma más brutal a los pobres, cuyos apuros ignoran casi todos los escritores antiguos, que a los ricos, que captaron la atención de Cicerón. Es muy fácil olvidar que la única razón por la que se han conservado los escabrosos detalles de las fechorías de Verres es porque fue procesado, y desacreditado, por el tratamiento que dispensó

a los sicilianos. Y la referencia de Cayo Graco a los avariciosos funcionarios romanos tenía por objetivo realzar el contraste de su propia conducta honesta en Cerdeña, como el hombre que «trajo de vuelta vacíos los cinturones de dinero que [él] había llevado llenos de plata» y que nunca había puesto las manos sobre una prostituta ni sobre un hermoso muchacho esclavo. La corrupción, la avaricia y el turismo sexual eran asuntos de crítica pública, acusaciones normalmente lanzadas a rivales políticos y armas eficaces para la difamación. Por lo que sabemos, no eran asuntos de celebración pública ni de petulantes alardes.

Muchos de los relatos de fechorías formaban parte de un debate más amplio que comenzó hacia finales del siglo II a. C. sobre cuáles habían de ser las normas y los principios éticos para el gobierno en ultramar o, dicho de manera más general, sobre cómo debía relacionarse Roma con el mundo exterior cuando los extranjeros se convertían en una población que había de ser gobernada y también combatida. Esta reflexión fue una destacada, y novedosa, contribución romana a la teoría política en el mundo antiguo. El primer tratado filosófico de Cicerón, escrito en el año 59 a. C. en forma de carta a su hermano, trata en gran medida de honestidad, integridad, imparcialidad y coherencia en el gobierno provincial. Un siglo antes, en 149 a. C., se había creado en Roma un juzgado permanente de lo penal, con el objetivo principal de indemnizar a los extranjeros y concederles el derecho de reparación contra la extorsión de sus gobernantes romanos. Ningún imperio antiguo del Mediterráneo había intentado hacer esto antes de manera sistemática. Puede que sea un indicio de que el gobierno corrupto en el extranjero empezara pronto, pero también muestra que desde hacía tiempo había una voluntad política de hacer frente a la corrupción. La ley bajo la que fue

encausado Verres, originariamente parte del programa de reformas de Cayo Graco, demuestra el enorme cuidado, precisión y pensamiento legal sofisticado que se había dedicado a este problema en la década de 120 a. C.

Cerca de Urbino, en el norte de Italia, se descubrieron en torno a 1500 once fragmentos de la ley de compensación de Cayo, inscritos en bronce. Desde entonces, dos se han perdido y se conocen solo a través de copias manuscritas, pero en el siglo XIX se descubrió otro. Reunidos de nuevo en una especie de rompecabezas que ha mantenido ocupados a los eruditos durante medio milenio, nos proporcionan más o menos la mitad del texto, que exponía los medios legales por los que los habitantes de las provincias podían recuperar el valor de aquello que se les había arrebatado mediante extorsión por parte de funcionarios romanos, con daños y perjuicios por si fuera poco. Es una fuente extraordinaria para comprender la práctica y los principios que regían el gobierno romano, y al mismo tiempo un importante recordatorio de la clase de información que, sin semejantes hallazgos fortuitos, fácilmente se escurre por la red de la tradición histórica romana, porque aunque los escritores romanos aludan de pasada a esta legislación, no nos dan ninguna pista de que fuera algo parecido a lo que puede leerse aquí. Los detalles se han conservado gracias a que los concejales de alguna ciudad itálica de finales de siglo II a. C. decidieron tener la ley inscrita en bronce para exhibirla públicamente, y gracias al que se tropezó con los fragmentos en el Renacimiento y reconoció su importancia.

Es derecho romano en su esencia más cuidadosa y precisa, haciendo gala de una sofisticada habilidad en el redactado legal casi sin parangón en el mundo clásico en fechas anteriores, y a años luz de los esfuerzos pioneros, pero toscos, de las Doce Tablas. El texto latino conservado se

extiende a lo largo de unas diez páginas modernas y abarca todos los aspectos del proceso de indemnización, desde la cuestión de quién tiene derecho a presentar una causa («todo hombre de nombre latino o de naciones extranjeras, o dentro de la jurisdicción, dominio, poder o amistad del pueblo romano») para la compensación e indemnización que procedan después de una sentencia favorable (los daños quedan establecidos al doble de la pérdida sufrida, y se ofrece la plena ciudadanía romana al fiscal que consiga una sentencia favorable). Entremedio, se abordan todo tipo de problemas. Se promete asistencia en la acusación (una forma sencilla de ayuda legal) para aquellos que la necesiten, como bien podría ocurrir con los extranjeros. Se toman medidas para obtener dinero de hombres que, como Verres, escapaban antes de que se anunciase el veredicto. También se establecen normas estrictas que regulan el conflicto de intereses: nadie que perteneciese al mismo «club» que el acusado podía formar parte de los cincuenta miembros del jurado asignados para cada caso. Se especifica incluso el método exacto de votación. Cada miembro del jurado ha de apuntar su voto sobre una pieza de madera de boj de un determinado tamaño y depositarla en una urna, con los dedos sobre la escritura para ocultar su decisión, y con el brazo desnudo, presumiblemente para evitar cualquier clase de trampa escondida entre los pliegues de la toga.

Es difícil saber si en la práctica resultaba efectivo. Se han documentado más de treinta acusaciones entre la aprobación de la ley en la década de 120 a. C. y el caso contra Verres en 70 a. C., y casi la mitad de ellas terminaron en condena. Pero estas estadísticas incompletas son solo una parte de la historia. Para ser realistas, ni siquiera la asistencia prometida en una acusación debió de animar a las víctimas a cruzar el Mediterráneo para conseguir una indemnización, en una

lengua desconocida y con el sistema legal desconocido de la potencia dominante. Además, la compensación solo se recibía en casos de pérdidas económicas, no por otras formas de maltrato (nada por crueldad, abuso o violación). Sin embargo, la ley no deja dudas de que políticos radicales como Cayo empezaban a comprometerse con el mundo exterior y con las dificultades de los desfavorecidos y desamparados no solo entre los ciudadanos romanos sino también entre los súbditos del imperio de Roma.

SENADORES EN EL PUNTO DE MIRA

No obstante, tras esta ley de compensación había algo más que cuestiones puramente humanitarias. De acuerdo con el resto de su programa en la década de 120 a. C., Cayo trataba también de vigilar las actividades de los senadores. Su reforma tenía que ver tanto con la política interior de Roma como con el sufrimiento de la población provincial del extranjero. Según las regulaciones, solo los senadores y sus hijos podían ser procesados por la ley, aunque muchos romanos en ultramar estuvieran en posición de enriquecerse a expensas de la población local. Y los miembros de los jurados tenían que ser seleccionados exclusiva y específicamente de una clase que *no* fuera la de los senadores, de las filas de los «ecuestres», o «caballeros» (*equites*) romanos.

Era una distinción técnica pero fundamental. Los *equites* estaban en la cúspide de la jerarquía romana en cuanto a riqueza, eran propietarios de importantes haciendas a un nivel que los separaba de la inmensa mayoría de ciudadanos corrientes, y a menudo estaban muy relacionados con los senadores, socialmente, culturalmente y por nacimiento. Eran un grupo mucho más numeroso que los senadores, y a finales del siglo II a. C. eran muchos miles en comparación

con los pocos centenares de senadores. De hecho, en términos estrictamente legales, los senadores eran simplemente un subgrupo de los caballeros que habían sido elegidos para cargos políticos, entrando así en el Senado. Sin embargo, los intereses de ambos no siempre coincidían y los ecuestres eran una categoría mucho más heterogénea. Entre sus filas había muchos hombres ricos de las ciudades de Italia —cuyo número aumentó considerablemente tras la guerra social— que nunca hubieran soñado presentarse a las elecciones de Roma, u hombres como Ático, el influyente amigo de Cicerón, que prefirió permanecer al margen de la política. También había muchos que se dedicaban al tipo de actividades económicas y comerciales que les estaban formalmente prohibidas a los senadores. A pesar de que, como es habitual, existían distintas formas de sortearla, había una ley de finales del siglo III a. C. que prohibía a los senadores poseer grandes barcos mercantes: aquellos cuyas dimensiones permitieran una capacidad de más de trescientas ánforas.

Algunos ecuestres se dedicaban al negocio potencialmente lucrativo de los impuestos provinciales, gracias a otra ley de Cayo Graco. Fue él quien estableció que la recaudación de impuestos de la nueva provincia de Asia había de ser subcontratada, como muchas otras responsabilidades del Estado, por compañías privadas, a menudo propiedad de ecuestres. Estos contratistas se conocían como *publicani*: «proveedores de servicios públicos» o «publicanos», como se denomina a los recaudadores de impuestos en las viejas traducciones del Nuevo Testamento. El sistema era sencillo, requería poco personal por parte del Estado romano y proporcionó un modelo para los acuerdos tributarios en otras provincias durante las décadas siguientes (y era muy común en otros regímenes primitivos de

recaudación de impuestos). En Roma tenían lugar subastas periódicas de derechos específicos de tributación en provincias concretas. La compañía que hacía la puja más alta obtenía la recaudación de impuestos, y todo lo que consiguiera embolsarse más allá de la puja eran las ganancias. Dicho de otro modo, cuanto más pudieran exprimir a la población de las provincias, mayor sería la parte de los *publicani*: y además no podían procesarse por la ley de compensación de Cayo. Los romanos siempre habían ganado dinero con sus conquistas y su imperio, pero cada vez había más intereses comerciales explícitos, e incluso organizados, en juego.

La ley de compensación abrió una brecha entre los senadores y los *equites*. La iniciativa original combinaba la protección de los súbditos de Roma con el control de la (mala) conducta de los senadores. Al nombrar a un jurado completamente ecuestre, se pretendía evitar una posible confabulación entre un demandado senatorial y un jurado compuesto por amigos suyos y, por si acaso, los ecuestres con senadores en la familia cercana tenían prohibido participar en estos juicios. Sin embargo, como consecuencia de todo esto se creó un conflicto entre senadores y *equites*, cuyo fuego cruzado salpicaba a veces a los provincianos a quienes la ley pretendía defender. Por ejemplo, a menudo se alegaba que lejos de actuar como asesores imparciales de la corrupción senatorial, los jurados ecuestres eran tan fervientes partidarios de los contratistas de impuestos que rutinariamente emitían un veredicto de culpabilidad contra el gobernador provincial inocente que se había enfrentado a las depredaciones de los contratistas. En un caso tristemente célebre estaba implicado un senador, acusado de extorsión por un jurado ecuestre tendencioso, que estaba tan convencido de su honorabilidad, reputación y popularidad

que se exilió a la misma provincia que supuestamente había sido el escenario de sus delitos. En este caso hay un cierto tufo a alegato senatorial en réplica. Aun así, estas historias apuntan a la antigua polémica de a quién se le podía confiar la tarea de juzgar la conducta romana en el extranjero: ¿a los senadores o a los *equites*? A lo largo de las décadas posteriores a la aprobación de la ley de Cayo, reformistas de diferente pelaje político asignaron los jurados a los dos grupos intermitentemente.

Este tema todavía coleaba cuando Cicerón acusó a Verres en el año 70 a. C., dándole al juicio un sesgo político adicional. Diez años antes, Sila, como era de esperar, había entregado a los jurados senatoriales no solo el tribunal de compensación sino también una serie de tribunales de lo penal creados más tarde para dirimir imputaciones de traición, malversación y envenenamiento. En la época del procesamiento de Verres, la reacción contra estos delitos iba en aumento y, por lo menos en el texto escrito, Cicerón instó repetidamente al jurado que condenase al demandado en parte para demostrar que los senadores eran dignos de confianza a la hora de emitir un veredicto justo sobre uno de sus iguales. El alegato llegaba demasiado tarde. Poco después de que finalizase el juicio, una nueva legislación, que estableció la pauta para el futuro, repartía los miembros de los jurados entre caballeros y senadores. El juicio de Verres fue la última vez que en este tribunal contra la extorsión un jurado de senadores juzgó a un colega senador: otra de las razones por las que se hizo famoso.

ROMA EN VENTA

La presunta corrupción, incompetencia y pretenciosa exclusividad de los senadores dirigentes fueron temas importantes en los amplios debates políticos del último siglo

de la República. Fueron el tema central del ensayo de Salustio, *La guerra de Yugurta*, un análisis devastador del prolongado fracaso de Roma en el trato con el gobernante del norte de África, que desde aproximadamente 118 a. C., mediante una combinación de asesinatos dinásticos, intrigas y masacres indiscriminadas, había empezado a extender su control a lo largo de la costa mediterránea de África. El ensayo es un relato partidista y virulento, escrito unos setenta años después de la guerra, altamente moralizante, escenificado y, desde el punto de vista moderno, una reconstrucción en parte ficticia. Es un ataque malintencionado a los privilegios, venalidad y arrogancia senatorial procedente de la pluma de un «hombre nuevo» en el Senado.

El territorio romano del norte de África a finales del siglo II a. C. estaba dividido entre la provincia de África (la zona en torno al emplazamiento de Cartago, administrada directamente al nuevo estilo por un gobernador romano) y otras regiones que todavía eran parte del imperio de obediencia al viejo estilo, entre ellas el cercano reino de Numidia. Tras la muerte de un rey númida complaciente en 118 a. C., hubo una prolongada lucha de poder entre su sobrino Yugurta y un heredero rival, que terminó en 112 a. C. con la muerte del rival a manos de Yugurta, junto con un gran número de comerciantes romanos e itálicos que habían tenido la desgracia de estar en la misma ciudad en aquel mismo momento. Normalmente se los ha considerado víctimas totalmente inocentes, aunque el relato de Salustio apunta a que podían haber actuado más bien como una milicia armada. Fue una lección sobre la inestabilidad que provocaba aquel viejo estilo de control, que siempre era vulnerable a la desobediencia de aquellos que se suponía que habían de ser obedientes y al conocimiento íntimo que

adquirían los aliados a través del contacto prolongado con Roma. En el caso de Yugurta, haber servido previamente con el ejército de Escipión Emiliano en Hispania, como comandante de un destacamento aliado de arqueros nómadas, le proporcionó una útil experiencia de las tácticas militares romanas y contactos útiles en el bando romano.

Durante años, las reacciones romanas frente a las actividades de Yugurta oscilaron desde la cautela hasta la ineficacia. El Senado envió varias delegaciones a África y trató de forma más bien condescendiente de negociar un trato con su rival. Roma solo declaró la guerra después de la masacre de los comerciantes, en 111 a. C., y envió a un ejército, cuyo comandante cerró rápidamente un acuerdo de paz. Yugurta fue llamado a Roma, pero se le mandó de vuelta a casa a toda prisa cuando se descubrió que había maquinado el asesinato de un primo en Italia, por temor a que también él se convirtiese en enemigo. De nuevo, los ejércitos romanos se enfrentaron a él en África, con éxitos contradictorios. En 107 a. C., Yugurta estaba en cierto modo contenido, pero todavía iba a su aire.

Esta lamentable trayectoria en el norte de África suscitó grandes preguntas. ¿Era el Senado capaz de dirigir un imperio y de proteger los intereses de Roma en ultramar? Si no era así, ¿qué clase de talento se necesitaba y dónde había que buscarlo? Para algunos observadores romanos, la debilidad senatorial ante el soborno fue uno de los principales factores que propiciaron su fracaso: «Roma es una ciudad en venta y condenada a caer tan pronto como encuentre comprador», se supone que dijo Yugurta bromeando al abandonar la ciudad. La incompetencia general de la clase gobernante fue otro factor. Para Salustio, aquella incompetencia era consecuencia de su estricto elitismo y de su negación a reconocer el talento fuera de su

propio y reducido grupo. La exclusión de los plebeyos de los cargos políticos hacía tiempo que ya se había desmantelado, pero doscientos años después, según discurría el argumento, la nueva aristocracia mixta de patricios y plebeyos se había convertido en la práctica igual de exclusiva. Las mismas familias monopolizaban los cargos más altos y los mandos más prestigiosos, generación tras generación, y no estaban dispuestas a dejar entrar en su coto a «hombres nuevos» competentes. El Senado estaba dominado por el equivalente antiguo del amiguismo.

El ensayo de Salustio destaca la historia de Cayo Mario, un «hombre nuevo» y soldado experimentado que sirvió en África en la guerra contra Yugurta como segundo al mando de uno de aquellos aristócratas, Quinto Cecilio Metelo. Cuando Mario, que había llegado al cargo de pretor, decidió regresar a Roma en 108 a. C. para presentarse a las elecciones al consulado, con sus miras puestas en un alto mando militar, pidió apoyo a Metelo. La reacción de este último, por lo menos tal como lo relata Salustio, fue el clásico ejemplo de esnobismo condescendiente. Llegar a ser pretor era ya bastante bueno para un hombre de los orígenes de Mario, respondió con desprecio; no hay que permitir que piense que puede abarcar demasiado. Salustio lo resume de forma aún más mordaz en su *Guerra de Catilina*: «Gran parte de la aristocracia creía que el Consulado se habría contaminado si un “hombre nuevo” accedía a él, por más excelente que fuera». Mario se sintió enojado, pero no se desalentó. Regresó a la ciudad y se presentó al Consulado. Una vez elegido para el cargo que ejercería siete veces, cosa que jamás había ocurrido, una votación en la asamblea popular le transfirió el mando contra Yugurta.

El relato de Salustio no se puede tomar totalmente al pie de la letra. Yugurta debió de ser un experto deslizándose

dinero en las bolsas de los senadores: fue precisamente una condena en los tribunales romanos por aceptar sobornos en una delegación a África lo que finalmente obligó al asesinato de Cayo Graco, Opimio, a retirarse al exilio. No obstante, los romanos tenían tendencia a utilizar el soborno como excusa práctica cada vez que la guerra, las elecciones o los veredictos de los tribunales no les eran favorables. Este tipo de corrupción tan descarada era probablemente menos corriente de lo que ellos alegaban. Y por más esnobismo que hubiera en el seno de la clase dirigente, en la práctica había más espacio para los nuevos, o tirando a nuevos, talentos de lo que las airadas declaraciones de Salustio dejan entrever. Listas de nombres que se han conservado, y que en este período son bastante rigurosas, indican que en torno al 20% de los cónsules de finales del siglo II a. C. procedían de familias cuya amplia red de parentesco no había generado ningún cónsul en los cincuenta años previos, si es que alguna vez lo había habido.

La carrera de Mario tuvo un enorme impacto sobre el resto de la historia de la República, tanto que difícilmente pudo haberlo planeado. En primer lugar, cuando regresó a África para asumir el mando contra Yugurta, enroló en su ejército a cualquier ciudadano que se ofreciese voluntario. Hasta entonces, excepto en casos de emergencia, los soldados romanos solo se habían reclutado oficialmente de familias con alguna propiedad. Con este principio, los problemas de reclutamiento eran evidentes y seguramente constituían la base de las inquietudes de Tiberio Graco acerca de los pobres carentes de tierras: si no tenían tierras, no podían servir en las legiones.

Al enrolar a todos los solicitantes, Mario atajó el tema, pero con ello creó un ejército romano casi profesional y dependiente, que desestabilizó la política doméstica durante

unos ochenta años más o menos. Estas legiones de nuevo cuño dependían cada vez más de sus comandantes, no solo para la repartición del botín, sino también para el paquete de asentamientos, preferiblemente tierras, al final de su servicio militar, que les proporcionaría cierta garantía para poder ganarse la vida en el futuro. Las consecuencias de todo esto se dejaron sentir en muchos aspectos. Los conflictos surgidos en la pequeña ciudad de Pompeya después de que Sila impusiese asentamientos para sus veteranos en aquel lugar en 80 a. C. fueron solamente uno de los muchos casos de enfrentamientos locales, explotación y resentimiento. El problema enquistado consistía en decidir de dónde habían de salir las tierras para aquellos soldados y a costa de quién. No obstante, las consecuencias más drásticas surgirían de la relación que se creó entre cada uno de los generales y sus tropas. En esencia, los soldados prometían lealtad absoluta a su comandante a cambio de un paquete de medidas para la jubilación: una compensación que en el mejor de los casos ignoraba los intereses del Estado y en el peor convertía a las legiones en un nuevo tipo de milicia privada centrada por completo en los intereses de su general. El hecho de que los soldados de Sila, y más tarde los de Julio César, siguieran a su líder e invadieran la ciudad de Roma, se debía en parte a la relación entre legiones y comandantes forjada por Mario.

El papel que tuvo el pueblo al conceder a Mario el mando militar fue igualmente importante para el futuro. Lo que puso a Mario al frente de la guerra contra Yugurta fue una votación de la asamblea propuesta por un tribuno, que anuló el nombramiento del Senado. Este procedimiento se había utilizado antes una o dos veces en casos de emergencia. No obstante, en 108 a. C. surgió como poderosa afirmación del derecho del pueblo en su conjunto, no del Senado, a decidir quién tendría el mando de los

ejércitos de Roma. Poco después de que Mario obtuviese la victoria romana en África y regresase a Roma con Yugurta encadenado, otro general fue destituido por votación popular tras haber sufrido una terrible derrota a manos de invasores germanos del otro lado de los Alpes. En un ambiente de pánico, que propició una excepcional reedición de sacrificio humano patrocinada por el Estado en Roma, se le asignó su mando a Mario, que procedió a justificar las esperanzas del pueblo y envió a los invasores de vuelta a casa.

Mario tuvo un triste final. Tenía casi setenta años cuando un tribuno intentó utilizar el voto de la asamblea popular para transferirle un último mando militar, esta vez sin éxito. Fue en el año 88 a. C., el mando era contra el rey Mitrídates y el comandante rival Sila, que invadió Roma para evitar esta transferencia (véanse pp. 256-257). Mientras Sila estaba en Oriente, Mario murió a las pocas semanas de su séptimo Consulado al que había accedido como candidato «antisilano». Algunos aseguraban que en las alucinaciones de su lecho de muerte actuaba como si hubiera obtenido el mando contra Mitrídates y daba instrucciones a sus cuidadores como si fueran soldados a punto de entrar en batalla. Fue una penosa historia de un viejo engañado, pero el principio del control popular de los nombramientos para el extranjero que él había defendido se repitió a menudo a lo largo de las décadas siguientes. Las asambleas del pueblo votaron repetidamente la dotación de ingentes recursos para aquellos que según ellos podían emprender con mayores garantías la defensa, o la expansión, del imperio de Roma. Así pues, votaron a autócratas y los auparon al poder, como bien muestra el caso de Pompeyo; de Pompeyo Magno, como él mismo se autodenominaba, pero para otros era el Carnicero.

POMPEYO MAGNO

Solo cuatro años después de su proceso contra Verres, en 66 a. C. Cicerón arengó al pueblo romano sobre la seguridad del imperio en una reunión pública. Ahora, siendo pretor y con los ojos puestos en el Consulado, hablaba en favor de una propuesta presentada por un tribuno para poner a Pompeyo al mando de la eterna e intermitente guerra contra el mismo rey Mitrídates, contra el que los romanos habían estado luchando, con relativo éxito, durante más de veinte años. Los poderes otorgados a Pompeyo incluían el control casi total de una extensa franja del Mediterráneo oriental durante un período ilimitado, con más de 40 000 tropas a su disposición, y el derecho de firmar la paz o declarar la guerra y de establecer tratados de forma más o menos independiente.



43. Cabeza de Mitrídates VI en una de sus monedas de plata. El cabello ondulado y peinado hacia atrás recuerda, sin duda intencionadamente, el estilo inconfundible de Alejandro Magno. En el conflicto de Mitrídates con Pompeyo «Magno», dos aspirantes a convertirse en un nuevo Alejandro, combatían el uno contra el otro.

Es posible que Cicerón estuviera verdaderamente convencido de que Mitrídates era una amenaza real para la seguridad de Roma y de que Pompeyo era el único hombre apto para la tarea. Desde el corazón de su reino en el mar Negro, sin duda el rey se había apuntado aterradoras victorias ocasionales sobre intereses romanos al otro lado del Mediterráneo oriental, como había ocurrido en 88 a. C., en la tristemente famosa y mítica masacre de decenas de miles de romanos e itálicos en un solo día. Aprovechando el odio que se había extendido por la presencia romana y ofreciendo incentivos añadidos (todo esclavo que matase a un dueño romano sería liberado), coordinó ataques simultáneos contra los residentes romanos de las ciudades de la costa occidental de lo que hoy es la moderna Turquía, desde Pérgamo en el norte hasta Cauno, la «capital de los higos» del Egeo, en el sur, matando, según estimaciones romanas altamente hinchadas, entre 80 000 y 150 000 hombres, mujeres y niños. Aunque solo se acercase a esta magnitud, fue sin duda una masacre fría, calculada y genocida, pero es difícil resistirse a la sensación de que en la década de los años 60 a. C., tras las campañas de Sila en los 80 a. C., Mitrídates debía de ser más molesto que peligroso y, además, se había convertido en un práctico enemigo en los círculos políticos romanos: el coco que justificaba campañas potencialmente lucrativas y el palo con el que sacudir a los rivales por su inactividad. Cicerón admitió también haberse doblegado a los intereses comerciales de Roma, preocupado por los efectos que la prolongada inestabilidad, real o imaginaria, de Oriente pudieran tener sobre los beneficios privados y también sobre la economía del Estado. La frontera entre lo privado y el Estado se había desdibujado minuciosamente.

En su defensa por la obtención de aquel mando especial, Cicerón señaló el éxito relámpago conseguido por Pompeyo el año anterior al limpiar el Mediterráneo de piratas, gracias a los amplios poderes votados por la asamblea popular. En el mundo antiguo los piratas eran una amenaza endémica y una expresión de temor convenientemente indefinida, no muy diferente del moderno «terrorista»: algo que abarcaba desde la armada de un estado pendenciero hasta traficantes humanos de poca monta. Pompeyo se deshizo de ellos en el lapso de tres meses (hecho que sugiere que posiblemente fueran un objetivo más fácil de lo que se creía) y coronó su triunfo con una política de reasentamiento, insólitamente tolerante para el mundo antiguo, e incluso para el moderno. Dio a los piratas pequeñas parcelas a considerable distancia de la costa, donde pudieran ganarse la vida honestamente. Aunque a algunos no les fuera mejor que a los veteranos de Sila, uno de los que sí se adaptaron bien a su nueva vida hace una breve aparición lírica en el poema de Virgilio sobre agricultura, las *Geórgicas*, escrito a finales de la década de los años 30 a. C. El viejo vive tranquilamente cerca de Tarento, en el sur de Italia, convertido ahora en un experto en horticultura y apicultura. Sus días de piratería quedaron atrás, y en lugar de ello «al plantar hierbas dispersas entre los arbustos y lirios blancos por todas partes, verbenas y delicadas amapolas, en su ánimo igualaba las riquezas de los reyes».

Sin embargo, el argumento subyacente de Cicerón era que los nuevos problemas requerían nuevas soluciones. El peligro que suponía Mitrídates para los beneficios comerciales de Roma, para sus ingresos procedentes de los impuestos y para las vidas de los romanos asentados en Oriente exigía un nuevo enfoque. Mientras el imperio se había ido expandiendo a lo largo de los dos siglos anteriores,

Roma había llevado a cabo todo tipo de ajustes en el sistema tradicional de ejercicio de cargos para lidiar con las exigencias del gobierno en ultramar y para incorporar al personal disponible. Por ejemplo, el número de pretores había aumentado a ocho en tiempos de Sila; y ahora había un sistema establecido mediante el cual se enviaban a los funcionarios electos a puestos en el extranjero durante un año o dos (como *procónsules* o *propretores*, «*en el puesto de cónsules* o pretores») después de haber completado un año de servicios en Roma. Sin embargo, estos cargos seguían siendo parciales y de corta duración cuando lo que necesitaba Roma frente a un enemigo como Mitrídates era al mejor general, con un mando prolongado sobre toda la zona que pudiera verse afectada por la guerra, con dinero y soldados para llevar a cabo la tarea, sin verse obstaculizado por los controles habituales.

Era de esperar que hubiera oposición. Pompeyo era un transgresor ambicioso y radical que ya había incumplido la mayoría de las convenciones de la política romana en las que los tradicionalistas seguían insistiendo. Hijo de un «hombre nuevo», había alcanzado relevancia militar aprovechando los disturbios de la década de los años 80 a. C. Cuando todavía estaba en la veintena de años, había reunido tres legiones de entre sus clientes y seguidores para luchar en nombre de Sila y pronto le fue concedido un triunfo por dar caza a los rivales de Sila y a un surtido de principitos africanos enemigos. Estos acontecimientos le valieron el apodo de *adulescentulus carnifex*: «carnicero adolescente» más que *enfant terrible*. No había ostentado ningún cargo electo de ninguna clase cuando el Senado le otorgó un mando de larga duración en Hispania para terciar con un general romano que se «había hecho nativo» con un gran ejército, otro de los riesgos de un vasto imperio. De nuevo victorioso, terminó

siendo cónsul durante el año 70 a. C., a los treinta y cinco años y sorteando todos los puestos subalternos, en flagrante colisión con las recientes reglamentaciones de Sila relativas al ejercicio de los cargos. Era tal su ignorancia de cuanto ocurría en el Senado, que como cónsul tenía que presidir, que recurrió a un amigo instruido para que le escribiese un manual de procedimientos senatoriales.

Del discurso de Cicerón podemos deducir algunas de las objeciones que se presentaron a este nuevo mando. Por ejemplo, la reiterada insistencia en el peligro inminente que planteaba Mitrídates («cada día llegan cartas informando de la quema de pueblos en nuestras provincias») es sobrado indicio de que había personas que aseguraban que se estaba exagerando y que era una excusa para concederle nuevos e inmensos poderes a Pompeyo. Los objetores no tuvieron éxito, aunque es posible que sintieran que sus temores no eran infundados. Durante los siguientes cuatro años, de acuerdo con las condiciones de su nuevo mando, Pompeyo emprendió la tarea de volver a dibujar el mapa de la parte oriental del Imperio Romano, desde el mar Negro en el norte hasta Siria y Judea en el sur. En la práctica no pudo haberlo hecho solo, debió de contar con la ayuda de centenares de amigos, oficiales subalternos, esclavos y consejeros. Pero en aquella época, aquel nuevo trazado de la geografía le fue adjudicado a Pompeyo.

Su poder se debía en parte al resultado de sus operaciones militares. Mitrídates fue rápidamente expulsado de Asia Menor, a sus territorios de Crimea, donde más tarde sería derrocado por uno de sus hijos en un golpe de Estado y acabaría suicidándose. Los romanos asediaron con éxito la fortaleza de Jerusalén, donde dos rivales se disputaban la realeza y el alto sacerdocio. No obstante, una parte de su poder se debía a una acertada combinación de diplomacia,

acoso y oportuna exhibición de las fuerzas romanas. Pompeyo dedicó meses de su tiempo a convertir la parte central del reino de Mitrídates en una provincia romana gobernada directamente, modificando las fronteras de otras provincias, fundando decenas de ciudades nuevas y asegurándose de que los numerosos monarcas y dinastas locales quedaran neutralizados y rindieran obediencia al viejo estilo.

En el triunfo celebrado en 61 a. C., después de su regreso a Roma y en su cuarenta y cinco cumpleaños (sin duda una coincidencia planificada), decían que Pompeyo había vestido una capa que antaño perteneciera a Alejandro Magno. Es imposible saber de dónde demonios había sacado aquella falsificación, o aquel disfraz, pero no engañó a muchos de los astutos observadores romanos, que no eran menos escépticos que nosotros en cuanto a la autenticidad de la tela. Evidentemente la intención era la de emparejar no solo el nombre («Magno») que había tomado prestado de Alejandro sino también sus ambiciones de vastas conquistas imperiales. Algunos romanos quedaron impresionados, otros decididamente dubitativos en cuanto a la exhibición. Plinio el Viejo, que escribió más de cien años después, destacó con desaprobación un retrato de la cabeza de Pompeyo que él mismo había encargado, realizado enteramente con perlas: «la derrota de la austeridad y el triunfo del lujo». Sin embargo, había un propósito aún más importante. Esta celebración fue ya la expresión más poderosa del Imperio Romano desde el punto de vista territorial e incluso de la ambición romana por la conquista del mundo. Uno de los trofeos transportados en la procesión, probablemente en forma de un gran globo, tenía una inscripción que declaraba que «este es un trofeo del mundo entero». Además, una lista de los éxitos de Pompeyo exhibida en el templo romano

incluía el revelador alarde, aunque exageradamente optimista, de que había «extendido las fronteras del imperio hasta los límites de la tierra».

EL PRIMER EMPERADOR

Pompeyo tiene derecho a ser considerado el primer emperador romano. Es cierto que ha pasado a la historia como el hombre que, en última instancia, apoyó la causa de la República contra el poder cada vez más independiente de César y, por consiguiente, como opositor al gobierno imperial. No obstante, su actuación en el este y los honores que se le prodigaron (o que él mismo planeó) prefiguraban muy de cerca muchos de los elementos definitorios de la imagen y estatus del emperador romano. Fue casi como si las formas y los símbolos del gobierno imperial que, unas décadas después, con Julio César e incluso su sobrino nieto, el emperador Augusto, fueron la norma en Italia y Roma tuvieran sus prototipos en el gobierno romano en el extranjero.

Julio César, por ejemplo, fue la primera persona viva cuya cabeza apareció en una moneda acuñada en Roma. Hasta aquel momento, en la calderilla tan solo se representaban imágenes de héroes muertos desde hacía tiempo, y aquella innovación fue una descarada señal del poder personal de César, seguida por todos los gobernantes romanos posteriores. Sin embargo, una década antes, las comunidades orientales habían acuñado monedas con la cabeza de Pompeyo. Este honor iba emparejado a otros extravagantes cumplidos e incluso a varias formas de culto religioso. Se conoce a un grupo de «adoradores de Pompeyo» (*Pompeiiastae*) en la isla de Delos. Nuevas ciudades adoptaron su nombre: Pompeiopolis, o «Ciudad de Pompeyo»; Magnopolis, o «Ciudad del Magno». Era

aclamado como «igual que un dios», «salvador» e incluso solamente «dios». Y en Mitilene, en la isla de Lesbos, un mes del calendario portaba su nombre, igual que después, en Roma, se darían los nombres de Julio César y Augusto a meses del año.

Había precedentes de muchos de estos elogios y alabanzas. Los reyes que siguieron a Alejandro Magno, en los territorios desde Macedonia hasta Egipto, a menudo habían expresado su poder en términos más o menos divinos. Las antiguas religiones politeístas trataban la frontera entre dioses y humanos de manera más flexible y provechosa que los monoteísmos modernos. Los primeros comandantes romanos en el Mediterráneo oriental en ocasiones habían sido honrados con fiestas religiosas instituidas en su nombre: Cicerón en una carta a Ático desde Cilicia insinúa que había declinado el ofrecimiento de un templo. Sin embargo, en su conjunto, los honores de Pompeyo tenían un alcance totalmente nuevo. Es difícil imaginar que Pompeyo, después de esta clase de encumbramiento en Oriente y tras el poder independiente que había ejercido reorganizando inmensas extensiones de tierra, pudiera regresar a Roma y convertirse en un simple senador, uno entre otros muchos. Aparentemente es lo que hizo. No marchó sobre Roma al estilo de Sila, pero también en Roma había indicios de cambio soterrados.



44. Un reciente intento de reconstrucción del teatro que constituía la obra central del programa constructivo de Pompeyo, con su elaborado fondo de escenario y un auditorio con un aforo, según una estimación antigua, de 40 000 espectadores, casi tantos como el Coliseo. En la parte trasera del auditorio había un pequeño templo de Venus Victrix («Dadora de Victoria»), en alusión al apoyo que los dioses concedieron a Pompeyo y a la vitoria militar que financió la construcción.

Visualización del teatro de Pompeyo en 3D por Martin Blazeby, King's College Londres. Reproducción cortesía de King's College, Londres

El extenso programa constructivo de Pompeyo de erigir teatros, jardines, pórticos y salas de reuniones cubiertos de esculturas famosas era indudablemente una innovación imperial. Era mucho más ambicioso de lo que fueron los templos individuales que solían construir los primeros generales para agradecer la ayuda de los dioses en el campo de batalla. Consagrado en el año 55 a. C., fue el primero de una serie de inmensos complejos arquitectónicos que serían el sello de los posteriores emperadores, que trataron de dejar su huella, en resplandeciente mármol, en el paisaje romano, y que hoy en día conforman nuestra imagen de la antigua Roma. Hay también indicios de que incluso en Roma

Pompeyo era presentado, de manera muy similar a los emperadores posteriores, como si fuera un dios. Este tema ya aparece en el discurso de Cicerón de 66 a. C. que de forma reiterada califica los talentos de Pompeyo de «divinos» o «dotado por los dioses», distinguiendo su «*incredibilis ac divina virtus*» («su increíble y divina *virtus*»). No queda claro hasta qué punto hay que tomar literalmente la palabra *divina*, pero en el mundo romano nunca fue del todo la metáfora muerta que es hoy en día. Como mínimo, había en Pompeyo algo que era un poco más que humano. Esta consideración se advierte también en un honor que a petición de dos tribunos se votó para él en el año 63 a. C., anticipándose a su regreso de Oriente: Pompeyo tendría permiso para llevar el atuendo de general triunfador cada vez que asistiera a las carreras en el circo.

Esta prerrogativa era mucho más importante de lo que puede parecer y sin duda mucho más que un asunto de código de vestimenta, puesto que el especial atuendo tradicional que llevaba el general conquistador en su desfile triunfal era idéntico al que llevaba la estatua del dios Júpiter en el templo de la colina Capitolina. Era como si la victoria militar permitiese al general ponerse literalmente en la piel de un dios, aunque solo por un día, lo que explica que el esclavo que estaba de pie detrás de él en la cuadriga supuestamente le susurrase al oído una y otra vez: «Recuerda que eres (solo) un hombre». Permitir que Pompeyo se vistiese con todos los atributos triunfales en otras ocasiones equivalía a darle un estatus divino fuera de aquel contexto ritual estrictamente definido. Todo aquello debió de parecer un paso arriesgado, porque Pompeyo, según dicen, solo hizo uso de su nuevo privilegio una vez; y, como observó con agudeza un escritor romano unos setenta años después, «aquello fue ya demasiado a menudo».

Uno de los grandes dilemas a los que se enfrentó la República romana fue el de encontrar el equilibrio del éxito y la celebridad individual con la teórica igualdad de la élite y los principios del poder compartido. Muchas historias míticas de la Roma primitiva plantean el problema de héroes gallardos que traspasan los límites para enfrentarse al enemigo en combate singular. ¿Merecían castigo por su desobediencia u honores por llevar la victoria a Roma? También hubo figuras históricas anteriores a Pompeyo cuya prominencia había entrado en conflicto con la estructura tradicional de poder del Estado. Mario y Sila son ejemplos evidentes. No obstante, más de cien años antes, a pesar, o a causa, de su retahíla de colosales victorias, Escipión el Africano pasó el resto de su vida en un exilio virtual, tras varios intentos en los tribunales romanos de bajarle los humos: de ahí su enterramiento en el sur de Italia y no en la majestuosa tumba de la familia Escipión en Roma. Según algunas historias, él mismo alegaba inspiración divina y solía pasar la noche en el templo de Júpiter para aprovecharse de su relación especial con el dios. Sin embargo, a mediados del siglo I a. C., los riesgos eran mucho más grandes, el tamaño de las operaciones y obligaciones de Roma mucho más amplias y los recursos económicos y personal disponible tan inmensos que el auge de hombres como Pompeyo era prácticamente imparable.

Lo que al final detuvo a Pompeyo fue un rival, en la figura de Julio César, miembro de una vieja familia patricia, con un programa político inscrito en la tradición radical de los Gracos y con ambiciones que, en última instancia, llevaban directamente al gobierno de un solo hombre. No obstante, al principio estos dos hombres fueron parte de una famosa alianza a tres bandas.

LA BANDA DE TRES

En 60 a. C., dos años después de su regreso a Roma, Pompeyo se sentía frustrado de que el Senado no hubiera ratificado formalmente su asentamiento oriental y lo fuera posponiendo mediante la confirmación del mismo por partes, y no en bloque. Por otro lado, como todo general tenía que hacer, buscaba tierras en las que asentar a sus ex soldados. Marco Licinio Craso, que finalmente había conducido a las tropas romanas a la victoria contra Espartaco y que presuntamente era el hombre más rico de Roma, hacía poco que había aceptado el caso de una compañía de contratistas estatales en apuros. Habían apostado demasiado para conseguir los derechos de recaudación de impuestos de la provincia de Asia, y Craso trataba de conseguirles permiso para renegociar el precio. Julio César, el menos experimentado y menos rico de los tres, quería asegurarse la elección al Consulado para el año 59 a. C., y a continuación un importante mando militar, no simplemente la vigilancia de los forajidos de Italia que el Senado planeaba encargarle. El apoyo mutuo parecía la mejor manera de conseguir aquellos distintos objetivos. Así pues, sellando un pacto completamente extraoficial, aunaron recursos, poder, contactos y ambición para alcanzar lo que querían a corto y a largo plazo.

Para muchos antiguos observadores aquel fue un hito en el camino hacia el desmoronamiento del gobierno de la República. El poeta Horacio, contemplando los acontecimientos desde el otro lado de aquella descomposición, fue solo uno más entre los que señalaron el año 60 a. C., cuando hizo referencia, según datación romana tradicional, a «la guerra civil que empezó cuando Metelo era cónsul». «Catón el Joven», tataranieto de «el Viejo» (p. 216)

y uno de los enemigos más inflexibles de César, argumentó que la ciudad dio un vuelco no cuando César y Pompeyo riñeron, sino cuando se hicieron amigos. La idea de que el proceso político se hubiera pactado entre bastidores parecía en cierto modo peor que la violencia manifiesta de las décadas precedentes. Cicerón captó perfectamente la cuestión cuando observó que en la libreta de Pompeyo había una lista no solo de los cónsules pasados, sino también de los futuros.

No fue una completa toma de poder como podrían sugerir estos comentarios. Hubo toda clase de presiones, desacuerdos y rivalidades entre los tres hombres, y si Pompeyo en realidad tenía una libreta con una lista de futuros cónsules del gusto de la banda, el proceso electoral a veces los derrotaba y votaba a alguien totalmente diferente, en absoluto de su agrado. Sin embargo, consiguieron sus objetivos inmediatos. César fue debidamente elegido cónsul el año 59 a. C. y, entre una serie de medidas muy semejantes a los programas de anteriores tribunos radicales, promovió una ley en nombre de los otros dos. También se aseguró para sí el mando militar de la Galia del sur, a la que pronto se le añadió una extensa zona del otro lado de los Alpes.

Durante gran parte de la década de los años 50 a. C., las maquinaciones de los miembros de la banda continuaron siendo una importante fuerza en la política romana, a pesar de que César solo hiciera periódicas visitas a Italia y de que Craso nunca regresara de la campaña que dirigió en 55 a. C. contra el imperio parto, ubicado en lo que hoy es Irán, que en cierto modo sustituyó a Mitrídates en los temores de los romanos. No obstante, la tragedia de su derrota y sangrienta decapitación, y la humillación de la captura de los estandartes ceremoniales de su ejército, resonó durante muchos años. La victoria decisiva de los partos se produjo en

el año 53 a. C. en la batalla de Carras, en la actual frontera entre Turquía y Siria. La cabeza de Craso fue enviada como trofeo a la residencia del rey parto, donde inmediatamente se reutilizó como decorado encarnando la cabeza del trágico Penteo, decapitado por su madre, en una representación de la obra de Eurípides, *Las bacantes* (curiosamente parte del repertorio parto). Los estandartes se convirtieron en el orgullo del botín parto hasta que el emperador Augusto, mediante una adecuada diplomacia disfrazada de éxito militar, los trajo de vuelta a Roma en el año 19 a. C.



45. Moneda de plata acuñada en el reinado de Augusto, que conmemora el regreso de los estandartes romanos capturados en la batalla de Carras por los partos. El parto que sumisamente devuelve los estandartes viste los tradicionales pantalones orientales. La figura de la otra cara es, significativamente, la diosa «Honor». En realidad, fue más bien un pacto negociado que una victoria militar de los romanos.

Moneda romana de plata de 19-4 a. C., que celebra el retorno de los estandartes romanos capturados en la batalla de Carras. Foto © The Trustees of the British Museum

Las polémicas de este período de mediados del siglo I a. C. están documentadas en su más ínfimo detalle gracias, en gran medida, a las cartas de Cicerón, a veces escritas a diario y repletas de rumores poco consistentes, conjeturas, indicios de complots, medias verdades, cotilleos, especulación poco fiable y presentimientos. «La situación política me alarma cada día más» y «Hay un cierto olor a dictadura en el aire»

son estribillos típicos, entre diálogos más prácticos acerca de los préstamos y deudas o noticias triunfalistas del osado, si bien temporal, desembarco de César en Britania. Estas cartas ofrecen un testimonio extraordinario de la política tal como se desarrolló, un testimonio único en el mundo clásico y probablemente en cualquier otro mundo anterior al siglo XV. Sin embargo, también tienden a exagerar la impresión de confusión y de colapso político, o como mínimo presentan un cuadro difícil de comparar con períodos anteriores. ¿Cuán desordenado y despiadado parecería el mundo de Escipión el Africano y Fabio Cunctator si se hubieran conservado sus cartas y anotaciones privadas en lugar de solamente los relatos retrospectivos de Livio y otros autores? Es más, la abrumadora cantidad de material procedente de la pluma de Cicerón puede dificultar la claridad de visión a través de sus perspectivas y prejuicios.

La carrera de Publio Clodio Pulcro es un buen ejemplo. Clodio cruzó primero su espada con Cicerón en un escándalo a finales del año 62 a. C., después de que se descubriera a un hombre en lo que pretendía ser una solemne fiesta religiosa solo para mujeres conducida por la esposa de Julio César. Algunos sospechaban que aquello había sido una cita amorosa más que una simple burla, y César tomó la precaución de divorciarse rápidamente, esgrimiendo que «la esposa del César ha de estar por encima de toda sospecha». Muchos echaron la culpa a Clodio, que fue juzgado, con Cicerón en calidad de testigo clave de la acusación. El resultado fue la absolución y una eterna enemistad entre Clodio y Cicerón, quien, de manera previsible, pero posiblemente sin razón, declaró que un cuantioso soborno había propiciado el veredicto de inocencia.

La consiguiente reputación de Clodio de descarada

maldad es obra de la enemistad con Cicerón. Ha pasado a la historia como el patricio loco que no solo se las compuso para ser adoptado por una familia plebeya para poder presentarse a las elecciones de tribuno, sino que además hizo un corte de mangas a todo el proceso eligiendo a un padre adoptivo más joven que él. Una vez elegido, en 58 a. C. maquinó el exilio de Cicerón por la línea dura que había adoptado contra los socios de Catilina, introdujo una serie de leyes que atacaban los fundamentos mismos del gobierno romano y sembró el terror en las calles con su milicia privada. Roma solo se liberó de este monstruo cuando fue asesinado en 52 a. C. tras un altercado con los esclavos de uno de los amigos de Cicerón, en la llamada batalla de Bovillae. No se ha conservado ninguna de las valoraciones de Clodio. Sin embargo, casi con toda seguridad la otra parte de la historia lo habría convertido en un reformista radical en la línea de los Gracos (una de sus leyes estableció la total gratuidad de la distribución de grano en la ciudad), linchado por un matón reaccionario y sus secuaces. Ni siquiera los esfuerzos de Cicerón en su defensa consiguieron la absolución de su amigo de la acusación de asesinato, que terminó siendo vecino de Verres, exiliado en Marsella.

Las políticas de la década de los años 50 a. C. son, como siempre, una curiosa mezcla de asuntos, una peligrosa ruptura e intentos ingeniosos, o desesperados, de adaptar las normas políticas tradicionales para hacer frente a las diferentes crisis a medida que surgían. Es difícil saber cómo interpretar a Cicerón a finales de la década de los años 50 a. C., escribiendo y teorizando, en la seguridad de su estudio, sobre la política romana a la manera de Polibio, mientras que a unos pocos cientos de metros de su casa del Palatino se producían disturbios cada vez más frecuentes en el foro y estallidos de violencia e incendios deliberados, como la

quema de la sede del Senado para la pira funeraria de Clodio. Quizá aquella fuera su contribución a la restauración del orden, por lo menos en su cabeza. Otros adoptaron medidas más prácticas e ingeniaron algunas audaces innovaciones. En 52 a. C., por ejemplo, tras el asesinato de Clodio, Pompeyo fue elegido cónsul único. En lugar de recurrir al nombramiento de un dictador para hacerse cargo de la creciente crisis, con todos los recuerdos de la dictadura de Sila vivos en la memoria, el Senado decidió entregar a un hombre un cargo que por definición siempre había sido compartido entre dos. Esta vez la apuesta mereció la pena. Al cabo de unos pocos meses, Pompeyo no solo había tomado firme control de la ciudad, sino también de un colega, aunque de la familia: su nuevo suegro.

Más problemáticas fueron las tácticas que adoptó, o que se vio obligado a adoptar, el cónsul colega de Julio César en 59 a. C., Marco Calpurnio Bíbulo, acérrimo opositor a gran parte de la legislación que César estaba introduciendo. Amenazado por los partidarios de César, cubierto con la demasiado habitual muestra de desafección romana —los excrementos— y más o menos confinado en su casa, no pudo expresar su oposición por medio de ninguno de los canales acostumbrados. Así pues, permaneció en casa y envió mensajes anunciando que estaba «observando los cielos» en busca de señales y presagios. Detrás de todo esto había una evidente carga política y religiosa. El apoyo de los dioses apuntalaba la política romana y un axioma fundamental era que no podía tomarse ninguna decisión política hasta tener la certeza de que no había ningún presagio adverso. Sin embargo, «observar los cielos» nunca se interpretó como una forma de obstrucción indefinida de la acción política, y los partidarios de César aseguraron que Bíbulo manipulaba las normas religiosas ilegítimamente. El

asunto nunca se resolvió. Era típico de las incertidumbres del período y de las dificultades que los romanos experimentaban al pretender que las viejas normas solventasen nuevos dilemas, que el estatus de todos los asuntos públicos estionados en 59 a. C. permaneciesen confusos durante años. A finales de la década de los años 50 a. C., Cicerón todavía se cuestionaba la legalidad de la adopción de Clodio y de los asentamientos de los veteranos de Pompeyo. ¿Se había aprobado correctamente toda la legislación o no? Había diferentes opiniones posibles.

Sin embargo, el asunto político más acuciante del período no provino directamente de Roma sino de César en la Galia. Se había marchado de Italia en 58 a. C. con un mando de cinco años, que fue prorrogado por otros cinco años en 56 a. C., gracias a la acalorada defensa, por lo menos en público, de Cicerón, que hizo hincapié en el peligro que suponían los enemigos galos como antes lo hiciera con el peligro representado por Mitrídates. La descripción de César de estas campañas en los siete volúmenes de sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, una versión editada de sus despachos oficiales anuales enviados a Roma desde el frente, empieza con su famosa y fría apertura: «*Gallia est omnis divisa in partes tres*» («La Galia está dividida en tres partes»). Es equiparable a la descripción que hace Jenofonte (la *Anábasis* o *Subida tierra adentro*) de sus hazañas con un ejército griego mercenario, escrita en el siglo IV a. C., y que constituye el único relato detallado de un testigo presencial sobre un conflicto bélico antiguo que se ha conservado. No es precisamente un documento neutral. César tenía buen ojo en cuanto a su imagen pública, y los *Comentarios* constituyen una detallada y artificiosa justificación de su conducta y una exhibición de sus habilidades militares. Aun así, la obra es también un temprano ejemplo de lo que podríamos

denominar etnografía imperial. A diferencia de Cicerón, cuyas cartas desde Cilicia no muestran el menor interés por el entorno local, César estaba profundamente comprometido con las costumbres extranjeras que presencié, desde los hábitos de bebida de los galos, como la bárbara prohibición del vino entre algunas tribus, hasta los rituales religiosos de los druidas. La suya es una visión maravillosamente romana de un pueblo al que no comprendía del todo, pero que todavía constituye el punto de referencia básico para las discusiones modernas acerca de la cultura prerromana de la Europa del norte: una ironía, dado que era una cultura que él estaba cambiando para siempre.

Al leer entre líneas los *Comentarios*, cualquiera puede ver que lo que impulsó la década de guerras en la Galia fueron las genuinas preocupaciones de los romanos por sus enemigos del norte y el deseo de César de superar en gloria militar a sus rivales. César terminó sumando más territorio al control romano del que añadió Pompeyo en Oriente y cruzando lo que los romanos llamaban «el Océano», el canal que separaba el mundo conocido del gran desconocido, para poner pie por poco tiempo en la remota y exótica isla de Britania. Fue una victoria simbólica que tuvo gran resonancia en Roma y se ganó incluso una referencia pasajera en un poema de Catulo, cuando escribía sobre «ir a visitar los testimonios del “Gran César”: el Rin de la Galia, el mar que causa horror y los lejanos britanos».

Con ello, César sentó las bases de la geografía política de la Europa moderna además de masacrar a más de un millón de personas en toda la región. Sería un error imaginar que los galos eran un pueblo inocente y amante de la paz atropellado brutalmente por las fuerzas de César. Un visitante griego de comienzos del siglo I a. C. quedó horrorizado al ver que en la entrada de las casas galas había

cabezas de enemigos clavadas de manera desordenada, aunque admitió que al cabo de cierto tiempo se acostumbró a aquella visión. Por su parte, los mercenarios galos habían hecho un buen negocio en Italia hasta que el poder de Roma clausuró su mercado. Pese a todo, la matanza en masa de aquellos que se interponían en el camino de César fue más de lo que algunos romanos podían digerir. Catón, impulsado en parte por su enemistad con César y esgrimiendo motivos partidistas y a la vez humanitarios, sugirió que debería ser entregado para ser juzgado a las tribus a cuyas mujeres y niños había ejecutado. Plinio el Viejo, en su intento por contabilizar a las víctimas de César, parece asombrosamente moderno cuando le acusa de haber cometido «un crimen contra la humanidad».

La cuestión más acuciante era qué sucedería cuando César abandonase la Galia y cómo se le podría reintegrar en la corriente general de la política, después de casi diez años de permanencia en aquel lugar, desde 58 a. C., con el poder y la riqueza que había acumulado. Como de costumbre, los romanos debatieron al respecto en términos legales. Hubo controversias enconadas y técnicas sobre la fecha exacta en la que se suponía que concluía su mando y si se le permitiría entonces pasar directamente, sin interrupción, a otro Consulado, porque cualquier período de tiempo como simple ciudadano particular, sin cargos, proporcionaría un resquicio para la acusación, entre otras cosas por la cuestionable legalidad de sus actos en el año 59 a. C. Por un lado estaban aquellos que, por el motivo que fuera, personal o por principios, querían bajarle los humos a César; por el otro, César y sus partidarios insistían en que aquel tratamiento era humillante, que se atacaba su *dignitas*: una combinación típicamente romana de influencia, prestigio y derecho al respeto. La cuestión subyacente era más que

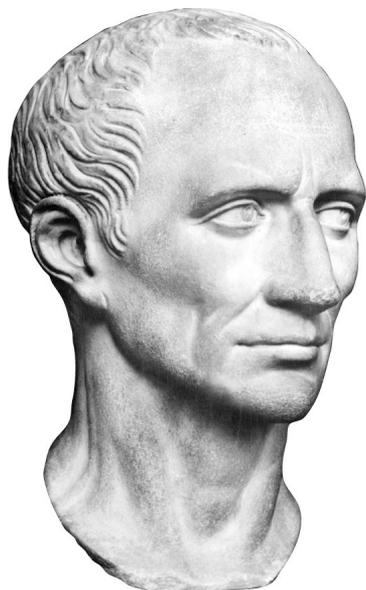
evidente. ¿Seguiría César, con más de 40 000 tropas a su disposición y a solo unos días de Italia, el ejemplo de Sila o de Pompeyo?

El propio Pompeyo permaneció cautelosamente al margen hasta la ruptura final, y a mediados del año 50 a. C. todavía trataba de encontrarle a César una salida estratégica razonablemente honorable. En diciembre de aquel año el Senado votó por una mayoría de 379 a 22 que César y Pompeyo cediesen simultáneamente sus mandos. En aquellos momentos Pompeyo se encontraba en Roma, pero desde 55 a. C., gracias a otra muestra de ingenuidad, era gobernador de Hispania y desempeñaba el cargo a distancia, a través de representantes: una componenda sin precedentes que se convertiría en una característica habitual del gobierno de los emperadores. El signo más evidente de la impotencia del Senado es que llegado a este punto, en respuesta a aquella abrumadora votación, Pompeyo hizo caso omiso y César, tras algunos intentos de infructuosa negociación, entró en Italia.

LANZAR LOS DADOS

En algún momento en torno al 10 de enero de 49 a. C., Julio César, con solo una de sus legiones de la Galia, cruzó el Rubicón, el río que marcaba la frontera norte de Italia. Se desconoce la fecha exacta, ni siquiera se sabe la ubicación del río históricamente más famoso de todos. Es más probable que fuera un pequeño arroyo y no el caudaloso torrente de la imaginación popular, y —a pesar de los esfuerzos de los escritores antiguos por embellecer los hechos con espectaculares apariciones de los dioses, inesperados y sorprendentes presagios y sueños proféticos— la realidad de las inmediaciones más prosaica. Para nosotros, «cruzar el Rubicón» ha adquirido el significado de «traspasar el punto

sin retorno». No significaba esto para César.



46. ¿Retrato de Julio César? Uno de los objetivos de la arqueología moderna ha sido encontrar un parecido auténtico de César, aparte de las diminutas imágenes de las monedas. Hay centenares de «retratos» realizados después de su muerte, pero las versiones contemporáneas son mucho más escurridizas. Este retrato del Museo Británico se consideró durante cierto tiempo un candidato posible, pero hoy existe la sospecha de que es falso.

Retrato de Julio César, posiblemente moderno, British Museum. Foto © Planet News Archive / SSPL / Getty Images

Según uno de sus compañeros de viaje —Cayo Asinio Polión, historiador, senador y fundador de la primera biblioteca pública de Roma—, cuando finalmente se aproximó al Rubicón tras algunas dudas, César citó en griego dos palabras del comediógrafo ateniense Menandro: literalmente, sirviéndose de una expresión tomada del juego, «Que se lancen los dados». A pesar de la traducción habitual —«la suerte está echada», que de nuevo alude al paso irrevocable que acababa de dar—, el griego de César fue más una expresión de incertidumbre, un sentido de que ahora todo estaba en manos de los dioses. ¡Lancemos los dados al

aire y veamos dónde caen! ¿Quién sabe lo que ocurrirá a continuación?

Lo que ocurrió a continuación fueron cuatro años de guerra civil. Algunos de los partidarios de César en Roma corrieron al norte de Italia para unirse a él, mientras que Pompeyo era aupado para que tomase el mando de los «anticesarianos» y decidía abandonar Italia y combatir desde su base de poder en Oriente. En el año 48 a. C. sus fuerzas fueron derrotadas en la batalla de Farsalia en el norte de Grecia, y Pompeyo sucumbió asesinado poco después, cuando trataba de refugiarse en Egipto. A pesar de su famosa celeridad (*celeritas* era una de sus consignas), César se tomó tres años más, hasta 45 a. C., para derrotar a sus adversarios romanos en África e Hispania y para sofocar los disturbios causados por Farnaces, hijo y usurpador de Mitrídates. Entre el cruce del Rubicón y su muerte en marzo de 44 a. C., César hizo tan solo visitas relámpago a Roma. La más larga fueron cinco meses seguidos desde octubre de 45 a. C. Desde el punto de vista de la ciudad, se convirtió en un dictador prácticamente ausente.



47. La familia del Peticius que rescató a Pompeyo llevaba siglos comerciando en el Mediterráneo oriental. Esta lápida de uno de sus descendientes, encontrada en el norte de Italia, presenta a un camello cargado, que debió de ser el símbolo, o incluso la marca, de su negocio en ultramar.

Lápida con camello y miembros de la familia, siglo II d. C. ?, Museo Civico di Sulmona. Foto Museo della Diocesi-Valva Sulmona

En cierto modo, esta guerra civil entre Pompeyo y César fue tan extravagante como la guerra social. La prioridad de muchos habitantes de Italia, y del imperio, era probablemente evitar verse atrapados sin darse cuenta en las luchas entre ejércitos rivales y alejarse de la ola de crímenes que la guerra había desatado en Italia. Solo de vez en cuando cobraban cierto protagonismo las personas corrientes: una de ellas es el capitán de un barco mercante, Gaius Peticius, que amablemente recogió a un desarrapado Pompeyo de la costa griega tras la batalla de Farsalia; otra es Soterides, un sacerdote eunuco que inscribió en piedra sus preocupaciones por su «compañero», que había zarpado con un grupo de voluntarios locales y había caído prisionero. En cuanto a los partidarios, por un lado estaban los que respaldaban a César, con su programa político popular y claro apoyo al gobierno

de un solo hombre. Cicerón dio por sentado que era allí donde residían por naturaleza las simpatías e intereses de los pobres. Por el otro lado había un grupo heterogéneo de aquellos a los que, por diversos motivos, no les gustaba lo que tramaba César ni los poderes que parecía acumular. Unos pocos tenían principios tan elevados como irreales; como dijo Cicerón de Catón: «habla como si estuviera en la *República* de Platón, cuando de hecho está en la mierda de Rómulo». Solo después, con la nostalgia romántica bajo el gobierno de los primeros emperadores, se reinventaron en bloque como auténticos combatientes y mártires por la libertad unidos en la lucha contra la autocracia. La ironía era que Pompeyo, su insigne figura, no era menos autócrata que César. Como también observó Cicerón, independientemente del bando que ganase, el resultado iba a ser el mismo: la esclavitud de Roma. Lo que se consideró una guerra entre la libertad y el gobierno de un solo hombre resultó ser en realidad una guerra para elegir entre dos emperadores rivales.

Sin embargo, un cambio importante fue que la guerra civil romana involucraba ahora a todo mundo conocido. Mientras que las guerras entre Sila y sus rivales solo habían provocado incidentes ocasionales en Oriente, la guerra entre cesarianos y pompeyanos se desarrolló en todo el Mediterráneo, desde Hispania hasta Grecia y Asia Menor. Personajes famosos encontraron su fin en lugares lejanos. Bíbulo, el desafortunado colega de César en 59 a. C., murió en el mar cerca de Corfú mientras trataba de bloquear la costa griega. El asesino de Clodio, Tito Annio Milón, abandonó su exilio para unirse a la insurrección pompeyana y cayó en el «dedo gordo» del mapa de Italia, alcanzado por una piedra en pleno vuelo. Catón, ante la evidencia de que César era el inevitable vencedor, se quitó la vida en la ciudad

de Útica, en la costa del actual Túnez, de la forma más cruenta imaginable. Según su biógrafo, que escribió ciento cincuenta años más tarde, se clavó su propia espada, pero sobrevivió a la herida. A pesar de los intentos de su familia y amigos por salvarlo, rechazó al médico al que habían llamado y se sacó las tripas tirando de ellas a través de la herida aún abierta.

Egipto también desempeñó un importante papel de apoyo. Fue allí donde Pompeyo, el hombre que antaño gobernara el mundo romano, encontró su ignominioso fin en el año 48 a. C. Esperaba una cálida acogida cuando desembarcó, pero fue decapitado por los secuaces de un dinasta local, que pensó que librándose del líder enemigo se congraciaría con César. Al reflexionar sobre estos acontecimientos, muchos observadores romanos, entre ellos Cicerón, coincidieron en que habría sido mucho mejor para Pompeyo haber muerto un par de años antes, cuando cayó gravemente enfermo en 50 a. C. De hecho, «su vida duró más que su poder». Sin embargo, para los perpetradores el asesinato resultó ser una mala jugada. Al parecer, César, que llegó unos días más tarde, lloró cuando le mostraron la cabeza encurtida de Pompeyo y al poco tiempo aupó a uno de los rivales al trono de Egipto. Aquel rival era la reina Cleopatra VII, famosa por su alianza política y romántica con Marco Antonio en el siguiente asalto de guerras civiles romanas. En aquellos momentos sus intereses estaban con César, con quien tuvo una aventura conocida por todos y — si hay que creer en sus proclamaciones de paternidad— un hijo.

A su regreso a Roma, en las procesiones triunfales de César desfilaron botines de guerra, animados e inanimados, procedentes de todo el mundo (véase lámina 9). Su triunfo del año 46 a. C., celebrado durante una de sus breves visitas

a la ciudad, no solo exhibió al rebelde galo Vercingétorix, sino también a la hermanastra de Cleopatra, que se había unido al bando equivocado en las luchas egipcias por el poder. Ahora se exhibía junto a un modelo a escala del faro de Alejandría. La victoria de César sobre el hijo de Mitrídates, Farnaces, que había muerto en combate cerca del mar Negro, se conmemoró en la misma celebración con un único cartel en el que se había escrito uno de los lemas más famosos del mundo: «*Veni, vidi, vici*» («Llegué, vi, vencí», que pretendía plasmar la rapidez del éxito de César). No obstante, había también signos alarmantes en las imágenes de las víctimas romanas de César. Las procesiones triunfales servían para celebrar victorias sobre enemigos extranjeros, no sobre ciudadanos de Roma. César mostró estremecedoras pinturas del momento de la muerte de personajes destacados del bando pompeyano: desde Catón sacándose las tripas hasta Metelo Escipión arrojándose al mar. El disgusto de mucha gente por aquella clase de triunfalismo se puso de manifiesto en las lágrimas de la muchedumbre cuando dichas imágenes pasaban ante ellos. Retrospectivamente, fue un sorprendente anticipo del sangriento final que el destino depararía a César dos años más tarde.

LOS IDUS DE MARZO

Julio César fue asesinado el 15 de marzo de 44 a. C., los idus en el sistema romano de datación. En algunas partes del Mediterráneo la guerra civil no había terminado en absoluto. Sexto, el hijo de Pompeyo, todavía tenía una fuerza de por lo menos seis legiones en Hispania y continuaba luchando por la causa de su padre. No obstante, César estaba reuniendo una ingente fuerza de casi cien mil soldados para lanzar un ataque al imperio parto, una venganza por la

ignominiosa derrota de Craso en Carras y una beneficiosa oportunidad para alcanzar la gloria militar contra un enemigo, no romano, sino extranjero. Pocos días antes de su partida hacia Oriente, prevista para el 18 de marzo, un grupo de unos veinte senadores contrariados, apoyados activa o pasivamente por unas decenas más, lo mataron.

Muy apropiadamente, el acontecimiento tuvo lugar en la nueva sede del Senado, que Pompeyo había construido en su nuevo complejo teatral, frente a una estatua suya, que terminó salpicada con la sangre de César. Gracias en parte a la reelaboración del tema en *Julio César* de Shakespeare, el asesinato del dictador romano en nombre de la *libertas* se ha convertido desde entonces en el patrón de último recurso para la oposición a la tiranía y el asesinato ejemplar. No fue ninguna casualidad, por ejemplo, que John Wilkes Booth utilizara «idus» como contraseña para el día en que planeaba matar a Abraham Lincoln. No obstante, tal como muestra la mirada retrospectiva a lo largo de la historia romana, aquel fue el último de una serie de asesinatos de políticos populares, radicales y discutiblemente demasiado poderosos que empezó con el linchamiento de Tiberio Graco en el año 133 a. C. La pregunta es: ¿qué intentaba hacer César y qué lo hizo aparecer tan inaceptable para este grupo de senadores como para que el asesinato fuera la única salida?

A pesar de sus escasas apariciones por Roma, César inició un extenso programa de reformas a una escala mucho más ambiciosa que el de Sila. Una de estas reformas todavía hoy gobierna la vida. Con ayuda de los científicos especialistas que conoció en Alejandría, César introdujo en Roma lo que se ha convertido en el sistema occidental moderno de registro del tiempo. El año romano tradicional tenía solamente 355 días, y durante siglos los sacerdotes romanos tenían asignada la tarea de añadir un mes extra de

vez en cuando para hacer coincidir el calendario civil con las estaciones naturales. Por la razón que fuere, probablemente una combinación de falta de conocimiento y falta de voluntad, habían fracasado estrepitosamente en sus cálculos. El resultado era que el año del calendario y el año natural diferían a veces en muchas semanas, con la particularidad de que el equivalente romano de las fiestas de la recolección caía cuando las cosechas todavía estaban en fase de crecimiento y el clima del que se suponía el mes de abril era mucho más parecido al de febrero (que en realidad era el mes en curso). La verdad es que siempre resulta peligroso en la historia republicana asumir que una fecha determinada es una indicación precisa del tiempo estacional. Utilizando el saber alejandrino, César corrigió el error y estableció, para el futuro, un año de 365 días, con un día adicional agregado al final de febrero cada cuatro años. Este fue un resultado más significativo de su visita a Egipto que sus devaneos con Cleopatra.

Otras de sus medidas recordaban los viejos temas de los cien años anteriores. Por ejemplo, César impulsó un gran número de colonias nuevas en ultramar para reasentar a los pobres de la ciudad de Roma, siguiendo la iniciativa de Cayo Graco con una próspera fundación en Cartago. Esto, sin duda, le permitió reducir el número de receptores de grano gratis a aproximadamente la mitad, a ciento cincuenta mil en total. Extendió también la ciudadanía romana a aquellos que vivían en el lejano norte de Italia, más allá del río Po, y propuso la concesión del estatus latino a la población de Sicilia. No obstante, tenía planes aún más ambiciosos para reformar el gobierno romano, que entre otras cosas consistían en regularizar, e incluso controlar, todos los aspectos de la organización civil, tanto en Roma como en toda Italia. Las reformas abarcaban desde

cuestiones sobre quién podía ejercer un cargo en las comunidades locales italianas (ni sepultureros, ni proxenetas, ni subastadores a menos que estuviesen retirados) hasta asuntos de mantenimiento de caminos (los propietarios de las casas serían responsables del tramo frente a su casa) y la gestión del tráfico (no podían circular vehículos de carga pesada en Roma durante el día salvo en caso de construcción o reparación de templos, o para sacar los escombros de las demoliciones).

César se convirtió también en parte del calendario, al reescribirlo. El mes Quintilis fue rebautizado con su nombre, Julius, nuestro julio, presumiblemente después de su asesinato; los escritores romanos no siempre son precisos con la cronología. Lo que provocó la mortal oposición fue esta clase de honores arrogantes, votados mientras vivía por un complaciente Senado, combinado con su apropiación más o menos oficial de los procesos democráticos. Aquello iba mucho más lejos que su cabeza en las monedas. Se le permitió llevar el atuendo triunfal allí donde quisiera, con la corona triunfal de laurel, que le pareció muy práctica para disimular su calvicie. Parece que también le prometieron templos y un sacerdocio en su honor, además de colocar su estatua en todos los templos de Roma ya existentes. Incluso su casa particular había de ser decorada con un gablete triangular (o pedimento), para darle la apariencia de un templo, la casa de un dios.

Todavía peores dentro del contexto romano eran las fuertes connotaciones de que aspiraba a convertirse en rey. En una famosa pero más bien turbia ocasión, justo un mes antes de ser asesinado, su leal teniente y uno de los cónsules del año, Marco Antonio, utilizó la fiesta religiosa de las Lupercales para ofrecer a César una corona real. Fue sin duda un acto de propaganda cuidadosamente orquestado y

diseñado para poner a prueba la opinión pública. ¿Aclamaría la muchedumbre allí presente a César cuando se le ofreciera la corona o no? Si lo hacía, ¿sería acaso una señal para aceptarla? Incluso entonces, la reacción de César y el mensaje general fueron objeto de polémica. ¿Le pidió, como pensaba Cicerón, a Marco Antonio que enviase la corona al templo de Júpiter, el dios que, como insistió César, era el único rey de Roma? ¿O acaso se la lanzó al público y después fue colocada sobre una estatua de César? No quedó en absoluto claro si estaba diciendo «No, gracias» o «Sí, por favor».

Aunque hubiera sido un «No, gracias», su posición como dictador, bajo diversas apariencias desde 49 a. C., resultaba perniciosa para algunos. Primero fue nombrado para el cargo por un tiempo limitado, para dirigir las elecciones al Consulado para el año siguiente, un procedimiento absolutamente tradicional, a excepción del hecho absolutamente no tradicional de que él mismo supervisó su propia elección. En 48 a. C., tras la victoria en la batalla de Farsalia, el Senado volvió a nombrarlo dictador durante un año, y después en 46 a. C. durante diez. Finalmente, a comienzos del año 44 a. C. se había convertido ya en dictador vitalicio: para el observador medio, la diferencia entre esto y ser rey debía de ser difícil de discernir. Las condiciones de su dictadura le permitían nombrar directamente a algunos candidatos para las «elecciones», y entre bastidores controlaba las otras elecciones con más eficiencia que Pompeyo con su libreta con los nombres de los futuros cónsules. A finales de 45 a. C. provocó un particular revuelo cuando se anunció la muerte de uno de los cónsules en ejercicio el último día del año. Al instante, César convocó una asamblea para elegir a uno de sus amigos, Gayo Caninio Rébilo, para el puesto vacante solo

durante medio día. Esto suscitó una avalancha de chistes por parte de Cicerón: Caninio fue un cónsul tan extraordinariamente celoso de su trabajo que «nunca jamás se acostó en todo el tiempo que duró su cargo»; «durante el Consulado de Caninio, no lo dudes, nadie desayunó»; «¿Quiénes eran los cónsules cuando Caninio fue cónsul?». Como muchos conservadores, también Cicerón estaba indignado, porque esto era peor que amañar las elecciones, era no tomarse en serio los cargos electos de la República romana.

Lo que ahora podría parecer la mejor cualidad de César fue, irónicamente, la que más flagrantemente chocó con la tradición republicana. Hizo uso excesivo de su *clementia* (clemencia). Perdonó a sus enemigos en vez de castigarlos y se mostró dispuesto a renunciar a crueles represalias contra conciudadanos romanos a condición de que dejaran de oponerse a él (Catón, Metelo Escipión y la mayoría de los galos eran otro asunto, y se merecían lo que les pasó). César perdonó a varios de sus futuros asesinos, Bruto entre ellos, tras haber luchado en el bando de Pompeyo en la guerra civil. En muchos aspectos, *clementia* fue el lema político de la dictadura de César. Sin embargo, provocó tanta oposición como gratitud, por la simple razón de que, por más que en muchos aspectos fuera una virtud, era una prerrogativa totalmente monárquica. Solo aquellos que tienen el poder de actuar de otro modo pueden ejercer la clemencia. En otras palabras, la *clementia* era la antítesis de la *libertas* republicana. Se decía que Catón se había suicidado para escapar a ella.

Por consiguiente, no fue solo un caso de simple ingratitud cuando Bruto y los demás se rebelaron contra el hombre que les había dado una segunda oportunidad; aunque sí lo fuera en parte. Los motivaba el propio interés y

la contrariedad, impulsados por el sentido de *dignitas* de los asesinos. No obstante, también defendían el criterio de libertad y de la importancia de las tradiciones republicanas que se remontaban, en la mitología de Roma, al momento en que el lejano antecesor de Bruto fue decisivo en la expulsión de los Tarquinos, convirtiéndose en uno de los dos primeros cónsules. De hecho, el diseño de una moneda de plata acuñada después por los asesinos subraya este último argumento al representar el tocado distintivo —el *píleo*, o sombrero de la libertad— que llevaban los esclavos cuando se les liberaba. El mensaje era que el pueblo romano había sido liberado.



48. Moneda de plata acuñada por los «libertadores» de Roma al año siguiente del asesinato de César (43-42 a. C.). En una cara se conmemora la libertad ganada; el *píleo*, que llevaban los esclavos recién liberados, está flanqueado por las dagas que llevaron a cabo la acción, y debajo aparece la famosa fecha EID MAR (los «idus de marzo», es decir, el 15 de marzo). En el anverso, la cabeza de Bruto transmite un mensaje bastante diferente. El retrato de una persona viva en una moneda romana se interpretaba como indicio de poder autocrático.

Moneda romana de plata, 43-42 a. C., con la cabeza de Bruto y los símbolos de la liberación. Foto © Her Majesty Queen Elizabeth II, 2015 / Bridgeman Images

¿O no? Como veremos, resultó ser una extraña libertad. Si el asesinato de Julio César se convirtió en el modelo efectivo para eliminar a un tirano, también fue el recordatorio de que deshacerse de un *tirano* no significaba necesariamente la

liquidación de la *tiranía*. A pesar de todos los lemas, la bravuconería y los elevados principios, lo que en realidad propiciaron los asesinos, y lo que consiguió el pueblo, fue una larga guerra civil y la instauración permanente del gobierno de un solo hombre. Sin embargo, esta es la crónica del capítulo 9. Primero hemos de regresar a algunos aspectos igualmente importantes de la historia de Roma que subyacen tras la política y los titulares.

EL FRENTE DOMÉSTICO

PÚBLICO Y PRIVADO

Una cara de la historia de Roma es la historia de la política, de la guerra, de la victoria o la derrota, de la ciudadanía y de todo lo que ocurría en público entre hombres prominentes. He descrito una versión espectacular de esta historia, cuando Roma se transformó de una aldea pequeña e insignificante junto al Tíber en una ciudad local primero y finalmente en una potencia internacional. Se debatieron casi todos los aspectos de esta transformación y a veces literalmente se combatieron: los derechos del pueblo contra el Senado, las cuestiones de qué significaba libertad y cómo se había de garantizar, el control que había, o no, que ejercer sobre el territorio conquistado, el impacto del imperio, para bien o para mal, en la política y los valores romanos tradicionales. Durante el proceso se inventó una versión de ciudadanía nueva en el mundo clásico. En ocasiones, los griegos habían compartido ciudadanía entre dos ciudades de acuerdo con sus necesidades. No obstante, la idea de que fuera normal, como insistían los romanos, ser ciudadano de dos lugares —llamar hogar a dos lugares— fue fundamental para el éxito romano en el campo de batalla y en otros aspectos, y sigue influyendo en el siglo XXI. Aquello fue una revolución romana y nosotros somos sus herederos.

Sin embargo, hay algunas partes escurridizas en esta historia. Solo en ocasiones es posible descubrir el papel que desempeñaron en la gran narración de la historia de Roma hasta el siglo I a. C. las personas corrientes, las mujeres, los

pobres o los esclavos. Hemos encontrado solo algunas breves apariciones: el atemorizado comediante en el escenario de Ásculo, el deslenguado sirviente que insultó a los partidarios de Cayo Graco, el sacerdote eunuco que se preocupaba por su amigo en la guerra civil, e incluso el pobre gato atrapado en el fuego que destruyó la cabaña de Fidenae. En épocas posteriores hay muchas más evidencias de todos estos grupos y aparecen de forma destacada en el resto del presente libro. No obstante, lo que se ha conservado de estos primeros siglos de la historia de Roma tiende a ofrecer un retrato parcial de las prioridades incluso de los hombres de la élite romana. Es fácil quedarse con la impresión de que los personajes principales de la historia se interesaban solo por los grandes asuntos del poder político romano excluyendo todo lo demás, como si el orgullo de las conquistas, las hazañas militares y la elección de cargos políticos que proclaman sus lápidas fueran la razón de ser de su existencia.

No lo eran. Ya hemos tenido ocasión de vislumbrar otros aspectos de sus vidas e intereses como disfrutar de la representación de comedias de chico conoce a chica, escribir y aprender poesía y escuchar conferencias literarias pronunciadas por embajadores griegos que estaban de visita. No es difícil imaginar parte del mundo cotidiano de Polibio en Roma: cuando reflexionaba sobre los funerales a los que asistía o cuando decidió astutamente ponerse enfermo el día en que un compatriota rehén intentó huir. Tampoco es difícil recuperar parte de la diversión que el viejo Catón debió experimentar al pensar en su treta con los higos cartagineses que dejó caer de su toga. Sin embargo, solo en el siglo I a. C. empezamos a tener testimonios más ricos de las cosas que preocupaban a la élite romana más allá de la guerra y la política.

Sus intereses abarcaban desde la curiosidad por la lengua

que hablaban (un erudito prolífico dedicó veinticinco libros a una historia del latín, de su gramática y etimología) hasta la intensa especulación científica sobre los orígenes del universo y el debate teológico sobre la naturaleza de los dioses. La elocuente disertación sobre la locura de temer a la muerte de Tito Lucrecio Caro, en su poema filosófico *La naturaleza de las cosas* (*De rerum natura*), es uno de los hitos de la literatura clásica y un ejemplo de buen juicio incluso hoy en día (aquellos que no existen no pueden lamentar su no existencia, reza una parte de su argumentación). No obstante, la percepción sostenida de los intereses, preocupaciones, placeres, temores y problemas de un destacado romano proviene en gran medida de las aproximadamente mil cartas privadas pertenecientes a la correspondencia escrita y recibida por Cicerón, que fueron recopiladas, editadas y publicadas después de su muerte en el año 43 a. C. y que desde entonces se leen y estudian.

Como ya hemos visto, contienen mucho cotilleo de los escalafones más altos de la política romana, y arrojan escasa luz sobre la primera línea del gobierno provincial tal como lo experimentó Cicerón en Cilicia. No obstante, esta correspondencia revela otros aspectos que reclamaban la atención de Cicerón mientras se enfrentaba a Catilina, se ocupaba de la Banda de Tres, planeaba ataques militares contra los nativos molestos o decidía en qué bando depositar su lealtad en la guerra civil. Además de estas crisis políticas y militares, se preocupaba por el dinero, las dotes y los matrimonios (el suyo y el de su hija), se afligía por la muerte de sus seres queridos, se divorciaba de su esposa, se lamentaba de un malestar estomacal tras un menú poco habitual en la cena, intentaba dar con el paradero de esclavos huidos y trataba de adquirir hermosas estatuas para decorar una de sus muchas casas. Por primera, y casi única, vez en la

historia de Roma estas cartas nos permiten ver de cerca lo que estaba pasando tras cruzar el umbral de la puerta principal de una casa romana.

Este capítulo sigue el hilo de algunos de los temas que aparecen en las cartas de Cicerón. Empezaremos por su experiencia de la guerra civil y de la dictadura de Julio César —a ratos desagradable y a ratos amenazadoramente divertida, y tan alejada de los sonoros lemas públicos de *libertas* y *clementia* como uno pueda imaginar— y a continuación pasaremos a algunas cuestiones fundamentales que pueden quedar enterradas bajo todas esas controversias políticas, negociaciones diplomáticas y campañas militares. ¿Cuál era la esperanza de vida de los romanos? ¿A qué edad se casaba la gente? ¿Qué derechos tenían las mujeres? ¿De dónde salía el dinero para mantener el lujoso estilo de vida de los ricos y privilegiados? ¿Y qué hay de los esclavos?

LAS OTRAS CARAS DE LA GUERRA CIVIL

En el año 49 a. C., tras muchas semanas de indecisión y a pesar de su sentido realista de que no había mucho que escoger entre Pompeyo y César, Cicerón decidió no permanecer neutral en la guerra civil y unirse a los pompeyanos, zarpando de inmediato rumbo a su campamento en el norte de Grecia. Aunque no estaba del todo comprometido con ninguno de los protagonistas, no dejaba de ser una figura de importancia a la que ninguno de los bandos quería por enemigo declarado. No obstante, algunos de sus irritantes hábitos lo hicieron impopular como miembro del escuadrón de Pompeyo. Sus colegas combatientes no podían soportar la manera en que se paseaba por los barracones con el ceño fruncido mientras trataba de aliviar la tensión contando chistes malos. «¿Y por qué no emplearlo entonces como guardián de tus hijos?»,

replicaba cuando un candidato decididamente inadecuado era promocionado a una posición de mando con el argumento de que era «amable y sensato». Cuando llegó el día de la batalla de Farsalia, Cicerón utilizó la táctica de Polibio y se puso oportunamente enfermo. Tras la derrota, en vez de trasladarse de Grecia a África con algunos combatientes de la línea dura, regresó directamente a Italia a esperar una amnistía por parte de César.

Las cartas de Cicerón de este período, unas cuatrocientas en total, revelan parte de la vileza y el terror de la guerra civil, así como de la desorganización, las malas interpretaciones, el apuñalamiento por la espalda, las ambiciones personales, e incluso del paso de lo sublime a lo común de este y de cualquier conflicto y sus secuelas. Nos proporcionan un eficaz antídoto contra la artificiosamente partidista obra de César, *Comentarios sobre la guerra civil*, escrita para equipararse a su *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, y contra parte de la retórica de altos vuelos y elevados principios que el enfrentamiento entre cesarianos y pompeyanos todavía evoca. La guerra civil también tuvo su lado sórdido.

Parte de la indecisión de Cicerón en 49 a. C. estaba motivada no por una ambivalencia política sino por una ambición casi ridícula. Acababa de regresar de Cilicia y quería que el Senado le concediese un triunfo para celebrar el año anterior su victoriosa escaramuza en la provincia, y las normas exigían que no entrase en la ciudad ni despidiese a su personal oficial hasta que se hubiese tomado la decisión sobre la recompensa. Estaba ansioso por su familia y no estaba seguro de si su esposa e hija debían permanecer en Roma. ¿Le resultaría útil que se quedasen allí? ¿Tendrían suficiente comida? ¿Daría una impresión equivocada si se quedaban en la ciudad cuando otras mujeres ricas la

abandonaban? En cualquier caso, si quería tener alguna oportunidad de conseguir el triunfo, no tenía más opción que permanecer algunos meses vagando por los alrededores de Roma cada vez más incomodado y abochornado por su destacamento de guardaespaldas oficiales, que todavía llevaban las lánguidas hojas de laurel que le habían sido concedidas para celebrar su pequeña victoria. Finalmente aceptó lo inevitable: los senadores tenían asuntos más urgentes en la cabeza que su «fruslería», como a menudo la llamaba. Abandonaría toda esperanza de obtener un triunfo y se uniría a Pompeyo.

Incluso a su regreso de aquellos meses poco gloriosos en el frente, todavía tuvo que hacer frente a rupturas personales, incertidumbres y a la violencia desbordante que eran parte integrante y cotidiana de la gran historia de la guerra civil. Hubo peleas con su hermano Quinto, que al parecer trataba de congraciarse con César difamando a Cicerón. Hubo sospechas sobre la muerte en Grecia de uno de sus amigos, un prominente adversario de César, que en una pelea después de la cena fue fatalmente apuñalado en el estómago y detrás de la oreja. ¿Fue solamente una disputa personal por dinero, como sospechaba Cicerón, porque se sabía que el homicida iba corto de efectivo? ¿O acaso estaba César de alguna manera detrás de su muerte? Aparte de la violencia, incluso jugar bien las cartas y mantener buenas relaciones personales con el bando vencedor podía resultar irritante.

Nunca fue más fastidioso que cuando un par de años después Cicerón terminó invitando a César a cenar a una de sus fincas junto al mar en la bahía de Nápoles, donde muchos romanos acaudalados de la ciudad tenían lujosas villas de vacaciones. En una de sus cartas a Ático de finales de 45 a. C. ofrece una irónica descripción de todas las molestias que supuso aquello, y es a la vez uno de los

retratos más realistas que se conservan de un César distendido en su tiempo libre (uno de los momentos favoritos de la carrera de César para Gore Vidal siglos después). César viajaba como mínimo con un batallón de dos mil soldados en calidad de guardia y escolta, que constituía una terrible carga incluso para el más generoso y tolerante de los anfitriones: «un acantonamiento más que una visita», como lo describió el propio Cicerón. A aquello había que añadir el numeroso séquito civil de esclavos y ex esclavos. Cicerón explica que tenía tres comedores dispuestos solo para el personal de rango superior e hizo los arreglos necesarios para los cargos inferiores en el orden jerárquico, mientras César se daba un baño y un masaje antes de reclinarsse para la cena, a la manera formal romana. Resultó que tenía un apetito voraz, en parte porque había estado siguiendo un tratamiento emético, que era un régimen de desintoxicación muy popular entre los romanos adinerados consistente en vómitos regulares. Disfrutaba de la conversación sofisticada más sobre literatura que sobre «asuntos serios» (véase lámina 14).

Cicerón no se detiene a explicar cómo se las apañaron sus esclavos y personal con aquella invasión, o quizá no se percató, pero se felicitó por lo bien que transcurrió aquella velada, aunque no anhelaba una repetición: «Mi huésped no era la clase de invitado al que le dirías: “Por favor, vuelve la próxima vez que pases por aquí”. Con una vez es suficiente». Lo mejor que podemos observar es que invitar a un Pompeyo victorioso habría sido igual de engorroso.

Las cartas de Cicerón ponen de manifiesto también que las vicisitudes de la guerra y las exigencias de recibir a un dictador eran solo una parte de sus problemas en aquellos momentos. Entre el cruce del Rubicón por parte de César y su asesinato en los idus de marzo del año 44 a. C., la familia

y el hogar de Cicerón se desmoronaron. En aquellos cinco años se divorció de Terencia, su esposa de treinta años, y volvió a casarse rápidamente. Él tenía sesenta años, su nueva esposa, Publilia, unos quince, y la relación duró solo unas pocas semanas antes de que él la devolviera a su madre. Entretanto, su hija Tulia se divorció de su tercer esposo, Publio Cornelio Dolabela, un partidario entusiasta de César. En el momento del divorcio, Tulia estaba embarazada y murió a comienzos de 45 a. C., poco después de dar a luz un hijo que la sobrevivió muy poco tiempo. Su anterior hijo que había tenido con Dolabela había nacido prematuro y también había muerto a las dos semanas de vida. Cicerón estaba sumido en el dolor, cosa que no ayudó en su relación con su nueva esposa, y se retiró para estar solo en una de sus fincas más aisladas y planear la forma de conmemorar a su hija: pronto se enfrascaría en busca de la manera de darle un estatus divino. Como él mismo lo expresó, quería asegurar su «apoteosis».

MARIDOS Y ESPOSAS

El matrimonio romano era, en esencia, un asunto simple y privado. A diferencia de lo que ocurre en el mundo moderno, el Estado tenía poco que ver. En la mayoría de los casos a un hombre y a una mujer se les consideraba casados si ellos declaraban que estaban casados, y dejaban de estarlo si los dos (o uno de ellos) declaraba que ya no eran matrimonio. Esto, además de una o dos fiestas para celebrar la unión, era probablemente todo lo que había para la mayoría de los ciudadanos romanos corrientes. Para los más ricos, a menudo había ceremonias de boda más formales y más caras, y se llevaba a cabo un programa relativamente conocido para semejante rito de paso: prendas especiales (las novias tradicionalmente vestían de amarillo), canciones,

procesiones y la novia levantada en brazos para cruzar el umbral de la casa marital. Las consideraciones sobre la propiedad ocupaban un lugar prominente para los ricos, en particular la dote que el padre de la novia tenía que entregar, y que se le devolvería en caso de divorcio. Uno de los problemas de Cicerón en la década de los años 40 a. C. fue que se vio obligado a devolver la dote de Terencia, mientras que Dolabela, falto de liquidez, parece que no pudo devolver la de Tulia, o por lo menos no al completo. El matrimonio con la joven Publilia debió de haber alimentado la perspectiva de una fortuna sustanciosa en compensación.

El objetivo principal del matrimonio en Roma, como en todas las culturas pasadas, era la concepción de hijos legítimos, que automáticamente heredaban el estatus de ciudadano romano si ambos progenitores eran ciudadanos o si ambos cumplían las distintas condiciones que regulaban el «matrimonio mixto» con los extranjeros. Esto es lo que subyace en el epicentro de la historia de las sabinas, que describe el primer matrimonio de la ciudad como un proceso de «legítima violación» con el propósito de procrear. El mismo mensaje se desplegó repetidamente en las lápidas de esposas y madres a lo largo de la historia de Roma.

Un epitafio escrito en algún momento de mediados del siglo II a. C., que conmemora a una tal Claudia, plasma a la perfección la imagen tradicional: reza así: «Aquí está la tumba sin encanto de una mujer encantadora. [...] Amó a su marido con todo su corazón. Le dio dos hijos. Uno de ellos queda sobre la tierra, el otro bajo la tierra. Era graciosa en el habla y elegante en el andar. Llevaba la casa. Hilaba la lana. Eso es todo lo que hay que decir». En otras palabras, el verdadero papel de la mujer era dedicarse a su marido, procrear la siguiente generación, ser un adorno, ser la administradora del hogar y contribuir a la economía

doméstica hilando y tejiendo. Otras conmemoraciones elogian a mujeres que habían permanecido esposas fieles a un solo marido a lo largo de sus vidas, y destacan las virtudes «femeninas» de la castidad y de la fidelidad. Estos epitafios contrastan con los de Escipión Barbato y sus descendientes masculinos, donde la acción militar, el ejercicio de cargos políticos y la prominencia en la vida pública ocupan los titulares.

Es imposible saber hasta qué punto esta imagen de la esposa romana era más una ilusión que un reflejo exacto de la realidad social. Indudablemente se expresaba con mucha vehemencia la nostalgia por los duros y viejos tiempos, cuando las esposas se mantenían en su sitio. «Egnacio Metelo cogió un garrote y golpeó a su mujer hasta matarla porque había bebido vino», insistía un escritor del siglo I d. C. con evidente aprobación, refiriéndose a un incidente enteramente mítico acaecido en el reinado de Rómulo. Incluso el emperador Augusto se aprovechó de la tradicional asociación del hilado de la lana, en lo que sería el equivalente antiguo de una oportunidad fotográfica, haciendo posar a su esposa Livia en su telar en el vestíbulo de su casa a la vista del público. No obstante, lo más probable es que aquellos viejos tiempos fueran en parte producto de la imaginación de moralistas posteriores, y también un tema práctico que los romanos utilizaron para establecer sus anticuadas credenciales.



49. Pintura mural romana que representa una escena idealizada de un antiguo matrimonio, mezclando a dioses y humanos. La novia con el velo está sentada en el centro, sobre el lecho matrimonial, animada por la diosa Venus sentada a su lado. Apoyada contra la cama aparece la figura disoluta del dios Himen, una de las deidades supuestamente protectoras del matrimonio. En el extremo izquierdo, figuras humanas llevan a cabo los preparativos para el baño de la novia.

Pintura romana (*Boda Aldobrandini*), siglo I a. C., Musei Vaticani. Foto © Biblioteca Apostolica Vaticana, Ciudad del Vaticano / Bridgeman Images

No es menos problemática la conflictiva imagen, famosa en el siglo I a. C., de un nuevo estilo de mujer liberada, que supuestamente gozaba de una vida social y sexual libre, a menudo adúltera, sin demasiadas restricciones por parte de su marido, familia o la ley. Algunos de estos personajes fueron cómodamente descartados como parte del submundo de las actrices, coristas, damas de compañía y prostitutas, como una famosa ex esclava, Volumnia Citeris, que según decían había sido la amante de Bruto y de Marco Antonio, acostándose a la vez con el asesino de César y su más ferviente seguidor. No obstante, la mayoría eran esposas o viudas de senadores romanos de alto rango.

El caso más tristemente notorio fue el de Clodia, hermana de Clodio, el mayor enemigo de Cicerón, esposa de un senador que murió en el año 59 a. C. y amante del poeta Catulo, entre otros muchos. Se rumoreaba que Terencia sospechaba de las relaciones de Cicerón con la hermana de Clodio. Era alternativamente atacada y admirada por ser una promiscua seductora, una intrigante manipuladora y una diosa idolatrada que rozaba la criminalidad. Para Cicerón era «la Medea del Palatino», una astuta definición que asociaba a la apasionada bruja infanticida de la tragedia griega con el lugar de residencia de Clodia en Roma. Catulo le puso el apodo de Lesbia en sus poemas, no solo como camuflaje sino como deferencia a la poetisa Safo, de la isla de Lesbos. Así comienza un poema:

«Vivamos, Lesbia mía, y amémonos / sin que nos importen las murmuraciones de los pérfidos viejos... / Dame mil besos».

Por más colorido que sea este material, no debemos tomarlo al pie de la letra. Por una parte no es más que fantasía erótica y por otra es un reflejo clásico de las angustias patriarcales corrientes. A lo largo de la historia, algunos hombres han justificado su dominio de las mujeres admirando y a la vez deplorando una imagen de la mujer peligrosa y transgresiva, cuyos crímenes en gran medida imaginarios, promiscuidad sexual (con el incómodo interrogante que plantea acerca de la paternidad de un hijo) e irresponsable embriaguez demuestran la necesidad de un estrecho control por parte de los hombres. La historia de la intransigencia de Egnacio Metelo con su entonada esposa y los rumores de las fiestas salvajes de Clodia son dos caras de la misma moneda ideológica. Además, en muchos casos las escabrosas descripciones de la criminalidad, poder y excesos femeninos en realidad no suelen ser en absoluto sobre las mujeres que afirman describir, sino vehículos para un debate sobre algo muy distinto.

Cuando Salustio centra su atención en un par de mujeres supuestamente importantes en la conspiración de Catilina, las utiliza como espantosos símbolos de la inmoralidad decadente de la sociedad que creó a Catilina. «Habría sido difícil decidir si estaba más dispuesta a despilfarrar su dinero o su reputación», se burlaba de la esposa de un senador, y madre de uno de los asesinos de César, plasmando lo que él consideraba el espíritu de la época. Por su parte, Cicerón utilizó a Clodia como táctica de distracción en un juicio complicado en el que defendía de una acusación de asesinato a uno de sus jóvenes amigos corruptos, que era también uno de los ex amantes de Clodia. La inmensa mayoría de los

detalles que desacreditan su comportamiento proceden del discurso que pronunció en aquella ocasión: desde los adulterios en serie hasta las salvajes fiestas playeras convertidas en orgías. El objetivo de Cicerón era desplazar la culpa de su cliente desacreditando a una celosa Clodia, convirtiéndola en tema de burla, en una amenaza para su cliente y en la mala de la historia. Es difícil imaginar que Clodia fuera una completa célibe, una hogareña esposa y viuda, pero si en el confort de su elegante casa del Palatino leyó la descripción de Cicerón y si se reconoció en ella es ya otro asunto.

Sin embargo, es evidente que las mujeres romanas en general tenían mucha más independencia que las mujeres de cualquier lugar del mundo de la Grecia clásica o del Próximo Oriente, por más limitada que pueda parecer si nos basamos en los parámetros modernos. Es particularmente llamativo el contraste con la Atenas clásica, donde las mujeres de familias ricas habían de vivir vidas recluidas y aisladas, lejos de la vista del público, segregadas de los hombres y de la vida social masculina (huelga decir que los pobres no tenían el dinero ni el espacio suficientes para imponer tales divisiones). Evidentemente, también había incómodas restricciones para las mujeres en Roma: el emperador Augusto, por ejemplo, las relegó a las últimas filas de los teatros y circos de gladiadores; las dependencias de las mujeres en los baños públicos normalmente estaban mucho más abarrotadas que las de los hombres; en la práctica las actividades masculinas probablemente dominaban las zonas más ostentosas de la casa romana. No obstante, las mujeres no estaban obligadas a ser públicamente invisibles, y la vida doméstica no parece que estuviera formalmente dividida en espacios masculinos y femeninos, con zonas de género prohibidas.

Las mujeres comían normalmente con los hombres, y no solo las trabajadoras sexuales, prostitutas y artistas que proporcionaban compañía femenina en las fiestas de la Grecia clásica. De hecho, una de las primeras fechorías de Verres fue ignorar esta diferencia entre las prácticas griegas y romanas a la hora de comer. En la década de los años 80 a. C., cuando servía en Asia Menor, más de diez años antes de su período en Sicilia, Verres y parte de su personal maquinaron una invitación a cenar en casa de un pobre griego y después de haber consumido una considerable cantidad de alcohol le preguntaron al anfitrión si su hija podía unirse a ellos. Cuando el hombre explicó que las mujeres griegas respetables no comían en compañía masculina, los romanos se negaron a dar crédito a sus palabras y fueron a buscarla. Se produjo una reyerta en la que resultó muerto uno de los guardaespaldas de Verres y empaparon al anfitrión con agua hirviendo y más tarde lo ejecutaron por asesinato. Cicerón describe todo aquel incidente de forma extravagante, casi como una reposición de la violación de Lucrecia. Sin embargo, el suceso también estuvo plagado de una serie de malentendidos debidos a la embriaguez sobre las convenciones del comportamiento femenino al otro lado de las fronteras culturales del imperio.

Algunas de las normas legales que gobernaban el matrimonio y los derechos de las mujeres en aquel período reflejan esta libertad relativa. Sin duda había algunas líneas duras plasmadas sobre papel. Puede que fuera un mito nostálgico el hecho de que en tiempos lejanos un hombre tuviera el derecho de apalear a su mujer hasta matarla por el «delito» de haber bebido un vaso de vino. No obstante, hay testimonios de que la ejecución de una esposa sorprendida en acto de adulterio estaba técnicamente dentro de la potestad legal del marido. Sin embargo, no hay ni un solo

ejemplo conocido de que esto sucediera alguna vez, y las evidencias apuntan en una dirección muy diferente. Una mujer no adoptaba el nombre del marido ni estaba totalmente sometida a su autoridad legal. A la muerte de su padre, una mujer adulta podía poseer propiedades por derecho propio, comprar y vender, heredar o hacer testamento y liberar a esclavos: muchos de los derechos que las mujeres británicas no consiguieron hasta la década de 1870.

La única restricción era que se necesitaba el nombramiento de un albacea (*tutor*) para aprobar cualquier decisión o transacción. Es difícil discernir si Cicerón era condescendiente o misógino o (como creen algunos críticos generosos) bromeaba cuando justificó esta norma por la «debilidad natural de las mujeres en las decisiones». No obstante, no hay indicios de que para su mujer aquello supusiera ningún obstáculo: tanto si vendía una serie de casas para recaudar fondos para Cicerón en el exilio como si amasaba las rentas de sus propiedades, en ningún momento se menciona *tutor* alguno. De hecho, una de las reformas de Augusto a finales del siglo I a. C. o a comienzos del siguiente fue la de permitir que las mujeres ciudadanas nacidas libres que tuvieran tres hijos fueran liberadas de la exigencia de tener un albacea; las ex esclavas tenían que tener cuatro para cumplir con los requisitos. Fue un astuto acto de tradicionalismo radical: concedía nuevas libertades a las mujeres siempre que cumpliesen con su rol tradicional.

Curiosamente, las mujeres tenían mucha menos libertad en lo relativo al acto del matrimonio. Para empezar, carecían de una opción real para decidir si se casaban o no. La regla básica era que toda mujer nacida libre tenía que casarse. No había tías solteras, y solo había grupos especiales, como las vírgenes vestales, que optaban por permanecer solteras, o

estaban obligadas a ello. Es más, la libertad de que gozaba una mujer en la elección del marido era muy limitada, sobre todo entre las ricas y poderosas, cuyos enlaces solían acordarse para consolidar alianzas, tanto políticas como sociales o económicas. No obstante, sería ingenuo imaginar que la hija de un campesino que quería cerrar un trato con su vecino, o que la muchacha esclava que había de ser liberada para casarse con su amo (una situación harto habitual) pudieran influir en la decisión.

Las alianzas matrimoniales sustentaron algunos de los principales acontecimientos de la política romana a finales de la República. En el año 82 a. C., por ejemplo, Sila trató de asegurarse la lealtad de Pompeyo «dándole» como esposa a su hijastra, a pesar de que en aquellos momentos ella estaba casada con otro y embarazada. La apuesta no dio resultado porque la pobre mujer murió de parto. Veinte años después, Pompeyo selló su acuerdo con César en la Banda de Tres casándose con su hija Julia. Las apuestas no fueron tan altas para Cicerón y su hija Tulia, pero es evidente que el progreso de la familia y sus buenos contactos estuvieron siempre en la mente de Cicerón, aunque las cosas no salieran necesariamente como deseaba.

Él mismo admitió que encontrar un marido para su hija Tulia era la cosa que más le preocupaba cuando abandonó Roma para trasladarse a la provincia de Cilicia en 51 a. C. Tras sus dos breves matrimonios sin hijos con hombres de familias distinguidas —uno terminó con la muerte del marido y el otro en divorcio— había que concertar un tercer emparejamiento. En esta ocasión, las cartas de Cicerón nos proporcionan un atisbo de las negociaciones, mientras sondeaba un abanico de candidatos adecuados, y no tan adecuados. Uno no parecía ser una proposición seria; otro tenía buenos modales; de otro escribió a regañadientes:

«Dudo que podamos convencer a nuestra niña», reconociendo que Tulia tenía algo que decir al respecto. No obstante, las comunicaciones eran un problema. Dado que una carta tardaba aproximadamente tres meses en ir desde Cilicia a Roma y volver con una respuesta, era difícil que Cicerón pudiera controlar el proceso y estaba más o menos obligado a dejar la decisión final en manos de Terencia y Tulia. No escogieron a ninguno de los que Cicerón había propuesto como mejores opciones, pero sí al recién divorciado Dolabela, otro hombre con irreprochables credenciales aristocráticas y, según relatos romanos, un bribón encantador, seductor inveterado y de estatura insólitamente baja. Uno de los chistes más recordados de Cicerón era: «¿Quién ató a mi yerno a su espada?».

Los matrimonios concertados de este tipo no eran necesariamente uniones apáticas y sin emoción. Siempre se dijo que Pompeyo y Julia estaban muy unidos, que él quedó sumido en el dolor cuando ella murió de parto en el año 54 a. C. y que su muerte contribuyó a la ruptura política entre Pompeyo y César. En otras palabras, el matrimonio resultó demasiado bueno para sus propósitos. Y varias de las primeras cartas que Cicerón escribió a Terencia, con quien se casó supuestamente tras un acuerdo similar, están plagadas de expresiones de intensa devoción y amor, fueran cuales fueren las emociones subyacentes: «Luz de mi vida, deseo de mi corazón. Pensar que tú, querida Terencia, estás tan atormentada, cuando todo el mundo solía acudir a ti en busca de ayuda», le escribió desde el exilio en 58 a. C.

De la misma manera, hay infinidad de señales de riñas maritales, descontento y decepción. Tulia no tardó en descubrir que Dolabela era más bribón que encantador, y al cabo de tres años la pareja ya vivía separada. No obstante, el matrimonio más constantemente desgraciado del círculo de

Cicerón fue el de su hermano Quinto y Pomponia, la hermana de Ático, el amigo de Cicerón. Como era de esperar, y quizá injustamente, las cartas de Cicerón lanzan gran parte de culpa a la esposa, pero también plasman algunas de las discusiones en términos asombrosamente modernos. En una ocasión, cuando Pomponia espetó: «Me siento como una extranjera en mi propia casa» delante de invitados, Quinto salió con la clásica lamentación: «¡Ya veis, eso es lo que tengo que aguantar cada día!». Después de veinticinco años de trifulcas, finalmente se divorciaron. Se le atribuye a Quinto la observación: «No hay nada mejor que no tener que compartir la cama». Desconocemos la reacción de Pomponia.

Sin embargo, lo que destaca por encima de todas las demás historias es el segundo y breve matrimonio de Cicerón con Publilia, que entonces estaba en plena adolescencia. Cicerón y Terencia se habían divorciado, probablemente a comienzos de 46 a. C. Cualesquiera que fueran los motivos de su separación —y los escritores romanos salieron con un montón de especulaciones poco fiables sobre el tema—, la última carta que se ha conservado de Cicerón a su esposa, escrita en octubre de 47 a. C., sugiere que las relaciones entre ambos habían cambiado. Apenas dos escuetas palabras a una esposa a la que no había visto en dos años (en parte porque había estado fuera con las fuerzas de Pompeyo en Grecia), a lo sumo un par de instrucciones para su inminente llegada. El tema principal es: «Si no hay bañera en los baños públicos haz que instalen una». Justo un año después, tras considerar otras posibilidades —entre ellas la hija de Pompeyo y una mujer a la que calificó de «la más fea que he visto jamás»—, Cicerón se casó con una muchacha cuarenta y cinco años más joven que él. ¿Era esto habitual?

Un primer matrimonio en torno a los catorce o quince años no era nada extraordinario para una muchacha romana. Tulia fue prometida a su primer marido cuando tenía once años y se casó con quince; y cuando Cicerón en 67 a. C. menciona el compromiso de «su pequeña y amada Tulia con Cayo Calpurnio Pisón» quiere decir exactamente esto, *pequeña*. Ático estaba evaluando ya posibles futuros maridos cuando su hija tenía solo seis años. Se esperaba que la élite concertase muy temprano estas alianzas. No obstante, hay muchos testimonios en los epitafios de la gente corriente de niñas casadas en plena adolescencia y a veces a la tierna edad de diez u once años. Si estos matrimonios se consumaban o no es una cuestión incómoda y de difícil respuesta. Asimismo, parece que los hombres se casaban por primera vez a los veinte o a finales de la veintena, normalmente con una diferencia de edad de unos diez años en el primer matrimonio. Por otro lado, algunas novias jóvenes se veían casadas con un hombre incluso mayor en sus segundas o terceras nupcias. A pesar de las relativas libertades de las mujeres romanas, su subordinación se basaba sin duda en aquel desequilibrio entre un hombre adulto y lo que hoy llamaríamos una novia niña.



50. Lápida romana de marido y mujer (siglo I a. C.). Ambos son ex esclavos: el marido a la izquierda, Aurelius Hermia, está identificado como carnicero de la colina del Viminal en Roma; a la derecha, su esposa, Aurelia Philematium, se describe como «casta, modesta y que no dio pie a murmuraciones». Más inquietante nos resulta la duración de su relación. Se conocieron cuando ella tenía siete años y, como reza el texto, «él la sentaba sobre sus rodillas».

Lápida romana de Aurelius Hermia y Aurelia Philematium, siglo I a. C.,
British Museum. Foto © akg-images/Album / Prisma

Dicho esto, los cuarenta y cinco años de diferencia de edad causaron asombro incluso en Roma. ¿Por qué lo hizo? ¿Fue acaso por dinero? O, como aseguró Terencia, ¿por el simple capricho de un viejo? De hecho se enfrentó a preguntas directas sobre por qué demonios, a su edad, se casaba con una joven virgen. El día de la boda se supone que respondió a una de estas preguntas, diciendo: «No os preocupéis, mañana será una mujer [*mulier*] adulta». El crítico de la Antigüedad que citó esta respuesta pensó que era una manera ingeniosa de desviar las críticas y lo consideró digno de admiración. Nosotros probablemente situaríamos este comentario dentro del espectro de lo desagradablemente vulgar y lo penosamente vergonzoso: un poderoso indicador de la distancia que hay entre el mundo romano y el nuestro.

NACIMIENTO, MUERTE Y AFLICCIÓN

La tragedia se apoderó inmediatamente del nuevo matrimonio de Cicerón. Tulia murió poco después de dar a luz al hijo de Dolabela. Cicerón al parecer quedó tan imposibilitado por la aflicción que se retiró, sin Publilia, a una de sus propiedades en la pequeña isla de Astura, frente a la costa al sur de Roma. Su relación con Tulia había sido siempre muy estrecha; quizá demasiado íntima, según las malévolas murmuraciones de algunos de sus enemigos, que se solazaban en la táctica favorita de los romanos de atacar al adversario a través de su vida sexual. Sin duda fue más estrecha que la que mantuvo con su hermano pequeño, Marco, quien, entre otros defectos menores, al parecer nunca disfrutó con la vida intelectual ni con las clases de filosofía en Atenas, a las que su padre le había enviado. Con la muerte de Tulia, se lamentaba Cicerón, había perdido la única cosa que le mantenía ligado a la vida.

La tarea de engendrar hijos era una obligación peligrosa. El parto fue siempre el mayor exterminador de mujeres jóvenes adultas de Roma, desde las esposas de los senadores hasta las esclavas. Miles de muertes de esta índole, desde las más notorias como la de Tulia y la de Julia, la esposa de Pompeyo, hasta las de las mujeres corrientes a lo largo y ancho del imperio, están documentadas en las lápidas realizadas por sus afligidos maridos y familias. Un hombre del norte de África recordaba a su esposa, que «vivió treinta y seis años y cuarenta días. Era su décimo parto. Al tercer día murió». Otro, de la región de la actual Croacia, erigió un sencillo monumento a «su compañera esclava» (y probablemente pareja), que «padeció agonías durante cuatro días para dar a luz, y no pudo parir, así que murió». Si situamos estos datos en una perspectiva más amplia, las estadísticas disponibles de períodos históricos más recientes sugieren que por lo menos una de cada cincuenta mujeres

moría en el parto, con mayores probabilidades si eran muy jóvenes.

Morían a consecuencia de las numerosas adversidades del parto que la medicina moderna occidental casi ha superado, desde las hemorragias hasta la obstrucción o la infección, aunque la ausencia de hospitales, donde se propagaban las infecciones de una mujer a otra a comienzos de la Europa moderna, de alguna manera disminuyó el riesgo. La mayoría de mujeres dependía de la ayuda de comadronas. Más allá de esto, la obstetricia intervencionista no hacía más que añadir peligros. La cesárea, que a pesar del mito moderno no tenía nada que ver con Julio César, se utilizaba simplemente para extraer mediante una incisión a un feto vivo de una mujer muerta o moribunda. En los casos en que el bebé era imposible que descendiera por el canal del parto, algunos médicos romanos recomendaban introducir un cuchillo en la madre y desmembrar al feto en el útero, un procedimiento del que posiblemente muy pocas mujeres debieron salir ilesas.

El embarazo y el parto debieron de dominar la vida de la mayoría de las mujeres, incluidas aquellas a las que los escritores romanos presentaban como libertinas despreocupadas. Unas cuantas debían de estar muy preocupadas por su incapacidad por concebir o por llevar a buen fin un embarazo. De manera universal, los romanos culpaban a las mujeres cuando una pareja no conseguía tener hijos, y este era el motivo de divorcio más habitual. Las especulaciones modernas (que no son más que esto) sugieren que la razón por la que el segundo marido se divorció de Tulia, que no dio a luz a un hijo hasta finales de la veintena, fue precisamente esta. Sin embargo, la mayoría de las mujeres se enfrentaban a décadas de embarazos sin ningún método fiable, excepto la abstinencia, para evitarlos. Había

algunos métodos de aborto improvisados y peligrosos. La lactancia materna prolongada debió de retrasar posibles embarazos en aquellas mujeres que no empleaban nodrizas, como sí solían hacer aquellas otras que eran ricas. Se recomendaba también un amplio abanico de pociones y mecanismos anticonceptivos, que oscilaban desde lo absolutamente inútil (llevar los gusanos hallados en la cabeza de una determinada especie de araña peluda) hasta lo casi eficaz (introducir cualquier cosa pegajosa en la vagina). No obstante, gran parte de los esfuerzos anticonceptivos acababan en fracaso porque la ciencia antigua afirmaba que los días posteriores al cese de la menstruación de la mujer eran los más fértiles, cuando la verdad es exactamente lo contrario.



51. Comadrona romana del puerto de Ostia representada en plena labor sobre una placa de terracota hallada en su tumba. La mujer que está dando a luz está sentada en una silla, la comadrona se sitúa delante para el alumbramiento.

Comadrona romana de Ostia, Museo Ostiense. Foto © The Art Archive / Alamy



52. Este antiguo espéculo vaginal romano es asombrosamente parecido a la versión moderna. Sin embargo, las ideas romanas del cuerpo femenino y de sus ciclos reproductivos eran totalmente diferentes de las nuestras, desde cómo se producía la concepción hasta cuándo y cómo podía evitarse (o estimularse).

Espéculo vaginal romano, Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. Foto © akg-images/Mondadori Portfolio / Alfredo e Pio Foglia

Los bebés que nacían sin incidentes todavía tenían más riesgos que sus madres. Los que parecían débiles o discapacitados eran «expuestos», que la mayoría de las veces significaba que eran arrojados al vertedero local. Los indeseados sufrían el mismo destino. Hay indicios de que las niñas en general eran menos deseadas que los niños, sobre todo por el gasto que suponía la dote, que debía de ser un elemento importante en el presupuesto de las familias relativamente modestas. Se ha conservado una carta en papiro del Egipto romano escrita por un marido a su mujer

embarazada, en la que le da instrucciones de cómo criar al bebé si es niño, pero «si es niña, deséchala». La frecuencia con que ocurría esto y cuál era la proporción exacta en cuanto al sexo de las víctimas tan solo puede conjeturarse, pero era harto frecuente puesto que los vertederos eran una fuente gratuita de esclavos.

Los bebés que eran criados seguían en peligro. La estimación más fiable —basada en gran medida en cifras de poblaciones posteriores equiparables— es que la mitad de los niños nacidos no llegaba a los diez años porque moría víctima de toda clase de enfermedades e infecciones, entre ellas las enfermedades habituales de la infancia que hoy en día ya no son letales. Esto significa que, a pesar de que la esperanza de vida en el nacimiento era probablemente tan baja como a mediados de la veintena, un niño que superaba los diez años podía esperar un período de vida no muy distinto del nuestro. Según estas mismas cifras, a un niño de diez años le quedaban de media otros cuarenta años de vida, y una persona de cincuenta podía esperar unos quince más. Los ancianos no eran tan infrecuentes en Roma como cabría pensar. El elevado índice de mortalidad entre los muy jóvenes tenía consecuencias en los embarazos de las mujeres y en el tamaño de las familias. Para mantener simplemente la población existente, cada mujer tenía que parir un promedio de cinco o seis hijos. En la práctica, esta proporción se eleva a casi nueve cuando se tienen en cuenta otros factores, como la esterilidad y la viudedad. No era precisamente una receta para la liberación generalizada de la mujer.

¿Cómo afectaban estas pautas de nacimiento y muerte a la vida emocional en el seno de la familia? A veces se ha argumentado que, debido a que había tantos niños que no sobrevivían, los padres evitaban implicarse emocionalmente.

Las narraciones y la literatura romanas ofrecen una imagen sobrecogedora del padre, haciendo hincapié en el control que ejerce sobre sus hijos, no en el afecto, y se explayan en el terrible castigo que podría imponer por desobediencia, llegando incluso a la ejecución. No obstante, no hay apenas evidencias de ello en la práctica. Es cierto que un bebé recién nacido no se consideraba una persona hasta después de tomar la decisión de criarlo o no y de haberlo aceptado formalmente en la familia. De ahí, hasta cierto punto, la actitud aparentemente despreocupada respecto a lo que nosotros llamaríamos infanticidio. Sin embargo, los miles de emotivos epitafios erigidos por los padres a sus jóvenes retoños indican cualquier cosa menos falta de afecto. «Mi muñequita, mi querida Mania, yace aquí. Solo por pocos años pude darle mi amor. Ahora su padre llora por ella constantemente», rezan los versos escritos sobre una lápida en el norte de África. También Cicerón, en el año 45 a. C., durante un tiempo «lloraba constantemente» por la muerte de Tulia mientras documentaba su aflicción y sus planes para su conmemoración en una impresionante serie de cartas a Ático.

No se conocen los detalles de la muerte de Tulia, salvo que sucedió en la casa de campo de Cicerón en Túscolo, fuera de Roma; de su funeral no se sabe nada en absoluto. Casi de inmediato, Cicerón se retiró solo a su refugio en la isla de Astura, donde leyó toda la filosofía sobre muerte y consuelo que pudo encontrar, e incluso escribió un tratado sobre luto y pesar para sí mismo, antes de decidir, después de dos meses, que tenía que regresar a la casa donde ella había muerto («Voy a conquistar mis sentimientos y voy a ir a la casa de Túscolo, de lo contrario nunca volveré allí»). Para entonces ya había empezado a canalizar su dolor en el memorial que iba a levantar, que no iba a ser una «tumba»

sino un «santuario» o un «templo» (*fanum*, que en latín tiene un significado exclusivamente religioso). Sus preocupaciones más inmediatas eran la ubicación, la envergadura y la conservación. Planeaba comprar unas tierras en las afueras, cerca de lo que hoy es el Vaticano, para ubicar allí el edificio y ya estaba encargando por anticipado algunas columnas.

Su objetivo, insistía, era la apoteosis de Tulia. Con ello, probablemente pretendía la inmortalidad en un sentido general más que en la declaración grandilocuente de que se convertiría en un dios, sin embargo, no deja de ser otro ejemplo de la borrosa frontera que había en el mundo romano entre mortales e inmortales, y de la manera en que se utilizaban los poderes y atributos divinos para expresar la prominencia e importancia de los seres humanos individuales. No obstante, hay una cierta ironía en el hecho de que, mientras Cicerón y sus amigos estaban cada vez más angustiados por los honores divinos que se le rendían a César, Cicerón estaba ocupado planeando una especie de estatus divino para su hija muerta. Pero el proyecto del santuario de su hija quedó en nada, porque toda la zona del Vaticano quedó reservada para una importante remodelación urbana proyectada por César, y la ubicación elegida por Cicerón se perdió.

ASUNTOS DE DINERO

Las casas de Astura y de Túsculo eran solo dos de las aproximadamente veinte propiedades que Cicerón poseía en Italia en el año 45 a. C. Algunas eran elegantes mansiones residenciales. En Roma tenía una casa grande en las laderas bajas de la colina del Palatino, a un par de minutos a pie del foro, donde tenía por vecinos a la flor y nata de la élite romana, incluida Clodia. Sus otras casas estaban dispersas por toda la península, desde Puteoli en la bahía de Nápoles,

donde recibió a César para aquella concurrida cena, hasta Formia más al norte, donde tenía otra villa junto al mar. Algunas eran pequeñas casas de descanso o cabañas estratégicamente situadas en las carreteras que conducían a sus propiedades más grandes y alejadas, donde podía pasar la noche evitando así las sórdidas posadas y albergues y sin tener que abusar de los amigos. Algunas, como las haciendas familiares de Arpino, eran granjas agrícolas aunque tuvieran una lujosa residencia adosada. Otras eran lucrativas propiedades en arriendo directo, como el edificio de baja calidad del que «incluso las ratas» habían huido y dos grandes bloques todavía más rentables para alquilar en el centro de Roma que habían sido parte de la dote de Terencia en el año 45 a. C. y que probablemente se devolvieron con motivo del divorcio.

El valor total de su cartera de propiedades rondaba el orden de trece millones de sestercios. Para los romanos corrientes aquel era un inmenso conglomerado de propiedades, lo suficiente como para mantener con vida a más de 25 000 familias pobres durante un año o para proporcionar a más de treinta hombres la riqueza mínima necesaria para poder optar a un cargo político. No obstante, esto no situaba a Cicerón en el cajón de los superricos. En sus reflexiones sobre la historia de la extravagancia, Plinio el Viejo afirma que en el año 53 a. C. Clodio compró por casi quince millones de sestercios la casa de Marco Emilio Escauro, uno de los amigos de Cicerón y oficial poco respetable de Pompeyo en Judea en la década de los años 60 a. C. Se han identificado con dudas los restos de sus cimientos, también en las laderas del Palatino, cerca de donde todavía se yergue el arco de Tito; se componen de unas cincuenta habitaciones y un baño, probablemente para los esclavos, que generaciones anteriores de arqueólogos

confundieron con un burdel en el centro de la ciudad. A otro nivel todavía más alto, la propiedad de Craso ascendía a doscientos millones de sestercios, con lo que sin duda podía pagarse un ejército propio (p. 25).

A pesar de algunos intentos imaginativos, no se ha podido identificar con seguridad ni una sola de las propiedades de Cicerón en el lugar. Sin embargo, es posible hacerse una idea de cómo eran por sus explicaciones, que exponen sus planes de mejora, y por restos arqueológicos contemporáneos. Las residencias de los ricos de la élite de finales de la República en la colina Palatina en general se han conservado muy mal, por la sencilla razón de que a lo largo del siglo I d. C. se construyó encima el palacio imperial que pronto dominaría la colina. Algunos de los restos más impresionantes del período anterior se hallan en la llamada Casa de los Grifos, que consta de varias habitaciones de lo que debió de ser la planta baja de una impresionante mansión de comienzos del siglo I a. C. Son todavía visibles en parte dentro de los fundamentos de las estructuras palaciegas construidas encima, con paredes espléndidamente pintadas y suelos de mosaicos sencillos. En cuanto a la planta y al diseño general, esta y otras casas del Palatino no debían de ser muy diferentes de los restos mucho mejor conservados de Pompeya y Herculano.

Lo curioso de las residencias de la élite romana, tanto las de los senadores de Roma como las de los peces gordos locales de fuera de Roma, es que no eran casas privadas desde un punto de vista moderno; no (o no solo) eran un lugar para escapar de la mirada del público. Sin duda, había algunos refugios, como el de Cicerón en Astura, y ciertas partes de la casa eran más privadas que otras. No obstante, en muchos aspectos la arquitectura doméstica tenía por objetivo contribuir a la imagen y reputación públicas del

romano prominente, y gran parte de los negocios públicos se hacían en su casa. La gran sala, o el atrio, la primera habitación a la que normalmente accedía un visitante después de atravesar la puerta principal, era un espacio clave. Provista de doble volumen, abierta al cielo y diseñada para impresionar, con estucos, pinturas, esculturas e impresionantes vistas, proporcionaba el telón de fondo de muchos encuentros entre el dueño de la casa y una variedad de subordinados, peticionarios y clientes: desde ex esclavos en busca de ayuda hasta aquella delegación de Teos que iba de atrio en atrio tratando de besar los pies a los romanos (pp. 206-207). Más allá de esta sala, según el plano habitual, la casa se extendía hacia el interior, con más salas para invitados, comedores, salones con dormitorios (*cubicula*) y pasillos cubiertos y jardines si había espacio. Las paredes presentaban una decoración que hacía juego con su función, desde un amplio despliegue de pinturas hasta paneles íntimos y eróticos. Para los visitantes, el mayor honor consistía en ser recibidos en las partes menos públicas de la casa. Los negocios con los amigos y colegas más íntimos podían hacerse, como decían los romanos, *in cubiculo*, es decir, en una de aquellas habitaciones pequeñas e íntimas donde uno podía dormir, aunque no eran dormitorios en el sentido moderno. Podemos imaginar que era allí donde cerraba sus acuerdos la Banda de Tres.

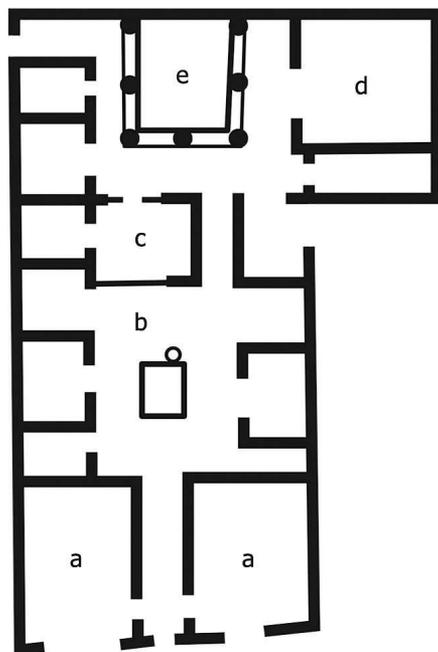


53. Aquí los fundamentos posteriores de los edificios construidos encima (a la derecha) cortan lo que antaño fue una espléndida habitación de una casa republicana, la «Casa de los Grifos» en la colina Palatina. La casa debe su nombre a las figuras de unos grifos realizadas en estuco: una todavía puede verse al fondo. El mosaico del suelo es una sencilla decoración en forma de diamante, las paredes están pintadas con paneles lisos de color imitando el mármol. Anteriores generaciones de arqueólogos especularon con la posibilidad de que fuera la casa de Catilina.

«Casa de los Grifos», siglo I a. C. Palatino, Roma. Foto © Foto Scala, Florencia, cortesía del Ministero per i Beni e le Attività Culturali

La casa y su decoración contribuían a la imagen de su dueño. No obstante, el espectacular despliegue tenía que ser cuidadosamente calibrado contra la posible mancha del lujo excesivo. Por ejemplo, los visitantes levantaron las cejas con asombro cuando Escauro decidió utilizar en el atrio de su casa del Palatino algunas de las 380 columnas que había comprado para decorar un teatro temporal que había encargado para espectáculos públicos. Eran de mármol luculano, una apreciada piedra griega conocida en Roma con el nombre de su primer importador, Lucio Lucinio Lúculo,

inmediato predecesor de Pompeyo en la guerra contra Mitrídates, y tenían todas más de 11 metros de altura. Muchos romanos consideraron que Escauro había cometido un grave error adornando su casa con un lujo más apropiado para la exhibición pública. Salustio no fue el único en imaginar que la extravagancia inmoral de alguna manera estaba en la base de muchos problemas de Roma.



54. El plano de la «Casa del Poeta Trágico» de Pompeya da buena idea del trazado básico de una casa romana moderadamente rica de los siglos II y I a. C. La angosta entrada discurre entre dos tiendas (a) que dan a la calle, y conduce al vestíbulo principal, o atrio (b). La sala de recepción formal más importante (c) daba al atrio; más atrás había una zona de comedor (d) y un pequeño jardín columnado (e). Las otras habitaciones más pequeñas, algunas en el piso superior, incluían los salones con dormitorio donde se invitaba a los huéspedes más favorecidos, tanto para hacer negocios como por placer.

Plano de la «Casa del Poeta Trágico», Pompeya

En sus cartas vemos en varias ocasiones a Cicerón preocupado por la decoración adecuada de sus propiedades,

por cómo proyectar una imagen de sí mismo como hombre de gusto, instruido y de cultura griega, y por cómo conseguir las obras de arte que necesitaba para ello, no siempre con éxito. Un complicado problema al que se enfrentó en el año 46 a. C. revela algunas de sus preocupaciones un tanto quisquillosas. Uno de sus agentes no oficiales había comprado para él en Grecia una pequeña colección de estatuas que era demasiado cara (por ese precio podría haber comprado una cabaña nueva, explica) y totalmente inadecuada para los propósitos que tenía en mente. Para empezar, había una estatua del dios Marte, cuando se suponía que Cicerón se presentaba como el gran defensor de la paz. Y aún peor, había un grupo de bacantes, desinhibidas, extáticas y ebrias seguidoras del dios Baco, que de ninguna manera podían utilizarse para decorar una biblioteca como él quería: para una biblioteca se necesitan musas, explicó, no bacantes.

No está documentado si Cicerón consiguió vender aquellas esculturas, como era su deseo, o si acabaron en el almacén de una de sus propiedades. Pero la historia es un indicador de la manera en que el entorno doméstico de Roma, y también el público, consumían obras de arte, tanto antiguas como réplicas, en un activo comercio con el mundo griego. Los restos materiales de aquel comercio están hoy en día bien documentados por los cargueros que se hundieron en una serie de naufragios de barcos comerciales romanos que los buzos han descubierto en el lecho del Mediterráneo. Uno de los más asombrosos, que posiblemente pueda fecharse en la década de los años 60 a. C., a juzgar por las monedas que transportaba, se hundió entre Creta y el extremo sur del Peloponeso, cerca de la isla de Anticitera: de ahí el nombre moderno de «el naufragio de Anticitera». Llevaba esculturas de bronce y mármol, entre ellas una

exquisita figura de bronce en miniatura colocada sobre una base giratoria; mobiliario de lujo; elegantes cuencos de vidrio y mosaico; y el objeto más famoso de todos, el «Mecanismo de Anticitera». Se trata de un intrincado dispositivo de bronce con un mecanismo de relojería, al parecer diseñado para predecir los movimientos de los planetas y otros acontecimientos astronómicos. A pesar de la gran distancia que lo separa del primer ordenador del mundo, como en ocasiones se le ha apodado, su destino debió de ser la biblioteca de algún científico romano aficionado.



55. Algunas de las esculturas del naufragio de Anticitera ofrecen inquietantes imágenes de deterioro parcial. Como en este antaño hermoso ejemplar, algunas zonas de su carne marmórea están corroídas, mientras que otras se han conservado en estado prístino. Las condiciones de conservación dependen del lugar donde yacieron las estatuas en el mar y de si quedaron protegidas por la arena del lecho marino.

Escultura del naufragio de Anticitera, Grecia, Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Foto © de R. Cormack, reproducción cortesía del museo

Sin embargo, la relación entre los dirigentes de finales de la República y sus propiedades es, en algunos aspectos, curiosa. Cicerón y sus amigos se identificaban profundamente con

sus casas. Más allá de la minuciosamente planeada decoración de estatuas y obras de arte, las máscaras de cera de sus ancestros (*imagines*) que se llevaban en las procesiones funerarias se exponían en los atrios de las familias aristocráticas, que a veces tenían diferentes juegos o copias para sus diferentes propiedades. En la pared del atrio, un árbol genealógico pintado era un distintivo habitual, y el botín que un hombre hubiera obtenido en batalla, la muestra máxima del éxito romano, podía estar también expuesto allí para ser admirado. Por el contrario, si la corriente política cambiaba, la casa podía convertirse casi en un sustituto de agresión contra su propietario o en un blanco adicional. Cuando Cicerón se fue al exilio en el año 58 a. C., Clodio y sus secuaces no solo destruyeron su propiedad del Palatino, sino que también sufrieron daños sus posesiones de Formia y de Túsculo. Y no fue el primero de quien se dijo que había sufrido este tipo de castigo. Hacia el mítico comienzo de una larga ristra de casos semejantes, un radical llamado Espurio Maelio de mediados del siglo V a. C. fue ejecutado y su casa derruida cuando, mediante la clásica deducción conservadora de los romanos, su generosidad con los pobres levantó sospechas de que aspiraba a la tiranía.

Sin embargo, había otro vínculo sorprendentemente flexible entre la familia y la casa. Muy al contrario, por ejemplo, de la aristocracia británica, cuyas tradiciones ponían gran empeño en la continuidad de la propiedad de sus casas en el campo, la élite romana estaba siempre comprando, vendiendo y trasladándose. Es cierto que Cicerón se aferró a algunas propiedades familiares de Arpino, pero no compró su casa del Palatino hasta el año 62 a. C., a Craso, que debía de tenerla como inversión más que como residencia. Anteriormente se irguió en aquel enclave la casa de Livio Druso, en la que fue asesinado en 91 a. C. La

hacienda de Cicerón en Túsculo había pasado de Sila a un senador profundamente conservador, Quinto Lutacio Catulo, y finalmente a un rico ex esclavo, al que conocemos solo por el nombre de Vettius, en los veinticinco años anteriores a la compra de Cicerón a comienzos de la década de los años 60 a. C. Presumiblemente todas las máscaras del atrio se empaquetaron con ocasión de la venta y se trasladaron a la nueva propiedad. Sin embargo, curiosamente, era costumbre dejar el botín de la victoria en la casa y no se trasladaba con la familia del hombre que lo había ganado. En uno de los últimos ataques de Cicerón a Marco Antonio, se lamenta de que este último estuviera viviendo y celebrando juergas y borracheras en una casa que antaño perteneciera a Pompeyo, con espolones de naves capturadas, probablemente obtenidos en la campaña contra los piratas, todavía adornando la entrada.

Este modelo de transmisión de propiedad suscita varias cuestiones básicas. Las sumas que se movían eran muy elevadas. En el año 62 a. C., Cicerón tuvo que entregar 3,5 millones de sestercios por su nueva casa en el Palatino, y casi no hay información de cómo se organizaba en la práctica este tipo de pagos. No parece probable que los esclavos de Cicerón simplemente trasportasen carretas cargadas de dinero en efectivo por las calles protegidos por una guardia armada. Toda la transacción apunta, por el contrario, al uso de lingotes de oro, que por lo menos requerirían menos carros, o más probablemente a algún sistema de garantías o bonos en papel, y con ello a un relativamente sofisticado sistema bancario y de crédito que apuntalaría la economía romana y del que solo tenemos fugaces testimonios.

Una pregunta más elemental, en primer lugar, ¿de dónde salía todo aquel dinero? Justo después de comprar la casa del Palatino, Cicerón bromeaba en una carta a su amigo Publio

Sestio diciendo que estaba endeudado hasta las orejas, «que incluso estaría dispuesto a unirme a una conspiración si hubiera alguna que me aceptase»: una agria alusión a la conjura de Catilina del año anterior. Sin duda, los préstamos eran parte de aquel dinero, pero la mayoría tenían que devolverse, a veces más pronto que tarde; Cicerón, por ejemplo, se apresuró a liquidar un cuantioso préstamo de casi un millón de sestercios a Julio César antes de que el estallido de la guerra civil lo convirtiera en algo incómodo. Por consiguiente, ¿cuáles eran las fuentes de ingresos de Cicerón? ¿Cómo había pasado de ser un ciudadano de segunda fila razonablemente próspero a ser uno de los ricos, aunque lejos de los más ricos, de Roma? Algunos indicios hallados en sus cartas contribuyen a esbozar parte de la imagen.

Primero un inconveniente. No hay indicios de que Cicerón tuviera ningún interés especial en el comercio. Estrictamente hablando, los senadores tenían prohibido comerciar con ultramar, y la riqueza de la élite política de Roma oficialmente se definía siempre por las tierras y estaba vinculada a ellas. No obstante, algunas familias senatoriales sacaban beneficios de las empresas comerciales de forma indirecta, bien a través de conexiones no senatoriales o utilizando a sus ex esclavos como hombres de paja. La familia del mismo Publio Sestio, el senador con el que bromeaba Cicerón sobre sus deudas, es uno de los mejores ejemplos de ello. Se han descubierto miles de ánforas de vino de principios hasta mediados del siglo I a. C. con el sello de «SES» o «SEST», en todo el Mediterráneo desde Hispania hasta Atenas, con una especial concentración en el sur de la Galia, que incluía unas 1700 procedentes de un naufragio a la altura de Marsella. Sin duda son un claro indicio de un extendido negocio de exportación comercial

asociado a algunos miembros de la familia de Sestio, que se sabe que tenían propiedades cerca de la ciudad italiana de Cosa, en el norte, donde se encontró otra concentración del mismo tipo de ánforas con el mismo sello. Independientemente de quien estuviese formalmente al frente del negocio, los beneficios sin duda fluyeron también hacia los Sestios senatoriales. Sin embargo, no hay indicios de que Cicerón estuviera implicado en negocios similares, aparte de algunas murmuraciones elitistas e inexactas lanzadas por sus enemigos de que su padre había participado en el negocio de las lavanderías.



56. El yacimiento del naufragio a la altura de Marsella fue explorado en la década de 1950 por un equipo de buzos que trabajaban con Jacques Cousteau. Esta es solo una parte del cargamento de ánforas procedentes de Italia que transportaba el barco.

Grand Congloué, cargamento de ánforas. Foto © 2010 MIT. Cortesía de MIT Museum

Parte del dinero de Cicerón provenía, cosa harto tradicional, de alquileres y de los productos de sus tierras agrícolas, incrementadas con la propiedad que era parte de la dote de

Terencia. No obstante, tenía otras dos importantes fuentes de cuantiosa financiación. La primera eran herencias de fuera de su familia más inmediata. En el año 44 a. C. aseguraba haber recibido en total la ingente suma de veinte millones de sestercios por esta vía. Hoy en día es imposible identificar a todos sus benefactores. Sin embargo, muchos de estos legados debieron de ser reembolsos de aquellos a los que había ayudado de diversas maneras, de ex esclavos que habían amasado sus propias fortunas o de clientes satisfechos a los que había representado en los tribunales. Los abogados romanos tenían la prohibición expresa de recibir pago alguno por sus servicios, y a menudo se dice, con razón, que lo que Cicerón ganaba con su defensa en casos de gran relevancia era notoriedad pública. Sin embargo, a menudo también había pagos económicos de forma indirecta. Publio Sila, sobrino del dictador, sin duda no fue una excepción al recompensar a Cicerón por su satisfactoria defensa en los tribunales. Le prestó dos millones de sestercios para la compra de la casa del Palatino, y al parecer no le exigió devolución alguna.

La segunda fuente fue la provincia de Cicerón. Mientras alardeaba, quizá con razón, de que nunca había infringido ninguna ley chantajeando a los provincianos para obtener dinero, abandonó Cilicia en 50 a. C. con más de dos millones de sestercios en moneda local en su equipaje. No se sabe con certeza cómo lo obtuvo: quizá fuera una mezcla de la tacañería de Cicerón a la hora de gastar su asignación y de los beneficios conseguidos con su pequeña victoria, entre ellos la posterior venta de cautivos como esclavos. En lugar de transportar el dinero a Italia, lo depositó en su viaje de regreso a casa en una compañía de *publicani* en Éfeso pensando, al parecer, en algún tipo de transferencia de fondos sin efectivo. Sin embargo, la guerra civil desbarató

enseguida los planes a largo plazo que pudiera tener para el dinero. A comienzos de 48 a. C., la financiación para la guerra de Pompeyo requería a todo el efectivo que se pudiera reunir, y Cicerón aceptó prestarle aquellos dos millones de sestercios, que presumiblemente compensaron de alguna manera su irritante comportamiento en el campamento. No hay ninguna indicación de que recuperase jamás su dinero. Los beneficios de una guerra contra un enemigo extranjero habían acabado, como muchos otros, financiando una guerra de romanos contra romanos.

PROPIEDAD HUMANA

También había seres humanos entre las propiedades de Cicerón. En sus cartas menciona en total unos veinte esclavos: un grupo de seis o siete chicos de los recados, unos pocos secretarios, empleados y «lectores» (que leían libros o documentos en voz alta para comodidad de su amo), así como un asistente, un peón, un cocinero, un sirviente y un contable o dos. En la práctica, su hogar debió de ser mucho más numeroso. El mantenimiento de veinte propiedades sugiere un personal mínimo absoluto de doscientos miembros, aunque algunas fueran solo simples cabañas y otras estuvieran deshabitadas durante meses y meses: había jardines que cuidar, reparaciones que llevar a cabo, hornos que alimentar y seguridad que organizar, por no mencionar los campos que había que cultivar en las granjas agrícolas. Esto dice mucho de la invisibilidad de los esclavos para su amo, puesto que Cicerón no presta atención a la inmensa mayoría de ellos. Gran parte de los que sí menciona en sus misivas están relacionados, como los chicos de los recados y los secretarios, con la producción y entrega de las cartas.

A grandes rasgos, en Italia debía de haber entre un millón y medio y dos millones de esclavos a mediados del

siglo I a. C., que constituían quizá el 20% de la población total. Compartían la única característica definitoria de ser una propiedad humana en manos de otro. Aparte de esto, eran tan diferentes en cuanto a origen y estilo de vida como los ciudadanos libres. No existía nada parecido al típico esclavo. Algunos de los que poseía Cicerón habían sido esclavizados en el extranjero tras la derrota en la guerra. Otros habían sido producto de un cruel comercio que se lucraba traficando con personas de los lindes del imperio. Otros habían sido «rescatados» de los vertederos o habían nacido esclavos, en la casa, de mujeres esclavas. Curiosamente, a lo largo de los siglos siguientes, a medida que la escala de las guerras de conquista romana empezó a disminuir, esta «crianza doméstica» se convirtió en la principal fuente de provisión de esclavos, consignando a las esclavas al mismo régimen reproductivo que el de sus homólogas libres. En general, las condiciones de vida y trabajo de los esclavos abarcaban desde la crueldad y la penuria hasta rozar el lujo. Los cincuenta diminutos cubículos para los esclavos en la grandiosa mansión de Escauro no eran lo peor que podía temer un esclavo. Algunos, en las propiedades con actividades industriales y agrícolas más grandes, vivían más o menos en cautiverio. Muchos eran azotados. De hecho, esa vulnerabilidad al castigo corporal era una de las cosas que hacía que un esclavo fuera esclavo: Chivo Expiatorio era uno de sus apodos más frecuentes. Sin embargo, también había unos pocos, una pequeña minoría que destaca en los testimonios conservados, cuyo estilo de vida diario debió de parecer envidiable al ciudadano romano libre, pobre y hambriento. Desde su punto de vista, los esclavos asistentes de hombres adinerados en mansiones lujosas, sus médicos privados o consejeros literarios, normalmente esclavos de origen griego,

vivían vidas regaladas.

Las actitudes de la población libre respecto a sus esclavos y a la esclavitud como institución eran también variadas y ambivalentes. Para los propietarios, el desdén y el sadismo iban emparejados con una especie de temor y ansiedad sobre su dependencia y vulnerabilidad, que muchos refranes populares y anécdotas plasman a la perfección. «Todos los esclavos son enemigos», rezaba un dicho de la sabiduría romana. Y en el reinado del emperador Nerón, cuando a alguien se le ocurrió la brillante idea de obligar a los esclavos a llevar uniforme, la medida se rechazó porque aquello haría que la población esclava se percatase de lo numerosa que era. No obstante, cualquier intento por trazar una línea clara y consistente entre esclavos y libres o por definir la inferioridad de los esclavos (algunos teorizantes antiguos se preguntaban con desesperación si más que personas eran cosas) se veía necesariamente desbaratado por la práctica social. En muchos contextos los esclavos y las personas libres trabajaban en estrecha proximidad. En el taller corriente, los esclavos podían ser tanto amigos y confidentes como bienes muebles. También formaban parte de la familia romana; la palabra latina *familia* incluía siempre a los miembros libres y a los no libres de la casa (véanse láminas 16, 17).

Para muchos, la esclavitud era en cualquier caso un estatus temporal, que se añadía a la confusión conceptual. La costumbre romana de liberar a tantos esclavos se debía a todo tipo de consideraciones fríamente prácticas: sin duda era más barato, por ejemplo, conceder la libertad a los esclavos que mantenerlos cuando llegaban a la improductiva vejez. No obstante, este era un aspecto crucial de la difundida imagen de Roma como cultura abierta, que convirtió al cuerpo de ciudadanos romanos en el más diverso desde el punto de vista étnico que jamás existiera antes del

mundo moderno, añadiendo otro motivo a la angustia cultural. ¿Estaban los romanos liberando a demasiados esclavos?, se preguntaban. ¿Los liberaban por motivos equivocados? Y ¿cuál era la consecuencia de todo esto para la idea de romanidad?

En la mayoría de los casos, cuando Cicerón presta una atención más que pasajera a sus esclavos es porque algo ha ido mal, y sus reacciones revelan algunas de las ambivalencias y tensiones en el contexto diario. En el año 46 a. C. escribió a uno de sus amigos, entonces gobernador de la provincia del Ilírico, en la costa este del Adriático. Tenía un problema. Su bibliotecario, un esclavo llamado Dionisio, había estado robando libros y después, por temor a ser descubierto, había salido pitando. Resultaba que Dionisio había sido visto en el Ilírico (quizá cerca de su tierra natal), donde al parecer aseguraba que Cicerón le había concedido la libertad. «No es gran cosa —admitió Cicerón—, pero es un peso que tengo encima.» Pedía que su amigo lo vigilase, al parecer sin resultados. Un año después tuvo noticia por el siguiente gobernador de que «tu huido» se había escondido entre los habitantes de un pueblo nativo, los vardaei, pero no se volvió a saber de él, por más que Cicerón fantasease con verlo de vuelta a Roma y conducido como cautivo en procesión triunfal.

En una carta a Ático explica que unos años antes había tenido un problema similar con un ex esclavo, otro bibliotecario. A este Crisipo —con su nombre griego maravillosamente culto, conocido por ser el de un filósofo del siglo III a. C.— se le había asignado la tarea de acompañar desde Cilicia al hijo de Cicerón, Marco, que entonces estaba en plena adolescencia, y a su primo que era un poco mayor de regreso a Roma. En algún momento del viaje Crisipo abandonó a los jóvenes. No importaban todos

aquellos robos menores, explotó Cicerón, lo que no podía tolerar era simplemente la fuga, porque los ex esclavos, incluso después de ser liberados, tenían obligaciones con su ex propietario. La reacción de Cicerón fue la de utilizar un tecnicismo legal para anular la libertad de Crisipo y volver a esclavizarlo. A buenas horas, mangas verdes: Crisipo ya se había marchado.

Es difícil juzgar la veracidad de la versión de Cicerón respecto a estas historias. ¿Tan fácil era vender libros robados en Roma? ¿Los había utilizado Dionisio para financiar su huida? ¿Creía Cicerón que todavía los tenía (entre los *vardaei* probablemente todavía habría menos oportunidades de vender)? ¿O quizá el robo fuera más bien producto de la paranoia y obsesión de Cicerón con su biblioteca? Fuera cual fuese la verdad, estas historias nos proporcionan un valioso antídoto contra el «modelo Espartaco» de descontento y resistencia de los esclavos. Muy pocos esclavos se enfrentaban cara a cara con las autoridades romanas y mucho menos con las legiones romanas. La mayoría se resistían a sus dueños como lo hicieron estos dos, huyendo, escondiéndose y, si se veían amenazados, diciendo a quien preguntase, que sin duda no sabía nada al respecto, que habían sido liberados. Desde la perspectiva de Cicerón, el caso ofrece la imagen de un hombre para el que los esclavos de su casa podían ser el enemigo dentro, a pesar de que en general todo se redujese a tener los dedos largos, y para el que la diferencia entre los esclavos que había liberado y los que no era más estrecha de lo que muchos historiadores modernos quieren creer. No debería sorprender que, aunque *libertus* (liberto) es el término latino para ex esclavo, en numerosas ocasiones se utilice la palabra *servus* (esclavo) para designar a ambos.

La gran excepción de este cuadro la encontramos en la

relación de Cicerón con su esclavo secretario Tiro, el hombre al que en la imaginación medieval se le atribuyó la invención de una conocida forma de escritura abreviada. Los orígenes de Tiro se desconocen por completo, a menos que los disparatados rumores romanos estuvieran en lo cierto al sospechar que Cicerón le tenía tanto aprecio porque era su hijo natural. Fue liberado a bombo y platillo en el año 54 o 53 a. C., para convertirse en un ciudadano romano con el nombre de Marco Tulio Tiro. La relación de Tiro con toda la familia Cicerón a menudo se ha considerado como la «cara amable» de la esclavitud romana.

Muchas de las cartas de la familia dirigidas a él (no se han conservado las respuestas) rebosan de afecto, charla y a menudo preocupación por su salud. «Tu salud me tiene terriblemente preocupado», escribió, como de costumbre, Quinto Cicerón en el año 49 a. C., «... y es una enorme inquietud que vayas a estar lejos de nosotros durante tanto tiempo... pero no emprendas un viaje tan largo hasta que estés bien y te sientas fuerte». Y el día de la gran liberación de Tiro se celebró con alegres felicitaciones y alardes. Quinto, escribiendo a su hermano desde la Galia, donde servía con Julio César, plasma la importancia del cambio de estatus: «Estoy encantado con lo que has hecho con Tiro y de que decidieras que su estatus estaba por debajo de lo que merecía y de que lo tengas como amigo más que como esclavo. Salté de alegría cuando leí tu carta. Gracias». Tiro parece casi desempeñar el papel de un hijo sustituto en torno al cual se unía alegremente aquella familia a veces disfuncional. Aun así, queda una persistente ambivalencia, porque la servidumbre de Tiro nunca se olvidó del todo. Años después de la concesión de libertad, Quinto escribió a Tiro lamentándose, una vez más, de que no recibía ninguna carta suya. «Te he dado una buena paliza, o por lo menos

una bronca silenciosa en mi cabeza», dice Quinto. ¿Una chanza inofensiva? ¿Un chiste malo? ¿O un claro indicio de que en la imaginación de Quinto Tiro sería siempre alguien al que se le podría dar una paliza?

HACIA UNA NUEVA HISTORIA. DE EMPERADORES

Tiro sobrevivió de largo a su amo. Como veremos, Cicerón encontró un sangriento final en diciembre de 43 a. C., igual que su hermano, Quinto. Tiro vivió, así se dijo, hasta el año 4 a. C., en el que murió con noventa y cinco años. Se había pasado los años intermedios promoviendo y controlando la memoria de Cicerón, ayudando a editar la correspondencia y los discursos y escribiendo su biografía, que —a pesar de no haber sobrevivido— se convertiría en una habitual fuente de información para los posteriores historiadores romanos. Publicó incluso una extensa colección de sus chistes. Uno de los posteriores admiradores de Cicerón sugirió que la reputación que tenía por su ingenio habría sido intachable si Tiro hubiera sido un poco más selectivo.

Tiro vivió también para ver un nuevo y permanente régimen de gobierno de un solo hombre, a los emperadores firmemente instalados en el trono de Roma y la vieja República convertida en un recuerdo cada vez más lejano. Este nuevo régimen constituye el tema de los cuatro últimos capítulos de *SPQR*, que analizan el período de poco más de doscientos cincuenta años que va desde el asesinato de César en 44 a. C. hasta comienzos del siglo III d. C. Concretamente, hasta el importante punto de inflexión en 212 d. C. cuando el emperador Caracalla concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio. Es una historia muy distinta de la de los primeros setecientos años más o menos que acabamos de examinar.

La historia de Roma a lo largo de este período es en muchos aspectos más conocida que cualquier otra etapa anterior. Durante estos siglos se construyeron la mayoría de los edificios antiguos más emblemáticos que todavía jalonan la ciudad de Roma: desde el Coliseo, erigido como lugar de entretenimiento popular en la década de los años 70 d. C., hasta el Panteón («Templo de todos los dioses»), edificado cincuenta años después, bajo el reinado del emperador Adriano, y único templo antiguo en el que todavía podemos entrar y que conserva más o menos su estado original. Se salvó por su conversión en iglesia cristiana sin sufrir una reconstrucción indiscriminada. Incluso en el foro romano, centro de la ciudad vieja, donde se libraron las grandes batallas políticas de la República romana, gran parte de lo que vemos hoy sobre el suelo se construyó bajo los emperadores, no en la era de los Gracos, ni de Sila ni de Cicerón.

Sobre todo, hay muchos más testimonios del mundo de los dos primeros siglos de nuestra era, aunque no haya ningún otro individuo que destaque de forma tan detallada y vital como Cicerón. La supervivencia de ingentes cantidades de literatura, poesía o historia, nada tiene que ver con la existencia de aquella clase de documentos ciceronianos, aunque sin duda hay volúmenes similares, y cada vez más variados. Aún tenemos biografías de chismes sobre emperadores; sátiras cínicas salidas de las plumas de Juvenal y de otros, que vierten desprecio por los prejuicios romanos; y novelas de extravagante inventiva, como el famoso *Satiricón*, escrita por Cayo Petronio Árbitro, antiguo amigo y más tarde víctima del emperador Nerón y llevada a la pantalla dos mil años después por Federico Fellini. Se trata de una historia obscena de un grupo de pícaros que viajan por el sur de Italia, y en la que aparecen orgías, posadas

baratas con camas repletas de chinches y un memorable retrato —y parodia— de un rico y vulgar ex esclavo, Trimalción, que casi prestó su nombre a una novela clásica mucho más moderna: el título provisional de *El Gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald era *Trimalción en West Egg*.

El cambio más drástico se produce en los documentos inscritos en piedra. Hasta ahora hemos analizado unos cuantos de estos documentos de siglos anteriores, tanto la lápida de Escipión Barbato como la medio comprensible inscripción que menciona al «rey» (*rex*) desenterrada en el foro. No obstante, en estos tempranos períodos había relativamente pocos. A partir del siglo I d. C., por razones que nadie ha podido desentrañar, se produjo una explosión de escritura sobre piedra y bronce. Sobre todo, se han conservado miles y miles de epitafios a lo largo y ancho del imperio, en recuerdo a personas corrientes o por lo menos a aquellas que habían ahorrado el dinero suficiente para encargarse un monumento permanente para sí mismas, aunque fuera humilde. A veces tan solo dejan constancia de la ocupación del difunto («vendedor de perlas», «pescadero», «comadrona» o «panadero»), otras veces relatan una historia completa. Una piedra peculiarmente elocuente recuerda a una mujer de tez blanca, hermosos ojos y pequeños pezones que fue centro de un *ménage a trois* que se separó tras su muerte. Hay también miles de biografías breves de destacados ciudadanos esculpidas en los plintos de sus estatuas por todo el mundo romano, y cartas de emperadores o decretos del Senado expuestos con orgullo en comunidades muy alejadas del imperio. Si el oficio del historiador de la Roma primitiva consiste en exprimir al máximo todas y cada una de las evidencias conservadas para ver qué nos cuentan, en el siglo I d. C. la cuestión es cómo seleccionar los testimonios que nos explican más cosas.

Sin embargo, una diferencia aún mayor en la reconstrucción de esta parte de la historia de Roma reside en que ahora tenemos que arreglárnoslas sin el lujo, o la restricción, de la cronología. Esto se debe en parte a la dispersión geográfica del mundo romano. No hay una sola narración que vincule, de forma útil o reveladora, la historia de la Britania romana con la historia del África romana. Hay infinidad de microhistorias y de historias diferentes de regiones distintas que no encajan necesariamente y que, contadas una a una, compondrían un libro decididamente opaco y confuso. No obstante, otra de las razones es que, tras el establecimiento del gobierno de un solo hombre a finales del siglo I a. C., durante más de doscientos años no hay ninguna historia de cambio significativa en Roma. La autocracia representó, en cierto modo, un final de la historia. Evidentemente hubo toda clase de acontecimientos, batallas, asesinatos, distanciamientos políticos, nuevas iniciativas e inventos; y los participantes debieron tener todo tipo de historias emocionantes que contar y argumentos que debatir. Pero a diferencia de la historia del desarrollo de la República y del crecimiento del poder imperial, que revolucionó casi todos los aspectos del mundo de Roma, no se produjo ningún cambio fundamental en la estructura de la política, la sociedad o el imperio romanos entre el final del siglo I a. C. y el final del siglo II d. C.

Por consiguiente, en el próximo capítulo analizaremos cómo, tras el asesinato de Julio César, el emperador Augusto consiguió establecer el gobierno de un solo hombre como elemento permanente —quizá la revolución más importante en la historia de Roma— y también las estructuras, problemas y tensiones que apuntalaron y a la vez socavaron aquel sistema durante los dos siglos siguientes. El variopinto reparto de actores cuenta con senadores disidentes, clientes

borrachos de los bares romanos y cristianos perseguidos (y, para los romanos, conflictivos). La gran pregunta es: ¿cómo podemos entender mejor el mundo del Imperio Romano bajo un emperador?

LAS TRANSFORMACIONES DE AGOSTO

EL HEREDERO DE CÉSAR

Es muy posible que Cicerón estuviera sentado en el Senado en los idus de marzo de 44 a. C. cuando César fue asesinado, y que fuera testigo presencial del caótico y chapucero homicidio. Una banda de unos veinte senadores se arremolinó en torno a César con el pretexto de entregarle una petición. Un senador sin cargo dio la señal para el ataque arrodillándose a los pies del dictador y tirando de su toga. Los asesinos no fueron muy precisos en su objetivo, o quizá estaban aterrorizados hasta la torpeza. Uno de los primeros golpes con la daga falló por completo y le dio a César la oportunidad de defenderse con la única arma que tenía a mano: su afilada pluma. Según el relato más antiguo que se conserva, el de Nicolás de Damasco, un historiador griego de Siria que escribió cincuenta años después pero inspirándose en descripciones de testigos presenciales, algunos asesinos quedaron atrapados bajo «el fuego amigo»: Cayo Casio Longino arremetió contra César pero terminó apuñalando a Bruto; otro golpe falló el blanco y aterrizó en el muslo de un camarada.

Mientras caía, César gritó en griego a Bruto: «Tú también, hijo», que bien podía ser una amenaza («¿Te pillaré, muchacho!») o un conmovedor lamento por la deslealtad de un joven amigo («¿Tú también, hijo mío?»), o incluso, como algunos contemporáneos sospecharon, una

revelación final de que Bruto era, de hecho, el hijo natural de la víctima y que aquello no era un simple asesinato sino un parricidio. La famosa frase latina «*¿Et tu, Brute?*» («¿Tú también, Bruto?») es un invento de Shakespeare.

Los senadores que contemplaron la escena pusieron pies en polvorosa; si Cicerón estaba allí, no fue más valiente que los demás. No obstante, cualquier huida precipitada se vio interceptada por una multitud de miles de personas que en aquel momento salían del teatro de Pompeyo que estaba al lado, tras asistir a un espectáculo de gladiadores. Cuando se enteraron de lo que había ocurrido, también quisieron refugiarse en la seguridad de sus casas lo más rápido posible, a pesar de los intentos de Bruto clamando tranquilidad y diciendo que no tenían de qué preocuparse, que era una buena noticia, no mala. La confusión empeoró aún más cuando Marco Emilio Lépido, uno de los colegas más íntimos de César, abandonó el foro para reunir a algunos soldados acantonados justo fuera de la ciudad, casi chocando con un grupo de asesinos que venían del otro lado para anunciar su victoriosa hazaña, seguidos de cerca por tres esclavos que transportaban por turnos el cuerpo de César en una litera a su casa. Era una tarea complicada para solo tres personas y, según informes, los brazos heridos del dictador colgaban de forma estremecedora a ambos lados.

Aquella noche Cicerón se reunió con Bruto y sus compinches «Libertadores» en la colina Capitolina, donde se habían instalado. Él no había formado parte del complot, pero algunos decían que Bruto había gritado el nombre de Cicerón mientras hundía su cuchillo en el cuerpo de César. En cualquier caso, como ilustre estadista, es probable que resultara conveniente reclutarlo en calidad de representante después de los hechos. El consejo de Cicerón fue claro: tenían que convocar inmediatamente una reunión del

Senado en el Capitolino. Pero vacilaron y dejaron la iniciativa en manos de los partidarios de César, que enseguida sacaron partido del ánimo popular, que evidentemente no estaba a favor de los asesinos, a pesar de las fantasías posteriores de Cicerón de que la mayoría de los romanos al final pensaban que el tirano tenía que desaparecer. La gran mayoría prefería las reformas de César —el apoyo a los pobres, los asentamientos en ultramar y las ocasionales distribuciones de efectivo— a las altisonantes ideas de libertad, que no redundarían más que en una coartada para los intereses de la élite y la continuada explotación de las clases más desfavorecidas, como bien pudieron comprobar los que se vieron afectados en primera línea por las exacciones de Bruto en Chipre.

Pocos días después, Marco Antonio escenificó un deslumbrante funeral para César, en el que se colgó un modelo de cera sobre el cadáver para que el público pudiera ver todas las heridas que había recibido y dónde. Estalló un disturbio que terminó con la cremación espontánea del cuerpo en el foro, cuya hoguera fue alimentada en parte por los bancos de madera que había en los tribunales cercanos, en parte por las ropas que los músicos se arrancaron y arrojaron a las llamas, y en parte por las joyas y las togas de sus hijos que las mujeres amontonaron encima.

No hubo represalias, por lo menos al principio. Bruto y Casio pensaron que era más seguro abandonar la ciudad después de las manifestaciones acontecidas en el funeral, pero no fueron privados de sus cargos políticos (ambos eran pretores). A Bruto, como pretor, se le permitió incluso patrocinar una fiesta *in absentia*, pero los cesarianos enseguida sustituyeron la obra que había previsto representar —sobre el primer Bruto y la expulsión de los Tarquinos— por otra sobre un tema menos actual de la mitología griega.

Siguiendo una propuesta de Cicerón, el Senado había aceptado ratificar todas las decisiones de César a cambio de la amnistía para los asesinos. Puede que fuera una tregua frágil, pero evitó una escalada de violencia.

Todo cambió cuando el heredero nombrado por César llegó a Roma en abril del año 44 a. C. desde el otro lado del Adriático, donde había estado ocupado en los preparativos de una invasión de Partia. A pesar de los rumores y alegaciones, y del estatus del muchacho al que Cleopatra había puesto el apropiado nombre de Cesarión, César no había reconocido a ningún hijo legítimo. Por lo tanto, había dado el insólito paso de adoptar a su sobrino nieto en su testamento, convirtiéndolo en hijo suyo y beneficiario principal de su fortuna. Cayo Octavio tenía entonces tan solo dieciocho años, pero pronto empezó a capitalizar el nombre famoso que iba incluido en su adopción poniéndose Cayo Julio César, aunque para sus enemigos, y para la mayoría de los escritores modernos para evitar confusiones, era Octavianus, u Octaviano (es decir, el «ex Octavio»). Él nunca usó este nombre. La razón por la que César favoreció a este joven será siempre un misterio, pero Octaviano sin duda tenía interés en asegurarse de que los asesinos del hombre que era ahora oficialmente su padre no se fuesen de rositas, y en que ninguno de sus muchos posibles adversarios, sobre todo, Marco Antonio, ocupase el puesto del difunto dictador. César era el pasaporte de Octaviano hacia el poder, y después de que un complaciente Senado decidiera formalmente en enero del año 42 a. C. que César se había convertido en un dios, Octaviano no tardó en alardear a bombo y platillo de su nuevo título y estatus: «hijo de un dios». El resultado fue más de una década de guerra civil.

Octaviano —o Augusto, como se le conocía oficialmente

después del año 27 a. C. (un título inventado que significaba algo parecido a «El Reverenciado») — dominó la vida política romana durante más de cincuenta años, hasta su muerte en 14 d. C. Superó con creces los precedentes establecidos por Pompeyo y César, y fue el primer emperador romano que resistió hasta el final y el gobernante que más tiempo estuvo en el poder en toda la historia de Roma, aventajando incluso a los míticos Numa y Servio Tulio. En calidad de Augusto, transformó las estructuras de la política romana y del ejército, el gobierno del imperio, el aspecto de la ciudad de Roma y el sentido subyacente de lo que significaban el poder, la cultura y la identidad romanos.

Durante el proceso de la toma y ejercicio del poder, Augusto también se transformó a sí mismo: mediante una asombrosa metamorfosis pasó de insurgente y brutal señor de la guerra a estadista responsable, marcado por su astuto cambio de nombre. Sus primeras hazañas como Octaviano fueron una mezcla de sadismo, escándalo e ilegalidad. Se abrió camino en la política romana en el año 44 a. C., utilizando un ejército privado y tácticas que no estaban muy alejadas del golpe de Estado. Continuó su trayectoria haciéndose responsable de una horrible matanza según el modelo de las proscripciones de Sila y, si hay que creer en la tradición romana, manchándose, literalmente, las manos de sangre. Un escabroso relato asegura que él en persona le sacó los ojos a un alto funcionario del que sospechaba que conspiraba contra él. Solo un poco menos traumática para la sensibilidad romana era la historia que contaba que se había hecho pasar alegremente por el dios Apolo en un espléndido banquete y fiesta de disfraces, celebrados mientras el resto de la población estaba al borde de la inanición a causa de las privaciones provocadas por la guerra civil. Una cuestión que muchos observadores romanos se plantearon fue la de cómo

pudo dejar atrás todo aquello para convertirse en el padre fundador de un nuevo régimen y, a los ojos de muchos, en el emperador modélico y el referente con el que a menudo se juzgaba a sus sucesores. Desde entonces, los historiadores, desconcertados, han discrepado sobre su transformación radical y la naturaleza del régimen que creó y sobre la base que sustentó su poder y autoridad. ¿Cómo lo hizo?

EL ROSTRO DE LA GUERRA CIVIL

A finales del año 43 a. C., en poco más de dieciocho meses después de la llegada de Octaviano a Italia, la política de Roma había experimentado un vuelco. A Bruto y a Casio les habían asignado provincias en Oriente y habían abandonado Italia. Octaviano y Marco Antonio se habían enfrentado en una serie de combates militares en el norte de Italia para después reconciliarse de nuevo formando con Lépido un «triumvirato para establecer un gobierno». Fue un acuerdo formal de cinco años que daba a cada uno de los tres hombres (*triumviri*) un poder igual al de los cónsules, la elección de las provincias que quisieran y el control sobre las elecciones. Roma estaba controlada por una junta militar.

Y Cicerón estaba muerto. Había cometido el error de denunciar con demasiada contundencia a Marco Antonio, y en la siguiente ronda de asesinatos en masa que fue la mayor hazaña del triumvirato, su nombre figuraba entre el de otros cientos de senadores y caballeros en las temidas listas. En diciembre del año 43 a. C. le enviaron un escuadrón especial de asalto, que le cortó la cabeza cuando se alejaba en litera de una de sus propiedades en el campo en un inútil intento por esconderse (inútil en parte porque uno de los ex esclavos de la familia había informado de su paradero). Fue otra apoteosis simbólica de la República romana, que se debatió durante siglos. De hecho, los últimos momentos de Cicerón

se reprodujeron una y otra vez en las escuelas de oratoria de Roma, donde la cuestión de si debería haber suplicado clemencia a Marco Antonio o (todavía más complicado) haberse ofrecido a destruir todos sus escritos a cambio de su vida era el tema de debate favorito del programa. En realidad, la secuela fue mucho más sórdida. Su cabeza y mano derecha se enviaron a Roma y se clavaron en la *rostra* del foro. Fulvia, la esposa de Marco Antonio, que antes había estado casada con Clodio, el otro gran enemigo de Cicerón, acudió a contemplar el trofeo. La historia cuenta que, para su regodeo, cogió la cabeza, escupió en ella y estiró la lengua y la agujereó una y otra vez con los alfileres que llevaba en el pelo.

Ahora, aquellas frágiles treguas se olvidaron. En octubre de 42 a. C., las fuerzas del triunvirato unidas derrotaron a Bruto y a Casio cerca de la ciudad de Filipos en el norte de Grecia (donde transcurre parte del *Julio César* de Shakespeare), y a continuación los victoriosos aliados se enfrentaron aún más sistemáticamente si cabe unos contra otros. En efecto, cuando Octaviano regresó a Italia procedente de Filipos para supervisar un programa masivo de confiscación de tierras, destinado a proporcionar lotes de asentamiento a miles de soldados retirados peligrosamente insatisfechos, tuvo que hacer frente a la oposición armada de Fulvia y del hermano de Marco Antonio, Lucio Antonio. Habían abrazado la causa de los terratenientes que habían sido desposeídos e incluso habían conseguido el control de la ciudad de Roma, aunque por poco tiempo. Octaviano no tardó en asediarlos en la ciudad de Perugia (la moderna Perugia). El hambre forzó su rendición a comienzos del año 40 a. C., pero ya se había preparado el escenario para una guerra que duraría más de una década, trufada de breves treguas, entre los diferentes bandos que aseguraban

representar el legado de César.

A menudo es difícil encontrarle un sentido coherente a las inconstantes coaliciones y a los objetivos cambiantes de los principales actores de los diferentes asaltos de este conflicto. Solo cabe conjeturar qué combinación de indecisión, realineación política e interés propio propició el cambio de bando dos veces en pocos meses del que fuera yerno de Cicerón, Dolabela, antes de tomar un mando contra los Libertadores en Oriente, engañando, torturando y ejecutando de camino al desgraciado gobernador de Asia, para encontrar la propia muerte en 43 a. C. mientras se enfrentaba sin éxito a Casio en Siria. «¿Habrá alguna vez alguien capaz de poner todo esto por escrito de manera que parezcan hechos, y no ficción?», preguntaba un autor romano posterior, esperando escuchar con claridad un «no» por respuesta. No obstante, por más confusos que sean los papeles de muchos de los personajes principales, este conflicto ofrece más evidencias que cualquier otro anterior en la historia de Roma sobre lo que este tipo de guerra significó para el resto de la población de Italia, soldados y civiles; incluyendo las voces reales o dramatizadas de algunas de las víctimas inocentes.

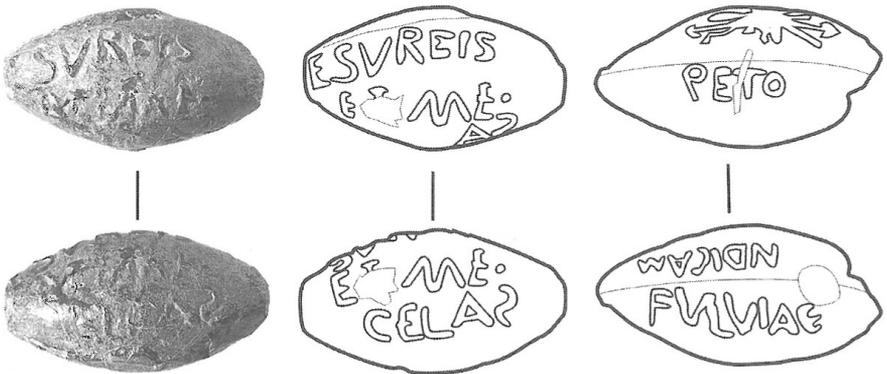
Los campesinos pobres que perdieron sus tierras en las confiscaciones del triunvirato son el foco de atención de la primera obra importante del poeta Virgilio, las *Églogas* («Selecciones»). Aunque después fuera uno de los «poetas laureados» del régimen augústeo, a finales de la década de los años 40 a. C. y a comienzos de la de los 30 a. C. centró su atención en los efectos secundarios de la guerra civil en las antaño idílicas e inocentes vidas de los pastores y vaqueros de la Italia rural, con la poderosa y a veces amenazadora figura de Octaviano al fondo. Mientras cantan sobre la vida y el amor en su mundo pastoril, algunos de sus

personajes rústicos resultan ser víctimas agraviadas por la expropiación. «Algún soldado impío e ingrato se apoderará de mis campos sembrados con esmero —se lamenta uno—. Mira adónde nos ha llevado la contienda civil a los pobres ciudadanos.»



57. Fragmento del epitafio de la esposa leal. Por desgracia, los nombres de la pareja en cuestión se han perdido, pero no hay duda de que él fue un importante senador. La inscripción «XORIS» de la primera línea es cuanto queda de «UXORIS», «esposa». En esta sección se narra la ayuda de la esposa durante la huida del marido; la segunda línea, por ejemplo, hace referencia al AURUM MARGARITAQUE («el oro y las perlas») que ella envió para proporcionarle fondos.

Fragmento de la «Laudatio Turiae», siglo I a. C., Museo Nazionale Romano, Terme di Diocleziano. Foto cortesía de Soprintendenza Speciale per i Beni Archeologici di Roma



58. Pequeñas balas de plomo, de pocos centímetros de largo, que mataban y al mismo tiempo lanzaban mensajes al enemigo. «*Esureis et me celas*» («Estás hambriento y haces ver que no») ha dado pie a otras traducciones, entre ellas algunas explícitamente eróticas («Tienes hambre de mí...»). A la derecha, el primer ejemplo conocido de *landica*, aquí boca abajo.

Balas de plomo de Perugia, siglo I a. C., Museo Archeologico Nazionale dell'Umbria. Según L. Benedetti, *Glandes Perusinae: revision e aggiornamento* (Quasar, 2012)

Otros autores se concentraron en el lado humano de las proscipciones y escribieron una serie de historias sobre astutos escondrijos, penosos suicidios y la valiente lealtad o cruel traición de amigos, familia y esclavos. Una esposa ingeniosa salvó a su marido envolviéndolo en una bolsa de lavandería; otra empujó al suyo a la cloaca, donde el asqueroso olor disuadió a los asesinos en potencia. Al parecer, dos hermanos se refugiaron en un horno enorme hasta que sus esclavos los descubrieron y mataron a uno al instante (hemos de suponer que en venganza por su crueldad), mientras que el otro escapó, solo para que su salto mortal al Tíber fuera desbaratado por un amable pescador que confundió el salto con una caída accidental y lo arrastró fuera del agua. Sin duda, en estos relatos literarios hay un cierto embellecimiento y heroísmo añadidos. No obstante, no son tan distintos de la descripción de la conducta de una esposa leal, tal como aparece inscrita en su epitafio. En él se explica que acudió en persona a Lépido a suplicar por la vida de su esposo y salió, tras haber sido tratada con dureza, «llena de moratones, como si fuera una esclava», tal como reza el texto. Indicativo este no solo del coraje de la mujer sino también de la conexión casi automática entre esclavitud y castigo corporal.

Hay asimismo indicios de lo que debieron pensar los soldados rasos. En la moderna ciudad de Perugia y en sus alrededores, se han desenterrado docenas de pequeñas balas

de honda, mortíferos proyectiles de plomo con inscripciones: «Estás hambriento y haces ver que no», reza un mensaje lanzado a la ciudad, donde el hambre conducía finalmente a la rendición. Otras llevan mensajes descarnadamente obscenos que aluden a partes previsibles de la anatomía de sus diferentes objetivos, masculinos y femeninos: «Lucio Antonio, pelón, y tú también Fulvia, abre el culo»; «Voy a por el culo de la señora Octavio»; o «Voy a por el clítoris de Fulvia» (*landica*, es el primer uso documentado de este término en latín). La inquietante superposición de violencia militar y sexual, sumada a la habitual pulla romana relativa a la calvicie, es bastante típica de las obscenidades halladas en la primera línea de frente de los legionarios: una parte de fanfarronería, una parte de agresividad, una parte de misoginia y una parte de temor mal disimulado.

Lucio Antonio y Fulvia admitieron la derrota a comienzos de 40 a. C. Resulta dudoso que ella compartiera el mando militar, puesto que una de las formas más fáciles de atacar a Lucio por parte del otro bando, como después hicieron con su hermano, era pretender que había estado compartiendo el mando con una simple mujer. En cualquier caso, Fulvia regresó con su marido Marco Antonio a Grecia y al poco tiempo murió. Durante una temporada, el triunvirato se recompuso y, como compromiso para el futuro, el viudo Marco Antonio se casó con Octavia, la hermana de Octaviano. Sin embargo, fue una promesa vacía, porque en aquellas fechas Marco Antonio ya estaba con la pareja que acabaría por definirle: estaba ya más o menos viviendo con la reina Cleopatra de Egipto, y ella acababa de dar a luz a sus dos gemelos. De todas formas, la coalición de tres pronto quedaría reducida a dos, cuando Lépido, que siempre había sido un protagonista secundario, fue excluido

en el año 36 a. C. Cuando en 31 a. C. llegó la confrontación final, no había duda de qué era lo que estaba en juego. ¿Quién iba a gobernar el mundo romano? ¿Iba a ser Octaviano o Marco Antonio, con Cleopatra a su lado?

Cleopatra estaba en Roma cuando asesinaron a César, alojada en una de las villas del dictador en las afueras de la ciudad. Aquello era lo mejor que le pudo proporcionar el dinero romano, aunque sin duda nada parecido al lujoso entorno de su hogar en Alejandría. Después de los idus de marzo de 44 a. C., hizo rápidamente las maletas y regresó a casa («La marcha de la reina no me preocupa», escribió Cicerón a Ático con un transparente eufemismo). No obstante, siguió metiendo mano en la política romana por razones urgentes y obvias: seguía necesitando apoyo exterior para apuntalar su posición como gobernante de Egipto, y tenía mucho efectivo y otros recursos para ofrecer a quien estuviera dispuesto a apoyarla. Primero se enamoró de Dolabela, el que una vez fuera yerno de Cicerón, pero tras su muerte se decantó por Marco Antonio. La relación entre ambos se ha descrito siempre desde el punto de vista erótico, unas veces como una desesperada pasión por parte de Marco Antonio y otras como una de las más grandes historias de amor de la historia de Occidente. Puede que la pasión fuera un elemento presente, pero su relación se sustentaba en algo más prosaico: en las necesidades militares, políticas y económicas.

En el año 40 a. C. Octaviano y Marco Antonio se habían repartido el Mediterráneo entre los dos, dejando solo una pequeña porción para Lépido. Por consiguiente, durante gran parte de la década de los años 30 a. C., Octaviano operó en Occidente, ocupándose de los enemigos romanos dispersos que aún le quedaban —entre ellos el hijo de Pompeyo Magno, el principal vínculo existente de las

guerras civiles de comienzos de la década de los años 40 a. C.— y conquistando nuevos territorios al otro lado del Adriático. Entretanto, en Oriente, Marco Antonio organizó campañas militares de mayor envergadura, contra Partia y Armenia, pero con éxito variable, a pesar de los recursos de Cleopatra.

Las noticias que llegaban a Roma exageraban el lujo en el que vivía la pareja en Alejandría. Circulaban historias fantásticas sobre sus decadentes banquetes y su famosa apuesta para ver quién era capaz de montar la cena más cara de todas. Un relato romano profundamente reprobatorio informa de que ganó Cleopatra, que organizó un festín por valor de diez millones de sestercios (casi lo que costaba la casa más lujosa de Cicerón), incluyendo el coste de una fabulosa perla que —en un acto de absoluta ostentación y soberbia sin sentido— disolvió en vinagre y se la bebió. Los tradicionalistas romanos estaban también preocupados ante la impresión de que Marco Antonio empezaba a tratar Alejandría como si fuera Roma, hasta el punto de celebrar allí la ceremonia de triunfo típicamente romana tras algunas victorias menores en Armenia. Un antiguo escritor plasmó las objeciones diciendo: «En beneficio de Cleopatra concedió a los egipcios las ceremonias honorables y solemnes de su propia tierra».

Octaviano se aprovechó de estos temores en una teatral intervención en el año 32 a. C. Marco Antonio se había divorciado de Octavia hacía un año y Octaviano respondió apoderándose del testamento de aquel y leyendo en voz alta en el Senado una selección de fragmentos incriminatorios. Estos revelaron que Marco Antonio reconocía al joven Cesarión como hijo de Julio César, que planeaba dejar ingentes cantidades de dinero a los hijos que había tenido con Cleopatra y que quería ser enterrado junto a Cleopatra

en Alejandría, incluso si moría en Roma. Los rumores que corrían por las calles romanas eran que a largo plazo tenía planeado abandonar la ciudad de Rómulo y trasladar la capital entera a Egipto.

En este contexto y situación estalló la guerra abierta. Al inicio del conflicto en el año 31 a. C., es posible que la abundancia de dinero contribuyera a decantar la victoria del lado de Marco Antonio: tenía muchas más tropas y más dinero en efectivo a su disposición. No obstante, Marco Antonio y Cleopatra perdieron la primera batalla naval, cerca de Accio (el nombre latino Actium significa «promontorio») en el norte de Grecia, y ya nunca recuperaron la iniciativa. Uno de los enfrentamientos militares más decisivos del mundo, que puso punto final a la República romana, la batalla de Accio, en septiembre de 31 a. C., fue un asunto más bien discreto y ligeramente chapucero, aunque quizá los enfrentamientos militares más decisivos suelen ser más discretos y chapuceros de lo que tendemos a imaginar. La fácil victoria de Octaviano fue debida a su segundo al mando, Marco Agripa, que consiguió cortar los suministros de su adversario; a un puñado de desertores bien informados que desvelaron los planes del enemigo; y a los propios Marco Antonio y Cleopatra, que sencillamente desaparecieron. En cuanto pareció que las fuerzas de Octaviano se hacían con el control y tomaban la delantera, ambos se batieron en una apresurada retirada desde Grecia rumbo a Egipto con un pequeño destacamento de barcos, abandonando al resto de sus soldados y marinos, que comprensiblemente no se molestaron en seguir combatiendo durante más tiempo.

Al año siguiente, Octaviano zarpó hacia Alejandría para terminar el trabajo. Marco Antonio, en un acto que a menudo ha sido relatado como una especie de farsa trágica,

se apuñaló a sí mismo pensando que Cleopatra ya estaba muerta, aunque vivió lo suficiente para descubrir que no era cierto. Aproximadamente una semana más tarde también ella se suicidó mediante la mordedura de una serpiente que, camuflada en un cesto de frutas, fue introducida en sus dependencias. Según la versión oficial, el motivo fue privar a Octaviano de su presencia en su procesión triunfal: «No pasearé derrotada en ningún triunfo», se supone que repitió una y otra vez. No obstante, puede que no sea tan sencillo, o tan shakesperiano, como esto. El suicidio mediante mordisco de serpiente es una hazaña difícil de lograr, y en cualquier caso, las serpientes mortíferas más fiables serían demasiado grandes para esconderlas incluso en un gran cesto de frutas. A pesar de que Octaviano se lamentó públicamente de que había perdido el ejemplar más preciado para su triunfo, en privado debió de pensar que la reina le resultaba menos problemática muerta que viva. Como poco, pudo haberle facilitado la muerte, tal como sospechan algunos historiadores modernos. Con Cesarión, dada su supuesta paternidad, no desaprovechó la oportunidad. Tenía dieciséis años cuando fue eliminado.

En el triunfo de Octaviano celebrado en el verano del año 29 a. C. se exhibió una réplica a tamaño natural de la reina en el momento de su muerte, que, incluso de este modo, acaparó la atención de la muchedumbre. Un historiador posterior escribió: «Fue como si estuviera allí con los demás prisioneros». La procesión fue un espectáculo minuciosamente coreografiado que se prolongó durante tres días, presumiblemente para celebrar las victorias de Octaviano al otro lado del Adriático, en el Ilírico, y contra Cleopatra en Accio y en Egipto. No hubo mención explícita de Marco Antonio ni de ningún otro enemigo de las guerras civiles, ni tampoco se pasaron las sangrientas imágenes de

la muerte de romanos que Julio César imprudentemente había desplegado en sus celebraciones quince años antes. Sin embargo, no podía haber ninguna duda acerca de quién había sido en realidad derrotado, ni de cuáles serían las consecuencias del éxito de Octaviano. Aquello fue un ritual de coronación tanto como un desfile de la victoria.

PERDEDORES Y VENCEDORES

En el relato de la guerra entre Octaviano y Marco Antonio hay más de lo que se ve a simple vista. Lo que se conserva es la versión oficial y de autojustificación escrita por los vencedores, Octaviano y sus amigos. No obstante, la viabilidad del suicidio por mordedura de serpiente es solo un aspecto de la historia de este período que debería levantar sospechas. También habría que poner un interrogante sobre el nivel de extravagancia e inmoralidad del estilo de vida de Cleopatra y Marco Antonio, y sobre su comportamiento antirromano. Los relatos que nos han llegado no son una completa invención. Una de las fuentes de la biografía de Marco Antonio escrita por Plutarco ciento cincuenta años después de la muerte de aquel y repleta de algunas de las más escabrosas anécdotas de su vida de lujo, fue un descendiente de un hombre que trabajó en las cocinas de Cleopatra; y es posible que conservase una visión del estilo culinario de su corte desde el nivel más bajo de la escala. Sin embargo, es más que evidente que, tanto entonces como aún más si cabe retrospectivamente, Augusto (como pronto se le conocería) le sacó partido a la idea de un enfrentamiento entre sus arraigadas tradiciones romanas occidentales y el exceso «oriental» que representaban Marco Antonio y Cleopatra. En la guerra de las palabras, y en posteriores justificaciones del acceso al poder de Augusto, se convirtió en una lucha entre las virtudes de Roma y los peligros y

decadencia de Oriente.

El lujo de la corte de Cleopatra se exageró sobremanera, y ciertos acontecimientos relativamente inocentes en Alejandría se retorcieron hasta ser irreconocibles. Por ejemplo, a pesar de que Marco Antonio decidiera celebrar su victoria sobre los armenios en Alejandría, no hay testimonio alguno salvo las críticas romanas que indique que aquello se pareciese en absoluto a un triunfo romano (las escasas descripciones que se conservan sugieren que se trató más bien de algún ritual del dios Dionisio). Y las citas incriminatorias del testamento de Marco Antonio debieron de ser sin duda una selección perjudicial, si no una descarada invención.

La batalla de Accio también desempeñó un papel clave en posteriores representaciones. Se la hizo pasar por un enfrentamiento mucho más impresionante de lo que en realidad fue y se engrandeció para convertirla en el momento fundacional del régimen augústeo, cuyo comienzo todavía se sitúa en el año 31 a. C. Un historiador posterior llegó incluso al extremo de sugerir que «el 2 de septiembre», la fecha exacta del combate, es una de las pocas fechas romanas que merecen recordarse. Se construyó una nueva ciudad llamada Nicópolis («Ciudad de la Victoria») cerca del lugar de la batalla y un inmenso monumento mirando al mar, decorado con los espolones de los barcos apresados y un friso que reproducía la procesión triunfal de 29 a. C. Roma se llenó también de recordatorios de aquel acontecimiento, desde esculturas monumentales hasta hermosos camafeos (véase lámina 19), y muchos soldados corrientes que habían luchado en el bando vencedor se impusieron a sí mismos con orgullo el nombre añadido de Acciaco, u «hombre de Accio». Es más, en la imaginación de los romanos la batalla se convirtió casi instantáneamente en un choque entre las

tropas romanas sólidas y disciplinadas y las salvajes hordas orientales. A pesar de que Marco Antonio tuviera el apoyo a ultranza de varios cientos de senadores, se puso todo el acento en la chusma exótica, con «su riqueza bárbara y sus extrañas armas», como lo expresó Virgilio, y en Cleopatra que daba órdenes sacudiendo el sistro egipcio.

Cleopatra fue un elemento crucial en todo este escenario. Igual que Fulvia, es discutible si en realidad desempeñó o no el papel protagonista en el mando militar, como aseguraron los escritores antiguos. Pero fue un blanco útil. Al centrar la atención en ella más que en Marco Antonio, Octaviano pudo presentar la guerra como un conflicto contra un enemigo extranjero y no contra los propios romanos, dirigido por una comandante no solo peligrosa, regia y seductora, sino también antinatural, desde el punto de vista romano, por asumir responsabilidades masculinas de guerra y mando. Marco Antonio parecía ser incluso una víctima, seducido y desviado del recto camino del deber romano por una reina extranjera. En la *Eneida*, escrita pocos años después de la victoria de Octaviano, encontramos algo más que un leve eco de Cleopatra cuando Virgilio imagina a la reina Dido «ardiendo de amor» en su reino africano de Cartago y tratando de seducir a Eneas para apartarlo de su destino de fundador de Roma.



59. Fragmento del recién descubierto monumento a la victoria en el emplazamiento de la batalla de Accio que muestra la cuadriga triunfal de Octaviano en la procesión de 29 a. C. Dos niños, que aparecen bajo el brazo de Octaviano, comparten el desfile. Es muy probable que se trate de su hija Julia y Druso, hijo de su esposa, Livia, de un matrimonio anterior, o quizá de los hijos de Cleopatra y Marco Antonio.

Escena triunfal del Monumento de Accio, siglo I a. C., Nicópolis. Según K. Zachos et al., *Nikopolis: Revealing the city of Augustus' Victory* (FCMPA, 2008)



60. Lápida de Marco Bilieno que sirvió en la undécima legión («*legione XI*») en la batalla de Accio y adoptó el nombre de Acciaco («Hombre de Accio») para conmemorar su participación en la victoria. A pesar de que se ha perdido un trozo de la parte inferior de la piedra, lo que se ha conservado, combinado con el lugar del hallazgo, indica que terminó siendo concejal (*decurio*) en un asentamiento de veteranos en el norte de Italia.

Lápida de Marco Bilieno, siglo I a. C., Museo Civico di Vicenza, dibujado por J. Callan. Según L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (Routledge, 2002), p.

114

¿Es posible, pues, reconstruir una versión alternativa de la historia? En detalle, no. El problema es que en este caso la perspectiva del vencedor es tan dominante que es más fácil sospechar del relato oficial que sustituirlo. Sin embargo, hay algunos indicios que apuntan a diferentes perspectivas. No es difícil imaginar cuál habría sido la imagen de Octaviano si Marco Antonio hubiera ganado en Accio: un

sádico matón con una peligrosa tendencia al autoengrandecimiento. De hecho, algunas de las peores anécdotas sobre su juventud se remontan a la propaganda negativa de Marco Antonio, entre ellas la historia del banquete de disfraces en el que Octaviano suplantó al dios Apolo; su biógrafo Cayo Suetonio Tranquilo (a partir de ahora solo «Suetonio») declara explícitamente que esta combinación de sacrilegio y extravagancia fue una de las acusaciones que le lanzó Marco Antonio.

Algunas personas de la época eran lo bastante fatalistas, o realistas, como para pensar que venciese quien venciese no habría demasiada diferencia. Una curiosa anécdota sobre unos cuervos parlantes resume de forma divertida esta idea. Octaviano, cuenta la historia, regresaba a Roma tras la batalla de Accio cuando se encontró a un hombre corriente que había enseñado a su cuervo mascota a decir: «Salve, César, nuestro comandante victorioso». Quedó tan impresionado con el truco que le dio al hombre una cuantiosa recompensa en efectivo. No obstante, resultó que el adiestrador tenía un socio al que no había entregado su parte de dinero y para hacerse valer se dirigió a Octaviano y le sugirió que le pidiera al hombre que hiciese hablar a su otro cuervo. El par de oportunistas se habían estado asegurando la jugada prudentemente. Cuando sacó al segundo cuervo, este graznó: «Salve, Marco Antonio, nuestro victorioso comandante». Por suerte, Octaviano vio el lado divertido y simplemente insistió en que el hombre compartiese la recompensa con su socio.

Parte del propósito de esta historia era mostrar el toque humano de Octaviano y su generosa actitud hacia aquel par de inofensivos embaucadores. Pero también había un mensaje político. La pareja de pájaros idénticos, con sus eslóganes casi idénticos, tenía por objeto señalar que había

mucho menos para elegir entre Octaviano y su rival que lo que sugiere la habitual historia partidista. La victoria de uno en lugar de la del otro no requería más ajustes que el de intercambiar un pájaro parlante por otro.

EL ENIGMA DE AUGUSTO

Es imposible siquiera adivinar cómo habría gobernado Marco Antonio el mundo romano si hubiera tenido la oportunidad. No obstante, había pocas dudas de que quienquiera que saliese victorioso tras las largas guerras civiles, el resultado no sería un retorno al tradicional modelo de poder compartido de Roma sino alguna forma de autocracia. En el año 43 a. C. incluso Bruto el Libertador estaba acuñando monedas con su propia efigie, indicativo claro de la dirección en la que se movía (Fig. 48). No estaba tan clara la forma de gobierno de un solo hombre que adoptaría ni cómo podría hacer que triunfase. No cabe duda de que Octaviano no regresó de Egipto a Italia con un plan autocrático maestro listo para ser aplicado. No obstante, a través de una larga serie de experimentos prácticos, improvisaciones, falsos comienzos, unos pocos fracasos y, muy pronto, un nuevo nombre con el propósito de relegar las asociaciones sangrientas de «Octaviano» al pasado, finalmente concibió un patrón de cómo ser un emperador romano que se prolongó con la mayoría de los detalles más significativos durante los doscientos años siguientes aproximadamente, y a grandes rasgos mucho más. Algunas de sus innovaciones todavía se dan por sentadas como parte integrante de nuestros mecanismos de poder político.

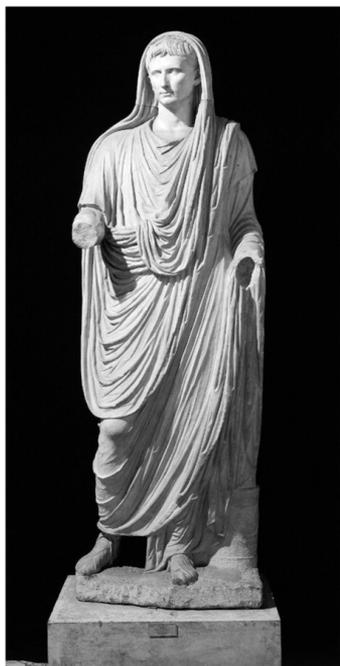
Sin embargo, para el padre fundador de todos los emperadores romanos siempre fue difícil consolidarlo. De hecho, el nombre de «Augusto», que adoptó inmediatamente después de su regreso de Egipto (y que

utilizaré a partir de ahora), plasma perfectamente lo resbaladizo del término. Es una palabra que evocaba ideas de autoridad (*auctoritas*) y correcta observancia religiosa, con ecos del título de uno de los principales grupos de sacerdotes romanos, llamado los *augures*. Sonaba impresionante y no tenía ninguna de las desafortunadas asociaciones fraticidas o regias de «Rómulo», otro posible nombre que según dicen rechazó. Nadie antes se había llamado así, aunque en ocasiones se había utilizado como adjetivo altisonante con un significado similar al de «sagrado». Todos los emperadores posteriores adoptaron «Augusto» como parte de su titulación, pero la verdad es que en realidad no *significaba* nada. «El Reverenciado» capta más o menos el sentido.

Incluso en el momento de su funeral, la gente seguía debatiendo en qué se había basado exactamente el régimen de Augusto. ¿Era una versión moderada de autocracia, basada en el respeto por el ciudadano, el imperio de la ley y el mecenazgo de las artes? ¿O no estaba muy alejado de la tiranía manchada de sangre, bajo un líder cruel que no había cambiado demasiado desde los años de guerra civil y con una serie de víctimas prominentes ejecutadas bien por conspirar contra él o por acostarse con su hija Julia?

Tanto si el pueblo lo quería o lo odiaba, en muchos aspectos fue un revolucionario desconcertante y contradictorio. Fue uno de los innovadores más radicales que jamás conoció Roma. Ejerció tanta influencia en las elecciones que el proceso democrático popular quedó destruido: el enorme edificio nuevo construido en 26 a. C. para albergar a las asambleas se utilizó con más frecuencia para espectáculos de gladiadores que para votaciones, y una de las primeras decisiones de su sucesor fue la de trasladar lo que quedaba de las elecciones al Senado, dejando al pueblo

completamente al margen. Controlaba el ejército romano contratando y despidiendo a los comandantes de las legiones y erigiéndose en gobernador general de todas las provincias en las que hubiera presencia militar. Intentó controlar excesivamente la conducta de los ciudadanos de forma nueva e intrusiva, regulando desde la vida sexual de las clases altas, a las que se les podían aplicar sanciones políticas si no tenían suficientes hijos, hasta estipular el atuendo que habían de llevar en el foro: solo togas, ni túnicas, ni pantalones, ni bonitas capas de abrigo. Y, algo nunca visto antes, dirigió los mecanismos tradicionales de patrocinio literario hacia una campaña concertada y patrocinada desde la centralidad. Cicerón había buscado con desesperación algún poeta que celebrase sus distintos éxitos. Augusto, a todos los efectos, tenía escritores de la talla de Virgilio y Horacio en su nómina, y las obras que creaban ofrecen una imagen memorable y elocuente de una nueva edad de oro para Roma y su imperio, con Augusto en primer plano. «Les concedí un imperio sin fin» (*imperium sine fine*), profetiza Júpiter para los romanos en la *Eneida* de Virgilio, la épica nacional, un clásico instantáneo que fue a parar directamente al programa escolar de la Roma augústea. Todavía sigue presente (por poco) en la programación moderna occidental dos mil años después.



61. Dos imágenes diferentes de Augusto. A la izquierda, aparece en su papel de sacerdote, con la toga cubriéndole la cabeza, como era habitual cuando se ofrecía un sacrificio. A la derecha, se muestra como un guerrero heroico y semidivino. A sus pies aparece una pequeña imagen de Cupido, recordando a los que contemplaban la estatua que el emperador descendía, a través de Eneas, de la propia diosa Venus.

Izquierda, «Augusto de via Labicana», Museo Nazionale Romano, Palazzo Massimo alle Terme. Foto © DEA / A. Dagli Orti / De Agostini / Getty Images: Derecha, «Augusto de Prima Porta», Musei Vaticani. Foto © Erin Babnik / Alamy

No obstante, parece que Augusto no abolió nada. La clase dirigente siguió siendo la misma (no fue ninguna revolución en el sentido estricto de la palabra), los privilegios del Senado no se eliminaron, sino que mejoraron en muchos aspectos, y los viejos cargos estatales, consulados, pretores y demás, continuaron siendo puestos codiciados y ocupados. Gran parte de la legislación que normalmente se atribuye a Augusto fue formalmente introducida, o por lo menos liderada, por los funcionarios de siempre. Corría la broma típica de que los dos cónsules que propusieron «sus» leyes

(de Augusto) promocionando el matrimonio eran ambos solteros. La mayoría de sus poderes formales fueron votados a su favor oficialmente por el Senado y depositados casi en su totalidad siguiendo el formato republicano tradicional. La única excepción importante fue su continuado uso del título de «hijo de un dios». No vivió en un gran palacio, sino en la clase de casa de la colina del Palatino donde uno podía encontrar a los senadores y donde a veces podía verse a su esposa Livia hilando la lana. La palabra con la que los romanos solían describir su posición era *princeps*, que significaba «primer ciudadano» más que «emperador», término que nosotros hemos elegido para designarlo, y una de sus consignas más famosas era *civilitas*: «Somos ciudadanos todos juntos».

Incluso allí donde parece más visible, Augusto resulta ser escurridizo, y este presumiblemente fue parte de su secreto. Una de sus innovaciones más importantes y duraderas fue la de inundar el mundo romano con su retrato: cabezas estampadas en las pequeñas monedas de cambio para los bolsillos de la gente, estatuas de tamaño natural o más grandes en mármol y bronce erigidas en plazas públicas y templos, miniaturas repujadas o grabadas en anillos, gemas y en vajillas de plata de comedor. Todo ello a un nivel antes desconocido. No hay ningún romano anterior del que se conozcan más de un puñado de posibles retratos, y muchos de ellos de dudosa identificación (la tentación de dar un nombre a cabezas que de lo contrario serían anónimas, o de encontrarle rostro a Cicerón y a Bruto, resulta irresistible, a pesar de la falta de evidencias). Incluso para Julio César, aparte de algunas monedas, hay tan solo un par de candidatos muy dudosos que pueden ser retratos suyos realizados en vida. En cambio, se han encontrado aproximadamente unas doscientas cincuenta estatuas, por no

mencionar las imágenes que aparecen en joyas y gemas, por todos los territorios romanos e incluso más lejos, desde la moderna España hasta Turquía y Sudán, que representan a Augusto con diferentes apariencias, desde conquistador heroico hasta devoto sacerdote.

Todas ellas presentan rasgos faciales tan similares que seguramente se enviaron modelos estándar desde Roma, en un intento coordinado por difundir la imagen del emperador a sus súbditos. Todas adoptan un estilo juvenil e idealizante que recuerda al arte clásico de la Atenas del siglo V a. C. y constituyen un evidente y acusado contraste con el exagerado «realismo» característico de los retratos de ancianos llenos de surcos y arrugas de la élite romana de principios del siglo I a. C. (Fig. 33). Todas tenían por objeto presentar a la población más alejada a su gobernante, al que nunca podrían ver en persona. Y sin embargo, casi sin lugar a dudas no se parecían en nada al Augusto real. No solo no se ajustan a una descripción escrita conservada de sus rasgos, que —fiable o no— prefiere hacer hincapié en su cabello alborotado, su mala dentadura y el calzado con plataforma que, como muchos autócratas desde entonces, utilizaba para ocultar su baja estatura. Por otro lado, todas presentan el mismo aspecto a lo largo de toda su vida, de manera que a los setenta y tantos años seguía siendo retratado como un joven perfecto. Se trataba como mucho de una imagen oficial —para decirlo de manera menos halagadora, una máscara de poder— y la diferencia entre aquella y el emperador de carne y hueso, el hombre que había detrás de la máscara, ha sido siempre, para la mayoría de la gente, imposible de salvar.

No es de extrañar que varios observadores antiguos bien informados decidieran que la clave del asunto estaba en el enigma de Augusto. Casi cuatrocientos años después, a

mediados del siglo IV d. C., el emperador Juliano escribió una astuta sátira sobre sus antepasados y se los imaginó a todos ellos acudiendo juntos a una gran fiesta con los dioses. Entran en tropel encarnando cada uno lo que por aquel entonces se había convertido ya en su particular caricatura. Julio César está tan ansioso de poder que parece capaz de destronar al rey de los dioses y anfitrión de la fiesta; Tiberio se muestra terriblemente irascible; Nerón no puede soportar que lo separen de su lira. Augusto entra como un camaleón imposible de definir, un viejo reptil taimado que cambia continuamente de color, del amarillo al rojo y al negro, ora serio y sombrío, ora haciendo gala de todos los encantos de la diosa del amor. Los invitados divinos no tienen más remedio que entregárselo a un filósofo para que lo convierta en un hombre sabio y moderado.

Los escritores antiguos dieron a entender que Augusto disfrutaba con esta clase de bromas. ¿Por qué si no eligió como diseño para el grabado de su anillo, con el que autentificaba su correspondencia —el equivalente antiguo de una firma— la imagen de la criatura del enigma más famoso de la mitología grecorromana: la esfinge? Los disidentes romanos, con los que muchos historiadores modernos coinciden, llevaron el asunto aún más lejos y acusaron al régimen augústeo de basarse en la hipocresía y la falsedad, y de abusar del lenguaje y las formas tradicionales republicanas como capa con la que envolverse y ocultar una tiranía de línea dura.

Sin duda hay algo de esto. La hipocresía es un arma común del poder. En muchas ocasiones puede que a Augusto le conviniese ser tal como Juliano lo pintó, enigmático, resbaladizo y evasivo, y decir una cosa mientras pensaba otra. No obstante, esto no podía ser todo. Tenía que haber cimientos más sólidos sobre los que basar el nuevo

régimen que una serie de enigmas, doble lenguaje y fingimientos. Pero ¿cuáles eran aquellos cimientos? ¿Cómo pudo Augusto salirse con la suya? Este es el problema.

Es casi imposible ver al régimen augústeo entre bastidores, a pesar de todas las evidencias que podamos tener. Es uno de los períodos de la historia romana mejor documentados. Hay volúmenes de poesía contemporánea, en su mayoría loas al emperador, aunque no siempre. La divertida parodia de Ovidio de cómo elegir pareja, que todavía se conserva con el título de *Ars Amatoria* (*El arte de amar*), chocaba tanto con el programa moral de Augusto que fue una de las razones por las que el poeta acabó exiliado en el mar Negro; sus relaciones con Julia debieron de ser otra de ellas. Un gran número de historiadores de épocas posteriores consideraron que Augusto era un tema interesante, tanto si reflexionaban sobre su estilo imperial como si recogían chistes y buenas palabras. La ingeniosa conversación con los adiestradores de cuervos es solo un ejemplo de una pequeña antología de este tipo de charlas, que incluye algunas bromas paternales sobre el hábito de su hija de arrancarse los cabellos grises («Dime, ¿preferirías ser gris o calva...?»). Otro texto memorable es la biografía episódica y afectuosa escrita por Suetonio unos cien años después de la muerte del emperador: es una fuente de observaciones sobre su dentadura y su pelo, y ofrece muchas instantáneas y retazos de su vida unas veces fiables y otras no tanto, como su en ocasiones mala ortografía, su miedo a las tormentas y su costumbre de llevar cuatro túnicas y una camisa debajo de la toga en invierno.

Sin embargo, entre todas estas cosas no hay casi ningún indicio, y por supuesto ninguno contemporáneo, que valga la pena sobre los entresijos, las disputas y la toma de decisiones que sustentaban la nueva política de Roma. Las

pocas cartas privadas de Augusto de las que Suetonio nos ofrece extractos se seleccionaron por lo que dicen sobre su suerte en la mesa de juegos o sobre su menú habitual («un trozo de pan y algunos dátiles en mi carruaje»), no por su estrategia política. Los historiadores romanos se lamentaban exactamente del mismo problema al que se enfrenta el historiador moderno: cuando intentaban escribir la historia de este período, se encontraban con que gran parte de los asuntos de importancia se habían llevado a cabo en privado, en vez de hacerse públicamente en la sede del Senado o en el foro como antes había sido habitual, y por lo tanto resultaba difícil saber exactamente qué había sucedido, y no digamos ya cómo explicarlo.

No obstante, lo que sí se ha conservado es el texto del currículum vitae de Augusto, un documento que él mismo escribió al final de su vida y en el que resumía sus logros (*Res Gesta* es el título en latín de la versión conservada, o «Hazañas del divino Augusto»). Se trata de una obra interesada, partidista y en ocasiones de color de rosa, que glosa con cautela o ignora por completo las ilegalidades asesinas de los inicios de su carrera. Es también un relato único, de apenas diez páginas de texto moderno, de lo que el viejo reptil quería que supiera la posteridad sobre sus largos años de *princeps*, de cómo definía aquel rol y cómo aseguraba haber cambiado Roma. Merece la pena ocuparse de sus palabras, a veces sorprendentes, antes de mirar qué hay detrás de ellas.

LO QUE HICE

Un insólito golpe de suerte arqueológica ha posibilitado la conservación de esta versión de la vida de Augusto. En su testamento pidió que se inscribiese en dos pilares de bronce en la entrada de la formidable tumba familiar, como crónica

permanente de lo que había hecho, algo similar a una descripción del puesto para sus sucesores. Hace mucho tiempo que se fundieron los pilares originales, probablemente convertidos en alguna forma de balística medieval, pero el texto se copió en piedra en otros lugares del imperio, para conmemorar su gobierno también fuera de Roma. Se han descubierto fragmentos de cuatro de estas copias, entre ellas una versión casi completa de Ankyra (la moderna ciudad turca de Ankara).

Esta versión se había inscrito en los muros de un templo en honor a «Roma y Augusto», en el latín original y en una traducción griega, en beneficio de los habitantes de la zona que en su mayoría eran de habla griega. Se conservó porque el templo se transformó en una iglesia cristiana en el siglo VI d. C. y después en parte de una mezquita. Hay todo tipo de historias sobre los esfuerzos heroicos empleados desde mediados del siglo XVI en adelante por descifrar y copiar las palabras del emperador a alturas a veces peligrosas, hasta que Kemal Atatürk, como presidente de Turquía, consiguió con orgullo desvelar y conservar la inscripción entera en la década de 1930 con motivo del 2000.º aniversario del nacimiento de Augusto. No obstante, el simple hecho de que el mejor texto de las palabras del emperador haya sobrevivido a miles de kilómetros de Roma, y en el mundo antiguo a más de un mes de viaje, dice mucho sobre el régimen imperial y su rostro público.

La *Res Gestae* es una valiosa fuente de detalles sobre la carrera de Augusto y el mundo romano de sus tiempos. Empieza con una descripción delicadamente eufemística de su acceso al poder, que omite por completo cualquier mención del pogromo («Liberé al Estado oprimido por el poder de una facción»; así se refiere a su enfrentamiento tanto con Marco Antonio como con Bruto y Casio).

Continúa con una breve enumeración de cosas tales como sus espléndidas procesiones triunfales (alardea de que «nueve reyes o hijos de reyes» desfilaron cautivos delante de su cuadriga, con el deleite típicamente romano ante la captura de la realeza) y de su gestión de las emergencias en el suministro de grano a los romanos cuando el hambre amenazaba. Para algunos historiadores modernos, las frases más importantes son las que informan de los resultados de sus censos de los ciudadanos romanos, que arrojan un recuento total de 4 063 000 habitantes en el año 28 a. C., que ascendió a 4 937 000 en el año 14 d. C. Estos son los datos más fiables que tenemos con relación al tamaño del cuerpo de ciudadanos romanos de cualquier período, en gran medida porque, al estar inscritos en piedra, no adolecen de los errores que los descuidados copistas de manuscritos cometen con facilidad. Aun así, todavía hay una áspera disputa sobre si las cifras incluyen solo a los hombres o también a las mujeres y a los niños; en otras palabras, si la población total de ciudadanos romanos se situaba en torno a los cinco millones, dejando un margen a posibles lagunas de registro, o si estaba por encima de los doce millones.



62. Mausoleo de Augusto en Roma, en cuyo exterior se erigieron antaño los pilares de bronce en los que se grabó el relato de sus hazañas. El tamaño alcanzó cotas desproporcionadas incluso para las tumbas más ricas de la aristocracia republicana y permaneció en Roma durante casi todo el largo reinado de Augusto. Su temprana conclusión obedeció en parte a medidas preventivas (había grandes temores sobre la salud de Augusto) y en parte a una agresiva afirmación del poder del emperador, de sus aspiraciones dinásticas y de su compromiso de ser enterrado en Roma.

Mausoleo de Augusto, Roma, Foto de la autora



63. Templo de Roma y Augusto en Ankara, de donde procede el texto más completo de la *Res Gestae* (justo detrás puede verse el minarete de la posterior mezquita parcialmente incorporado en su interior). El texto latino se inscribió a ambos lados de la entrada principal, el griego en uno de los muros exteriores. Ninguna de las dos versiones se ha conservado completa, pero los fragmentos perdidos del latín pueden completarse con los de la versión griega y viceversa.

Templo de Roma y Augusto, Ancara. Foto © Vanni Archive / Corbis

Sin embargo, nada de esto constituye la esencia principal de Augusto. Muchos otros aspectos también están ausentes. Nada se dice de su familia, aparte de una referencia a los honores rendidos a dos de sus hijos adoptivos que murieron jóvenes. Nada sobre su programa de legislación moral ni de sus intentos por aumentar el índice de nacimientos, aunque las cifras del censo seguramente tenían por objeto demostrar el éxito en este ámbito. Erróneamente sin duda, porque es muy probable que detrás del aumento de las cifras esté la creación de nuevos ciudadanos y un recuento más eficiente, más que la amonestación imperial a la clase alta por no tener suficientes hijos. Tan solo hay vagas alusiones a alguna ley concreta o a reformas políticas. En cambio, aproximadamente dos tercios del texto están dedicados solo

a tres temas: las victorias y conquistas de Augusto, sus donaciones al pueblo romano y sus construcciones.

Más de dos páginas del texto moderno de la *Res Gestae* catalogan los territorios que añadió a su imperio, los gobernantes extranjeros a los que sometió a Roma y las embajadas y peticionarios que acudían en masa para reconocer el poder del emperador. «Extendí el territorio de todas las provincias romanas, que tenían vecinos que no obedecían a nuestro gobierno», anuncia, con cierta exageración, antes de pasar a detallar lo que puede parecer una lista tediosa de sus éxitos imperiales y victorias militares en todo el mundo: Egipto quedó convertido en una posesión romana; los partos fueron obligados a devolver los estandartes militares romanos perdidos en el año 53 a. C.; un ejército romano llegó a la ciudad de Méroe al sur del Sahara y una flota penetró en el mar del Norte; llegaron delegaciones procedentes de lugares tan distantes como la India, por no mencionar un puñado variopinto de reyes renegados pidiendo clemencia, con nombres gratificadamente exóticos para el oído latino: «Artavasdes rey de los medos, Artajares de los adiabenos, Dumnobelano y Tincomaro de los britanos». Y esto no es más que una muestra.

En esta descripción hay algo tradicional en su totalidad. El éxito militar había sido un pilar fundamental del poder político desde los albores de la historia de Roma. Augusto superó a todos los posibles rivales en este marcador, aportando más territorio al dominio romano que cualquier otro antes que él o después. No obstante, aquello era también una nueva clase de imperialismo. Así reza el encabezamiento del texto inscrito, lo más parecido a un título original: «Así es como sometió al mundo al poder del pueblo de Roma». Pompeyo, más de medio siglo antes,

había apuntado a este tipo de ambición. Augusto convirtió explícitamente la conquista global —y una visión territorial «compacta» de un imperio centrado en Roma, en vez del viejo mosaico de Estados obedientes— en la razón de su gobierno. Es imposible saber cómo llegó todo esto a la audiencia provincial de Ankyra. No obstante, es una idea reflejada en otros monumentos patrocinados por Augusto en la ciudad de Roma, sobre todo en el «mapa» del mundo que él y su colega Marco Agripa encargaron y expusieron públicamente. Nada de esto se ha conservado, y la conjetura más plausible es que fuera algo más parecido a un plano glosado de carreteras romanas que un mapa geográfico realista tal como lo entendemos hoy (véase lámina 21). Fuera cual fuese su aspecto exacto, encajaba en la visión de imperio que tenía Augusto. Como afirmó Plinio el Viejo en su enciclopedia, el propósito del mapa era hacer que «el mundo [*orbis*] fuera algo que la ciudad [*urbs*] pudiera ver», o presentar el mundo como territorio romano bajo el gobierno del emperador.

La generosidad de Augusto para con las personas corrientes en Roma reclama tanto espacio en la *Res Gestae* como sus conquistas en el extranjero. Era rico a un nivel totalmente nuevo. La combinación de la herencia de César, las riquezas de Egipto saqueadas tras la derrota de Antonio y Cleopatra y la borrosa frontera entre los fondos del Estado y los suyos hicieron posible que su puja como benefactor popular fuera mayor que la de cualquier otro. Aquí detalla con precisión sus repetidas distribuciones de dinero: las fechas, los importes exactos que daba por cabeza (a menudo, el equivalente a la paga de varios meses de un obrero corriente) y el número de beneficiarios: «Estos donativos por mi parte nunca se asignaron a menos de 250 000 hombres», insiste. Cataloga también otros tipos de regalos y

patrocinios. Eran sobre todo espectáculos de gladiadores, «exhibiciones atléticas», cacerías de fieras salvajes con animales especialmente importados de África (un escritor posterior menciona 420 leopardos en una única representación) y un simulacro de combate naval que se hizo legendario. Fue un enorme triunfo de ingeniería e ingenuidad, pues, como explica Augusto con orgullo, se representó en un lago artificial de más de 500 metros por 350, construido «al otro lado del Tíber» (en el moderno Trastevere), y se pusieron en escena treinta enormes barcos de guerra además de otras naves más pequeñas y tres mil combatientes, aparte de los remeros. Según sus propios cálculos, el pueblo romano podía contar más o menos cada año con un gran espectáculo a expensas del emperador. No era el baño de sangre diario del gusto popular que nos muestran las imágenes de las películas modernas de la antigua Roma, pero sí implicaba un considerable dispendio de tiempo, logística y dinero, además de vidas humanas y de animales.

El mensaje es claro. Un axioma del régimen augústeo era que el emperador exhibiese su generosidad al pueblo corriente de la ciudad de Roma y que este a cambio lo considerase su patrón, protector y benefactor. Utilizó este mismo argumento cuando asumió (o, técnicamente, le fue concedido) «el poder de un tribuno» de por vida. Se estaba vinculando a la tradición de los políticos populares, se remontaba por lo menos a los Gracos, que defendieron los derechos y bienestar de los romanos en las calles.

El tema final son las construcciones. Una parte de ellas se enmarca en un ambicioso programa de restauraciones, desde carreteras y acueductos hasta el templo de Júpiter en el Capitolino, el monumento fundacional de la República. Con una tremenda osadía, Augusto asegura haber

restaurado ochenta y dos templos de los dioses en un solo año. Una cifra que casi abarca todos los templos de la ciudad, y cuyo evidente propósito es el de hacer hincapié en su ferviente devoción, aunque también indica que el trabajo práctico realizado en cada uno de ellos no fue demasiado importante. No obstante, como muchos tiranos, monarcas y dictadores entonces y siempre, inició la construcción de lo que fue efectivamente una nueva Roma y literalmente su consolidación en el poder. La *Res Gestae* especifica una remodelación general del centro de la ciudad, que por primera vez explotó las canteras de mármol del norte de Italia y las piedras más lustrosas, coloridas y caras que el imperio podía ofrecer. Convirtió la vieja y desvencijada ciudad en algo con el aspecto de capital imperial. Había un nuevo foro que rivalizaba con el viejo, o más bien lo ensombrecía, una nueva sede senatorial, un teatro (que todavía sigue en pie como teatro de Marcelo), pórticos, salas públicas (o basílicas) y vías peatonales, además de más de una docena de templos nuevos, entre ellos uno en honor a su padre Julio César. Cuando Augusto dijo, tal como lo cita Suetonio, «Encontré la ciudad construida de ladrillo y la dejé de mármol», era esto a lo que se refería. La *Res Gestae* proporciona un catálogo de sus transformaciones del paisaje urbano de Roma.



64. Una imaginativa restitución del nuevo foro de Augusto, que se conserva solo en pequeñas secciones (hoy se observa mejor desde la carretera Mussolini, la Via dei Fori Imperiali, que cubre gran parte de la plaza del foro). Aunque sin duda poco fiable en cuanto a los detalles, el dibujo nos da buena idea del carácter elaborado y altamente planificado de este nuevo complejo constructivo, en contraste con la primitiva imagen desvencijada del viejo foro republicano.

Reconstrucción, foro de Augusto en Roma, G. Rehlender. Foto © Falkensteinfoto / Alamy

Equivale también a un claro proyecto para el gobierno de un solo hombre. El poder de Augusto, tal como él mismo lo formula, está marcado por la conquista militar, por su papel de protector y benefactor del pueblo de Roma y por su programa de construcciones y reconstrucciones a gran escala; sustentado por ingentes reservas de efectivo, y combinado con la muestra de respeto por las antiguas tradiciones de Roma. Y este proyecto sería el baremo con el que se juzgaría a todos los emperadores durante los doscientos años siguientes. Incluso los individuos menos militaristas pudieron utilizar la conquista para afirmar su derecho a gobernar, como hizo el anciano Claudio en el año 43 a. C. cuando sacó tanto partido como pudo de «su» victoria, obtenida enteramente por sus subordinados, sobre la isla de Britania. Entre los sucesivos gobernantes se desató una

permanente competencia sobre quién podía pavonearse de ser el más generoso con la población romana o sobre quién podía escribir su propia historia de forma más notoria en el tejido de la ciudad. La elevada columna del emperador Trajano, que documenta sus conquistas al otro lado del río Danubio a comienzos del siglo I d. C. y que ingeniosamente se aseguró el máximo impacto en una superficie de suelo mínima, fue una evidente vencedora. Otro ganador fue el Panteón de Adriano. Terminado en la década de los años 120 d. C., el arco de cemento de su cúpula fue la más ancha del mundo hasta 1958 (cuando fue derrotada por el edificio del Centro de Nuevas Industrias y Tecnologías de París), y doce de las columnas originales del pórtico medían cada una 12 metros de altura, cortadas en un solo bloque de granito gris y transportadas especialmente desde el desierto de Egipto, a más de 4000 kilómetros de distancia. En última instancia, todo esto se remontaba a Augusto.

POLÍTICA DE PODER

La *Res Gestae* tuvo siempre el propósito de ser una crónica de éxitos, una exhibición retrospectiva de logros que estableciera también un modelo para el futuro. Evita todo indicio de dificultades, conflictos o protestas, salvo para despachar brevemente a los adversarios de la guerra civil muertos desde hacía tiempo. Y con su insistente serie de verbos en primera persona («pagué», «construí», «di») y sus correspondientes pronombres (hay casi cien «mis» y «míos»), es más egocéntrico que cualquier otro documento público romano anterior, compuesto en el estilo de un autócrata que parece dar por sentado su poder personal. Sin embargo, esta es solo una cara de la historia de Augusto, vista desde su extremo triunfal tras más de cuarenta años en el poder. Se veía muy distinta cuando regresó a Italia en el año 29 a. C.,

siendo todavía Octaviano, con el ejemplo de Julio César que se cernía sobre él. César fue su principal acceso al poder y a la legitimidad, y también a aquel título de «hijo de un dios», pero al mismo tiempo era una advertencia de lo que podía reservarle el destino. Ser el hijo de un dictador asesinado era un arma de doble filo. La gran pregunta en aquellos primeros días era simple: ¿cómo se iba a ingeniar una forma de gobierno que se ganase corazones y mentes, desactivase la oposición que no estaba del todo extinguida al final de la guerra y le permitiese permanecer vivo?

Parte de la respuesta se reducía al lenguaje del poder. Por razones obvias para los romanos, no podía autodenominarse rey. Escenificó un elaborado espectáculo en el que también rechazó el título de «dictador», distanciándose así del ejemplo de César. La historia de que una multitud de manifestantes bloqueó a los senadores en la sede del Senado y amenazó con quemarlo con ellos dentro si no convertían a Augusto en dictador no hizo más que añadir lustro a su rechazo. Por el contrario, decidió enmarcar todos sus poderes dentro de los cargos republicanos habituales. Para empezar, aquello suponía ser elegido cónsul repetidamente, once veces en total entre los años 43 y 23 a. C., y más tarde en dos ocasiones aisladas. Después, a partir de mediados de la década de los años 20 a. C., se las compuso para que se le concediese una serie de poderes formales modelados a semejanza de aquellos implícitos en los cargos políticos romanos tradicionales, sin ostentar los cargos en sí: asumió «el poder de un tribuno» pero no ostentó el Tribunado, y «los derechos de un cónsul» sin ostentar el consulado.

Todo esto estaba muy alejado de las realidades de la práctica tradicional republicana, sobre todo cuando acumulaba múltiples títulos y cargos al mismo tiempo: el

poder simultáneo de un tribuno además de los derechos de un cónsul era algo insólito, como también lo era el hecho de que ostentara no solo uno sino todos los principales sacerdocios romanos al mismo tiempo. A pesar de las posteriores acusaciones de hipocresía, es difícil que utilizara estos títulos incómodos y anticuados para fingir que aquello era un retorno a las políticas del pasado. En líneas generales, los romanos no eran tan poco observadores como para no haber visto la autocracia acechando detrás de la hoja de parra de «los derechos de un cónsul». La cuestión era que Augusto estaba adaptando con astucia las expresiones tradicionales al servicio de una nueva política, justificando y haciendo comprensible un nuevo eje de poder al reconfigurar sistemáticamente el viejo lenguaje.

Su gobierno se presentaba también como inevitable, como parte del orden natural e histórico: en resumen, como parte de *cómo eran las cosas*. En el año 8 a. C., el Senado decidió (a saber quién lo empujó a ello) que el mes de Sextilis, después del mes de julio de Julio César, recibiese el nombre de agosto (agosto); así Augusto se convirtió en parte del transcurso cíclico del tiempo, y sigue siéndolo. Tan solo un año antes, el gobernador de la provincia de Asia tramaba algo parecido cuando convenció a los habitantes del lugar para que ajustasen su calendario al ciclo de vida del emperador y empezasen su año civil el día del cumpleaños de Augusto. El 23 de septiembre, apremió el gobernador (utilizando las palabras que todavía se conservan en una inscripción), podría «ser justamente considerado el equivalente al inicio de todas las cosas... porque [Augusto] ha dado un aspecto diferente al mundo entero, un mundo que se habría visto abocado a su ruina si... él no hubiera nacido». En Roma, el lenguaje utilizado posiblemente fuera menos pomposo, pero incluso allí, mito y religión

apuntalaron con eficacia la posición de Augusto. Su pretensión de ser descendiente directo de Eneas contribuyó a representar al emperador como consumación del destino romano, como el investido refundador de Roma.

Este es sin duda un elemento presente en Virgilio, en la historia épica de Eneas, con evidentes ecos entre el emperador y el legendario héroe fundador. No obstante, se ve también de forma patente en el programa escultórico del nuevo foro de Augusto, donde se erguían prominentes estatuas que representaban a Eneas y a Rómulo y una de Augusto en una cuadriga triunfal en el centro de la plaza. Los pórticos y arcadas que rodeaban la plaza estaban flanqueados por docenas de estatuas que representaban a «los hombres famosos de la República», cada una con un breve texto que resumía la razón de su fama: desde Camilo y varios Escipiones hasta Mario y Sila. El mensaje evidente era que todo el curso de la historia romana conducía a Augusto, que ahora asumía el papel protagonista. El relato de la República no se había anulado: lo habían convertido en un inofensivo telón de fondo al servicio del poder augústeo, cuyas raíces se encontraban en los mismos orígenes de Roma. O para decirlo de otro modo, Augusto se hizo cargo del poder allí donde la política previa de Roma había fracasado. Era de todos sabido que había nacido en el año 63 a. C., el año de la conjura de Catilina. Suetonio asegura incluso que su nacimiento retrasó a su padre y este llegó tarde a una de las grandes representaciones de Cicerón en el Senado acerca de dicho asunto. Por lo que se sabe, el 23 de septiembre no hubo ninguna reunión en el Senado. No obstante, tanto si la historia era una invención como ni no, la cuestión era presentar aquel mismo día como el del fin de la política republicana, escenificado en la corrupción de Catilina, y el del comienzo de la vida del emperador.

Sin embargo, implícita en todo esto había una política real mucho más implacable. El arte, la religión, el mito, el símbolo y el lenguaje, desde la poesía de Virgilio hasta la espectacularidad de las esculturas del nuevo foro, desempeñaron un importante papel en la fundación del nuevo régimen. Aun así, Augusto dio algunos pasos prácticos y realistas para fortalecer su posición: se aseguró de que el ejército le fuera leal a él y a nadie más; aisló a los potenciales oponentes cortando sus redes de apoyo entre los soldados y la gente corriente; y transformó el Senado de una aristocracia de dinastas opuestos, y posibles rivales, en una aristocracia de servicio y honor. Augusto, el clásico «ladrón convertido en policía», se propuso impedir que nadie pudiese seguir el ejemplo de su juventud: es decir, reclutar un ejército privado y derrocar al Estado.

Monopolizó la fuerza militar, pero su régimen no se parecía en nada a una dictadura militar moderna. Desde nuestro punto de vista, en este período Roma e Italia estaban sorprendentemente libres de soldados. Casi todas las 300 000 tropas romanas estaban acantonadas a una distancia prudencial, cerca de las fronteras del mundo romano y en zonas de campañas activas, con tan solo unos pocos soldados, que incluían las famosas fuerzas de seguridad conocidas como Guardia Pretoriana, estacionadas en Roma, que, por lo demás, era una zona desmilitarizada. Pero Augusto se convirtió en algo que ningún romano había sido antes: el comandante en jefe de todas las fuerzas armadas, que nombraba a sus principales oficiales, decidía dónde y contra quién habían de luchar los soldados y, por definición, se adjudicaba como suyas todas las victorias, con independencia de quién hubiera estado al mando sobre el terreno.

Afianzó su posición cortando los vínculos de

dependencia y lealtad personal entre los ejércitos y sus comandantes, en gran medida gracias a un sencillo y práctico proceso de reforma de pensiones. Esta debe figurar entre las innovaciones más significativas de todo su gobierno. Estableció plazos y condiciones uniformes de servicio en el ejército, fijando un período estándar de servicio de dieciséis años (que pronto se incrementaría hasta los veinte) para los legionarios y garantizándoles en su retiro un pago en efectivo de las arcas públicas que ascendía a doce veces su paga anual o a un equivalente en tierras. Con esto terminó de una vez por todas con la dependencia de los soldados de sus generales para que les proporcionasen un retiro, que a lo largo del último siglo de la República había llevado repetidamente a la lealtad privada de los soldados a su comandante por encima de su lealtad a Roma. En otras palabras, tras siglos de milicia mitad pública y mitad privada, Augusto nacionalizó por completo las legiones romanas y las apartó de la política. A pesar de que la Guardia Pretoriana siguió siendo una fuerza política problemática, simplemente por su proximidad con el centro de poder en Roma, las legiones acantonadas fuera de la ciudad fueron instrumentales a la hora de sentar a sus candidatos en el trono de Roma solo durante dos breves períodos de guerra civil a lo largo de los dos siglos siguientes, en los años 68 a 69 d. C. y de nuevo en 193 d. C.

Esta reforma fue una de las más caras que jamás emprendiera Augusto, y casi resultó inasequible. A menos que cometiera un grueso error en sus cálculos, solo el coste es un indicativo de la alta prioridad que le daba al tema. Según una estimación aproximada y utilizando las cifras que se conocen de salarios militares, el importe anual de la paga corriente junto con los paquetes de pensiones para todo el ejército debería ascender a unos 450 millones de sestercios.

Esto era, según cálculos aún más aproximados, el equivalente de más de la mitad del total de los ingresos tributarios anuales del imperio. Hay evidentes indicios de que, incluso juntando las ingentes reservas del Estado y del emperador, era difícil conseguir el dinero. Sin duda, este fue el motivo de las quejas de los soldados amotinados en la frontera de Germania poco después de la muerte de Augusto, que se oponían a que se les mantuviera en servicio durante mucho más tiempo de los veinte años estipulados y a que se les diera un lodazal sin valor alguno como tierra de asentamiento en lugar de una granja decente. Entonces como ahora, la táctica más sencilla para un gobierno que trata de reducir el coste de las pensiones fue el de aumentar la edad de jubilación.

En Roma se aplicó una lógica similar tras el gradual declive y conclusión final de las elecciones populares. En realidad, no fue un asalto a lo que quedaba de la democracia romana, aunque sí una consecuencia inevitable. En un principio fue una forma astuta de insertar una cuña entre los rivales potenciales del emperador y cualquier respaldo popular o faccioso a gran escala que pudieran recibir en la ciudad. Las elecciones libres habían proporcionado el material adherente de la mutua dependencia entre los políticos prominentes y el pueblo en su conjunto. En el momento en que las ambiciones individuales empezaron a depender de la aprobación del emperador y no del voto popular para acceder a cargos públicos y demás promociones, ya no tenían que granjearse el apoyo masivo del pueblo, ya no estaban obligados a forjarse un séquito popular ni tenían un marco institucional para poder hacerlo. La intención era, como más o menos declara la *Res Gestae*, que Augusto monopolizase el respaldo del pueblo, arrinconando sin riesgos a los senadores fuera de la foto.

No obstante, a pesar de todo su poder autocrático, Augusto seguía necesitando al Senado. Ningún gobernante único gobierna en realidad solo. El Imperio Romano tuvo poco impacto administrativo comparado con la burocracia de todos los Estados modernos y también de algunos antiguos. Aun así, alguien tenía que dirigir las legiones, gobernar las provincias, hacerse cargo del abastecimiento de grano y de agua y, en general, de actuar en representación de un emperador que no podía encargarse de todo. Como suele ocurrir con los cambios de régimen, la nueva guardia se ve más o menos obligada a confiar en una versión escrupulosamente reformada de la vieja guardia, porque, de lo contrario, como hemos visto en la historia reciente, el resultado puede ser la anarquía.

A grandes rasgos, Augusto compró el consentimiento senatorial y el servicio senatorial al precio de concederles honores, respeto y en algunos casos nuevos poderes. Muchas de las viejas incertidumbres quedaron resueltas, normalmente a favor del Senado. Los decretos senatoriales habían sido con anterioridad solo consultivos y, en última instancia, podían ser ignorados o desobedecidos, que fue exactamente lo que César y Pompeyo hicieron en 50 a. C. cuando el Senado les instó a desarmarse. Ahora se impuso a estos decretos la fuerza de la ley y gradualmente, junto con los pronunciamientos del emperador, se convirtieron en la principal forma de legislación romana. La brecha que Cayo Graco había abierto en la década de los años 120 a. C. entre senadores y caballeros se completó. Los dos grupos quedaron formalmente separados, y se aplicó un nuevo baremo de un millón de sestercios de riqueza, en comparación con los 400 000 de los caballeros, a una «clase senatorial». El estatus de senador se convirtió en hereditario a lo largo de tres generaciones. Aquello significaba que el

hijo y el nieto de un senador podían conservar todas las prebendas de ser senador sin ostentar jamás un cargo público. Aquellas prebendas también aumentaron, igual que las prohibiciones que tenían por objeto establecer la superioridad senatorial: por un lado, se garantizaban los asientos de primera fila en todos los espectáculos públicos, y por el otro, se prohibía terminantemente intervenir en calidad de actor.

A cambio, el Senado se convirtió en algo parecido a un brazo de la administración al servicio del emperador. La introducción por parte de Augusto de una edad de jubilación senatorial es un indicio más de aquel nuevo estatus. Los senadores también perdieron algunas de sus atribuciones más tradicionales e importantes de gloria y estatus. Durante siglos, la culminación de la ambición romana, el sueño de todo comandante, incluso del escasamente militarista Cicerón, había sido celebrar un triunfo y desfilarse por las calles con el botín, los prisioneros y las tropas exultantes, ataviado como el dios Júpiter. La procesión triunfal que celebró Lucio Cornelio Balbo, antaño uno de los partidarios de Julio César, el 27 de marzo del año 19 a. C. por algunas victorias que se había anotado en nombre del nuevo régimen augústeo contra algunos pueblos bereberes poderosos en los límites del Sahara, sería la última que celebraría un general senatorial corriente. En adelante la ceremonia quedaba en su totalidad restringida a los emperadores y a su familia más cercana. No figuraba en el ánimo de la autocracia compartir la fama y la prominencia que deparaban los triunfos; otro signo inequívoco de que la vieja República estaba acabada.

Había también otra situación en la que un cambio radical de prácticas resultaba poco menos que inevitable. Como parte de su celebración del pasado —*en calidad de*

pasado— Augusto encargó que se expusiese en el foro romano el registro de todos los generales triunfales, desde Rómulo hasta Balbo (p. 133). Todavía se conserva gran parte del mismo, desenterrado en pequeños fragmentos que conforman un rompecabezas de mármol compuesto, según dicen, por primera vez en el siglo XVI por Miguel Ángel para decorar el nuevo Palazzo dei Conservatori que rediseñó para la colina Capitolina. Ocupaba cuatro paneles, y gracias a un minucioso cálculo por parte de quienes realizaron la inscripción, el triunfo de Balbo queda registrado en la parte inferior del último panel, sin dejar ningún espacio en blanco debajo, sin sitio para ningún otro nombre. Había algo más en juego que la simetría del diseño. El mensaje era que la institución no se había interrumpido a mitad de camino. Había llegado a su fin natural. No había sitio para más.

PROBLEMAS Y SUCESIONES

No todo salió como Augusto esperaba. Incluso a través de los antiguos comentarios, generalmente de celebración, sobre su gobierno podemos vislumbrar lo que podría parecer un relato mucho más turbulento. En el año 9 d. C., cinco años antes de su muerte, se produjo un terrible desastre militar en Germania a manos de los rebeldes locales y de combatientes por la libertad, que destruyeron el grueso de tres legiones. Esto no impidió que en la *Res Gestae* la pacificación de Germania se presentara con gran alarde, pero la gravedad de dicha derrota puso freno a los proyectos de conquista del mundo por parte de Augusto. En cuanto a la política interior, había una oposición a su gobierno más abierta de lo que parece a simple vista; existía una literatura ofensiva que acabó por quemarse y complots a los que sobrevivió probablemente más por suerte que por otra cosa. Suetonio enumera una serie de disidentes y conspiradores,

pero, como siempre ocurre con los golpes de Estado fallidos, es difícil saber lo que les movía, si la política o el resentimiento personal. Concederles una prensa justa nunca forma parte de los intereses de la víctima prevista.

Hay un caso en el que parece muy probable que el cambio del papel político de la élite y el control de las elecciones por parte de Augusto fuesen un factor importante del descontento. La historia de Marco Egnacio Rufo, tal como ha llegado hasta nosotros, está, como era de esperar, bastante enmarañada en cuanto a los detalles, pero lo esencial queda bastante claro. En primer lugar, Egnacio desafió a Augusto realizando donaciones independientes al pueblo. En concreto, cuando ejerció el cargo de edil en 22 a. C. y utilizó su propio dinero para crear un rudimentario cuerpo de bomberos en la ciudad. Augusto no lo aprobó, pero decidió mejorar la oferta de Egnacio poniendo a su disposición seiscientos esclavos suyos para que realizaran las tareas propias de los bomberos. Pocos años después, mientras Augusto estaba fuera, Egnacio trató de presentarse al Consulado sin la aprobación del emperador y a una edad ilegalmente temprana. No obstante, aquello no pudo ser un complot organizado contra el emperador; de todas formas, no estaba en Roma para perder, razón por la cual Egnacio debió pensar que podía salirse con la suya y obtener el cargo. Pero ante el rechazo de su candidatura se produjeron disturbios populares. El Senado, presumiblemente con el consentimiento del emperador ausente, tomó la decisión de ejecutarlo.

Es difícil adivinar cuántos senadores simpatizaban con Egnacio Rufo. No sabemos nada de su pasado y solo podemos inferir sus motivos y propósitos. Algunos historiadores modernos han querido convertirlo en una especie de defensor del pueblo a semejanza de Clodio y de

otros tribunos de finales de la República. Sin embargo, parece más probable que protestara contra la erosión de la independencia senatorial y reivindicara los derechos de los senadores y sus vínculos tradicionales con el pueblo romano.

Más allá de la política de primera línea, había sin duda opiniones subversivas del mundo simbólico que Augusto patrocinaba y de su nueva imagen de Roma. El poeta Ovidio, víctima del rostro cruel del régimen augústeo, da claros indicios de cuáles debieron ser las murmuraciones en la calle. Desde su desdichado exilio a orillas del mar Negro, escribió una serie de poemas titulados *Tristes* (*Tristia*) —a menudo más afilados que tristes— en los que adoptaba una ingeniosa actitud crítica ante la decoración del templo que dominaba el nuevo foro de Augusto, con estatuas de los dioses Marte y Venus. Como padre de Rómulo y madre de Eneas, estos dioses eran las dos divinidades fundadoras de Roma. Asimismo eran las dos deidades adúlteras más famosas de la mitología clásica. Desde tiempos de Homero, se narra la historia de cómo Vulcano, dios de la fragua y esposo cornudo de Venus, había sorprendido a la pareja vergonzosamente *in fraganti*, atrapándolos de forma astuta en una red de metal fabricada para aquel propósito. El poeta exiliado insinuó que aquel símbolo era muy poco apropiado para la nueva Roma moral del emperador, donde el adulterio era delito. Algunas de las complicadas exhibiciones de *civilitas* también debieron de resultar contraproducentes. Si es verdad que cada vez que Augusto entraba o salía del Senado saludaba a todos los senadores uno tras otro por su nombre, todo aquel jaleo —a diez segundos por hombre y una sede casi abarrotada— le habría llevado una hora y media entrar y salir. Para algunos aquello debía de parecer más un alarde de poder que un gesto de igualdad entre ciudadanos.

Incluso la *Eneida* de Virgilio, el poema épico patrocinado por el propio emperador, suscita inquietantes preguntas. La figura de Eneas, el mítico antepasado de Augusto y sin duda intencionado reflejo de él mismo, es un héroe deshonesto. Los lectores modernos se sienten probablemente mucho más incómodos que sus antiguos equivalentes por el modo en que Eneas abandona a la desdichada Dido y provoca su terrible suicidio en la pira; el mensaje es que ni siquiera la pasión podía desviar del cumplimiento del deber patriótico, y la peligrosa imagen de Cleopatra detrás de la reina de Cartago subraya el argumento. No obstante, la escena final del poema, en la que Eneas, ahora instalado en Italia, se deja arrastrar por la rabia y asesina brutalmente a un enemigo que se ha rendido, ha sido siempre un final inquietante. Por supuesto, tales ambivalencias han convertido a la *Eneida* en una obra literaria más potente que miles de versos de alabanza ultranacionalista. No obstante, siguen suscitando preguntas acerca de la relación de Virgilio con su patrón y con el régimen augústeo. ¿Qué le pasó por la cabeza a Augusto cuando leyó, o escuchó, por primera vez aquellos versos finales? Virgilio nunca lo sabría. Murió en el año 19 a. C., antes, según se dijo, de terminar la revisión final de su poema.

Con todo, el mayor problema de Augusto fue el de encontrar sucesor. Es evidente que pretendía transmitir su poder. Su enorme tumba en Roma, terminada ya en el año 28 a. C., era un poderoso indicativo de que, a diferencia de Marco Antonio, él sería enterrado en suelo itálico y de que habría una dinastía que sería su heredera. Desarrolló también la idea de familia imperial, incluyendo a su esposa Livia. Los gobiernos de un solo hombre a menudo suelen dotar a las mujeres de un mayor protagonismo, no porque

tengan necesariamente algún poder formal, sino porque, cuando una persona toma importantes decisiones de Estado en privado, cualquiera que esté en estrecho contacto con dicha persona se la considera también influyente. La mujer que puede susurrar al oído de su esposo ejerce más poder de facto, o por lo menos se le supone, que el colega que solo puede enviar peticiones oficiales y memorandos. En una ocasión, Augusto reconoció en una carta a la ciudad griega de Samos que Livia había intercedido por ella entre bambalinas. No obstante, más allá de esto, parece que promocionó más activamente su papel como eje de sus ambiciones dinásticas.

Livia tuvo una imagen oficial en la escultura romana, lo mismo que Augusto (véase lámina 12). Se le concedieron una serie de privilegios legales especiales, que incluían asientos de primera fila en el teatro, independencia económica y, a partir de los años de la guerra civil, el derecho de *sacrosanctitas* («inviolabilidad»), a semejanza de los privilegios de un tribuno. La *sacrosanctitas* se había creado en la República con la intención de proteger a los representantes del pueblo de posibles ataques. Lo que no queda claro es de qué se protegía a Livia, pero la novedad importante es que se inspiraba explícitamente en los derechos de un cargo público masculino. Este particular la acercaba más que a cualquier otra mujer en el pasado al centro de atención oficial. Un poema, dirigido a ella a la muerte de su hijo Druso en el año 9 a. C., la llama incluso *Romana princeps*. Era el equivalente femenino de un término aplicado normalmente a Augusto, *Romanus princeps*, o «primer ciudadano de Roma», y significaba algo similar a «primera dama». Una exagerada hipérbole compuesta quizá por un adulator, y en absoluto una creciente emancipación de las mujeres en general, pero apunta a la importancia

pública de la esposa del emperador dentro de una potencial dinastía imperial.

El problema era que la pareja no tenía hijos. Augusto tenía una hija soltera, Julia, de un matrimonio anterior, y Livia ya tenía a Druso y estaba embarazada de otro hijo, Tiberio, cuando se casaron en el año 37 a. C. A pesar de su respetabilidad posterior, el inicio de su relación tuvo tintes de escándalo, tildada por Marco Antonio de ignominioso flirteo. En represalia, al parecer, por todos los maliciosos rumores difundidos sobre sus inmoralidades, solía asegurar que la pareja se citaba en las fiestas de casa de su marido, se retiraba a una habitación a mitad de la cena y volvía despeinada y alborotada. Escandaloso o respetable, el matrimonio no tuvo descendencia; según Suetonio, con Augusto Livia solo tuvo un parto prematuro de un bebé muerto.

Así pues, el emperador tuvo que hacer grandes esfuerzos para asegurarse un heredero que pudiera presentar, en tales circunstancias, como legítimo heredero. Julia, su hija natural, fue el instrumento favorito de sus planes. Primero la casó con su primo Marcelo, que murió cuando ella tenía solo dieciséis años; a continuación, con el amigo y colega de su padre, Marco Agripa, más de veinte años mayor que ella; luego, en lo que debió de parecer el acuerdo perfecto, con el hijo de Livia, Tiberio. Si en alguno de aquellos emparejamientos había alguna pareja que se interponía, Augusto insistía en el divorcio. Rara vez quedan rastros del coste personal de aquellos manejos. Hay constancia de que Tiberio quedó destrozado cuando lo obligaron a divorciarse de su esposa Vipsania Agripina, hija de un matrimonio anterior de Agripa, para casarse con Julia, que era entonces la viuda de Agripa; un típico ejemplo de confusión dinástica. En una ocasión después de su divorcio, dicen que Tiberio se

encontró por casualidad con Vipsania y que sus ojos se inundaron de lágrimas. Sus escoltas se aseguraron de que no volviera a verla nunca más. En cuanto a Julia, puede que aquella serie de matrimonios acordados tuvieran que ver con su tristemente famosa y rebelde vida sexual. Una historia escabrosa asegura que celebraba fiestas salvajes sobre la *rostra* del foro. Por una satisfactoria, o terrible, simetría aquel era el lugar desde el que su padre había propugnado sus restricciones al adulterio. Verdad o no, sus aventuras amorosas fueron uno de los factores (otro fue una supuesta traición) que propiciaron su envío al exilio con cajas destempladas en el año 2 a. C. a una isla de aproximadamente 1,3 kilómetros cuadrados para no regresar jamás a Roma.

El resultado final de toda aquella planificación dinástica hace que el árbol genealógico de lo que ahora se conoce como dinastía Julio-Claudia (Julio era el nombre de familia de Augusto y Claudio el del primer marido de Livia) sea tan intrincadamente complicado que es imposible trazar su diagrama de manera clara sobre papel, y no digamos ya concretarlo al detalle. A pesar de todos los esfuerzos, los herederos deseados o bien no aparecieron o, si lo hicieron, murieron demasiado pronto. El matrimonio de Tiberio y Julia produjo un solo retoño, que no sobrevivió a la infancia. Augusto adoptó a dos hijos del matrimonio de Julia con Agripa para nombrarlos herederos (embrollando todavía más el árbol genealógico). Fueron debidamente retratados por todo el mundo romano mostrando la viva imagen de su padre adoptivo, pero uno murió de enfermedad en el año 2 a. C. a los diecinueve años y el otro en 4 a. C. tras ser herido en una campaña en Oriente antes de que su matrimonio (con otra pariente) hubiera dado fruto. Al final, después de tanto denuedo, Augusto volvió al punto de partida del que

debió haber empezado, al hijo de Livia, Tiberio, que se convirtió en el siguiente emperador en el año 14 a. C. Plinio el Viejo no pudo resistir la tentación de señalar otra de las ironías de todo aquello. Tiberio Claudio Nerón, padre del nuevo emperador, había combatido en el bando de Marco Antonio en la guerra civil y su familia estuvo entre los asediados en Perugia. Augusto murió, bromeaba Plinio, «con el hijo de su enemigo como heredero».



65. Detalle de un friso procesional del Altar de la Paz (*Ara Pacis*) en Roma, encargado en el año 13 a. C. Este friso representa a toda la familia imperial, con Agripa a la izquierda. La mujer que aparece detrás de él podría ser su entonces esposa Julia, aunque se la ha identificado más a menudo con Livia.

Detalle del friso procesional del Ara Pacis, Roma. Foto © akg-images / Tristan Lafranchis

AUGUSTO HA MUERTO. ¡LARGA VIDA A AUGUSTO!

Augusto murió el 19 de agosto del año 14 d. C., poco antes de su septuagésimo sexto cumpleaños, en una de sus casas en el sur de Italia. Según Suetonio, había estado de vacaciones en la isla de Capri, jugando a juegos instruidos con sus

invitados; insistía, por ejemplo, en que todos los invitados romanos vistieran como los griegos y hablaran griego, mientras que los invitados griegos tenían que actuar como si fuesen romanos. El final fue todo muy discreto. A su regreso al continente, empezó a sentir molestias en el estómago y al final se vio obligado a guardar cama, donde, sin demasiado revuelo, dado el destino de tantos contemporáneos suyos, murió. Más tarde se rumoreó que Livia había tenido algo que ver en todo aquello con unos higos envenenados para facilitar el acceso de Tiberio al poder, del mismo modo que se dijo que había acelerado el fin de otros miembros de la familia por temor a que estropearan las oportunidades de Tiberio de subir al trono. No obstante, fue otro caso de muertes inexplicables del mundo romano —dado que la mayoría ocurrían fuera del campo de batalla, en el parto o por accidente— que suscitaban este tipo de rumores, tanto si estaban fundamentados como si no. Además, el envenenamiento siempre se consideró el instrumento preferido de las mujeres. No requería fuerza física, solo astucia, y era una temible inversión de su tradicional rol nutricional.

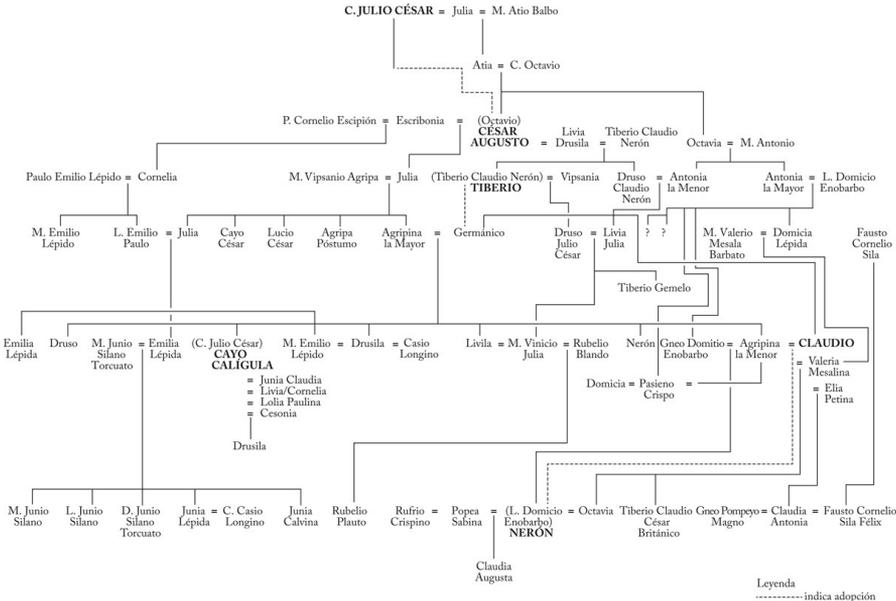
Otros pensaron, de forma más verosímil, que Livia había desempeñado un papel importante allanando la transición de Augusto a Tiberio. En cuanto pareció inminente la muerte de su marido, mandó a por su hijo, que estaba a unos cinco días de viaje al otro lado del Adriático. Entretanto continuó publicando boletines optimistas sobre la salud de Augusto hasta que llegó Tiberio y pudo anunciarse su muerte. El momento exacto de su fallecimiento ha sido siempre tema de disputa. No obstante, con independencia de si aconteció antes o después de la llegada de su heredero, el acceso se produjo con bastante tranquilidad y sin fisuras. El cuerpo fue trasladado más de 160 kilómetros desde Nola,

donde murió, hasta Roma, a hombros de los dirigentes de las ciudades situadas a lo largo del camino. No hubo ceremonia de coronación, y a pesar de lo que hiciera Augusto con su triunfo en el año 29 a. C., no había ningún ritual romano concreto para señalar el acceso imperial. No obstante, Tiberio se había hecho con el control como nuevo emperador cuando convocó una reunión del Senado para hacer público el testamento de Augusto, su legado y demás instrucciones para el futuro y para acordar la organización del funeral.

Hay algunos indicios de que los organizadores estaban inquietos ante la posibilidad de que se produjesen disturbios. ¿Por qué si no realizaron la ceremonia y el trayecto del funeral custodiados por tropas? Sin embargo, todo se desarrolló de forma pacífica, y de una manera que le habría resultado más o menos familiar a Polibio más de ciento cincuenta años antes, aunque a un nivel más espléndido. Se instaló un modelo de cera de Augusto, no su cuerpo, en la *rostra* mientras Tiberio pronunciaba el discurso funerario. La procesión exhibió imágenes no solo de los ancestros de Augusto, sino también de los grandes romanos del pasado, entre ellos Pompeyo y Rómulo, como si Augusto fuera descendiente de todos ellos. Tras la cremación, Livia —ahora llamada Augusta, porque Augusto la había adoptado formalmente en su testamento— recompensó con la suma de un millón de sestercios al hombre que juró haber visto a Augusto elevarse hacia el cielo. Augusto era ahora un dios.

El emperador en su forma humana fue enigmático hasta el final. Entre sus últimas palabras dirigidas a sus amigos reunidos, antes de un largo beso a Livia, deslizó una cita taimada de una comedia griega: «Si he representado bien mi papel, aplaudid». Se supone que se preguntarían todos: ¿Qué clase de papel había estado representando durante todos

aquellos años? Y ¿dónde estaba el auténtico Augusto? ¿Quién escribió el texto? Estas preguntas perduran. Cómo consiguió Augusto reestructurar gran parte del paisaje político de Roma, cómo consiguió salirse con la suya durante más de cuarenta años y con qué apoyos es algo que todavía resulta desconcertante. Por ejemplo, ¿quién decidió su imagen (o la de Livia) oficial? ¿Qué clase de debates, y con quién, impulsaron el nuevo proyecto de servicio y pensiones del ejército? ¿Hasta qué punto haber vivido tanto tiempo fue cuestión de suerte?



66. Versión *simplificada* de la familia y descendientes de Augusto y Livia; los emperadores aparecen en negrita. Las complejidades de la adopción y los múltiples matrimonios, además de los numerosos personajes con el mismo nombre, hacen que esta dinastía resulte casi impenetrable. No obstante, la impenetrable complejidad era parte de su idiosincrasia.

Árbol genealógico: versión simplificada de la familia y descendientes de Augusto y Livia

Sin embargo, el amplio marco que instauró para convertirse en emperador duró más de doscientos años; o, dicho de otro modo, durante el resto del período que abarca

el presente libro. Todos y cada uno de los emperadores que iremos conociendo *fueron* o, por lo menos, personificaron a Augusto. Utilizaron el nombre de Augusto entre sus títulos imperiales y heredaron su anillo grabado personal, que se supone que pasó de un emperador a otro. Pero ya no era la esfinge su diseño original favorito. A lo largo de las décadas, el dibujo cambió: primero se empleó un retrato de Alejandro Magno y después un retrato suyo. En otras palabras, la cabeza de Augusto y sus rasgos característicos se convirtieron en la firma de cada uno de sus sucesores. Cualesquiera que fuesen sus idiosincrasias, virtudes, vicios o antecedentes, fuera cual fuese el nombre por el que los conocemos, todos fueron mejores o peores reencarnaciones de Augusto, que actuaron dentro del modelo de autocracia que él instauró y lidiaron con los problemas que dejó sin resolver.

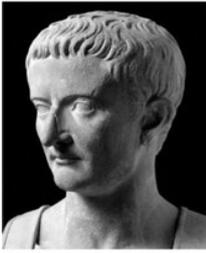
A continuación dirigiremos nuestra atención a algunos de los problemas a los que se enfrentó esta serie de nuevos Augustos, y que se inician con otra muerte.

CAPÍTULO X

CATORCE EMPERADORES LOS HOMBRES QUE OCUPARON EL TRONO

El 24 de enero del año 41 d. C., casi treinta años después de que muriera en su lecho el primer Augusto y casi ochenta y cinco después de la muerte de Julio César, hubo otro asesinato violento en Roma. Esta vez la víctima fue el emperador Cayo —cuyo nombre completo era Cayo Julio César Germánico— que cuatro años antes había sucedido en el trono a su tío abuelo, el anciano Tiberio. Fue el segundo de una serie de catorce emperadores, sin contar a tres aspirantes efímeros en un breve período de guerra civil transcurrido en los años 68 y 69 d. C., que gobernaron Roma durante los casi ciento ochenta años que van desde la muerte de Augusto hasta la del emperador Cómodo, asesinado en 192 d. C. Entre ellos figuran algunos de los nombres más sonoros de la historia de Roma: Claudio, que sustituyó a Cayo y que desempeñó un papel protagonista como erudito y astuto observador de las políticas palaciegas en las novelas de Robert Graves, *Yo, Claudio* y *Claudio el dios*; Nerón, con su reputación de asesino de la familia, tañedor de lira, perseguidor de cristianos y pirómano; Marco Aurelio, el «emperador filósofo», cuyos *Pensamientos* filosóficos aún hoy en día son un éxito de ventas; y Cómodo, cuyas hazañas en la arena se recrearon, no del todo incorrectamente, en la película *Gladiator*. También figuran aquellos que, a pesar de la inventiva de los biógrafos modernos, sobreviven como meros nombres: el anciano

Nerva, por ejemplo, que ostentó el poder durante dieciocho meses solo a finales del siglo I d. C.



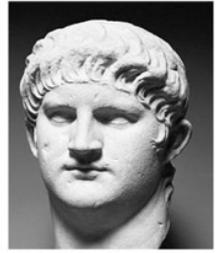
Tiberio
14 d. C.-37 d. C.



Cayo (Calígula)
37 d. C.-41 d. C.

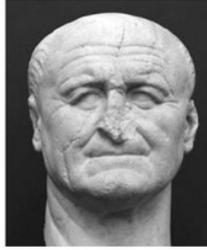


Claudio
41 d. C.-54 d. C.



Nerón
54 d. C.-68 d. C.

Tres emperadores efímeros –Galba, Otón y Vitelio– entre la muerte de Nerón y el acceso de Vespasiano.



Vespasiano
69 d. C.-79 d. C.



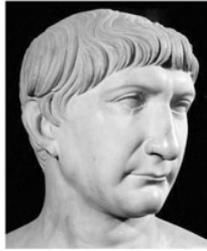
Tito
79 d. C.-81 d. C.



Domiciano
81 d. C.-96 d. C.



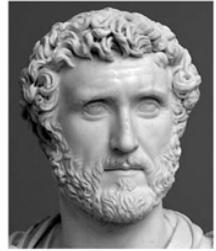
Nerva
96 d. C.-98 d. C.



Trajano
98 d. C.-117 d. C.



Adriano
117 d. C.-138 d. C.



Antonino Pío
138 d. C.-161 d. C.



Marco Aurelio
161 d. C.-180 d. C.



Lucio Vero.
Coemperador
junto con Marco
Aurelio 161 d. C.-
169 d. C.



Cómodo
180 d. C.-
192 d. C.

Dinastías
Julio-Claudia
(14-68 d. C.)
Flavia
(69-96 d. C.)
«Dinastía
adoptiva»
(96-192 d. C.)

67. Catorce emperadores: Tiberio (© De Agostini / G. Nimatallah / Getty Images); Cayo (© Prisma Archivo / Alamy); Claudio (© Marie-Lan Nguyen); Nerón (© Alfredo Dagli Orti / The Art Archive / Corbis); Vespasiano (© akg-images / Album / Prisma); Tito (© Anderson/Alinari via Getty Images); Domiciano (© akg-images); Nerva (© DEA / G. Dagli Orti / De Agostini / Getty Images); Trajano (© akg-images / Erich Lessing); Adriano (© Marie-Lan Nguyen); Antonino Pío (© Bibi Saint-Pol); Marco Aurelio (© DEA / G. Nimatallah / De Agostini / Getty Images); Lucio Vero (© The Art Archive / Alamy); Cómodo (© Marie-Lan Nguyen)

El asesinato de Cayo es uno de los sucesos mejor documentados de todo este período de la historia romana y nos proporciona el relato más detallado que existe de la caída de un emperador. La narración se extiende a lo largo de treinta páginas modernas, en calidad de elaborada digresión dentro de la historia enciclopédica de los judíos, escrita unos cincuenta años después del suceso por Tito Flavio Josefo: un destacado rebelde contra los romanos en la década de los años 60 d. C. (bajo el nombre de Josefo ben Matías) que cambió de bando político, aunque no religioso, y terminó casi como escritor residente en la corte romana. Para Josefo, el asesinato de Cayo fue un castigo divino infligido a un emperador que había despreciado a los judíos e incluso erigido una estatua suya en el Templo. No obstante, a juzgar por los detalles circunstanciales, mientras relataba la historia tenía sobre su escritorio una memoria de lo que había ocurrido en enero de 41 d. C. escrita por alguien cercano a la acción.

El relato de Josefo sobre el asesinato es harto revelador del nuevo mundo de la política que siguió al primer Augusto, desde las intrigas palaciegas, pasando por los eslóganes vacíos de la vieja élite senatorial y los problemas de sucesión, hasta los peligros de ser emperador y ocupar el trono. Es más, las diferentes valoraciones, tanto antiguas como modernas, de los defectos y fracasos de Cayo, de lo

que se ocultaba detrás de su asesinato y de lo que aconteció después suscitan importantes preguntas: cómo se creó la reputación de los emperadores romanos, cómo se juzgaban, y se juzgan, sus éxitos o sus fracasos y —todavía más importante— hasta qué punto el carácter y las cualidades, los matrimonios y los asesinatos, de cada gobernante en particular nos ayudan a comprender la amplia historia de Roma bajo el gobierno imperial.

Así pues, ¿cómo mataron a Cayo y por qué?

¿QUÉ FALLÓ CON CAYO?

El emperador Tiberio, que accedió al poder a través de su padre adoptivo Augusto, al parecer sin fisuras, en el año 14 d. C., se hizo cada vez más huraño a lo largo de la última década de su gobierno, y pasaba gran parte de su tiempo en la isla de Capri, con contactos remotos con la capital. Cuando, a la muerte de Tiberio en 37 d. C., Cayo fue aclamado emperador, su ascenso debió de percibirse como un agradable cambio. Con solo veinticuatro años de edad, podía aspirar al trono tanto como cualquier Julio-Claudio. Su madre, Agripina, era hija de Julia, y por lo tanto nieta de Augusto y descendiente directa de su linaje. Su padre, Germánico —considerado futuro emperador antes de su temprana y presuntamente sospechosa muerte—, era nieto de Livia y sobrino nieto de Augusto. Fueron sus padres quienes propiciaron que Cayo terminara con el vergonzoso apodo de Calígula («Botitas»), con el que se le conoce mejor. Siendo aún niño, lo llevaban en las campañas militares y lo vestían con un uniforme de soldado en miniatura, que incluía las características botas militares (*caligae* en latín), también en miniatura.



68. Este busto presenta a Cayo en atuendo militar, con un elaborado peto. Alrededor de la cabeza porta una corona de hojas de roble, la *corona civica*, tradicionalmente concedida a los romanos que habían salvado las vidas de sus conciudadanos en batalla.

Retrato de Cayo, Ny Carlsberg Glyptotek, Copenhague. Foto © Louis Le Grand / Ny Carlsberg Glyptotek

Su asesinato, tras solo cuatro años en el trono, a manos de tres soldados de la Guardia Pretoriana, fue tan sanguinario y caótico como el de Julio César. En el mundo antiguo, el homicidio rara vez era posible desde una distancia segura. Matar significaba acercarse mucho y a menudo derramar gran cantidad de sangre. Como bien pudieron comprobar César y Cayo, para cualquiera que ostentase el poder el mayor peligro procedía de aquellos que podían acercarse más a él: sus esposas e hijos, guardaespaldas, colegas, amigos y esclavos. No obstante, el contraste entre ambos asesinatos es también sorprendente, y un claro indicio del cambio que se había producido entre la República y el gobierno de los emperadores. César fue apuñalado por senadores colegas en una reunión pública, a plena vista, mientras presentaban una petición. Cayo fue acribillado en casa, solo en un pasillo

desierto, por miembros de las fuerzas de élite cuya función era la de garantizar la seguridad interna del régimen. Y cuando su esposa acudió con su hija aún pequeña y encontró el cuerpo, también fueron asesinadas.

El emperador, explica Josefo, había asistido a unas representaciones en la colina Palatina con ocasión de la fiesta anual celebrada allí en memoria del primer Augusto, programada para que coincidiera con el aniversario de boda de la primera pareja imperial. Al finalizar el espectáculo matutino, Cayo decidió saltarse la comida —otra versión asegura que sintió unas ligeras náuseas después de los excesos de la noche anterior— e ir por su cuenta desde el teatro a sus baños privados. Mientras recorría un pasadizo entre dos de sus propiedades que formaban parte del creciente «complejo palacial» (mucho más extenso que la relativamente modesta residencia de Augusto), los tres pretorianos, suboficiales para nosotros, lo atacaron. Según se decía, un resentimiento personal había motivado al cabecilla, Casio Querea. Había actuado a menudo como agente, torturador y sicario del emperador, pero supuestamente, en pago a sus servicios, Cayo se había burlado repetida y públicamente de su afeminamiento («nena» era una de sus mofas favoritas). Aquella fue la venganza de Querea.

Es posible que también hubiera principios más elevados que impulsasen el complot y un respaldo más extendido entre soldados y senadores. O así lo sugieren las muchas historias que circulaban sobre las maldades de Cayo. El incesto con sus hermanas y sus planes dementes de convertir en cónsul a su caballo se han hecho tristemente famosos. Sus presuntuosos proyectos constructivos se sitúan dentro del espectro que abarca desde la afrenta a las leyes de la naturaleza hasta la exhibición disparatada. (Imaginémoslo, como más de un escritor antiguo ha concebido la escena,

pavoneándose montado a caballo por una carretera construida sobre un puente de barcos que cruza la bahía de Nápoles, luciendo la coraza de Alejandro Magno...) Sus arrojados soldados fueron vergonzosamente humillados al obligarlos a recoger conchas en una playa gala. Y su frívola amenaza dirigida a la sufrida aristocracia romana se hizo legendaria. En una conocida ocasión, se le escapó una sonora carcajada durante una cena en palacio cuando estaba reclinado junto a los dos cónsules. «¿Cuál es el chiste?», preguntó educadamente uno de ellos. «La idea de que solo tendría que mover la cabeza y os cortarían el cuello inmediatamente», respondió. Algún otro habría empuñado el cuchillo si no lo hubiera hecho Querea.

Sin embargo, cualesquiera que fuesen los motivos exactos del asesinato, aquella era una política nueva: un escuadrón de la muerte operando a puerta cerrada y un asesino dinástico que exigía que la familia más próxima de la víctima compartiera la misma suerte. Nadie había ido a por la esposa de Julio César. También se ponía de manifiesto que, a pesar de los intentos en gran medida eficaces de Augusto por apartar de la política a las legiones romanas, los pocos soldados acantonados en la ciudad podían ejercer un enorme poder si querían. En 41 d. C. lo ocurrido no fue solo que un grupo de pretorianos desafectos matara al emperador; la Guardia Pretoriana colocó de inmediato a su sucesor. La escolta personal más íntima del emperador, una reducida milicia privada de germanos, elegida porque se pensó que el hecho de ser bárbaros supondría una garantía contra la corrupción, también desempeñó un sangriento papel en lo que sucedió después.

Tan pronto como se filtró la noticia del asesinato, los germanos hicieron gala de su brutal y violenta lealtad. Salieron corriendo por el Palatino y mataron a todos los

sospechosos de estar implicados en el complot. Un senador fue ajusticiado porque su toga estaba salpicada de sangre de animal de un sacrificio que había hecho aquel mismo día, y daba la impresión de que podría haber estado implicado en el asesinato del emperador. Aterrorizaron a la gente que todavía charlaba en el teatro después de que el emperador se hubiera marchado. Acorralaron al público que quedaba en el recinto hasta que un amable médico intervino. Había acudido para atender a los que habían resultado heridos a consecuencia del asesinato y organizó la evacuación de los espectadores sacándolos de allí con el pretexto de que iban a buscar suministros médicos.

Entretanto, el Senado se reunió en el templo de Júpiter en la colina Capitolina, el gran monumento simbólico de la República, e intercambió buenas palabras sobre el fin de la esclavitud política y el retorno de la libertad. Hacía cien años, calcularon, desde que se había perdido la libertad —presumiblemente pensando que el pacto acordado en el año 60 a. C. por Pompeyo, César y Craso, la Banda de Tres, había sido el punto de inflexión— y, por lo tanto, aquel era un momento particularmente propicio para restaurarla. El cónsul Cneo Sentio Saturnino pronunció el discurso más emotivo. Él era demasiado joven, admitió, para recordar la República, pero había visto con sus propios ojos «los males con los que los tiranos llenan el Estado». Con el asesinato de Cayo había llegado un nuevo amanecer: «Ningún déspota que pueda arruinar la ciudad está ahora por encima de vosotros... lo que recientemente alimentó la tiranía no fue más que nuestra propia inacción... Debilitados por el placer de la paz aprendimos a vivir como esclavos... Nuestra primera obligación ahora es la de otorgar los mayores honores a los que han matado al tirano». Aquello sonaba impresionante, pero resultó hueco. Durante todo el tiempo

que Saturnino estuvo hablando, llevó puesto el consabido anillo grabado, que representaba fielmente la cabeza de Cayo. Un observador, que se percató de la contradicción entre las palabras y las joyas, se levantó y se lo arrancó del dedo.

En cualquier caso, toda aquella representación llegaba tarde. La Guardia Pretoriana, que tenía una pobre opinión de las capacidades del Senado y ningún deseo de retornar a la República, ya había elegido a un nuevo emperador. La historia fue que, aterrorizado por la violencia y la conmoción, Claudio, el tío de Cayo de cincuenta años, se había escondido en otro pasaje oscuro. Los pretorianos lo descubrieron enseguida y, aunque temía ser ajusticiado, lo saludaron como emperador. Su relación consanguínea con Livia y Augusto lo hacían tan buen candidato como a cualquier otro y, además, estaba en el lugar adecuado.

Hubo tensas negociaciones, cautelosa publicidad e incómodas decisiones. Claudio entregó a cada uno de los pretorianos un cuantioso donativo: «el primer emperador que utilizó el soborno para asegurarse la lealtad de los soldados», criticaba el biógrafo Suetonio, como si Augusto no hubiera hecho exactamente lo mismo. Los senadores renunciaron a toda idea de libertad republicana y no tardaron en pedir nada menos que Claudio aceptase formalmente el trono de sus manos, mientras que muchos de ellos se escabullían con rapidez al resguardo de sus propiedades rurales. Querea y uno de sus compinches asesinos, en vez de recibir «los mayores honores», fueron ejecutados. Los consejeros del nuevo emperador argumentaban con severidad que, a pesar de que la hazaña había sido gloriosa, la deslealtad había de castigarse para evitar cualquier repetición. Claudio siguió asegurando que era un gobernante a la fuerza, empujado al poder en contra

de su voluntad. Quizá fuera cierto, pero una exhibición de reticencia a menudo resulta una buena tapadera para la implacable ambición. Los escultores de todo el mundo romano no tardaron en secundar los tiempos y ponerse a tallar de nuevo los retratos sobrantes de Cayo para convertirlos en la medida de lo posible en versiones aceptables de los rasgos de su tío, el nuevo emperador.

Estos acontecimientos son una vívida instantánea de la política de la autocracia romana casi treinta años después de la muerte de Augusto. La inefectiva postura del Senado acerca de la restauración de la República sirve tan solo para demostrar que el viejo sistema de gobierno se había terminado para siempre, que no era más que una fantasía nostálgica conjurada por aquellos que nunca lo habían experimentado. Como bien apunta Josefo, cualquiera que defendiese de viva voz un retorno al gobierno de la República mientras lucía el retrato del emperador en su anillo, no entendía en qué consistía el gobierno republicano. La confusión y violencia que siguieron al asesinato no solo muestran lo fácil que era que una pacífica representación matinal de teatro acabase en un baño de sangre, sino que apuntan también a las diferentes opiniones políticas entre el Senado, los soldados y la gente corriente. La mayoría de los ricos y privilegiados celebraban la muerte de un tirano. Los pobres, en cambio, lamentaban el asesinato de su héroe. Josefo destaca con desprecio la locura de las mujeres, niños y esclavos que «se resistían a aceptar la verdad» y creían con júbilo los falsos rumores de que Cayo había sido remendado y paseaba por el foro. Es evidente que aquellos que estaban complacidos por haberse librado de él, no estaban de acuerdo con lo que debería suceder después. Otros muchos no querían ver asesinado a su emperador.



69. El aspecto ligeramente desmañado de este retrato de Claudio, sobre todo en el pelo, se debe a un cambio de identidad. Se volvió a esculpir una cabeza de Cayo para convertirla en la cabeza de su sucesor. Constituye un símbolo elocuente del borrado del régimen anterior y al mismo tiempo un indicio de que había menos diferencia entre ambos de lo que nos gusta pensar.

Retrato de Claudio adaptado a partir de un retrato de Cayo, Centrale Montemartini, Roma. Foto © Bill Storage / Musei Capitolini, Centrale Montemartini

Aquellas opiniones tan dispares desafían a las ortodoxias y suscitan algunas importantes preguntas históricas. ¿Fue Cayo en realidad tan monstruoso como normalmente se le ha descrito? ¿Acaso la gente corriente, como sugiere Josefo, se había dejado engañar por un emperador conocido por llevar a cabo gestos extravagantemente generosos con las masas? Se decía que en una ocasión se había subido a la parte más alta de un edificio del foro y que desde allí había lanzado dinero a los transeúntes. Quizá sí. No obstante, hay poderosas razones para sospechar de muchos de los relatos tradicionales sobre la maldad de Cayo, que hemos heredado.

Algunas de estas historias son sencillamente inverosímiles. Dejando de lado su histrionismo de la bahía de Nápoles, ¿pudo en realidad haber construido en Roma un inmenso puente desde la colina Palatina hasta la colina Capitolina del que no quedan restos concluyentes? Casi todas estas historias se escribieron años después de la muerte del emperador, y las más extravagantes se debilitan cuanto más las examinamos. La de las conchas bien puede remontarse a una confusión en torno a la palabra latina *musculi*, que puede significar tanto «conchas» como «cabañas militares». ¿Desmantelaban los soldados un campamento provisional y no buscaban conchas? Y la primera referencia que existe al incesto no la encontramos hasta finales del siglo I d. C., mientras que la evidencia más clara de ello parece ser su profunda aflicción por la muerte de su hermana Drusila, que difícilmente puede ser considerada una prueba irrefutable de que mantuvieran relaciones sexuales. La idea de algunos escritores modernos de que sus cenas se parecían mucho a las orgías, con sus hermanas «debajo de él» y su esposa «encima», descansa en una mala traducción de las palabras de Suetonio, que alude a la ubicación, «arriba» y «abajo», en la mesa romana.

Sería ingenuo pensar que Cayo era un gobernante inocente y benévolo, terriblemente incomprendido o sistemáticamente malinterpretado. No obstante, es difícil resistirse a la conclusión de que, por más que hubiera un atisbo de verdad en ellas, las historias que se narran sobre él son una mezcla inextricable de hechos, exageración, deliberada malinterpretación y descarada invención. Urdidas en gran medida después de su muerte, y en buena parte en beneficio del nuevo emperador Claudio, cuya legitimidad en el trono dependía en parte de la idea de que su predecesor había sido justamente eliminado. El mismo interés que tenía

Augusto en vilipendiar a Marco Antonio lo tenía también el régimen de Claudio y aquellos que se encontraban al servicio del nuevo emperador y querían distanciarse del viejo sumando abusos en el haber de Cayo, fuera cual fuese la verdad. Dicho de otro modo, puede que Cayo fuera asesinado porque era un monstruo, pero también es posible que se le convirtiera en un monstruo porque fue asesinado.

No obstante, ignorando todas las sospechas, supongamos que las historias son completamente rigurosas, que la gente corriente hubiera sido simplemente crédula y que Roma hubiera estado sometida al mandato de un sádico demente que estaba a mitad de camino entre un psicópata clínico y un Stalin. La verdad es que, aparte de dejar absolutamente claro que los emperadores se habían convertido en un elemento permanente, el asesinato de Cayo no tuvo ningún impacto significativo en el curso de la historia del gobierno imperial. Esto era lo único que tenían en común los asesinos del año 41 d. C. con los de 44 a. C., que mataron a un autócrata (Julio César) solo para terminar cargando con otro (Augusto). A pesar de toda la excitación generada por el asesinato de Cayo, el suspense, la incertidumbre del momento y el coqueteo con el republicanismo, tan breve como irreal, el resultado final fue otro emperador en el trono, que no era tan diferente del que había reemplazado. Claudio puede que haya tenido una reputación póstuma mejor y más libresca que Cayo, porque su hijo adoptivo y sucesor, Nerón, no tuvo ningún interés en condenar su memoria. Pero rasquemos la superficie y aparece también con él un sombrío elenco de crueldad y criminalidad (35 senadores, de un total de seiscientos, y trescientos ecuestres condenados a muerte durante su mandato, según un cálculo antiguo). Además, ocupó el mismo puesto en la estructura romana de poder.

Este es uno de los mensajes implícitos en el retallado de los retratos del viejo emperador. Las astutas alteraciones debieron de estar motivadas en parte por un sentido de la economía. Cualquier escultor que casi hubiese terminado una cabeza de Cayo en enero de 41 d. C. no habría querido ver malgastado su tiempo y dinero en un inútil retrato de un gobernante depuesto, era mejor rehacerlo con rapidez a semejanza del nuevo ocupante del trono. Es posible que algunos de los cambios también fueran una forma de eliminación simbólica. Los romanos solían eliminar de los registros a todos aquellos que habían perdido el favor, demoliendo sus casas, derribando sus estatuas y borrando sus nombres de las inscripciones públicas (a menudo con toscas marcas de cincel, que sirven básicamente para atraer la atención hacia los nombres que querían relegar al olvido). Sin embargo, otro elemento subyacente, muy parecido al mensaje de Augusto y los cuervos, es que los emperadores tenían más similitudes entre sí que diferencias, y que solo con unos retoques superficiales podía convertirse a un emperador en el siguiente. Los asesinatos eran interrupciones menores en el magnífico relato del gobierno imperial.

¿«BUENOS EMPERADORES» Y «MALOS EMPERADORES»?

La historia convencional de los casi dos siglos de autocracia entre Tiberio y Cómodo, aquellos catorce emperadores que desfilaron a lo largo de tres dinastías imperiales, se centra en las virtudes y los vicios del ocupante del trono, y en su uso y abuso del poder autocrático. Es difícil imaginar la historia de Roma sin Nerón «tañendo mientras ardía Roma» (más exactamente, tocando irresponsablemente la lira mientras la ciudad quedaba destruida por un descomunal incendio en el

año 64 d. C.), fallando chapuceramente en su intento de asesinar a su madre haciendo que se ahogase en una barca extremadamente frágil (una peculiar mezcla de ingenuidad, crueldad y disparate) o torturando a los cristianos, como si fueran los culpables del gran incendio: la primera de una serie de esporádicas reacciones violentas contra la nueva religión. Sin embargo, Nerón es solo uno del extenso repertorio de las diferentes versiones de sadismo imperial.

La imagen del emperador Cómodo, vestido de gladiador y amenazando a los senadores sentados en las primeras filas del Coliseo mientras blandía ante ellos la cabeza de un avestruz decapitada, resume a la perfección el ridículo sadismo de la autocracia corrupta. Un testigo presencial, que describió el incidente, admite que estaba aterrorizado pero, al mismo tiempo, tuvo que reprimir un peligroso ataque de risa arrancando unas hojas de laurel de la corona que llevaba y metiéndoselas en la boca para sofocar las carcajadas. Las excentricidades del hurraño Tiberio en su piscina de la isla de Capri, donde según decían empleaba a muchachos («pececitos») para que le mordisqueasen los genitales bajo el agua, apuntan a la sexualidad coercitiva del poder imperial. Las escenas se recrean con regodeo en la película *Calígula* de Bob Guccione de la década de 1970. Todavía más espeluznante es la historia de cómo convirtió Domiciano el sadismo en un pasatiempo solitario. De él se decía que se encerraba solo en su habitación y se pasaba las horas torturando moscas y matándolas con su cálamo. «¿Hay alguien ahí con el emperador?», inquirió alguien en una ocasión. «Ni siquiera una mosca», respondió bruscamente un cortesano.

Hay también algunos ejemplos de destacada virtud imperial. Los *Pensamientos* filosóficos de Marco Aurelio, por más cliché que sean («No actúes como si fueras a vivir diez

mil años. La muerte se cierne sobre ti»), hoy en día siguen sumando admiradores, compradores y defensores, desde gurús de la autoayuda hasta el ex presidente de Estados Unidos, Bill Clinton. El heroico sentido común de Vespasiano, padre de Domiciano, también merece conocerse. Accedió al trono en el año 69 d. C., después del extravagante Nerón, y tenía fama de ser un astuto administrador de la economía imperial, hasta el extremo de imponer una tasa por la orina humana, un ingrediente clave para la antigua industria de la lavandería y del procesado de tejidos. Casi con toda seguridad nunca pronunció la cortante ocurrencia al respecto, «*Pecunia non olet*» («El dinero no huele»), que se le suele atribuir, pero sí capta la idea exacta. Se le conocía también por rebajar las pretensiones imperiales, incluida la suya. «Esto me pasa por ser un viejo tonto y querer un triunfo a mi edad», se supone que dijo al final de su procesión triunfal en 71 d. C., después de haber permanecido de pie todo el día soportando baches en una cuadriga a los sesenta y un años.

Estos emperadores son algunos de los personajes más vívidamente descritos del mundo romano. Sin embargo, todos estos fascinantes detalles circunstanciales, desde el balanceo de sus togas hasta sus calvas, pueden desviarnos de las cuestiones más fundamentales que ya hemos vislumbrado bajo la superficie de la historia de Cayo. ¿Hasta qué punto resulta útil enfocar la historia romana desde la perspectiva de las biografías imperiales o dividir la historia del imperio en pedazos del tamaño de los emperadores (o de las dinastías)? ¿Hasta qué punto son rigurosas las imágenes convencionales que han llegado hasta nosotros de estos gobernantes? ¿Qué explicaba exactamente el carácter del emperador? ¿Hasta qué punto marcaban una diferencia, y para quién, las cualidades del hombre que ocupaba el trono?

Los biógrafos, historiadores y analistas políticos de la Antigüedad sin duda creían que había mucha diferencia, de ahí que centrasen su atención en los defectos y fracasos, hipocresías y sadismo de los Augustos, y en ocasiones en su gran paciencia o su tolerante buen humor. Suetonio, en su serie de biografías titulada *Vida de los doce césares*, que abarca desde Julio César hasta Domiciano, incluidos los tres efímeros pretendientes de 68 a 69 d. C., otorga un puesto de honor al tipo de anécdotas personales y reveladoras que acabo de mencionar, y prodiga atenciones a los pormenores determinantes de los hábitos alimentarios de sus protagonistas, su forma de vestir, vida sexual y frases ingeniosas, desde chistes hasta las últimas palabras. Aquí es donde leemos sobre el acné de Tiberio, la recurrente indigestión de Claudio y el hábito de Domiciano de nadar con prostitutas.

Incluso el mucho más cerebral Publio Cornelio Tácito disfrutaba con estos detalles personales. En su relato de las dos primeras dinastías imperiales, que terminan con Domiciano, Tácito, senador de éxito e historiador cínico, ofrece el análisis de corrupción política más contundente que se conserva del mundo antiguo, aunque escrito desde la prudencial distancia del reinado de Trajano a comienzos del siglo II d. C. Sin duda tenía buen ojo para el panorama general. La primera frase de sus *Anales*, una historia de los emperadores Julio-Claudio desde Tiberio hasta Nerón, reza simplemente «Desde el principio, los *reyes* gobernaron la ciudad de Roma»: «*Urbem Romam a principio reges habuere*». Con solo seis palabras en latín, era todo un desafío directo a los cimientos ideológicos del régimen y a la insistencia de los Augustos de que no eran una monarquía a la vieja usanza. No obstante, Tácito basa sus argumentos en el carácter y los crímenes de los individuos que acceden al trono. Por

ejemplo, embellece su descripción del intento de asesinato de Nerón a su madre Agripina en una barca frágil e inestable y lo convierte en un espantoso relato barroco al que añade un detalle horrible de ingenuidad humana y de crueldad imperial. Mientras Agripina nadaba resuelta hacia la orilla, su doncella, que se estaba ahogando, trató de salvar la vida gritando que *ella* era la madre del emperador: la mentira desesperada le granjeó la muerte instantánea a manos de los secuaces de Nerón.

Buena parte de la gran tradición de textos modernos sobre los emperadores romanos se enmarca en términos similares, en torno a personajes imperiales buenos y malos. Las palabras de Edward Gibbon, cuya *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* se publicó por entregas desde 1776, han tenido una enorme repercusión e influencia en los criterios de generaciones de historiadores posteriores. Antes de abordar el tema principal de su título, Gibbon reflexiona brevemente sobre el primer período del gobierno de un solo hombre entre Tiberio y Cómodo, y distingue los méritos de los emperadores del siglo II d. C. Su memorable aforismo, acuñado con la típica complacencia dieciochesca, todavía se cita con frecuencia: «Si un hombre tuviera que determinar el período de la historia universal durante el cual la situación de raza humana fue más feliz y próspera, sin duda señalaría el que transcurrió entre la muerte de Domiciano y el acceso al poder de Cómodo». Es decir, lo que desde entonces muchos han denominado el período de los «buenos emperadores»: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Lucio Vero.

Eran gobernantes, prosigue Gibbon, cuyo carácter y autoridad «impusieron un involuntario respeto» y que «se recrearon en la imagen de la libertad». Su única desazón, concluye, debió de ser el conocimiento de que algún indigno

sucesor («algún joven licencioso o tirano celoso») apareciera y lo arruinase todo, como habían hecho casi todos sus predecesores en el pasado: «el tenebroso e inflexible Tiberio, el furioso Calígula, el débil Claudio, el vicioso y cruel Nerón... y el tímido e inhumano Domiciano».

Es una manera magistral de resumir casi dos siglos de historia romana. Gibbon vivió en una era en la que los historiadores emitían juicios «sin dudarlos» y estaban dispuestos a creer que posiblemente el mundo romano había sido un lugar mejor para vivir que su propio tiempo. Y esto es profundamente engañoso, por varias razones. No era fácil hacer que los distintos gobernantes encajasen en una imagen convencional y estereotipada. El propio Gibbon admite — en frases que hoy en día apenas se citan, porque estropean la espléndida certeza del aforismo— que uno de sus favoritos, Adriano, podía ser vano, caprichoso y cruel, un tirano celoso y al mismo tiempo un príncipe excelente. Gibbon tenía que saber la historia de que Adriano, por un desacuerdo sobre el diseño de un edificio, condenó a muerte a su arquitecto. Si es cierto, se trata de un ejemplo de abuso imperial digno de Cayo.

Algunos admiradores modernos del amable emperador filósofo Marco Aurelio le admirarían menos si reflexionaran sobre la brutalidad de su supresión de los germanos, ilustrada con orgullo en las escenas de batalla que circundan en sentido ascendente su columna conmemorativa que todavía se yergue en el centro de Roma; aunque menos famosa, es evidente que pretendía rivalizar con la de Trajano y fue minuciosamente construida para que fuera un poco más alta (véase lámina 10).

Por otro lado también tenemos todos los problemas que comporta separar los hechos de la fantasía que encontramos

en las distintas historias sobre las maldades de Cayo. Los numerosos relatos antiguos de transgresión imperial ofrecen sin duda inolvidables visiones de las inquietudes de los romanos, de sus sospechas y prejuicios. El modo exacto en que los escritores romanos imaginaron que los malos emperadores mostraban sus maldades nos dice mucho sobre los supuestos culturales y moralidad de los romanos en general, desde la particular excitación que se le atribuía, y todavía se le atribuye, al sexo en las piscinas, hasta el aún más sorprendente rechazo a la crueldad con las moscas (probablemente un indicio de que no había nada trivial en el mundo cuyo tormento no convirtiera Domiciano en afición). No obstante, como evidencia de la realidad del gobierno imperial, no dejan de ser una mezcla de información exacta, exageración y conjeturas que casi siempre resulta imposible desentrañar.



70. Típica escena de violencia romana perteneciente a la columna de Marco Aurelio. Prisioneros germanos atados aguardan en fila para ser ejecutados uno a uno. Un detalle especialmente truculento es la cabeza que yace en el suelo junto a

un cuerpo.

Escena de la columna de Marco Aurelio, finales del siglo II d. C. Foto © Piazza Colonna, Roma, Italia / Alinari/Bridgeman Images

Lo que sucedía en palacio a puerta cerrada normalmente era secreto. Algunos hechos se filtraban, algunos pronunciamientos se hacían públicos, pero por lo general florecían las teorías conspiratorias. No hacía falta demasiado para convertir un accidente en barca con final casi trágico en un intento de asesinato fallido (en cualquier caso, ¿cómo se enteró Tácito de la táctica ingenua de la doncella de Agripina?). Y abundaban lo que llamaríamos mitos urbanos. Anécdotas más o menos idénticas y buenas palabras supuestamente espontáneas aparecen en las biografías de los diferentes gobernantes. ¿Fue Domiciano o fue Adriano el que observó irónicamente que nadie creería que había un complot contra el emperador hasta que lo encontrasen muerto? Quizá los dos. Quizá Domiciano lo acuñó y Adriano lo repitió. O quizá fuera un cómodo cliché sobre los peligros de los altos cargos que podía ponerse en boca de casi todos los gobernantes.

En términos generales, la política del cambio de régimen tuvo una influencia decisiva en la forma en que pasaron a la historia los distintos emperadores, puesto que se reinventaron las trayectorias y el carácter de los personajes imperiales al servicio de aquellos que los siguieron. La norma básica de la historia de Roma es que aquellos que fueron asesinados, como Cayo, fueron demonizados. Aquellos que murieron en sus camas, sucedidos por un hijo o un heredero, natural o adoptado, fueron ensalzados por su generosidad, paternalismo y su dedicación al triunfo de Roma, y no se tomaron a sí mismos demasiado en serio.

Estas son las consideraciones que recientemente han propiciado unos pocos intentos valientes y revisionistas de

rehabilitar a algunos de los monstruos imperiales más tristemente famosos. Una serie de historiadores modernos han presentado a Nerón en particular más como una víctima de la propaganda de la dinastía Flavia, que empezó con Vespasiano, su sucesor, que como un pirómano egocéntrico y asesino parricida al que se le atribuye el gran incendio de 64 d. C., no solo para disfrutar del espectáculo, sino también para despejar terrenos para la construcción de un nuevo e inmenso palacio, la Casa Dorada. Incluso Tácito admite, señalan los rehabilitadores, que Nerón fue el impulsor de medidas efectivas de asistencia para aquellos que se habían quedado sin vivienda a causa del incendio; y la presunta extravagancia de su nueva residencia, con todos sus lujos (entre ellos un comedor giratorio), no impidió que el parsimonioso Vespasiano y sus hijos se apoderasen de ella como parte de su propia casa. Además, durante los veinte años posteriores a la muerte de Nerón en el año 68 d. C. aparecieron por lo menos tres falsos Nerones, con lira incluida, en las zonas orientales del imperio, que intentaron hacerse con el poder asegurando ser el propio emperador, todavía vivo a pesar de todas las informaciones sobre su suicidio. Fueron todos rápidamente eliminados, pero el engaño sugiere que en algunas partes del mundo romano se recordaba a Nerón con cariño: nadie busca el poder pretendiendo ser un emperador universalmente odiado.

Este escepticismo histórico es saludable, pero yerra en lo esencial: que fueran cuales fueren las opiniones de Suetonio y de otros autores antiguos, las cualidades y el carácter de cada uno de los emperadores no eran tan importantes para la mayoría de los habitantes del imperio, ni para la estructura esencial de la historia de Roma y sus grandes progresos.

Probablemente sí importase a algunos miembros de la élite metropolitana, a los consejeros del emperador, al

Senado y al personal de palacio. Las relaciones diarias con el emperador adolescente Nerón debieron de ser más complicadas que el trato con su antecesor Claudio y su sucesor Vespasiano. Y la ausencia de Tiberio, en su retiro de Capri, o de Adriano en uno de sus numerosos viajes por el mundo romano (era un inveterado turista que estaba más tiempo fuera que en casa) debieron de tener un impacto en la administración para aquellos que estaban directamente implicados, entre ellos Suetonio, que, en un momento dado, trabajó durante un breve período de tiempo en la secretaría de Adriano.



71. Parte de la decoración de la Casa Dorada de Nerón. Las secciones que se han conservado, en su mayoría dentro de los cimientos de los posteriores baños de Trajano, son impresionantes, pero no concuerdan del todo con las descripciones escritas. A pesar de las diversas afirmaciones optimistas, no se ha descubierto rastro alguno del comedor giratorio. Es muy posible que gran parte de la decoración que se ha conservado, y que tanto impacto causó en los artistas del Renacimiento (que descendieron especialmente para copiarla), proviniera de las dependencias del servicio de palacio.

Pintura de la Casa Dorada de Nerón, Roma. Foto © Werner Forman/Universal Images Group/Getty Images

Sin embargo, fuera de aquel estrecho círculo y sin duda fuera de la ciudad de Roma, donde los efectos de la generosidad de un emperador podían filtrarse hasta el hombre y la mujer de la calle, poca diferencia podía haber entre los ocupantes del trono o en sus hábitos o intrigas personales. Y no hay indicio de que el carácter del gobernante afectase al modelo básico de gobierno interior o exterior de forma significativa. Si Cayo o Nerón o Domiciano fueron, en realidad, tan irresponsables, sádicos y dementes como los han pintado, muy poco o nada afectó al funcionamiento de la política y del Imperio Romano, que operaba al margen de las anécdotas y los titulares. Bajo los relatos escandalosos y las historias de sodomía (que oscurecen tanto como amenizan), lejos de los minuciosos aforismos elaborados de Gibbon, hubo una estructura de mando sorprendentemente estable y, como veremos, un sorprendentemente estable conjunto de problemas y tensiones durante todo el período. Y esto es lo que necesitamos comprender para darle sentido al gobierno imperial, no las idiosincrasias individuales de los gobernantes. Después de todo, nunca se nombró cónsul a ningún caballo.

CAMBIOS EN LA CÚSPIDE

Esto no quiere decir que todo permaneciera igual entre los años 14 y 192 d. C. Hubo una enorme expansión a lo largo de aquel período en el cuartel general palacial del poder imperial; el personal de la administración imperial aumentó hasta ser irreconocible; y la infraestructura se complicó sobremanera. A comienzos del siglo II d. C., el aspecto del emperador empezó a ser muy diferente para sus súbditos.

El primer Augusto había hecho gala (y en parte fue un paripé) de vivir más o menos igual que los tradicionales aristócratas romanos. Al cabo de las décadas, no obstante,

los emperadores vivían rodeados de un lujo y extravagancia sin precedentes en el mundo occidental. La ciudad romana de Pompeya nos proporciona una buena idea del alcance de este cambio. En el siglo II a. C. la casa más grande de Pompeya (que hoy conocemos con el nombre de Casa del Fauno, por la estatua de bronce de un fauno o sátiro bailarín encontrada en el lugar) igualaba más o menos el tamaño de los palacios de algunos de los reyes del Mediterráneo oriental que se habían apropiado de, o les habían dado, partes del territorio conquistado por Alejandro Magno. En el siglo II d. C., la «villa» (como eufemísticamente se la denomina) que Adriano construyó en Tívoli, a pocos kilómetros de Roma, era más grande que la propia Pompeya. Allí recreó para sí un Imperio Romano en miniatura, con réplicas de los mayores monumentos y tesoros imperiales: desde los canales de Egipto hasta el famoso templo de Afrodita de la ciudad de Cnido, con su todavía más famosa estatua desnuda de la diosa.



72. Una escultura de un cocodrilo, situada junto a una piscina ornamental, le da un cierto sabor egipcio a la villa de Adriano en Tívoli. Esta villa era todavía más extravagante que la Casa Dorada de Nerón. Adriano se salió con la suya, mientras que Nerón no lo consiguió, en gran medida porque su ubicación estaba relativamente escondida en el campo y no se adueñaba de la ciudad de Roma.

Piscina ornamental («Canopo») de villa Adriano, Tívoli, décadas de 120-130 d. C. Foto © Riccardo Sala / Alamy

Entretanto, las dos casas que Augusto había ocupado en la colina Palatina se habían convertido en un auténtico palacio. Nerón fue el más notorio de los primeros emperadores por su extravagancia en las construcciones domésticas. Su Casa Dorada incorporaba lujo e ingeniería de última generación, pero el tamaño era tanto o más sorprendente. Las dependencias residenciales y los parques se extendían (eso es lo que se decía) por media ciudad, casi como si siglos después el Palacio de Versalles se hubiera apropiado del centro de París. Aquello provocó algunos astutos grafitos por parte de sus críticos. «Roma entera se está convirtiendo en una única casa. Ciudadanos, huid a Veyes», garabateó un

gracioso. Este comentario se remontaba a una propuesta que se había hecho siglos atrás, después de la invasión de los galos en 390 a. C., y que sugería que los romanos abandonaran su ciudad e instalaran su hogar en la que había sido una urbe etrusca enemiga. No obstante, por más polémica que fuera la «invasión» de Roma por parte de Nerón, su grandioso proyecto constructivo estableció el modelo para el futuro.

A finales del siglo I d. C., los emperadores disfrutaban de las recién adquiridas y lujosas propiedades suburbanas que circundaban gran parte de la ciudad (una combinación de palacio y jardines de recreo conocidos como *horti*, o «jardines»), y se habían apropiado más o menos de la colina Palatina para su cuartel general, o «palacio» (del término «Palatino»). Este incluía ahora cámaras de audiencia, comedores oficiales, salas de recepción, oficinas, baños y alojamiento para la familia, personal y esclavos; y justo en la puerta trasera, simbólicamente cerrada, estaba la ficticia «Cabaña de Rómulo», donde antaño comenzara Roma. El palacio, con varios pisos, no solo era ampliamente visible y dominaba la ciudad, sino que se había adueñado por completo de las tierras del Palatino que durante siglos habían constituido el lugar de residencia preferido de los senadores. Allí tenía Cicerón su casa urbana principal, igual que Clodio y muchos otros destacados protagonistas de la política en la Roma republicana. No podía haber otro símbolo más evidente del cambio en el equilibrio del poder en Roma que encontrar hoy los mejores restos de aquellas viejas casas palatinas enterrados en los cimientos del palacio, o que las familias de la élite, viéndose expulsadas de su lugar de residencia, tendiesen a emigrar a la colina Aventina, que en los comienzos de Roma había sido baluarte de los plebeyos radicales.

La expansión del palacio imperial fue de la mano con la expansión de la administración imperial en el núcleo central del imperio. Poco se sabe en detalle de la organización del personal del primer Augusto, pero probablemente era una versión ampliada de la hacienda de cualquier senador destacado del siglo anterior: un gran número de esclavos y ex esclavos, actuando en los distintos ámbitos desde limpiadores hasta secretarios, con la familia y los amigos en calidad de consejeros, confidentes y como caja de resonancia. Esta es la impresión que nos dan los ocupantes de una gran tumba comunal (la llamada *columbarium* o «palomar»), descubierta en 1726 en la Vía Apia. Originariamente contenía las cenizas de más de mil esclavos y ex esclavos de Livia, con pequeñas placas con su nombre y oficio. Las que se han conservado proporcionan una instantánea del personal a su servicio: entre ellos había cinco médicos y un supervisor médico, dos comadronas (presumiblemente para el resto de la casa), un pintor, siete costureras (o remendonas), un asistente de habitación (*capsarius*, posiblemente el equivalente antiguo del «maletero»), un proveedor de alimentos y un eunuco (función no especificada). En realidad parece el personal de esclavos que una dama aristócrata pudo haber tenido, pero a una escala mucho más amplia. Lo que resulta un misterio es dónde vivirían. Es imposible que cupieran en las casas palatinas de la pareja imperial y probablemente debieron de estar alojados en algún otro lugar.

En época de Claudio, treinta años después, había una organización administrativa al servicio del emperador a una escala y nivel de complejidad completamente diferentes. Se había creado una serie de departamentos o agencias para tratar los distintos aspectos de la administración: oficinas independientes para la correspondencia en latín y en griego,

otra para encargarse de las peticiones al emperador, otra para las cuentas, otra para preparar y organizar los casos legales juzgados por el emperador. El personal estaba formado en gran parte por esclavos, centenares de ellos, y dirigido por gestores de división, que en un principio solían ser ex esclavos: administradores de confianza, cuya lealtad al emperador estaba más o menos garantizada. No obstante, cuando el inmenso poder que estos hombres ostentaban se convirtió en causa de polémica con la élite tradicional, los miembros de la clase ecuestre los reemplazaron en la dirección. A los senadores nunca les gustó verse eclipsados por una poderosa clase baja servil pavoneándose (tal como ellos lo veían) por encima de su posición.

Esto se parece mucho al funcionariado moderno, pero en un aspecto importante no lo era. No hay indicios de las jerarquías claramente definidas por debajo de los directores de división ni la gradación de cargos, los requisitos y los exámenes que hoy en día asociamos a la idea occidental moderna o china antigua de funcionariado. Por lo que sabemos, se asentaba todavía en la estructura anticuada de una casa con esclavos, como la de Cicerón, aunque inmensamente incrementada. Pero también apunta a otro aspecto del oficio de emperador que a menudo queda relegado entre todas las historias de lujo y exceso: el papeleo.

La mayoría de gobernantes romanos se pasaban más tiempo en sus escritorios que sentados a la mesa comiendo. Se esperaba de ellos que desempeñasen sus funciones, que se mostrasen ejerciendo un poder práctico, respondiendo a peticiones, arbitrando disputas en todo el imperio y pronunciando veredictos en complicados casos legales, incluso en aquellos que, vistos desde fuera (aunque no para las partes implicadas), parecen relativamente triviales. En una ocasión, como explica una larga inscripción, se solicitó

al primer Augusto que juzgase una reyerta en Cnido, lugar de procedencia de la famosa Afrodita, en la costa suroccidental de la moderna Turquía. Fue una sucia pelea local que acabó con la muerte de un rufián por un orinal que le cayó accidentalmente a un esclavo desde la ventana superior de la casa que la «víctima» estaba atacando. Augusto tenía que decidir ¿quién era el culpable, el asaltante o el que lanzó el orinal o su dueño?

El apoyo del cada vez más numeroso personal del emperador hacía posible lidiar con muchos casos como este, con montones de cartas que llegaban a la sala del correo de palacio y con un constante flujo de enviados que se presentaban, a la espera todos ellos de una respuesta o una audiencia imperial. En este sentido *sí* que era como un moderno funcionariado, porque muy a menudo debía de ser un equipo de esclavos o de ex esclavos el que leía los documentos, aconsejaba al emperador acerca de las medidas a tomar y sin duda redactaba muchas de las decisiones y respuestas. Para ser realistas, una buena parte de las cartas «del emperador» recibidas por las comunidades locales en las provincias y expuestas con orgullo y de forma permanente en mármol o bronce apenas podían ser más que un asentimiento con la cabeza por parte del emperador y estampadas con su sello. Pero para los destinatarios aquello no tenía demasiada importancia.

La mayoría de los que vivían en las provincias, o incluso en Italia, tenían una idea muy vaga, si es que tenían alguna, de cómo era el palacio imperial o de cómo funcionaba la administración. Tan solo un reducido número habría visto alguna vez al emperador en persona. Sin embargo, habrían visto muchas veces su imagen, en las monedas que llevaban en la bolsa y en los retratos que constantemente inundaban el mundo romano. El ambiente no sería muy diferente del

de una dictadura moderna, con la cara del dictador escudriñando desde cada esquina de la calle, desde la fachada de las tiendas y del departamento gubernamental. A veces incluso aparecía de forma comestible, estampado en las galletas distribuidas en los sacrificios religiosos, como demuestran algunos moldes de galletas que se han conservado. De hecho, el erudito, maestro y cortesano del siglo II d. C., Marco Cornelio Frontón, en una carta a su alumno más distinguido, Marco Aurelio, consideraba que la difusión de imágenes imperiales era una fuente de orgullo, aunque desdeñaba los talentos artísticos que quedaban expuestos en las iniciativas espontáneas de la gente corriente. «En todos los bancos, tiendas, tabernas, gabletes, arcadas, ventanas —escribió—, en todas partes hay retratos tuyos expuestos al público, aunque estén mal pintados y modelados, toscamente tallados, y de muy poco valor.»

El rostro del emperador era ubicuo, pero podía estar representado de diversas formas. Habría que estar medio ciego para no percatarse del cambio drástico que se había operado en el aspecto del gobernante casi a comienzos del siglo II d. C. Con el acceso de Adriano en 117 d. C., después de más de cien años de retratos imperiales sin rastro de pelo facial (solo una mínima barba incipiente si estaban de duelo), empezaron a representar a los emperadores con barbas completas, una moda que se prolongó durante el resto del siglo y bastante después del período que abarca este libro. Es una forma segura de fechar todas las cabezas imperiales que ahora adornan las estanterías de los museos: si tienen barba, son de después de 117 d. C.



73. Cabeza de Adriano chapada en bronce, con su característico pelo facial. Estuvo expuesta en una ciudad del norte de Italia (Velleia, cerca de la moderna Parma).

Cabeza de Adriano chapada en bronce procedente de Velleia, Museo Archeologico Nazionale, Parma. Foto © DEA / A. De Gregorio / De Agostini / Getty Images

Este cambio no puede haber sido un simple capricho de la moda ni, como especulaba un escritor antiguo, una estratagema de Adriano para ocultar sus granos. Sin embargo, el motivo sigue siendo un enigma. ¿Acaso un intento por emular a los filósofos griegos del pasado? Adriano era un conocido admirador de la cultura griega, igual que el filosófico Marco Aurelio. ¿Fue, pues, parte de un intento por intelectualizar al poder imperial romano, por representarlo en términos griegos? ¿O apuntaba en la dirección contraria y se remontaba a los rudos héroes militares de la Roma más primitiva, anterior incluso a la época de Escipión Barbato de comienzos del siglo III a. C.,

cuando lucir barba parecía algo excepcional en un romano? Es imposible saberlo, y no existe ningún texto antiguo que explique la aparición de las barbas. No obstante, constituyen un indicio de que en palacio alguien pensaba detenidamente en la imagen imperial, valorando incluso el pelo facial, y, por la razón que fuese, estaba dispuesto a romper con la tradición.

Por más importantes y visibles que fueran estas novedades, las estructuras básicas del poder imperial, tal como las había formulado el primer Augusto, permanecieron inmutables a lo largo del gobierno de estos catorce emperadores, con independencia de quien ocupase el trono: a Tiberio casi a principios del siglo I d. C. no le hubiera resultado difícil ponerse en la piel imperial de Cómodo casi a finales del siglo II. Todos continuaron ostentando el título de «Augusto» entre una larga ristra de nombres a menudo similares. Hay que estar siempre muy atento para distinguir a César Publio Elio Trajano Adriano Augusto de su sucesor en el trono, César Tito Elio Adriano Antonino Augusto Pío, ambos conocidos como Adriano y Antonino Pío. En su presencia siempre se les llamaba a todos César. «Ave, César, los que van a morir te saludan», el saludo que los gladiadores gritaban en ocasiones al emperador antes de los combates, habría sido una forma apropiada de dirigirse a todos y a cada uno de ellos.

Todos siguieron el precedente augústeo de consolidarse en el poder mediante construcciones, haciendo ostentación de su generosidad con el pueblo y exhibiendo sus hazañas militares. Si no lo hacían, se les criticaba con dureza. La construcción más famosa de Vespasiano, el anfiteatro inaugurado bajo el mandato de su hijo Tito en el año 80 d. C., era una astuta combinación de estos tres objetivos. Conocido finalmente como el Coliseo, por una estatua

colosal de Nerón que había justo al lado y que aún se conservó mucho tiempo después de la muerte de Nerón, era simultáneamente un enorme proyecto constructivo (se necesitaron casi diez años para terminarlo y se utilizaron 100 000 metros cúbicos de piedra), una conmemoración de su victoria sobre los judíos rebeldes (el botín de guerra sirvió para sufragar el proyecto) y un conspicuo acto de generosidad hacia el pueblo romano (el recinto para entretenimiento popular más famoso jamás construido). Era también una crítica a su predecesor, erigido en el emplazamiento donde antes estaba ubicado el parque privado de Nerón.

Pese a ello, los catorce emperadores heredaron también los problemas y las tensiones que Augusto les había legado, porque el «modelo augústeo», aunque en algunos aspectos sólido y duradero, en muchos otros era un precario ejercicio de equilibrio. Había dejado algunos asuntos peligrosamente sin resolver. En particular, Augusto nunca había solucionado el problema de la sucesión al poder imperial. El papel del Senado y la relación entre el emperador y el resto de la élite seguían siendo objeto de enconadas controversias. Y, en general, todavía quedaban incómodas cuestiones acerca de cómo definir y representar el poder del gobernante del mundo. Por ejemplo, ¿cómo encajaba el alarde de *civilitas* o la idea de que era simplemente el «primero entre iguales» («*primus inter pares*» del lema latino) con los inmensos honores imperiales y el estatus casi divino del emperador? ¿Cuán cercano a un dios estaba el dirigente romano?

Todos los emperadores y sus consejeros tuvieron que lidiar con estos dilemas, que subyacen justo tras la superficie de muchas de las escabrosas anécdotas. Varias de las historias del envenenamiento de herederos imperiales, por

ejemplo, apuntan a la incertidumbre de los derechos de sucesión. Las insultantes mofas de Cayo a sus sufridos cónsules reflejan la espinosa relación entre el Senado y el gobernante. Por consiguiente, abordaremos ahora estos conflictos característicos del poder imperial: la sucesión, el Senado y el estatus del emperador, divino o no. Son tan importantes para nuestra comprensión del funcionamiento de la política romana como los monumentales proyectos constructivos, las campañas militares y las generosas donaciones, aunque mucho más importantes que todas las pintorescas historias de crímenes, conspiraciones o caballos nombrados cónsules.

SUCESIÓN

El asesinato de Cayo fue un caso de cambio de régimen particularmente sangriento, pero la transmisión del poder imperial en Roma a menudo se producía a través de homicidios. A pesar del impresionante índice de supervivencia de los emperadores (catorce gobernantes en casi doscientos años es un testimonio de estabilidad), el momento de la sucesión estaba plagado de violencia y rodeado de acusaciones de traición. En 79 d. C., Vespasiano fue el único emperador de las dos primeras dinastías que murió sin que aflorasen rumores de juego sucio. Cayo, Nerón y Domiciano encontraron muertes violentas. Los fallecimientos de todos los demás estuvieron rodeados de rumores de asesinato. Los nombres, las fechas y los detalles cambian, pero la historia es la misma. Algunos decían que Livia había envenenado a Augusto para facilitar el acceso de Tiberio al trono; era creencia general que Tiberio había sido envenenado o asfixiado para allanar el camino de Cayo; Agripina presuntamente despachó a su esposo Claudio con unas setas envenenadas en su exitosa apuesta por que su hijo

fuera emperador; y algunos decían que Domiciano había participado en la temprana muerte de Tito, contrariamente a lo que cuenta una prometedor historia del Talmud, que asegura que después de que Tito destruyera el Templo de Jerusalén, se le metió un jején por la nariz y poco a poco le fue comiendo el cerebro.

Muchas de estas historias son mera ficción. Es difícil de creer que la ya anciana Livia se tomase la molestia de untar con veneno los higos que crecían en un árbol y que después convenciese a su marido para que se los comiese. Verdaderas o no, lo que hacen es subrayar la incertidumbre y el peligro en la transmisión de poder. El mensaje era que la sucesión casi nunca se producía sin lucha o sin una víctima. Este era el modelo que se remontaba también a los mitos de los primeros reyes: gozaron de largos reinados, pero solo dos de los siete fallecieron de muerte natural. ¿Por qué era tan difícil? Y ¿qué soluciones encontraron los romanos?

El primer Augusto trató de que el gobierno de un solo hombre fuera permanente y quiso conservarlo en la familia. No obstante, la serie de muertes entre los señalados como sucesores y la falta de hijos vivos de su matrimonio con Livia trastocó sus planes. A lo largo de la primera dinastía, la sucesión siguió siendo peligrosa, porque diferentes reivindicaciones de distintas ramas del árbol genealógico de la familia Julio-Claudio se enfrentaron. No obstante, los problemas eran más importantes e iban más lejos, no habrían desaparecido aunque la pareja imperial hubiera tenido una docena de hijos varones sanos.

Augusto intentó inventar desde cero un sistema de sucesión dinástica en el marco de un conjunto fluido de leyes romanas sobre la herencia de estatus y la propiedad. Esencialmente, en la legislación romana no había

presunción alguna de que el hijo primogénito fuera el único y principal heredero. El sistema moderno convencional de primogenitura es un mecanismo de seguridad para eliminar cualquier duda acerca de quién ha de ser el sucesor, aunque, al utilizar el orden de nacimiento como único criterio, se corre el riesgo de sentar en el trono a algunos titulares decididamente inadecuados. En Roma, el primer hijo varón del emperador debía de tener cierta ventaja para suceder a su padre, pero nada más. El éxito del acceso al trono descansaba también en las maniobras entre bambalinas, en el apoyo de grupos claves de interés, en estar preparado para el puesto y en la esmerada manipulación de la opinión. También era esencial estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. La única manera fiable de garantizar una transición pacífica era tener un nuevo emperador al instante para llevar el anillo grabado del viejo Augusto, mientras este exhalaba su último suspiro, sin dejar ningún incómodo resquicio. De esto precisamente se percataron los fabricantes de rumores: la mayoría de acusaciones de envenenamiento en la dinastía Julio-Claudia presentan el asesinato no como parte de un complot para aupar a nuevos candidatos al poder, sino como un intento de ajustar los tiempos y de asegurar una sucesión sin fisuras al hombre señalado como probable sucesor.

Estas incertidumbres sobre cómo establecer la legitimidad de una pretensión al poder ayudan también a explicar la imagen característicamente asesina de la corte romana imperial, donde el peligro parecía acechar en los hijos. Reinaba tal ambiente de sospecha que, según decían, Domiciano había hecho revestir las paredes del palacio con piedra reflectante para poder ver quién se le acercaba por la espalda. Sin ningún sistema acordado para la transmisión de poder, todo pariente era válido como rival potencial del

emperador o de su probable heredero. De ahí que aquellos que estaban a la sombra de la familia imperial se encontrasen en una posición muy peligrosa. Puede que muchas de las historias sean más fantasía que realidad. La élite romana no era por naturaleza especialmente cruel y despiadada, aunque sea esta la imagen que se le atribuya en las películas y la ficción. Lo que *sí* era despiadado era la lógica fundamental de la sucesión imperial. Tácito lo capta a la perfección, con su característico cinismo, cuando describe los acontecimientos de comienzos del reinado de Nerón en el año 54 d. C. «La primera muerte bajo el nuevo emperador», empieza, dando a entender que habría muchas más, fue la de Marco Junio Silano Torcuato, gobernador de Asia. Era un hombre sin ninguna clase de ambiciones, tan descaradamente apático, explica Tácito, que Cayo le puso el acertado apodo de Oveja de Oro. Pero su muerte era inevitable y el motivo obvio: «Era bisnieto de Augusto».

Había rutas alternativas para llegar al poder. Una de ellas era precisamente la que el primer Augusto había intentado excluir: la elevación por el ejército. En 41 d. C., la Guardia Pretoriana de Roma había desempeñado un papel destacado al sentar a Claudio en el trono. En el año 68 d. C., para citar de nuevo a Tácito, «el secreto del gobierno imperial quedó al descubierto, podía nombrarse un emperador en cualquier lugar distinto de Roma». «Cualquier lugar distinto de Roma» es un eufemismo de «por las legiones de las provincias», porque cada uno de los cuatro rivales aspirantes a sustituir a Nerón estaba respaldado por unidades del ejército de distintas provincias. Al cabo de dieciocho meses, Vespasiano ascendió al poder en Oriente, sin ninguna relación de nacimiento con la dinastía Julio-Claudia. Sin embargo, es evidente que él y sus partidarios comprendieron que la fuerza militar por sí sola no era suficiente para

asegurar su posición. A pesar de la imagen pragmática que más tarde proyectaría, al principio de su mandato noticias generalizadas de los milagros que había obrado sustentaron sus pretensiones al trono. Se decía que en Egipto, justo antes de su proclamación como emperador, había devuelto la vista a un ciego escupiéndole en los ojos y que había curado la mano atrofiada de otro hombre poniéndose de pie sobre ella. A pesar de la manipulada exhibición que subyacía tras aquellos informes (y a pesar de la asombrosa similitud con otro obrador de milagros más conocido del siglo I d. C.), se dice que testigos oculares dieron fe de curas milagrosas años después, mucho después de la muerte de Vespasiano.

Los pretorianos siguieron influyendo en la sucesión imperial: indudablemente, nadie habría podido mantenerse en el trono si las tropas de la ciudad se hubieran opuesto a él activamente. No obstante, durante el período que abarca hasta 192 d. C. nunca volvieron a maquinar un golpe semejante al de 41 d. C., ni tampoco crearon las legiones de las provincias a ningún otro emperador. Ello se debe en parte a que desde finales del siglo I d. C. —tras un breve interludio de sucesiones relativamente tranquilas en las que Vespasiano fue sucedido por sus dos hijos naturales— se elaboró una ruta alternativa al trono, que al parecer sorteaba algunas de las antiguas dificultades: la adopción.

En Roma, la adopción nunca había sido el recurso principal de una pareja sin hijos para formar una familia. Si alguien quería un bebé, no tenía más que dirigirse a un vertedero para encontrar uno. Entre la élite, la adopción siempre había sido un medio de transmisión de estatus y propiedad y la continuación del nombre de familia en ausencia de hijos vivos. Lo más habitual era que los adoptados fueran distinguidos adolescentes o adultos en

lugar de bebés, cuyo alto riesgo de fallecimiento los convertía en un mal negocio. Así fue como, por ejemplo, Escipión Emiliano, el amigo de Polibio y conquistador de Cartago en 146 a. C., hijo natural de otro famoso comandante romano, Emiliano Paulo, terminó en la familia de los Escipiones.

No es de extrañar que Augusto y sus sucesores de la dinastía Julio-Claudia utilizaran la adopción, igual que hacían otras familias de la élite, para señalar a su heredero favorito entre el amplio grupo de parientes. De ahí que Augusto adoptase a sus nietos y que, tras su muerte, hiciera lo mismo con el hijo natural de Livia, Tiberio; asimismo, Claudio adoptó a Nerón, el hijo de su esposa. No obstante, desde finales del siglo I d. C. surgió un nuevo modelo. Cuando en el año 96 d. C. fue asesinado Domiciano, el Senado ofreció el trono a Nerva, de avanzada edad y sin hijos: una apuesta segura y competente. Entre Nerva y Marco Aurelio los herederos al trono fueron elegidos y adoptados sin evidentes preocupaciones por las relaciones familiares. Algunos no tenían ningún vínculo consanguíneo ni de matrimonio con el emperador reinante, o si lo tenían era muy remoto, y venía de muy lejos. Trajano, el primero adoptado siguiendo esta pauta, era originario de Hispania; las familias de otros procedían también de allí o de la Galia. Eran los descendientes de los primeros colonos romanos en el extranjero, que con toda probabilidad se habían casado en el seno de las comunidades locales, no con la población indígena. No obstante, cumpliendo escrupulosamente el proyecto romano de incorporación, reforzaron el argumento de que el emperador podía venir de las provincias del imperio.

Este nuevo sistema, que funcionó durante gran parte del siglo II d. C., se presentó a veces como un cambio

importante en la ideología del poder político, casi una revolución meritocrática. Cayo Plinio Cecilio Segundo (llamado «Plinio el Joven», para distinguirlo de su tío «el Viejo») justificaba el procedimiento precisamente en estos términos, en un discurso pronunciado al emperador Trajano: «Cuando se trata de ceder el control del Senado y del pueblo de Roma, los ejércitos, las provincias, los aliados a un solo hombre, ¿buscaríais en el vientre de una esposa para que lo engendrara o buscaríais al heredero del poder supremo solo dentro de las murallas de vuestra propia ciudad?... Si ha de gobernar sobre todo, ha de ser elegido de entre todos». Tácito, que escribió también durante el reinado de Trajano, se hace eco de estas opiniones en un discurso que puso en boca de Servio Sulpicio Galba, uno de los pretendientes que accedió brevemente al poder tras la muerte de Nerón. Unos días antes de su fallecimiento, anciano y sin herederos, Galba buscaba a alguien ajeno a su familia para adoptarlo como sucesor. Las palabras de Tácito aparentemente justifican aquella decisión del año 69 d. C., pero en realidad pertenecen al mundo de la adopción imperial de su tiempo: «Bajo Tiberio y Cayo y Claudio —hace decir a Galba—, nosotros los romanos nos convertimos en la herencia de una sola familia... Ahora que la dinastía Julio-Claudia se ha terminado, la adopción elegirá solo al mejor. Porque ser descendiente y haber nacido de emperadores es pura casualidad, y ya no gozan de tan alta estima».

Son palabras bonitas y sugieren una nueva manera de reflexionar sobre la naturaleza del poder y las cualidades del emperador. También en la práctica, el sistema de adopción funcionó en ocasiones con fluidez. A la muerte de Nerva en 98 d. C., la sucesión de Trajano estaba tan blindada que el nuevo emperador tardó más de un año en regresar a Roma desde Germania. No obstante, no era una solución tan

perfecta como algunos de los flamantes relatos antiguos la pintan. Leyendo entre líneas queda claro que los pretorianos habían presionado a Nerva para que adoptase a Trajano (el discurso de Plinio deja entrever torpemente que Trajano le había sido «impuesto» al anciano emperador), aunque las formidables legiones de Trajano en el Rin también debieron de ser un factor determinante. A la muerte de este, casi veinte años más tarde, al margen de lo que en realidad sucediese, las presuntas maquinaciones siguen más bien el modelo Julio-Claudio: hubo rumores de envenenamiento, la adopción de Adriano se anunció en el último minuto, y algunos sospecharon que Plotina, la esposa de Trajano, había manipulado la sucesión en favor de Adriano y ocultado la muerte de aquel hasta que todas las disposiciones estuvieron en orden.

Además, a pesar de la espléndida retórica meritocrática, la adopción todavía se consideraba como la segunda mejor opción para garantizar la sucesión. Cuando Adriano escribió un pequeño poema en honor a Trajano, prefirió llamarlo descendiente de Eneas antes que hijo de Nerva: una fantasía genealógica que quizá aluda también a los orígenes ultramarinos de Trajano. Plinio terminaba su exagerado discurso de alabanza a Trajano con la esperanza de que a su debido tiempo el nuevo emperador tuviera hijos varones y de que su sucesor fuera engendrado en «el vientre de una esposa». Y cuando Marco Aurelio se convirtió en el primer emperador en más de setenta años que tuvo un hijo y heredero que sobrevivió a la infancia, este hijo le sucedió sin fingir que se estaba buscando al hombre más idóneo para el puesto. El resultado fue un desastre. El asesinato de Cómodo en 192 d. C. fue seguido de la intervención de los pretorianos y de legiones rivales procedentes de fuera de Roma y de otra guerra civil, que marcó el principio del fin

del patrón augústeo de gobierno imperial.

Los emperadores romanos y sus consejeros nunca resolvieron el problema de la sucesión. Fueron derrotados en parte por la biología, en parte por las persistentes incertidumbres y desacuerdos sobre la mejor manera de transmitir la herencia. La sucesión siempre acababa siendo una combinación de suerte, improvisación, conspiración, violencia y pactos secretos. En Roma, el momento en que se transmitía el poder fue siempre el momento más vulnerable.

SENADORES

Otro problema que acosó a los catorce emperadores a lo largo de los dos primeros siglos de nuestra era, y que preocupó a los escritores antiguos por encima de cualquier otra cosa, fue la relación entre los ocupantes del trono y los senadores, junto con la cuestión de cómo debía funcionar el Senado bajo una autocracia. Los senadores eran fundamentales para el gobierno del imperio. Entre ellos estaba la mayoría de los amigos del emperador, consejeros, confidentes, comensales en las cenas y compañeros de bebida, así como los hombres que, después de su propia familia, tenían posibilidades de convertirse en rivales, adversarios vehementes y asesinos. Augusto abordó un delicado acto de equilibrio combinando privilegios adicionales para el Senado y un alarde de *civilitas* con un intento de reconfigurar la vieja institución republicana para convertirla en algo parecido a un brazo de la administración en su nuevo régimen.

Era un acuerdo frágil que dejaba el papel político del Senado en manos de un autócrata todopoderoso mal definido. Poco después de la muerte del primer Augusto, Tiberio destapó el problema cuando, retornando por sorpresa a usos antiguos, intentó que los senadores tomaran

decisiones por su cuenta y ellos se negaron insistentemente a hacerlo. Según Tácito, cuando en una ocasión el emperador insistió en que la votación fuese pública, incluido su voto, un agudo senador resumió la situación con fingida deferencia y preguntó: «¿Podríais decirme en qué orden emitiréis vuestro voto, César?». «Si sois el primero tendré algo en qué basarme. Si vais el último de todos, me temo que podría encontrarme sin querer en el lado equivocado.» Se dice que Tiberio interpretó esto como un insufrible servilismo por parte del Senado, y cada vez que salía de aquellas reuniones solía declarar en griego: «¡Hombres dignos de ser esclavos!». Si fue así, no era capaz de ver que el Senado libre que aseguraba que quería era incompatible con su propio poder.

Los relatos romanos de este período, en gran medida escritos desde el punto de vista de los senadores, exageran el distanciamiento y la manifiesta hostilidad entre emperador y senadores. Hay constancia de cifras abrumadoras, más o menos exactas, de senadores ejecutados o forzados al suicidio bajo cada uno de los emperadores, con destacados ejemplos tristemente famosos. La mayoría de los reinados comenzaron supuestamente con rumores conciliadores del emperador respecto al Senado antes de degenerar, en muchos casos, en abierta hostilidad entre el gobernante y algunos segmentos de la élite. En su primer discurso ante la asamblea de senadores, Nerón insistió en que «conservarían sus antiguos privilegios», una promesa que para algunos se reveló totalmente hueca al cabo de unos pocos años. Adriano empezó con bonitas palabras acerca de no condenar a muerte a ningún senador sin previo juicio, aunque no tardó en ejecutar a cuatro ex cónsules sin más pruebas que un rumor de conspiración contra el nuevo gobernante. Tácito no es el único historiador antiguo que evoca un ambiente de sospecha mortal entre el Palatino y la sede del

Senado.

Incluso los senadores disidentes más discretos estaban siempre en peligro a causa de los informadores, que según se decía habían amasado fortunas filtrando al emperador los nombres de aquellos que eran menos leales. Otros no se molestaban en ser discretos y exhibían públicamente su oposición a las adulaciones y halagos de su clase y a los ridículos excesos del emperador en el trono. Por ejemplo, durante el reinado de Nerón, el íntegro Publio Clodio Trasea Peto salió del Senado hecho una furia tras escuchar una carta del emperador que justificaba el (finalmente consumado) asesinato de su madre, se negó a hacer los votos anuales de lealtad al emperador y mostró un decidido rechazo a aplaudir las representaciones teatrales de Nerón. A consecuencia de estos y de otros «delitos», fue juzgado por traición *in absentia*, declarado culpable y obligado a suicidarse. Tácito tenía sus dudas acerca de la utilidad de aquellas arriesgadas protestas. Sobre uno de aquellos gestos de Trasea, escribe: «Consiguió ponerse en peligro sin abrir una senda de libertad para los otros».

En este contexto político, la imagen de Bruto y Casio como defensores de la República libre y del poder senatorial, y como opositores de la autocracia, podría convertirse en un poderoso símbolo de disidencia. Como ya hemos visto, no había ninguna posibilidad realista de retrasar el reloj hasta la «libertad» (para algunos) de los primeros tiempos. El Senado echó a perder su oportunidad de conseguir cierto control en el año 41 d. C. Casi treinta años después, en 69 d. C., cuando Vespasiano, que acababa de ser nombrado emperador, estaba todavía en el extranjero, ni siquiera lo intentó (por lo menos en el relato de Tácito), sino que, en ausencia del nuevo emperador, se dedicó a saldar viejas rencillas entre sus miembros. En cualquier caso, para

entonces la idea de la República se había convertido para muchos en poco más que una inofensiva nostalgia, en una versión de «los viejos tiempos» y en una fuente de anécdotas famosas sobre las virtudes romanas tradicionales. A comienzos incluso del gobierno de Augusto, el historiador Livio salió bien librado a pesar de ser un conocido partidario de Pompeyo Magno, el que fuera enemigo de Julio César. Augusto se burló de él.

Sin embargo, admirar en público a los asesinos de César podía desembocar en algunos casos en una condena a muerte para un senador. Bajo Tiberio, en el año 25 d. C., el historiador Aulo Cremucio Cordo murió de hambre por voluntad propia tras ser juzgado por traición. Su delito fue haber escrito una historia en la que elogiaba a Bruto y a Casio y haber calificado a Casio como «el último romano». El libro fue quemado. El extenso poema sobre la guerra civil entre César y Pompeyo compuesto por Marco Anneo Lucano, que los presenta a ambos llenos de defectos y reconoce solo la verdadera virtud en el republicano e intransigente Catón, escapó de aquel destino y todavía se conserva. No obstante, aquellas consideraciones no podían estar del todo desvinculadas del papel desempeñado por el poeta en el presunto complot contra Nerón y su posterior suicidio.

El poder que tenía el emperador de humillar y perjudicar era también un importante motivo de descontento. La «broma» de Cayo de poder ejecutar a los cónsules con un simple movimiento de cabeza y el numerito de Cómodo con la pobre avestruz decapitada no son más que dos ejemplos de una larga ristra de historias sobre emperadores quijotescos que disfrutaban aterrorizando o ridiculizando a los senadores con todo tipo de ingeniosas tretas.

El historiador Lucio Casio Dión, cuyo vasto compendio abarcaba la historia de Roma desde Eneas hasta sus propios días a comienzos del siglo III d. C., describió algunos de los incidentes más memorables. Como senador bajo el gobierno de Cómodo, fue testigo presencial de algunos de los extravagantes espectáculos de gladiadores organizados por el emperador, pero también relata uno de los ejercicios de amenaza imperial más extraños urdido por Domiciano en 89 d. C. La historia cuenta que el emperador invitó a un grupo de senadores y caballeros a una cena, en la que al llegar encontraron para su horror que la decoración era de color negro, desde los divanes hasta la vajilla y los muchachos sirvientes. El nombre de cada uno de los invitados estaba inscrito en una losa similar a una lápida, y durante toda la noche la conversación del emperador nunca se desvió del tema de la muerte. Estaban todos convencidos de que no vivirían para ver el nuevo día. Pero se equivocaban. Tras su regreso a casa y la esperada llamada a la puerta, en lugar de un asesino se encontraron con un sirviente del emperador cargado con regalos de la fiesta, incluida la losa con su nombre y el muchacho que les había servido personalmente.

Es difícil saber cómo hay interpretar esta historia y de dónde la sacó Dión. Si se basa en hechos, resulta tentador preguntarse si detrás de todo aquello no habría una estrafalaria fiesta de disfraces (sabemos que la derrochadora élite romana disfrutaba presentando elegantes comidas de un determinado color) o si se trataba de una escenificación filosófica por parte del emperador («Comed, bebed y divertíos, porque mañana moriréis» era el lema favorito de la moral romana). No obstante, Dión lo cuenta como un ejemplo de los juegos sádicos del emperador a costa del Senado y de los conflictos endémicos entre el gobernante y

el resto de la élite. Es un relato clásico del temor romano, alimentado por la paranoia, la sospecha y la desconfianza. El mensaje era que ninguna invitación a cenar con el emperador jamás sería lo que parecía.

Sin embargo, hay otra cara muy distinta de este escenario de las relaciones entre Senado y emperador. Después de Cicerón, el escritor epistolar romano mejor conocido es Plinio el Joven, con diez libros de cartas conservadas a su nombre: 247 misivas en los nueve primeros libros y más de cien en el décimo, todas ellas documentando su carrera senatorial bajo los emperadores Nerva y Trajano, con algunas miradas retrospectivas a Domiciano. Los libros del 1 al 9 son cartas a diferentes amigos, textos mucho más elaborados que los de Cicerón, ingeniosamente ordenados y editados en toda su extensión probablemente para formar en conjunto un autorretrato coherente. El libro 10 es un contraste, quizá no tan trabajado, compuesto en su totalidad por la correspondencia entre Plinio y Trajano. La mayoría de cartas se intercambiaron después de que Trajano mandase a Plinio en 109 d. C. al extranjero como enviado especial para gobernar la provincia de Bitinia en el mar Negro. Plinio escribía a casa con regularidad para consultar al emperador sobre temas administrativos o para mantenerlo al día, normalmente sobre asuntos de finanzas locales, programas constructivos demasiado ambiciosos o sobre cómo había que celebrar en la provincia el cumpleaños de Trajano. Aquel era un aspecto importante del protocolo, incluso para emperadores considerados sensatos como Trajano.

A lo largo de toda la colección, Plinio se presenta a sí mismo como la clase de funcionario culto y escrupuloso que Augusto hubiera deseado en un senador. Fue orador y abogado, y se labró un nombre en los tribunales

especializados en disputas de herencias. Su carrera política, que empezó bajo Domiciano y continuó bajo otros emperadores, incluía importantes responsabilidades administrativas —en la financiación del ejército y la vía navegable del Tíber—, así como la habitual secuencia de cargos políticos. Cuando obtuvo formalmente el Consulado, en el año 100 d. C., escribió el discurso a Trajano que abarca, entre muchas otras cosas, el tema de los hijos y de la adopción.

Las cartas de Plinio no están exentas de quejas ni de enojos: se enfrenta a su colega abogado Régulo, a quien asesina sistemáticamente a lo largo de toda su correspondencia, vertiendo particular desprecio sobre su parche ocular y maquillaje; se enoja de forma más bien cáustica y carente de humor cuando los colegas senadores empiezan a manchar las papeletas de votación con chistes indecentes. Pero sobre todo, las cartas ofrecen una imagen luminosa y ligeramente autocomplaciente de la vida senatorial. Plinio escribe acerca del placer que le supone cenar con el emperador (aquí sin lápidas), de su patrocinio de su ciudad natal en el norte de Italia, incluyendo el regalo de una biblioteca, de su apoyo a sus amigos y clientes, de sus actividades literarias y de su afición e interés por la historia. Su respuesta a una carta de su amigo Tácito nos proporciona de hecho el único relato que tenemos de un testigo presencial de la erupción del Vesubio en 79 d. C. (de joven, Plinio había estado en las proximidades en el momento del desastre, y años después el historiador, investigando acerca de aquellos acontecimientos de la historia, le pidió que le contase sus recuerdos). Incluso tenía buenas relaciones con alguien que apreciaba los bustos de Bruto y Casio, sin aparente riesgo para su propia seguridad.

Lo más sorprendente de la carrera de Plinio es su éxito a

lo largo de los diferentes reinados y dinastías, desde el asesinado Domiciano, que fue el primero en descubrirlo y promocionarlo, pasando por el anciano Nerva, hasta el adoptado militar Trajano. Este modelo no era inusual. En una de sus cartas describe una cena ofrecida por Nerva, probablemente en el año 97 d. C. La conversación recayó en uno de los partidarios más despiadados de Domiciano que acababa de morir. «¿Qué creéis que estaría haciendo si todavía viviera?», preguntó el emperador, posiblemente con falsa ingenuidad. «Estaría cenando con nosotros», respondió uno de los invitados más lúcidos. La cuestión era que solo hacían falta unos pequeños reajustes, y una apropiada difamación del último ocupante del trono, para seguir siendo un invitado bien recibido a la mesa del nuevo emperador y trepando por la escalera del poder senatorial. Incluso Tácito, un crítico especialmente cáustico de Domiciano, admitió que su propia carrera había prosperado bajo su odiado gobierno. Otra señal de que las características particulares de los emperadores no importaban tanto como la tradición biográfica insiste en hacernos creer.

Así pues, ¿cómo explicar la diferencia entre estas dos imágenes de la vida senatorial, entre la caballerosa colegialidad y un ambiente de terror, entre el relajado y confiado Plinio y aquellos senadores que eran víctimas de los caprichos crueles del emperador, o de su escuadrón de la muerte? ¿Había acaso dos tipos diferentes de senadores: por un lado, unos pocos desgraciados, y quizá tediosos, que se negaron a seguir adelante con el sistema, que se tomaron los chistes y las exhibiciones del emperador demasiado en serio, airearon su oposición y pagaron por ello; por el otro, la mayoría silenciosa de hombres que se contentaban con servir y prosperar en primera línea de la corte imperial, fuera cual fuese el emperador, dispuestos a votar la quema de libros

cuando hiciera falta y sin pensar en la celebración del aniversario del emperador ni en supervisar el dragado del Tíber bajo sus pies?

En parte probablemente era así. A lo largo de los dos primeros siglos de nuestra era, los senadores cambiaron de forma gradual. Muchos procedían, como Plinio, de familias nuevas o relativamente nuevas, y cada vez había más que venían de las provincias. Es posible que estuvieran mucho menos influidos por la fantasía del pasado republicano, que fueran mucho menos sensibles a algunas de las muestras más irritantes del capricho del emperador y que les bastase con seguir en el cargo. También es evidente que la oposición más obstinada al emperador solía venir de familia, una tradición de disidencia transmitida de padres a hijos, y a veces a hijas. El yerno de Trasea Peto, Quinto Helvidio Prisco, siguió sus pasos y sufrió la misma suerte; insistía, por ejemplo, en dirigirse al emperador Vespasiano llamándolo sencillamente «Vespasiano» y en una ocasión en el Senado lo acosó a preguntas hasta casi hacerle saltar las lágrimas.

Sin embargo, no era tan sencillo como esto. Plinio no ignoraba tan alegremente lo que les había sucedido a algunos de los adversarios del emperador mientras que él prosperaba durante el gobierno de Domiciano. De hecho, sus cartas están minuciosamente organizadas para destacar una y otra vez su íntima relación con las víctimas de Domiciano. Una de ellas documenta de forma memorable la grave enfermedad de una anciana dama llamada Fannia («una fiebre constante y una tos que va empeorando»), que no era otra que la hija de Trasea Peto y viuda de Helvidio Prisco. La misiva proporciona a Plinio la oportunidad de elogiar la noble carrera de la dama en el seno de una familia de disidentes senatoriales y de recalcar su apoyo («Mis servicios fueron suyos en los buenos tiempos y en los malos,

los consolé en el exilio y los vengué cuando regresaron»). Esto no encaja del todo con su éxito en el reinado de Domiciano, y una interpretación poco halagadora situaría a Plinio en el papel de colaborador culpable, dando marcha atrás bajo el nuevo régimen de Trajano e inventando un documento de apoyo para la oposición. No obstante, había algo más en todo aquello.

La mayoría de senadores romanos elegían una mezcla de colaboración y disidencia, que el incómodo compromiso del primer Augusto entre el poder senatorial y el servicio senatorial hizo casi inevitable. Los francos opositores del régimen eran sin duda hombres y mujeres de sólidos principios, pero también ciegos —empecinados, podríamos decir— ante el cuidadoso acto de equilibrio y delicada coreografía que en la práctica confería una frágil estabilidad a la relación entre el emperador y el Senado. La mayoría de los senadores era diferente: eran más realistas, menos obstinados y menos confiados en su propio juicio moral. Por las noches, entre amigos, es posible que se entretuviesen con aquellas historias de humillación y abuso de poder que todavía seguimos leyendo. Sin duda simpatizaban con la heroica oposición de los mártires por la causa de la libertad. No obstante, en líneas generales, como Tácito y otros muchos escritores antiguos, libraban sus batallas en el pasado, contra emperadores a los que no suponía un riesgo demonizar. En sus días, como Plinio, continuaron con su cargo de senadores, como haríamos la mayoría de nosotros.

¡OH, VAYA!, CREO QUE ME ESTOY
CONVIRTIENDO EN UN DIOS...

Una de las grandes cuestiones que subyacían detrás de muchos de los enfrentamientos entre el emperador y los adversarios senatoriales era cómo había que definir, describir

y comprender el poder del gobernante del mundo conocido, y de su familia. La idea de que el emperador era simplemente «el primero entre iguales» estaba en un extremo del amplio espectro de posibilidades, y el estatus de dios, o algo muy parecido, en el otro. Helvidio Prisco con muy poco tacto se alzó entre los primeros negándose a utilizar los títulos imperiales de Vespasiano. Trasea Peto rechazó la extensión de los honores divinos no solo a los emperadores, sino también a sus familiares femeninos. Escenificó una de sus ausencias en el Senado en 65 d. C. cuando se votó la declaración de honores a Popea Sabina, esposa de Nerón, que al parecer murió tras recibir una patada de su marido en el estómago estando embarazada (todavía hoy es objeto de infructuosos debates si fue un trágico accidente o un terrible maltrato doméstico). Entre los honores otorgados, fue declarada diosa. Aquello fue demasiado para Trasea Peto.

Sin embargo, Popea no fue la primera. Se unió a otras mujeres de la familia imperial que se habían incluido en el panteón desde que Julio César fuera declarado dios en el año 42 a. C. Además del primer Augusto, y de Claudio en 54 d. C., las nuevas divinidades decretadas formalmente por el Senado fueron: Drusila, hermana de Cayo; a continuación, Livia «Augusta», como entonces se la llamaba, y Claudia, la hija bebé de Popea, que fue deificada en 63 d. C. tras su muerte a los ocho meses de edad. La divinización oficial les daba derecho a tener un templo con sacerdotes y a recibir sacrificios. No se ha conservado rastro de ningún templo dedicado a Claudia, pero según Dión, pronto se consagró un templo a Popea con el título de «Venus Sabina».

La idea de que un bebé de pocos meses se convirtiese en una diosa debió de ofender a muchos más que a los

disidentes recalcitrantes de Roma. No obstante, ya hemos visto que aquella práctica hacía tiempo que era habitual en muchos lugares del mundo mediterráneo antiguo para representar el abrumador poder político utilizando un lenguaje y una imaginería en términos divinos. Los reyes que sucedieron a Alejandro Magno en la parte oriental del Mediterráneo, al igual que los generales romanos que ocuparon su lugar, fueron objeto de honores y celebraciones a modo de fiestas religiosas y utilizaron epítetos compartidos con los dioses (como el de «Salvador»). Esta era una manera lógica de dar sentido a hombres que habían trascendido el poder humano corriente y de aplicar una categoría existente en la que pudieran encajar aquellos superhombres. La representación del general triunfal como Júpiter en la ceremonia de triunfo y el intento de Cicerón de reinterpretar su pérdida de Tulia en términos de deificación son otros ejemplos de la flexibilidad de una religión politeísta como la de Roma.

El legado de los dos principales monoteísmos del mundo antiguo —el judaísmo y su derivación, el cristianismo— hace que veamos la invención de nuevos dioses, el ajuste y la extensión del panteón y la inestabilidad de la frontera entre humanos y dioses como algo más bien disparatado. Los cristianos en particular ridiculizaban la idea misma de que el emperador evidentemente humano fuera divino y en ocasiones pagaban con la vida su negativa a rendirle honores religiosos. No obstante, esto no quiere decir que el estatus divino del emperador no fuera problemático para los romanos precristianos ni que no hubiera debates y desacuerdos para decidir hasta qué punto era divino el gobernante humano, por no hablar de su familia. Fue otro complicado acto de equilibrio legado a sus sucesores por Augusto, que se mantuvo a horcajadas entre lo humano y lo

divino con más éxito que algunos de los que le siguieron.

Algunas pretensiones imperiales al estatus de divinidad se consideraron siempre indiscutiblemente erróneas. Para la mayoría de los habitantes del Imperio Romano, habría sido un error grueso y una afrenta hiperbólica que un emperador se declarase un dios viviente, como si no hubiera diferencia entre él y Júpiter. Los romanos no eran tontos: conocían muy bien la diferencia entre los auténticos olímpicos y un emperador viviente. Si es cierto (y no una mezquina calumnia) que Cayo convirtió el templo de Cástor y Pólux en el foro en un vestíbulo de su residencia del Palatino, ubicada más arriba, y que se sentaba allí entre las estatuas de los dioses para gozar de la veneración de quien acudiera a ofrecérsela, entonces su comportamiento era un símbolo memorable de megalomanía imperial que rompía todos los protocolos oficiales de adoración imperial. Asimismo era un abuso de poder que un emperador tratase de estirar el panteón romano oficial para acomodar a bebés muertos, novios e incluso hermanas favoritas; Adriano no fue mejor en este aspecto que Nerón o Cayo al convertir a su joven compañero Antínoo en un dios tras su misteriosa muerte por ahogamiento en el Nilo en 130 d. C. La teología del emperador y la familia imperial era mucho más sutil que todo esto y ha de contemplarse en dos partes: primero el estatus divino del emperador viviente, segundo el estatus del fallecido.

En todo el mundo romano, el emperador viviente era tratado de manera *muy similar* a un dios. Se incorporaba en los rituales celebrados en honor a los dioses, había que dirigirse a él con un lenguaje que se solapaba con el lenguaje divino, y se le atribuían poderes similares. El nombre de Augusto, por ejemplo, se incluyó en el texto de algunas letanías religiosas. Los esclavos prófugos podían pedir asilo

aferrándose a una estatua del emperador, igual que si lo hicieran a la estatua de un dios. En la ciudad de Gitión, cerca de Esparta en el Peloponeso, se ha conservado una inscripción que expone con gran detalle los procedimientos para una fiesta ordinaria que tenía que celebrarse durante varios días, con procesiones alrededor de la ciudad, certámenes musicales y sacrificios, y en la que se rendían honores a una pareja de benefactores locales, al emperador en el trono, Tiberio, y a varios miembros de su familia, al general republicano Tito Quincio Flaminio, y, por supuesto, a las tradicionales divinidades olímpicas.

Sin duda había mucha gente, especialmente la que vivía alejada de la ciudad de Roma, para la que el emperador era una figura tan remota y poderosa como un dios olímpico, y que no veía mucha diferencia entre uno y otro. No obstante, en cuanto se especificaban los detalles formales, aparecía una minuciosa distinción entre el emperador y los dioses olímpicos. En Gitión, por ejemplo, y en otros lugares, se describía una diferencia técnica pero crucial. Los sacrificios animales tenían que dedicarse *a* los dioses tradicionales, pero habían de realizarse *en nombre de o para la protección del* emperador viviente y su familia; en otras palabras, el emperador estaba bajo la protección de los dioses olímpicos en vez de ser su igual. En Roma, el que recibía el sacrificio era normalmente el *numen*, o el «poder», del emperador viviente, no el propio emperador. De forma más general, el paquete de honores ofrecidos a la familia imperial en el mundo griego se conocían con el nombre de *isotheoi timai*: es decir, honores equivalentes (*iso-*) a los de los dioses (*theoi*), pero no idénticos. Ignorar la diferencia entre los dioses y el emperador viviente fue siempre una transgresión, por más *divino* que este pudiera ser.

Sin embargo, cuando estaban muertos ya no era lo

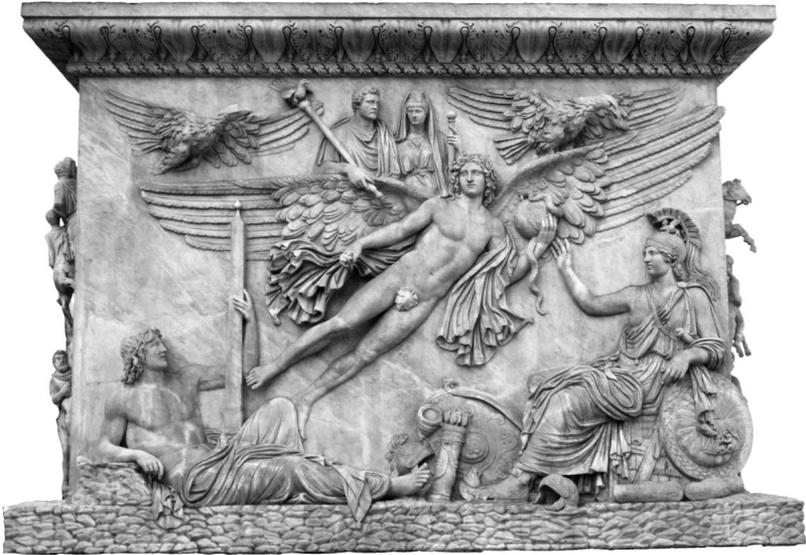
mismo. Partiendo del modelo de Julio César, el Senado podía incorporar al emperador muerto o a alguno de sus familiares más íntimos en el panteón oficial. Se trataba de una decisión que, por lo menos formalmente, estaba en manos del Senado y de un poder póstumo sobre su gobernante que sin duda debía de complacer a más de un senador. En este caso, la distinción entre dioses y emperadores era insignificante: había sacerdotes y templos, se realizaban sacrificios, no en su nombre, sino a ellos, y algunas de las maravillosas imágenes conservadas situaban literalmente a los dioses imperiales en el cielo olímpico (véase lámina 20). No obstante, las diferencias no se eliminaron del todo. Los escritores, intelectuales y artistas romanos se preguntaron en repetidas ocasiones acerca de la naturaleza de la transición de emperador a dios y de cómo alguien que había sido un día un ser humano podía ser divino al siguiente. De manera similar a los requisitos de milagros autenticados exigidos por la Iglesia católica moderna para beatificar a un nuevo santo, también ellos pedían alguna prueba o testimonio. La aparición de un cometa al parecer demostró la apoteosis de Julio César, pero las historias de que Livia había ofrecido una suma de dinero sospechosamente generosa como recompensa al senador que declarase que había visto a Augusto ascender al cielo indican una cierta incertidumbre en cuanto al proceso.

La transición era lo bastante complicada como para provocar chistes y sátiras. Según Suetonio, Vespasiano siguió con su línea realista de ingeniosa autocrítica hasta sus últimas palabras: «¡Oh, vaya!, creo que me estoy convirtiendo en un dios...». Todo el proceso de convertirse, o no convertirse, en un dios constituye el tema de una larga sátira escrita probablemente a mediados de la década de los años 50 d. C. por Lucio Anneo Séneca, antaño tutor y

última víctima de Nerón, supuestamente implicado en una conspiración contra él y forzado a un difícil suicidio. Era tan viejo y correoso que, según una horrible escena de Tácito, le costó mucho desangrarse después de haberse cortado las arterias. El tema de su sátira es el intento del emperador Claudio por ser admitido en la compañía de los dioses. Lo encontramos, justo después de morir (últimas palabras: «Oh, vaya, creo que me he cagado...»), cojeando hacia el cielo para unirse a los dioses. Al principio las cosas parecen alentadoras, especialmente cuando la primera divinidad en saludarlo es Hércules, citando a Homero, hecho que impresiona al emperador fallecido. Sin embargo, cuando llega el momento de juzgar su caso, el divino Augusto, pronunciando su primer discurso en el Senado celestial (lo cual implica que los emperadores deificados ocupan un escalafón más bien bajo en el orden jerárquico), alega una despiadada crueldad de Claudio contra él: «Este hombre, colegas senadores, que os está mirando como si fuera incapaz de matar a una mosca, solía asesinar a la gente con la misma facilidad con la que un perro se pone en cuclillas». Una sombría referencia a aquellos treinta y cinco senadores ejecutados.

No hay duda de que, en la política romana real, Claudio fue divinizado e incluso tuvo sacerdotes y un templo, cuyos restos se han excavado. Pero en esta fantasía no pasa la prueba y se le aplica un castigo dispuesto a su medida. Dada su conocida pasión por el juego, es condenado a pasar la eternidad sacudiendo los dados en un cubilete sin fondo. O esto es exactamente lo que habría sucedido si no hubiera aparecido de la nada el emperador Cayo, lo hubiera reclamado para que fuera su esclavo y entregado a un miembro de su personal para que trabajase durante toda la eternidad como último secretario en el departamento legal

imperial. Esta parodia ofrece una interesante incursión en la nueva burocracia del régimen imperial, con todos sus departamentos especializados. Es un divertido ejemplo que demuestra que los gobernantes fallecidos eran blancos más fáciles y más seguros que sus homólogos vivos. Ridiculiza todo el inverosímil proceso mediante el cual un emperador humano se convertía en un dios. Y, en la fantasía, invierte el asesinato con el que empezaba este capítulo. Claudio puede que se convirtiera en emperador, pero aquí Cayo ríe el último.



74. La basa de la columna (perdida) de Antonino Pío muestra la apoteosis del emperador y de su esposa Faustina. En muchos aspectos es una imagen complicada. A pesar de que aparecen representados ascendiendo juntos al cielo, Faustina murió veinte años antes que su esposo. La criatura alada que los transporta parece más bien un desesperado intento por conjurar los procesos por los que los emperadores se convertían en dioses.

Basa de la columna de Antonino Pío, que muestra la apoteosis de Antonino y Faustina, década de los años 160 d. C., Musei Vaticani. Foto © Vatican Museums and Galleries, Ciudad del Vaticano / Bridgeman Images

CAPÍTULO XI

LOS QUE TIENEN Y LOS QUE NO TIENEN RICOS Y POBRES

Los romanos ricos tenían un estilo de vida lujoso desde cualquier punto de vista, tanto antiguo como moderno. El emperador, con sus residencias palaciales, acres de parques, el esporádico comedor giratorio (otra cuestión es si funcionaba bien o cuál era su mecanismo), paredes cubiertas de joyas y un consumo a una escala que fascinaba a la mayoría de observadores romanos, estaba en la cúspide del espectro, superando incluso a los extraordinariamente ricos. Su fortuna se asentaba en las ganancias de los inmensos feudos imperiales, repartidos por todo el mundo romano, que pasaban de un emperador al siguiente e incluían tanto minas y propiedades industriales como granjas; en la borrosa línea que separaba las finanzas del Estado de las del emperador; y, como a veces se sospechaba, en diversas formas de exacciones, como herencias obligadas si escaseaba el dinero en efectivo (véase lámina 13).

No obstante, muchos habitantes adinerados del imperio también llevaban vidas de comodidad y privilegio. El vehemente rechazo del «lujo» por parte de los romanos y su admiración por la vida campestre sencilla y anticuada coexistían, como ocurre a menudo, con ingentes gastos y costumbres lujosas. Los objetores siempre necesitan algo que objetar y, en cualquier caso, la distinción entre el gusto exquisito (el mío) y la ostentación vulgar (la tuya) es

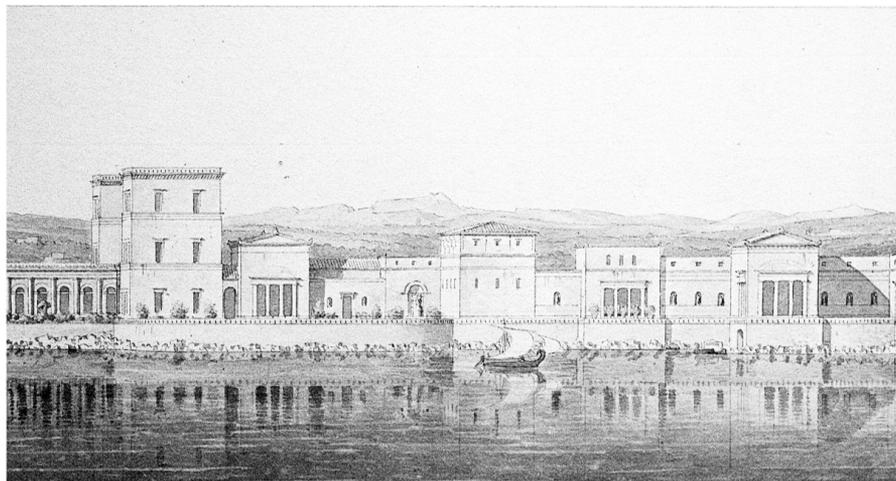
necesariamente subjetiva.

Plinio el Joven —cuyo tío «el Viejo» fue uno de los críticos más estridentes de la extravagancia, en todos los aspectos, desde mesas de una sola pata hasta llevar varios anillos en el mismo dedo— describió su propia villa en el campo, a unos pocos kilómetros de Roma, en una de sus cartas. Era, explicaba, «adecuada a su propósito y no demasiado cara de mantener». A pesar de esta modesta descripción, en realidad era enorme, con comedores para las diferentes estaciones, un baño privado y piscina, patios y pórticos con sombra, calefacción central, abundante agua corriente, un gimnasio, salones soleados con ventanas pintadas que daban al mar, y jardines con escondites donde Plinio, que no era un hombre dado a la ruidosa diversión, podía escapar del bullicio de las fiestas en los escasos días en que los esclavos tenían vacaciones.

En todo el imperio los acaudalados exhibían su riqueza en inmensas y costosas mansiones, que se medían no por la extensión del suelo sino por el número de tejas que había en el tejado (para cumplir los requisitos para ser concejal local, declara la ley, se necesita una casa de 1500 tejas). Se procuraban cuantos placeres pudiera proporcionarles el dinero, desde sedas hasta especias orientales, desde esclavos cualificados hasta costosas antigüedades. También exhibían su riqueza patrocinando servicios para sus comunidades locales. El emperador tenía el monopolio de las construcciones públicas en Roma, pero en las ciudades de Italia y en las provincias, la élite, hombres y mujeres, adquiría prominencia de la misma manera.

Plinio, como era habitual, invirtió parte de su dinero en proyectos de construcción en su ciudad natal de Como, en el norte de Italia, entre ellos una nueva biblioteca pública, cuya

construcción costó un millón de sestercios (el equivalente a la fortuna mínima requerida para ser senador). Su anciana amiga Ummidia Quadratilla, que murió en torno al año 107 d. C., actuó de forma similar en su ciudad natal al sur de Roma. Aunque Plinio la criticó por ser una vieja dama difícil aficionada a los juegos de mesa, hay inscripciones que muestran que también patrocinó un nuevo anfiteatro y un templo, restauró el teatro y sufragó un banquete público («para el consistorio local, el pueblo y las mujeres») para celebrar las nuevas instalaciones. En la lejana y pequeña ciudad de Timgad, en el norte de África, fundada originariamente en los límites del Sahara en el año 100 d. C. como asentamiento de soldados romanos veteranos, un matrimonio local se estaba construyendo en torno al año 200 d. C. un minipalacio de dos plantas por lo menos, no tan espléndido como la villa de Plinio, pero equipado con múltiples comedores, baños privados, jardines interiores, atracciones acuáticas, suelos de costosos mosaicos y calefacción central para los fríos inviernos africanos. Además, patrocinaron un enorme templo y un espléndido mercado, decorado con una docena de estatuas de ellos mismos.



75. Una imaginativa reconstrucción de la villa palacial de Plinio por parte del arquitecto Karl Friedrich Schinkel (1841). Durante siglos, uno de los pasatiempos favoritos de los eruditos ha sido tratar de recrear una imagen o un plano de la misma partiendo de la descripción del lugar que hace el propio Plinio (*Cartas 2*, 17).

Reconstrucción de la villa de Plinio realizada por Karl Friedrich Schinkel (1841). Foto © akg-images



76. La ciudad de Timgad en la moderna Argelia. A través de las ruinas de la ciudad puede verse el gran templo patrocinado por la adinerada pareja junto con su minipalacio. Timgad es uno de los yacimientos romanos más evocadores del mundo, con todas sus instalaciones, desde un conjunto de estupendos lavabos públicos hasta una de las pocas bibliotecas que todavía se conservan de la Antigüedad.

La ciudad de Timgad, Argelia. Foto de la autora

El dinero no podía proteger a los ricos de todas las incomodidades y rigores de la vida antigua. A pesar de que en Roma el emperador vivía a una distancia prudencial de las masas y de que los ricos preferían ubicarse en una o dos zonas en particular (la colina Palatina antes de que el palacio imperial la invadiese es un claro ejemplo), en su mayoría, las ciudades antiguas no estaban divididas en zonas como lo

están las urbes modernas. Los ricos y los pobres vivían codo con codo, casas espaciosas con muchas tejas compartían las mismas calles y distritos con los tugurios. Los romanos no tenían barrios como Mayfair o la Quinta Avenida. Viajar en una silla de manos provista de cortinas, transportada por un equipo de esclavos robustos, debía de proteger a unas cuantas damas y caballeros de los peores aspectos de las vías públicas de cualquier ciudad del imperio. No obstante, la falta de una recogida de desechos organizada, el uso de las calles como retrete (con el contenido de los orinales arrojado sobre los transeúntes desde las ventanas de los pisos superiores, tal como el poeta Juvenal describe la escena, no sin cierta exageración satírica) así como el ruido y congestión de carros y carruajes peleando por encontrar un espacio en las calles a menudo demasiado estrechas para el tráfico de doble dirección debieron de suponer como mínimo un ataque a los sentidos, tanto de los ricos como de los pobres, y a veces peligroso. Como destacada muestra de civilización romana, se suele afirmar que el transporte rodado estaba prohibido en las calles de la ciudad durante el día (como en las zonas peatonales modernas), pero esto se aplicaba como mucho al transporte pesado, o al equivalente antiguo de los camiones tráiler. En realidad, se queja Juvenal, esto hacía que el ruido por la noche fuera casi intolerable para cualquier persona de cualquier nivel: «incluso robaría el sueño a un emperador soñoliento».

Tampoco los gérmenes respetaban la riqueza. Quienes eran lo bastante ricos como para tener propiedades aisladas en el campo tenían la posibilidad de escapar a las recurrentes epidemias de enfermedades que emponzoñaban las ciudades, sobre todo Roma, y procuraban encontrar lugares relativamente libres de mosquitos para pasar los meses de verano. Una dieta más rica también ayudaba a los más

prósperos a resistir enfermedades que los que vivían de raciones de subsistencia no podían resistir. Aun así, las mismas enfermedades, y en gran medida la misma suciedad, mataban a los hijos de los ricos y de los pobres por igual. Cualquiera que acudiese a los baños públicos —y esto incluía en ocasiones también a aquellos que tenían sus propios baños en casa— corría el riesgo de convertirse en víctima de aquel caldo de cultivo de infecciones. Un médico romano sensato tenía toda la razón cuando escribió que había que evitar los baños si se tenía una herida abierta, de lo contrario era muy probable que derivase en una gangrena mortal.

En realidad, incluso en el palacio imperial, los emperadores morían más a menudo de una enfermedad que envenenados. Durante más de una década, desde mediados de los años 160 d. C., gran parte del Imperio Romano sufrió una pandemia, muy probablemente la viruela, al parecer traída por los soldados que servían en Oriente. Galeno, el médico escritor más agudo y prolífico del mundo antiguo, argumentaba casos particulares y daba detalladas descripciones oculares de los síntomas, entre ellos las virulentas erupciones cutáneas y la diarrea. Todavía hoy se discute con vehemencia cuán devastador pudo ser aquel brote. Las evidencias sólidas son escasas, y las estimaciones de mortalidad oscilan entre el 1% y una tasa casi inverosímilmente alta del 30% de la población total. No obstante, en 169 d. C. el emperador Lucio Vero, quien desde el año 161 d. C. gobernó juntamente con Marco Aurelio, fue casi con toda certeza una de las víctimas.

En estos aspectos, en gran medida biológicos, del infortunio había, pues, cierta imparcialidad. Sin embargo, para la mayoría la gran división del mundo romano estaba entre los que tenían y los que no tenían: entre una pequeña

minoría de gente con una considerable riqueza excedente y un estilo de vida que oscilaba entre muy confortable y extravagantemente lujoso, y una inmensa mayoría que abarcaba incluso a la población no esclava, que en el mejor de los casos tenía una modesta cantidad de dinero ahorrado (para más comida, para una habitación más, para joyería barata, para sencillas lápidas), y en el peor eran desposeídos, sin trabajo e indigentes.

Sobre los privilegiados, los que tienen, del mundo romano sabemos muchas cosas. Fueron los autores de casi toda la literatura que se conserva de la Antigüedad. Incluso escritores como Juvenal, que a veces ellos mismos se sitúan entre los socialmente desfavorecidos, tenían en realidad una situación acomodada, a pesar de sus quejas sobre orinales. Son los ricos los que, con diferencia, dejan mayores huellas en los registros arqueológicos, desde soberbias casas hasta nuevos teatros. A lo largo y ancho del imperio, según un generoso cálculo, llegaron a sumar la cifra de 300 000 personas en total, incluyendo a los peces gordos locales relativamente adinerados y a los plutócratas de las grandes ciudades; una cantidad todavía mayor si añadimos a los otros miembros de la casa. Suponiendo que la población del imperio en los dos primeros siglos de nuestra era se situase entre cincuenta y sesenta millones, ¿cuáles eran las condiciones, el estilo de vida y los valores de la abrumadora mayoría, del 99% de los romanos?

Los escritores romanos de la élite eran en su mayoría despectivos con los menos afortunados y menos ricos que ellos. Aparte de su nostálgica admiración por la sencilla forma de vida rural —una fantasía de meriendas campestres y tardes apacibles bajo la sombra de los árboles—, no encontraban virtud alguna en la pobreza ni en los pobres ni siquiera en ganarse un jornal honestamente. Juvenal no es el

único en declarar que las prioridades del pueblo romano son «pan y circos». Frontón, el tutor de Marco Aurelio, argumenta exactamente lo mismo cuando dice del emperador Trajano que «comprendió que el pueblo romano se mantiene a raya con dos cosas por encima de cualquier otra: el reparto de grano y los espectáculos». Cicerón dirigía su desprecio a todos los que trabajaban para ganarse la vida: «El dinero que proviene de la venta de tu trabajo es vulgar e inaceptable para un caballero... porque los sueldos son efectivamente las cadenas de la esclavitud». Así, el que un verdadero caballero estuviese respaldado por los beneficios de sus propiedades y no por el trabajo asalariado, que era inherentemente deshonesto, se convirtió en un cliché moralizante. El propio vocabulario latino captó la idea: el ansiado estado de la humanidad era el *otium* (no tanto el «ocio», como se ha traducido tradicionalmente el término, sino el estado de ser dueño del propio tiempo); cualquier tipo de «negocio» era su contrario indeseable, *negotium* («no *otium*»).

Aquellos que se hacían ricos de la nada eran igualmente objeto de burla elitista, considerados presumidos arribistas. El personaje de Trimalción, el ex esclavo nuevo rico del *Satiricón* de Petronio que ha acumulado una fortuna comerciando con todo, desde tocino y perfume hasta esclavos, es una parodia de ficción cautivadora y a la vez abominable de un hombre con más dinero que buen gusto, que continuamente malinterpreta la conducta de la verdadera élite. Hace que sus esclavos lleven uniformes con diseños más bien vulgares (el portero de la puerta principal de Trimalción va vestido de verde con un cinturón rojo y se pasa el tiempo pelando guisantes en un cuenco de plata); las paredes de su casa están decoradas con pinturas jactanciosas que narran la historia de su carrera, desde el mercado de

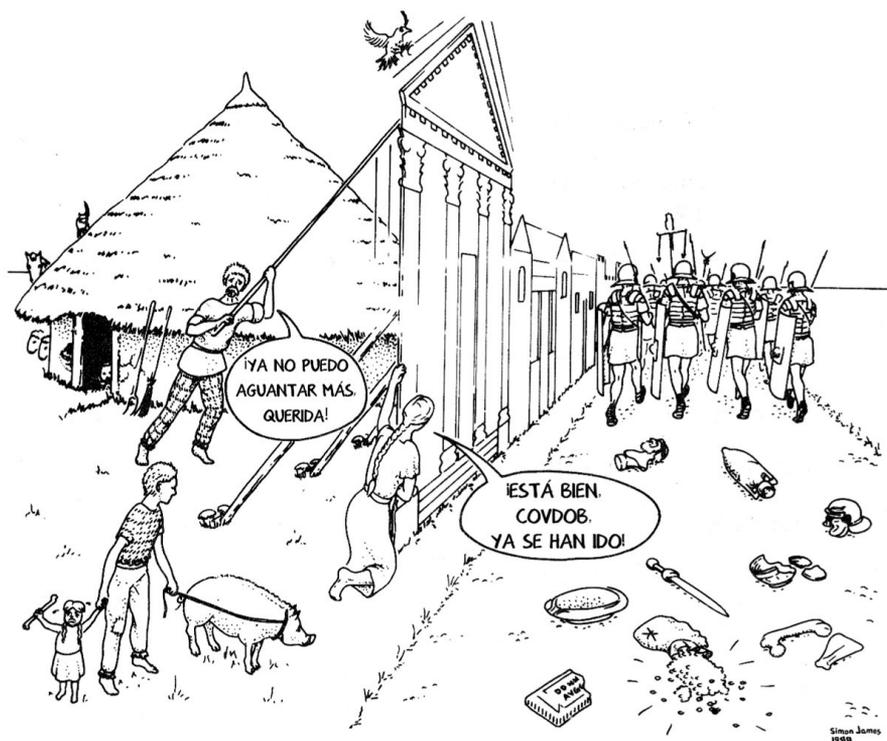
esclavos hasta el actual esplendor, bajo la protección de Mercurio, dios de las ganancias; y la cena que organiza es una combinación imposible de los alimentos romanos más sofisticados, desde lirones, preparados con miel y semillas de amapola, hasta vino de más de cien años, de la cosecha de 121 a. C., «cuando Opimio era cónsul». El ignorante Trimalción presumiblemente no se da cuenta de que el nombre del conservador reaccionario que en 121 a. C. condenó a muerte a tres mil partidarios de Cayo Graco no es precisamente un nombre afortunado para una cosecha, aunque el vino hubiese durado todo aquel tiempo.

Los prejuicios son evidentes, y nos dicen más sobre el mundo de los escritores que sobre sus temas, especialmente si, como sugieren algunos críticos modernos, el propósito de la parodia de Petronio del estilo de vida de la élite era que sus lectores de la élite se percatasen de lo diferentes que en realidad eran de aquel vulgar ex esclavo. La gran pregunta es si podemos, y cómo, recrear una estampa de las vidas de los romanos corrientes que ellos pudieran reconocer. Si la literatura existente aporta estas desdeñosas caricaturas, ¿hacia dónde podemos dirigir la mirada?

GRADOS DE POBREZA

Los aproximadamente cincuenta millones de habitantes del Imperio Romano no estaban englobados en una sola categoría. La sociedad romana no estaba dividida simplemente en un pequeño grupo de los muy ricos y el resto, una masa poco diferenciada, que subsistía en la extrema pobreza. Entre aquellos que no formaban parte de la élite había diferentes grados de privilegio, estatus y dinero, que incluían a numerosas clases «corrientes» o «medias» y también a los muy pobres. Resulta mucho más fácil obtener una instantánea de las vidas de algunas de estas

clases que de otras.



77. Esta viñeta plasma un aspecto del impacto del poder romano en los campesinos corrientes de las provincias. Seguían viviendo en cabañas redondas como siempre habían hecho, pero cuando la ocasión lo requería podían aparentar que abrazaban la cultura romana.

«¡Está bien, Covdoh!», viñeta de Simon James. Reproducida con permiso de Simon James

La gran mayoría de estos cincuenta millones serían campesinos, no las fantasiosas creaciones de los escritores romanos sino pequeños agricultores a lo largo y ancho del imperio, que, unos años, se afanaban por cultivar lo suficiente para poder alimentarse y otros años, con mejor provecho, obtenían un pequeño excedente para vender. Para estas familias, poco importaba quién estuviera en el gobierno, las diferencias no iban más allá de un recaudador de impuestos diferente, una economía más amplia en la que vender sus productos y un mayor abanico de baratijas que

comprar si tenían suficiente dinero sobrante. En Britania, por ejemplo, por lo que nos dicen los restos arqueológicos, no hubo cambios significativos en las vidas de los campesinos durante más de un milenio, desde finales de la Edad de Hierro justo antes de la invasión de los romanos en el año 43 d. C., pasando por la ocupación romana, y hasta la Edad Media. No obstante, no hay apenas testimonios de las actitudes, aspiraciones, esperanzas o temores de estos agricultores y sus familias. La única gente corriente del mundo romano que podemos conocer en este sentido, o cuyo estilo de vida podemos empezar a reconstruir, es la que vivía en los pueblos y ciudades.

Evidentemente había una pobreza urbana extrema. Las leyes romanas prohibían expresamente ocupar las tumbas: «Quienquiera que así lo desee puede demandar a una persona que viva en una tumba o que haga de ella su morada», reza un dictamen jurídico romano. Esto da a entender que había indigentes, tanto locales como forasteros, ciudadanos, nuevos inmigrantes o esclavos fugitivos, que hacían exactamente eso, acampar en las magníficas tumbas de la aristocracia que flanqueaban las carreteras que conducían a las grandes ciudades del imperio. Otros, al parecer, preferían levantar cobertizos al resguardo de cualquier muro que pudiese resultar conveniente, desde arcos hasta acueductos, que, según otras leyes, podían ser demolidos si presentaban un riesgo de incendio o en caso contrario se les aplicaba un alquiler. Las afueras de muchas ciudades romanas no debían de ser muy diferentes de las de las ciudades modernas del «Tercer Mundo», repletas de asentamientos ilegales o barrios de chabolas ocupadas por los hambrientos y los mendigos, pero también por aquellos que trabajaban por su sustento. Los moralistas romanos hacen numerosas referencias a los mendigos —a menudo

para recalcar que es mejor ignorarlos—, y en Pompeya una serie de pinturas que plasman la vida en el foro local incluye una escena en la que un mendigo jorobado con un perro recibe unas monedas de una dama elegante y su criada, que desobedecen el consejo de los moralistas.



78. Dibujo de una de las escenas, ahora muy descoloridas, que ilustran la vida en el foro, procedente de la casa de Julia Félix en Pompeya (siglo I d. C.). Se trata de una rara imagen de interacción entre ricos y pobres en el mundo romano. El mendigo barbudo es sin lugar a dudas un «sin techo», medio vestido, solo con harapos y con un perro por compañía.

Escena del foro procedente de las *Praedia* de Julia Felix, *Antichità di Ercolano* Vol. 3 (1762), Lámina 43



79. El bien conservado bloque de apartamentos que se levantaba junto al esplendor de la colina Capitolina en Roma. Hoy en día ha quedado empequeñecido por el grandioso monumento a Víctor Manuel (que se ve detrás) y es ignorado por la mayoría de transeúntes.

Bloque de una ínsula romana bajo el Capitolino, Roma. Foto de la autora

De hecho, hay menos evidencias de este tipo de indigencia límite de lo que cabría esperar. Los motivos son evidentes. En primer lugar, los que nada tienen dejan muy pocas huellas históricas o arqueológicas. Los efímeros barrios de chabolas no dejan marcas permanentes en el suelo; los que son enterrados sin nada en tumbas sin señalar nos dicen menos de sí mismos que los que van acompañados de elocuentes epitafios. En segundo lugar, y aún más al caso, la extrema pobreza en el mundo romano era una situación que normalmente se resolvía por sí sola: las víctimas morían. Aquellos que carecían de algún mecanismo de apoyo no podían sobrevivir. Ni siquiera el subsidio de grano en la

ciudad de Roma, descendiente de la iniciativa de Cayo Graco en la década de los años 120 a. C., podía garantizar este apoyo. Sin duda esto era indicativo de la responsabilidad del Estado de proporcionar la alimentación básica a sus ciudadanos. No obstante, los beneficiarios eran un grupo inmenso pero todavía limitado y privilegiado, de unos 250 000 ciudadanos varones en los siglos I y II d. C., que recibían lo suficiente para mantener a unas dos personas a base de pan. El subsidio no era una red de seguridad para todos los que llegaban a la ciudad.

Había muchas personas más que ocupaban los siguientes peldaños en la escala de la riqueza, y estos han dejado huellas más claras de sus vidas. Todavía hay un amplio espectro de privilegio y confort. En un extremo estaban aquellos que tenían un sustento relativamente seguro, a menudo fruto de la fabricación, producción y venta de productos desde el pan más básico hasta ropas elegantes. Eran familias que vivían en varias habitaciones, a veces encima de la tienda o el taller, posiblemente con un par de esclavos, a pesar de que ellos mismos fueran ex esclavos o hijos de ex esclavos. Un destello particularmente íntimo de un estilo de vida de este nivel nos lo proporciona una fosa séptica excavada debajo de un pequeño bloque de comercios minoristas y apartamentos en la ciudad de Herculano, vecina de Pompeya, destruida también por la erupción del Vesubio en el año 79 d. C. El contenido de dicha fosa, que todavía está en proceso de análisis, es lo que bajaba directamente de los sencillos retretes de los modestos pisos de arriba, tras haber circulado por los tractos digestivos de los ciento cincuenta residentes más o menos. Era una dieta variada y decente: entre otras cosas, comían pescado, erizos de mar (se han conservado fragmentos de púas), pollo, huevos, nueces e higos (las pepitas pasan directamente por los intestinos sin

digerir). Los que vivían en los pisos superiores utilizaban los retretes como rudimentarios vertederos de basura para deshacerse de cristales rotos y fragmentos de vajilla, pero también tiraban accidentalmente sus gemas. Eran personas que tenían algún dinero para gastar, utensilios domésticos de sobra y joyería que perder.

En el otro extremo del espectro estaban aquellos cuya situación era mucho más precaria: hombres, mujeres y niños sin un comercio permanente o sin habilidades concretas, que buscaban algún empleo temporal en las tabernas y restaurantes o en la industria del sexo, como estibadores o transportistas en los muelles o como peones en la construcción. Había abundante trabajo de este tipo. Una estimación aproximada, obtenida del cálculo de la cantidad total de alimentos básicos —vino, aceite y grano— que había que importar para mantener con vida a un millón de personas en la ciudad de Roma, concluye que se habrían necesitado más de nueve millones de «estibadores» al año para descargar la mercancía del barco a la orilla, en sacos o ánforas. Estos cargamentos habrían proporcionado trabajo a tres mil hombres durante unos cien días. Sin embargo, era estacional, de ahí el uso de trabajadores libres temporales en lugar de esclavos, y esto significaba una subsistencia incierta. Muchas de estas personas debían de pasar hambre, y una serie de lesiones harto reveladoras en los esqueletos conservados (especialmente los dientes) apuntan a diversas formas de malnutrición que no solo afectaban a los más pobres de la ciudad. Probablemente vivían en el equivalente antiguo de los albergues, alquilando por horas o compartiendo una sola habitación con otros y durmiendo por turnos. Sin duda tampoco debían de disfrutar de muchos de los espectáculos que supuestamente eran el sustento y la pasión de los romanos pobres. El aforo del

Coliseo, por más grande que parezca, tenía capacidad para unos 50 000 espectadores, que en una ciudad de un millón significa que el público que asistía a las exhibiciones de gladiadores y las sangrientas cacerías de animales salvajes era relativamente acomodado. No estaba compuesto por esta clase de gente, que, si descendían un peldaño más en la escala, se habría visto obligada a instalarse en una tumba o en un asentamiento de chabolas.

Los enormes bloques de apartamentos de varios pisos (*insulae*, o «islas») comunes en Roma y en el puerto de Ostia simbolizan esta jerarquía entre los romanos corrientes y captan todo el espectro, desde los que vivían razonablemente cómodos hasta los que apenas subsistían. Las *insulae* proporcionaban alojamiento de alquiler con muy alta densidad de población, consiguiendo así que un gran número de habitantes viviesen hacinados en una zona relativamente pequeña de la ciudad de Roma. Constituían una atractiva oportunidad de inversión para los propietarios y al mismo tiempo proporcionaban empleo a los despiadados cobradores de alquileres. El epitafio de un inquilino, Ancarenus Nothus, un ex esclavo que murió a los cuarenta y tres años de edad y cuyas cenizas fueron enterradas en una tumba compartida justo fuera de las murallas de Roma, alude a las habituales quejas en unos sencillos versos, casi como pronunciados desde el más allá: «Ya no me preocupa morir de hambre. / Me he liberado de mis doloridas piernas y de conseguir un depósito para el alquiler. / Disfruto de comida y alojamiento gratis por toda la eternidad». No obstante, a pesar de que el casero representase una pesada losa para todos ellos, algunos inquilinos vivían más cómodamente que otros.

La lógica elemental era que cuanto más abajo del edificio se viviese, más espaciosa y cara era la vivienda, y cuanto más

arriba, más barata, diminuta y peligrosa era, sin instalaciones para cocinar o lavar y sin vía de escape en caso de incendio (que era frecuente). Juvenal bromea diciendo que el que vivía en el último piso («sin nada que lo protegiese de la lluvia más las tejas de la cubierta») era sencillamente el último en morir si se propagaba un incendio más abajo. La lógica es exactamente la contraria de la de los bloques de apartamentos modernos, con los lujosos áticos, y queda perfectamente ilustrada en una de las *insulae* mejor conservadas de la ciudad de Roma y todavía visible justo debajo de la colina Capitolina, a pocos metros de los resplandecientes templos que antaño se levantaban en aquel lugar (literalmente resplandecientes: a finales del siglo I d. C. el templo de Júpiter estaba cubierto por tejas doradas). En este bloque, las tiendas con vivienda en el entresuelo ocupaban la planta baja a nivel de la calle. El primer piso, o planta noble, tenía unos cuantos apartamentos espaciosos; en la cuarta planta, que todavía se conserva, había una serie de pequeños cuartos que probablemente albergaban cada uno a una familia más que a una sola persona; y más arriba debía de ser peor. La falta de planificación urbana de la ciudad hacía que algunas de las grandes celebraciones del Capitolino tuvieran lugar a tiro de piedra del chabolismo de los pisos superiores de los edificios.

El tema del resto del capítulo es el mundo de las personas que ocupaban estos bloques, y otros similares. A decir verdad, será más bien el mundo de aquellos que vivían en los pisos inferiores que el de los que residían en los superiores: cuanta más renta disponible, más evidencias nos dejan. Examinaremos el mundo del trabajo, del ocio, de la cultura y de sus preocupaciones: no solo dónde y cómo vivía la gente que no pertenecía a la élite, sino también cómo se enfrentaba a la desigualdad de la vida romana, de qué

diversiones gozaba y qué recursos tenía contra adversidades de todo tipo, desde delitos menores hasta el dolor y la enfermedad.

EL MUNDO DEL TRABAJO

Cicerón y gran parte de la élite declaraba su desprecio por el trabajo remunerado. No obstante, para la mayoría de la población urbana del mundo romano, como hoy en día, el oficio era la clave de su identidad. Normalmente era un trabajo duro. La mayor parte de la gente que necesitaba unos ingresos regulares para sobrevivir (y eran casi todos) trabajaba, si podía, hasta el día de su muerte. El ejército era una excepción en cuanto que tenía un paquete de medidas de jubilación, pero incluso esto implicaba normalmente trabajar en una pequeña granja. Muchos niños trabajaban en cuanto eran físicamente capaces de hacerlo, tanto si eran esclavos como si eran libres. Se han descubierto en excavaciones esqueletos muy jóvenes con señales claras de duro trabajo físico en los huesos y las articulaciones. Un cementerio en particular, justo fuera de Roma, cerca de una antigua lavandería y fábrica textil, contiene los restos de gente joven que llevaba a sus espaldas años de trabajo pesado (que muestran los efectos de pisar y abatanar tejidos, más que de saltar y jugar a la pelota). Incluso los niños se recuerdan como trabajadores en sus epitafios. Nuestra sensibilidad moderna podría pensar que la sencilla lápida de un niño de cuatro años en Hispania, en la que aparece portando sus herramientas de minería, se erigió en memoria de alguna joven mascota local de los mineros. Lo más probable es que fuera un obrero activo.

Solo los retoños de los ricos pasaban su juventud aprendiendo gramática, retórica, filosofía y cómo pronunciar discursos; o siguiendo el programa menos jugoso, desde la

lectura y escritura hasta el hilado y la música, ofrecido a las niñas. El trabajo infantil era normal. No es un problema, ni siquiera una categoría, que hubieran comprendido los romanos. La invención de la «infancia» y la regulación de la clase de trabajo que podían hacer los «niños» se produciría mil quinientos años más tarde y sigue siendo todavía una preocupación típicamente occidental.



80. Este maltrecho monumento es una de las pocas lápidas que al parecer conmemora a un niño obrero. Este niño de cuatro años lleva en las manos un cesto y un pico, objetos similares a los encontrados en las excavaciones de yacimientos mineros en Hispania.

Lápida de Q. Artulus, niño minero, siglo II d. C., Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto © Sebastià Giralt / Cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Madrid



81. Lápida de un «tintorero de púrpura» del norte de Italia. Debajo de su retrato aparecen las herramientas de su oficio, entre ellas balanzas, redomas y madejas de lana colgando.

Lápida de Cayo Pupio Amico, tintorero, siglo I d. C., Museo Archeologico Nazionale, Parma. Foto © Alinari Archives, Florencia

Sus lápidas ponen de manifiesto lo importante que era el

trabajo para la identidad personal de los romanos corrientes. Mientras que Escipión Barbato y otros como él, que estaban en la cúspide de la jerarquía social, destacaban los cargos políticos que habían ostentado o las batallas que habían ganado, había muchas personas más que se vanagloriaban del oficio que ejercían. Gracias a esto se conocen más de doscientos oficios solo en la ciudad de Roma. Hombres y mujeres (o quienes encargasen sus monumentos) a menudo resumían sus carreras en unas pocas palabras e imágenes, con una descripción de las tareas y algunos símbolos reconocibles de su oficio. Cayo Pupio Amico, por ejemplo, un ex esclavo con el oficio de tintorero de «púrpura» —un tinte especialmente caro, extraído de diminutos moluscos y según la ley solo utilizado para teñir las telas que llevaban los senadores y el emperador—, se describía a sí mismo con orgullo como *purpurarius* y se habían esculpido en la piedra varias herramientas y utensilios de su oficio. Otras tumbas exhibían paneles esculpidos que representaban al fallecido en plena ejecución de su oficio, desde comadronas y carniceros hasta un espléndido vendedor de volatería.

A veces la tumba entera presentaba un diseño todavía más ambicioso con el propósito de exhibir el arte de la persona fallecida, como si quisiera equiparar al hombre o a la mujer con el propio oficio. A finales del siglo I a. C. un panadero emprendedor hizo erigir un inmenso monumento para sí mismo y para su esposa en una excelente ubicación justo fuera de las murallas de la ciudad. Marco Virgilio Eurisaces era probablemente un ex esclavo, que, a juzgar por la envergadura de la tumba, de 10 metros de altura, había ganado una gran suma de dinero con su negocio. El epitafio inscrito lo describe como «panadero y contratista», dato que apunta por lo menos a una cadena de panaderías y probablemente a algunos contratos públicos lucrativos para

el suministro de pan. El edificio entero está construido imitando la forma de utensilios para hacer pan, y rodeando la parte superior, donde en los monumentos oficiales aparecería un friso esculpido representando algo similar a una procesión religiosa o un triunfo, hay en cambio escenas del trabajo diario en una de las panaderías de Eurisaces; se supone que la figura togada que dirige las operaciones es el propio dueño. Si Eurisaces conocía las desdeñosas palabras de Cicerón acerca de la naturaleza del oficio y del trabajo remunerado, entonces esta tumba equivaldría a un buen corte de mangas a todo aquel esnobismo. Asimismo, cualquier aristócrata que pasase por allí podría pensar que aquello tenía un cierto aire a Trimalción.



82. Relieve de mármol que muestra un puesto de vendedor de aves procedente de Ostia, quizá de una tumba o quizá un cartel de la tienda. El segundo personaje de la izquierda parece anunciar la venta y detrás del mostrador una mujer despacha a los clientes. El puesto está montado con jaulas (que contienen un par de conejos) sobre las que se sienta una pareja de monos.

Relieve de mármol que representa un puesto de vendedor de aves, siglo II d. C., Ostia, Museo Ostiense. Foto © Museo Ostiense, Ostia Antica, Roma, Italia / Roger-Viollet, París / Bridgeman Images



83. Tumba de Eurisaces, el contratista panadero. Fechada en el siglo I a. C., se conservó porque quedó incorporada en una torre de la posterior muralla de la ciudad. Los extraños círculos de la fachada representan casi con toda seguridad las máquinas de amasar utilizadas en las grandes panaderías.

Tumba de Eurisaces, Roma, siglo I a. C. Foto © akg-images / Bildarchiv
Monheim / Schütze/Rodemann

No obstante, había algo más en juego que la identidad individual. Había también aspectos sociales y comunitarios, porque los oficios y las artes proporcionaban un contexto para la realización de actividades conjuntas entre los trabajadores, para la promoción de los intereses que tenían en común y para un sentido de identidad compartida. Por todo el imperio florecieron las asociaciones locales de oficios (*collegia*), cuyos miembros eran esclavos y libres, una combinación que refleja la habitual mezcla de estatus en la mayoría de trabajos. En un *collegium* ubicado justo fuera de Roma, las normas redactadas en el siglo II d. C. estipulaban que cualquier miembro esclavo al que se le concediera la libertad tenía que donar un «ánfora de buen vino» a los otros, presumiblemente para la fiesta de celebración. A veces

tenían impresionantes sedes, normalmente una estructura administrativa definida, reglas y regulaciones, cuotas de ingreso y suscripciones anuales, y podían actuar como grupos de presión política, mentideros, clubes para cenar y agencias de seguros de sepelio. Un aspecto de la suscripción de miembros a la asociación consistía en garantizarles un funeral decente, cosa que probablemente explicaría la prominencia de las descripciones de los oficios en los epitafios. Uno era enterrado como carpintero en un funeral pagado por los carpinteros.

Eran muy diferentes de los gremios en el sentido medieval: no establecían requisitos para la práctica de determinadas artes ni imponían lo que en realidad era una afiliación gremial. Tampoco eran exactamente la versión antigua de un sindicato ni de un consorcio. No obstante, por una resolución del gobernador provincial que se ha conservado, parece que los panaderos de Éfeso, en la moderna Turquía, provocaron disturbios a mediados del siglo II d. C. al ponerse en huelga, y Petronio hace que uno de sus personajes del *Satiricón* se lamente de que los panaderos estén (otra vez) aliados con los funcionarios locales para mantener elevados los precios del pan. Sin embargo, en un determinado momento se inventó para estas asociaciones una participación histórica en la sociedad romana. Se contaba la fantástica, pero importante, historia de que el segundo rey de Roma, Numa, había sido su primer fundador y que había incluido a constructores, artesanos del bronce, alfareros, joyeros, tintoreros, procesadores del cuero y músicos. Quienquiera que inventase este sueño, porque era un sueño, le estaba dando a los artesanos y a sus organizaciones una genealogía que se remontaba al pasado más distante imaginable de la historia de Roma.

En Pompeya todavía podemos encontrar evidencias del

aspecto público de oficios y trabajadores. Un ejemplo de ello son los eslóganes electorales en los muros de la ciudad, los anuncios temporales pintados instando a los votantes a apoyar a este o a aquel candidato en las elecciones al consistorio local. No son distintos a los carteles políticos modernos, aunque están más estandarizados, y normalmente adoptan la forma de una sencilla frase del estilo de «Crescens pide que elijáis a Cneo Helvio Sabino edil». Hay algunas muestras de campañas negativas que constituyen variaciones sobre el tema (el anuncio «Los ladronzuelos piden que se vote a Vatia para edil» equivalía a decir «No votéis a Vatia»), pero también hay una serie de carteles en los que un determinado grupo de artesanos brinda su apoyo a un candidato, como por ejemplo los panaderos, los carpinteros, los criadores de pollos, los lavaderos y los arrieros. Se desconoce hasta qué punto este apoyo era formal. No hemos de imaginar necesariamente un voto de adhesión oficial por parte de la asociación local, aunque es posible que así fuera. No obstante, algunos por lo menos se habían reunido para decidir que *como lavaderos* (o lo que fuera...) apoyaban a un candidato más que a otro.

Pompeya nos permite una rara incursión al entorno laboral de algunas de estas personas, en particular al de las lavanderías. El trabajo de lavandería y de procesado textil (una combinación convencionalmente conocida como «abatanado») no era un oficio glamuroso. Uno de los ingredientes básicos en este proceso era la orina humana, origen del chiste atribuido al emperador Vespasiano de que el dinero no olía. Los esqueletos jóvenes hallados en el cementerio cercano a los talleres textiles situados fuera de Roma muestran los intensos esfuerzos y denuedos del trabajo físico requerido. No obstante, uno de los muchos talleres de abatanado de Pompeya ofrece un cuadro

alternativo de esta industria, para el consumo de los propios bataneros. Las zonas donde los hombres, porque en su mayoría eran hombres, apaleaban y procesaban el tejido, cualquiera que fuese la maloliente mezcla que utilizaran, estaban decoradas con pinturas en las que se representaba con exactitud la realización de aquellos complicados y desagradables procesos. Mientras se afanaban durante las largas jornadas de trabajo, los obreros veían justamente aquellas pinturas: una versión de lo que estaban haciendo que les era devuelta de forma saneada, e incluso embellecida (véase lámina 18).

Los rivales de Cicerón se habrían burlado de él, con o sin razón, por ser hijo del propietario de una lavandería. Pero en esta de Pompeya, como en muchas otras, sin duda, en todo el imperio, los lavanderos gozaban de una imagen de la nobleza del oficio, del orgullo de su ejecución y de un sentido de pertenencia, que Cicerón jamás habría soñado.

LA CULTURA DEL BAR

Los romanos de la élite sentían todavía mayor inquietud y desprecio por lo que el resto de la población hacía cuando *no* estaba trabajando. Su afición por las funciones y los espectáculos era una cosa, pero mucho peor eran los bares, las tabernas baratas y los restaurantes donde solían congregarse los hombres corrientes. Se conjuraban imágenes escabrosas de la clase de personas que uno podía encontrar allí. Juvenal, por ejemplo, retrata un antro de mala fama en el puerto de Ostia frecuentado, según él, por asesinos, marineros, ladrones y esclavos fugitivos, verdugos y fabricantes de ataúdes, además del esporádico sacerdote eunuco (supuestamente en su tiempo libre del santuario de la Gran Madre en la ciudad). Un historiador romano que escribió en el siglo IV d. C. se lamentaba de que la gente de

«más baja» ralea se pasaba la noche entera en los bares, y destacaba el ruido especialmente desagradable de los resoplidos que daban los jugadores de dados cuando se concentraban en el tablero e inspiraban aire por la nariz llena de mocos.

También hay constancia de repetidos intentos por imponer restricciones legales o tasas a estos establecimientos. Tiberio, por ejemplo, prohibió al parecer la venta de pastas; a Claudio se le atribuye haber abolido por completo las «tabernas» y prohibido que se sirviera carne hervida y agua caliente (es de suponer que para mezclarla, a la manera romana habitual, con el vino; pero entonces ¿por qué no prohibir el vino?); y Vespasiano, según parece, dictó una ley que no permitía la venta de ningún tipo de comida, salvo guisantes y judías, en bares y cantinas. Suponiendo que esto no sea ninguna fantasía de los antiguos biógrafos e historiadores, no debió de ser más que un gesto inútil, una legislación como mucho simbólica, porque los recursos del Estado romano carecían de medios para imponer su cumplimiento.

Las élites de todas partes tienden a preocuparse por los lugares en los que se congregan las clases bajas, y —a pesar de que sin duda había un lado hostil y charlas groseras— la realidad del bar corriente era más contenida que su reputación. Los bares no eran solo antros de bebida, sino una parte esencial de la vida cotidiana para aquellos que, en el mejor de los casos, tenían instalaciones, aunque limitadas, para cocinar en sus alojamientos. Lo mismo que ocurre con los bloques de apartamentos, la norma romana era exactamente la contraria a la nuestra: los romanos ricos, con sus cocinas y múltiples comedores, comían en casa; los pobres, si querían algo más que el antiguo equivalente a un bocadillo, tenían que comer fuera. Las ciudades romanas

estaban llenas de tabernas y bares baratos, y allí un gran número de romanos corrientes pasaba largas horas de su vida no laboral. De nuevo Pompeya es uno de los mejores ejemplos. Teniendo en cuenta las partes aún no excavadas de la ciudad y resistiendo la tentación (cosa que muchos arqueólogos no han hecho) de llamar bar a todo edificio con un mostrador para servir, podemos calcular que había más de cien lugares de este tipo para una población de alrededor de 12 000 residentes y viajeros que estaban de paso.

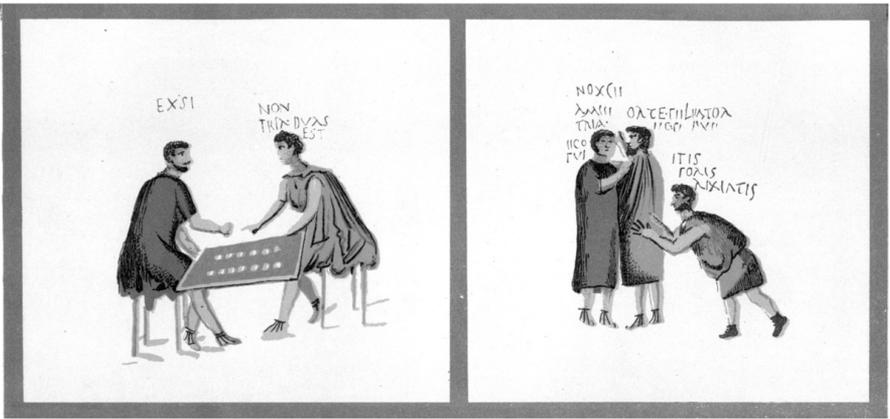
Había un plan de construcción estandarizado: un mostrador que daba a la acera, para el servicio de «comida para llevar»; una sala interior con mesas y sillas para comer allí con servicio de camarero; y normalmente un expositor para comida y bebida, así como un brasero u horno para preparar platos y bebidas calientes. En Pompeya, en un par de casos, del mismo modo que en el taller de abatanado, la decoración consistía en una serie de pinturas que representaban escenas, en parte fantasiosas y en parte reales, de la vida en la taberna. No hay demasiados testimonios de aquella terrible baja moral que los escritores romanos temían. Una imagen muestra el reparto de provisiones de vino en una gran cuba, en otra se ve la consumición de un tentempié debajo de unas salchichas y otras exquisiteces que cuelgan del techo. Los «peores» indicios son una imagen completa de sexo (hoy en día difícil de distinguir porque algún moralista moderno la ha desfigurado), una serie de grafitos del estilo de «Me follé a la dueña» (es imposible saber si se trata de la constatación de un hecho, de un farol o de un insulto) y varias pinturas que muestran a los clientes jugando a dados, presumiblemente por dinero, con resoplidos o sin ellos. En las paredes de un bar, en las que los dibujos van acompañados de bocadillos para aclarar lo que está ocurriendo, el juego provoca una pelea y el lenguaje

es decididamente impropio de caballeros. Tras un polémico lanzamiento («Era un dos, no un tres»), el propietario se ve obligado a intervenir: «Si queréis pelear, salid fuera», dice, como siempre hacen los dueños, mientras los interpelados empiezan a injuriarse el uno al otro («Saqué un tres, cabronazo, gané», «No, venga, mamón, yo lo saqué»).



84. Panorama visto desde un típico bar romano en Pompeya. El mostrador mira hacia la calle con enormes cuencos de los que se servía comida o bebida para que los clientes se la llevaran. Los escalones de la izquierda hacían de expositor para mostrar más comida.

Bar romano, Pompeya. Foto © De Agostini / Getty Images



85. Pelea en un bar por una partida de dados. En esta copia decimonónica de algunas de las pinturas que había en el bar de Salvio en Pompeya, la discusión empieza en el panel de la izquierda. «Exsi» grita uno de los jugadores, «He ganado, ya estoy», mientras que su oponente le disputa la tirada. En la escena siguiente, el propietario, a la derecha, no solo les dice que se marchen, sino que los empuja hacia la puerta.

Copia decimonónica de una pintura del bar de Salvio, Pompeya, de E. Presuhn, *Pompeji* (Weigel, 1882). Foto © akg-images / Florilegius

Las apuestas y los juegos de mesa eran uno de los casos más extremos del doble rasero de la élite romana. Algunos de los aristócratas más nobles eran aficionados a los juegos. Según Suetonio, el emperador Claudio era tan entusiasta que escribió un libro sobre los juegos de dados e hizo adaptar su carruaje para poder jugar mientras se trasladaba. Por su parte, el primer Augusto tenía tal adicción al juego que, en consideración a la bolsa de sus amigos, entregaba a sus invitados grandes cantidades de dinero para que lo usasen en las apuestas (aunque Suetonio da indicios de desaprobación cuando señala que Augusto no trató de ocultar su hábito, y lo compara socarronamente con otra de las supuestas aficiones del emperador: desflorar a vírgenes). Los juegos de mesa no eran solo un pasatiempo de hombres. Eran también la diversión favorita de la anciana Ummidia Quadratilla, aunque Plinio no aclara si jugaba por dinero o no. No obstante, como observa Juvenal, esta vez apuntando con el

dedo acusador a la hipocresía romana, cuando la gente corriente se entregaba a estos juegos, la élite se sentía indignada y lo consideraba «una desgracia».

Una de sus principales objeciones era que el juego de los dados era la puerta de entrada a la delincuencia. La pelea representada en la taberna pompeyana apunta a este aspecto, aunque a escala reducida; elevado a mayor nivel, el protagonismo de «jugadores profesionales» (*aleatores*) entre los partidarios de Catilina insinuaba una relación con la conspiración y la traición. Sin embargo, en el pensamiento de los ricos y poderosos, el efecto desestabilizador del juego era un factor importante. En un mundo en el que la jerarquía de riqueza había estado siempre en correlación con el poder político y el estatus social, la posibilidad, aunque remota, de que se trastocara el orden establecido por un dinero obtenido únicamente del azar era peligrosamente perturbadora. Las riquezas de Trimalción ya eran lo bastante malas, pero la idea de que pudiera amasarse una fortuna mediante el lanzamiento de los dados era mucho peor. Por consiguiente, hubo intentos de controlar el juego entre la población general, de restringirlo a determinados momentos y ocasiones y de limitar la responsabilidad legal de recuperar las deudas contraídas. Esta legislación tuvo el mismo efecto que las restricciones impuestas a los bares. Se han encontrado tableros de juego por todo el mundo romano. Los que se han conservado son de piedra duradera y proceden de tumbas, bares y barracones del ejército o están tallados en el suelo y en los escalones de edificios públicos, presumiblemente con el propósito de entretener a la gente que disponía de tiempo libre.

Los juegos de dados tenían diferentes nombres, distintas reglas de juego y los tableros diferentes diseños. Nadie ha podido reconstruir por completo los detalles del

funcionamiento de estos juegos (es como tratar de imaginar cómo se juega al Monopoly sin instrucciones ni fichas o a las cartas). A pesar de ello, hay un tipo corriente de tablero que ofrece algunos atisbos memorables del ambiente de juego y de la actitud de los jugadores. Dichos tableros se fabricaron para un juego que con toda claridad consistía en mover fichas por treinta y seis puntos, organizados en tres hileras de doce, cada una dividida en dos grupos de seis. Sin embargo, en el lugar correspondiente a las «casillas» que normalmente encontramos en un tablero moderno hay letras del alfabeto, y los jugadores movían sus fichas de letra en letra. Habitualmente dichas letras están cuidadosamente dispuestas para que se lean como palabras, de manera que los tableros proclaman algunos lemas concisos: en seis palabras de seis letras cada una. Eran algunos de los eslóganes de la cultura del bar y de los propios jugadores.

Hay unos cuantos que son severamente moralizantes y que reflejan el lado negativo de la actividad para la que se diseñaron los tableros. «Los despreciables puntos de los dados obligan incluso al jugador hábil a jugar al azar» (INVIDA PUNCTA IUBENT FELICE LUDERE DOCTUM) o «El tablero es un circo. Retírate cuando seas derrotado. No sabes jugar» (TABULA CIRCUS BICTUS RECEDE LUDERE NESDIS). Otros son triunfalistas muy al estilo romano, aunque se remontan a viejos triunfos. «Los partos han sido aniquilados, los britanos conquistados, seguid jugando, romanos» (PARTHI OCCISI BRITTO VICTUS LUDITE ROMANI), proclama un tablero probablemente del siglo III d. C. Otros hacen hincapié en un hedonismo popular más pragmático y aluden a las carreras del Circo Máximo («El circo está abarrotado, la gente grita, los ciudadanos se divierten», CIRCUS PLENUS CLAMOR POPULI GAUDIA CIVIUM) o incluso a

placeres cotidianos más sencillos. En las escaleras del foro de Timgad, un tablero lo resume a la perfección: «Cazar, bañarse, jugar, reír: esto es vivir» (VENARI LAVARE LUDERE RIDERE OCCEST VIVERE).

Estos eslóganes debilitan algunos de los reproches de la élite romana, puesto que plasman las charlas y el placer de la vida de las tabernas, la satisfacción que procuraba a la gente corriente el hecho de ser romanos (desde los circos hasta la conquista), y una sensata visión de lo que era una buena vida y sentirse contento. Rodeado de este tipo de eslóganes se sentaba por las noches en su bar habitual el trabajador medio de las lavanderías de Pompeya, con un vaso o dos de vino (mezclado con agua caliente), un amigo, un tablero y unos dados: y soñaba con ganarse una vida mejor a través de las apuestas.



86. Otra variante de «El circo está abarrotado...». Aquí la última línea (hoy rota por la parte derecha) reza IANVAE TENS: «Las puertas se arquean».

Tablero de juego de una tumba de fuera de Roma, siglo I d. C. ?Foto © The Trustees of the British Museum

Uno o dos sí tuvieron suerte. Un grafito garabateado en Pompeya documenta la alegría de un ganador por su victoria en el juego en una ciudad cercana: «Gané en Nuceria, jugando a dados, 855 ½ denarios. En serio, es la verdad». Era, como bien constata la emoción del que hizo el

garabato, una victoria increíble y una suma sustancial: a cuatro sestercios el denario, la cantidad ascendía a casi 4000 sestercios, o aproximadamente cuatro veces el salario anual de un soldado romano. Debió de suponer un cambio considerable para el ganador. En primer lugar, no podía ser extremadamente pobre, porque como constató el astuto Augusto, el juego requería siempre una apuesta, incluso en los bares y en las esquinas de las calles, y era el entretenimiento de aquellos que tenían cierto dinero de sobra. Es de suponer que una ganancia de este calibre habría significado un alojamiento mejor, ropa nueva, un transporte más rápido (con 500 sestercios se podía comprar una mula nueva) y mejor comida y vino (con un sestercio, según una lista de precios conservada en Pompeya, podía comprarse un vaso, o una jarra, del mejor vino añejo de Falerno, que costaba cuatro veces más que el vino peleón local). No obstante, a pesar de la paranoia de la élite, nada de esto podía socavar los fundamentos del orden social.

AGUANTAR Y APECHUGAR

Cuatro mil sestercios eran, en cualquier caso, una ganancia insólita que iba más allá de los sueños de los jugadores de poca monta de los bares locales. Incluso los eslóganes más simples de los tableros de juegos debían de ser algo a lo que algunos aspiraban. «Cazar, bañarse, jugar, reír» puede que fueran los placeres básicos de aquellos que vivían en poblaciones rurales como Timgad, pero para los hombres y mujeres de la calle en Roma, cazar era tan solo un sueño. Para los que vivían en las plantas superiores de un bloque de pisos, las carreras —como en «El circo está abarrotado...»— habrían sido un premio insólito (aunque más al alcance que los espectáculos de gladiadores: el aforo del Circo Máximo, la principal pista de carreras, era de 250 000 espectadores,

cinco veces el del Coliseo). Incluso aquellos que vivían en los niveles más bajos y más confortables de las *insulae* se enfrentaban, desde nuestro punto de vista, a un futuro incierto. Su confort era siempre precario. Algunos historiadores modernos han especulado que la popularidad de los juegos de azar entre los romanos corrientes tenía que ver con la gran similitud que tenía con la estructura de sus vidas. Para la mayoría de los romanos, la vida era una apuesta, y ganar dinero no distaba mucho de ser una lotería.

El hecho de vivir de forma adecuada en un determinado momento no era garantía de que al siguiente fuera igual. Aquellos que hoy tenían algún beneficio, mañana podían arruinarse a causa de alguna enfermedad que les impidiera trabajar o por las habituales inundaciones e incendios que destruían sus hogares. La magnificencia de los restos de la ciudad de Roma —y sus defensas decimonónicas contra las inundaciones, que han evitado devastadores desbordamientos— pueden distraer nuestra atención de los desastres naturales que se producían repetidamente en el lugar, y que afectaban de manera desigual a los ricos y a los pobres aunque a menudo fueran vecinos. Unos pocos metros de altura adicional, en la ladera de una colina, protegían a una casa rica de las inundaciones que anegaban los bonitos pisos de las *insulae* que estaban a un nivel más bajo. El fuego podía ser un problema para cualquiera. En el terrible incendio de 192 d. C. Galeno perdió el contenido de su almacén cerca del foro, en el que había depositado algunos de sus escritos médicos, instrumentos para la práctica médica, medicinas y otros objetos valiosos (como sabemos por el manuscrito de su ensayo sobre el tema que se redescubrió en 2005). No obstante, era un serio problema para los bloques altos, sobre todo cuando los residentes intentaban cocinar o calentarse con braseros inestables en los

pisos superiores.

Los delitos menores, y no tan menores, a menudo podían dejar a estas personas sin sus ahorros, sin sus preciosas pertenencias, sus ropas o los instrumentos de su oficio. Entonces como ahora, los ricos con sus perros guardianes y el equivalente a los sistemas de seguridad (en forma de esclavos) se quejaban de los delitos perpetrados en las casas y de los robos en las calles. Los pobres eran las víctimas principales. Algunas de las historias que se han conservado en papiros manuscritos descubiertos en el Egipto romano, a menudo más inmediatas e informales que los pronunciamientos públicos inscritos en piedra en otros lugares del imperio, proporcionan relatos personales de delitos cotidianos, violencia y vandalismo que eran endémicos. Un hombre, por ejemplo, se queja de que un grupo de jóvenes habían asaltado su casa, lo habían apaleado («en todas las extremidades del cuerpo») y se habían marchado con sus ropas, entre ellas una túnica y una capa, un par de tijeras y cerveza. Otro se lamenta de que unos maleantes que le debían dinero se habían presentado en su casa y habían atacado a su mujer embarazada, que había abortado y ahora «su vida estaba en peligro». A casi 5000 kilómetros de distancia, en la ciudad de Bath (entonces Aquae Sulis), en la provincia de Britania, otros documentos inscritos apuntan al persistente robo de ropas y accesorios, desde anillos hasta guantes y (sobre todo) capas.

Había pocos recursos, y casi ningún servicio público fijo que mitigase esta situación. En la ciudad de Roma, en el siglo I d. C. había un servicio de bomberos tan reducido y rudimentario, equipado solo con unas pocas mantas y cubos de agua y vinagre para extinguir las llamas, que para cortar el fuego se valía más de la demolición de las propiedades circundantes, lo cual no era mala idea a menos que uno

viviese en una de aquellas propiedades. Tampoco había policía a la que denunciar los delitos o a la que se pudiera pedir una compensación. La mayoría de las víctimas dependía solo de su fuerza o de amigos, familiares o vigilantes locales para desquitarse con la persona a la que consideraba responsable. No había sistema alguno para tratar con efectividad, a través de canales oficiales, los delitos corrientes, solo un ciclo de justicia tosca y venganza brutal. La desdichada esposa encinta que después del ataque tuvo un aborto debió de ser una víctima más de esta situación, a pesar del relato lacrimógeno de su aparentemente inocente y agraviado marido. La historia de un tendero romano insinúa el inicio de otro ciclo. Una noche oscura persiguió a un ladrón que había robado una lámpara de su mostrador. En la reyerta que se produjo, el ladrón sacó un látigo y se puso a azotar al tendero, que tomó represalias y durante el proceso le sacó un ojo al atacante.

El sofisticado edificio del derecho romano, a pesar de su extraordinaria pericia a la hora de formular principios y normas legales, decidir temas de responsabilidad y establecer derechos de propiedad y contrato, tuvo poco impacto en las vidas de aquellos que no pertenecían a la élite y ofrecía poca solución a sus problemas. Cuando intentaban utilizarlo, el sistema estaba simplemente sobrecargado. No sabemos hasta dónde progresaron las quejas de aquellas víctimas corrientes del Egipto romano, aunque iban dirigidas a funcionarios de la provincia con la esperanza de que emprendieran alguna acción legal. Pero sí sabemos, por otro papiro, que en el siglo III d. C. un gobernador de Egipto (que allí recibía el nombre de prefecto) había recibido en solo tres días en un mismo lugar más de 1800 peticiones de personas que querían insistir en su caso o quejarse. La mayoría de casos debieron de barrerse bajo la alfombra.

Por lo general, las instituciones oficiales legislativas no estaban interesadas en los problemas de la gente corriente, o viceversa. A veces, los académicos romanos y especialistas en derecho consideraban que las desgracias de los pobres eran casos complicados; coincidían, por ejemplo, en que el tendero no había actuado de forma ilegal, siempre que el ladrón hubiera sido el primero en utilizar el látigo. En ocasiones todavía más raras, sobre todo en asuntos de herencia y estatus civil, la gente corriente pensaba que valía la pena obtener una normativa legal. En Herculano, por ejemplo, se han descubierto varios documentos escritos en tablillas de cera (todavía pueden verse los arañazos sobre la madera que había debajo de la cera original) que recogen una serie de declaraciones de testimonios tomadas con ocasión de una complicada, y hoy desconcertante, disputa local. La cuestión giraba en torno a si una mujer de la ciudad había nacido esclava o libre. Como la mayoría de gente en el mundo romano, no tenía ninguna prueba formal de su estatus, y en este caso (se desconoce el resultado) alguien tuvo tiempo, contactos y dinero para elevar el caso a las más altas instancias de Roma. No obstante, en general la ley estaba fuera del alcance de la mayoría de la población, que, como enseguida veremos, a menudo consideraba que los juicios y procesos legales eran una amenaza que había que temer más que una posible protección.

Así pues, si no acudían a la ley, ¿dónde podían buscar ayuda la gente corriente, aparte de amigos y familiares? A menudo recurrían a sistemas de apoyo «alternativos», a los dioses, a lo sobrenatural y a aquellos, como los adivinos baratos, que aseguraban tener acceso al conocimiento del futuro y al resultado de los problemas, y a los que, como era de esperar, la élite miraba por encima del hombro. El único motivo por el que conocemos el delito de las capas en la

Bath romana es porque la gente acudió a la fuente sagrada de Sullis, la diosa local, e inscribió una maldición dirigida al ladrón en pequeñas tablillas de plomo y las arrojó al agua. Se han descubierto muchas de estas tablillas con sus desesperados o iracundos mensajes, tal como reza una de ellas: «Docilianus hijo de Brucerus a la más sagrada diosa Sulis, maldigo a aquel que me robó la capa con capucha, sea hombre o mujer, esclavo o libre, que la diosa Sulis le inflija la muerte y no le deje dormir ni tener hijos ahora ni en el futuro hasta que devuelva mi capa al templo de su divinidad». Este texto es típico de muchas tablillas.

Uno de los recursos alternativos, y uno de los documentos más extraños que se conservan de la Antigüedad clásica, nos conduce directamente a los problemas e inquietudes que afligían las vidas de los antiguos hombres y mujeres de la calle. Este texto titulado *Los oráculos de Astrampsico*, en alusión al nombre de un legendario mago egipcio (con el que en realidad no tenía nada que ver), que proclama (inverosímilmente) en la introducción que fue escrito por el filósofo Pitágoras y que fue el secreto de los éxitos de Alejandro Magno, no es más que un manual de adivino listo para usar, que probablemente se remonte al siglo II d. C., siglos después de Pitágoras o de Alejandro. Consiste en una lista numerada de noventa y dos preguntas que uno querría plantear a un vidente, además de una lista de más de mil posibles respuestas. La idea era que el preguntante eligiese la pregunta que mejor encajaba con su problema y le diese el número al adivino, que siguiendo las instrucciones del manual —un inmenso galimatías consistente en elegir más números, restar el número inicial y así sucesivamente—, llegaba por fin a la única respuesta correcta de las mil.

Quien fuera que recopilase los *Oráculos* pensó que estas

noventa y dos preguntas resumían los problemas que con mayor probabilidad plantearía la gente al vidente local de pacotilla. Una o dos cuestiones parecen indicar la existencia de clientes de un nivel relativamente superior. «¿Llegaré a ser senador?», no era precisamente una de las preocupaciones habituales de la mayoría, aunque bien podría ser una pregunta fantasiosa del tipo «¿Me casaré con un hermoso príncipe?», que en el mundo moderno podrían formular quienes no tienen la menor probabilidad de conocer a ningún miembro de la familia real, y menos de casarse con él. Gran parte de las preguntas se centran en inquietudes mucho más corrientes. Algunas, como era de esperar, hacen referencia a la salud, el matrimonio y los hijos. La número 42, «¿Sobreviviré a la enfermedad?», debió de ser una de las más frecuentes, aunque resulta interesante que la de «¿He sido envenenado?» aparezca también en la lista, una sospecha al parecer no limitada a la casa imperial. La número 24, «¿Está embarazada mi esposa?», queda equilibrada por la consulta culpable de «¿Me pillarán pronto en adulterio?» y por «¿Criaré al bebé?», que apunta al antiguo dilema de exponer o no a un recién nacido. Es evidente que también había esclavos entre los supuestos clientes («¿Seré liberado?» y «¿Seré vendido?») y que los viajes se consideraban uno de los peligros más acuciantes («¿Está vivo el viajero?» y «¿Será segura la navegación?»). Pese a todo, la principal preocupación es el dinero y el sustento, que aparecen en una pregunta tras otra: «¿Podré pedir prestado el dinero?», «¿Abriré un taller?», «¿Pagaré lo que debo?», «¿Venderán mis pertenencias en subasta?», «¿Heredaré de un amigo?». La ley, cuando aparece, tiende a ser como una amenaza inminente: desde «¿Estoy a salvo de procesamiento?» hasta «¿Estaré a salvo si alguien me delata?».

El complicado sistema podía dar respuestas buenas, malas y ambivalentes a todas estas consultas. Suponiendo que los clientes se tomaran en serio las respuestas (y debía de haber tantos escépticos como hoy lectores del horóscopo), «No te pillarán en adulterio» era sin duda mejor que «Te pillarán en adulterio, pero todavía no». «No has sido envenenado, pero te han embrujado» simplemente habría suscitado otra inquietud, mientras que «El viajero está vivo, va de camino» en la mayoría de los casos habría sido motivo de celebración. En todo el texto hay un persistente tono de resignación en las respuestas: «Espera», «Todavía no», «Ten paciencia» y «No lo esperes» son las repetidas palabras de consejo.

Este tono está también presente en el único género literario convencional romano que puede alegar un origen ajeno al mundo de la élite: las fábulas de animales. Entre ellas, las historias más famosas se atribuyeron a Esopo, supuestamente un esclavo griego de siglos atrás, que sigue dando nombre a muchas colecciones modernas (*Fábulas de Esopo*). No obstante, en Roma otra figura clave, que adaptó versiones anteriores y compuso de nuevas, con un sesgo específicamente romano, fue Fedro, un ex esclavo de la casa imperial que escribió durante el reinado de Tiberio, a comienzos del siglo I d. C. Muchas de estas historias condensan con agudeza las injusticias de la sociedad romana y ofrecen un punto de vista de abajo arriba, enfrentando a los animales más pequeños como los zorros, las ranas y las ovejas contra las criaturas más poderosas, en forma de leones, águilas, lobos y halcones.

En muy pocas ocasiones el indefenso logra vencer. Por ejemplo, una madre zorra recupera a sus crías, que la madre águila le había arrebatado para alimentar a sus aguiluchos; la zorra inicia un incendio y el águila suelta a los cachorros

para rescatar a su propia nidada. Sin embargo, lo normal es que los dados sean desfavorables a los desvalidos. En una historia, una vaca, una cabra y una oveja van en compañía de un león, pero cuando todos juntos capturan a un enorme y sabroso ciervo, el león se lo queda entero y se niega a compartir. En otra, una grulla mete la cabeza en la garganta de un lobo para sacarle un hueso con el que el animal se estaba atragantando, pero es engañada en cuanto a la recompensa prometida (¿acaso no ha sido suficiente con que no le haya arrancado la cabeza de un mordisco?, pregunta el lobo). En general, el mensaje contrasta fuertemente con las fantasías optimistas de las apuestas. Muchas de estas fábulas insisten en que la única opción real es la de apechugar con la propia suerte. Las ranas le piden a Júpiter que les dé un rey, y él les envía un tronco; cuando le piden uno mejor, reciben una serpiente, que se las come a todas. Una pequeña grajilla, que se engalana con bonitas plumas como si fuera un magnífico pavo real, es rechazada por los pavos por ser una impostora y vuelta a rechazar, esta vez por querer estar por encima de sus posibilidades, cuando trata de regresar con las grajillas. Es la historia de Trimalción con una apariencia distinta y desde un punto de vista distinto.

Una cosa es segura: no hay ayuda ninguna para estas pobres criaturas en la fuerza de la ley. Esto se demuestra de forma despiadada en la historia de la golondrina que acababa de regresar del extranjero y que había construido un nido en el muro de una sala de justicia, donde eclosionaron siete huevos. Mientras la madre estaba fuera apareció una serpiente y devoró a los polluelos. La moraleja de la fábula nos enseña que la ley puede proteger los derechos de algunos, pero no los de las pobres golondrinas, cuyo asesinato tuvo lugar ante las narices de los jueces.

GOLONDRINAS Y SERPIENTES

Teniendo en cuenta el enorme abismo que separaba a los que tenían de los que no tenían en el mundo romano, ¿por qué no hubo un conflicto social y político más abierto? ¿Cómo es posible que en la ciudad de Roma, el emperador y unos pocos miles de ricos, junto con su personal de esclavos, pudieran monopolizar acres de tierra, que incluían las crecientes mansiones y los espaciosos parques en torno a los límites de la urbe, mientras casi un millón de personas se hacinaba en el espacio sobrante? ¿Por qué, para plantearlo en el lenguaje de las fábulas, no se rebelaron las golondrinas contra las serpientes?

Una respuesta es que probablemente hubiera más conflictos de los documentados, aunque fuera en gran parte una guerra de guerrillas más que una revuelta rotunda: huevos podridos arrojados a las cortinas de las sillas de manos que pasaban más que un asalto coordinado a las puertas del palacio imperial. Los escritores romanos no tenían mucho ojo para niveles moderados de agitación, pero los emperadores sin duda estaban inquietos en cuanto a la acogida que se les depararía cuando asistían a los juegos y espectáculos públicos. Y, a pesar de que el orden público no se rompió bajo el gobierno de los emperadores tantas veces como había ocurrido en los conflictos de finales de la República, hay constancia de ocasionales pero violentos disturbios en Roma y en otras ciudades del imperio. La causa principal eran los disturbios por el suministro de alimentos. En el año 51 d. C., Claudio fue bombardeado con pan en el foro (podríamos pensar que era un arma harto insólita teniendo en cuenta la escasez de comida) y tuvo que ser introducido a hurtadillas en el palacio por una puerta trasera. Aproximadamente en la misma época, en Aspendo,

en la moderna Turquía, un funcionario local escapó por los pelos de ser quemado vivo por una turba enloquecida que protestaba contra los terratenientes que habían escondido el grano bajo llave, con la intención de exportarlo. No obstante, la comida no era el único conflicto.

En 61 d. C., un destacado senador fue asesinado por uno de sus esclavos, y el Senado decidió seguir las normas establecidas para semejante delito, que consistían en condenar a muerte a todos los esclavos de la víctima junto con el culpable (la amenaza de un castigo como este tenía por objeto fomentar la delación entre los esclavos). En esta ocasión había cuatrocientos en total, todos inocentes. El pueblo tomó las calles enfurecido por la severidad de la propuesta y como muestra de solidaridad entre esclavos y población libre, que en muchos casos había sufrido antes la esclavitud. No obstante, a pesar de que un número significativo de senadores estaba del lado de los agitadores, el emperador Nerón hizo entrar a las tropas para evitar problemas y ordenó la ejecución de la sentencia.

Otra respuesta es que, a pesar de las inmensas disparidades de riqueza, el desdén de la élite por los menos afortunados y el evidente doble rasero, había una coincidencia cultural mayor de lo que podríamos imaginar entre los ricos y los de nivel «medio» en Roma, o los de las plantas inferiores de los bloques de pisos. Si rascamos la superficie, las dos culturas resultan ser más permeables de lo que a primera vista parecen, la actitud de las golondrinas no es siempre tan drásticamente distinta de la actitud de las serpientes.

Ya hemos visto algunos indicios de ello. Los bocadillos de palabras en el bar y los astutos epitafios (a veces redactados como poesía, con todas las complejas reglas que

la región en latín) sugieren un mundo en el que la capacidad de leer y escribir se daba por sentada. Ha habido interminables debates no concluyentes en los últimos años acerca de cuántos eran exactamente los habitantes del Imperio Romano que sabían leer. En el mundo romano en su totalidad, rural y urbano, el número debió de ser muy bajo, muy por debajo del 20% de los hombres adultos. No obstante, debió de ser mucho más elevado en las comunidades urbanas, donde los pequeños comerciantes, artesanos y esclavos sin duda necesitaban cierto nivel básico de escritura y cálculo para tener éxito en sus oficios (anotar pedidos, contar el dinero, organizar las entregas, etc.). También hay indicios de que una «alfabetización funcional» de este tipo ofrecía a las clases «medias» cierta participación en lo que consideraríamos alta cultura clásica.

Hay más de cincuenta citas de la poesía de Virgilio garabateadas como grafitos en las paredes de Pompeya. Ello no significa que la *Eneida* y sus otros poemas se leyesen en toda su extensión. La mayoría de las citas son las primeras palabras del primer libro de la *Eneida* («*Arma virumque cano*», «Armas y el varón canto») o las primeras palabras del segundo libro («*Conticuere omnes*», «Callaron todos»); versos que probablemente se habían convertido en citas como la de «Ser o no ser». Y muchas de ellas debieron de ser obra de muchachos ricos, para los que Virgilio era un libro de texto escolar. Es una falacia imaginar que solo los pobres escriben en las paredes, pero también sería inverosímil suponer que todos estos garabatos provenían de elevada cuna.

Parece ser que, aunque en diminutas porciones, la poesía de Virgilio era un lujo cultural compartido, para ser citado, adaptado e incluso utilizado para hacer chistes y para jugar. La fachada de una lavandería pompeyana estaba decorada con una escena extraída de la historia de la *Eneida* y

mostraba al héroe Eneas sacando a su padre y a su hijo de las ruinas de Troya y emprendiendo el camino hacia la fundación de la nueva Troya en Italia. Justo al lado algún bromista garabateó, parodiando el famoso primer verso del poema: «*Fullones ululamque cano, non arma virumque*» («Los bataneros y su lechuza canto, no armas y el varón») (aludiendo al ave mascota del oficio de los lavanderos). No puede calificarse de alta cultura, pero indica un marco compartido de referencias entre el mundo de la calle y el de la literatura clásica.

Un caso todavía más asombroso se encuentra en la decoración de un bar pintado en el siglo II d. C. en el puerto de Ostia. El tema principal de la pintura es la clásica alineación antigua de filósofos y gurús griegos tradicionalmente agrupados bajo el título de «Los Siete Sabios»: entre ellos Tales de Mileto, el pensador del siglo VI a. C. famoso por su afirmación de que el agua era el origen del universo, y sus rudos contemporáneos Solón de Atenas, un legislador casi legendario, y Quilón de Esparta, otra temprana lumbrera e intelectual. Algunas pinturas no se han conservado, pero originariamente estaban los siete sabios, sentados en elegantes sillas y portando rollos. Pero había una sorpresa. Cada uno iba acompañado de un eslogan no sobre los temas de política, ciencia, derecho o ética en los que estaban especializados, sino sobre defecación, en la línea escatológica habitual (véase lámina 15).

Encima de la figura de Tales había las siguientes palabras: «Tales aconsejaba a aquellos que cagan duro que se empleen a fondo»; encima de Solón: «Para cagar bien Solón se acariciaba el vientre»; encima de Quilón: «El astuto Quilón enseñaba a tirarse pedos sin hacer ruido». Debajo de los Sabios había otra fila de figuras, todas sentadas juntas en un retrete comunitario de varios asientos (una disposición

habitual en el mundo romano). También ellos pronuncian lemas escatológicos: «Salta arriba y abajo e irás más deprisa» y «Ya viene».

Una forma de explicar esto es que se trata de chistes populares agresivos contra la cultura de la élite. Los muchachos corrientes del bar disfrutaban de cierta diversión escatológica dirigida contra los pilares del estatus intelectual de la élite, situando su sabiduría en términos de retrete. Este podría ser un aspecto de la explicación: rebajar los pensamientos elevados al nivel de la defecación. Sin embargo, era todo mucho más complicado. Estos eslóganes no suponen solo una audiencia alfabetizada, o por lo menos la existencia de suficientes personas entre la clientela del bar capaces de leer las frases a los analfabetos. Para inventar y comprender el chiste había que saber algo sobre los Siete Sabios; si Tales de Mileto no significaba nada para el destinatario, entonces su consejo sobre defecación perdía la gracia. Para propinar un buen derechazo a las pretensiones de la vida intelectual, había que tener cierto conocimiento de la misma.

Hay muchas formas de imaginar la vida en este bar: las tumultuosas carcajadas a costa del humor escatológico, las ocasionales discusiones sobre cuál era exactamente el motivo de la fama de Quilón, las charlas con el propietario, el coqueteo con las camareras. Los clientes acudirían por todo tipo de razones: por una buena comida caliente, para pasar una velada rodeados de una compañía más alegre y placentera que la que tenían en casa o simplemente para emborracharse. Algunos serían de los que soñaban con las riquezas que podía proporcionarles una buena tirada de dados. Otros posiblemente pensaban que era mejor apechugar con la propia suerte que perder el poco dinero extra que tenían en el tablero de juegos. A muchos otros

debía de ofenderles la arrogancia y el desdén, el doble rasero y el estilo de vida de sus vecinos ricos. La ausencia de distritos en las ciudades romanas puede que tuviera su lado igualitario, pero también significaba que los ricos restregaban constantemente sus privilegios por las narices de los pobres.

En lo que todos hubieran coincidido, tanto ricos como pobres, era en que ser rico era un estado deseable y que había que evitar la pobreza en la medida de lo posible. Igual que la ambición de los esclavos romanos era conseguir su propia libertad, no la abolición de la esclavitud como institución, también las ambiciones de los pobres no eran la reconfiguración radical del orden social, sino encontrar un hueco para ellos mismos lo más cercano posible a la cima de la jerarquía de la riqueza. Aparte de los muy escasos extremistas filosóficos, nadie del mundo antiguo creía seriamente que la pobreza fuera digna hasta el desarrollo del cristianismo, que examinaremos más a fondo en el siguiente capítulo. La idea de que el rico pudiera tener problemas para entrar en el reino de los cielos les habría parecido tan peregrina a los que frecuentaban el bar de Ostia como al plutócrata en su mansión.

CAPÍTULO XII

ROMA FUERA DE ROMA

LA PROVINCIA DE PLINIO

En el año 109 d. C., Plinio el Joven abandonó Italia y su lujosa villa rural para viajar durante cuatro semanas, por lo menos, recorriendo más de 3000 kilómetros hasta la provincia de Bitinia. Abogado, defensor y ex cónsul, en aquel entonces al final de la cuarentena, era ahora el nuevo gobernador provincial, nombrado por el emperador Trajano, con un mandato especial para evaluar la situación de las ciudades de aquel lugar. El suyo era un amplio territorio, que se extendía a lo largo de gran parte de la costa sur del mar Negro y cubría más de 38 000 kilómetros cuadrados, incluyendo los restos del viejo reino de Ponto de Mitrídates. Como compañera, Plinio se llevó a su tercera esposa, Calpurnia, unos veinticinco años más joven que él (no le quedaba ningún hijo vivo de ninguno de sus matrimonios). Ella regresó a casa un par de años después, al recibir la noticia de la muerte de su abuelo. Plinio nunca regresó a Italia. Lo más probable es que muriera en el cargo poco después de la marcha de Calpurnia.

Conocemos la actuación de Plinio en calidad de gobernador gracias a que se han conservado unas cien cartas que intercambió con el emperador durante su estancia en Bitinia, sobre la organización y administración de la provincia, sobre disputas legales, regeneración urbana, gestión económica y protocolo imperial. Quienquiera que las seleccionase y publicase para que circularan (porque no constituyen en absoluto el contenido aleatorio del archivo de

Plinio) estaba interesado en presentarlo como una persona de confianza, un hombre recto con buen ojo para los detalles, que se tomó muy en serio el trabajo de la administración provincial. Con frecuencia se nos presenta como alguien demasiado bueno para ser verdad.

Las cartas nos lo muestran inspeccionando escrupulosamente la economía de las poblaciones locales, informando al emperador acerca del estado de sus servicios públicos y pidiendo que se enviasen arquitectos e ingenieros desde Roma. Plinio estaba preocupado por el estado del acueducto de Nicomedia, de los baños de Claudiópolis y del teatro y gimnasio de Nicea; sospechaba que las murallas de seis metros de ancho de este gimnasio tampoco eran estructuralmente sólidas, pero se necesitaba una opinión cualificada. En Nicomedia pensaba establecer un cuerpo de bomberos local, aunque Trajano se lo desaconsejó, aduciendo, de manera harto reveladora, que semejantes organizaciones podían convertirse en grupos de presión política, y sugirió que, en caso necesario, sencillamente proporcionase algún equipamiento para combatir incendios. Plinio también estaba inquieto por cómo debía castigar a los esclavos que habían intentado enrolarse en el ejército, que estaba estrictamente abierto a los nacidos libres; por si debería permitir que el consejo municipal de la ciudad de Nicea se adueñase de las propiedades de todo aquel que falleciera sin haber hecho testamento; y por si Trajano tendría algún inconveniente en que se erigiese una estatua suya en un edificio en el que se enterraban restos humanos.

Los consejos del emperador sin duda tardarían dos meses como mínimo en llegar de vuelta a Plinio, incluso asumiendo que en palacio se diese una respuesta al instante. Sin embargo, Trajano respondía con regularidad, y el tono en ocasiones irritado indica que el propio emperador dictó o

redactó las cartas en vez de pasar simplemente por el escritorio de algún subordinado. Por supuesto, gruñe, que no tenía inconveniente en que su estatua estuviera ubicada cerca de restos humanos, ¿cómo demonios se le había ocurrido a Plinio imaginar que podría considerarlo un insulto?

Probablemente les habría sorprendido a ambos, a Plinio y a Trajano, descubrir que dos mil años después el más famoso de sus intercambios de correspondencia tuviera que ver con un nuevo grupo religioso aparentemente insignificante, pero incómodo y absorbente: los cristianos. Plinio admitía que sabía cómo manejarlos. Para empezar, les había dado varias oportunidades de retractarse y había ejecutado solo a aquellos que se habían negado a hacerlo («sin duda su terquedad e inflexible obstinación han de ser castigadas»). Sin embargo, después hubo muchos nombres que reclamaron su atención, porque la gente había empezado a zanjar viejas disputas acusando a sus enemigos de ser cristianos. Plinio continuó permitiendo que los investigados se retractasen, siempre que demostrasen su sinceridad vertiendo vino e incienso frente a las estatuas del emperador y de los verdaderos dioses. No obstante, para descubrir qué había en el fondo de todo aquello, hizo torturar e interrogar a dos esclavas cristianas (tanto en la Grecia como en la Roma antiguas, los esclavos solo podían testificar legalmente bajo tortura) y concluyó que el cristianismo «no era más que una superstición perversa y subversiva». Solo quería que Trajano le confirmase que aquel había sido el método correcto de aproximación. Y esto es más o menos lo que hizo el emperador, aunque añadió una voz de alerta: «Los cristianos no deberían ser perseguidos — escribió —, pero si son acusados y declarados culpables, han de ser castigados». Esta es la primera discusión sobre el

cristianismo de la que tenemos constancia, al margen de la literatura judía o cristiana.

El contraste con las cartas de Cicerón enviadas desde Cilicia ciento cincuenta años antes no podría ser más acusado. Para Cicerón, la provincia presentaba la oportunidad de hazañas militares y ofrecía sueños a la altura de Alejandro Magno, y era un mundo de hombres (en la República parece que las esposas de los gobernadores tenían prohibición expresa de acompañar a sus maridos al extranjero). Cicerón pinta un cuadro de incertidumbre y desorganización que, a pesar de sus buenas intenciones, solo podía mitigar, no solucionar. Todo ello mezclado con la persistente explotación a bajo nivel de la población por parte del personal provincial romano, incluido Bruto, el asesino de César, cuyos elevados principios políticos no se aplicaban a todos: había intentado sacar el 48% de interés a los desdichados chipriotas. Plinio no parece que tuviera ninguna aspiración a las heroicidades armadas y estaba allí con su esposa, aunque solo podemos imaginar cómo mataba el tiempo la joven Calpurnia. La provincia aparece como un lugar ordenado, donde se aplicaban buenas prácticas económicas y se perseguía la corrupción, donde los servicios locales eran prioritarios en la agenda del gobernador y las diputadas se resolvían dentro de un claro marco legal.

Sería erróneo tomar este contraste en su totalidad al pie de la letra. Es casi seguro que los despachos enviados al emperador tenían un sabor diferente, y transmiten una impresión diferente, de las cartas de Cicerón a amigos íntimos y confidentes. Además, parte del marco legal concreto en el que operaba Plinio se remonta a la era de Cicerón, porque fue Pompeyo quien estableció las reglamentaciones para la nueva provincia tras derrotar al eterno enemigo de Roma, Mitrídates, en la década de los

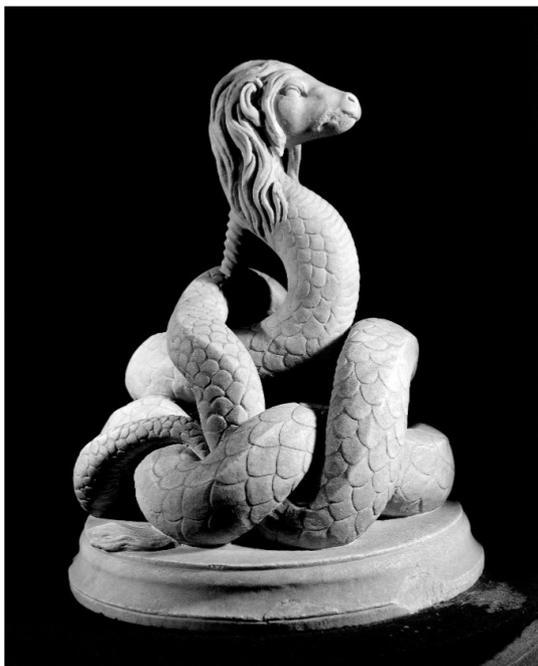
años 60 a. C., y Plinio en más de una ocasión hace referencia explícita a ellas (como la *lex Pompeia* o «código pompeyano»). Incluso Cicerón volcó más de una vez su atención en las irregularidades que se producían en las ciudades provinciales. Sin embargo, a partir del reinado de Augusto hubo un nuevo estilo de gobierno en las provincias, y la correspondencia de Plinio lo capta a la perfección.

Había una nueva claridad en el mando. Plinio se marchó a Bitinia con instrucciones específicas de Trajano y sabía exactamente a quién había de informar. También es evidente que el emperador podía tomar decisiones sobre asuntos de las provincias, asuntos incluso de detalles sobre determinados edificios en determinadas poblaciones, de una manera que nunca había hecho el Senado de la República. Puede que a algunos gobernadores corruptos les gustara comportarse como pequeños autócratas y actuar por iniciativa propia, imponiendo sus propias leyes y viviendo una vida de lujo, fuera del alcance de la capital. Y puede que no todos fueran enteramente leales al hombre que ocupaba el trono. Sin embargo, había una nueva sensación de que los gobernadores eran funcionarios que habían de responder a una autoridad superior en Roma. Como veremos, la administración de palacio, aunque a varias semanas de viaje de muchas provincias, tenía formas de seguir la pista de lo que hacían estos funcionarios lejos de casa.

Aquel era un nuevo mundo de «Roma fuera de Roma», y Plinio nos proporciona una buena guía. Sus cartas suscitan infinidad de preguntas como hasta qué punto era diferente el imperio bajo los emperadores del imperio bajo la República, tanto para los gobernados como para los gobernantes, vencedores o víctimas. Apuntan a dilemas de mayor alcance sobre las relaciones oficiales con los cristianos, que finalmente se convirtieron en uno de los

conflictos más polémicos y divisorios de todo el mundo romano, y aluden a muchas cuestiones importantes sobre la infraestructura del gobierno imperial en este período, desde el papel de los soldados en la administración provincial hasta la organización del transporte oficial. Pero Plinio también tenía sus ángulos muertos.

Plinio no tenía buen ojo para ninguna de las fuentes generales de oposición a los romanos ni para las oportunidades comerciales de aquel gran imperio, y ninguno para percatarse de las diferencias culturales entre su provincia y su hogar. A juzgar por su correspondencia, nadie adivinaría que la lengua principal de su provincia era el griego, no el latín. En un determinado momento Trajano profiere una opinión sobre los métodos griegos para estar en forma: «Estos grieguecillos —escribió, refiriéndose a los provincianos grecoparlantes— son en realidad forofos de los gimnasios». Sin embargo, el comentario de Plinio más cercano a la diversidad cultural lo profiere cuando considera que el cristianismo es «una superstición perversa y subversiva» y trata de llegar al fondo de sus rituales y ceremonias.



87. Representación imaginativa del dios serpiente Glycon en una escultura del siglo II d. C. La escéptica sátira de Luciano sobre el culto del dios cuenta una serie de tretas y artimañas increíbles que inventó para la gente crédula.

Estatua del dios serpiente Glycon, siglo II d. C. Museo de Historia y Arqueología Nacional, Constanza. Foto © akg-images / De Agostini Picture Lib / G. Dagli Orti

La provincia de Bitinia y Ponto, como técnicamente se la conocía, era un mundo alejado de Roma, con una deslumbrante y a veces «exótica» mezcla de tradiciones griegas y locales, como les gustaba señalar a otros escritores antiguos. El ensayista y satírico Luciano —él mismo un sorprendente ejemplo de hibridez cultural, pues era ciudadano romano de Siria cuya lengua materna era el griego— dedicó una sátira entera a un nuevo y extraño oráculo que había surgido en la provincia cincuenta años después de la muerte de Plinio. Se trataba de una serpiente profética con cabeza humana que se hizo muy popular y atrajo la atención de la élite romana empezando por el

emperador Marco Aurelio. Luciano la ridiculizó y calificó de fraude para ganar dinero: un culto basado en una marioneta casera.

Hoy en día, para los historiadores, una de las cuestiones más acuciantes del Imperio Romano es precisamente la manera en que se lidiaron este tipo de diferencias y peculiaridades culturales, hasta qué punto se habían convertido en «romanos» aquellos que vivían fuera de Roma y de Italia y cómo vinculaba la población de las provincias sus tradiciones, religiones y, en algunos casos, literatura a las del poder imperial y viceversa. Al parecer, Plinio no mostró el menor interés en estas cuestiones.

LAS FRONTERAS DEL IMPERIO

La expansión del imperio en tiempos del primer Augusto había tocado a su fin de forma abrupta en el año 9 d. C. cuando, en el proceso de estabilización de las conquistas romanas en Germania, el comandante romano Publio Quintilio Varo perdió más de tres legiones en la batalla del bosque de Teutoburgo, justo al norte de la ciudad moderna de Osnabrück. Fue una derrota que en la imaginación de los romanos estaba al nivel del desastre de Cannas durante la guerra contra Aníbal, y se contaban espeluznantes historias de cómo se sacrificaron en bárbaros rituales a los soldados capturados y de cómo las tormentas y la lluvia contribuyeron a empeorar la masacre. Se dijo que los romanos indefensos no pudieron disparar sus flechas, ni lanzar sus jabalinas, ni siquiera empuñar sus escudos empapados. Al final, las bajas no descendieron del 10% de las fuerzas armadas romanas. Recientemente se han descubierto los restos de algunos soldados junto con sus animales de carga en el emplazamiento, además de cráneos con marcas de profundas heridas en la cabeza. El enemigo victorioso fue un rebelde

germano, Arminio («Hermann el germano», como se le conoce hoy afectuosamente), un hombre que había servido en el ejército romano y en el que Varo había depositado su confianza como amigo leal. Arminio engañó a Varo y le preparó una emboscada tras decirle que iba a reclutar apoyo local para los romanos. Como en otras ocasiones, los adversarios más efectivos de las legiones eran aquellos a los que los propios romanos habían entrenado.

Augusto había planeado expandir el territorio romano hacia Germania oriental más allá del Rin. Se han descubierto claros indicios de sus intenciones en las excavaciones llevadas a cabo a lo largo de los últimos veinte años en una ciudad romana a medio terminar, en Waldgirmes, a unos 100 kilómetros al este del río: el foro central ya estaba construido, incluso había una estatua ecuestre del emperador bañada en oro. Nunca se terminó, porque tras el desastre Augusto abandonó sus planes de conquista, se retiró hacia el oeste y a su muerte dejó instrucciones de que no se expandiera más el imperio.

Sin embargo, aquellas instrucciones no eran tan sencillas, porque, como ya hemos visto, Augusto también dejó un patrón de poder imperial basado en la conquista y en las tradicionales hazañas militares romanas. Y además, legó a sus sucesores, y al pueblo romano, una visión del Imperio Romano que se extendía por todo el mundo. ¿Acaso podía aparcarse a conveniencia la profecía de Júpiter en la *Eneida* de Virgilio, de que los romanos tendrían un poder «sin límites», solo por un único desastre? Este no era el espíritu de Cannas.



88. La cabeza del caballo bañado en oro de Waldgirmes, que aquí aparece en proceso de restauración, es un claro indicio de que antes del revés militar del año 9 d. C. la ciudad se había planificado para convertirse en un centro importante, con toda la gama completa de personajes (incluyendo al propio Augusto montado a caballo). La ciudad ha sido excavada y revela su estado a medio terminar.

Cabeza de caballo encontrada en Waldgirmes, Alemania, siglo I d. C. Foto © PA Images

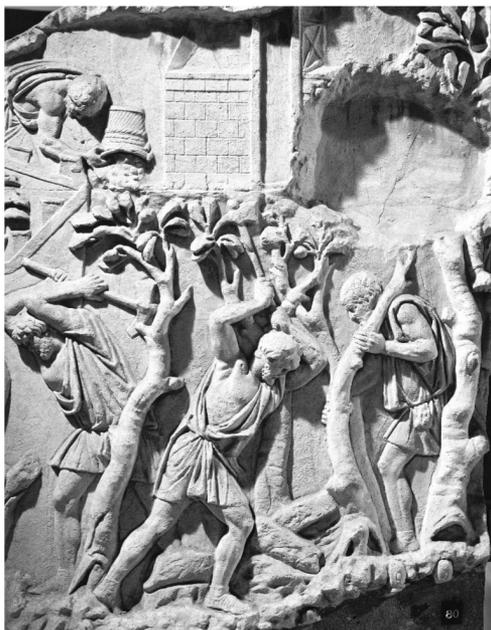
Durante los doscientos años siguientes, hasta finales del siglo II d. C., aquellas dos visiones incompatibles del imperio —consolidación *versus* expansión— coexistieron con una facilidad asombrosa. Hubo unas pocas anexiones al territorio romano. Claudio, por ejemplo, compensó su imagen claramente poco militar atribuyéndose la conquista de Britania y celebró el acontecimiento con una procesión triunfal en 44 d. C., la primera en casi treinta años. Aquello tuvo un considerable valor simbólico. Fue la primera conquista romana en aquellas extrañas tierras situadas más allá del océano (conocido también, en este caso, como el canal de la Mancha) y convirtió la incursión esporádica de

Julio César a la isla cien años atrás en una ocupación permanente. Sin embargo, apenas podía considerarse una expansión a gran escala, y a lo largo de las décadas siguientes prosiguió muy lentamente hacia el norte hasta Escocia. La detallada valoración del geógrafo Estrabón, que escribió en el siglo I d. C., sobre la viabilidad de la anexión de Britania, es en realidad una reveladora ilustración de la nueva y cautelosa cultura imperial. Después de examinar las características de los britanos (altos, de piernas arqueadas y raros) y los recursos de la isla (entre otras cosas, el grano, el ganado, los esclavos y los perros de caza), argumenta que el coste de la guarnición superaría cualquier ingreso devengado de los impuestos. Pero Claudio necesitaba el prestigio y la gloria.

Solo las campañas de Trajano condujeron a una expansión significativa del imperio: a lo largo de los años 101 y 102 d. C. conquistó Dacia, parte de lo que hoy es Rumanía, en las operaciones representadas con todo lujo de detalles en su columna; entre 114 y 117 d. C. invadió Mesopotamia y avanzó hasta el moderno Irán. Aquel fue el límite máximo oriental hasta el que se extendería formalmente el poder de Roma, pero no por mucho tiempo. A los pocos días de su acceso al trono en 117 d. C., Adriano abandonó gran parte del territorio. El éxito se celebró con una procesión triunfal particularmente excéntrica. Como Trajano había muerto en el camino de regreso a casa, una efigie ocupó su lugar en la cuadriga triunfal. En cualquier caso, las tierras conquistadas ya se habían devuelto.

Las conquistas extranjeras quedaron frenadas debido a numerosos obstáculos. Las instrucciones de Augusto eran una cosa, pero pocos deseos póstumos tienen el mismo peso que el fallecido hubiera esperado que tuvieran mientras vivía. El fin de la competitiva cultura política republicana era

más importante. Los emperadores, que clamaban la gloria de los éxitos militares tanto si habían participado en el combate como si no, competían principalmente con sus predecesores muertos: una rivalidad mucho menos intensa que la que hubo, digamos, entre Sila y Mario o Pompeyo y César. Esto fue de la mano de una creciente sensación de que el imperio, a efectos prácticos, debería tener fronteras, aunque nunca se olvidó la extravagante profecía de la *Eneida*. Esto no significaba una frontera fija en sentido estricto. Siempre hubo zonas borrosas en las que el control romano se iba diluyendo de forma gradual hacia un territorio no romano, y siempre hubo pueblos que formalmente no formaban parte de las provincias del imperio, pero que sin embargo hacían lo que los romanos les decían, según el viejo modelo de obediencia. Por este motivo, los mapas modernos que aseguran trazar los límites del imperio con una simple línea resultan más engañosos que útiles. No obstante, los límites cada vez eran menos fluidos y más importantes, como indica la muralla construida en el norte de Britania por orden de Adriano.



89. En la columna de Trajano aparece el ejército representado como una eficiente maquinaria militar, interesada tanto en la logística como en la matanza. Aquí las tropas están ocupadas desbrozando los bosques de Dacia. Detrás de ellos despunta su fortaleza.

Escena de la columna de Trajano, terminada en 113 d. C., Rome. Foto © De Agostini / Getty Images

La Muralla de Adriano, como hoy la llamamos, se extendía a lo largo de más de 110 kilómetros, atravesando la isla de costa a costa. La construcción fue una enorme inversión militar de horas y hombres, pero es harto difícil saber con exactitud para qué servía. La vieja idea de que era una estructura defensiva para mantener a raya a los «bárbaros» no resulta convincente. Es cierto que el único escritor antiguo que menciona su construcción —un biógrafo anónimo y autor fantasioso que escribió a finales del siglo IV d. C. (aunque por alguna razón que desconocemos finge escribir un siglo antes)— menciona que Adriano está «separando» a los romanos de los bárbaros. Aun así, difícilmente hubiera podido disuadir a cualquier enemigo

con suficientes arrestos y bien organizado, dispuesto a escalarla, sobre todo cuando gran parte de la muralla estaba hecha solo de turba, a diferencia de las secciones de piedra sólida que aparecen en la mayoría de las fotos. Sin camino de ronda en la parte superior, ni siquiera estaba bien diseñada para la vigilancia y las patrullas. Sin embargo, como barrera aduanera, como se ha sugerido recientemente, o como un intento de controlar los movimientos de la gente de manera general parece una construcción más robusta de lo necesario. Lo que sí consolida es el poder romano sobre el paisaje a la vez que insinúa cierta sensación de final. No es una coincidencia que más o menos en este mismo período y en zonas fronterizas se expandiese la construcción de otras murallas, barreras y fortificaciones menos espectaculares, como para indicar que los límites del poder romano empezaban a adoptar una forma física.

Sin embargo, nadie que contemplase los alrededores de Roma y de muchas otras ciudades del imperio podría haber adivinado que el proyecto de conquista del mundo se había enfriado. Por todas partes proliferaban imágenes de victoria romana y de derrota bárbara. Los pactos diplomáticos con vecinos incómodos se recibían a bombo y platillo, como si se hubieran conseguido con la fuerza de las armas. Tras un acuerdo de paz más bien ignominioso con Tiridates, rey de Armenia, Nerón lo convenció en el año 66 d. C. para que viajase miles de kilómetros hasta Roma para recibir la corona de manos del propio emperador, que vistió la indumentaria de general victorioso y que supuestamente cubrió todo el teatro de Pompeyo con pan de oro para que reluciese literalmente el día de la ceremonia. Las victorias en guerras defensivas contra enemigos internos, rebeldes e invasores se conmemoraban como si fueran gloriosas hazañas militares libradas en términos romanos. La columna

de Marco Aurelio, por ejemplo, terminada en 193 d. C. y que se eleva unos pocos metros por encima de la de su rival Trajano, celebra unas campañas que fueron una respuesta triunfal pero extremadamente costosa a una invasión germánica. Por todas partes había estatuas de emperadores ataviados con espléndidas armaduras e imágenes de bárbaros conquistados, atados y aplastados. Quizá era la manera más fácil de reconciliarse con el conflictivo legado del primer Augusto: el arte y los símbolos podían compensar de forma efectiva el hecho de que en la vida real no había tanto aplastamiento de bárbaros.



90. La Muralla de Adriano, cualquiera que fuese su propósito original, todavía se mantiene en las cimas de las colinas del norte de Inglaterra. Probablemente era una barrera más simbólica que defensiva, porque no debía de ser difícil de escalar.

Sin duda representaba algún tipo de señalización fronteriza.

Muralla de Adriano, cerca de Hexham, Northumberland, Inglaterra. Foto de la autora



91. Una imagen clásica del poder militar romano. El primer Augusto, a la izquierda, con un águila a sus pies (símbolo de las legiones) está emparejado con una figura que representa la «Victoria» a la derecha. Entre ambos hay una armadura, que era el trofeo de la victoria militar (Fig. 41), y debajo aplastado hay un prisionero desnudo con las manos atadas a la espalda. Forma parte de una serie de paneles esculpidos que representan a los emperadores romanos y al imperio, procedentes de un santuario en honor a los Augustos en Afrodisias, en la moderna Turquía.

Panel del Sebasteion, Afrodisias, que muestra a Augusto, la «Victoria» y prisioneros, siglo I d. C., Museo de Afrodisias. Foto de la autora. Cortesía de New York University Excavations en Afrodisias

LA ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO

En la práctica, aunque no en la imaginación de los romanos, el imperio de los dos primeros siglos de nuestra era se convirtió menos en un campo de conquista y pacificación y más en un territorio para ser administrado, controlado y al que cobrar impuestos. Escipión Emiliano y Mumio se habrían asombrado al descubrir que las ciudades de Cartago y Corinto que ellos habían devastado en 146 a. C. se habían refundado por iniciativa de Julio César, como asentamientos

de soldados veteranos, y que a finales del siglo I d. C. eran dos de las ciudades más prósperas en un mundo romano muy diferente.

Aquello era el resultado no de un gran plan imperial, sino de un proceso gradual de cambio, de una serie de ajustes menores y desplazamientos. Por lo que sabemos, ni siquiera bajo el gobierno de los emperadores hubo nunca nada parecido a una política general para gobernar el imperio ni una estrategia global de despliegue militar. Las instrucciones de Augusto contrarias a las conquistas fueron una rara intervención de este tipo. Aunque los importantes proyectos constructivos como la Muralla de Adriano debieron de obedecer a una decisión de alto nivel, en general la implicación del emperador seguía el modelo de Trajano en Bitinia, lidiando con las dificultades a medida que surgían. El emperador representaba un nivel nuevo en la estructura de mando, pero su papel era en gran medida reactivo, no era ningún estratega ni planificaba por adelantado. En otras palabras, Plinio no era el quisquilloso que a veces les parece a los modernos lectores de sus cartas, que bombardeaba al jefe con todo tipo de temas triviales. Seguía la lógica de la administración imperial romana, no se obtenía decisión alguna por parte del emperador a menos que se le pidiese.

Que el gobierno de las provincias fuera mejor o más justo en los dos primeros siglos de nuestra era que en el último siglo de la República dependía de quién fuera o de dónde estuviera uno. Es muy fácil comparar al diligente Plinio con Cicerón o, todavía más obvio, con el extorsionador Verres y declarar, basándonos en algunos individuos nada representativos (o mal interpretados), que hay una considerable mejora. Sin duda, algunas cosas mejoraron. Hubo un movimiento gradual de alejamiento de

las grandes compañías de recaudadores de impuestos, cuyos incentivos fueron siempre sacar el máximo dinero posible a la población de provincias. El sistema siguió siendo mixto y los *publicani* continuaron desempeñando su papel, pero gran parte de la recaudación pasó a ser responsabilidad de las autoridades locales, cosa que además era la opción más barata. En la mayoría de las provincias, un oficial especialista en economía, o *procurator*, nombrado por el emperador controlaba las propiedades imperiales y ejercía de observador en la recaudación de impuestos. Él y su personal de esclavos y ex esclavos de la casa imperial (la *familia Caesaris*) también podían vigilar lo que hacía el gobernador y se sabe que muchas veces dieron la alarma a Roma. No obstante, la verdad es que, sobre el terreno, el nivel de gobierno era tan variado como siempre lo había sido.

Continuó habiendo juicios por extorsión y malas prácticas en las provincias, que también podrían ser indicio del persistente incumplimiento de la ley así como de su correcta aplicación. Las numerosas formas de explotación cotidiana de los provincianos simplemente se daban por sentadas. El emperador Tiberio resumió la ética fundamental del gobernador romano bastante bien cuando dijo, en respuesta a los excesivos beneficios llegados de las provincias: «Quiero que esquilen a mis ovejas, no que las afeiten». Ni qué decir tiene que los vellones provinciales quedaron tal cual estaban. Una de las contrariedades habituales era la necesidad de proporcionar transporte y alojamiento a los funcionarios romanos. El personal del emperador no tenía una flota propia de vehículos oficiales. El mensajero que llevaba el correo a Roma o el gobernador cuando se trasladaba de una ciudad a otra requisaban el transporte en el mismo lugar: caballos, mulas y carros. Se pagaba una pequeña tarifa, pero los lugareños no tenían más

remedio que entregar lo que se les pedía. No es de extrañar que un abultado número de parásitos romanos tratase de aprovecharse de ello antes que organizar sus costosos e incómodos transportes. Plinio le dio a su mujer un vale de viaje para que pudiera regresar a Italia con rapidez a la muerte de su abuelo. Después del suceso sintió la necesidad de confesar esta transgresión de las normas de Trajano, pero lo hizo de todas formas.

El nuevo método de nombramiento de gobernadores debió de redundar en candidatos más responsables. Ahora estaba directa, o indirectamente, en manos del emperador en lugar de ser el resultado de una mezcla de azar y argucias políticas en el Senado. No obstante, los criterios del emperador para la elección no eran solo, y quizá no muy a menudo, la capacidad del candidato o los intereses de la población provincial. Si Trajano en realidad quería un administrador minucioso que se ocupase de los problemas del gobierno local de Bitinia, entonces Plinio era su hombre. Sin embargo, corría la broma, que posiblemente era verdad, de que Nerón había nombrado a su amigo Marco Salvio Otón, un hombre que compartía muchas de las aficiones del emperador, gobernador de la provincia de Lusitania, en el moderno Portugal y España, simplemente para poder disfrutar en Roma con mayor libertad de su aventura con Popea, la ex esposa de Otón. A pesar de que los nombramientos se realizaban por razones menos caprichosas, no hay indicios de que se exigiera ninguna preparación ni de que hubiera disposiciones para el desempeño del cargo, aparte de unas cuantas instrucciones (*mandata*) emitidas por el emperador. Solo podemos preguntarnos cómo demonios se las arreglaba el nuevo gobernador cuando era enviado a alguna remota provincia del norte que nunca había visitado, cuya lengua no entendía,

de cuyas extrañas costumbres solo había oído rumores, donde no conocía a nadie salvo a un receloso *procurator*, y que se suponía que tenía que administrar como mínimo durante cinco años. Desde este punto de vista, aquello debía de ser un viaje a las tinieblas de lo desconocido.

Lo que sí es cierto es que los romanos apenas intentaron imponer sus normas culturales ni erradicar las tradiciones locales, ni siquiera durante esta fase más relajada de control imperial. Sí intentaron acabar con los druidas de Britania. Puede que los informes de los sacrificios humanos que practicaban fuesen muy exagerados, y en cualquier caso no era un ritual del todo desconocido en Roma, pero era algo que las autoridades romanas no estaban dispuestas a tolerar de aquellos extraños sacerdotes extranjeros. Por otro lado, estaba el caso concreto de los cristianos. Pero esto eran excepciones. La mitad oriental del imperio continuaba funcionando básicamente en griego, no en latín. Los calendarios locales no estaban demasiado ajustados, salvo cuando en ocasiones se readaptaban al ciclo de vida del emperador o cuando celebraban sus logros. Viajar por el imperio no solo significaba atravesar zonas horarias tal como lo entendemos nosotros, sino moverse entre formas completamente distintas de calcular las fechas o las horas del día (es un auténtico misterio comprender cómo manejaban la agenda). Las tradiciones locales florecían en todos los ámbitos, desde la indumentaria (pantalones y capas griegas) hasta la religión. Era un mundo repleto de dioses y de festividades muy variadas, cuya rareza no se perdió en la narración. La serpiente oracular con cabeza humana no parece tan extraña si se compara con el Anubis egipcio, parte chacal y parte humano, o con la diosa siria, también satirizada por Luciano, cuyos rituales consistían en que los participantes escalasen enormes falos de piedra en el

santuario de la diosa.

Es posible que los romanos no quisieran imponer ninguna de estas normas, pero si este hubiera sido su propósito, no tenían el personal suficiente para lograrlo. Un cálculo razonable es que en todo el imperio había al mismo tiempo menos de doscientos administradores romanos de la élite, además de unos pocos miles de esclavos del emperador, que habían sido enviados desde el centro del imperio para gobernar un territorio de más de cincuenta millones de habitantes. Plinio tan solo menciona a su ayudante (*legatus*) y al *procurator*. ¿Cómo lo hacían?

Una respuesta era el ejército. A lo largo de las primeras décadas de gobierno de los emperadores, los soldados eran reclutados cada vez más de fuera de Italia (en la práctica eran los provincianos los que guardaban el imperio), estaban acantonados con mayor frecuencia en los límites del mundo romano (prudentemente alejados de Roma, siguiendo el modelo augústeo) y en su totalidad implicados en empleos administrativos y de primera línea. Todo esto queda perfectamente ilustrado en las cartas y documentos recuperados a lo largo de los últimos cuarenta años, en excavaciones realizadas en la pequeña base militar de Vindolanda, justo al sur de la Muralla de Adriano, que albergaba a una unidad de la guarnición romana de la muralla. Originalmente raspados sobre cera, y conservados por los leves trazos que aún se observan sobre la madera que había debajo, se remontan a comienzos del siglo II d. C. Se trata de la otra cara del mundo romano, pero son aproximadamente contemporáneos a la correspondencia entre Plinio y Trajano.

Los documentos ofrecen una impresión de la vida en los barracones romanos muy diferente de la imagen habitual de

un régimen en exclusiva masculino y altamente militarizado. Sin lugar a dudas, incluyen alusiones a escaramuzas armadas y algunos comentarios despectivos sobre los nativos. Mientras que Trajano se refería a «Los grieguecillos [*Graeculi*] forofos de sus gimnasios», un soldado de la muralla se refería a que «Los britanitos [*Brittunculi*, un condescendiente diminutivo similar] lanzan sus jabalinas sin montar a caballo». Sin embargo, lo verdaderamente interesante es la parte de la organización doméstica cotidiana de Vindolanda. Una carta es una invitación a la fiesta de cumpleaños de la esposa del comandante del campamento a una amiga y —a pesar de las prohibiciones legales de los matrimonios de soldados que servían en las filas— el descubrimiento en las excavaciones de un número significativo de calzado de cuero de mujer y de niño confirma la presencia de mujeres en la base. Evidentemente, el calzado no nos dice qué hacían exactamente sus portadores o hasta qué punto eran un elemento permanente. No obstante, parece como si en aquel lugar hubiera vida familiar.

Igualmente revelador es un «informe de fuerzas», un registro de los soldados de la base y de los que estaban fuera cumpliendo otros deberes. Más de la mitad de los 752 estaban ausentes o no estaban disponibles para el trabajo. De estos, 337 estaban en un campamento vecino, 31 enfermos (la inflamación de ojos era un problema más grave que las heridas) y casi 100 estaban ocupados en otras responsabilidades: 46 estaban en Londres a casi 500 kilómetros de distancia ejerciendo de guardaespaldas del gobernador; uno o más habían sido asignados para un «puesto» no especificado, y varios centuriones estaban en otras partes del país por trabajo. Esto encaja perfectamente con una de las preocupaciones de Trajano en sus cartas a

Plinio: había demasiados soldados fuera haciendo otras cosas y ausentes de sus unidades.

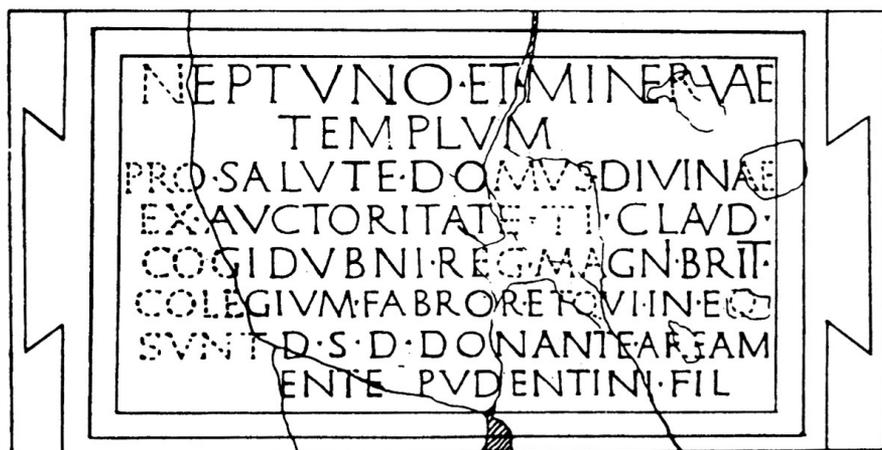
La otra respuesta a cómo se las apañaban los romanos es que las poblaciones locales desempeñaban un importante papel en la administración del imperio, a través de pueblos y ciudades de todo el mundo romano que Roma o bien apoyaba o bien fundaba. La ciudad (*polis*) había sido la institución definitoria en Grecia y en Oriente mucho antes de la llegada de Roma, y siguió siéndolo después, a veces con una considerable inyección de dinero romano. El emperador Adriano, por ejemplo, patrocinó extensos programas constructivos en Atenas. Al norte y al oeste del imperio, donde no había sido así, el mayor impacto de la conquista romana en el paisaje provincial fue la fundación de ciudades desde cero, siguiendo el modelo romano.

Esto es exactamente lo que las fuerzas de Augusto hacían en Waldgirmes antes de que el emperador diera la orden de retirada. Muchas ciudades de la moderna Gran Bretaña, incluida Londres, deben su ubicación a la elección y planificación romanas. Algunas tuvieron más éxito que otras. Sin duda, debe de haber una triste historia detrás de la piscina exterior al estilo mediterráneo de los baños romanos de Viriconium (la moderna ciudad de Wroxeter, cerca de la frontera anglo-galesa), que no sobrevivió a los numerosos inviernos gélidos y pronto se convirtió en el vertedero de basura de la ciudad. Y los hábitos de la vida urbana poco debían de significar para la mayoría de la población, que continuó viviendo como siempre lo había hecho, en el campo. No obstante, en Occidente, igual que en Oriente, una red de ciudades más o menos autogobernadas eran la base de la administración romana. Solo cuando se pensaba que las cosas iban mal intervenían personas como Plinio. Era la urbanización a una escala sin precedentes.

Las élites provincianas, o «nativas», que vivían en aquellas ciudades actuaban de intermediarios imprescindibles entre el gobernador romano, con su escaso personal, y la población provincial en general. Gran parte de los impuestos se recaudaban a través de esta élite, gracias a la cual quedaba garantizado un nivel aceptable de lealtad, o por lo menos una ausencia de problemas. También es probable que algunos miembros de dicha élite recibieran a aquel nuevo y nervioso gobernador cuando daba sus primeros pasos en la provincia. Los detalles de estos acuerdos y encuentros debieron de ser muy diferentes en las distintas partes del imperio. Los salones literarios de la Atenas romana no tenían casi nada que ver con las cervecerías al aire libre del Colchester romano. En todo el imperio operaba la misma lógica subyacente: las jerarquías locales preexistentes se transformaron en jerarquías que servían a Roma, y el poder de los líderes locales fue utilizado para las necesidades del gobernante imperial.

En Britania, un ejemplo clásico de ello fue un gobernante nativo llamado Togidubno. Estuvo en el bando romano cuando en el año 43 d. C. entraron las fuerzas de Caludio, y probablemente antes había sido una especie de aliado, porque por más alejada y rural que fuera Britania, había habido vínculos entre su aristocracia y la Europa continental por lo menos desde tiempos de las invasiones de César en la década de los años 50 a. C. Togidubno puede que fuera, o no, el dueño de la gran villa cerca de Chichester conocida hoy con el pomposo nombre de palacio romano de Fishbourne; la relación es pura especulación. No obstante, se le concedió la ciudadanía romana y con ella el nuevo nombre romano de Tiberio Claudio Togidubno. Hay constancia de que continuó actuando como fuente de autoridad local en las zonas pacificadas de la nueva provincia.

Lo que había detrás de este sistema de gobierno era tanto simple necesidad como visión ideológica. Fuera de las zonas de combate activo, los romanos eran sencillamente demasiado pocos para gobernar de otro modo. No obstante, el carácter del gobierno imperial se fue definiendo cada vez más por la colaboración con la élite de los pueblos sometidos. Estos a su vez identificaban cada vez más sus intereses con los de los romanos, tanto cultural como políticamente y acabaron por sentir que tenían algún interés en el proyecto romano, como si fueran más romanos que foráneos. Algunos de los que lograron triunfar, a su debido tiempo obtuvieron un puesto, como ciudadanos romanos, en el gobierno central de Roma. Para estos hombres y sus familias, la experiencia del gobierno romano fue en parte la experiencia de *convertirse en romanos*.



92. Esta inscripción del siglo I d. C. de Chichester, en el sur de Inglaterra, recoge la consagración de un templo a Neptuno y Minerva, «para la salud de la casa imperial» (literalmente la «casa divina»). El templo fue erigido bajo la autoridad de Tiberio Claudio Togidubnus, aquí restaurado como Cogidubnus (la grafía es incierta).

Inscripción restaurada que recoge la consagración de un templo a Neptuno y Minerva, siglo I d. C., Chichester. Cortesía CSAD / RIB / The Haverfield

Bequest

ROMANIZACIÓN Y RESISTENCIA

El historiador Tácito tiene algunas cosas particularmente astutas, y cínicas, que decir acerca de este proceso de romanización, como hoy se lo denomina. Aparecen en la breve biografía que escribió de su suegro, Gneo Julio Agrícola, que desempeñó el cargo de gobernador en Britania desde el 77 d. C. hasta el 85 d. C., un período insólitamente largo. Gran parte del relato de Tácito hace referencia a los éxitos de las operaciones militares de Agrícola en la provincia, a su ampliación del poder romano hacia el norte hasta llegar a Caledonia (Escocia) y a los celos del emperador Domiciano, que le negó el honor y la gloria que merecía por aquel triunfo. La biografía es una crítica a la autocracia y al mismo tiempo un panegírico del distinguido pariente de Tácito: el mensaje predominante es que el régimen imperial no daba cabida a la virtud y al arrojo militar romanos tradicionales. Sin embargo, en ocasiones Tácito dirige su atención a los aspectos civiles del gobierno de Agrícola en la provincia.

Algunos temas son pura rutina y no habrían estado fuera de lugar en las cartas de Plinio, que era amigo de Tácito en los círculos literarios de la Roma de comienzos del siglo II d. C. Agrícola es elogiado por mantener su hogar bajo férreo control («para muchos un trabajo tan duro como gobernar en realidad la provincia»). También enmendó algunos de los abusos perpetrados por las confiscaciones del ejército e invirtió dinero para la mejora de las ciudades de Britania con nuevos templos y edificios públicos al estilo romano. Todavía es más sorprendente descubrir que tenía también una política educativa local: se aseguró de que los hijos de los dirigentes de la provincia fueran educados en las «artes liberales» (literalmente «las actividades intelectuales adecuadas a los libres») y en la lengua latina. Según Tácito, los britanos pronto empezaron a vestir togas y a dar sus

primeros pasos en el sendero del vicio, gracias a los pórticos, baños y banquetes. Resume todo esto en una frase breve y concisa: «En su ignorancia lo llamaron “civilización”, pero en realidad era parte de su esclavitud» («*Humanitas vocabatur, cum pars servitutis esset*»). Esto, para bien o para mal, ha influido enormemente en los intentos modernos por comprender el funcionamiento del Imperio Romano.

En un aspecto es el análisis más agudo que existe del gobierno romano en la parte occidental del imperio (pero no en Oriente: a ningún funcionario romano se le habría ocurrido instruir de este modo a los griegos sobre «civilización»). Por más clasista que fuera Tácito en cuanto a la ingenua ignorancia de aquellos pobres provincianos, que no dejaron nada escrito sobre su perspectiva acerca de estas transacciones, por más cínico que fuera en cuanto a la esclavitud disfrazada de sofisticación, comprendió perfectamente la relación entre cultura y poder y se percató de que al convertirse en romanos los britanos hacían el trabajo de los conquistadores en su lugar. Sin embargo, en otros aspectos los comentarios de Tácito dan una impresión en su totalidad engañosa de lo que ocurría.

Para empezar, si Agrícola en realidad promocionó un programa educativo organizado del modo en que lo sugiere Tácito, inculcando los hábitos romanos en los eslabones más altos de la sociedad britana, entonces fue el único gobernador provincial, por lo que sabemos, en hacer algo semejante. La romanización no solía ser algo impuesto directamente desde arriba. Fue más una consecuencia de la opción de las élites provinciales por una versión de la cultura romana. Fue de abajo arriba más que de arriba abajo. Tácito, sin duda, lo habría rebatido diciendo que no era exactamente una elección libre, puesto que la balanza del poder militar y del poder político se decantaba

abrumadoramente en favor de Roma. Es verdad. Sin embargo, a nivel práctico del día a día, la población urbana relativamente acomodada de las provincias se convirtió en el agente de su propia romanización, no en el objeto de una campaña romana concertada de reprogramación cultural o de misión civilizadora.

Los testimonios arqueológicos ponen de manifiesto que las élites optaron por nuevas formas romanas en todos los ámbitos, desde la arquitectura y planificación urbanas, pasando por la vajilla y los utensilios de cocina, hasta los tejidos, la comida y la bebida. Se han encontrado unos pocos objetos romanos selectos enterrados en tumbas britanas incluso antes de la conquista del año 43 d. C. Por otro lado, ya a comienzos del siglo I a. C. el mismo visitante griego que en la Galia se asombró al ver cabezas de enemigos clavadas delante de las chozas también observó que —a pesar de lo que dijera César sobre la aversión local por las uvas— los lugareños más ricos habían empezado a consumir vino importado, dejando la tradicional cerveza gala a los menos favorecidos. A principios del siglo II d. C. hay ya menos cervecerías al aire libre y más tabernas de vino en el Colchester romano; por lo menos esto es lo que indican los fragmentos hallados de jarras utilizadas para el transporte de vino. Y por primera vez, dando comienzo a otra larga tradición cuyos orígenes se encuentran en el Imperio Romano, empezó a fabricarse una importante cantidad de vino en el territorio que hoy en día es Francia, superando a las cosechas itálicas.

Había una combinación dinámica de fuerzas en marcha: por un lado, el poder de Roma hizo que la cultura romana fuera un objetivo al que aspirar; por el otro, la tradicional apertura de Roma significaba que aquellos que quisieran «hacerlo al estilo romano» eran bien acogidos y, por

supuesto, resultaba conveniente para el mantenimiento estable del gobierno romano. Los principales beneficiarios (o víctimas, como lo veía Tácito) fueron los ricos, pero no los únicos que se crearon una identidad romana para sí mismos.

Las alfarerías halladas en el sur de la Galia, que durante cierto auge de los siglos I y II d. C. produjeron a escala industrial algunas de las vajillas rojas brillantes más característicamente «romanas», nos permiten vislumbrar otra forma de convertirse en romano. Se han conservado los nombres de muchos alfareros en índices y listas encontrados en el yacimiento de la alfarería. Todavía hay polémicas sobre cómo hay que leerlos exactamente, pero parece ser una mezcla de nombres típicamente latinos (Verecundus, Iucundus) y celtas (Petrecos, Matugenos). Esto no ocurre en los nombres que aparecen en las piezas de cerámica: cuando estos mismos hombres estampaban sus nombres en los platos y cuencos para ponerlos a la venta como obra suya, muchos se romanizaban. Petrecos se convertía en Quartus y Matugenos en Félix. El incentivo comercial debía de ser escaso en el lugar. Los clientes que compraban cerámica de estilo romano producida en el sur de la Galia debían de sentirse atraídos por el nombre auténticamente romano del artesano. No obstante, también es posible que, en el aspecto público de su oficio, estos artesanos de éxito pero relativamente humildes se considerasen al menos en parte romanos y abrazasen una versión de la romanidad.

Versión es la forma correcta de expresarlo. Otro de los problemas del análisis de Tácito es que implica una simple oposición entre las culturas «nativa» y «romana» o un único espectro a lo largo del cual se pudiesen distinguir diferentes grados de romanidad: Togidubno, el nuevo ciudadano romano bebedor de vino, mucho más arriba en la escala que el alfarero Petrecos, que utilizaba un apodo latino en su

trabajo, pero que en los demás aspectos debía ser decididamente celta. De hecho, la interacción entre Roma y las otras culturas del imperio es sorprendente por la variedad de formas que adoptó y por las muy diversas versiones híbridas de cultura romana (y a veces «no romana») que surgieron del contacto. A lo largo y ancho del mundo romano emergieron toda clase de amalgamas culturales diferentes, desde intentos locales particulares de abrazar el poder imperial, hasta acomodarse a él o resistirse.

Los distintos testimonios de dicha amalgama abarcan desde imágenes de emperadores romanos en la provincia de Egipto, todos presentados como si fueran auténticos faraones egipcios tradicionales, hasta la llamativa escultura de la fachada del templo de Sulis Minerva en la ciudad romana de Bath, en el sur de Inglaterra. En algunos aspectos, este es un caso de romanización de lo más evidente. Era parte de un templo clásico construido siguiendo un diseño desconocido en Britania antes de la conquista romana. Fue erigido en honor a una deidad celta, Sulis, hoy en día considerada el equivalente de la Minerva romana, e incluye varios elementos, desde los círculos de hojas de roble hasta las figuras sustentantes de la diosa Victoria, inspiradas directamente en el repertorio romano tradicional. No obstante, al mismo tiempo es un ejemplo notorio de una cultura provincial que o bien no consigue o bien, mejor dicho, se niega a ser romana.

El caso más impresionante de este tipo de interacción se encuentra en las provincias del mundo griego, donde el resultado de lo que hoy denominaríamos «encuentro colonial» fue un extraordinario renacimiento literario y cultural. A comienzos del período de expansión militar romana al otro lado del mar, que comenzó en el siglo III a. C., la literatura y el arte visual romanos se desarrollaron

estableciendo un diálogo con los modelos y los predecesores griegos. El poeta Horacio exageraba cuando, a finales del siglo I a. C., resumió el proceso como una simple absorción cultural: «La Grecia cautiva cautivó a su salvaje conquistador y llevó las artes al agreste Lacio» (mejor en latín: «*Graecia capta ferum victorem cepit et artes intulit agresti Latio*»). Fue una relación mucho más complicada que esto, como bien muestra la propia poesía de Horacio, que es una combinación con claridad romana de homenaje a la cultura griega, una ambiciosa transformación de los modelos literarios griegos y una celebración de las tradiciones latinas. Pero, de todas formas, tenía razón.



93. Retrato de Trajano con la indumentaria de faraón, del templo de Hathor en Dendera, Egipto. Establecer hasta qué punto es romano o egipcio depende de los ojos del observador: ¿se trata de Trajano asimilado en la cultura egipcia o acaso se estaba insertando él mismo en las convenciones de la comunidad provincial?

Retrato de Trajano con la indumentaria de faraón, Dendera, Egipto. Foto © De Agostini Picture Library / Getty Images



94. En Bath se observa una diferencia abismal entre el marco rigurosamente clásico de la fachada y la figura central barbada. Se la ha identificado con una imagen celta de la Gorgona clásica con serpientes por cabellera, pero la Gorgona era femenina y aquí aparece una figura masculina. ¿O era el rostro de Océano?

Fachada del templo de Sulis Minerva, siglo II d. C. ?, Bath. Foto © World History Archive / Alamy

En el Imperio Romano de los dos primeros siglos de nuestra era, el encuentro dio un giro diferente. No fue simplemente que muchos griegos, como muchos britanos, adoptasen hábitos romanos como el baño y las luchas de gladiadores. La transformación de la cultura local en Oriente no fue tal radical como en Occidente, pero los griegos sofisticados no necesariamente miraban por encima del hombro a los brutales y sangrientos deportes romanos. Hay sólidas evidencias de que los teatros griegos y los estadios se adaptaron para gladiadores y cacerías de bestias salvajes. Un claro indicio son las marcas de sujeción de las redes para proteger al público de los animales. Sin embargo, el acontecimiento más sorprendente fue una efusión de literatura en griego, en la que el poder de Roma o bien planea en el trasfondo o se la menciona directamente en una sátira jocosa, resistencia pasiva, curiosidad o admiración.

Este material abunda en ingentes cantidades. La inmensa mayoría de la literatura griega antigua que se ha conservado procede de este período de gobierno imperial. Para dar una idea de la envergadura, la obra de uno solo de estos escritores —Plutarco, el biógrafo, filósofo, ensayista y sacerdote del famoso oráculo griego de Delfos del siglo II d. C.— ocupa el mismo número de páginas modernas que todas las obras conservadas del siglo V a. C. juntas, desde las tragedias de Esquilo hasta la historia de Tucídides.

Los textos griegos del imperio abarcan desde elaborados elogios del gobierno romano hasta evidentes ejercicios de rechazo. En 144 d. C., por ejemplo, Publio Elio Arístides, mejor conocido como un hipocondríaco que escribió varios volúmenes sobre su enfermedad, pronunció su *Discurso a Roma* delante del emperador Antonino Pío. Puede que en su día recibiera una buena acogida, pero hoy resulta una lectura más bien repulsiva, incluso para aquellos que están acostumbrados a bucear entre las líneas del panegírico. Roma ha superado a todos los imperios anteriores, ha traído la paz y la prosperidad al mundo entero: «que todos los dioses y sus hijos sean invocados para garantizar que el imperio y la ciudad florezcan para siempre y que no llegue su fin hasta que las piedras floten en el mar». Aproximadamente en la misma época, Pausanias escribía los diez volúmenes de su *Guía de Grecia* (o *Periégesis*), en la que da al gobierno romano exactamente el tratamiento opuesto: silenciosa erradicación. Cualquiera que fuese su historia (no sabemos casi nada de la vida de Pausanias), mientras guía a sus viajeros por los monumentos, vistas y costumbres de Grecia, desde Delfos hasta el Peloponeso en el sur, simplemente omite mencionar la mayoría de edificios erigidos por los romanos o con dinero romano que se encuentran en su ruta. No era tanto una guía en el sentido

moderno como un intento literario por dar marcha atrás al reloj y recrear una imagen de una Grecia «libre de Roma».

Sin embargo, fue el prolífico Plutarco el que llevó a cabo el intento más sistemático por definir la relación entre Grecia y Roma, diseccionar sus diferencias y sus similitudes y preguntarse qué podría ser una cultura *grecorromana*. En sus volúmenes de ensayos, que versan sobre temas tan variados como, por ejemplo, cómo escuchar discursos, cómo distinguir a un adulator de un amigo y sobre las costumbres de su santuario de Delfos, explora los detalles de la religión, la política y las tradiciones que distinguían (o unían) a las dos culturas. Se preguntaba: ¿por qué empezaron los romanos el comienzo de un nuevo día a medianoche? ¿Por qué visten de blanco las mujeres romanas que llevan luto? No obstante, resulta especialmente revelador en su obra *Vidas Paralelas*, una serie de pares de biografías, de las que se conservan veintidós parejas, compuestas por el relato de la vida de una figura griega y una romana, con una breve comparación al final. Empareja a dos padres fundadores, a Rómulo con el griego Teseo igualmente legendario; a dos grandes oradores, Cicerón y el ateniense Demóstenes; a dos famosos conquistadores, Julio César y Alejandro Magno; y a una pareja de traidores también famosos, Coriolano y su contemporáneo el glamuroso pero poco fiable ateniense Alcibíades.

Los historiadores modernos tienden a romper las parejas y a leerlas como historias biográficas independientes. Esto es perder de vista por completo el objetivo de Plutarco. No eran solo simples biografías. Eran un intento coordinado por evaluar a los grandes hombres (y eran todos hombres) de Grecia y Roma contraponiéndolos unos a otros, por reflexionar sobre las fuerzas y debilidades relativas de las dos culturas y sobre lo que significaba ser «griego» o «romano».

Eran perfectamente ambivalentes: situaba a los individuos romanos en la misma liga que a los antiguos héroes griegos y —para verlo desde otra perspectiva— comparaba a los personajes del pasado griego antiguo con los que entonces gobernaban el mundo. En cierto modo era la culminación de un proyecto esbozado doscientos cincuenta años atrás por Polibio, que como rehén griego en Roma y amigo de los Escipiones había sido el primero en abordar una antropología política intercultural de Roma y su imperio y en tratar de explicar de forma sistemática por qué Grecia había perdido frente a Roma.

LIBRE MOVIMIENTO

La interacción cultural que definía al Imperio Romano no era algo que se produjera solo en la mente de las personas, tanto en los humildes alfareros como en los teóricos antiguos. No era simplemente cuestión de las diferentes adaptaciones locales al poder de Roma, aunque esta fuera una parte importante. Había también movimientos masivos de personas y mercancías por todo el imperio, factor que intensificó esta diversidad cultural a la vez que aportaba enormes beneficios a algunos y convertía a otros en víctimas. Aquel era un mundo en el que la gente, como nunca había ocurrido antes a semejante escala, podía establecer su hogar, hacer fortuna y levantar su tumba a miles de kilómetros de distancia de donde había nacido; un mundo en el que la población de Roma dependía para su subsistencia de alimentos cultivados en los confines del imperio; y en el que el comercio repartía nuevos sabores, olores y lujos — especias, marfil, ámbar y sedas— de un extremo al otro del Mediterráneo y más allá, y no solo a los superricos. Entre las valiosas pertenencias de una casa corriente de Pompeya había una delicada figurilla de marfil hecha en la India; por

otro lado, un documento de Vindolanda muestra que se vendían cantidades de pimienta procedente del Lejano Oriente a la guarnición allí acantonada.

Un eje importante de estos movimientos eran las rutas que conducían a Italia desde el resto del imperio. Todo lo que Roma quería era absorbido por la metrópolis. Las personas eran una de aquellas mercancías. A pesar de que la ciudad estaba abarrotada, el índice de moralidad humana, a causa de la malaria e infecciones, así como de los otros peligros habituales en el mundo antiguo, significaba que siempre había sitio, y necesidad, para más. Algunas de aquellas personas eran esclavos apresados en guerras o en aquellos momentos probablemente víctimas de un despreciable negocio de tráfico de humanos que convertía los confines del mundo romano en un lugar peligroso para vivir. Otros debieron de emigrar a la ciudad por desesperación o con esperanzas y aspiraciones. Sus historias no han llegado hasta nosotros, pero el breve epitafio de un hombre joven llamado Menofilos, que murió en Roma, que procedía «de Asia» y tenía habilidades musicales («Nunca pronuncié palabras ofensivas, y fui amigo de las Musas»), apunta a las inocentes ambiciones de algunos de aquellos que pensaron que las calles de la capital estaban pavimentadas con oro.



95. Una figurilla india, sin duda una valiosa pertenencia, hallada en una casa de Pompeya. Cómo viajó desde la India es un verdadero misterio. Quizá fue transportada directamente por un mercader que comerciaba con Oriente, o quizá llegase tras haber pasado por distintas manos, gracias a una serie de contactos indirectos entre Roma y el mundo exterior.

Estatuilla india de marfil procedente de Pompeya. Foto cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Nápoles, 149425

Los productos naturales del imperio, sus lujos y curiosidades, inundaron también Roma y confirieron a la ciudad el estatus de potencia imperial. En la procesión

triumfal del año 71 d. C. se exhibieron árboles balsámicos de Judea. Animales exóticos capturados en África, desde leones hasta avestruces, se sacrificaban en la arena. Exquisitos mármoles de colores, procedentes de canteras situadas en remotos lugares del mundo romano, decoraban los teatros, los templos y los palacios de la capital. Las imágenes de bárbaros pisoteados no eran las únicas muestras que certificaban el dominio romano. También lo corroboraban los colores de los suelos sobre los que caminaban los romanos en los majestuosos edificios de su ciudad: aquellas piedras equivalían a una constatación, y a un mapa, del imperio.



96. El Panteón de Adriano con las exóticas columnas egipcias que sustentan el pórtico. Es un edificio engañoso. A pesar de que en su presente forma fue construido por Adriano, las letras de bronce que atraviesan el friso proclaman que fue obra del colega de Augusto, Marco Agripa. Sin duda fue el autor de una versión anterior del templo, pero la construcción de Adriano fue totalmente nueva y su referencia a Agripa tan solo un acto de devoción pública.

Todo ello apunta también al enorme esfuerzo y a la cantidad de dinero y tiempo que los emperadores estaban dispuestos a dedicar al alarde del control ejercido en sus distintas posesiones. Para poner solo un ejemplo: doce columnas, cada una de 40 pies romanos de altura (unos 12 metros) y extraídas de un solo bloque de granito gris egipcio, sustentaban el pórtico del Panteón del emperador Adriano. Para los ojos modernos no es un material espectacular, pero era una piedra extremadamente prestigiosa utilizada en muchos proyectos imperiales, en parte porque solo se encontraba en un lugar remoto, a 4000 kilómetros de Roma, en el Mons Claudianus (la «Montaña de Claudio», cuyo nombre se debe al primer emperador que propició los trabajos en aquella cantera) en mitad del desierto oriental egipcio. Fue preciso superar inmensas dificultades e invertir una enorme cantidad de trabajo y dinero para que columnas de semejante tamaño pudieran ser extraídas y trasladadas a Roma de una sola pieza.

A lo largo de los últimos treinta años, las excavaciones en el Mons Claudianus han sacado a la luz una base militar, pequeños poblados para los canteros y un centro de abastecimiento y transporte. Además, han rescatado varios centenares de documentos escritos, a menudo rascados sobre fragmentos rotos de cerámica reciclados (una eficaz alternativa a las tablillas de cera), que dan pistas sobre la organización y sus problemas. El aprovisionamiento de comida y bebida solo era el primero. Había una complicada cadena de abastecimiento de todo tipo de productos, desde vino a pepinos, que no siempre funcionaba («Por favor, envíame dos barras de pan, porque hasta ahora todavía no ha llegado grano aquí»), y el agua estaba racionada (uno de los documentos es una lista de distribución de agua que

enumera a 917 personas que trabajaban en las canteras). La tarea era laboriosa. Cada una de las columnas del Panteón debió de necesitar tres hombres durante más de un año para extraerla y recortarla, y a veces, como algunos de los documentos atestiguan, un monolito a medio terminar se resquebrajaba y tenían que comenzar de nuevo. El transporte era el siguiente obstáculo, sobre todo cuando las canteras estaban a casi 160 kilómetros del Nilo. Una carta sobre papiro procedente del Mons Claudianus le pide al funcionario local que les envíe suministros de grano, porque las canteras tenían una columna de 50 pies romanos (100 toneladas de peso) lista para el transporte, pero la comida de los animales de carga que la tenían que llevar hasta el río se estaba acabando. Incluso en el caso del Panteón, es evidente que no todo salió como estaba previsto: algunos rasgos ligeramente toscos del diseño del edificio acabado sugieren que probablemente los arquitectos de Adriano habían contado con recibir doce columnas de 50 pies, pero en el último minuto tuvieron que rectificar cuando todo lo que la cantera pudo proporcionarles fueron doce columnas de 40 pies.



97. Yacimiento del Mons Claudianus, de donde se extrajo el famoso granito gris (granodiorita) para las columnas del Panteón. A 48 kilómetros de distancia en el desierto había otra cantera, el Mons Porphyrites, que proporcionaba el pórfito utilizado también en los grandes proyectos constructivos de los romanos. Eran literalmente operaciones militares que servían a las necesidades constructivas del Estado romano.

Yacimiento del Mons Claudianus, Egipto. Foto © rome101.com

El transporte de piedra desde el Mons Claudianus es un caso insólito del movimiento de mercancías por el mundo romano. En general estaba en manos de la administración imperial, respaldada por soldados, y es difícil no sospechar que en parte tuviera por objeto la exhibición de la capacidad de Roma para conseguir lo virtualmente imposible: una *reductio ad absurdum* del poder romano. No obstante, en otros muchos mercados, desde los alimentos básicos hasta los lujos más asequibles, el comercio y los beneficios florecieron en el imperio. Se conservan instantáneas muy vívidas de hombres que tuvieron suerte en todo tipo de empresas comerciales. Un papiro de mediados del siglo II d. C. enumera las mercancías, con su valor en metálico, que llegaban en un solo barco desde el sur de la India a Egipto,

presumiblemente con destino a Roma. Tenía un valor neto de más de seis millones de sestercios, el equivalente a una propiedad senatorial decente en Italia en aquella época (Plinio había comprado una hacienda grande pero ligeramente deteriorada, además de tierras, por tres millones), y el cargamento incluía aproximadamente un centenar de colmillos de elefante, cajas de aceites y especias y probablemente enormes cantidades de pimienta. Un hombre llamado Flavio Zeuxis no estaba exactamente en este negocio, pero su epitafio, encontrado en la antigua ciudad textil de Hierápolis, en el sur de la moderna Turquía, presume de que a lo largo de su carrera dobló setenta y dos veces el cabo Malea, en el extremo sur del Peloponeso, en sus viajes rumbo a Roma para vender sus tejidos. No queda claro si sus setenta y dos viajes eran solo de ida o de ida y vuelta, pero en cualquier caso aquel era un logro digno de exhibirse.

Más allá de estos emprendedores independientes, el cuadro general se pone de manifiesto con las cifras y hechos, mucho menos glamurosos pero todavía más impresionantes si cabe de aprovisionamiento básico. Una pequeña colina en la margen del río Tíber en Roma, hoy conocida con el nombre de monte Testaccio («monte de las Ánforas Rotas»), evoca mejor que cualquier otra cosa la escala del comercio de alimentos básicos que mantenía con vida al millón de personas que vivían en la ciudad, y la red de servicios de transporte, envío, almacenamiento y venta al por menor requeridos para mantenerlo operativo. A pesar de su aspecto, no es en absoluto una colina natural, sino los restos de un vertedero de basura hecho por el hombre, fragmentos rotos de 53 millones de recipientes de aceite de oliva, ánforas de cerámica con una capacidad de unos 60 litros cada una. Casi todos habían sido importados desde el sur de

Hispania a lo largo de cien años aproximadamente, desde mediados del siglo II d. C. hasta mediados del siglo III d. C., y fueron desechados de inmediato después de decantar el aceite. Era parte de un enorme comercio de exportación que transformó la economía de aquella zona de Hispania en un monocultivo agrícola (nada más que olivas y más olivas) que entregaba a la ciudad de Roma solo parte de lo que esta necesitaba para sobrevivir. Según un cálculo aproximado, aquel requisito básico ascendía a 20 millones de litros de aceite de oliva por año (para iluminar y limpiar, además de cocinar), 100 millones de litros de vino y 250 toneladas de grano. Casi todo esto llegaba a Roma desde fuera de Italia.



98. Monte Testaccio es una de las colinas, y vertedero de basura, más sorprendentes del mundo. Está formado casi en su totalidad por ánforas rotas que antaño transportaron aceite de oliva desde Hispania. No podían reutilizarse porque el aceite se filtraba en el material de la vasija y se volvía rancio.

Vista aérea del monte Testaccio, Roma. Foto © Sebastián Contreras Rodríguez
Sin embargo, la movilidad del imperio no estaba restringida al eje entre el centro metropolitano y el resto del mundo romano. Uno de los principales progresos del imperio en los dos primeros siglos de nuestra era fue que se convirtió en un

territorio a través del cual, en torno al cual y dentro del cual se movía la gente, a menudo rodeando Roma: el tráfico no fluía simplemente entre el centro y la periferia. Hay muchas maneras de seguir las huellas de este movimiento. Las más actualizadas consisten en examinar las evidencias de esqueletos humanos, especialmente la boca, de manera cada vez más minuciosa. El análisis científico moderno muestra que la característica impronta del clima, de la disponibilidad de agua y de la dieta del niño en edad de crecimiento dejan huellas en los dientes del adulto, y proporcionan indicios del lugar donde creció cada uno de los fallecidos. Los estudios son todavía muy provisionales, pero parecen mostrar que una parte sustancial de la población urbana, por ejemplo, de la Britania romana, creció en una región climática diferente de la región en que murieron, aunque es difícil distinguir si era la cálida costa del sur de Britania frente al gélido norte o el templado sur de Francia.

Algunos de aquellos viajes pueden rastrearse en las historias de las personas que terminaron cerca de la Muralla de Adriano. El panorama a menudo evocado de un mísero puñado de soldados procedentes de la soleada Italia forzados a soportar la niebla, la helada y la lluvia del norte de Britania es muy engañoso. La guarnición estaba en gran medida compuesta por fuerzas reclutadas de lugares igualmente brumosos del otro lado del canal de la Mancha, en lo que hoy es Países Bajos, Bélgica y Alemania. No obstante, en todos los niveles de la comunidad de la Muralla, los individuos procedían de sitios mucho más remotos, incluso de los confines del imperio. La variedad de estos individuos va desde Víctor, un ex esclavo de un soldado de caballería, cuya lápida lo identifica como «moro», hasta uno de los romanos más importantes de la provincia, Quinto Lolio Urbico, gobernador de Britania entre 139 y 142 d. C.

Gracias a la afortunada conservación de algunos restos todavía podemos identificar el trabajo constructivo que patrocinó en el norte de Britania y la tumba familiar que encargó en el otro extremo del mundo romano, en su ciudad natal (de Tiddis, su nombre actual) en el norte de Argelia.



99. La figura de Regina en su lápida es similar a muchas de las halladas en Palmira. El texto latino que hay debajo explica que «Barates el palmireno erigió esto para Regina, ex esclava y esposa, de treinta años, de la tribu de los catuvellaunos». No lo especifica con claridad, pero casi seguro que había sido *su propia* esclava. La elaboración del monumento es un interesante rompecabezas. ¿Proporcionó Barates un esbozo de lo que quería a algún escultor local? ¿O había un artesano en South Shields ya familiarizado con este estilo?

Lápida de Regina, siglo II d. C., fuerte romano de Arbeia y museo. Foto © Tyne & Wear Archives & Museums / Bridgeman Images

La más evocadora de todas es la historia de Barates, un hombre de Palmira, en Siria, que trabajó en las inmediaciones de la Muralla de Adriano en el siglo II d. C.

Se desconoce lo que le hizo viajar más de 6000 kilómetros a través del mundo (probablemente, el trayecto más largo que nadie realizara en este libro). Puede que fuera el comercio, o quizá tuviera alguna relación con el ejército. Se asentó en Britania el tiempo suficiente para casarse con Regina («Reina»), una ex esclava britana. A su muerte a los treinta años de edad, Barates le dedicó una lápida cerca del fuerte romano de Arbeia, en South Shields. En ella se describe a Regina, que, como indica el epitafio, había nacido y se había criado justo al norte de Londres, como si fuera una majestuosa matrona palmirena. Debajo del texto en latín, Barates hizo inscribir el nombre de su mujer en la lengua aramea de su tierra natal. Se trata de un monumento que resume de forma clara los movimientos de los pueblos y la mezcla cultural que definía al Imperio Romano, y suscita preguntas todavía más sugerentes. ¿Quién se creía Regina que era? ¿Se habría reconocido a sí misma como una dama palmirena? ¿Qué habría pensado esta pareja de la «Roma» en cuyo mundo vivía?

CREAN DESOLACIÓN Y LA LLAMAN PAZ

Sin duda había una fuerte oposición en algunos aspectos del gobierno romano. La integración, la movilidad, los lujos y los beneficios comerciales solo eran una cara de la historia del imperio. La otra incluía la desobediencia y la evasión de impuestos, la resistencia pasiva y las protestas populares, a menudo dirigidas tanto a las élites locales como a los romanos. Sin embargo, la rebelión abierta y armada contra la «ocupación» romana no parece haber sido habitual durante los dos primeros siglos de nuestra era. Algunos rebeldes arrojados, aunque en última instancia siempre condenados al fracaso, que se lanzaron contra el invencible poder de Roma se han convertido en héroes y heroínas

legendarios de naciones modernas, como «Hermann el germano» o Boudica, cuya estatua real en bronce se yergue orgullosa en el exterior del Parlamento en las márgenes del río Támesis. Y la fortaleza de Masada, donde en el año 73 d. C. 960 judíos rebeldes optaron por el suicidio antes que la sumisión al final de un largo asedio, es ahora un monumento nacional israelí. Pero esto son las excepciones. El Imperio Romano no parece que fuera un imperio de insurrección.

En cierto modo, esta impresión podría conducir a engaño. Las autoridades romanas, como muchos estados modernos, tenían un interés particular en calificar de traición, insurrección o simple delincuencia a la rebelión política de principios. Es imposible conocer las aspiraciones de los llamados bandidos que atormentaban a los gobernadores romanos en muchos rincones del mundo ni determinar con exactitud dónde estaba la frontera entre el bandolerismo de caminos y la disidencia ideológica. Y cuando los judíos de Jerusalén reaccionaron con violencia en el reinado de Claudio después de que un soldado romano se exhibiera en el Templo, ¿fue solo un disturbio? ¿O habría que considerarlo la chispa de una incipiente rebelión sofocada por las autoridades romanas de la provincia a costa de miles de vidas judías? Además, a los emperadores hambrientos de gloria militar les convenía representar la supresión de una insurrección interna como si fuera una conquista exterior a la vieja usanza. El arco erigido para conmemorar el triunfo de Vespasiano y Tito sobre los judíos en 71 d. C., antes de la victoria romana final en Masada, no presenta indicio alguno de que la victoria fuera contra rebeldes internos armados, ni contra enemigos extranjeros.

Las rebeliones que conocemos no eran obra de nacionalistas de elevados principios o estrechos de miras. El

hecho de deshacerse de los romanos nunca fue el equivalente a un movimiento independentista en sentido moderno. Las insurrecciones tampoco estaban impulsadas por una clase marginal excluida ni por fanatismo religioso. La religión a menudo confirmaba las aspiraciones de los rebeldes y proporcionaba ritos y símbolos unificadores, desde las esperanzas mesiánicas de los judíos hasta los sacrificios humanos supuestamente llevados a cabo por Arminio en el bosque de Teutoburgo, pero las rebeliones no eran específicamente sublevaciones religiosas. Normalmente estaban lideradas por la aristocracia provincial y eran indicio de que la relación de complicidad entre las élites locales y las autoridades romanas se había roto. Dicho de otro modo, eran el precio que pagaban los romanos por depender de su colaboración. Habitualmente, las rebeliones estallaban por algún acto aislado provocador u ofensivo por parte de los romanos que trastocaba el delicado equilibrio de poder.

La revuelta judía, que empezó en el año 66 d. C., provenía esencialmente de divisiones en la clase dirigente de Judea y de la mutua desconfianza entre esta y las autoridades romanas. La orden del gobernador de azotar y crucificar a una serie de judíos de la provincia, que también eran ciudadanos romanos, fue una poderosa provocación. Gran parte de los líderes rebeldes más conocidos de otros lugares del mundo tenían estrechos lazos con la administración romana. Arminio, que masacró a las legiones de Varo en el año 9 d. C., y Julio Civilis, que dirigió otra rebelión germánica en 69 y 70 d. C., eran ambos ciudadanos romanos y ex soldados del ejército romano, además de miembros de la aristocracia local. Incluso la insurrección de Boudica en Britania, en el año 60 d. C. se ajustaba a este patrón.



100. Arco cerca del foro romano que conmemora la victoria de Vespasiano y Tito sobre los judíos. Este panel esculpido en el interior del arco bajo el intradós muestra la procesión triunfal llevando a cuestas la menorá, que fue trasladada a Roma como parte del botín.

Arco de Tito, finales del siglo I d. C., Roma. Foto © PhotoStock-Israel / Alamy

Boudica, o Buduica (no se sabe exactamente cómo se escribe su nombre, pero, al parecer, tampoco ella lo sabía), no era una inveterada enemiga de Roma sino parte de una familia de colaboradores de la élite. Era la viuda de Prasutago, líder de los britanos en la Inglaterra oriental y aliado de los romanos, un Tiberio Claudio Togidubno a escala más modesta. A su muerte, dejó una mitad de su reino tribal al emperador y la otra mitad a sus hijas, una sensata división encaminada a asegurar una pacífica continuidad. En este caso, según escritores romanos, lo que hizo prender la chispa de la rebelión fue la conducta de algunos romanos al tomar posesión de la herencia. Se trasladaron allí con imprudente y decidida brutalidad: los soldados saquearon la propiedad de

Prasutago, violaron a sus hijas y azotaron a su viuda. Boudica reaccionó reclutando a sus partidarios y lanzándose al ataque.

Como es habitual en estas rebeliones, al éxito a corto plazo por parte de los insurgentes y al terror por parte de los romanos les sucedería tarde o temprano una sonora victoria romana. La milicia de Boudica destruyó al instante tres ciudades romanas de la nueva provincia, quemándolas hasta los cimientos y matando cruelmente a la población. Un historiador romano, mezclando fantasía (es de esperar) con misoginia y patriotismo, relata que los soldados de Boudica colgaron a las mujeres enemigas, les cortaron los pechos y los cosieron a la boca de las víctimas, «para que pareciera que se los estaban comiendo». Tan pronto como llegó la noticia a oídos del gobernador de la provincia, que estaba luchando en Gales a 400 kilómetros de distancia, regresó de inmediato y aniquiló a los insurgentes britanos. Tácito da una cifra jactanciosa pero altamente inverosímil de 80 000 bajas britanas frente a las 400 romanas. Boudica ingirió veneno y según un relato fantástico yace enterrada en algún lugar cercano al andén 10 de la estación de tren de King's Cross en el distrito norte de Londres.

En cuanto a los objetivos de Boudica, solo podemos hacer conjeturas. Su verdadera historia está empañada por la mitología antigua y moderna. Para los escritores romanos era una figura de horror y a la vez de fascinación. Una reina guerrera, una Cleopatra intersexual y bárbara: «de estatura muy alta, con físico varonil, ojos penetrantes y voz poderosa, y con una mata de cabello pelirrojo que le caía hasta las caderas», así la describió siglos después alguien que no podía saber qué aspecto tenía. En Gran Bretaña, durante los últimos siglos no solo se ha convertido en una heroína nacional, con la optimista suposición de que sus aspectos

más desagradables eran propaganda romana, sino que también ha sido reinventada como la antecesora del Imperio Británico que antaño superó a la antigua Roma. «Regiones que el César nunca conoció / Tus herederos dominarán» es el mensaje esculpido en el plinto de su estatua junto al Támesis: de imperio a imperio, todavía más grande.



101. Estatua de Boudica (o «Boadicea» como se la conoce aquí, en la forma latina de su nombre) a orillas del Támesis en Londres, realizada por Thomas Thorneycroft. Es una espectacular imagen de una reina guerrera, pero casi todos los detalles son arqueológicamente incorrectos, entre ellos las mortíferas guadañas fijadas a las ruedas de la cuadriga. La escultura se inició en la década de 1850, pero no se instaló a la vista del público hasta 1902, tras intensos debates sobre dónde había de ubicarse.

Estatua de Boudica, T. Thorneycroft, década de 1850-1902 Victoria Embankment, Londres. Foto © Chris Lawrence / Alamy

No nos ha llegado nada de boca de Boudica ni de ninguno de los otros rebeldes. La perspectiva más cercana que tenemos son las historias judías de los múltiples volúmenes de Josefo, el que una vez se levantara contra los romanos, que escribió su relato partidista de la rebelión que desembocó en el asedio de Masala desde la comodidad de su

estudio en Roma. Se había instalado allí bajo la protección del emperador Vespasiano, no se sabe si en calidad de traidor, de solicitante de asilo o de político sagaz. Pero este es un caso muy especial y muy parcial. Las historias de Tácito y de otros escritores romanos presentan largos discursos pronunciados por muchos de los más prominentes adversarios del gobierno romano. En ellos, Boudica denuncia los lujos inmorales de la «civilización» romana y la afeminación de los romanos mientras se lamenta de la *libertas* perdida de los britanos, una pérdida simbolizada por la violación de sus hijas y su propio apaleamiento. Julio Civilis en Germania enardece a sus partidarios comparando el gobierno romano con la esclavitud más que con una alianza y enumera las injustas exacciones impuestas por el poder imperial. En el relato más memorable de todos, de la biografía del suegro de Tácito, uno de los enemigos de Roma, como parte de un discurso planificado pronunciado antes de entrar en combate con Agrícola, desafía al gobierno romano y a lo que este comporta. Los romanos, insiste, son los ladrones del mundo, insaciables de dominio y beneficios. Y en una frase repetidamente citada que todavía toca la fibra sensible, resume el proyecto imperial romano: «crean desolación y la llaman paz», «*solitudinem faciunt, pacem appellant*».

Casi con toda seguridad ninguno de estos rebeldes locales pronunció semejantes frases la vigilia de la batalla. Los historiadores romanos que las acuñaron no podían saber de ninguna manera lo que se dijo en aquellas ocasiones y sin duda habrían temido la idea de vivir bajo una Boudica. Sin embargo, sabían perfectamente cuáles podían ser las objeciones políticas planteadas al gobierno romano y cómo expresarlas. A pesar de que hemos de lamentar el hecho de no poder leer las auténticas opiniones de los disidentes

provinciales del imperio, la idea de que los escritores romanos pudieran imaginar lo que era oponerse a su propio poder imperial es quizá incluso más importante, y un rasgo distintivo de la cultura y poder romanos. A finales del siglo I a. C., el historiador Salustio, mirando hacia atrás, consideró que la destrucción de Cartago y Corinto por parte de Roma en 146 a. C. fue un punto de inflexión hacia la decadencia romana y pudo reconstruir algunas de las valoraciones del rey Yugurta acerca de los romanos (hambrientos de poder, corruptos e irracionalmente contrarios a la monarquía). Aproximadamente un siglo después, Tácito y otros imaginaron con todo lujo de detalles lo que podía haber sido el guión de aquellos provincianos que se rebelaron contra Roma. Nunca nadie ha emitido una crítica más contundente del poder imperial romano que las palabras contra Roma puestas en boca de los rebeldes por los propios escritores romanos.

DISTURBIOS CRISTIANOS

Los problemas para comprender los conflictos entre los antiguos romanos y los conflictivos cristianos son exactamente los contrarios. La victoria del cristianismo, que en el siglo IV d. C. se convirtió en la religión «oficial» del Imperio Romano, garantizó la conservación de una gran cantidad de testimonios, argumentaciones y autojustificaciones por parte de los escritores romanos cristianos, mientras que no ha sobrevivido casi nada de sus oponentes romanos «paganos» que fundamentase su rechazo a la nueva religión. La correspondencia mantenida entre Plinio y Trajano constituye una de las discusiones no cristianas más elocuentes de la nueva religión que se han conservado. Los textos cristianos de los siglos III, IV y V d. C. son algunos de los ejemplos más extremos de reescritura de

la historia para ajustarla a la agenda de los vencedores. Construyen una historia triunfalista del cristianismo como vencedor de los rivales paganos, a pesar de la cruel persecución por parte del Estado romano, y de todas las variantes internas («herejías», como más tarde se las definiría), que amenazaron lo que acabó siendo la ortodoxia cristiana.

La verdad es que resulta difícil identificar al cristianismo durante los dos siglos posteriores a la crucifixión de Jesús acaecida en algún momento de comienzos de la década de los años 30 d. C. Empezó siendo una secta judía radical, pero es complicado determinar cómo y cuándo se separó con claridad del judaísmo. Ni siquiera se sabe con certeza cuándo empezaron a usar habitualmente el nombre de «cristianos» para autodenominarse, y puede que al principio fuera un apodo aplicado a los forasteros. Durante muchos años fueron un número reducido. El mejor cálculo es que en torno al año 200 d. C. había unos 200 000 cristianos en el Imperio Romano, de entre cincuenta y sesenta millones de personas, aunque es posible que fueran más visibles de lo que sugiere esta cifra, porque estaban concentrados de manera abrumadora en las ciudades. La palabra «pagano» era el término que aplicaban a cualquiera que no fuera cristiano ni judío, e implicaba algo entre «forastero» y «rústico». Sostenían una gran variedad de opiniones y creencias sobre la naturaleza de Dios y de Jesús y sobre los dogmas básicos de la fe cristiana que de forma gradual, y con gran dificultad, quedaron reducidos a la gama de ortodoxias cristianas (aún no una sola) que conocemos hoy en día. Muchos se preguntaban, y no sin razón: ¿Estaba Jesús casado y con hijos? ¿Qué ocurrió en realidad en la crucifixión? ¿Murió o no murió?

De vez en cuando, durante los dos primeros siglos de

nuestra era, las autoridades romanas castigaban a los cristianos. En este período no había persecuciones generales ni sistemáticas, no hubo indicio de ello hasta mediados del siglo III d. C. En la práctica, gran parte de las primeras generaciones de cristianos vivieron tranquilos sin ser molestados por la intervención del Estado. No obstante, en ocasiones sirvieron de cabeza de turco, como cuando Nerón decidió achacarles la culpa del gran incendio de Roma del año 64 d. C. Quizá fueran candidatos plausibles, puesto que algunos cristianos profetizaban que en breve el mundo ardería en llamas. La correspondencia entre Plinio y Trajano sugiere que había una legislación romana que, explícita o implícitamente, proscribía la religión, aunque no sabemos nada más. La incertidumbre y asombro de Plinio se reflejan en otras ocasiones en que los romanos decidieron castigar a los cristianos en diferentes partes del imperio, desde la Galia hasta África.

Un momento verdaderamente revelador lo describe, en el informe de su propio juicio, una mujer cristiana que fue condenada a ser devorada por animales salvajes en el anfiteatro romano de Cartago en 203 d. C. Vibia Perpetua, recién convertida al cristianismo, tenía unos veintidós años, estaba casada y tenía un bebé cuando fue arrestada y conducida ante el *procurator* de la provincia, que actuaba en el puesto del gobernador que había muerto hacía poco. Su memoria es el relato más largo, personal e íntimo, que se ha conservado de todo el mundo antiguo, de las experiencias de una mujer acerca de sus angustias por su hijo y los sueños que tuvo en prisión antes de ser arrojada a las bestias. En este relato se trasluce incluso la frustración de su interrogador y su disposición por hacer que se retractase. «Ten piedad de los cabellos blancos de tu padre, ten piedad de tu tierno bebé», le instaba. «Solo haz un sacrificio por el

bienestar del emperador.» «No lo haré», respondió. «¿Eres cristiana?», preguntó, planteando ahora la pregunta formal. Cuando dijo que sí lo era —«*Christiana sum*»— la condenaron a muerte. El *procurator* estaba con claridad desconcertado, y al parecer también la muchedumbre que la vio morir en el anfiteatro. Los deportes sangrientos de los romanos obedecían a un conjunto estricto de normas. Los que morían eran animales y delincuentes y la clase baja de los esclavos, no madres jóvenes. De hecho, «la muchedumbre se estremeció ante aquella visión», cuando advirtieron que de los pechos de Felicitas, la compañera mártir de Perpetua, goteaba leche. Entonces ¿por qué demonios hacían esto los romanos?

Cualquiera que fuese el redactado de la ley o las circunstancias concretas de un juicio, había un enfrentamiento irreconciliable entre los valores romanos tradicionales y el cristianismo. La religión romana no solo era politeísta sino que trataba a los dioses extranjeros del mismo modo que trataba a los pueblos extranjeros: los incorporaba. Desde la época remota de la toma de Veyes a comienzos del siglo IV a. C., Roma había acogido a los dioses de los conquistados. De vez en cuando había controversias y preocupación al respecto, y en más de una ocasión habían expulsado de la ciudad de Roma a los sacerdotes de la diosa egipcia Isis. No obstante, la norma básica era que el Imperio Romano se expandía y con él su panteón de divinidades. En teoría, el cristianismo era un monoteísmo exclusivo que rechazaba a los dioses que durante siglos habían asegurado el éxito de Roma. En la práctica, por cada Perpetua que se enfrentaba con valentía, o con obstinación a ojos de los romanos, a la muerte, había probablemente centenares de cristianos corrientes que preferían hacer sacrificios a los dioses tradicionales, cruzar

los dedos y más tarde pedir perdón. Pero sobre el papel no podía haber acomodo.

Lo mismo podía decirse, en cierto modo, del judaísmo. Sin embargo, de manera harto sorprendente y a un nivel insospechado, los judíos consiguieron operar dentro de la cultura romana. Para los romanos, el cristianismo era mucho peor. En primer lugar, no tenía ningún hogar ancestral. En su ordenada geografía religiosa, los romanos esperaban que las deidades *procedieran* de algún lugar: Isis de Egipto, Mitra de Persia, el dios judío de Judea. El dios cristiano no tenía raíces, proclamaba ser universal y buscaba más adeptos. Toda clase de momentos místicos de iluminación eran susceptibles de atraer nuevos adoradores a (digamos) la religión de Isis. Sin embargo, el cristianismo se definía por un proceso de conversión espiritual nuevo. Es más, algunos cristianos predicaban valores que amenazaban con subvertir algunos de los supuestos grecorromanos más fundamentales sobre la naturaleza del mundo y de las personas que lo habitaban: que la pobreza, por ejemplo, era buena; que había que amansar o rechazar al cuerpo en vez de cuidarlo. Todos estos factores ayudan a explicar las preocupaciones, la confusión y la hostilidad de Plinio y de otros como él.

Al mismo tiempo, el éxito del cristianismo estaba arraigado en el Imperio Romano, en su extensión territorial, en la movilidad que el mismo imperio promocionaba, en sus ciudades y mezcla cultural. Desde la Bitinia de Plinio hasta la Cartago de Perpetua, el cristianismo se difundió desde sus reducidos orígenes en Judea en gran medida gracias a los canales de comunicación a lo largo y ancho del mundo mediterráneo que el Imperio Romano había abierto, y debido al movimiento de personas, dioses, libros e ideas que circulaban por aquellos canales. La ironía es que la única religión que los romanos intentaron erradicar fue la única

cuyo éxito lo facilitó su propio imperio y que creció completamente dentro del mundo romano.

CIUDADANOS

¿Era, pues, el cristianismo una religión en realidad romana? Sí y no. Depende, evidentemente, de lo que entendamos por «romano», un adjetivo maleable y escurridizo que puede utilizarse en muchos sentidos, y cuyo significado abarca desde control político hasta estilo de vida, desde lugar hasta período de tiempo. La respuesta correcta a la pregunta de cuántos «romanos» vivían en la «Britania romana» bien podría ser «unos cinco», si nos referimos solo a los nacidos y criados en Roma. Asimismo podría ser perfectamente «unos 50 000», si contamos a todos y cada uno de los soldados además del reducido personal de la administración imperial, incluidos los esclavos. Otra respuesta se acercaría más a «3 millones» si consideramos que todos los habitantes de la provincia romana eran ahora en cierto modo romanos, a pesar de que la mayoría de ellos, fuera de las ciudades, no supiera dónde estaba situada Roma ni hubiera tenido más contacto directo con el poder romano que las ocasionales y escasas monedas sueltas de sus bolsillos.

Una definición importante se basaba en la ciudadanía romana. Para un número cada vez mayor de habitantes del imperio, ser romano significaba ser ciudadano romano. En todas las provincias a lo largo de los dos primeros siglos de nuestra era, había muchas maneras de conseguirlo. Los no ciudadanos que servían en el ejército romano se convertían en ciudadanos cuando completaban su período de servicio; a los funcionarios locales de las ciudades de todo el imperio se les concedía más o menos automáticamente la ciudadanía romana. Comunidades enteras o individuos (como Tiberio Claudio Togidubno) conseguían la ciudadanía por servicios

especiales prestados, y los esclavos de ciudadanos romanos dondequiera que viviesen se convertían en ciudadanos romanos en el momento de ser liberados, en caso de serlo. No había ninguna de las pruebas o exámenes que hemos acabado asociando a la adquisición de la ciudadanía, ningún saludo a la bandera, ni juramento de lealtad ni pago de cuotas. La ciudadanía era un regalo, y en el 200 d. C., según el mejor cálculo reciente, aproximadamente el 20% de la población libre había obtenido la ciudadanía. Dicho de otro modo, es probable que hubiera por lo menos diez millones de ciudadanos romanos en las provincias.

La ciudadanía aportaba toda clase de derechos concretos en la legislación romana, que cubrían una amplia gama de temas, desde contratos hasta castigos. El simple motivo por el que, en la década de los años 60 d. C., san Pedro fuera crucificado mientras que san Pablo gozara del privilegio de ser decapitado es que Pablo era ciudadano romano. Para unos pocos, la ciudadanía era el primer paso para unirse a la élite del gobierno central de Roma, en un recorrido que conducía incluso al Senado y al palacio imperial. Varios emperadores del siglo II d. C. tenían sus orígenes fuera de Italia: desde Trajano, cuya familia procedía de Hispania, hasta Septimio Severo, que gobernó entre 193 y 211 d. C. y fue el primer emperador procedente de África.

Cada vez había más senadores de origen provincial. Entre ellos Lolio Urbico, gobernador de Britania originario del norte de África; Agrícola, cuya familia procedía del sur de la Galia; y muchos más, que exhibieron con orgullo sus logros en la capital («el quinto hombre que entró en el Senado de toda Asia») en inscripciones en sus ciudades natales. Algunos emperadores fomentaron esta tendencia. En su discurso del año 48 d. C., que defendía la admisión en el Senado de hombres procedentes del norte de la Galia (los

«peludos galos» como los llamaban los romanos), Claudio justificó explícitamente la propuesta remontándose a la acogida de extranjeros por parte de los romanos desde los primeros tiempos y anticipándose a una evidente objeción: «Si alguien se centra en el hecho de que los galos crearon a Julio César, ahora un dios, tantos problemas en una guerra que duró diez años, debería considerar que también han sido leales y dignos de confianza durante cien años desde entonces». A finales del siglo II d. C., más del 50% de los senadores procedían de las provincias. No procedían de forma equitativa de diferentes partes del imperio (no había ninguno que fuera originario de Britania), y algunos de ellos, como los primeros emperadores «extranjeros», posiblemente eran descendientes de los primeros colonos itálicos de las provincias más que «nativos», pero no todos, ni siquiera la mayoría. En efecto, ahora los provincianos gobernaban Roma.

Esto no significa que las clases dirigentes de Roma fueran parte de aquel acogedor crisol cultural y liberal. Desde nuestro punto de vista, eran relativamente inmunes a la raza. El motivo por el que aún debatimos los orígenes étnicos del emperador africano Septimio Severo es porque los escritores antiguos no hicieron ningún comentario al respecto. No obstante, la élite romana era sin duda bastante clasista en relación con los senadores de provincias. Hacían chistes sobre ellos porque, según decían, no eran capaces de encontrar el camino al Senado. Al parecer incluso Septimio Severo se sintió tan avergonzado por el mal acento latino de su hermana que la envió de vuelta a casa. El discurso de Claudio defendiendo la admisión de los «peludos galos» en el Senado fue motivado por generalizadas objeciones de los senadores a la propuesta. Sin embargo, en el siglo II d. C. por lo menos, en el corazón del mundo romano había un

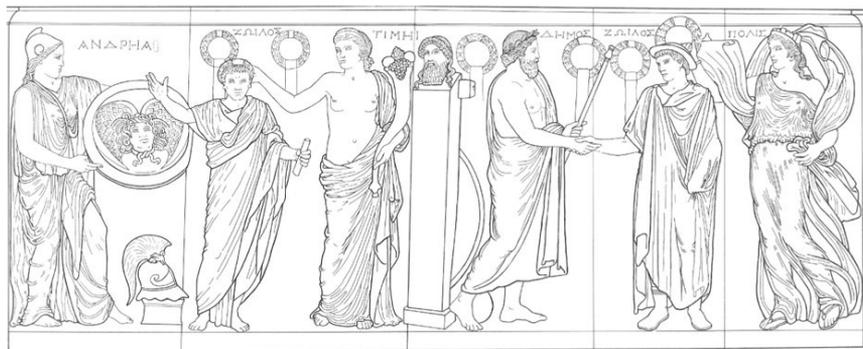
número considerable de hombres y mujeres que percibían el imperio desde ambos lados, que tenían dos hogares, el romano y el provincial, y que eran culturalmente bilingües.

CAYO JULIO ZOILO

Terminaremos este capítulo con la historia de uno de aquellos personajes bilingües. Cayo Julio Zoilo no es un nombre conocido. No era ningún Polibio, ni un Escipión Barbato, ni Cicerón, ni Plinio, no dejó nada escrito (salvo unas pocas palabras sobre piedra) y no se le menciona en la literatura conservada del mundo romano. No obstante, diferentes períodos de la historia de Roma son captados por diferentes tipos de personas. Zoilo, un ex esclavo, agente imperial y adinerado benefactor de su ciudad natal, representa a muchos de los aspectos del Imperio Romano. Es al mismo tiempo un poderoso recordatorio de las muchas vidas romanas que casi están ocultas de la historia y cuyas piezas todavía se están encajando.

Todo cuanto sabemos de Zoilo nos lo han revelado las excavaciones realizadas, durante los últimos cincuenta años, en la pequeña ciudad romana de Afrodisias, en el sur de la actual Turquía, que debió de ser su ciudad de origen, y su morada final. Allí se descubrió su elaborada tumba, que nos permite un atisbo de su aspecto, aunque gran parte de su rostro no se ha conservado. Aparece mencionado en una carta del futuro emperador Augusto, escrita en 39 o 38 a. C. e inscrita en piedra por los habitantes de Afrodisias en el centro de la ciudad. Las palabras exactas son: «Ya sabes lo mucho que aprecio a mi Zoilo». Los proyectos constructivos que Zoilo patrocinó en la ciudad, desde un nuevo escenario para el teatro hasta una importante obra de restauración del templo principal, exhibían su nombre como benefactor y filántropo. A partir de todo esto se puede reconstruir un

esbozo de su carrera.



102. Reconstrucción de la escultura de la tumba de Zoilo con la figura bien conservada del propio difunto (izquierda). En el lado izquierdo de la escultura aparece en actitud marcadamente romana (disertando y envuelto en una toga). En el lado derecho se muestra mucho más griego.

Figura de Zoilo y reconstrucción de la escultura de la tumba de Zoilo. Dibujo: C. H. Hallett. De R. R. R. Smith, *The Monument of C. Julius Zoilos: Aphrodisias I* (Maguncia 1994), Fig. 5

Casi con toda seguridad nació libre, simplemente Zoilo, en la primera mitad del siglo I a. C., pero fue hecho prisionero y convertido en esclavo, probablemente por piratas o traficantes. No obstante, también es posible que fuese capturado como prisionero de guerra en uno de los numerosos conflictos del período. Terminó en Roma como esclavo, y agente, de Julio César, quien le concedió la libertad y con ella la ciudadanía romana y el nombre romano de Cayo Julio Zoilo. Siguió trabajando estrechamente con el primer Augusto, que lo conoció lo bastante bien como para proclamar su afecto, antes de regresar a su ciudad natal convertido en un hombre extremadamente rico, probablemente gracias al botín de las campañas de César, que llegaba incluso a los esclavos y ex esclavos. Allí se abrió camino del modo tradicional y llegó a ser un personaje prominente. A su muerte, quizá en el reinado de Augusto, se le otorgó una tumba monumental a costa del erario público. Si un epitafio dedicado al «hijo de Zoilo» encontrado en Roma se refiere a su hijo (había otros hombres llamados Zoilo en el mundo romano), entonces algunos miembros de su familia no regresaron a Afrodias con su padre. Este «Tiberio Julio Papo, hijo de Zoilo» es conmemorado como jefe bibliotecario de las bibliotecas del emperador a mediados del siglo I d. C., durante los reinados de Tiberio, Cayo y Claudio.

Es precisamente la tumba de Zoilo en Afrodias la que mejor plasma la cultura del imperio, un vasto túmulo decorado con un elaborado friso esculpido que rodea la base, y en cuyos fragmentos conservados aparece representado Zoilo más de una vez, luciendo indumentarias esencialmente diferentes. En el lado mejor conservado del monumento había dos imágenes del difunto, con claridad identificadas con su nombre, en el acto de ser coronado. A la

izquierda, está siendo honrado por las figuras, muy romanas, de Virtus, con su escudo, y Honos («Heroísmo Varonil» o «Prestigio»). La parte derecha corresponde a su «pueblo» natal y a su «ciudad». No obstante, la clave está en las diferencias entre los dos atuendos de Zoilo. En la imagen de la izquierda viste la característica toga romana, tiene un brazo alzado como si se dirigiese a una audiencia y en la otra mano probablemente sostenía un rollo. En la derecha aparece con la capa griega, o clámide, y luce sobre la cabeza el típico tocado griego.

El monumento destaca el éxito de Zoilo, su riqueza, su movilidad social y su movilidad por el mundo romano. Sin embargo, ante todo lo muestra a él creando su identidad de dos formas muy distintas, presentadas aquí una junto a la otra. En la cultura del Imperio Romano se podía ser ambas cosas, griego y romano.

EL PRIMER MILENIO ROMANO

En el año 212 d. C., el emperador Caracalla decretó que todos los habitantes libres del Imperio Romano, dondequiera que habitasen, desde Escocia hasta Siria, eran ciudadanos romanos. Fue una decisión revolucionaria que eliminó de un plumazo la diferencia legal entre gobernantes y gobernados, y la culminación de un proceso que se había prolongado durante casi un milenio. Más de treinta millones de provincianos se convirtieron legalmente en romanos de la noche a la mañana. Fue una de las mayores concesiones de ciudadanía, si no *la* mayor, de la historia universal.

Durante siglos, los enemigos derrotados se habían convertido en romanos. Los esclavos habían obtenido la ciudadanía romana en el momento de su liberación. Y, a medida que transcurría el tiempo, gran número de provincianos, tanto soldados como civiles, conseguían la ciudadanía como recompensa por su lealtad, servicio y colaboración. Todo ello no sin polémica o conflicto. No todos los que recibían la ciudadanía la querían. Algunos romanos no ocultaban sus sospechas respecto a los extranjeros, ciudadanos o no (el satírico Juvenal pone voz al lamento: «No puedo soportar una ciudad llena de griegos»). El deseo de algunos de los aliados itálicos de los romanos por conseguir la ciudadanía de la que se sentían excluidos condujo, en parte, a una de las guerras más sangrientas de la historia de Roma, la llamada guerra social a comienzos del siglo I a. C. No obstante, el modelo subyacente es obvio. En

212 d. C. Caracalla culminó un proceso que en el mito romano había iniciado Rómulo mil años antes: en el año 753 a. C., según la fecha convencional. El padre fundador de Roma solo pudo establecer su nueva ciudad ofreciendo la ciudadanía a todos los que acudían a ella, convirtiendo a los extranjeros en romanos.

La razón que llevó a Caracalla a dar este paso, en aquel preciso momento, ha desconcertado a los historiadores desde entonces. Fue el segundo gobernante de una dinastía nueva que accedió al poder tras el asesinato de Cómodo el 31 de diciembre de 192 d. C. En la primera guerra civil de Roma desde el breve conflicto tras la muerte de Nerón en el año 68 d. C., diferentes unidades del ejército, entre ellas la Guardia Pretoriana y las legiones de las provincias, intentaron instalar a su propio candidato en el trono. Uno de los candidatos era Lucio Septimio Severo, originario de Leptis Magna, en el norte de África, que entró en Italia apoyado por el ejército del que había estado al mando en el río Danubio. Se pasó los primeros años de emperador, hasta el año 197 d. C., eliminando a la oposición. Caracalla era su hijo y heredero, que gobernó a partir del año 211 d. C., conocido oficialmente como Marco Aurelio Antonino. En una disparatada vuelta de tuerca en el uso de la adopción para la sucesión imperial y en una desesperada maniobra de legitimidad, Septimio Severo organizó para sí y para su familia una adopción retrospectiva por parte del emperador Marco Aurelio, fallecido ya desde hacía tiempo. «Caracalla» era un apodo que hacía alusión al estilo particular de capa militar que solía llevar (*caracallus*).

Caracalla no es recordado por ser un reformista radical y sagaz. Se le conoce mejor como patrocinador del mayor complejo de baños públicos construido entonces en Roma, cuyos elevados muros de ladrillo todavía proporcionan un

impresionante telón de fondo a la temporada estival de ópera al aire libre. Pero esto apenas insinúa los aspectos más sangrientos de su reinado, que empezó en 211 d. C. con el asesinato de su hermano pequeño y rival, Geta. En una sórdida repetición del fratricidio que marcó el origen de la ciudad de Roma, Caracalla al parecer organizó una patrulla de soldados para que acabasen con la vida del joven mientras se refugiaba en brazos de su madre. Su reinado terminó cuando Caracalla tenía veintinueve años de edad, en 217 d. C., asesinado por uno de sus guardaespaldas, que aprovechó un momento privado mientras el emperador se aliviaba junto a la carretera para clavarle un cuchillo. El comandante de la Guardia Pretoriana en aquellos momentos, Marco Opelio Macrino, le sucedió brevemente en el trono. Probablemente implicado en el asesinato, Macrino fue el primer emperador romano que no era senador por nacimiento.

La poco gloriosa carrera de Caracalla induce a pensar que debió de haber motivos siniestros, o por lo menos egoístas, tras el decreto de ciudadanía. Muchos historiadores, incluidos Lucio Casio Dión y Edward Gibbon, han sospechado que fue motivado por una necesidad de recaudar dinero, puesto que los nuevos ciudadanos contraían automáticamente la obligación de pagar el impuesto romano de herencia. Si es así, fue una manera harto engorrosa de abordar el asunto. No había necesidad de conceder la ciudadanía a más de treinta millones de personas si lo que se pretendía era aumentar los ingresos derivados de los impuestos.

Fuera cual fuese la razón, este decreto cambió para siempre el mundo romano, y por esto mi historia de Roma concluye aquí, al final del primer milenio romano. La gran cuestión que había guiado la política y el debate durante

siglos, sobre la frontera entre los romanos y aquellos a los que gobernaban, había sido respondida. Después de mil años, «el proyecto de ciudadanía» de Roma se había completado y había empezado una nueva era. No obstante, no fue una era de igualdad pacífica y multicultural. Una vez derribada una barrera de privilegio se levantó otra en su lugar, en términos muy diferentes. Una vez concedida a todo el mundo, la ciudadanía se hizo irrelevante. A lo largo del siglo III d. C., lo que cobró importancia y dividió de nuevo a los romanos en dos grupos, con derechos desiguales puestos formalmente por escrito en la legislación romana, fue la distinción entre los *honestiores* (literalmente «los más honorables», la élite enriquecida y también los soldados veteranos) y los *humiliores* (literalmente «la clase más baja»). Por ejemplo, solo los *honestiores* estaban exentos, como antaño lo estuvieron todos los ciudadanos, de castigos degradantes o especialmente crueles como la crucifixión o la flagelación. Los ciudadanos de «la clase más baja» se vieron expuestos al tipo de penas que antes estaba reservado a los esclavos y a los no ciudadanos. La nueva frontera entre autóctonos y forasteros seguía la línea de la riqueza, la clase y el estatus.

El decreto de ciudadanía fue solo un elemento dentro de una amplia serie de transformaciones, rupturas, crisis e invasiones que cambiaron el mundo romano hasta hacerlo irreconocible en el siglo III d. C. El segundo milenio romano, que no terminó hasta la caída de Constantinopla, capital del Imperio Romano de Oriente en el siglo VI d. C., a manos de los turcos otomanos en 1453, estaba asentado sobre principios en su totalidad nuevos, sobre un nuevo orden mundial y, durante la mayor parte del tiempo, sobre una religión diferente. El régimen autocrático establecido por el primer Augusto se había basado en un lenguaje

político e instituciones que se remontaban al pasado más remoto que pudiera rastrearse en el primer milenio de la historia romana, y lo que he denominado el patrón augústeo de gobierno imperial proporcionó un marco político relativamente estable que duró casi doscientos años después de la muerte de Augusto en el año 14 d. C. Sin embargo, aunque el emperador Tiberio, que sucedió al primer Augusto, podría haberse puesto cómodamente en la piel imperial de Cómodo a finales del siglo II d. C., no habría comprendido lo que significaba ser emperador unas pocas décadas después. En su segundo milenio, Roma era efectivamente un nuevo estado enmascarado bajo un nombre viejo. Decidir si este milenio fue un largo y lento período de declive, una serie de cambios culturales y políticos irregulares que finalmente transformaron el mundo antiguo en el medieval, o una era de arte, arquitectura y reflexión cultural extraordinariamente dinámica, depende del punto de vista con que se mire.

Hoy los historiadores hablan a menudo de «la crisis» del siglo III d. C. Se refieren al proceso por el que, tras el asesinato de Cómodo en 192 d. C., el modelo augústeo se desmoronó. El número de emperadores es un indicador obvio de ello. En los casi 180 años transcurridos entre 14 y 192 d. C. —aparte del único y breve interludio de guerra civil después de la muerte de Nerón, cuando hubo tres pretendientes fallidos al trono— hubo solo catorce emperadores. En los cien años que transcurrieron entre 193 y 293 d. C. hubo más de setenta (la lista es elástica dependiendo de cuántos coemperadores, usurpadores o «pretendientes» indignos decida uno incluir). Sin embargo, y más al caso, cualquier intento por mantener a las legiones al margen del proceso de nombramiento de emperadores fracasó estrepitosamente. Casi todos los hombres que

reclamaron el trono a mediados del siglo III d. C. lo hicieron con el respaldo de una unidad u otra del ejército. Fue una guerra civil más o menos continuada. Y hubo flagrantes subversiones de las tradicionales pretensiones al poder, puesto que el anuncio de Septimio Severo de que él y su familia habían sido adoptados como herederos por un emperador que había muerto hacía más de diez años era forzar el límite de los parámetros romanos más flexibles de adopción.

Al mismo tiempo, la ciudad de Roma quedó eclipsada como centro de poder. Los emperadores no iban allí a menudo, sino que estaban a cientos de kilómetros de distancia con sus ejércitos. No tenían ni tiempo, ni incentivo ni dinero para seguir el modelo augústeo de dejar su huella en la ciudad en forma de ladrillo y mármol o de actuar como benefactores populares. Después de los inmensos baños de Caracalla construidos en la década de 210 d. C., apenas hubo importantes proyectos constructivos en la capital durante ochenta años, hasta que el emperador Diocleciano erigió su complejo de baños públicos todavía más grande en la década de 290 (todavía quedan importantes restos frente a la principal estación de ferrocarril de Roma). La ausencia de emperadores en Roma precipitó también el declive del Senado. No había lugar para la *civilitas* entre los emperadores y los senadores, ni para la delicada consulta, ni siquiera para los airados abandonos y las obstinadas protestas por parte de senadores de elevados principios y poco realistas cuando el hombre que ocupaba el trono estaba ausente. Los emperadores gobernaban cada vez desde más lejos, mediante decretos o por correspondencia, sin la menor referencia al Senado. El acceso al trono de Macrino, que no era senador (y al que sucedieron muchos emperadores como él) era otro indicador incuestionable de que el Senado podía

ser obviado.

Lo que podía haber detrás de aquellos cambios, la causa de los mismos y sus efectos siguen debatiéndose con vehemencia. Las invasiones de grupos de «bárbaros» más eficaces y profundamente «romanizados» procedentes de fuera del imperio desempeñaron un importante papel. También los efectos de la peste, que se extendió a finales del siglo II d. C., cuyo índice de mortalidad, incluso en los cálculos más moderados, diezmo seriamente las fuerzas romanas fueron decisivos. El delicado equilibrio del patrón augústeo, con su incapacidad de establecer normas de sucesión claras y sus complicados compromisos entre emperador y Senado, fue otro elemento desestabilizador. Una vez incumplido, se desmoronó. No obstante, fueran cuales fueren las causas, la nueva Roma que emergió de la «crisis» del siglo III d. C. era asombrosamente diferente de todo cuanto hemos estado analizando en el primer milenio de Roma.

La ciudad de Roma perdió irrevocablemente su lugar como capital del imperio y cayó en manos de los invasores en tres ocasiones durante el siglo V d. C., por primera vez desde el saqueo de los galos ochocientos años atrás. El mundo romano acabó siendo controlado desde capitales regionales como Rávena y Constantinopla, la moderna Estambul. Las partes oriental y occidental del imperio fueron gobernadas por separado. Y, tras períodos de coordinada persecución de los cristianos a finales del siglo III d. C., el imperio universal decidió abrazar la religión universal (o viceversa). El emperador Constantino, fundador de la ciudad de Constantinopla a comienzos del siglo IV d. C., fue el primer emperador romano que se convirtió formalmente al cristianismo, siendo bautizado en su lecho de muerte en el año 337 d. C. Constantino, en cierto modo,

sí siguió el patrón augústeo de reafirmarse en el poder mediante construcciones, pero lo que él construyó fueron iglesias.

No todo cambió en esta nueva Roma, y evidentemente no todo a la vez. La población de la ciudad, cristiana o no, siguió gozando de espectáculos en el Coliseo, probablemente cacerías de animales salvajes más que luchas de gladiadores, hasta bien entrado el siglo V d. C., y los emperadores de Constantinopla patrocinaban diversiones populares en calidad de benefactores a la vieja usanza, a menudo en forma de carreras de cuadrigas. Sin embargo, muchas de las continuidades políticas eran superficiales o incluso malinterpretadas. Como gesto a la tradición, Constantinopla tenía su propia sede senatorial, pero era un edificio para una institución que se había convertido en un fósil. Efectivamente, cuando un comentarista bastante confundido trató de explicar en el siglo VIII d. C. el nombre de aquel edificio, decidió que debía de haberlo construido un hombre llamado «Senatus».

En la ciudad de Roma, el mejor indicador de aquel mundo tan cambiado es el arco erigido en 315 d. C. en honor a la victoria del emperador Constantino sobre uno de sus rivales internos. Todavía sigue en pie, conservado porque fue incorporado a una fortaleza renacentista, entre el viejo foro romano y el gran anfiteatro del Coliseo. A primera vista parece en su totalidad tradicional, porque recuerda a los arcos erigidos en Roma en honor a las victorias militares y copiados desde entonces en monumentos imperiales, desde el Arco de Triunfo en París hasta el Arco de Wellington de Hyde Park en Londres. Está decorado con una variedad de escenas que celebran la autoridad de Constantino a la manera habitual de los dos primeros siglos de poder autocrático en Roma. El emperador aparece combatiendo

contra enemigos bárbaros, arengando a sus tropas, perdonando a los cautivos, ofreciendo sacrificios a los dioses tradicionales, siendo coronado por la diosa Victoria y repartiendo donativos al pueblo. Todo esto pudo haber sido esculpido ciento cincuenta años antes.



103. Arco de Constantino. Casi toda la escultura visible en esta fachada procedía de monumentos anteriores. Los tondos que hay encima de los arcos laterales son de Adriano y los paneles rectangulares del cuerpo superior formaban parte de un monumento de Marco Aurelio. Los bárbaros de pie, también en el nivel superior, son de Trajano.

Arco de Constantino, 315 d. C., Roma. Foto © Chris Selby / Alamy

De hecho, gran parte lo fue. Aparte de algunos modestos paneles, todas estas esculturas habían sido arrancadas o cercenadas de monumentos anteriores que conmemoraban a Trajano, Adriano y Marco Aurelio. Los rostros de los emperadores originales fueron toscamente reesculpidos a semejanza de Constantino y las piezas vueltas a ensamblar para colocarlas en el nuevo arco. Fue un costoso y destructivo ejercicio de nostalgia. Para muchos espectadores antiguos aquello seguramente logró situar al nuevo

emperador en la ilustre tradición de los viejos emperadores. Sin embargo, más que otra cosa, esta minuciosa recreación apunta a la distancia histórica entre el primer milenio de la antigua Roma, que constituye el tema de mi *SPQR*, y el segundo milenio de Roma, que es una historia de otra época, otro libro, y otro escritor.

Y PARA TERMINAR

He pasado buena parte de los últimos cincuenta años de mi vida con estos «romanos del primer milenio». He aprendido sus lenguas lo mejor que he podido. He leído gran cantidad de la literatura que nos han dejado (nadie se la ha leído toda) y he estudiado algunos de los cientos de miles de libros y artículos que se han escrito sobre ellos a lo largo de los siglos, desde Maquiavelo y Gibbon hasta Gore Vidal y muchos otros. He tratado de descifrar las palabras que esculpieron en la piedra, he excavado, literalmente, en yacimientos arqueológicos húmedos, ventosos y poco glamurosos en la Britania romana. Me he preguntado durante mucho tiempo cuál era la mejor manera de contar la historia de Roma y de explicar por qué creo que es importante. He sido también una de los cinco millones de personas que cada año hacen cola para entrar en el Coliseo. He dejado que mis hijos se fotografiaran allí, previo pago, con los oportunistas que hacían negocio vestidos de gladiadores. Les he comprado cascos de gladiador de plástico y, cerrando los ojos ante las crueldades del mundo moderno, los he tranquilizado diciendo que hoy en día no hacemos cosas tan crueles como aquellas. Para mí, igual que para cualquier otra persona, los romanos no son solo tema de historia e investigación sino también de imaginación y fantasía, horror y diversión.

Ya no creo, como antes ingenuamente sí lo creía, que

tengamos mucho que aprender directamente de los romanos, ni siquiera de los antiguos griegos, ni de ninguna otra civilización antigua. No tenemos necesidad de leer sobre las dificultades de las legiones romanas en Mesopotamia ni contra los partos para comprender que cualquier intervención militar moderna en Asia occidental sería desacertada. Ni siquiera estoy segura de que los generales que proclaman seguir las tácticas de Julio César lo hagan más allá de su imaginación. Y por más atractivas que parezcan las aproximaciones romanas a la ciudadanía, como he tratado de explicarles, sería una locura imaginar que podrían aplicarse a nuestra situación, siglos después. Además, «los romanos» estaban tan divididos como lo estamos nosotros sobre cómo pensaban que funcionaba, o debería funcionar, el mundo. No hay un único modelo romano a seguir. Ojalá las cosas fueran tan fáciles.

Sin embargo, cada vez estoy más convencida de que tenemos muchísimo que aprender —tanto sobre nosotros mismos como sobre el pasado— *interactuando* con la historia de los romanos, con su poesía y su prosa, con sus polémicas y sus controversias. La cultura occidental tiene una herencia muy variada. Afortunadamente, no somos herederos solo del pasado clásico. No obstante, desde el Renacimiento por lo menos, muchos de nuestros supuestos más fundamentales sobre el poder, la ciudadanía, la responsabilidad, la violencia política, el imperio, el lujo y la belleza se han configurado, y puesto a prueba, en diálogo con los romanos y sus textos.

No queremos seguir el ejemplo de Cicerón, pero su enfrentamiento con la aristocracia arruinada, o con los revolucionarios populares, con el que empecé este libro todavía sustenta nuestras opiniones acerca de los derechos de los ciudadanos y nos proporciona un lenguaje para la disidencia política: «*Quo usque tandem abutere, Catilina,*

patientia nostra?» La idea de «desolación» disfrazada de «paz», que Tácito pone en boca de los enemigos britanos de Roma, todavía resuena en las críticas modernas del imperialismo. Y los espeluznantes vicios que se atribuyen a los emperadores romanos más memorables siempre han suscitado la pregunta de dónde termina el exceso autocrático y comienza un reinado del terror.

Flaco servicio hacemos a los romanos tanto si los convertimos en héroes como si los demonizamos. Y flaco servicio nos hacemos a nosotros mismos si no nos los tomamos en serio, y si damos por terminada la larga conversación que mantenemos con ellos. Este libro no es, espero, solo *Una historia de la antigua Roma*, sino parte de esta conversación con su Senado y su Pueblo: *SPQR*.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre la historia de Roma es más de lo que una persona puede manejar. Lo que sigue a continuación son sugerencias para examinar exhaustivamente los temas que he tratado, indicaciones de algunas de las fuentes y textos mencionados menos conocidos, entre ellos algunas contribuciones personales favoritas sobre el tema, nuevas y viejas. Bajo cada uno de los capítulos cito en primer lugar los estudios temáticos más importantes antes de identificar la fuente de determinados debates o información que de lo contrario resultarían difíciles de localizar.

GENERAL

Casi toda la literatura antigua en la que me baso está disponible en buenas traducciones modernas. Los volúmenes de la Loeb Classical Library (Harvard University Press) lo incluyen todo menos un puñado de autores clásicos convencionales, con el texto griego o latino frente a la traducción inglesa. La serie de Penguin Classics es más selectiva y no incluye el original griego o latino, pero tiene un precio más asequible. Cada vez hay más textos disponibles gratis en línea. Los sitios más útiles son *Lacus Curtius*

(<http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/home.html>)
y *Perseus Digital Library*
(www.perseus.tufts.edu/hopper/collections). Ambos incluyen una mezcla de traducciones y lengua original, y a menudo están en las dos. Aquí proporciono indicaciones principalmente de traducciones no disponibles en estas

series más comunes.

Las inscripciones y los papiros pueden ser más difíciles de encontrar. Los textos originales suelen estar incluidos en extensas colecciones en curso, que empezaron a recopilarse en el siglo XIX (y, en lo que entonces se consideró un gesto para facilitar su comprensión en los diferentes países modernos, se escribieron totalmente en latín). La colección principal (el *Corpus Inscriptionum Latinarum*) tiene también un sitio web: http://cil.bbaw.de/cil_en/index_en.html. Es técnica, pero está en gran parte disponible en inglés. El sitio web del Oxford Centre for the Study of Ancient Documents (www.csad.ox.ac.uk) proporciona un atisbo de las evidencias más vívidas que nos ofrecen los papiros. También están disponibles algunas colecciones más pequeñas de traducciones de estos documentos, elegidos por períodos o por temas, con anotaciones.

Quien tenga el coraje de escribir sobre mil años de historia romana ha de seguir los pasos de distinguidos predecesores. El comienzo de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* de Edward Gibbon sigue siendo uno de los relatos más memorables de los dos primeros siglos de nuestra era; la versión abreviada editada por David Womersely (Penguin, 2000) es un único y práctico volumen con una buena introducción, pero omite partes sustanciales de este período. Dos series útiles de varios autores cubren el período de *SPQR*. La *Historia Routledge de las civilizaciones clásicas* incluye dos volúmenes especialmente relevantes: T. J. Cornell, *The Beginnings of Rome: Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 BC)* (1995) (hay trad. cast.: *Los orígenes de Roma* [1995], Crítica, Barcelona, 1999); y Martin Goodman, *The Roman World, 44 BC-AD 180* (2.^a edición, 2011). En la *Edinburgh History of Ancient Rome* (Edinburgh UP), nótese Nathan

Rosenstein, *Rome and the Mediterranean 290 to 146 BC: The Imperial Republic* (2012), Catherine Steel, *The End of the Roman Republic 146 to 44 BC: Conquest and Crisis* (2013), J. S. Richardson, *Augustan Rome 44 BC to AD 14: The Restoration of the Republic and the Establishment of Empire* (2012) y, retomando el tema más o menos donde yo termino, Clifford Ando, *Imperial Rome AD 193 to 284* (2012). Las partes más importantes, volúmenes 7.2 a 11, de la *Cambridge Ancient History* (Cambridge UP, 2.ª edición, desde 1990) incluyen relatos y análisis todavía más detallados. A una escala más sucinta, he aprendido mucho de Christopher Kelly, *The Roman Empire: A Very Short Introduction* (Oxford UP, 2006), Simon Price y Peter Thonemann, *The Birth of Classical Europe: A History from Troy to Augustine* (Viking, 2011), Brian Campbell, *The Romans and Their World: A Short Introduction* (Yale UP, 2011), Greg Woolf, *Rome: An Empire's Story* (Oxford UP, 2013) y Peter Garnsey y Richard Saller, *The Roman Empire: Economy, Society and Culture* (Bloomsbury, 2.ª edición, 2014). Todos ellos sustentan a mi argumentación a lo largo de este libro.

La mayoría de aspectos de la religión romana pueden seguirse en Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome* (Cambridge UP, 1998), y he analizado los detalles y la historia de la ceremonia de triunfo en mi *The Roman Triumph* (Harvard UP, 2007) (hay trad. cast.: *El triunfo romano: una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, Crítica, Barcelona, 2008). Los ensayos incluidos en *The Cambridge Economic History of the GrecoRoman World*, editado por Walter Scheidel, Ian Morris y Richard P. Saller (Cambridge UP, 2007), ofrecen una argumentación actualizada sobre la economía y la demografía del mundo romano, aunque todas las

estimaciones de población contenidas en *SPQR* deberían tomarse como lo que son: estimaciones (aproximadas).

Como referencia general, *The Oxford Classical Dictionary*, editado por Simon Hornblower, Anthony Spawforth y Esther Eidinow (Oxford UP, 4.^a edición, 2012, y en línea), incluye entradas fiables sobre centenares de personas, lugares y temas clásicos (un buen regalo para alguien interesado en la historia de Roma). En cuanto a los mapas, el *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, editado por Richard J. A. Talbert (Princeton UP, 2000), es el patrón oro, disponible también en formato económico como aplicación. Gratis en línea, *Orbis*, con el elaborado subtítulo de «Stanford Geospatial Network Model of the Roman World», permite trazar rutas y distancias a través del mundo romano y muestra el tiempo y dinero que habría costado ir de A a B (<http://orbis.stanford.edu/>). El tiempo de duración de todos mis viajes está fundamentado en él. Para aquel que tenga previsto visitar antiguos yacimientos en Roma, la guía a utilizar es la de Amanda Claridge, *Rome: An Oxford Archaeological Guide* (Oxford UP, 2.^a edición, 2010).

PRÓLOGO

El ensayo del médico romano (Galeno) está traducido por Vivian Nutton en *Galen: Psychological Writings*, editado por P. N. Singer (Cambridge UP, 2014). Los datos técnicos del casquete glaciario de Groenlandia, por ejemplo, los presenta S. Hong *et al.*, en «Greenland ice», *Science* 265 (1994) y por C. J. Sapart *et al.*, «Natural and anthropogenic variations», *Nature* 490 (2012). La fosa séptica de Herculano es parte del tema de Andrew Wallace-Hadrill, *Herculaneum: Past and Future* (Frances Lincoln, 2011).

CAPÍTULO I

Mi biografía moderna favorita de Cicerón sigue siendo la de

Elizabeth Rawson, *Cicero: A Portrait* (Allen Lane, 1975; reedición, Bristol Classical Paperbacks, 1994). *The Cambridge Companion to Cicero*, editado por Catherine Steel (Cambridge UP, 2013), es una buena guía para aproximaciones más actualizadas. Hay un astuto debate de la retórica de Cicerón contra Catilina en Thomas Habinek, *The Politics of Latin Literature: Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome* (Princeton UP, 1998). El historiador griego que vivió en el siglo II a. C. fue Polibio, que adquiere un destacado protagonismo en el capítulo 5. John R. Patterson, *Political Life in the City of Rome* (Bloomsbury, 2000) es una guía sucinta sobre este tema precisamente. En cuanto a las condiciones de la vida urbana en este período, John E. Stambaugh, *The Ancient Roman City* (Johns Hopkins UP, 1988) es una introducción muy útil.

Salustio pone en boca de Catilina a Cicerón «el arrendador» en *Guerra de Catilina* 31; su chiste sobre las ratas se encuentra en sus *Cartas a Ático* 14, 9; su miserable autocompasión cuando está en el exilio se plasma en las cartas a su esposa recogidas en el Libro 14 de sus *Cartas a Amigos*, mientras que los jactanciosos fragmentos de su poema sobre su Consulado se conservan en gran medida en su tratado *Sobre la adivinación*. El verso «*O fortunatam natam...*» es lanzado por Juvenal, *Sátiras* 10, 122, y por Quintiliano, admirador de Cicerón, en *Instituciones oratorias* 11, 1, 24, mientras que Sander M. Goldberg, por ejemplo, lo defiende en *Epic in Republican Rome* (Oxford UP, 1995). La carta a Luceyo está en *Cartas a Amigos* 5, 12; el poeta griego del que Cicerón esperaba elogios sobre su Consulado es Arquias, que aparece en el capítulo 6. Álvaro Sánchez-Ostiz analiza los fragmentos bilingües de los discursos en papiros en «Cicero graecus», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 187 (2013). Andrew Feldherr explora los ecos de

«*Quo usque...*» en «Free spirits», *American Journal of Philology* 134 (2013); la historia de Manlio y su inventado discurso se narran en Livio, *History* 6, 11-20; y la breve aparición de Catilina se produce en la *Eneida* 8, 666-670. Los cálculos del dinero en circulación los explica con claridad Keith Hopkins en «Taxes and trade», *Journal of Roman Studies* 70 (1980), con reflexiones más generales en el uso de monedas por parte de Christopher Howgego, *Ancient History from Coins* (Routledge, 1995). La alegación de que Cicerón se aprovechó de la conspiración para su beneficio aparece en Ps-Salustio, *Invectiva contra Cicerón* 2. Las tradiciones medieval y renacentista de Catilina son tema de Patricia J. Osmond, «Catiline in Fiesole and Florence», *International Journal of the Classical Tradition* 7 (2000).

CAPÍTULO 2

R. Ross Holloway, *The Archaeology of Early Rome and Latium* (Routledge, 1994), Christopher J. Smith, *Early Rome and Latium: Economy and Society c. 1000-500 BC* (Oxford UP, 1996) y G. Forsythe, *A Critical History of Early Rome: From Prehistory to the First Punic War* (Univ. of California Press, 2005) son introducciones útiles para el período de este y de los siguientes capítulos. T. P. Wiseman argumenta brillantemente (aunque, al final, no resulta convincente) la mitología de Rómulo y Remo en *Remus: A Roman Myth* (Cambridge UP, 1995) y explora temas relacionados en la historia primitiva de la ciudad en *Unwritten Rome* (Exeter UP, 2008); la historia de Troya en Roma es el tema de Andrew Erskine, *Troy Between Greece and Rome: Local Tradition and Imperial Power* (Oxford UP, 2003). El relato de Livio es diseccionado por G. Miles, *Livy: Reconstructing Early Rome* (Cornell UP, 1997). *Romulus' Asylum: Roman Identities from the Age of Alexander*

to the Age of Hadrian (Oxford UP, 2005) de Emma Dench es una sofisticada argumentación del papel de las leyendas de fundación en la identidad romana.

Cicerón como el nuevo Rómulo es uno de los temas de Ann Vasaly, *Representations: Images of the World in Ciceronian Oratory* (Univ. Of California Press, 1993); «Romulus of Arpinum» es una burla en Ps-Salustio, *Invectiva contra Cicerón* 7. El caso de la loba de bronce como obra medieval está planteado por Anna Maria Carruba, *La Lupa capitolina: Un bronzo medievale* (De Luca, 2007). La versión de Cicerón de la leyenda de fundación aparece en *Sobre el estado* 2, 4-13. La tragedia sobre el rapto de las sabinas es obra de Ennio; se encuentra en el volumen 1 de la colección Loeb *Remains of Old Latin* (Harvard UP, 1935). Los cálculos de Juba están recogidos en Plutarco, *Rómulo* 14; el pasaje de la *Historia* de Salustio (Libro 4, 67) está traducido por Patrick McGushin en Salustio, *The Histories* 2 (Oxford UP, 1992); la herencia de Rómulo es el criterio de un primitivo historiador romano, citado por Aulo Gelio, *Noches áticas* 13, 23, 13; y los chistes de Ovidio aparecen en *El arte de amar* 1, 101-134. Lo poco que se sabe sobre Egnacio está incluido en *The Fragments of Roman Historians*, editado por T. J. Cornell (Oxford UP, 2014); Dionisio da su punto de vista sobre la reacción de Rómulo en *Roman Antiquities* 1, 87; las reflexiones de Horacio sobre la guerra civil están en *Épodo* VII. P. S. Derow y W. G. Forrest debaten «An inscription from Chios» en *Annual of the British School at Athens* 77 (1982); ahora se encuentra en el Museo Arqueológico de Quíos. Una traducción del discurso de Claudio está incluida en David C. Braund, *Augustus to Nero: A Sourcebook on Roman History 31 BC–AD 68* (Croom Helm, 1985; reimpresión, Routledge, 2014). Las palabras del rey de Macedonia (conservadas en una

inscripción) están citadas en Michel Austin, *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest: A Selection of Ancient Sources in Translation* (Cambridge UP, 2.^a edición, 2006); el desprecio de Juvenal se encuentra en sus *Sátiras* 8; la «mierda de Rómulo» es una ocurrencia de Cicerón en las *Cartas a Ático*, 2, 1. La cabaña de Rómulo fue vista por Dionisio (*Antigüedades romanas* 1, 79) y está argumentada por Catharine Edwards en *Writing Rome* (Cambridge UP, 2006). Los debates sobre la fecha del origen de Roma son un tema importante en Denis Feeney, *Caesar's Calendar: Ancient Times and the Beginnings of History* (Univ. of California Press, 2007). Para el «destino de Rómulo» como amenaza, véase Plutarco, *Pompeyo* 25. Dionisio menciona a Remo y a Ulises en *Antigüedades romanas* 1, 72, 5 y hace referencia a la tumba de Rómulo en 1, 64, 4-5; la embajada de Delos está argumentada por Andrew Erskine en «Delos, Aeneas and IG XI.4756», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 117 (1997). El intento de Dionisio por desentrañar el sentido de «Aborígenes» está en *Antigüedades romanas* 1, 10. Para la erudita discusión de Varrón del Septimontium, véase su *Sobre la lengua latina* 6, 24. La cabaña de Fidenae está descrita por Rosanna Cappelli, *Fidene: Una casa dell'età del ferro* (Electa, 1996). Albert J. Ammerman, en «On the origins of the Forum Romanum», *American Journal of Archaeology* 94 (1990) analiza nuevamente la choza de barro del foro. Varias interpretaciones de la piedra negra aparecen en Festus, *Sobre el significado de las palabras* 184 L (no hay traducción) y en Dionisio, *Antigüedades romanas* 1, 87 y 3, 1.

CAPÍTULO 3

The Roman Historical Tradition: Regal and Republican Rome, editado por James H. Richardson y Federico Santangelo

(Oxford UP, 2014), es una importante colección de ensayos sobre este período y sobre el período republicano primitivo. El funcionamiento del calendario romano es el tema principal de Jörg Rüpke, *The Roman Calendar from Numa to Constantine: Time, History and the Fasti* (Blackwell, 2011). Para una introducción a Etruria, véase Christopher Smith, *The Etruscans* (Oxford UP, 2014), y *The Etruscan World*, editado por Jean MacIntosh Turfa (Routledge, 2013). Valentina Arena ha argumentado recientemente el papel destacado de *libertas* a lo largo de la historia romana en *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic* (Cambridge UP, 2012). Los posteriores debates en torno a la historia de Lucrecia se analizan en Ian Dolnaldson, *The Rapes of Lucrecia: A Myth and Its Transformation* (Oxford UP, 1982).

G. Dumézil, *Archaic Roman Religion* (Chicago UP, 1970) sugiere la «interpretación de los excrementos» de la inscripción del foro. Una declaración clásica del escepticismo decimonónico acerca de los reyes romanos todavía puede encontrarse en Ettore Pais, *Ancient Legends of Roman History* (Dodd, Mead, 1905). El cálculo de población de Fabio Píctor está citado en Livio, *Historia* 1, 44. Una traducción de la carta a Teos nos la proporciona Beard, North y Price, *Religions of Rome*, volumen 2 (véase *General*, antes), junto con más detalles sobre el calendario de Antium. Livio rechaza la idea de que Numa fuera discípulo de Pitágoras en *Historia* 1, 18. El bronce para la decoración de San Juan de Letrán está documentado en John Franklin Hall, *Etruscan Italy: Etruscan Influences on the Civilizations of Italy from Antiquity to the Modern Era* (Indiana UP, 1996). Los nombres latinos en la primitiva Etruria están argumentados en «The polis in Italy», en *Alternatives to Athens: Varieties of Political Organization and Community in*

Ancient Greece de Kathryn Lomas, editado por Roger Brock y Stephen Hodkinson (Oxford UP, 2002). El tema de un capítulo de Peter J. Holliday, *The Origins of Roman Historical Commemoration in the Visual Arts* (Cambridge UP, 2002) es la Tumba François. Wisemann en *Unwritten Rome* (véase *Capítulo 2*) revisa escépticamente la evidencia de grandes casas cerca del foro. Las quejas de Plinio sobre la *Cloaca Maxima* se encuentran en su *Historia natural* 36, 104. Para las bromas de Marcial sobre Lucrecia, véanse sus *Epigramas* 11, 16 y 104, y para las reflexiones de Agustín, véase *Ciudad de Dios* 1, 19. La *Historia natural* de Plinio insinúa que Lars Porsena ostentó el poder en Roma. La expresión «deshacerse de los reyes» es un préstamo del artículo de John Henderson con este título en *Classical Quarterly* 44 (1994), que analiza minuciosamente el apellido «Rex». Livio, en *Historia* 7, 3 hace referencia a los clavos en el templo Capitolino, y 2, 5 a la formación de la isla Tiberina. El teórico griego es de nuevo Polibio. Mortimer N. S. Sellers debate las posteriores apropiaciones del ideal romano de libertad en «The Roman Republic and the French and American Revolutions», en *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, editado por Harriet I. Flower (Cambridge UP, 2014).

CAPÍTULO 4

Además de los capítulos útiles de *A Companion to the Roman Republic*, editado por Nathan Rosenstein y Robert Morstein-Marx (Blackwell, 2007), los conflictos de la Roma republicana primitiva constituyen el tema de *Social Struggles in Archaic Rome: New Perspectives on the Conflict on the Orders*, editado por Kurt A. Raaflaub (Univ. of California Press, 1986). Una cuidadosa visión de conjunto acerca del ejercicio de cargos en la primitiva República nos la

proporciona Christopher Smith, «The magistrates of the early Roman Republic», en *Consuls and Res Publica: Holding High Office in the Roman Republic*, editado por Hans Beck *et al.* (Cambridge UP, 2011). Las estructuras de la vida política republicana en general las aborda C. Nicolet, *The World of the Citizen in Republican Rome* (Univ. of California Press, 1980).

El «pretor general» aparece mencionado en Livio, *Historia* 7, 3; la traducción de «coroneles» la he tomado prestada de T. P. Wiseman (en *Remus*; véase *Capítulo 2*). La sospechosa capa quemada del foro y de otros lugares es comentada por Filippo Coarelli en *Il Foro romano* 1 (Quasar, 1983) y *Il Foro Boario dalle origini alla fine della república* (Quasar, 1988). La tumba de los Escipiones en la Vía Apia es el tema de Filippo Coarelli, «Il sepolcro degli Scipioni», en su *Revixit Ars: Arte e ideología a Roma* (Quasar, 1997). El sarcófago de Barbato está muy bien analizado por Harriet I. Flower, en *The Art of Forgetting: Disgrace and Oblivion in Roman Political Culture* (Univ. of North Carolina Press, 2011), que rechaza la idea común de que su epitafio sea una redacción mucho más tardía; traducciones de los principales epitafios del mausoleo familiar están disponibles en línea, en www.attalus.org/docs/cil/epitaph.html (véase también Livio, *Historia* 10 para el contexto de la carrera de Barbato). Los comentarios de Duris sobre Sentino están citados por Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* 21, 6. En lo relativo a los barberos, véase Varrón, *Sobre la agricultura* 2, 11. Se incluye un análisis actualizado de la obra de Fabio Píctor en *The Fragments of Roman Historians*, editado por T. J. Cornell (véase *Capítulo 2*); Livio describe los abusos de los Fabios en su *Historia* 2, 48-50; Coriolano es minuciosamente analizado por Tim Cornell, «Coriolanus: Myth, History and Performance», en *Myth, History and Culture in Republican*

Rome, editado por David Braund y Christopher Gill (Exeter UP, 2003). D. J. Waarsenburg, «Auro dentes iuncti» en *Stips Votiva*, editado por M. Gnade (Allard Pierson Museum, 1991) ofrece un atisbo de la antigua odontología. La colección Loeb *Remains of Old Latin* volumen 3 (Harvard UP, 1938), reúne los fragmentos de las Doce Tablas, pero la edición más actualizada está en *Roman Statutes*, editado por M. H. Crawford (Institute of Classical Studies, 1996). Los abogados irritados se mencionan en Aulo Gelio, *Noches áticas* 20, 1. Sobre la conversión del Senado romano en un cuerpo permanente, véase T. J. Cornell, «Lex Ovinia and the emancipation of the senate», en *The Roman Middle Republic: Politics, Religion and Historiography*, editado por C. Bruun (Institutum Romanum Finlandiae, 2000). El punto de referencia de la arqueología de Veyes sigue siendo J. B. Ward-Perkins, «Veyes: the historical topography of the ancient city», *Papers of the British School at Rome* 29 (1961), ahora con Roberta Cascino et al., *Veii, the Historical Topography of the Ancient City: A Restudy of John Ward-Perkins's Survey* (British School at Rome, 2012). La opinión de Propertio se encuentra en *Elegías* 4, 10. Sobre una posible muralla circundante anterior al siglo IV, véase S. G. Bernard, «Continuing the debate on Rome's earliest circuit walls», *Papers of the British School at Rome* 80 (2012). La tragedia de Sentino es de Lucio Accio; los fragmentos que quedan están en *Remains of Old Latin* 2 (Harvard UP, 1936). La tumba Esquilina está argumentada por Holliday, *The Origins of Roman Historical Commemoration* (véase *Capítulo 3*). Los mares «Superior» e «Inferior» son mencionados por Plauto, *Menaechmi* 237 y Cicerón, *Cartas a Ático* 9,5. El impacto romano en el paisaje está bien tratado por Nicholas Purcell, «The creation of the provincial landscape», en *The Early Roman Empire in the*

West, editado por Thomas Blagg y Martin Millett (Oxbow, 1990).

CAPÍTULO 5

Los debates modernos sobre el imperialismo romano se remontan al estudio clásico de William V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome, 237-70 BC* (Oxford UP, 2.^a edición, 1985), que hace hincapié en la agresiva expansión romana. La obra de Arthur Eckstein —por ejemplo, *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome* (Univ. of California Press, 2006)— ofrece una visión alternativa, que he seguido en muchos aspectos de este libro; todavía más potente es el breve ensayo de J. A. North, «The development of Roman imperialism», en *Journal of Roman Studies* 71 (1981). Los orígenes culturales de la literatura romana y la interacción entre los mundos griego y romano son analizados por Erich S. Gruen en *Culture and National Identity in Republican Rome* (Cornell UP, 1992) y de forma muy diferente por Andrew Wallace-Hadrill en *Rome's Cultural Revolution* (Cambridge UP, 2008). Brian C. McGing, *Polibio* (Oxford UP, 2010) es una sucinta introducción al historiador; el principal análisis de la política romana de Polibio está en el Libro 6 de sus *Historias*. Los debates más útiles sobre las guerras romanas contra los cartagineses y de sus principales protagonistas son: A. E. Astin, *Scipio Aemilianus* (Oxford UP, 1967), Adrian Goldsworthy, *The Fall of Carthage: The Punic Wars 265-146 BC* (Cassell, 2003), y *A Companion to the Punic Wars*, editado por Dexter Hoyos (Blackwell, 2011). Philip Kay argumenta los aspectos económicos del imperialismo romano en *Rome's Economic Revolution* (Oxford UP, 2014). Las conmemoraciones y funerales romanos son tema de Harriet I. Flower, *Ancestor Masks and Aristocratic Power in*

Roman Culture (Oxford UP, 1999). Entre las más importantes contribuciones a los debates sobre el elemento popular de la política romana están: John North, «Democratic politics in Republican Rome», en *Studies in Ancient Greek and Roman Society*, editado por Robin Osborne (Cambridge UP, 2004); Fergus Millar, *The Crowd in the Late Republic* (Michigan UP, 1998); Henrik Mouritsen-Marx, *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic* (Cambridge UP, 2004).

La musa belicosa es imaginada por Porcio Licinio, citada en Aulo Gelio, *Noches áticas* 17, 21. Las lágrimas de Emiliano las describe Polibio, *Historias* 38, 21-22. La historia de la estratagema de Pirro con los elefantes es narrada por Plutarco, *Pirro* 20; Sebastiano Tusa y Jeffrey Royal abordan los espolones en «The landscape of the naval battle at the Egadi Islands», *Journal of Roman Archaeology* 25 (2012). En el volumen 1 de la colección Loeb *Remains of the Old Latin* (Harvard UP, 1935) está incluida una traducción de los fragmentos conservados de la épica de Ennio sobre Roma (los *Anales*, o *Crónicas*); la «cita» que Livio hace de boca de Maharbal está en *Historia* 22, 51. La realidad de la batalla de Cannas está comentada por Victor Davis Hanson en *Experience of War: An Anthology of Articles from MHQ, the Quarterly Journal of Military History* (Norton, 1992); la broma de Emilio Paulo sobre batallas y juegos es mencionada por Polibio, *Historias* 30, 14, mientras que el consejo de Polibio a Emiliano está recogido por Plutarco, *Charlas de mesa* 4. La mofa de Catón sobre los griegos ancianos es mencionada por Polibio, *Historias* 35, 6, y la historia del cuervo desafortunado es narrada por Casio Dión, *Historia romana* 36, 30. Polibio señala los hábitos romanos de Antíoco Epífanés en *Historias* 26, 1, y Valerio Máximo relata la anécdota sobre Escipión Nasica en su

Hechos y dichos memorables 7, 5. La profecía de Júpiter está escrita en la *Eneida* 1, 278-279. Robert K. Sherk ofrece una traducción de la inscripción de Teos en *Rome and the Greek East to the Death of Augustus* (Cambridge UP, 1984); las minas de Hispania se discuten en *Rome's Economic Revolution* de Kay; el vocabulario del imperio es un tema que aborda John Richardson en *The Language of Empire: Rome and the Idea of Empire from the Third Century BC to the Second Century AD* (Cambridge UP, 2011); y Robert Kallet-Marx en *Hegemony to Empire: The Development of the Roman Imperium in the East from 148 to 62 BC* (Univ. of California Press, 1996) hace hincapié en la idea de obediencia. El truco de Lenas lo describe Polibio, *Historias* 29, 27; el embajador griego que cayó en la cloaca fue Crates de Malos (Suetonio, *Sobre los gramáticos* 2); y las bromas sobre el mal acento de los romanos en griego las recoge, por ejemplo, Dionisio, *Antigüedades romanas* 19, 5. Para la inscripción de Lucio el mercenario, véase Sherk, *Rome and the Greek East*; y para Cosutio, Elizabeth Rawson, «Architecture and sculpture: the activities of the Cossutii», *Papers of the British School at Rome* 43 (1975). El establecimiento de Carteia lo menciona Livio, *Historia* 43, 3, y la presencia de «prostitutas» aparece en el «Resumen» del Libro 57 perdido de su *Historia*. El historiador Lucio Anneo Floro comparó el botín de épocas posteriores al «ganado de los volscos» (*Epítome* 1, 13). El incómodo «final feliz» de Terencio aparece en *Hecira*; las relevantes obras de Plauto son *El persa* y *El ladino cartaginés*, y un chiste sobre «barbarización» aparece en el prólogo de *Asinaria* («Comedia de asnos»). Muchas de las ocurrencias de Catón están recogidas en Alan E. Astin, *Cato the Censor* (Oxford UP, 1978); la insistencia de permanecer de pie en los teatros la menciona Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* 2, 4.

CAPÍTULOS 6 Y 7

Rome in the Late Republic: Problems and Interpretations de Mary Beard y Micheal Crawford (Duckworth, 2.^a edición, 2000) es una breve explicación de los principales temas del este período; *Rubicon: The Triumph and Tragedy of the Roman Republic* (Little, Brown, 2003) de Tom Holland es una excelente historia popular. Uno de los análisis más agudos de los cambios socioeconómicos del período final de la República sigue siendo el primer capítulo de Keith Hopkins, *Conquerors and Slaves* (Cambridge UP, 1978). Los principales protagonistas de estos capítulos han inspirado biografías modernas, aunque (aparte de Cicerón, véase *Capítulo 1*) casi nunca hay suficiente material para poder contar una vida en el sentido convencional. Dicho esto, Robin Seager, *Pompey the Great* (Blackwell, 2.^a edición, 2002) es un minucioso relato político de la carrera de Pompeyo; Adrian Goldsworthy, *Caesar: Life of a Colossus* (Yale UP, 2006) ofrece un claro esbozo de lo que sabemos de Julio César, y W. Jeffery Tatum, *The Patrician Tribune: Publius Clodius Pulcher* (Univ. of North Carolina Press, 1999) de lo que sabemos del gran adversario de Cicerón; Barry Strauss, *The Spartacus War* (Simon and Schuster, 2009) es una visión general popular fiable de Espartaco y su insurrección de esclavos. Téngase en cuenta que me refiero a Pompeyo, César y Craso como la «Banda de Tres», aunque normalmente se les conoce por el título falsamente formal de «El Primer Triunvirato».

El relato más completo de la destrucción de Cartago es el de Apio, *Guerras púnicas*; su arqueología se debate en *Carthage: A History* (Blackwell, 1995) de Serge Lancel. Las *Historias* 38, 20 de Polibio recogen el suicidio de la esposa de Asdrúbal, y la *Historia natural* 18, 22 de Plinio destaca

las obras de Magón. El tema del bronce corintio se recoge en Plinio, *Historia natural* 34, 7. Anécdotas clave sobre Mumio se encuentran en Polibio, *Historias* 39, 2 (juegos de mesa) y Veleyo Patérculo, *Historia de Roma* 1, 13 («nuevo por viejo», también recogido en una colección mucho más tardía de chistes romanos, el *Filogelos*). El botín está argumentado por Liv Yarrow, «Lucius Mummius and the spoils of Corinth», *Scripta Classica Israelica* 25 (2006). Para la broma de Catón con los higos, véase Plutarco, *Catón el Viejo* 27. Polibio cita la idea de que ahora los romanos apuntaban al exterminio por el exterminio en *Historias* 36, 9. Virgilio menciona a Mumio en la *Eneida* VI, 836-837; Veleyo Patérculo, en *Historia de Roma* 2, 1, reflexiona sobre el abandono de la virtud. María C. Gagliardo y James E. Packer proporcionan un debate actualizado sobre el primer teatro permanente de piedra de Roma en «A new look at Pompey's Theater», *American Journal of Archaeology* 110 (2006). El *Tiberio Graco* de Plutarco es una fuente de numerosos detalles y comentarios de su vida: el primer derramamiento de sangre político desde la monarquía (20); la historia de la «conversión» de Tiberio (8); «dueños del mundo» (9); cita homérica de Emiliano (21). Alessandro Launaro, *Peasants and Slaves: The Rural Population of Roman Italy (200 BC to AD 100)* (Cambridge UP, 2011) es un importante estudio reciente de la demografía e historia agrícola de Italia, aunque D. W. Rathbone, «The development of agriculture in the "Ager Cosanus" during the Roman Republic», *Journal of Roman Studies* 71 (1981), sigue siendo una de las introducciones más lúcidas a los problemas; «luchar por su propio desplazamiento» es expresión de Keith Hopkins en *Conquerors and Slaves*. Sobre los rituales de las elecciones romanas, véase Hopkins, «From violence to blessing», en *City States in Classical and Medieval*

Italy, editado por A. Molho *et al.* (Franz Steiner, 1991). La referencia de Cicerón a *partes* aparece en *Sobre el estado* 1, 31, y sus quejas y lamentos sobre el voto secreto está en *Sobre el derecho* 3, 34-35. En sus *Sátiras* 10, Juvenal acuñó «pan y circos». El abastecimiento romano de alimentos se analiza en *Food and Society in Classical Antiquity* (Cambridge UP, 1999) de Peter Garnsey; para la inscripción de Tesalia, véase también Garnsey y Dominic Rathbone, «The background to the grain law of Gaius Gracchus», *Journal of Roman Studies* 75 (1985). El arrebato de Frugi lo recoge Cicerón, *Disputas tusculanas* 3, 48; el regreso de Cayo de los *comitium* y la demolición de los asientos están en Plutarco, *Cayo Graco* 5 y 12; el intercambio con los asistentes del cónsul y las palabras talladas en el templo de la Concordia están en Plutarco, *Cayo Graco* 13 y 17. Las teorías modernas del decreto de poderes extraordinarios se debaten a fondo en Gregory K. Golden, *Crisis Management During the Roman Republic: The Role of Political Institutions in Emergencies* (Cambridge UP, 2013). Las palabras de Cayo sobre el asunto de Teano las cita Aulo Gelio, *Noches áticas* 10, 3 (lo mismo que las quejas anteriores de Catón sobre el cónsul insatisfecho con los acuerdos de abastecimiento). P. A. Brunt, «Italian aims at the time of the Social War», en su *The Fall of the Roman Republic* (Oxford UP, 1988), y H. Mouritsen, *Italian Unification: A Study in Ancient and Modern Historiography* (Institute of Classical Studies, 1998) son importantes intervenciones sobre los diferentes aspectos de la cuestión de motivación de la guerra social. F. Coarelli, «Due fregi da Fregellae», *Ostraka* 3 (1994) comenta los frisos de Fregellae, mientras que Wallace-Hadrill analiza los de Praeneste en *Rome's Cultural Revolution* (véase *Capítulo* 5). Para la guerra social como guerra civil, véase Floro, *Epítome* 2, 18; para «la búsqueda de la ciudadanía», Veleyo

Patérculo, *Historia de Roma* 2, 15 y para «lobos», 2, 27. Publio Ventidio Baso, el general que figuró en las dos caras opuestas del Triunfo, aparece en Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* 6, 9. El asedio de Pompeya está documentado en Flavio Ruso y Ferruccio Ruso, *89 a. C.: Asedio a Pompei* (Edizioni Scientifiche Italiane, 2005); las cabezas del atrio de Sila las menciona Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* 3, 1; Apio, en *Guerra civil* 1, 94, hace referencia a las peores cotas en las citas de la literatura griega; la muerte y el epitafio del dictador están en Plutarco, *Sila* 36-38. Las fechorías de Catilina en las proscripciones están documentadas en Plutarco, *Sila* 32. Los testimonios sobre Espartaco están recogidos en Brent D. Shaw, *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents* (Bedford / St Martins, 2001). Cicerón hace referencia a los problemas en Pompeya en su discurso *En defensa de Lucio Sila* 60-62; la historia del cómico de Ásculo la relata Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* 37, 12.

Las actividades de Verres en Sicilia constituyen el tema el discurso final de Cicerón *Contra Verres* 2, 5. Las duras palabras de Cayo están recogidas en Plutarco, *Cayo Graco* 2. Tanto en la edición de Penguin como en la de Loeb, las *Cartas* de Cicerón están organizadas más o menos por orden cronológico; aunque esto rompe la lógica de la división original del libro y exige un sistema diferente de numeración, facilita el acceso al material de determinados períodos de su carrera (incluyendo su gobierno provincial). Su tratado filosófico sobre el gobierno provincial está en *Cartas a su hermano Quinto* 1.1. La ley de Cayo se puede encontrar en *Roman Statutes*, editado por M. H. Crawford (véase *Capítulo 4*), y en un estudio completo de A. Lintott, *Judicial Reform and Land Reform in the Roman Republic: A New Edition, with Translation and Commentary, of the Laws*

from Urbino (Cambridge UP, 1992). Los *equites* romanos se debaten en P. A. Brunt, «The *equites* in the late Republic», en su *The Fall of the Roman Republic*, y los *publicani* están comentados por Nicolet en *The World of the Citizen in Republican Rome* (véase Capítulo 4). El senador que regresó a su provincia en exilio lo menciona Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* 2, 10. El eslogan de «Roma en venta» se remonta a Salustio, *La guerra de Yugurta* 35, 10. El impacto de las reformas del ejército de Mario y los ejércitos «privados» del final de la República constituyen el tema central de un ensayo clásico de Brunt, «The army and the land», en *The Fall of the Roman Republic*. La muerte de Mario la describe Plutarco, *Mario* 45. El discurso de Cicerón defendiendo el mando de Pompeyo se conoce por dos títulos, *Sobre el mandato de Gneo Pompeyo* y *En defensa de la ley Manilia*. El viejo pirata es evocado por Virgilio, *Geórgicas* 4, 125-146; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* 6, 2 cita la expresión «carnicero adolescente». F. W. Walbank comenta «The Scipionic legend» en *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 13 (1967). En sus *Odas* 2, 1, Horacio sitúa el año 60 a. C. como punto de inflexión; la observación de Catón está citada en Plutarco, *Pompeyo* 47; en sus *Cartas a Ático* 4, 8b, Cicerón bromea sardónicamente con la libreta. El destino de la cabeza de Craso se menciona en Plutarco, *Craso* 33; el infructuoso alegato de Cicerón en nombre del asesino de Clodio es su *En defensa de Milón*. La ausencia de vino aparece documentada en los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, 2, 15 y 4, 2, de Julio César, y la posición de los druidas en 6, 13-16. La referencia de Catulo está en sus *Poemas* 11; Plutarco enfatiza los «crímenes» de César en *Catón el Joven* 51 y Plinio en *Historia natural* 7, 92. El visitante griego que vio las cabezas fue Posidonio, citado por

Estrabón, *Geografía* 4.4. Peticius es mencionado por Plutarco, *Pompeyo* 73; la historia de Soterides la explica Nicholas Purcell, «Romans in the Roman world», en *The Cambridge Companion to the Age of Augustus*, editado por Karl Galinsky (Cambridge UP, 2005). La espeluznante muerte de Catón está descrita en Plutarco, *Catón el Joven*, 68-70. El incidente de las Lupercales es analizado por J. A. North, «Caesar at the Lupercalia», *Journal of Roman Studies* 98 (2008). Para los chistes sobre el cónsul que tuvo un mando breve, véase Cicerón, *Cartas a amigos* 7, 30 y Macrobio, *Saturnales* 2, 3.

CAPÍTULO 8

Entre las buenas introducciones a algunos de los temas principales está Jane F. Gardner, *Women in Roman Law and Society* (Croom Helm, 1986); Florence Dupont, *Daily Life in Ancient Rome* (Blackwell, 1994); *Life, Death and Entertainment in the Roman Empire*, editado por D. S. Potter y D. J. Mattingly (Univ. of Michigan Press, 1999); *Roman Women*, editado por Augusto Fraschetti (Univ. of Chicago Press, 2001); *The Cambridge World History of Slavery*, volumen 1, editado por Keith Bradley y Paul Cartledge (Cambridge UP, 2011); Christian Laes, *Children in the Roman Empire: Outsiders Within* (Cambridge UP, 2001); y Henrik Mouritsen, *The Freedman in the Roman World* (Cambridge UP, 2011).

Los veinticinco libros sobre la lengua latina (algunos de los cuales se han conservado) son de Marco Terencio Varrón; los chistes de Cicerón son el tema de mi *Laughter in Ancient Rome: On Joking, Tickling, and Cracking Up* (Univ. of California Press, 2014). Susan Treggiari ve las cosas desde el punto de vista de las relaciones femeninas de Cicerón en *Terentia, Tullia and Publilia: The Women of Cicero's Family*

(Routledge, 2007). La historia de la cena con César aparece relatada en las *Cartas a Ático* 13, 52; el ensayo de Gore Vidal está en sus *Selected Essays* (Abacus, 2007). El estudio clásico del matrimonio romano es el de Susan Treggiari, *Roman Marriage: Iusti Coniuges from the Time of Cicero to the Time of Ulpian* (Oxford UP, 1993); el epitafio de Claudia está incluido en Mary R. Lefkowitz y Maureen Fant, *Women's Life in Greece and Rome* (Duckworth, 3.^a edición, 2005). La línea dura de Egnacio Metelo la destaca Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* 6, 3; el hilado de lana de Livia lo menciona Suetonio, *Augusto* 73; a Volumnia Citeris la menciona Cicerón en *Cartas a Ático* 10, 10 y 16, 5. Marilyn B. Skinner, *Clodia Metelli: The Tribune's Sister* (Oxford UP, 2011), intenta reconstruir la carrera de Clodia; el complicado juicio es lo que conocemos con el título de *En defensa de Celio*. Los problemas de la cena de Verres se debaten en Catherine Steel, «Being economical with the truth: what really happened at Lampsacus?», en *Cicero the Advocate*, editado por J. Powell y J. Paterson (Oxford UP, 2004). La referencia de Cicerón a la debilidad de las mujeres aparece en *En defensa de Murena* 27, el chiste sobre atar a su yerno a una espada en Macrobio, *Saturnales* 2, 3. Destellos del matrimonio de Quinto y Pomponia aparecen en las *Cartas a Ático* 5, 1 y 14, 13. La edad se comenta en Brent D. Shaw, «The age of Roman girls at marriage», *Journal of Roman Studies* 77 (1987). Plutarco menciona el punto de vista de Terencia sobre el capricho de un viejo en *Cicerón* 41; la broma de Cicerón es elogiada por Quintiliano, *Instituciones oratorias* 6, 3. Las evidencias de anticonceptivos antiguos están recogidas en John M. Riddle, *Contraception and Abortion from the Ancient World to the Renaissance* (Harvard UP, 1994). La carta del marido en el Egipto romano está incluida en Jane Rowlandson, *Women and*

Society in Greek and Roman Egypt: A Sourcebook (Cambridge UP, 1998). Temas sobre la esperanza de vida y relaciones familiares se debaten en Richard P. Saller, *Patriarchy, Property and Death in the Roman Family* (Cambridge UP, 1997). La propiedad de la casa es el tema central de Elizabeth Rawson, «The Ciceronian aristocracy and its properties», en su *Roman Culture and Society* (Oxford UP, 1991). Andrew Wallace-Hadrill, *Houses and Society in Pompeii and Herculaneum* (Princeton UP, 1994) explora el plano de la casa romana; Plinio, *Historia natural* 36, 5-6 comenta la casa de Escauro; y Catharine Edwards hace hincapié en el problema del lujo en *The Politics of Immorality in Ancient Rome* (Cambridge UP, 2002). El naufragio de Anticitera está documentado en *The Antikythera Shipwreck: The Ship, the Treasures, the Mechanism*, editado por N. Kaltsas et al. (Museo Arqueológico Nacional de Atenas, 2012). John H. D'Arms estudia a los Sestios en *Commerce and Social Standing in Ancient Rome* (Harvard UP, 1981). La brillante idea de los uniformes para esclavos se menciona en Séneca, *Sobre la clemencia* 1, 24; los esclavos fugitivos en *Cartas a amigos* 5, 9; 5, 10a; 13, 77 y en *Cartas a Ático* 7, 2 de Cicerón; Tiro es el tema central de mi «Ciceronian correspondences», en *Classics in Progress: Essays on Ancient Greece and Rome*, editado por T. P. Wiseman (Oxford UP, 2006), y la colección de chistes de Cicerón es criticada por Quintiliano, *Instituciones oratorias* 6, 3. Greg Woolf, «Monumental writing», *Journal of Roman Studies* 86 (1996), comenta la eclosión de la escritura. El *ménage à trois* está descrito en el largo epitafio de Allia Potestas, traducido en Lefkowitz y Fant, *Women's Life in Greece and Rome*.

CAPÍTULO 9

The Cambridge Companion to the Age of Augustus, editado por

Karl Galinsky (véanse *Capítulos 6 y 7*), es una buena introducción a este período, como también lo es *Caesar Augustus: Seven Aspects*, editado por Fergus Millar y Erich Segal (Oxford UP, 1984). *Augustus*, editado por Jonathan Edmondson (Edinburgh UP, 2009), es una recopilación de algunos de los mejores ensayos recientes sobre el emperador. Paul Zanker, en *The Power of Images in the Age of Augustus* (Univ. of Michigan Press, 1988), transformó nuestra comprensión del arte y arquitectura de este período. El período de guerra civil que siguió a la muerte de César es el tema de Josiah Osgood, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergency of the Roman Empire* (Cambridge UP, 2006). Jane Bellemore, en *Nicolaus of Damascus* (Bristol Classical Press, 1984), ofrece una traducción de las secciones conservadas de su primera biografía de Augusto (o véase www.csun.edu/~hcf11004/nicolaus.html). Alison Cooley traduce el relato del propio Augusto sobre su vida, con un comentario completo en *Res Gestae Divi Augusti* (Cambridge UP, 2009).

El mejor análisis moderno de los detalles del asesinato de César es el de T. P. Wiseman, *Remembering the Roman People* (Oxford UP, 2009). Las historias sobre la anterior brutalidad de Octaviano y el «banquete de los doce dioses» se narran en Suetonio, *Augusto 27 y 70*. El tema de la decapitación lo trata Amy Richlin: «Cicero's head», en *Constructions of the Classical Body*, editado por James I. Porter (Univ. of Michigan Press, 2002); los *Suasoriae* (*Alegatos*) 6 y 7 de Séneca dan un cierto sabor de los ejercicios retóricos sobre el tema de la muerte de Cicerón. Apiano, *Guerra civil 4* es una buena fuente de anécdotas sobre proscripciones. Josiah Osgood, *Turia: A Roman Woman's Civil War* (Oxford UP, 2014) explora el coraje femenino conmemorado en el epitafio; Judith Hallett dota

de vida a las balas de honda de Perugia en «*Perusinae glandes*», *American Journal of Ancient History* 2 (1977). La partida de Cleopatra la documenta Cicerón en *Cartas a Ático* 14, 8. El relato reprobatorio del lujo de Cleopatra está en Plinio, *Historia natural* 9, 119-121; Plutarco, *Antonio* 50 informa de su tratamiento de Alejandría como si fuera Roma; y hay mucho debate y comentarios sensatos sobre Marco Antonio y Cleopatra en C. B. R. Pelling, *Plutarch: Life of Antony* (Cambridge UP, 1988). La fuente del «nivel más bajo de la escala» está mencionada en Plutarco, *Antonio* 28. Konstantinos L. Zachos, «The *tropaeum* of the sea-battle at Actium», *Journal of Roman Archaeology* 16 (2003), analiza el monumento. La historia de los cuervos la relata Macrobio, *Saturnales* 2, 4. Tácito documenta los debates en el funeral en *Anales* 1, 9. Price y Thonemann, *The Birth of Classical Europe* (véase *General*) hacen hincapié en la abolición de Augusto de *nada*. Para la importancia de *civilitas*, véase Andrew Wallace-Hadrill, «*Civilis princeps*», *Journal of Roman Studies* 72 (1982); para el camaleón y la esfinge, *Saturnales* julianas 309 y Suetonio, *Augusto* 50. La exhibición de «mapas» está argumentada en Claude Nicolet, *Space, Geography, and Politics in the Early Roman Empire* (Univ. of Michigan Press, 1991), con Plinio, *Historia natural* 3, 17. Jas Elsner destaca la importancia de la construcción en la *Res Gestae* en «*Inventing imperium*», en *Art and Text in Roman Culture*, editado por Elsner (Cambridge UP, 1996). La inscripción en el calendario de Asia está traducida en Sherck, *Rome and the Greek East* (véase *Capítulo 5*). Un intento por calcular el coste total del ejército romano lo realiza Keith Hopkins, «*Taxes and trade*» (véase *Capítulo 1*). P. A. Brunt comenta el tema del Senado en «*The role of the senate*», *Classical Quarterly* 34 (1984); la derrota de los romanos en Germania es el tema de Peter S.

Wells, en *The Battle That Stopped Rome* (Norton, 2004). Egnacio Rufo y otros oponentes son comentados por K. A. Raaflaub y L. J. Samons II, «Opposition to Augustus», en *Between Republic and Empire: Interpretations of Augustus and His Principate*, editado por Raaflaub y Mark Toher; los problemas de sucesión por *The Julio-Claudian Succession: Reality and Perception of the «Augustan Model»*, editado por A. G. G. Gibson (Brill, 2013). El papel de Livia está totalmente documentado en Nicholas Purcell, «Livia and the woman-hood of Rome», en *Augustus*, editado por Jonathan Edmondson.

CAPÍTULO 10

Las visiones de conjunto más destacadas sobre los gobernantes y la vida política de Roma durante los dos primeros siglos del imperio son: Fergus Millar, *The Emperor in the Roman World* (Bristol Classical Press, edición revisada, 1992); P. A. Brunt, *Roman Imperial Themes* (Oxford UP, 1990); R. J. A. Talbert, *The Senate of Imperial Rome* (Princeton UP, 1984); y Keith Hopkins, *Death and Renewal* (Cambridge UP, 1985), especialmente el capítulo 3. El enfoque biográfico sigue siendo popular a pesar de la fragilidad de la base de datos. Sin embargo, Aloys Winterling, *Caligula: A Biography* (Univ. of California Press, 2011) y Edward Champlin, *Nero* (Harvard UP, 2003) son interesantes por sus posiciones revisionistas sobre dos emperadores «monstruosos». También he utilizado los relatos gratificadamente sobrios de *Claudius* de Barbara Levick (Routledge, 1993), *Nero: The End of a Dynasty* de Miriam T. Griffin (Routledge, edición revisada, 1987) y *Hadrian: The Restless Emperor* de Anthony Birley (Routledge, 1997).

El asesinato de Cayo está analizado por T. P. Wiseman,

The Death of Caligula (Liverpool UP, 2.^a edición, 2013), que traduce y examina el relato de Josefo en sus *Antigüedades judías* 19. Eric R. Varner, *Mutilation and Transformation: Damnatio Memoriae and Roman Imperial Portraiture* (Brill, 2004), debate el retallado de las estatuas retrato. La fuente antigua para las anécdotas más espeluznantes sobre Cayo es la biografía de Suetonio: el fragmento mal traducido sobre el sexo en la cena (24) y las «conchas» (46). Las víctimas de Claudio están calculadas en Suetonio, *Claudio* 29. Cómodo en el antiteatro proporciona el comienzo de mi *Laughter in Ancient Rome* (véase *Capítulo 8*); los «pececillos» aparecen en Suetonio, *Tiberio* 44, y la matanza de moscas en Suetonio, *Domiciano* 3. Hay una historia similar a la «*pecunia non olet*» en Suetonio, *Vespasiano* 23; el sentido común triunfal de Vespasiano está citado por Suetonio, *Vespasiano* 12. La escena con la barca extremadamente frágil aparece en Tácito, *Anales* 13, 3-7. La chanza sardónica sobre conjuras es atribuida a Domiciano en Suetonio, *Domiciano* 21 y a Adriano en *Historia Augusta (SHA)*, *Avidio Casio* 2. Los grafitos sobre la «Casa Dorada» se citan en Suetonio, *Nerón* 39. Susan Treggiari analiza los trabajos domésticos en «Jobs in the household of Livia» en *Papers of the British School at Rome* 43 (1975). Fergus Millar evoca el trabajo de despacho del emperador en «Emperors at work», en *Government, Society, and Culture in the Roman Empire*, editado por Hannah M. Cotton y Guy M. Rogers (Univ. of North Carolina Press, 2004). El dictamen de Augusto en el caso del orinal está traducido en Sherk, *Rome and the Greek East* (véase *Capítulo 5*). Las galletas de los sacrificios están comentadas en Richard Gordon, «The veil of power» en *Pagan Priests: Religion and Power in the Ancient World*, editado por Mary Beard y John North (Duckworth, 1990). El comentario de Frontón sobre las imágenes imperiales está

en sus *Cartas* 4, 12. Caroline Vout reflexiona sobre las barbas en «What's in a beard» en *Rethinking Revolutions Through Ancient Greece*, editado por Simon Goldhill y Robin Osborne (Cambridge UP, 2006). La envergadura, el impacto y el coste del Coliseo son temas de Keith Hopkins y Mary Beard, *The Colosseum* (Profile, 2005). Para la historia talmúdica de la muerte de Tito, véase *Gittin* 56 B; para las paredes de espejos de Domiciano, Suetonio, *Domiciano* 14; para la «Oveja de Oro», Tácito, *Anales* 13, 1. «El secreto del gobierno imperial» son palabras de Tácito, *Historias* 1, 4. Los milagros de Vespasiano se mencionan en Suetonio, *Vespasiano* 7 y Tácito, *Historias* 4, 81-82. Hugh Lindsay, *Adoption in the Roman World* (Cambridge UP, 2009) debate la adopción de herederos imperiales y el amplio trasfondo. Las observaciones de Plinio proceden de su *Panegírico* 7-8; el discurso de Galba está documentado en Tácito, *Historias* 1, 14-17. El poema de Adriano está en la *Antología Palatina* 6, 332. La historia de Tiberio y el agudo senador está narrada en Tácito, *Anales* 1, 74, «hombres dignos de ser esclavos» en 3, 65 y el primer discurso de Nerón en 13, 4. La ejecución de los ex cónsules por parte de Adriano se expone en *Historia Augusta (SHA)*, *Adriano* 5. Alain Gowing, *Empire and Memory: The Representation of the Roman Republic in Imperial Culture* (Cambridge UP, 2005) analiza precisamente esto. Se supone que fue Cordo el que indicó que Livio había elogiado a Pompeyo (Tácito, *Anales* 4, 34). Para la muerte de Lucano, véase Tácito, *Anales* 15, 70. La cena de negro de Domiciano está descrita en Casio Dión, *Historia romana* 67, 9. La conversación en la cena con Nerva está citada en *Cartas* 4, 22; la admisión de Tácito está en *Historias* 1, 1. Casio Dión, *Historia romana* 66, 12 y Suetonio, *Vespasiano* 15 mencionan enfrentamientos entre Helvidio Prisco y Vespasiano. Plinio informa sobre la

enfermedad de Fannia en *Cartas* 7,19. Casio Dión, *Historia romana* 63, 26 referencia el templo de Venus Sabina. La sutileza de la veneración del emperador es un tema importante en S. R. F. Price, *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor* (Cambridge UP, 1986), que comenta la inscripción de Gitión; se incluye una traducción en Beard, North y Price, *Religions of Rome*, volumen 2 (véase *General*). La «recompensa» de Livia la menciona Casio Dión, *Historia romana* 56, 46, la broma de Vespasiano está en Suetonio, *Vespasiano* 23.

CAPÍTULO II

La planificación y la vida en la ciudad romana son analizadas por Stambaugh, *The Ancient Roman City* (véase *Capítulo 1*), que incluye un capítulo sobre Timgad. Jerry Toner ofrece una útil visión general de las vidas de la no élite en la antigua Roma en *Popular Culture in Ancient Rome* (Polity, 2009) y Robert Knapp, *Invisible Romans: Prostitutes, Outlaws, Slaves, Gladiators, Ordinary Men and Women... the Romans That History Forgot* (Profile, 2013). *The Romans*, editado por Andrea Giardina (Univ. of Chicago Press, 1993), incluye ensayos sobre personajes representativos de todos los niveles de la sociedad romana, incluyendo a los pobres. A pesar del título, la *Anthology of Ancient Greek Popular Literature*, editado por William Hansen (Indiana UP, 1998), incluye traducciones de gran parte del material que analizo en este capítulo. John R. Clarke, *Art in the Lives of Ordinary Romans: Visual Representations and Non-elite Viewers in Italy, 100 BC – AD 315* (Univ. of California Press, 2003), explora el arte popular. Un punto de vista interesante pero pesimista de los niveles de alfabetización lo encontramos en William V. Harris, *Ancient Literacy* (Harvard UP, 1991).

Plinio describe la mesa de una sola pata y los múltiples anillos en *Historia natural* 34, 14 y 33, 24. La villa de Plinio el Joven en Laurento está descrita en *Cartas* 2, 17 y comentada en un capítulo de Roy K. Gibson y Ruth Morello, *Reading the Letters of Pliny the Younger* (Cambridge UP, 2012). La ley que especifica el número mínimo de tejas es parte de un acta local para la ciudad de Tarento, traducida en Kathryn Lomas, *Roman Italy, 338 BC – AD 200: A Sourcebook* (Univ. College London Press, 1996). Los residentes ricos de Timgad son tema de Elizabeth W. B. Fentress, «Frontier culture and politics at Timgad», *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* 17 (1984). La ausencia de división por zonas en la ciudad, incluidas las «zonas morales», se argumenta en Andrew Wallace-Hadrill, «Public honour and private shame: the urban texture of Pompeii», en *Urban Society in Roman Italy*, editado por Tim J. Cornell y Kathryn Lomas (UCL Press, 1995). Las quejas de Juvenal están en sus *Sátiras* 3; como mucho, los *plostra* (carros pesados) estaban prohibidos durante el día, a juzgar por las regulaciones que se remontan a Julio César halladas en Heraclea en el sur de Italia: las «Tablas de Heraclea», traducidas en *Roman Statutes*, editado por M. H. Crawford (véase *Capítulo 4*). La versión de Frontón de «pan y circos» está en su *Introducción a la historia* 17 (parte de su serie de *Cartas*). El desprecio de Cicerón por el trabajo se encuentra en *Sobre los deberes* 1, 150-151. La continuidad de la mayoría de estilos de vida de los britanos bajo el dominio romano es un argumento presentado convincentemente por Richard Reece en *My Roman Britain* (Oxbow, 1988). Los romanos marginales son el tema tratado por John R. Patterson, «On the margins», en *Death and Disease in the Ancient City*, editado por Valerie M. Hope y Eireann Marshall (Routledge, 2002). Para la

demanda de jornaleros, véase David Mattingly, «The feeding of imperial Rome», en *Ancient Rome: The Archaeology of the Eternal City*, editado por Jon Coulston y Hazel Dodge (Oxford Univ. School of Archaeology, 2000); Ancarenus Nothus aparece en otro interesante ensayo en el mismo volumen, «Living and dying in the city of Rome», de John R. Patterson. Los detalles sobre los trabajos textiles fuera de Roma están en S. Musco *et al.*, «Le complexe archéologique de Casal Bertone», *Les Dossiers d'Archéologie* 330 (2008). El trabajo lo analiza como tema central S. R. Joshel, *Work, Identity, and Legal Status at Rome: A Study of the Occupational Inscriptions* (Univ. of Oklahoma Press, 1992) y N. Kampen, *Image and Status: Roman Working Women in Ostia* (Mann, 1981). La tumba de Eurisaces se analiza en Lauren Hackforth Petersen, *The Freedman in Roman Art and Art History* (Cambridge UP, 2006). Una traducción de las reglas del *collegium* (en este caso no una organización específicamente comercial) se incluyen en Beard, North y Price, *Religions of Rome*, volumen 2 (véase *General*). La inscripción relativa a la huelga de panaderos está traducida en Barbara Levick, *The Government of the Roman Empire: A Sourcebook* (Routledge, 2002). Los eslóganes (y las pinturas de los bares) de Pompeya se analizan en Mary Beard, *Pompeii: The Life of a Roman Town* (Profile, 2008) (hay trad. cast.: *Pompeya: historia y leyenda de una ciudad romana*, Crítica, Barcelona, 2009). Para los lavaderos, véase Miko Flohr, *The World of the Fullo: Work, Economy, and Society in Roman Italy* (Oxford UP, 2013). El bar de Ostia de Juvenal está evocado en *Sátiras* 8. El juego romano en todos sus aspectos es un tema de Nicholas Purcell, «Literate games: Roman society and the game of alea», en *Studies in Ancient Greek and Roman Society*, editado por Robin Osborne (véase *Capítulo 5*). Jerry Toner, *Roman*

Disasters (Blackwell, 2013) es un libro accesible sobre todo tipo de desgracias, desde las inundaciones hasta los incendios, que amenazaban a los romanos corrientes. Los delitos (y las reacciones a los mismos) en el Egipto romano están documentados en sus detalles técnicos por Benjamin Kelly, *Petitions, Litigation, and Social Control in Roman Egypt* (Oxford UP, 2011) y Ari Z. Bryen, *Violence in Roman Egypt: A Study in Legal Interpretation* (Univ. of Pennsylvania Press, 2013). El caso de una mujer de Herculano (Petronia Justa) se analiza en Wallace-Hadrill, *Herculaneum* (véase *Prólogo*). Las maldiciones de la Bath romana están traducidas en Stanley Ireland, *Roman Britain: A Sourcebook* (Routledge, 3.^a edición, 2008); *Los oráculos de Astrampsico* están traducidos en *The Anthology of Ancient Greek Popular Literature*, editado por William Hansen. El espíritu de las fábulas de Fedro está maravillosamente plasmado en John Henderson en *Telling Tales on Caesar: Roman Stories from Phaedrus* (Oxford UP, 2001) y *Aesop's Human Zoo: Roman Stories about our Bodies* (Univ. of Chicago Press, 2004); véase especialmente Fedro, *Fábulas* 1, 2; 1, 3 y 1, 28. Los disturbios están documentados en Suetonio, *Claudio* 18; Filóstrato, *Vida de Apolonio* 1, 15 (Aspendo); y Tácito, *Anales* 14, 42-45 (asesinato de un senador). Para la cultura ilustrada entre los romanos corrientes, véase Andrew Wallace-Hadrill, «Scratching the surface: a case study of domestic graffiti at Pompeii» en *L'écriture dans la maison romaine*, editado por M. Corbier y J. P. Guilhembert (París, 2011), y Kristina Milnor, *Graffiti and the Literary Landscape in Roman Pompeii* (Oxford UP, 2014). El bar de los Siete Sabios es un tema importante en Clarke, *Art in the Lives of Ordinary Romans* y *Looking at Laughter: Humor, Power, and Transgression in Roman Visual Culture, 100 BC – AD 250* (Univ. of California Press, 2007).

CAPÍTULO 12

La correspondencia entre Plinio y Trajano en *Cartas* Libro 10 proporciona un tema aglutinador en este capítulo. Las cartas están recogidas por Wynne Williams en *Pliny, Correspondence with Trajan from Bithynia (Epistles X)* (Aris and Phillips, 1990) y la ideología subyacente está comentada por Greg Woolf, «Pliny's province», en *Rome and the Black Sea Region: Domination, Romanisation, Resistance*, editado por Tønnes Bekker-Nielsen (Aarhus UP, 2006), y Carlos F. Norena, «The social economy of Pliny's correspondence with Trajan», *American Journal of Philology* 128 (2007). También tocan uno de los temas más polémicos de toda la historia antigua: el auge del cristianismo. Hay un breve relato particularmente esclarecedor sobre el tema en Kelly, *The Roman Empire* (véase *General*); las primeras secciones de Diarmaid MacCulloch, *A History of Christianity: The First Three Thousand Years* (Penguin, 2010) son también un punto de partida razonable. *A Companion to the Roman Empire*, editado por David S. Potter (Blackwell, 2006), incluye varios ensayos útiles sobre principios, práctica y administración del imperio. Los ensayos de Fergus Millar recogidos en *Government, Society, and Culture in the Roman Empire* (véase *Capítulo 11*) son algunas de las contribuciones más importantes sobre el tema (incluyendo la argumentación de Plinio y Trajano). Levick, *The Government of the Roman Empire* (véase *Capítulo 11*) ofrece un atisbo realista de los ricos testimonios primarios. El capítulo de Martin Goodman en Garnsey y Saller, *The Roman Empire* (véase *General*) considera las varias formas y ubicaciones de la resistencia a Roma. La literatura griega bajo Roma es tema de Tim Whitmarsh, *Greek Literature and the Roman Empire: The Politics of Imitation* (Oxford UP, 2002), y también en *Being Greek under Rome: Cultural*

Identity, the Second Sophistic and the Development of Empire, editado por Simon Goldhill (Cambridge UP, 2001). El título de este capítulo se ha tomado prestado de Beard, North and Price, *Religions of Rome*, volumen 2 (véase *General*); también he hecho hincapié en la idea de *convertirse en romano*, utilizando el título del importante estudio sobre las interacciones culturales imperiales de Greg Woolf, *Becoming Roman: The Origins of Roman Provincial Civilization in Gaul* (Cambridge UP, 1998).

La sátira de Luciano sobre el oráculo se titula *Sobre el falso profeta*, y sobre la religión siria *Sobre la diosa siria*. S. von Schnurbein, «Augustus in Germania and his new “town” at Waldgirmes east of the Rhine», *Journal of Roman Archaeology* 16 (2003), presenta la ciudad a medio terminar. La valoración de Estrabón del potencial de Britania se encuentra en *Geografía* 4, 5. El enigma de la Muralla de Adriano se analiza en David J. Breeze y Brian Dobson, *Hadrian's Wall* (Penguin, 2000). La calidad del gobierno provincial se examina en P. A. Brunt, «Charges of provincial maladministration under the early principate», en *Roman Imperial Themes* (véase *Capítulo 10*); la opinión de Tiberio es citada por Casio Dión en *Historia romana* 57, 10. Stephen Mitchell argumenta acerca del transporte en «Requisitioned transport in the Roman Empire» en el *Journal of Roman Studies* 66 (1976). Las razones poco respetables del nombramiento de Otón están expuestas en Suetonio, *Otón* 3. Un «mundo repleto de dioses» es una expresión de Keith Hopkins utilizada en su atractivo y poco convencional estudio de las religiones romanas, *A World Full of Gods: Pagans, Jews and Christians in the Roman Empire* (Weidenfeld y Nicolson, 1999). La infraestructura en Vindolanda está descrita con gran realismo por Alan K. Bowman, *Life and Letters on the Roman Frontier: Vindolanda*

and Its People (British Museum Press, 1998); los documentos están en la red en <http://vindolanda.csad.ox.ac.uk/>. Los zapatos los comenta Caroline Van Driel-Murray, «Gender in question», en *Theoretical Roman Archaeology: Second Conference Proceedings*, editado por P. Rush (Avebury, 1995), que plantea la posibilidad de que algunos pudieran haber pertenecido a hombres adolescentes. Un informe sobre la piscina de Wroxeter está incluido en G. Webster y P. Woodfield, «The old work», *Antiquaries Journal* 46 (1966). *Romanization of Britain: An Essay in Archaeological Interpretation* de Martin Millett (Cambridge UP, 1990) ha sido enormemente influyente al contrarrestar las viejas ideas de una aproximación de arriba abajo de la «romanización»; David Mattingly, *An Imperial Possession: Britain in the Roman Empire* (Penguin, 2006) constituye una visión moderna y minuciosa. Los «bilingües» de La Graufesenque se comentan en J. N. Adams, *Bilingualism and the Latin Language* (Cambridge UP, 2003), aunque Alex Mullen ofrece consideraciones alternativas en «The language of the potteries», en *Seeing Red* editado por Michael Fulford y Emma Durham (Institute of Classical Studies, 2013). El eslogan de Horacio aparece en sus *Epístolas* 2, 1; las adaptaciones para una exhibición «romana» en un estadio «griego» se describen en K. Welch, «The stadium at Aphrodisias», *American Journal of Archaeology* 102 (1998). *The Pantheon: From Antiquity to the Present*, editado por Tod A. Marder y Mark Wilson Jones (Cambridge UP, 2015), es un estudio actualizado del templo; la fuente del granito gris del Mons Claudianus y los documentos relacionados están revisados en Roger S. Bagnall y Dominic W. Rathbone, *Egypt from Alexander to the Copts* (British Museum Press, 2004); y la carta sobre la columna de 50 pies la comenta Theodore J. Peña, «Evidence

for the supplying of stone transport operations», *Journal of Roman Archaeology* 2 (1989). El barco procedente de la India es el tema de Dominic Rathbone, «The Muziris papyrus», en «Alexandrian Studies II in Honour of Mostafa el Abbadi», edición especial, *Bulletin de la Société d'Archéologie d'Alexandrie* 46 (2000); Zeuxis aparece en Peter Thonemann, *The Maeander Valley: A Historical Geography from Antiquity to Bizantium* (Cambridge UP, 2011); y el comercio que había detrás del monte Testaccio es tema de D. J. Mattingly, «Oil for export?», *Journal of Roman Archaeology* 1 (1988). *Roman Diasporas: Archaeological Approaches to Mobility and Diversity in the Roman Empire*, editado por Hella Eckhardt (*Journal of Roman Archaeology* suplemento 78, 2011), analiza cómo puede medirse la movilidad; Barates y «Regina» están comentados en Alex Mullen, «Multiple languages, multiple identities», en *Multilingualism in the Graeco-Roman Worlds*, editado por Mullen y Patrick James (Cambridge UP, 2012). El mejor análisis del número de los primeros cristianos es el de Keith Hopkins, «Christian number», *Journal of Early Christian Studies* 6 (1998); el martirio de Perpetua está minuciosamente analizado en Thomas J. Heffernan, *The Passion of Perpetua and Felicity* (Oxford UP, 2012). El tratamiento que Septimio da a su hermana está descrito en *Historia Augusta* (SHA), *Septimio Severo* 15; Zoilo está comentado con todo detalle en R. R. R. Smith, *The Monument of C. Julius Zoilos* (Von Zabern), 1993).

EPÍLOGO

El número de ciudadanos creado por Caracalla está minuciosamente calculado por Myles Lavan, «The spread of Roman citizenship», *Past and Present* 229 (2016) (agradezco el avance). Una importante apreciación del Arco de

Constantino puede encontrarse en Jas Elsner, «From the culture of *spolia* to the cult of relics», *Papers of the British School at Rome* 68 (2000). La confusión de «Senado» está en *Parastaseis*, traducido por Averil Cameron y Judith Herrin (Brill, 1984), capítulo 43.

CRONOLOGÍA

Las entradas en [corchetes] hacen referencia a acontecimientos de la historia griega clásica.

FIGURAS LITERARIAS	FECHAS	ACONTECIMIENTOS	GOBERNANTES, PERÍODOS, GUERRAS
	753 a. C.	Fecha tradicional de la fundación de Roma	<p><i>PERÍODO MONÁRQUICO</i> 753-509</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Rómulo 2. Numa Pompilio 3. Tulio Hostilio 4. Anco Marcio
	[582]	<i>Nacimiento de Pitágoras en Samos</i>	<ol style="list-style-type: none"> 5. Tarquinio Prisco 6. Servio Tulio 7. Tarquinio el Soberbio
	509	Fecha tradicional de la fundación de la República romana	<i>REPÚBLICA ROMANA</i> 509-44
	494	Primera secesión de los plebeyos	«Conflicto de los Órdenes» (hasta 287)
	[490]	<i>Batalla de Maratón</i>	
	451-450	«Las Doce Tablas»	«El Decenvirato»
	[399]	<i>Muerte de Sócrates en Atenas</i>	
	396	Dstrucción de Veyes	

390	Saqueo de Roma por los galos	
341	Inicio de la guerra latina	GUERRAS EN ITALIA
338	Disolución de la Liga Latina	GUERRA LATINA, 341-338
[334	<i>Alejandro Magno inicia sus campañas]</i>	
326	Abolición de la esclavitud por deudas	GUERRAS SAMNITAS 1.ª, 343-341 2.ª, 326-304 3.ª, 298-290
[323	<i>Muerte de Alejandro]</i>	
321	Batalla de las Horcas Caudinas	
312	Construcción del primer acueducto de Roma	
295	Batalla de Sentino	
290	Fin de las guerras samnitas	
287	Decisiones de la Asamblea Plebeya dotadas de fuerza de ley	
280	Muerte de Escipión Barbato	GUERRA PÍRRICA, 280-275 Roma contra Pirro de Epiro
275	Pirro obligado a regresar a Epiro	
264		1.ª GUERRA PÚNICA, 264-241

Representación

tragedia de Livio Andrónico	240		
	218	Aníbal cruza los Alpes	2. ^a GUERRA PÚNICA, 219-202 Roma contra Aníbal
Plauto activo (hasta la década de los años 180) Ennio activo (hasta c. 169)	216	Batalla de Cannas	1. ^a GUERRA MACEDÓNICA, 215-205 Roma contra Filipo V
	204	Llegada a Roma de la Gran Madre	
	202	Batalla de Zama	
			2. ^a GUERRA MACEDÓNICA, 200-197 Roma contra Filipo V
Terencio activo (hasta c. 160)	190	Escipión Asiático derrota a Antíoco	GUERRA SIRIA, 192-188 Roma contra Antíoco III de Siria
	183	Muertes de Escipión el Africano y Aníbal	
	171	Delegación de Hispania, fundación de Carteia	3. ^a GUERRA MACEDÓNICA, 172-168 Roma contra Perseo
	168	Batalla de Pidna, derrota del rey Perseo de Macedonia	
Polibio activo (hasta c. 118)	167	Polibio llega a Roma como rehén	
			GUERRA EN

		IBERIA, 155-133 Roma contra tribus celtíberas
	149	Creación de tribunales permanentes de lo penal 3. ^a GUERRA PÚNICA, 149-146
	146	Saqueo de Cartago por Escipión Emiliano Saqueo de Corinto por Mumio
	139	Introducción del voto secreto
	133	Fin de la guerra en Iberia, gran parte controlada ahora por Roma Átalo de Pérgamo lega su reino a Roma Tribunado y asesinato de Tiberio Graco
<i>Sátiras</i> de Lucilio, último tercio del siglo II	129	Muerte de Escipión Emiliano
	125	Fregellae destruida
	123	Tribunado de Cayo Graco
	122	Cayo Graco reelegido tribuno Se aprueba la ley de compensación
	121	Asesinato de Cayo Graco GUERRA CON YUGURTA, 118-106
	107	Primer Consulado de Mario, reforma del ejército romano y mando contra Yugurta
Nacimiento de Cicerón en Arpino	106	GUERRA SOCIAL, 91-89 GUERRA

Arpino

SOCIAL, 91-89

89

Concesión de ciudadanía a los itálicos

1.^a GUERRA MITRIDÁTICA, 89-85
Roma contra Mitrídates de Ponto

88

Sila recibe el mando contra Mitrídates
Mitrídates masacra a los itálicos

GUERRA CIVIL, 88-86
Sila contra Mario

86

Séptimo Consulado y muerte de Mario

85

Sila negocia una tregua con Mitrídates

82-81

Reformas y proscripciones de Sila

2.^a GUERRA MITRIDÁTICA, 83-81

Matrimonio de Cicerón y Terencia

80

79

Sila renuncia a la dictadura

73

Mitrídates invade Bitinia

REVUELTA DE ESPARTACO, 73-71
3.^a GUERRA MITRIDÁTICA, 73-63

71

Craso aplasta la revuelta de Espartaco

Discurso de Cicerón contra Verres

70

Cicerón procesa a Verres
Primer Consulado de Pompeyo

67

Mando de Pompeyo contra los piratas

Pompeyo recibe el mando

Primera carta existente de Cicerón a Ático	65	
Catulo y Lucrecio activos (hasta mediados de la década de los años 50)		
Discursos de Cicerón <i>Contra Catilina</i> 1-4	63	Pompeyo toma Jerusalén Cicerón destapa la «Conjura de Catilina» Pompeyo derrota a Mitridates, organiza un asentamiento en Oriente
Discurso de Cicerón <i>En defensa de Arquias</i>	62	Pompeyo celebra el triunfo
	60	«Banda de Tres» se compacta
	59	Pompeyo se casa con Julia, la hija de César
	58	Exilio de Cicerón (hasta 57)
	55	Primer desembarco de César en Britania Construcción del teatro de Pompeyo
Cicerón, <i>Sobre el estado</i> (54-51)	54	Muerte de Julia
	53	Desastre en Carras, muerte de Craso
	52	Asesinato de Clodio («Batalla de Bovillae») Pompeyo cónsul en solitario

César, <i>Comentarios sobre la guerra de las Galias</i>	51	Cicerón gobernador de Cilicia	
	50	César completa la conquista de la Galia	
Salustio activo	década años 40		
Cicerón se une a Pompeyo en Grecia	49	César cruza el Rubicón	GUERRAS CIVILES, 49-31 César contra Pompeyo
CICERÓN regresa a Roma	48	Batalla de Farsalia; muerte de Pompeyo en Egipto	
Cicerón y Terencia se divorcian	46	Triunfo de César	
Cicerón se casa con Publilia; muerte de su hija Tulia	45		
	44	Enero: César es votado <i>dictator perpetuus</i> Marzo: asesinato de César	
Cicerón asesinado	43	Formación del triunvirato de Octaviano, Marco Antonio y Lépido	Asesinos de César contra herederos de César
Horacio en el bando de los perdedores en Filipos	42	Batalla de Filipos: el triunvirato derrota a Bruto y Casio	
	41-40	Asedio de Perugia	Lucio Antonio contra Octaviano
<i>Églogas</i> de Virgilio	39		

Églogas de Virgilio	39		
Historia de Livio, escrita desde la década de los años 30 a. C. hasta 17 d. C.	37	Octaviano y Livia se casan	
Sátiras 1 de Horacio	35/34		
	31	Batalla de	Octaviano contra Marco Antonio
	30	Suicidio de Marco Antonio y Cleopatra; Egipto se convierte en una provincia romana	GOBIERNO DE LOS EMPERADORES <i>Dinastía Julio-Caudia, 31 a. C.-68 d. C.</i> Octaviano/Augusto 31 a. C.-14 d. C.
Propertio, Tíbulo y Ovidio activos	década años 20		
Virgilio escribe las <i>Geórgicas</i> , posiblemente empieza a trabajar en la <i>Eneida</i>	29	Octaviano regresa a Italia y celebra un triple triunfo	
	27	Octaviano adopta el título de <i>Augusto</i>	
Muerte de Virgilio	19	Los estandartes perdidos en Carras regresan a Roma	
	18	Primera legislación de Augusto sobre el matrimonio	

Muerte de Tiro, ex esclavo de Cicerón	8	nombre de «Augusto» (agosto)	
	4	Augusto adopta formalmente a Tiberio	
	2	Inauguración del foro de Augusto Exilio de Julia (hija de Augusto)	a. C.

Ovidio exiliado a Tomis	8 d. C.		d. C.
	9	Batalla del bosque de Teutoburgo	
Estrabón activo (hasta <i>c.</i> 24)	década años 10		Tiberio 14-37
Fedro y Veleyo Patérculo activos	década años 20		
	25	Aulo Cremucio Cordo muere de hambre por voluntad propia	
	26	Poncio Pilatos gobernador de Judea (hasta 36)	
	29	Muerte de Livia	
	33	Fecha tradicional de la crucifixión de Jesús	
	37		Cayo (Calígula) 37- 41
	40	Embajada judía a Calígula	
Séneca el Joven activo	41	Asesinato de Calígula	Claudio 41-54
		Invasión de Britania por	

	44	Claudio celebra su triunfo sobre Britania	
	48	Discurso de Lyon de Claudio	
<i>Apocolocyntosis</i> de Séneca	54		Nerón 54-68
	58	Agrícola en Britania (hasta 62) por primera vez	
Plinio el Viejo, Lucano, Petronio y Persio activos	década años 60		
	60	Rebelión de Boudica	
Nacimiento de Plinio el Joven	61	Lucio Pedanio Segundo es asesinado por sus esclavos	
	64	Gran Incendio de Roma Fecha tradicional de la crucifixión de San Pedro en Roma	
Séneca y Lucano se suicidan	65	Fecha tradicional de la decapitación de san Pablo Conspiración de Pisón contra Nerón	
Petronio se suicida	66	Rey Tiridates en Roma Trasea Peto se suicida	1. ^a REVUELTA JUDÍA, 66-73/74
	68	Suicidio de Nerón	
	69	Guerra civil: «El Año de los Cuatro Emperadores»	GUERRA CIVIL <i>Dinastía Flavia 69-96</i>
	70	Destrucción del Templo de Jerusalén	
	73/74	La primera revuelta judía termina con la caída de	Vespasiano 69-79

		Masada	
Josefo hace circular la <i>Guerra de los judíos</i>	c. 75	Empiezan las obras en la villa romana de Fishbourne	
	77	Agrícola gobernador de Britania (hasta 85)	
Muerte de Plinio el Viejo	79	Erupción del Vesubio, destrucción de Pompeya y Herculano	Tito (79-81)
Marcial, Plutarco y Juvenal activos	década años 80		
	80	Finalización del Coliseo	
	81		Domiciano (81-96)
Escritura de las tablillas de Vindolanda (hasta 120)	c. 85		
	89	Cena de pesadilla de Domiciano	
<i>Antigüedades Judías</i> de Josefo	93/94		<i>Dinastía de emperadores «adoptivos» 96-192</i>
	96	Asesinato de Domiciano	
Consulado de Tácito; <i>Agrícola</i> escrita en esta época	97	Nerva adopta a Trajano	
	98		Trajano (98-117)
Consulado de Plinio y <i>Panegírico</i> a Trajano	100		

			1. ^a GUERRA DACIA, 101-102
			2. ^a GUERRA DACIA, 105-106
<i>Historias</i> de Tácito	109	Plinio gobernador de Bitinia (hasta 110)	
<i>Cartas</i> 10 de Plinio (a Trajano)	110		
	113	Trajano invade Partia	CAMPAÑAS DE TRAJANO en Oriente, 113-117
<i>Anales</i> de Tácito	117		Adriano (117-138)
	118	Ejecución de cuatro ex cónsules	
<i>Doce Césares</i> de Suetonio	década años 120	Construcción de la Muralla de Adriano Construcción del Panteón de Adriano	
	130	Antínoo, compañero de Adriano, se ahoga en el Nilo	
	138		Antonino Pío (138-161)
Frontón, Aulo Gelio, Pausanias y Luciano activos (hasta la década de 180)	década años 140		
<i>Discurso a Roma</i> , Arístides	144		
Galeno activo	década		

<i>Discurso a Roma</i> , Aristides	144		
Galeno activo (hasta la década de los años 200)	década años 160		
	161		Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169)
	167	Pandemia de viruela (?) en Roma y en el Imperio	
	169	Muere Lucio Vero, probablemente a causa de la pandemia	Marco Aurelio gobierna en solitario (169-180)
	180		Cómodo (180-192)
	192	Asesinato de Cómodo	
	193	Cinco pretendientes rivales al trono	GUERRA CIVIL
	196	Septimio Severo se convierte en emperador único	<i>Dinastía Severa 193- 235</i> Septimio Severo (193-211)
Casio Dión empieza su historia	c. 202		
	203	Ejecución de Vibia Perpetua en Cartago	
Consulado de Casio Dión	c. 205		
	211	Caracalla mata a Geta	Caracalla y Geta, después Caracalla gobierna en solitario (211-217)
		Se extiende la ciudadanía a	

AGRADECIMIENTOS

La creación de este libro ha resultado divertida y emotiva. Fue idea de mi amigo y editor, el muy añorado Peter Carson, que desgraciadamente murió antes de poder ver una sola palabra del proyecto. De haber podido, solo espero que el resultado no hubiera sido decepcionante para él.

SPQR es una obra de unos cincuenta años, y hay más personas a las que dar las gracias de las que puedan aparecer aquí. Recientemente he solicitado la ayuda de amigos y colegas de Cambridge y de otros lugares: Cliff Ando, Emma Dench, Chris Hallett, William Harris, Geoff Hawthorn, Myles Lavan, Matthew Leigh, Angus Mackinnon, Neville Morley, John North, Robin Osborne, Jonathan Prag, Joyce Reynolds, James Romm, Brian Rose, Malcolm Schofield, Ruth Scurr, Bert Smith, Peter Thonemann, Jerry Toner y Carrie Vout. Otros amigos, entre ellos Manolo Blahnik, Corrie Corfield, Gary Ingham y Sean Spence, Roger Michel y nuestros compañeros de vacaciones de julio de 2015 (Frank Darbell y Jay Weissberg, Celina Fox, Fionnuala y Simon Jervis, Anna Somers-Cocks, Jonathan y Teresa Sumption) me han animado de diferentes maneras. Los comentarios de mi blog (*A Don's Life*) han sido, como siempre, sinceros y con críticas constructivas a medida que el libro iba avanzando. Hannah Price me brindó su experto consejo sobre la bibliografía de las etapas finales; el talento organizativo de Debbie Whittaker ha sido indispensable a lo largo de todo el proceso, así como su vista de lince para encontrar errores de teclado, datos y lógica.

Muchas instituciones han hecho más de lo que podría haber esperado para sacar adelante este proyecto: la Facultad de Clásicas de Cambridge (y su biblioteca) siempre me ha

apoyado; Newnham College ha soportado mi determinación; la American Academy en Roma me acogió generosamente durante varias semanas de trabajo ininterrumpido (mi agradecimiento, especialmente, a Kim Bowes); el *Times Literary Supplement* ha tolerado mis ausencias. Steve Kimberley guardó los datos en mi portátil en un momento crucial. He visto y aprendido mucho trabajando con profesionales académicos rigurosos en Lion Television para una serie relacionada, aunque no basada, en mi libro. Mi agradecimiento en particular a Richard Bradley, Johnny Crockett, Ben Finney, Craig Hastings, Tim Hodge, Cris Mitchell, Marco Rossi y Caterina Turrone. Con ellos he tenido el placer de explorar partes del Imperio Romano que nunca hubiera soñado poder experimentar de primera mano. Me han abierto los ojos.

Como siempre, ha sido fácil trabajar con mis editores, buenos y tolerantes con mi lentitud en la entrega. Los agradecimientos en el Reino Unido van dirigidos a Penny Daniel, Frances Ford, Andrew Franklin, Valentina Zanca y a todos los demás de Profile y de cualquier otro sitio que hacen realidad estos libros: ello incluye a Emily Hayward-Whitlock en el ámbito de los medios de comunicación, a Juliana Froggatt, que corrigió el texto con habilidad y humor, y a Lesley Hodgson, que localizó las imágenes. Gracias también a Jonathan Harley y James Alexander por la meticulosa composición tipográfica y el diseño de páginas. En Estados Unidos, Bob Weil de Liveright ha sido un editor de la vieja gran tradición. Le estoy más agradecida de lo que puedo expresar, y a Peter Miller y Will Menaker. George Lucas de Inkwell me trató espléndidamente en Nueva York.

Mi familia ha sido increíblemente tolerante a lo largo de todo el proceso de escritura de *SPQR*: Robin Cormack, Zoe

y Raphael. Mi cariño y agradecimiento para ellos, con la esperanza de mayor tranquilidad en el futuro, y más tiempo libre. Y gracias especialmente a Peter Stothard, que durante todo el proceso de gestación y escritura me ha leído y aconsejado, alimentado y dado de beber. Si este libro estuviera dedicado a alguien, sería a él. De un Peter a otro, gracias a los dos.

ILUSTRACIONES



1. Maccari retrata una sede senatorial inverosímilmente grandiosa para la comparecencia de Cicerón el 8 de noviembre del año 63 a. C. Acentúa el aislamiento de Catilina (en la parte inferior derecha), del que todos los demás senadores se mantienen prudentemente alejados. Aquella misma noche abandonó Roma para unirse a su ejército.

Cicerón denuncia a Catilina (1889) de Cesare Maccari, Palazzo Madama, Roma.
Foto © akg-images / Album / Oronoz



2. El conflicto de Cicerón con Catilina ha sido fuente de inspiración humorística en la época moderna. Treinta años antes del tributo de Maccari a Cicerón, se le dio un sesgo cómico a la escena con el mismo título, *Cicerón denuncia a Catilina*. Cicerón es una parodia decimonónica de indignación política y Catilina un gánster. Algunos senadores están durmiendo.

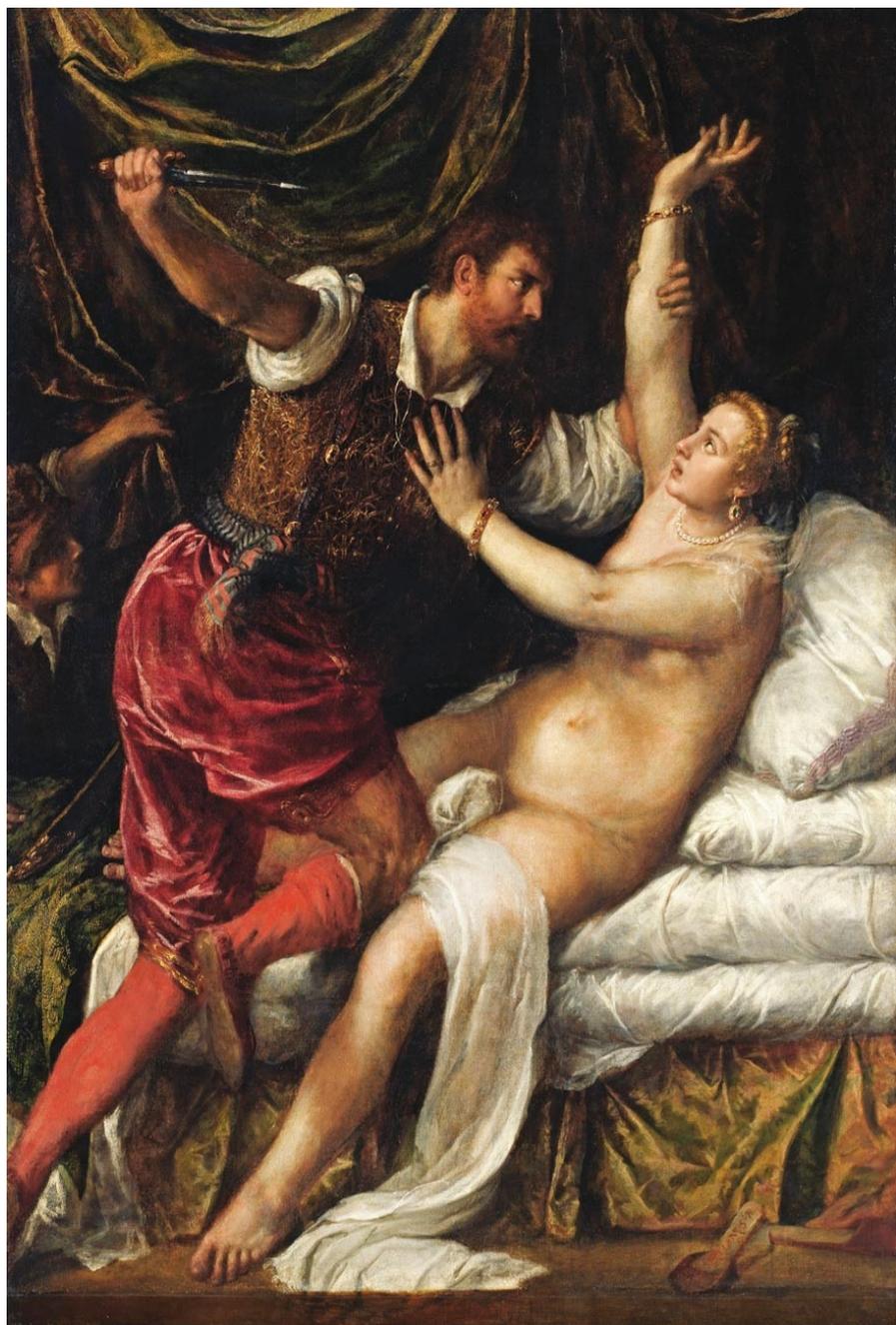
Cicerón denuncia a Catilina, (c. 1850) de John Leech, extraído de Gilbert Abbott A. Beckett, *The Comic History of Rome* (Bradbury y Evans, 1852). Foto © Posner Library/Carnegie Mellon



3. En el cuadro de Nicolas Poussin, *El rapto de las sabinas* (1637-1638), Rómulo, a la izquierda, dirige con frialdad la escena desde un punto elevado. No

obstante, Poussin deja claro que las mujeres, que se resisten aterrorizadas, son arrastradas en lo que dista poco de ser una violenta batalla. Pablo Picasso (1962) intensifica el horror de la historia. Los cuerpos casi desintegrados de las mujeres presentan un acusado contraste con el tamaño superior al natural de los guerreros romanos y los caballos que las pisotean.

Arriba: *El rapto de las sabinas*, de N. Poussin (1637-1638), Musée du Louvre, París. Foto © akg-images / Erich Lessing. Abajo: «El rapto de las sabinas», de P. Picasso (1962), Centre Pompidou. Foto © Succession Picasso / DACS, Londres 2015 / Cortesía akg-images



4. La versión de Tiziano de *Tarquino y Lucrecia* (1571) encara, más que suaviza, la brutalidad de la violación. Se representa a Lucrecia vulnerable y con lágrimas en los ojos, mientras que Tarquinio ejerce de violento agresor (clavándole

la rodilla y blandiendo su reluciente daga). En el fondo de la escena, de detrás de una cortina surge la mano del joven esclavo al que Tarquinio amenazó con matar junto con su víctima para que pareciera culpable del vergonzoso adulterio.

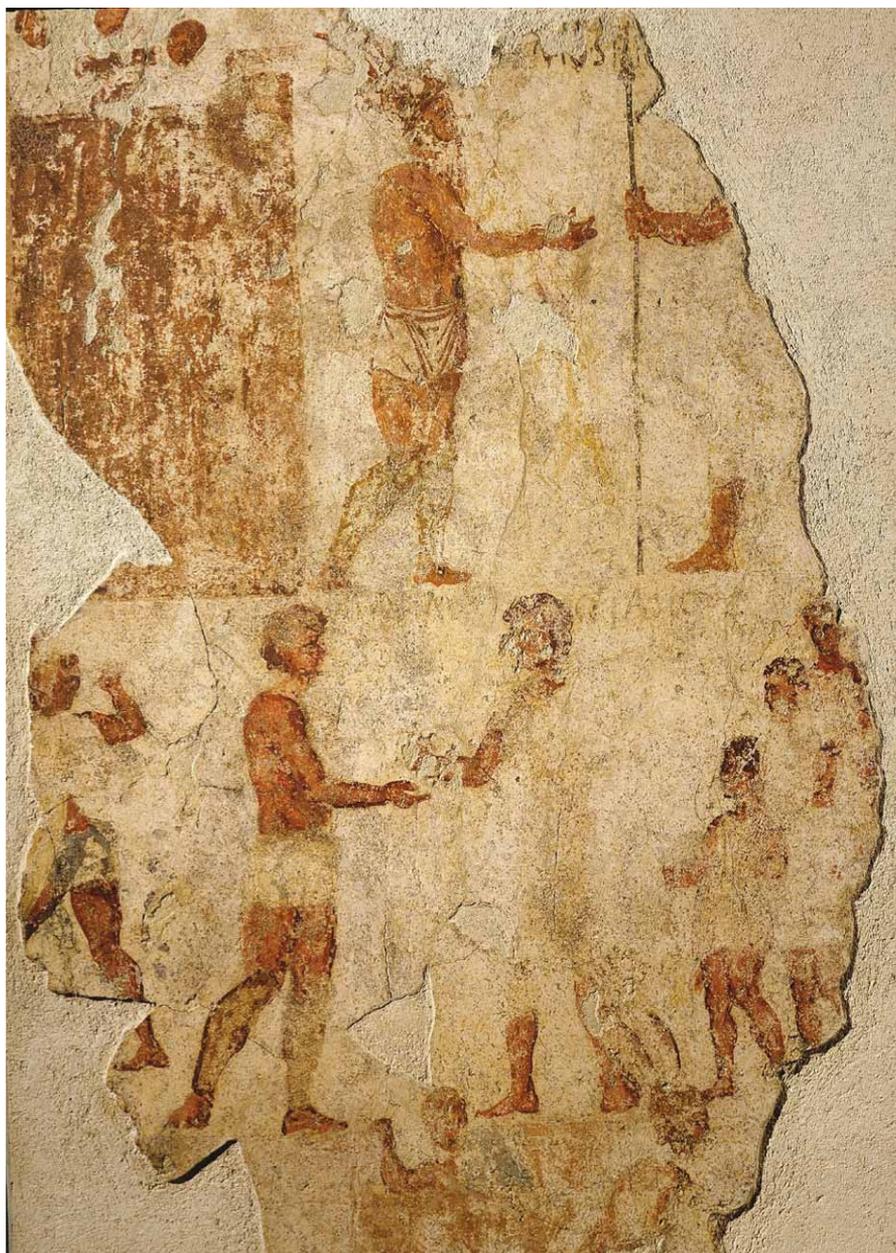
Tarquinio y Lucrecia, de Tiziano (1571), Fitzwilliam Museum, Cambridge.

Foto © Lebrecht Music and Arts Photo Library / Alamy



5. Una incursión en el mundo de la Roma del siglo IV a. C., y un raro ejemplo de la alta calidad de la producción artística de aquel período. Se trata del asa de la «Cista Ficoroni», un elaborado cofre de bronce llamado así por su coleccionista dieciochesco. La inscripción del objeto certifica que fue hecho en Roma por Novios Plautios y que una mujer llamada Dindia Macolnia se lo regaló a su hija.

Cista Ficoroni, siglo IV a. C., Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia, Roma.
Foto (arriba) © akg-images / De Agostini Picture Lib. / G. Nimatallah; (abajo)
© akg-images / Nimatallah



6. Esta pintura de una Tumba de comienzos del siglo III en Roma ofrece una visión contemporánea de las guerras samnitas. El combate del registro inferior presenta a una figura (a la derecha) con un gran casco con penacho. Encima, las aparentes escenas de «rendición» ante una fortificación se han interpretado algunas veces de forma distinta. ¿Está el «Fabio» togado de la derecha entregando

algún tipo de condecoración militar al soldado romano, no samnita, de la izquierda?

Pintura mural de una tumba, siglo III a. C., de la colina Esquilina, Centrale Montemartini, Roma. Foto © The Art Archive / Alamy



7. Las escenas de lucha de la Tumba François en Vulci (mediados del siglo IV a. C.) ofrecen un punto de vista etrusco de algunos de los personajes de la historia romana. Las etiquetas escritas identifican a la figura del extremo izquierdo como «Macstrna» o Mastarna, que, según el emperador Claudio, era idéntico a Servio Tulio. En el extremo derecho «Aule Vipenas» o Aulus Vivenna (quizá un rey romano perdido) elimina a un enemigo.

Escenas de la Tumba François, Vulci, siglo IV a. C., Torlonia Collection, Roma. Foto cortesía de Soprintendenza per i Beni Archeologici dell'Etruria meridionale



8. Restos de la primera guerra púnica rescatados del fondo del mar frente a la costa de Sicilia: aquí aparece uno de los espolones de los barcos de guerra. Muchos de ellos tienen inscripciones estampadas en el bronce. En los espolones romanos podemos leer vestigios de actos de carácter oficial: «Lucio Quincio, hijo de Cayo, el cuestor, aprobó este espolón». En la única inscripción cartaginesa conservada

podemos leer: «Rezamos a Baal para que este espolón penetre en esta nave enemiga y le haga un gran agujero». Hay un evidente contraste en cuanto al «estilo» nacional.

Rescate del espolón de un barco de la primera guerra púnica, frente a Sicilia.

Foto © RPM Nautical Foudation



9. La reconstrucción moderna más famosa de la procesión triunfal romana es la de Andrea Mantegna, cuya serie de «Triunfos de César» fue pintada para la familia Gonzaga de Mantua a finales del siglo XV. Este panel muestra a César en su cuadriga triunfal de estilo renacentista. Detrás de él aparece el esclavo cuyo cometido era el de susurrar al oído del general triunfante para recordarle que, a pesar de la gloria, era *solo un hombre*.

Panel final de la serie de «Triunfos de César» (1484-1492) de Andrea Mantegna, Hampton Court Palace, Londres. Foto Royal Collection Trust © Her Majesty Queen Elizabeth II, 2015 / Bridgeman Images



10. La columna de Marco Aurelio, pareja y rival de la todavía más famosa columna de Trajano, se yergue aún con sus casi cuarenta metros de altura en el centro de Roma. Sus relieves, que ascienden en espiral, presentan escenas de las guerras del emperador en el Danubio que se prolongaron durante gran parte de su reinado (161-180 d. C.). En el nivel inferior se muestra al emperador barbado

realizando un sacrificio. En el tercer nivel (arriba) se está librando una batalla en torno a una cabaña germánica.

Sección de la columna de Marco Aurelio, Roma. Foto © Realy Easy Star / Tullio Valente / Alamy



11. La familia del emperador Caracalla. Este panel de madera pintada muestra a su padre Septimio Severo con su madre Julia Domna detrás. En primer plano a la derecha aparece el joven Caracalla, a la izquierda, el rostro de su hermano, el asesinado Geta, ha sido borrado.

Panel de madera que muestra a Septimio Severo y a su familia, *c.* 200 d. C., Staatliche Museum, Berlín. Foto © Neues Museum, Berlín



12. Una imagen característica de Livia, esposa del primer Augusto, esculpida en reluciente y costoso basalto de Egipto. Su peinado, con un rulo de cabello en la frente y un moño en la nuca, era muy tradicional y destacaba las antiguas virtudes romanas.

Retrato de Livia, siglo I a. C., Musée du Louvre, París. Foto © Interfoto / Alamy



13. Un elocuente ejemplo del lujo de la corte imperial son los restos de las embarcaciones de recreo que el emperador Cayo había construido en el lago Nemi, en los montes Albanos, entre los años 37 y 41 d. C. A pesar de que resultaron seriamente dañadas en la segunda guerra mundial, todavía se conservan algunos extravagantes fragmentos de mobiliario y decoración interior. Esta cabeza de bronce de la Medusa con serpientes por cabellos estaba encajada en el extremo de una de las vigas de madera.

Equipamiento de bronce de las embarcaciones de Cayo del lago Nemi, 37-41 d. C., Museo Nazionale Romano, Palazzo Massimo alle Terme. Foto © akg-images / Mondadori / Portfolio / Sergio Anelli



14. Imagen de una comida romana. Esta pintura de Pompeya plasma las jerarquías de una fiesta romana (nótese la pequeña figura de un esclavo en la parte inferior izquierda sacándole el calzado a un invitado) y las fantasías de los excesos (a la derecha otro invitado está ya mareado). Aunque en esta ocasión en concreto sea una reunión solo de hombres, la norma romana no era esta.

Pintura de un banquete procedente de una casa (V, 2,4) de Pompeya, siglo I d. C., Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. Foto © akg-images / Erich Lessing



15. El Bar de los Siete Sabios de Ostia. Aquí el gran pensador «Solón... de Atenas» (su nombre está escrito en griego a ambos lados del personaje) contempla la escena desde su retrete, mientras que sobre su cabeza aparece su consejo acerca de la defecación: «Para cagar bien (*ut bene cacaret*) Solón se acariciaba el vientre».

Solón de Atenas procedente del «bar de los Siete Sabios» de Ostia, c. 100 d. C.

Foto © The Art Archive / Alamy



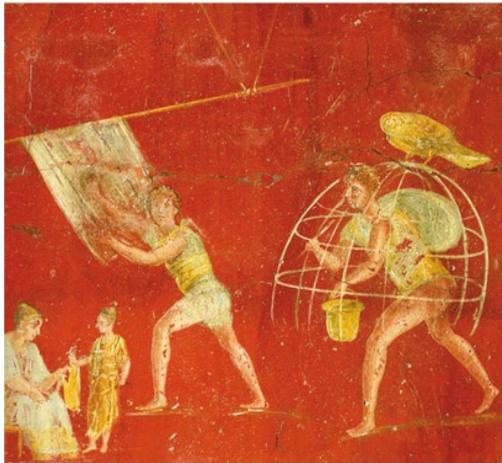
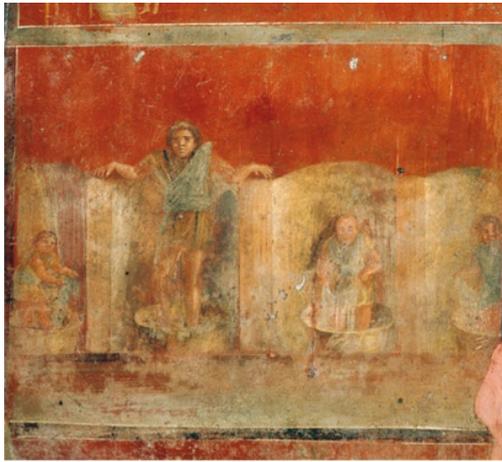
16. Un collar de esclavo romano. La etiqueta ofrece una recompensa por si el esclavo se escapa: «He huido, detenme. Devuélveme a mi amo Zonino y recibirás una recompensa». Es posible que algunos de estos collares fueran para animales más que para la propiedad humana. No obstante, el hecho de que no podamos distinguir con seguridad la diferencia entre collares es ya harto elocuente.

Collar de esclavo romano, siglo IV d. C. ?, Museo Nazionale Romano, Terme di Diocleziano. Foto © Foto Scala, Florencia, reproducción cortesía del Ministero dei Beni e delle Attività Culturali



17. Pulsera de oro encontrada cerca de Pompeya, con la inscripción «*Dominus suae ancillae*»: «Del amo a su esclava». Es una conmovedora muestra del afecto del hombre y un indicio de intimidad entre ambos. Respecto a la actitud de la muchacha esclava ante el regalo (y el donante), tan solo podemos hacer conjeturas.

Pulsera de oro inscrita de un amo a una muchacha esclava, siglo I d. C. precedente de Moregine cerca de Pompeya. Según A. Ambrosio *et al.*, *Storie da un'eruzione* (Catálogo de la exposición, Nápoles 2003, Electa), p. 470



18. Tres escenas de la vida en una lavandería de Pompeya. En la parte superior, los obreros pisan la tela. En el centro, un hombre cepilla un trozo de tejido y otro lleva una estructura con un búho encima (la mascota del oficio de lavadero), mientras en un rincón una clienta aguarda con su doncella. En la escena inferior, la mujer de la izquierda recoge un artículo de vestir, otras prendas cuelgan de una cuerda por encima de sus cabezas.

Escenas de lavandería (VI, 8, 20) en Pompeya, siglo I d. C. Museo Archeologico Nazionale, Nápoles. Foto © akg-images / Nimatallah y Museo Archeologico Nazionale, Nápoles



19. Sello de cornalina que conmemora la victoria de Accio en el año 31 a. C. Muestra a Octaviano representado como el dios Neptuno, con el tridente y montado en su carro marino. El nombre del grabador, o del propietario, Popil(ius) Alb(anus) está escrito en caracteres griegos en la parte superior.

Gema, con Octaviano / Augusto representado como Neptuno, finales del siglo I a. C., supuestamente hallado en Túnez, ahora en el Museum of Fine Arts, Boston. Foto © Museum of Fine Arts, Boston, Massachusetts, Estados Unidos / Anne y Blake Ireland Gallery (Gallery 210A) / Bridgeman Images



20. El «Gran Camafeo de Francia» data del reinado de Tiberio y representa el orden mundial imperial. Augusto, convertido en dios, está reclinado en el cielo. En el registro central, Tiberio está sentado en el trono, acompañado de su madre Livia. En la parte inferior, los bárbaros conquistados ocupan el lugar que les corresponde. Esta pieza permanece en Francia desde el siglo XIII (de ahí su nombre) y fue erróneamente identificada como una escena bíblica de José en la corte del faraón egipcio.

El «Gran Camafeo de Francia», siglo I, Bibliothèque Nationale, París. Foto © akg-images / Album / Joseph Martin



MARY BEARD (Much Wenlock, Reino Unido, 1955) está considerada hoy en día la más relevante e influyente especialista en los clásicos de la antigüedad, pero también una mujer de armas tomar. Autora de obras de referencia como *El triunfo romano* o *Pompeya*, espléndidas monografías sobre el Partenón o el Coliseo, o una apasionante pesquisa sobre la pionera de los estudios clásicos Jane Harrison, es asimismo una persona con un impacto directo sobre la opinión pública a través de su columna en *The Times* y su seguidísimo (y a menudo tan divertido) blog en Internet, que ha dado origen ya a dos libros muy populares. Catedrática de Clásicas en Cambridge, Beard, editora de temas clásicos del *Times Literary Supplement*, es a la vez una crítica temible, que te zarandea una traducción de Tucídides como un terrier a un conejo, despedaza (con extrema propiedad todo hay que decirlo) una biografía de Adriano o descalifica a un prestigioso y algo pomposo estudioso del mundo aqueménida sin que le tiemble el pulso.

(Jacinto Antón - El País)

Índice

SPQR	3
Portadilla	5
Mapas	7
Prólogo	13
I. El mejor momento de Cicerón	20
II. Al principio	59
III. Los reyes de Roma	105
IV. El gran salto hacia delante de Roma	153
V. Un mundo más grande	201
VI. Nueva política	250
VII. Del imperio a los emperadores	305
VIII. El frente doméstico	360
IX. Las transformaciones de Augusto	410
X. Catorce emperadores	470
XI. Los que tienen y los que no tienen	530
XII. Roma fuera de Roma	578
Epílogo	642
Bibliografía	654
Cronología	691
Agradecimientos	705
Ilustraciones	708
Autor	737

